



LA LUZ QUE NOS QUEDA

DOCUMENTACIÓN DE CASOS DE VIOLENCIA SEXUAL
CONTRA MUJERES EN EL MARCO DEL CONFLICTO ARMADO EN COLOMBIA

LA LUZ QUE NOS QUEDA

**DOCUMENTACIÓN DE CASOS DE VIOLENCIA SEXUAL CONTRA
MUJERES EN EL MARCO DEL CONFLICTO ARMADO EN COLOMBIA**

«Este documento ha sido producido con el apoyo financiero de Christian Aid y la Embajada de Gran Bretaña. Los contenidos de este documento son única responsabilidad de la Corporación Sisma Mujer y no pueden bajo ninguna circunstancia ser vistos como reflejo de la posición de Christian Aid y la Embajada de Gran Bretaña.»



Embajada Británica
Colombia



Título original: **La luz que nos queda:
Documentación de casos de violencia sexual contra
mujeres en el marco del conflicto armado en Colombia.**

Primera edición: Noviembre de 2017
Primera impresión en Colombia: Noviembre de 2017
Primera reimpresión en Colombia: Abril de 2019

©Corporación Sisma Mujer
Carrera 13 # 33-74 Of: 304
Bogotá, Colombia
PBX: (57-1) 2859313
infosisma@sismamujer.org
www.sismamujer.org
Instagram @sismamujer
Facebook Corporación Sisma Mujer
Twitter @SismaMujer

Dirección General **Claudia María Mejía Duque**

Autoras
Linda María Cabrera Cifuentes
María Fernanda Herrera Burgos
Ángela Daniela Caro Montenegro
Laura Soraya Vasquez Jimenez
Lilibeth Cortés Mora
Juliana Ospitia Rozo

Edición **Dunia Oriana González Rodríguez**
Diagramación e ilustración **Mike Ramírez**
Diseño de portada **Mike Ramírez**
Correctora de estilo **Laura Bonilla**
ISBN 978-958-8608-17-4

Impresión por **Digiprint Editores S.A.S**

Cuatro Ojos Editorial apoya la protección del *copyright*.

Bajo las sanciones establecidas por las leyes, quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización por escrito de los titulares del *copyright*, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento mecánico o electrónico, actual o a futuro—incluyendo las fotocopias y la difusión a través de Internet—, y la distribución de ejemplares de esta edición mediante alquiler o préstamos públicos.

«Somos madres, hijas, hermanas tejidas con resistencia, esperanza, resiliencia. La tenacidad, la fortaleza son nuestro alimento. En la lucha por nuestros derechos salimos vestidas de colores vivos, cual carnaval en su esplendor danzamos, reímos sintiendo nuestro cuerpo, no como objetos; sino como mujeres dignas de respeto».

Aurora, mujer de Medellín.

Indice

PRÓLOGO.....	13
INTRODUCCIÓN	17
PRINCIPALES HALLAZGOS EN LA DOCUMENTACIÓN DE CASOS	20
INFORME DE IMPACTOS PSICOSOCIALES.....	47
HISTORIAS	61
CÓRDOBA.....	65
LA VALENTÍA DE MANTENER LA ESPERANZA VIVA	67
¡ME DICEN EL AVE FÉNIX PORQUE RENAZCO DE LAS CENIZAS, SOY FUERTE... SOY INMORTAL!	72
SUCRE	81
¡ME SIENTO FELIZ!	83
UN CAMINO PARA LA VERDAD Y LA JUSTICIA	90
EL DESPERTAR DE UNA PESADILLA.....	97
MÁS VALIOSA QUE LAS PIEDRAS PRECIOSAS	106
EL AMOR COMO ESTRATEGIA DE SUPERVIVENCIA.....	116
ANA, LA VALIENTE	121
LUCHAR POR NO CALLAR	133
REFLEJOS DEL AMOR FAMILIAR	140
LA FORTALEZA DE VIVIR.....	144
FIRMEZA Y DIGNIDAD PARA ELLA, LAS MUJERES Y LAS NIÑAS.....	151
ANTIOQUIA.....	159
RESURGIR UNA Y OTRA VEZ HASTA QUE LA DIGNIDAD ALCANCE.....	161
EL RENACER DE LA ROSA.....	169
RECUERDOS TATUADOS EN EL ALMA.....	180
ENTRE COMUNAS Y ESPERANZA	192
LA LUZ QUE NOS QUEDA.....	205
FIRMEZA.....	214
BOLÍVAR.....	225
UNA VIDA FEMENINA VALIENTE POR EL TRABAJO COMUNITARIO.....	227
CON LA VALENTÍA EN LAS MANOS	240
PAZ PARA VIVIR.....	247

CON LA MIRADA PUESTA EN EL FUTURO	258
CAMINO DE ESPERANZA.....	264
LA LUCHA POR SALIR ADELANTE, ¡POR CONTINUAR!	273
MUJER SUPERPODEROSA.....	283
ENTRE EL IR Y VENIR DE LA VIDA EXISTE	
UNA FUERZA INTERNA QUE SOSTIENE Y ACOMPAÑA... ..	288
RECONSTRUYENDO LA VIDA: LA LUCHA DE UN PUEBLO.....	293
LA EXISTENCIA DESDE LA DIGNIDAD	301
VALLE DEL CAUCA	309
CON LA FRENTE EN ALTO	311
VOLAR DE NUEVO	323
BOYACÁ.....	333
MI CUERPO: TERRITORIO DE RESISTENCIA	335
CESAR.....	345
MUJERES SUPERVIVIENTES A LA GUERRA	347
NARIÑO	355
RENACER DE LAS CENIZAS	357
DE LA MANO DE MIS HIJOS	367
ENTRE CACTUS Y PLANTAS RENACE LA VIDA.....	373
LA ALEGRÍA DE VIVIR Y DE COMPARTIR CON OTRAS MUJERES.....	380
TRANSITAR TIEMPOS Y CREAR CAMINOS	389
LA FORTALEZA DE LUCHAR.....	399
COSIENDO LA VIDA Y TEJIENDO FUERZAS:	
UNA VIDA EN TRANSFORMACIÓN	405
CON LAS ALAS ABIERTAS.....	411

PRÓLOGO

La responsabilidad de construir memoria

Hace más de 20 años que ejerzo el periodismo. Inicié muy joven, en medio de la difícil situación del conflicto armado que afrontaba Colombia. Era un momento determinante porque el narcotráfico había permeado todas las esferas de la sociedad, incluso al mismo periodismo. Desde que tengo memoria me gustó escribir; escribía ensayos y poesías. En la secundaria hacía crónicas sobre lo que pasaba en el país y veía a través de la pantalla del televisor.

La vida y el esfuerzo de mi madre me dieron la posibilidad de hacer un pregrado en la universidad y estudiar periodismo. Mi primer encuentro con la reportería en la calle, me llevó a una de las cárceles más peligrosas del mundo, en el corazón de mi ciudad: Bogotá. Tenía 22 años.

En la cárcel La Modelo me encontré con la realidad del país. Había reclusos de las guerrillas, el paramilitarismo, la delincuencia organizada y la mafia. Nunca antes un periodista les había dado un espacio para que pudieran expresar sus opiniones y para denunciar las crueles violaciones de derechos humanos que allí afrontaban. Ellos eran criminales, pero aun así tenían derechos.

Entonces decidí combinar mi trabajo de reportera con la acción social. Apoyé campañas para que aprendieran a leer y escribir, les ayudé a hacer un periódico en la cárcel y cuando no estaba en el campo de combate cubriendo la guerra, iba a la reclusión a darles clases de escritura, redacción y fotografía.

En el desarrollo de este ejercicio tuve, por primera vez, frente a mí el drama de la violencia sexual. Una buena parte de mis alumnos eran violadores, y otra tenía familiares entre hermanas, hijas y esposas que habían sido violadas. Fue un crimen que observé horrorizada, pero totalmente distante, porque siempre pensé que le ocurría a las demás, nunca a mí o a alguien cercano.

Sin embargo, el 25 de mayo del año 2000, cuando intentaba entrevistar a un jefe paramilitar, fui secuestrada en la puerta de la cárcel, llevada a 130 kilómetros de Bogotá, torturada y violada por tres de mis secuestradores.

Me mataron en vida

Tenía dos opciones: el exilio, que fue la alternativa que me dejó el Estado colombiano; y el suicidio, que era lo que yo quería. Sin embargo, un profundo amor por mi profesión me llevó a escoger lo que me salvó: el periodismo.

Por eso, aceptar la generosa invitación hecha por Sisma Mujer, de escribir el prólogo de este trabajo de memoria, es reivindicar la elección que hice.

En las siguientes páginas encontrarán cifras y testimonios desgarradores, pero también una profunda esperanza; la que conservamos las mujeres que hemos sido vulneradas de alguna manera. Las víctimas y sobrevivientes de violencia sexual que participaron en este trabajo tienen una fortaleza admirable y una determinación que solo se puede equiparar con el más fuerte amor: el amor por la vida, la de sus hijos y la de ellas.

Pero redescubrir ese amor, no es fácil. Es la etapa más desgarradora que afrontamos todas. Tras mi secuestro, y pese al soporte que me daba mi trabajo, había algo que me pesaba, que todas las noches, cuando quedaba sola en la oscuridad de mi habitación o del lugar donde me encontrara realizando mis reportajes, me atormentaba. Era el silencio de no reconocermé como víctima. Siempre pensé que solo podía ser periodista y nada más. Y en estos tiempos, en que se habla tanto de perdón sin entender ni saber qué es, el autoreconocimiento es una prueba de amor.

Estas mujeres sintieron asco de ellas mismas, se odiaron más que a sus propios victimarios, pero cuando se autoreconocieron hallaron la puerta hacia las respuestas del por qué y para qué fueron abusadas.

«Después de los hechos sentía mi cuerpo mal, me sentía sucia, me daba asco, tenía momentos en que me encerraba y lloraba mucho, todo me daba igual, me costaba pensar que podía volver a estar con alguien». Este es un fragmento del testimonio de una de las mujeres que hace parte de la valiosa documentación y seguimiento que compiló Sisma Mujer. Cada frase araña el alma por el horror, pero sobre todo por la impotencia ante la inoperancia del Estado.

El informe señala que el 77,5 % de las sobrevivientes, que hacen parte de este proceso, NO recibió ningún tipo de atención médica tras ocurridos los hechos, ni siquiera fueron escuchadas por algún funcionario o institución. La respuesta para su afectación física y psicológica fue completamente nula.

Y tal vez lo más impactante, es que el 20% de las mujeres sufrió afectaciones severas en su salud sexual y reproductiva. Esto se puede traducir en algo que manifiestan constantemente las sobrevivientes: «No tenemos derecho a volver a amar y a que nos amen». La vulneración física va más allá del momento de la violación, se queda tatuada de por vida en nuestros ovarios, nuestra matriz, en nuestro sexo. Es una sentencia de muerte a cuenta gotas, porque castra la maternidad íntegra, la plenitud de sentir y la libertad de desear sin creerse culpable.

No me lo busqué

Aquí tenemos una radiografía de casos ocurridos en Sucre, Antioquia, Bolívar y Nariño, y algunos de Putumayo y Valle del Cauca. Aun así, simbolizan los de miles de mujeres en todo el país. Sus historias son el espejo de otras que terminan quedando en el anonimato y el olvido, pero además cargando con la estigmatización. Esa es otra batalla que libran las sobrevivientes: convencer al mundo de que ellas no se lo buscaron, pues es el común denominador en sus testimonios.

«A las peladitas les gusta que las violen porque se embarazan y se hacen a un marido»; «para qué se ponen mini falda si no es para que las violen»; «les gusta provocar a los de uniforme y luego se hacen las víctimas»; «una mujer violada, es una mujer rota, pero así les gusta y se lo buscan»; «todas son putas, pero después de que la han embarrado, se hacen las violadas»... Estas son frases de distintos hombres con los que he hablado a lo largo de estos años en mi trabajo periodístico. Algunos hacían parte de grupos armados ilegales, otros son integrantes de la Fuerza Pública, que tienen las armas legales del Estado para defender a las mujeres que ellos mismos han abusado.

No es mucho el margen de apoyo y respaldo que tiene una mujer violentada sexualmente, pero siempre hay esperanza. Y como en todas las historias épicas, que están plagadas de personajes valientes, aquí hay muchos, mejor dicho, muchas.

Su resiliencia nos lleva a cuestionarnos por qué no hemos hecho lo suficiente para denunciar y ayudar a quienes han padecido la violación, y todo por la sencilla razón de que ellas lo han hecho en solitario y con el estoicismo de heroínas. Han desandado los pasos del dolor y la barbarie con dignidad

y como si fuera poco, tejieron una inmensa manta con los pedazos de sus cuerpos y sus vidas, se cubrieron con ella y volvieron a sonreír.

Para ellas existe esa esperanza, así sigan viviendo en medio de la miseria o con la impunidad a cuestas. Para ellas esa vida es linda, aunque no tengan con qué alimentar a sus hijos o comprar una camisa nueva que reemplace la que está llena de remiendos.

Por eso, generar espacios en donde se escuche y se amplifique la voz de las víctimas de violencia sexual es el mejor mecanismo de incentivar la no repetición.

Cuando los periodistas tuvimos que llegar a los sitios donde acababan de ocurrir las masacres paramilitares y las tomas guerrilleras, siempre teníamos en frente los cuerpos impactados y mutilados y el olor a muerte que quedaba en la nariz por semanas. Pero la misma dinámica de la guerra nos llevó a que esa barbarie se tradujera solo en cifras, en números. Los muertos ya no tenían nombre y la desolación se convirtió en parte del paisaje. Sin saberlo, los propios medios y los periodistas renunciaron a la memoria y se inclinaron por la estadística. Y ni qué decir de las mujeres abusadas... Simplemente no existían.

Ese es el reto hoy, porque de cara al posconflicto podemos resarcir en algo la falta de documentación de nuestra propia historia. Ese es el gran valor de este trabajo: construir memoria. El hacer memoria transforma realidades. Hacer memoria sana y alivia. Construir memoria hace posible el cambio. La memoria talla, en la columna vertebral de una comunidad, la verdad.

Que en la memoria de este país quede la imagen de la voz de estas valientes mujeres.

¡No es hora de callar!

Jineth Bedoya Lima
Periodista

INTRODUCCIÓN

Una vez se retoma el ritmo de la vida no hay posibilidades de extinguir el deseo de existir ni la ferocidad de resistir. Una vez se sueltan los nudos del dolor y el miedo, salen a borbotones lágrimas, voces y protestas. Una vez se ve la realidad de la guerra a la luz, se dignifica la lucha de quienes sobrevivieron. Una vez se reconocen las capacidades y potencialidades de las mujeres, la humanidad entera se transforma.

Este libro es un documento vivo y transformador en todos los sentidos, tanto para quienes lo leen, lo comprenden y lo comparten, como para quienes lo hablaron, lo sintieron y lo escribieron. Fue el resultado de un camino de construcción colectiva que surgió del diálogo entre mujeres lideresas y gestoras de paz desde los territorios, en sus círculos sociales cercanos y en procesos de participación amplios como el proceso de paz que se adelanta entre el Gobierno Nacional y las FARC-EP, con especial participación de la sociedad civil, las víctimas y las mujeres colombianas.

De este modo, la Corporación Sisma Mujer, una organización no gubernamental que por más de 18 años ha acompañado a mujeres en procesos de exigibilidad de derechos, y cuarenta (40) mujeres valientes de diversas regiones del país, víctimas sobrevivientes a la violencia sexual en el conflicto armado, encontró el momento indicado para aportar a la verdad individual y colectiva las historias de vida que habitan el amplio trasegar geográfico y temporal de la guerra y la resistencia en Colombia.

Las mujeres partícipes aportan sus voces, sus experiencias y sus anhelos como un acto solidario de transformación personal y comunitaria; así también como una invitación a otras mujeres a denunciar y a otras personas a conocer desde la voz de «el otro», en este caso de «la otra», la realidad del conflicto armado colombiano; además de plantearse como un ejercicio político de participación activa y reivindicación de la categoría de «víctima de violencia sexual», a partir de la retoma de su ritmo vital que hace imprescindible la lucha por parámetros mínimos, para vivir en dignidad y libertad.

Entre imágenes, recuerdos, paisajes y relatos se encuentra la mirada fija de las mujeres víctimas de violencia sexual al Estado colombiano, a la sociedad en general y a los agresores; ellas se mantienen llenas de esperanza y de luz, pero también de protesta contra el Estado por la desprotección, el olvido, la negligencia y la violencia; la sociedad por cargarlas de culpa, de dudas e imponer el silencio como alternativa para la reconciliación, y a los agresores por todo lo demás, por los daños, los dolores y la muerte en pequeñas dosis. Ante ello, emerge la necesidad y urgencia de acciones estatales estructurales y efectivas que manifiesten el compromiso con la paz, que significa la erradicación de las violencias y discriminaciones contra las mujeres.

Con el fin de ampliar el panorama de la violencia sexual en el conflicto armado, en el marco de la violencia estructural y sistemática que sufren las mujeres a lo largo de su vida por el hecho de ser y vivir como mujeres y desde un enfoque feminista y de derechos humanos; presentamos un aparte sobre los principales hallazgos en la documentación de los casos que a través de análisis sociales, políticos y jurídicos a las historias, los hechos de violencias y las consecuencias, muestran diversos patrones y conclusiones; y un segundo aparte de los impactos psicosociales sobre las mujeres y sus contextos relacionales para promover el reconocimiento de los efectos negativos en la salud psicológica y emocional de las mujeres, pero también de sus admirables capacidades de transformar realidades.

Ahora bien, conocer el conflicto armado colombiano, desde la perspectiva de las mujeres, es la apertura a un mundo de posibilidades que devienen de la lucha histórica para nombrar y visibilizar las experiencias de dominación y violencia contra los cuerpos y la vida de las mujeres. Entonces, este documento podría ser insumo para la creación de planes de reparación individuales y colectivos; propuestas para la protección de los derechos humanos de las mujeres víctimas a la verdad, justicia, reparación integral y garantías de no repetición; comprensiones sobre los efectos en la salud psicosocial y física de las mujeres y su tejido social a raíz de las violencias; razones para un tratamiento diferencial en los mecanismos de justicia para la violencia sexual; compañía y aliento para otras mujeres víctimas de violencia sexual; gestor de profundas reflexiones íntimas y públicas entre mujeres y hombres, arte visual, narrativo y femenino, claridades para quienes niegan la violencia sexual...y será *la luz que nos queda*.

A continuación, se pueden encontrar 40 historias de vida de las mujeres sobrevivientes de violencia sexual, que en esta publicación se comparten y que

se organizaron por regiones de procedencia, y en cada región se sub-organizó por fecha de nacimiento. Decidimos organizarlo de esta manera para darle el lugar protagónico a las mujeres, sus historias de vida y sus orígenes y no a la guerra.

PRINCIPALES HALLAZGOS EN LA DOCUMENTACIÓN DE CASOS

La Corporación Sisma Mujer presenta al público un conjunto de casos de mujeres sobrevivientes de violencia sexual en el conflicto armado en el país, con el propósito de atender la reflexión colectiva generada en el proceso de documentación, sobre la necesidad de incentivar la voz de las mujeres que permanecen en silencio y de enviar un mensaje a la sociedad, el Estado y la comunidad internacional sobre lo que ha pasado en el conflicto armado colombiano con las mujeres y las niñas.

Las 40 historias de vida de las mujeres participes, que en esta publicación se comparten, se organizaron por regiones de procedencia, y en cada región se sub-organizó por fecha de nacimiento. Decidimos organizarlo de esta manera para darle el lugar protagónico a las mujeres, sus historias de vida y sus orígenes y no a la guerra.

Inicialmente el proceso buscaba documentar casos para presentar ante las instancias creadas por el Acuerdo Final de Paz, pero como conclusión del trabajo se planteó la necesidad de contarle a la sociedad y al Estado «lo que pasó» desde las voces, experiencias y exigencias de las mismas mujeres. Por lo que se pudo comprender que las sobrevivientes quieren y necesitan hablar; y de esta manera se hace una invitación a las demás mujeres, para que también lo hagan como una reivindicación de sus historias de dolor, esperanza y vida.

Los responsables seguramente no van hablar y esto pone un mayor peso sobre las mujeres víctimas sobrevivientes; pero dadas estas circunstancias, se valoró la importancia que sean ellas quienes tengan la palabra, la voz, y no los agresores. Aportar las historias de niñas y mujeres sobrevivientes a un país en tránsito a la paz y la reconciliación, tiene un sentido transformador para las mujeres participes y para la sociedad, implica romper el miedo al juzgamiento y a los estereotipos sobre la violencia sexual y hacer de este escenario un lugar para reivindicar la verdad y contar a la sociedad realmente qué significa y en qué consiste la violencia sexual en el conflicto armado.

La violencia sexual, como expresión de la discriminación¹, ha hecho parte de las estrategias de guerra de los actores armados para destruir y/o afectar el tejido social, a través de violentar los cuerpos y la vida de las mujeres. Las comunidades se sostienen en buena parte sobre el trabajo familiar y social de las mujeres. Afectadas las mujeres, se impacta negativamente a las comunidades y eso es útil para los propósitos de la guerra.

Pero también, mediante la violencia sexual los guerreros propenden por la dominación del grupo-social-mujeres. En tanto ejercicio de poder, ésta reproduce las condiciones para mantener los privilegios masculinos. Por eso, el fin de la guerra no es suficiente; es muy importante para superar los niveles de exacerbación de la violencia sexual contra las mujeres, pero no significa su fin. Para otro tipo de violaciones de derechos humanos, el fin de la guerra significa un cambio transcendental pero para la violencia sexual esto no es así necesariamente; esta precede y trasciende la guerra.

Por eso la voz de las mujeres quiere hacerse escuchar y, de tal manera, reclamar transformaciones estructurales a la sociedad para que no se repitan una y otra vez estas mismas historias, que hablan en nombre de diferentes víctimas de violencia sexual. Es necesario recalcar que la voz la tienen las mujeres y su poder consiste en decirles a los agresores: Ahora nosotras somos quienes hablan y ustedes escuchan.

a) Caracterización de las *participes*

- Distribución departamental.

En total fueron documentados cuarenta casos, cuyos hechos ocurrieron en los departamentos de Sucre (4), Córdoba (3), Bolívar (12), Antioquia (7), Nariño (4), Valle (1), Cauca (1), Putumayo (4), Cesar (3), Casanare (1); en los que las mujeres hacían parte de procesos previos de acompañamiento por parte de nuestra organización.

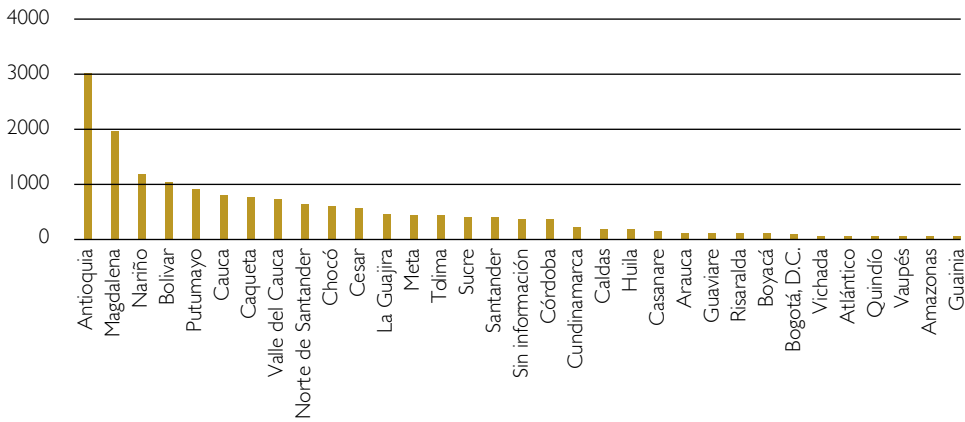
El proceso de documentación fue planeado en los departamentos de Sucre, Bolívar, Antioquia y Nariño. Este punto de partida fue superado por la

1 Corporación Sisma Mujer. Lineamientos de política criminal para la protección del derecho humano de las mujeres a una vida libre de violencia sexual. Colombia, 2013. P. 70.

realidad, porque se eligieron cuatro (4) departamentos y se identificaron casos en diez (10), es decir, más del doble de lo presupuestado inicialmente, a causa de que las mujeres, que hoy en día viven en esos cuatro departamentos, han sido desplazadas de los lugares donde ocurrieron los hechos.

Conforme a la información de la Unidad Nacional de Víctimas sobre violencia sexual contra mujeres, los departamentos con mayor ocurrencia de este tipo de hechos son Antioquia, Magdalena, Nariño, Bolívar, Putumayo, Cauca, Caquetá, Valle del Cauca, entre otros, como se puede ver en la *Gráfica 1*.

Gráfica 1: Violencia sexual contra mujeres en el marco del conflicto armado



Fuente: Elaboración propia, 2017².

La mayor cantidad de departamentos identificada en el proceso de documentación y las cifras de la Unidad de Víctimas, da cuenta de la generalidad de la violencia sexual con ocasión del conflicto en los diferentes departamentos del país. Así también habla de un fenómeno nacional, más allá del mayor impacto que pudieron tener algunas regiones afectadas por la guerra.

2 Los datos correspondientes a la Gráfica 1 se construyen a partir de la información de la Unidad de Víctimas. Disponible en : <<http://cifras.unidadvictimas.gov.co>>

- *Identidad.*

El 32% de las mujeres sobrevivientes decidieron usar su nombre real como acto de reivindicación de la verdad, las demás, aunque comparten la idea, prefirieron usar otros nombres porque aún hay temor de las consecuencias que podría tener, para la vida e integridad personal, la publicación de los hechos. Quienes usaron su nombre lo hicieron además como un acto de reivindicación, con toda la firmeza y determinación y con el orgullo de sí mismas, para trasladarle la vergüenza a quienes deben tenerla: los agresores.

Las demás mujeres optaron por reservar su nombre. Un acto totalmente comprensible y respetable porque no tienen confianza ni en la sociedad ni el Estado. Esto tendría que generar una acción institucional que contribuya a restablecer esa confianza, que se ha visto fracturada en algunas ocasiones por el poco apoyo, estigmatización y/o porque en algunos casos los agresores fueron integrantes de las fuerzas armadas legales colombianas. Al respecto, un mecanismo adecuado inicia por propender la transformación social y cultural de prácticas discriminatorias y violentas en contra de las mujeres de particulares y funcionarios públicos, pasa por incentivar la denuncia y garantizar para quienes ya lo han hecho, un proceso integral de acompañamiento.

También comprende el acompañamiento psicológico y jurídico permanente, la representación judicial, el acceso a un recurso judicial efectivo para el ejercicio de sus derechos en el marco del proceso, así como medidas de atención en materia de protección y reparación integral con enfoque diferencial, para prevenir y resarcir adecuadamente los daños causados, según los riesgos de género y las afectaciones particulares que sufren las sobrevivientes. Además una atención diferencial de género que prevenga cualquier forma de violencia institucional contra las sobrevivientes.

- *Enfoque etario.*

En la actualidad, todas las partícipes son mayores de edad y solo una es adulta mayor (2.5%), el 85% son adultas y 12.5% son jóvenes. Sin embargo, para la fecha de los hechos, el 30% eran menores de edad, varias en edad infante; el 32.5% eran jóvenes y el 37.5% eran adultas³; porcentajes

muy cercanos, que muestran que para los actores armados no hay límites en relación con la edad. En especial esto resulta particularmente preocupante cuando se trata de niñas, por la protección reforzada que tienen, al menos en las normas como lo dictamina el Artículo 44, de la Carta Política.

A propósito de la prevención y reparación de la violencia sexual, es necesario tener un enfoque etario⁴ que permita identificar los factores de riesgo para las niñas y niños, y en casos en los que la violencia sexual ha ocurrido, definir una intervención sensible que atienda las graves consecuencias que los hechos generan para una persona que está en proceso de estructurar su personalidad y desarrollar su cuerpo. Las afectaciones, en este sentido, también están determinadas por la edad y por tanto la oferta institucional de prevención y atención debe considerar este aspecto fundamental.

- *Enfoque étnico.*

El 7.5% de las mujeres partícipes son indígenas, el 17.5 % de las mujeres afrodescendientes y el 75% mujeres mestizas. Esta caracterización nos permite visibilizar las diferencias en los patrones de victimización entre las mujeres, según su etnia. En los casos de las mujeres y niñas indígenas y afrodescendientes se da una afectación del tejido social, por la composición social y cultural de sus comunidades y familias varía de acuerdo con sus tradiciones culturales arraigadas por años, entre tejidos sociales, cosmovisiones y relaciones con la tierra y su territorio.

Por ello, la violencia sexual afecta con un impacto desproporcional a las mujeres y también sus redes sociales, sus comunidades, sus familias. Es claro denotar que luego de los hechos victimizantes los lazos sociales se quebraron y que la perpetuación de la violencia en algunos casos ha tenido la intención de exterminar o atacar ese sentido étnico propio, por ejemplo en las violaciones a todas las mujeres de la familia, en la instrumentalización de las mujeres como venganza contra los hombres en su supuesto rol de protectores, o a la violación de las mujeres como escalafón último de la violencia.

Es así que el Estado debe asegurar una participación individual y

4 La Corte Constitucional lo reconoció y adoptó medidas al respecto en el Auto 09 de 2015, Magistrado Ponente Luis Ernesto Vargas, punto 3.2.2.

colectiva de las mujeres y niñas desde un enfoque étnico en los procesos de reparación, que permita construir desde las necesidades propias los programas efectivos e idóneos para ellas y con ellas.

- *Procedencia de las sobrevivientes.*

El 80% de las mujeres son de procedencia campesina⁵, el 7.5% desarrolló su infancia en los ámbitos campesino y urbano y el 12.5% tiene procedencia urbana. Esto muestra un mayor impacto en las mujeres campesinas, sin una contraprestación de protección estatal reforzada. Aunque esta situación es histórica, solo en el 2002 se aprobó una ley para las mujeres rurales, sin mayores medidas respecto a la violencia sexual⁶. En 2008 la Corte Constitucional⁷ declaró el mayor riesgo de violencia sexual —entre otros grupos— para estas mujeres campesinas, pero no han sido cumplidas las medidas que previó la instancia para superarlo.

- *Antecedentes de violencias hacia las mujeres.*

Dada la continuidad de las violencias contra las mujeres⁸, el 72.5% de las

5 Territorio en que el Estado tiene una presencia histórica mínima.

6 En la Ley 731, solamente el artículo 25 prevé únicamente sobre violencias, como beneficio especial, que «se garantiza el acceso preferencial a la tierra de las mujeres jefas de hogar y de aquellas que se encuentren en estado de desprotección social y económica por causa de la violencia, el abandono o la viudez».

7 La Corte Constitucional en el Auto 092 de 2008, párr. III.1, dispuso: «Diversas instancias han probado en forma fehaciente ante la Corte Constitucional que las mujeres del país —en particular aquellas ubicadas en zonas rurales o marginadas y en las áreas especialmente afectadas por el conflicto armado o por la presencia de grupos armados ilegales— deben afrontar, además de los peligros generales que representa la violencia armada para toda la población, los diez riesgos y vulnerabilidades de género en el contexto del conflicto interno antes mencionados y que ahora pasa la Corte a analizar».

8 Barraza Cecilia, Continuum de la violencia: Un desafío para las políticas públicas: «Un continuum de violencia que va tomando diversas formas y se reproduce en todos los escenarios sociales, tanto en tiempos de paz como en el marco de conflictos armados. En estos últimos escenarios se exacerban o reproducen con mayor crueldad prácticas de violencia contra las mujeres por razones de género, pero no son expresiones necesariamente nuevas o desconocidas, pueden ser más crueles, puede haber mayor sevicia, incluso mayor impunidad,

mujeres reportó hechos de violencias en su infancia. El 15% sufrió abandono con otras formas de violencia como la intrafamiliar, explotación infantil y la violencia del conflicto. Otro 15 % reportó explotación económica infantil, un 15% más sufrió violencia en el conflicto armado con otras formas como la explotación infantil; el 25% creció en ámbitos de violencia intrafamiliar, en varios casos extrema, y con casos también de explotación infantil. En un caso (2.5%) la violencia sexual la vivió desde el vientre de su madre durante la gestación.

Como se observa, la gran mayoría de las sobrevivientes enfrentaron la continuidad de las violencias que se da en nuestras sociedades por la generalidad de las mismas, sin que en ninguna fase del ciclo vital, haya una respuesta efectiva por parte del Estado. Esto contribuye a prolongar indefinidamente las violencias, porque se naturalizan, se consideran un asunto privado y simplemente no se asumen como un asunto de derechos humanos de las mujeres. La Ley 1257 de 2008 apunta a enfrentar la problemática estructural, y sin embargo, su nivel de incumplimiento es muy gravoso⁹, por lo cual el panorama sobre estos casos no tendría por qué ser sustancialmente diferente respecto a la población en general.

También se puede observar la generalidad de las violencias¹⁰ y de la

pero amabas están basadas en la subordinación de las mujeres, en un autoritarismo patriarcal y se practican por el hecho de ser mujeres». [en línea] Disponible en Internet:

http://manzanadiscordia.univalle.edu.co/index.php/la_manzana_de_la_discordia/article/view/1470/1577

9 Ley 1257. Ocho años de obstáculos en la protección integral para las mujeres víctimas de violencias. En: Informe de seguimiento a la implementación de la Ley 1257 de 2008. Colombia, 2016. [en línea] Disponible en Internet: <http://www.sismamujer.org/wp-content/uploads/2016/11/Ley-1257-ocho-a%C3%B1os-de-obstaculos-en-la-protecci%C3%B3n-integral-de-las-mujeres-v%C3%ADctimas-de-violencias.pdf> [Citado el 22 de agosto de 2017]

10 Convención de Belém do Pará, artículo 1: «Para los efectos de esta Convención debe entenderse por violencia contra la mujer cualquier acción o conducta, basada en su género, que cause muerte, daño o sufrimiento físico, sexual o psicológico a la mujer, tanto en el ámbito público como en el privado»; y en el artículo 2: «Se entenderá que violencia contra la mujer incluye la violencia física, sexual y psicológica:

- a. que tenga lugar dentro de la familia o unidad doméstica o en cualquier otra relación interpersonal, ya sea que el agresor comparta o haya compartido el mismo domicilio que la mujer, y que comprende, entre otros, violación, maltrato y abuso sexual;
- b. que tenga lugar en la comunidad y sea perpetrada por cualquier persona y que comprende, entre otros, violación, abuso sexual, tortura, trata de personas, prostitución forzada, secuestro y acoso sexual en el lugar de trabajo, así como en instituciones educativas, establecimientos de salud o cualquier otro lugar, y
- c. que sea perpetrada o tolerada por el Estado o sus agentes, donde quiera que ocurra».

discriminación¹¹ contra las mujeres en la familia y en la tolerancia social. Padres y madres que abandonan y no priorizan la educación de sus hijas, no solo por condiciones económicas, sino porque eran mujeres las aspirantes a los procesos educativos, legitimando el imaginario excluyente de que las mujeres no deberían estudiar, que es mejor nacer hombre que mujer, o que la tragedia de la muerte hubiera debido recaer mejor sobre las mujeres y no sobre los hombres de la familia; infancias marcadas por la violencia intrafamiliar, particularmente de los hombres hacia las mujeres de las familias, y por iniciar tempranamente a trabajar en oficios caracterizados por la división sexual del trabajo¹² y discriminación de género (servicio doméstico, cocina, venta de alimentos, etc.). Esto habla de nuestra sociedad, de la realidad que enfrentan miles de mujeres ante la naturalización de las violencias y la tolerancia estatal y social de las mismas. La vida de las mujeres es un transcurrir y el Estado no hace presencia para prevenir ni sancionar ninguna de estas violencias. Mientras la violencia intrafamiliar, la inasistencia alimentaria, la deserción escolar, entre otros, sigan siendo conductas irrelevantes para la sociedad y el Estado, la situación de violencias y discriminación hacia las mujeres seguirá presente de generación en generación.

En relación con hechos de violencia sexual previos a los relacionados con el conflicto, no en todos los casos fue posible hacer la distinción porque en algunos concurren las condiciones de infancia, violencia sexual y conflicto. Pero en términos generales, el 42.5% de las mujeres partícipes reportaron hechos previos de violación (27.5%) y actos sexuales (15%) tanto por familiares como por terceros.

Esto ratifica el *continuum* de las violencias contra las mujeres en el marco del conflicto, que tienen como antecedente, las diferentes formas

11 Convención sobre la eliminación de todas las formas de discriminación contra la mujer, artículo 1: «A los efectos de la presente Convención, la expresión “discriminación contra la mujer” denotará toda distinción, exclusión o restricción basada en el sexo que tenga por objeto o por resultado menoscabar o anular el reconocimiento, goce o ejercicio por la mujer, independientemente de su estado civil, sobre la base de la igualdad del hombre y la mujer, de los derechos humanos y las libertades fundamentales en las esferas política, económica, social, cultural y civil o en cualquier otra esfera».

12 Al respecto Ginés María, en División Sexual del trabajo, establece que: «La división sexual del trabajo es un fenómeno fácilmente observable, que se expresa en la concentración de las mujeres en las tareas de la reproducción en el ámbito doméstico y también en determinadas actividades y puestos dentro del trabajo remunerado, produciendo sistemáticamente diferencias salariales en detrimento de las mujeres».

de violencia, incluida la violencia sexual. Estos casos de violencia sexual son distintos a los cometidos con ocasión del conflicto armado, es decir, adicionales y previos. La historia de las mujeres, entonces, se asimila con una cronología de violencias en su contra. Las familias en varios hechos son cómplices de la violencia sexual contra las niñas, bien porque la ejercen los padres o hermanos, que en la estructura de discriminación de género de la sociedad tienen el poder y dominio sobre las mujeres de la familia; o porque las sociedades machistas, como la nuestra, consideran que las niñas están para eso y su dignidad no importa. Todas las partícipes que sufrieron abuso sexual en su infancia rechazaron esta conducta de sus familiares o terceros, pero en la mayoría de los casos no recibieron ningún tipo de apoyo familiar o social para enfrentar la situación.

Los agresores por su parte, en ejercicio de su poder discriminatorio, se aprovecharon de la edad de las niñas para anularlas como sujetas en pleno ejercicio de sus derechos, para apropiarse violentamente de sus cuerpos y seguramente lo han seguido haciendo porque no hay una sociedad ni un Estado que actúen eficientemente frente a este tema. En este sentido, no se atienden las afectaciones derivadas de la violencia sexual perpetrada por familiares o conocidos, que pueden ser tan lesivas como las que ejecutan los desconocidos¹³, incluso más, según la experiencia de nuestra organización.

- *Condiciones socioeconómicas.*

En cuanto a las condiciones de pobreza, no es posible determinar con precisión su nivel, por cuanto el nivel de ingresos no fue viable determinarlo en términos cuantitativos. Sin embargo, a partir de una adaptación del concepto de pobreza multidimensional¹⁴, se encontraron las siguientes condiciones socioeconómicas de las partícipes:

Durante la infancia un 35% enfrentaron condiciones de pobreza

13 MacKinnon, Catharine. Feminismo, marxismo, método y Estado: hacia una teoría del derecho feminista. En García Villegas Mauricio, Jaramillo Sierra, Isabel Cristina & Restrepo Saldarriaga, Esteban. Crítica Jurídica. Teoría y sociología jurídica en los Estados Unidos. Universidad de Los Andes, Bogotá. 2006. P. 209

14 DANE. Comunicado de prensa. En Oficina de prensa, Bogotá, 2013. [en línea]. (18-04-2013) [citado 22 de agosto de 2017]. Disponible en Internet: <https://www.dane.gov.co/files/investigaciones/condiciones_vida/pobreza/cp_pobreza_20122.pdf>

extrema y más de un 60%, aunque no tuvieron condiciones dignas de vida en términos de acceso a salud, educación, vida en familia, protección frente a la explotación infantil, etc.; es decir, vivieron en condiciones muy básicas de habitación y alimentación, generadas por el trabajo agrícola en los sectores rurales. Solo un caso abordó una mujer con condición económica solvente¹⁵.

En términos generales, las víctimas de los casos documentados crecieron en condiciones económicas precarias, que sumado al panorama de violencias y de discriminación hacia la mujer descrito hasta ahora, refuerzan las barreras para acceso igualitario a condiciones dignas de vida. La violencia de género tiene consecuencias para el goce y ejercicio de los derechos fundamentales¹⁶.

Un niño de escasos recursos está en condición de desigualdad social pero una niña de escasos recursos, que ha sufrido violencia de género, enfrentará mayores obstáculos para el ejercicio pleno de sus derechos, debido a su condición de género. Además, el impacto negativo sobre su autonomía y autoestima, son factores funcionales para la reproducción del ciclo de violencias, como en efecto sucede.

- *Educación.*

El acceso a la educación por su parte se dividió así:

Nivel de estudios	%
Sin estudios	15
Primaria	22,5
Bachiller parcial (media básica)	20
Bachiller	20
Superiores (técnico o universitarios)	22,5

Fuente: Elaboración propia, 2017.

15 Es necesario aclarar que la coincidencia de casos de mujeres con escasos recursos no está relacionada con las violencias hacia las mujeres, que no «distinguen» condición social, sino con el perfil de casos que trabaja nuestra organización, orientado a identificar prioritariamente a quienes no cuenten con medios económicos para tener acompañamiento psicojurídico.

16 Ver: Corte Constitucional C 297 de 2016. M.P Gloria Stella Ortiz Delgado, párr. 38.

Las posibilidades de ascenso social para garantizar independencia económica, que les proteja de entornos de violencia en su contra, son mínimas para la gran mayoría de las mujeres que participaron en las documentaciones, quienes, en muchos casos, no lograron un nivel educativo de bachiller. Este es uno de los elementos que debería tener en cuenta el Estado a la hora de determinar una política de reparación inclusiva, diferencial y con enfoque transformador.

En la actualidad, la mayoría desarrolla diferentes trabajos, como el doméstico no remunerado, simultáneamente con otro(s). En términos generales las sobrevivientes se ocupan así: trabajo agrícola 10%, cocineras 7.5%, comerciantes 15%, costureras 7.5%, empleadas 12.5%, enfermera 2.5%, estilistas 5%, liderazgo social 20%, oficios varios 12.5%, trabajo doméstico exclusivo 7.5%.

La generalidad de oficios no supera todavía la idea de trabajos asignados tradicionalmente a las mujeres por una sociedad que las discrimina. Ocupaciones relacionadas con el cuidado a otros constituyen al menos la tercera parte del grupo con niveles bajos de ingresos. Se destaca, en todo caso, el importante nivel de liderazgo de las sobrevivientes, que ha sido una de las herramientas usadas para superar los efectos de las violencias y continuar con sus vidas. La participación en redes de apoyo y liderar procesos con otras mujeres ha contribuido a su restablecimiento emocional.

En consecuencia, debe tenerse en cuenta por la política institucional, tanto la necesidad de fortalecer el desempeño no estereotipado de oficios¹⁷ y el reconocimiento económico de las labores de cuidado —sin que sean exclusivas de las mujeres—, como la oportunidad de potenciar el liderazgo de las mujeres como mecanismo para la reparación integral, con las debidas garantías de seguridad para su ejercicio.

En consulta con las partícipes, ellas destacaron la inconformidad con los oficios que ejercen, pues habrían preferido continuar con sus estudios, desempeñarse como profesoras, políticas destacadas, administradoras de empresas, agrónomas, médicas, y aunque están muy orgullosas de quienes son hoy, gracias a su propia lucha, el acceso a la educación les habría generado mejores condiciones de vida actuales.

Una deuda social con las mujeres sobrevivientes de violencia sexual

17 Al respecto ya existen mandatos legales como se describe en los artículos 11 No. 4 y 12 No. 3, Ley 1257 de 2008.

es determinar individualmente qué efectos tuvo este tipo de hechos, — porque ni siquiera este paso se ha dado— y además establecer, a nivel social, las consecuencias de la violencia sexual. Cabe preguntarse sobre aquellas mujeres que abandonaron sus estudios, sus comunidades, sus hogares: ¿qué rol habrían desempeñado para la comunidad como profesoras, lideresas, médicas, madres, etc.? Sin embargo, creemos que fueron unas pérdidas sociales que están por establecerse, porque la violencia sexual —igual que cualquier forma de violencia hacia las mujeres— afecta el cuerpo y la vida de las mujeres pero también al entramado social del cual hacen parte.

Rol de madres

El 25% de las mujeres tuvo su primer/a hijo/a siendo menores de edad y junto con las adolescentes suman un total de 45% dentro de la categoría de embarazo adolescente¹⁸. El 10% no tiene hijos ni hijas. A su vez, el 20% de las mujeres estableció una relación de pareja de convivencia antes de la mayoría de edad. Entre los motivos para «salir» de la casa, en un 50% de los casos, están el embarazo y la necesidad de escapar de entornos violentos en sus hogares de origen.

Como se sabe, el embarazo adolescente impacta los proyectos de vida de las mujeres, siendo una expresión más de discriminación de género y de un Estado ausente que no lo previene ni lo atiende, teniendo que asumir las mujeres solas sus consecuencias. Esto se asocia consecuentemente con la vinculación laboral precaria, la deserción escolar y la inestabilidad económica, factores que redundan en las condiciones de inequidad de las mujeres en nuestra sociedad¹⁹.

El segundo dato destacado como motivación para «salir» de sus hogares por la necesidad de escapar de entornos violentos, expone a las mujeres a mayores riesgos de violencias en su contra, y las encuadra en ciclos de discriminación permanentes en sus nuevos entornos, por falta de

18 Profamilia. “Un embarazo adolescente o a temprana edad es el que ocurre antes de los 19 años”. [en línea] <www.profamilia.org.co> [Citado en agosto de 2017].

19 Rodríguez, Jorge. Maternidad adolescente en América Latina y el Caribe. Tendencias, problemas, desafíos. En: Desafíos. Boletín de la infancia y adolescencia sobre el avance de los objetivos de desarrollo del Milenio. No. 4, enero de 2007.

independencia económica, afectación de su autonomía y la creencia errada de que conformar una pareja es necesariamente una oportunidad de ascenso social y protección emocional.

Cabe resaltar que la mayoría de relaciones de pareja de las mujeres partícipes, iniciaron mediadas por condiciones de desigualdad frente a su pareja en razón a la edad, pues los hombres eran varios años más adultos que ellas, con mayor experiencia y conocimiento vital, que les permitía mantener una relación superior frente a la mujer, como expresión de relaciones discriminatorias de género.

Como hasta aquí se observa, el cúmulo de factores de violencias y discriminación hacia las mujeres (antecedentes de violencias, precariedad económica, falta de acceso a educación, trabajos estereotipados y mal remunerados), permiten valorar la problemática como social, que demanda acciones estatales estructurales. Las consecuencias sociales deberían ocupar a la sociedad y al Estado, puesto que esta es la vida que se ofrece para más del 51% de la población, pero el desprecio por lo femenino y la privatización de las violencias priman y de ahí las condiciones necesarias para su continuidad.

Otra característica relevante de los casos documentados es que no son en absoluto especiales o exóticos, no se trata de 40 sobrevivientes víctimas «particulares» de la discriminación de género, sino de 40 mujeres colombianas que son el espejo de la situación que viven muchas mujeres en el país.

b. Hechos de violencia sexual en el contexto del conflicto armado

El 87% de los hechos²⁰ contabilizados fue por violación múltiple, es decir, varias veces en unos mismos hechos y por más de un agresor. En total, el número de agresores ascendió a 140, para un promedio de 3 por cada víctima, de los casos documentados. En tres hechos no fue posible determinar la cantidad de agresores por la masividad²¹ de los mismos. Los delitos se distribuyeron así:

20 Includos 6 hechos más de casos en que las víctimas sufrieron dos hechos diferentes en el tiempo, aparte de las agresiones sufridas en la infancia. No se incluyeron en dos casos más violaciones adicionales y posteriores a los hechos de conflicto armado, por parte de civiles.

21 Estos casos no se contabilizaron en el promedio de agresores.

Delito	%
Acceso carnal	87
Esclavitud sexual, aborto forzado y planificación reproductiva forzada	8,6
Acto sexual	4,3

Uno de los aspectos que mayor atención llamó del equipo que documentó los casos, es el nivel de sevicia con el que se perpetró la totalidad de los hechos, pues además de la cantidad de agresores que participaron —alcanzando cifras de hasta 15 agresores—, circunstancias como la violación vaginal, anal y bucal de las víctimas, la presencia de sus familiares —incluida niñez (hermanos/as o hijos/as)—, la violación simultánea de madres e hijas, la tortura física y psicológica, la ruptura de unidades sociales afectivas como familias o comunidades, la persecución previa y posterior y las violaciones adicionales, etc., permitieron constatar, en cada uno de los relatos, un nivel atroz de violencia y discriminación hacia las mujeres, que permite hablar de misoginia, de total desprecio por lo femenino y de la intencionalidad clara de afectarlo o destruirlo.

Igualmente, junto a la sevicia, llamó la atención la expresión de burla que muchos de los agresores tenían en el momento de la agresión sexual hacia las mujeres, lo que manifiesta un ejercicio del poder e instrumentalización del cuerpo de las mujeres, donde el agresor tiene la intención de disminuir y degradar a la mujer, expresándole a través de la burla «quién tiene el control» de la situación, a la vez que subvalora o le quita significado al acto de violencia que se está cometiendo y los impactos de este mismo para la vida de la mujer. Esta burla, también se puede interpretar desde creencias e imaginarios sociales, desde esta perspectiva la burla para el agresor representa un acto de «juego» o «travesura masculina», «que no es tan grave», «ni tiene importancia socialmente», creencias que encuentran respaldo y legitimación en un contexto social que todavía no reconoce la gravedad ni la masividad de la violencia sexual en la vida de las mujeres y sus familias.

También, adquiere total fundamento la comprensión de la violencia sexual como una manifestación de poder sobre las mujeres. Algunas autoras consideran que, de hecho, el acto de violación no es en sí mismo de sexualidad, sino uno de violencia que implica un desplazamiento de poder hacia la

sexualidad, en este caso femenina²². Un poder que expresa una violencia sin límites, que hace que las sobrevivientes lo sean asombrosamente, contra todo pronóstico, y que deja la pregunta de cuántas mujeres no lograron serlo. Esta publicación es entonces también un homenaje a todas las voces que silenció definitivamente la violencia sexual.

A nivel nacional no existe un consolidado unificado sobre violencia sexual contra las mujeres al respecto del conflicto armado. Esto se debe, entre otros aspectos, a que los registros sobre violencia sexual en conflicto son relativamente recientes porque la categoría no es clara en los sistemas de registro de la mayoría de las entidades²³; las rutas no están articuladas entre sí, de manera que una sobreviviente que acude a un mecanismo de atención no necesariamente está en los demás registros, no se abarcan las diferentes formas de violencia sexual y porque en general el concepto no es unificado entre las autoridades, aunque la Corte Constitucional lo haya desarrollado con claridad en los Autos 092 de 2008 y 09 de 2015, entre otros pronunciamientos. No obstante, vale indicar que hay avances en la conformación de un sistema integrado de información sobre violencia sexual, como lo indica la Ley 1719, pero este es un proceso reciente y en curso²⁴.

Sin embargo, los datos existentes dan cuenta de grupos de casos que muestran algunas constantes en la perpetración de la violencia sexual. Según el reporte de nuestra organización sobre la información del Instituto Nacional de Medicina Legal y Ciencias Forenses, la violencia sexual contra mujeres, con ocasión del conflicto armado, ha incrementado desde el año 2011 en adelante²⁵. En los últimos años se ha presentado el siguiente número de casos²⁶:

22 Brownmiller, Susan. *Against our Will: men, women and rape*. Simon & Schuster, New York: 1976.

23 La UARIV registra hechos de violencia sexual indistintamente en hechos contra la libertad y la integridad sexual y hechos que atentan contra la vida, la dignidad y la integridad personal.

24 El Ministerio de Salud lidera el Sistema Integrado de Información sobre Violencias de Género (SIVIGE). [en línea] Disponible en Internet: < http://colombia.unfpa.org/sites/default/files/pub-pdf/SIVIGE_Final_web_0.pdf > [Citado en julio de 2017]

25 Corporación Sisma Mujer. *Del fin de la guerra a la erradicación de la violencia sexual contra las mujeres: un reto para la paz*. Bogotá. P. 11. Disponible en Internet: <<http://www.sismamujer.org/comunicado-25-de-mayo-del-fin-de-la-guerra-a-la-erradicacion-de-la-violencia-sexual-contra-las-mujeres-un-reto-para-la-paz/> f >

26 Información de Sisma Mujer. *Aparte de realidad en cifras* prevista en sus boletines

Año	Cantidad
2016	218
2015	217
2014	214
2013	113
2012	129
2011	71

Fuente: Corporación SISMA Mujer, 2017.

El incremento puede ser un asunto de registro, pero los datos existentes dan cuenta de la continuidad de la violencia sexual. Esta continuidad es más importante que la cantidad y confirma que ni la negociación ni la paz necesariamente han impactado la situación de violencia sexual relacionada con el conflicto, porque la problemática es más compleja.

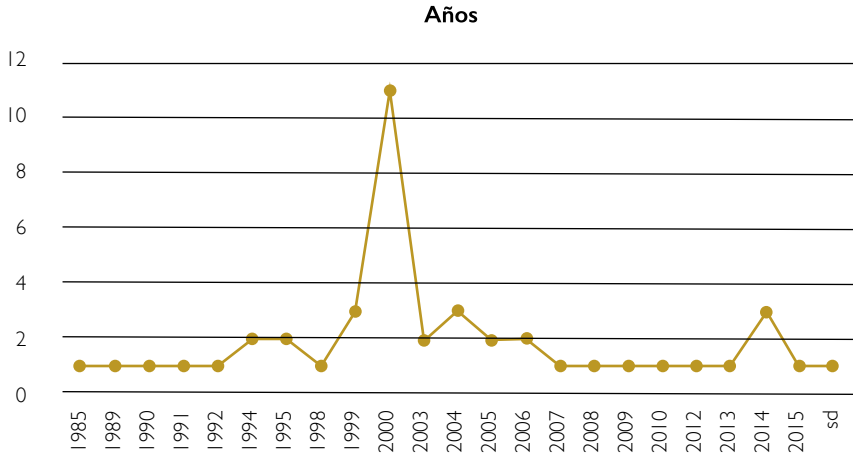
La Unidad Nacional de Víctimas reporta 16.460 casos de violencia sexual contra mujeres en el periodo que va de 1984 a 2016²⁷. Este registro tiene diferentes virtudes a nivel nacional como comprender el mayor número de años, desagregar por sexo y ser de casos relacionados con el conflicto, por el mandato legal de la Ley 1448 de 2011, entre otras. Tiene como dificultades que no siempre han sido claros los parámetros en cuanto a la inclusión de hechos de todos los actores armados y no informa el tipo de violencia sexual perpetrado.

En cuanto a la época en que ocurrieron los hechos, en los casos documentados, se constató en primer lugar, la continuidad de la violencia sexual, con el primer hecho en 1985 y el último en 2015, es decir, treinta años de ejercicio de violencia sexual continuos. En segundo lugar, algunos picos, particularmente en el 2000, se explican por el contexto de la masacre en que ocurrieron la mayoría de hechos documentados ese año. Por último, se

del 7 de noviembre de 2013 y los boletines 9 de 2015 y 12 de 2017. [en línea] Disponibles en: <www.sismamujer.org>.

27 Red Nacional de Información (RNI). Descarga de datos abiertos. [Consultado el 29 de junio de 2017]. Disponible en Internet: <http://cifras.unidadvictimas.gov.co/Reporteador?pag=1¶metros>

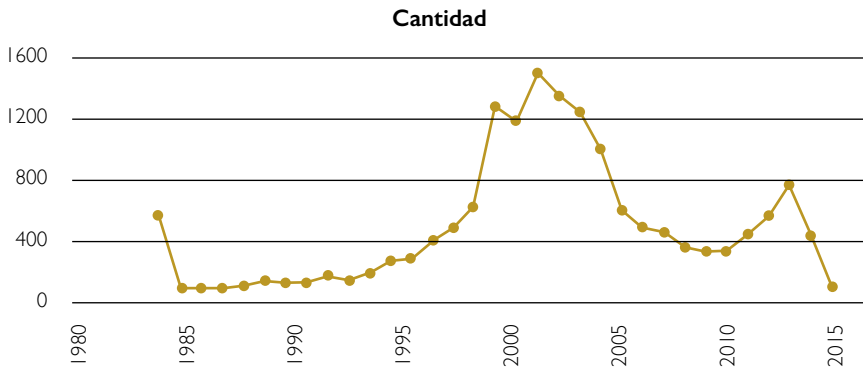
consideró relevante destacar que durante el proceso de negociación, iniciado en 2012, se mantuvieron los hechos de violencia sexual contra las mujeres, atribuibles según la responsabilidad, tanto a guerrilla como agentes del Estado, entre otros, a continuación la *Gráfica 2* representa el número de casos por año.



Gráfica 2: Casos de violencia sexual 1985-2015.

Fuente: RNI.

En el caso del registro de la Unidad de Víctimas, se preserva la misma línea de continuidad de la violencia sexual, en un periodo de treinta y dos años, con picos durante los años 2000 a 2005²⁸, como se describe en la *Gráfica 3*:



Gráfica 3: Registro de Unidad de Víctimas-Casos de violencia sexual.

Fuente: Unidad de Víctimas, 2005.

En relación con los responsables, el conjunto de casos documentados, constatan una vez más que **todos** los actores armados han sido y siguen siendo perpetradores de violencia sexual contra las mujeres. Más allá de los siguientes resultados que han sido obtenidos a partir de diferentes rutas y obstáculos para encontrar los casos y que enseguida se explicarán, lo cierto es que ningún actor armado se ha abstenido de usar, en el marco de la guerra, la violencia sexual, particularmente contra las mujeres.

Así, un 28% se atribuye a paramilitares, el 15.2% a paramilitares de manera conjunta con fuerza pública, el 10.8% a fuerza pública, el 32.6% a las FARC, el 10.8% a grupos armados sin identificar y el 2.1% al ELN.

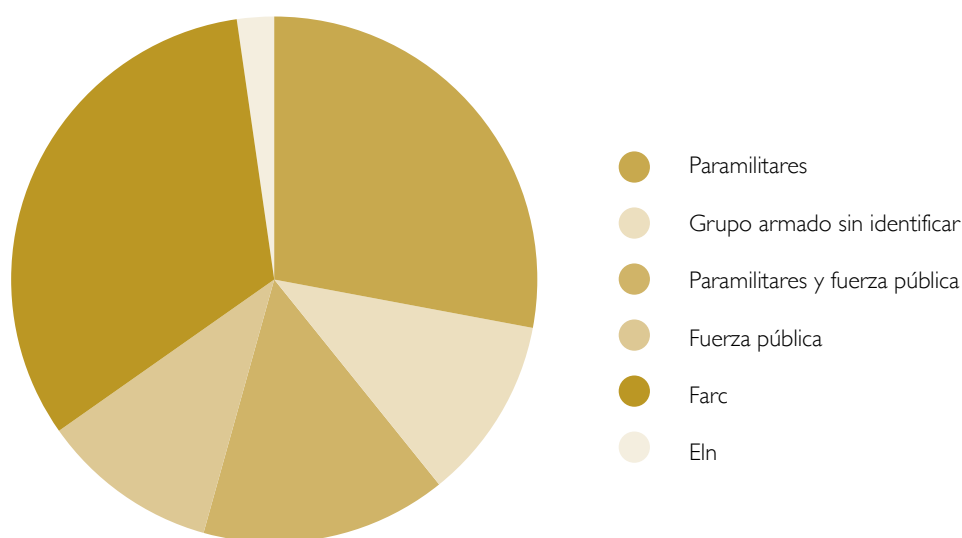


Figura 1: Porcentaje de actores armados.

Fuente: Elaboración propia, 2017.²⁹

La identificación de casos en el proceso de documentación tuvo como objetivo contar con diferentes hechos atribuibles a la generalidad de los actores armados. El proceso previó, como ruta, la identificación de casos de mujeres y organizaciones acompañadas previamente por Sisma Mujer, así como de entidades a las cuales acudieron las víctimas.

²⁹ Elaborado por la Corporación Sisma Mujer con la información obtenida a través de las historias de vida recolectadas en este libro.

En términos generales, fue relativamente sencillo identificar los casos de los grupos armados ilegales, pero el principal obstáculo encontrado fue respecto de los casos de la fuerza pública. Se considera que esto se relaciona con la mayor dificultad que tienen las víctimas para acceder a la justicia cuando se trata de agentes del Estado.

La institucionalidad cuenta con procedimientos que facilitan el trámite para las víctimas de los grupos ilegales y lo dificultan en el caso de los agentes estatales, ejemplos de lo anterior, son las dificultades de inscripción en el Registro Nacional de Víctimas como sobrevivientes de violencia sexual por hechos cometidos de la fuerza pública, el diseño institucional de las jornadas colectivas de denuncia a partir de la normatividad de la Ley de Justicia y Paz —que es para actores ilegales— también obstaculiza la recepción de casos de los agentes del Estado, el extravío de estos casos cuando se presentan, y como si fuera poco, las dificultades de la estrategia investigativa para los casos de fuerza pública, como se ha manifestado por las organizaciones³⁰.

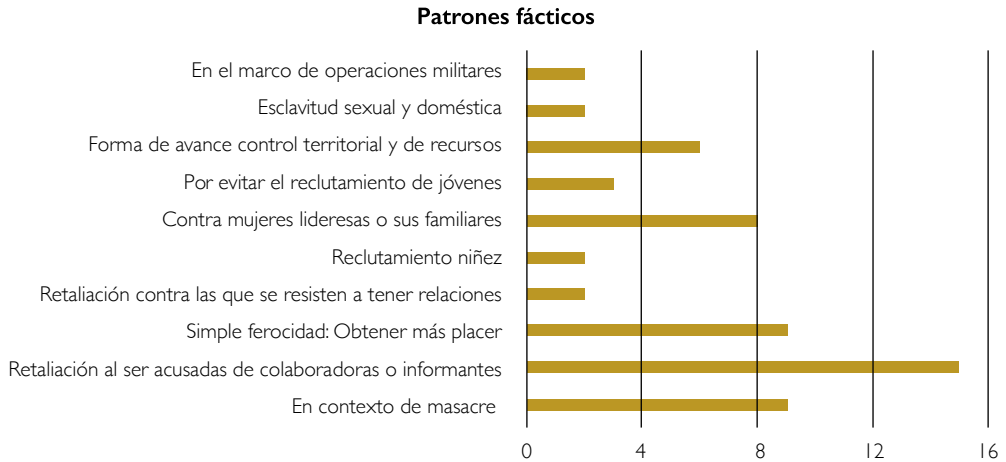
No se trata de visibilizar una mayor responsabilidad de la fuerza pública, y de hecho, de ningún actor armado, porque el mensaje claro que planteamos es la responsabilidad de todos los actores armados; en este sentido, lo que se reclama son las mismas garantías y derechos para las víctimas sobrevivientes de violencia sexual independientemente del grupo armado que sea sindicado de los hechos. Por eso se hace necesaria la implementación de medidas afirmativas para las víctimas de violencias por parte de fuerza pública, quienes históricamente han contado con mayores obstáculos en el acceso a la justicia penal y disciplinaria.

A pesar de las dificultades, nuestra ruta logró el objetivo y se identificaron un número considerable de hechos para cada actor, aunque con un grado de dificultad que solo fue superado por la amplia experiencia de nuestra organización en la temática.

En cuanto a los patrones de victimización con que ocurrieron los hechos, se destaca que en algunos hechos, son aplicables varios patrones, y solo en un hecho no fue posible establecerlo. La identificación de patrones en la casi totalidad de casos demuestra la intencionalidad, premeditación y, por tanto, el uso deliberado de la violencia sexual, en el marco de sus estrategias de guerra³¹:

30 Mesa de seguimiento a los Autos 092 de 2008 y 09 de 2015, anexos reservados, sexto y primer informe, 2016.P. 18.

31 La Corte Constitucional Auto 09 de 2015, párr. II.1, estableció: «Se identificaron



Gráfica 4: Patrones fácticos.

Fuente: Elaborada por SISMA -2017, a partir de los patrones establecidos por Auto 09 de 2015, de la Corte Constitucional.

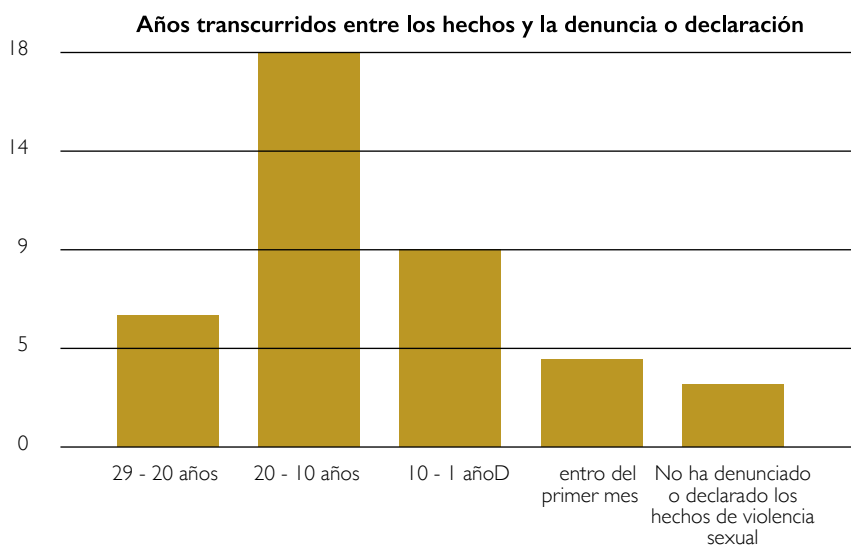
Llama la atención que en la mayoría de casos a las víctimas de violencia sexual se les relaciona con la acusación de los actores armados de ser simpatizantes, colaboradoras e incluso integrantes de los actores contrarios y que la forma de «castigo» elegida por los agresores, sea la violencia sexual. Esto confirma, como se indica, la intencionalidad y articulación de esta práctica con las estrategias de los actores armados en la guerra.

Los relatos de los hechos permiten establecer las acusaciones que se les hicieron durante la agresión, por ser supuestas colaboradoras de otro grupo armado; represalias por evitar el reclutamiento de la niñez; la simple ferocidad entendida como ejercicio de poder de los guerreros sobre los cuerpos de las mujeres que se pueden usar y abusar por ser socialmente identificados como disponibles para la satisfacción masculina; el contexto de masacre, entre otros. La coincidencia de los patrones en los hechos documentados, en las diferentes

en particular nueve (9) patrones fácticos, que dan cuenta de cómo estos crímenes fueron perpetrados por todos los actores del conflicto de manera: [...] habitual, extendida y sistemática [...]. En este proceso identificamos los siguientes: En contexto de masacre, retaliación al ser acusadas de colaboradoras o informantes; simple ferocidad, obtener placer sexual, retaliación contra las que se resisten a tener relaciones; reclutamiento de niñez, contra mujeres lideresas o sus familiares; forma de avance de control territorial y de recursos, esclavitud sexual y doméstica, en el marco de operaciones militares y adicionamos el de evitar el reclutamiento de jóvenes.

regiones, años y actores armados demuestra la intencionalidad de la acción, esto es, que la violencia sexual no ocurrió como un hecho fortuito, sino que se perpetró de manera extendida y sistemática por los actores armados.

En relación con el acceso a la justicia por parte de las partícipes, el promedio de tiempo en el que las mujeres acuden ante las autoridades estatales para interponer la denuncia o declaran los hechos de violencia sexual fue de 12,6 años. De los casos documentados, el caso en el cual transcurrió más tiempo entre los hechos y la denuncia fue de 29 años, sólo cuatro casos fueron puestos en conocimientos dentro del primer mes de ocurridos. En tres casos las mujeres no han emprendido acción alguna para materializar su derecho al acceso a la justicia.



Gráfica 5: Años transcurridos entre los hechos y la denuncia o declaración.

Fuente: Corporación Sisma Mujer, 2017.

Bajo estas condiciones, es claro que las mujeres siguen enfrentando obstáculos para acceder a la justicia principalmente porque no se les brindan garantías para su denuncia; en algunos casos las mujeres manifestaron la reproducción de estereotipos por parte de las entidades, a partir de los cuales se generó una victimización secundaria. También reclaman por la falta de un equipo interdisciplinario cualificado para recibir la denuncia de las mujeres, la falta de espacios aptos para atender los casos que garanticen el respeto a la intimidad de las víctimas y la dificultad para acceder a la información del caso con posterioridad a la denuncia.

También es posible afirmar que la debilidad institucional³², que se enfrenta en épocas de conflicto armado, la cooptación de los espacios de poder político y de las instituciones, así como las dificultades para acceder a la justicia pueden ser factores que favorecen y explican los bajos índices de denuncia de este crimen, en detrimento de los derechos de las víctimas.

En relación con el estado procesal de los casos no se constatan avances significativos. De los cuarenta casos, el 32.5% se encuentran en estados previos de investigación, otro 30% en investigación o instrucción, el 2.5% están en juicio; en el 2.5 % se han proferido condenas³³, el 5% están archivados, del 20% la Fiscalía no aportó la información³⁴ y el 7.5% restante corresponde a los casos que aún no se han denunciado.

Nivel de estudios	No. de casos
Investigación preliminar	7
Indagación	6
Investigación	5
Instrucción	7
Juicio	1
Sentencia	1
Archivo	2
Sin información	8
Sin denuncia	3
Total	40

Fuente: Corporación Sisma Mujer, 2017.

32 Wood, Elisabeth. Violencia sexual durante la guerra: hacia un entendimiento de la variación. En: Revista Análisis Político, nº 66, Bogotá, mayo-agosto, 2009. Págs. 3-27.

33 En uno de los casos documentados se han proferido dos sentencias por los hechos de violencia sexual, sin embargo, las mismas corresponden a sentencias anticipadas en las cuales se ha aceptado responsabilidad por cadena de mando solamente. La etapa de instrucción sigue su curso en relación con otros implicados dentro de la investigación.

34 Esta información fue solicitada a la Fiscalía General de la Nación por parte de la Corporación Sisma Mujer, por medio de derecho de petición mediante Orfeo No. 20176110348122 y no se obtuvo respuesta.

En relación con la inclusión de los casos documentados dentro de los anexos reservados de los Autos 092 de 2008 y 009 de 2015 de la Corte Constitucional, el 20% hace parte de los anexos del Auto 092 de 2008 de la Corte Constitucional y el 40% están incluidos en los anexos del Auto 009 de 2015 de la misma instancia. Aunque la mayoría de los casos están amparados por estas importantes decisiones, según los estados procesales vistos, dicha protección no se ha visto traducida en mejores garantías de acceso a la justicia para las víctimas.

c. Las consecuencias de la violencia sexual

El 77.5% de las sobrevivientes no recibió atención médica luego de los hechos ni otro tipo de cuidados. El 20% de las mujeres sufrió afectaciones severas a su salud sexual y reproductiva, que es una consecuencia usual para todos los casos, pero que en este grupo fue especialmente grave para esa proporción de sobrevivientes. Habría que determinar la posible mitigación de estos efectos si las sobrevivientes hubieran tenido atención médica oportuna. Corresponde al Estado reconocer que la violencia sexual genera secuelas gravosas para la salud sexual y reproductiva; y garantizar una oferta institucional especializada que las intervenga.

En un caso, las afectaciones generaron abortos espontáneos en dos ocasiones, con un diagnóstico de imposibilidad de embarazo que provocó otras afectaciones. En dos casos las mujeres quedaron involuntariamente en embarazo como producto de la violencia sexual.

Alrededor del 55% de las mujeres partícipes referenciaron el conocimiento concreto de otros casos de hechos de violencia sexual, lo cual arrojó como promedio, que cada una conoce 2 casos más y, algunas de ellas adicionalmente, referenciaron otro grupo de hechos de violencia sexual en el conflicto, indeterminado, por la alta cantidad. Esta es una manera viable de identificar, a partir de los relatos de las mujeres, otras víctimas que permanecen en silencio. Un promedio de 2 víctimas adicionales por cada una es un resultado preocupante si pensamos en los registros nacionales que se han traído y más aún si se pudiera contabilizar el relato de quienes afirman que no están en capacidad de determinar un número por la gran cantidad de casos que pueden conocer.

El 67.5% de las partícipes sufrió desplazamiento forzado con ocasión de los hechos de violencia sexual, lo cual demuestra que efectivamente este tipo de violencia es causa del fenómeno, no en pocos casos, por interés en el control territorial y la apropiación de recursos como la tierra³⁵.

Otras consecuencias son las rupturas con sus parejas, por el rechazo de una u otro, la alteración de sus estudios, y, en general, de su proyecto de vida; la profundización de la pobreza, el ejercicio de la prostitución, el deterioro de la relación con los(as) hijos(as), los sentimientos de vergüenza y culpa, el miedo, la rabia, la ansiedad, la pérdida de deseo sexual, el pesimismo, la inseguridad, la baja autoestima, la depresión, las crisis nerviosas, las afectaciones psiquiátricas, las ideas de suicidio, el consumo de alcohol, la inapetencia, problemas de sueño, deterioro de la salud física, la desconfianza en el Estado y la sociedad y el aislamiento son las principales afectaciones a la estabilidad emocional de las sobrevivientes, quienes han echado mano de sus herramientas personales —ante un Estado ausente— para superarlas, como se describe en el siguiente apartado.

d. Expectativas de las mujeres participantes

No existe mejor descripción de los deseos y aspiraciones de las mujeres que sus propias voces y relatos, que sus propias exigencias y esperanzas. Sin embargo, debemos reconocer desde este punto y desde nuestro lugar la diversidad de las expectativas para ellas, para sus hermanas, amigas, para las mujeres y niñas, en general, y para el país por el que luchan en paz, es decir, sin violencias ni discriminaciones contra las mujeres.

Las expectativas oscilan, en general, entre la justicia como una exigencia al Estado Colombiano para que los responsables de los hechos asuman las consecuencias de las violencias que cometieron; en conexión del derecho a saber la verdad en una confrontación de su palabra contra la de los agresores, en la que esos hombres bélicos acepten su culpa y se avergüencen como humanidad de su sevicia.

35 Céspedes Báez, Lina María. La violencia sexual en contra de las mujeres como estrategia de despojo de tierras en el conflicto armado colombiano. Bogotá: Revista Estudios Socio-Jurídicos. 12(2): 273-304, julio-diciembre de 2010.

También las mujeres esperan una reparación integral que sea entendida como un derecho, de unas mujeres luchadoras que se vieron vulneradas por grupos armados y sumidas en repeticiones de violencia por la acción y omisión del Estado, como un derecho y no como una lamentable petición de auxilio, pues si bien necesitan la asistencia y toda la atención del Estado para repararlas, no lo hacen por soberbia, ni por falta de capacidades sino por restablecer un orden social justo, en el que ellas como afectadas merecen ser reparadas, pues es su derecho y el Estado colombiano debe asumirlo como su obligación.

A diario las mujeres rompen el silencio, construyen conjuntamente curas para sus heridas y aportan a la paz desde su quehacer diario y desde su palabra. Es así que un anhelo inmenso es la existencia de garantías de seguridad, de acompañamiento psicosocial y de libertad para las denuncias de los crímenes y horrores de la guerra, porque hablar es alzar la mirada al futuro, es una decisión inaplazable de participar políticamente, de vivir tranquilamente siendo mujeres y niñas, y en ello el Estado, es decir sus funcionarios, la comunidad internacional y la sociedad en general, tenemos un compromiso inmenso como parte de la apuesta por una Colombia en paz y reconciliada. Estas mujeres con sus voces, historias y luchas son portadoras de otro mundo posible.

Bibliografía

- BROWNMILLER, Susan. *Against our Will: men, women and rape*. Simon & Schuster, New York: 1976.
- CÉSPEDES BÁEZ, Lina María. *La violencia sexual en contra de las mujeres como estrategia de despojo de tierras en el conflicto armado colombiano*. Bogotá: Revista Estudios Socio-Jurídicos. 12(2): 273-304, julio-diciembre de 2010.
- CONVENCIÓN INTERAMERICANA para Prevenir, Investigar y Sancionar la Violencia contra la Mujer, Convención de Belém do Pará, Ratificado por Colombia el 10 de Marzo de 1996. Corporación Sisma Mujer. *Del fin de la guerra a la erradicación de la violencia sexual contra las mujeres: un reto para la paz*. Bogotá. P. 11. Disponible en Internet: <http://www.sismamujer.org/comunicado-25-de-mayo-del-fin-de-la-guerra-a-la-erradicacion-de-la-violencia-sexual-contra-las-mujeres-un-reto-para-la-paz/> f
- CORPORACIÓN SISMA MUJER. *Lineamientos de política criminal para la protección del derecho humano de las mujeres a una vida libre de violencia sexual*. Colombia, 2013. P. 70.
- CORTE CONSTITUCIONAL. Auto 092 de 2008, párr. III.1.
- CORTE CONSTITUCIONAL. Auto 09 de 2015, párr. II.1
- CORTE CONSTITUCIONAL. C 297 de 2016. M.P Gloria Stella Ortiz Delgado, párr. 38.
- DANE. Comunicado de prensa. En Oficina de prensa, Bogotá, 2013. Disponible en: https://www.dane.gov.co/files/investigaciones/condiciones_vida/pobreza/cp_pobreza_20122.pdf
- GINÉS, María E. *División sexual del trabajo*. En: Agenda de las mujeres. (Consultado 22 de agosto de 2017). Disponible en Internet: <http://agendadelasmujeres.com.ar/notadesplegada.php?id=50>
- LEY 1257. Ocho años de obstáculos en la protección integral para las mujeres víctimas de violencias. En: Informe de seguimiento a la implementación de la Ley 1257 de 2008. Colombia, 2016. Disponible en Internet: <http://www.sismamujer.org/wp-content/uploads/2016/11/Ley-1257->

ocho-a%C3%B1os-de-obstaculos-en-la-protecci%C3%B3n-integral-de-las-mujeres-v%C3%ADctimas-de-violencias.pdf

MACKINNON, Catharine. *Feminismo, marxismo, método y Estado: hacia una teoría del derecho feminista*. En García Villegas Mauricio, Jaramillo Sierra, Isabel Cristina & Restrepo Saldarriaga, Esteban. *Crítica Jurídica. Teoría y sociología jurídica en los Estados Unidos*. Universidad de Los Andes, Bogotá: 2006. P. 209.

Mesa de seguimiento a los Autos 092 de 2008 y 09 de 2015, anexos reservados, sexto y primer informe, 2016.P. 18.

MINISTERIO DE SALUD. Sistema Integrado de Información sobre Violencias de Género (SIVIGE). Disponible en Internet: http://colombia.unfpa.org/sites/default/files/pub-pdf/SIVIGE_Final_web_0.pdf

PROFAMILIA. “Un embarazo adolescente o a temprana edad es el que ocurre antes de los 19 años”. Colombia, 2017. Disponible en Internet:< www.profamilia.org.co>

RED NACIONAL DE INFORMACIÓN (RNI). Descarga de datos abiertos. [Consultado el 29 de junio de 2017]. Disponible en Internet: <http://cifras.unidadvictimas.gov.co/Reporteador?pag=1¶metros>

RODRÍGUEZ, Jorge. *Maternidad adolescente en América Latina y el Caribe. Tendencias, problemas, desafíos*. En: Desafíos. Boletín de la infancia y adolescencia sobre el avance de los objetivos de desarrollo del Milenio. No. 4, enero de 2007.

WOOD, Elisabeth. *Violencia sexual durante la guerra: hacia un entendimiento de la variación*. En: Revista Análisis Político, nº 66, Bogotá, mayo-agosto, 2009. Págs. 3-27.

INFORME DE IMPACTOS PSICOSOCIALES

Impactos psicosociales en la vida de las mujeres

«Somos madres, hijas, hermanas tejidas con resistencia, esperanza y resiliencia. La tenacidad, la fortaleza son nuestro alimento. En la lucha por nuestros derechos salimos vestidas de colores vivos, cual carnaval en su esplendor danzamos, reímos sintiendo nuestro cuerpo, no como objetos; sino como mujeres dignas de respeto».
(Mujer de Medellín, Antioquia)

«Elijo no seguir dándole todo el poder de la vida a lo doloroso, al miedo y al silencio. Hoy elijo la vida, con gente valiente como yo, seguiré andando con esas historias que nos hacen fuertes a todas, reconociendo los derechos que tenemos y la valentía de poder contar y denunciar lo que nos pasó».
(Mujer de Corozal, Sucre)

La violencia sexual, en el contexto del conflicto armado colombiano, ha impactado de manera diferencial a las mujeres. Estos escenarios de violencia producen afectaciones físicas, emocionales y psicológicas en sus vidas, que no son genéricas ni se presentan de la misma manera en todas las víctimas, puesto que, la forma como cada mujer afronta los hechos victimizantes depende de una compleja interacción de aspectos personales, tales como el contexto sociocultural y relacional más cercano, el momento de la vida en el que ocurrieron los hechos y los cambios que suceden entre una etapa vital y otra. De este modo, la recuperación emocional de la violencia sexual no es lineal ni progresiva¹. Como práctica sistemática y reiterada de victimización hacia las mujeres, en el marco del conflicto armado, los delitos de violencia sexual tiene un bajo registro de

1 MORALES, C. La olla de Saroma Yobati. Memorias de un proceso de acompañamiento psicosocial con mujeres víctimas de violencia sexual. PDF [en línea], octubre de 2016 [revisado en julio de 2017]. Disponible en Internet: <http://www.sismamujer.org/wp-content/uploads/2016/12/40.-La-olla-de-Saroma-Yobati.pdf>

casos y cifras, lo que produce un efecto de ceguera social que contribuye a una alarmante impunidad y favorece la continuidad de estos delitos, como lo señala Fiscó (2005). Del mismo modo, la vulnerabilidad de las mujeres frente a la violencia sexual se potencializa dada la legitimación que en la guerra se le ha otorgado a la apropiación de los cuerpos de las mujeres. Si bien, la violencia sexual bajo la confrontación armada constituye hechos de violencia directa; las pautas de organización cultural, socioeconómica y política hacen que éstas sean víctimas de dichos abusos, lo cual es ejemplo de una violencia estructural.

En este sentido, se identifica cómo las mujeres colombianas han estado en situaciones de victimización de múltiples formas en las guerras vulneraciones que suelen aparecer poco en los documentos oficiales. Al respecto de la violencia sexual, la situación se presenta con mayor gravedad, puesto que se considera como inexistente a luz pública y se trata de manera marginal. No obstante, a la ausencia de registros y cifras se hace innegable que las mujeres, las jóvenes y las niñas sufren y han sufrido los efectos directos e indirectos de la confrontación en las distintas etapas de nuestra historia de violencia sociopolítica. Bajo estas circunstancias han sido víctimas de una variedad de acciones violentas, en relación con su condición de mujeres².

Desde una perspectiva psicosocial, es posible reconocer que los efectos emocionales de las violaciones a los derechos humanos trascienden los aspectos individuales y se pueden comprender adecuadamente, si se estudian en el marco de las relaciones sociales y culturales en que se construye la identidad de los seres humanos. Lo mismo ocurre en el caso de la violencia sexual contra las mujeres, teniendo en cuenta «los aspectos propios de la manera como se construye la identidad femenina»³

Es importante desde los procesos de acompañamiento psicosocial despatologizar las reacciones emocionales de las mujeres después de los hechos violentos y situar las afectaciones dentro de un marco social, político, histórico y de relaciones de poder, que permita tener una comprensión más amplia y profunda de lo sucedido, como menciona Martín Baró (1990), pues los malestares ocasionados por prácticas de guerra son reacciones normales ante situaciones y prácticas sociales anormales y deshumanizantes. Se trata,

2 FISCÓ, S. Atroces realidades: La violencia sexual contra la mujer en el conflicto armado colombiano. En: Papel Político. Bogotá. No. 17. pp. 126.

3 MORALES, C. Efectos psicosociales de la violencia sexual contra las mujeres y el papel de la justicia, 2014.p.2.

entonces, de validar y legitimar las distintas expresiones de la experiencia dolorosa con que cuentan las mujeres sin juzgarlas ni subvalorarlas, pues son las formas en que las personas han conseguido manejar y afrontar los episodios dolorosos y desestructurantes, producto de los episodios de violencia.

Ahora bien, de acuerdo con los casos documentados compartidos en este libro, los impactos de la violencia sexual en la vida de las mujeres, se pueden diferenciar en tres ámbitos de construcción de la subjetividad como lo menciona Morales (2014): el individual, el relacional y el de la participación.

El ámbito *individual* hace referencia a la experiencia subjetiva y emocional de la violencia sexual e incluye tres componentes, el emocional, los daños sexuales y reproductivos —como parte de la naturaleza de este tipo de violencia— y, el efecto desproporcionado en el rol de cuidadoras, tradicional y socialmente asignado a las mujeres. El ámbito *relacional* abarca los efectos que la violencia sexual causa en las dinámicas relacionales y en los vínculos sociales, especialmente en los escenarios familiares y comunitarios de los cuales hacen parte estas mujeres. Y el ámbito de la *participación* precisa las afectaciones en las posibilidades de las mujeres para desempeñarse como sujetas de derechos en espacios tanto públicos como privados.

Transversal a estos tres ámbitos y paralelo a las afectaciones también se encuentran las prácticas de afrontamiento y resistencia que pusieron en práctica las mujeres en las distintas regiones para continuar con sus vidas y sobrevivir a la guerra.

Es importante señalar que la configuración del impacto de la violencia sexual en cada mujer es más que la suma de los efectos considerados aisladamente. Al contrario, es resultado de una compleja interacción entre los tres ámbitos previamente señalados, el contexto particular en que se desarrolla la vida de la persona, la configuración individual, en cuanto a factores de riesgo y factores protectores, el significado que se le otorga a los hechos vividos, la red social de apoyo y las dinámicas relacionales que se construyen y transforman con la ocurrencia de los hechos de violencia⁴. Por esta razón, no es posible hacer generalizaciones con relación a que todas las mujeres vivencian los mismos impactos o que los daños se configuran igual para todas las víctimas. Así mismo, estos ámbitos son interdependientes y se relacionan e influyen entre sí, se decide por motivos de exposición y comprensión en este apartado, hacer esta división, dejando la salvedad de que se interrelacionan.

4 *Ibíd.*, p.2.

- *El ámbito individual*

Con respecto a este ámbito, se identificó cómo las mujeres en su gran mayoría reconocían, después de las prácticas de victimización, afectaciones y cambios emocionales en sus experiencias vitales. Emociones como tristeza, dolor, rabia, ira, soledad, desazón y culpa estuvieron presentes minutos, días y tiempo después de los hechos violentos. Estas emociones se expresaban por medio de diversos canales de comunicación, por ejemplo: los sueños, el silencio, los gritos y/o el llanto.

El silencio estuvo presente en muchas de las historias documentadas, algunas mujeres, por ejemplo, guardaron silencio como mecanismo de protección para sus familias y allegados, como una garantía de bienestar; y otras, lo hicieron por miedo a los comentarios cargados de estigmatización y señalamiento de la comunidad, así como por las amenazas y retaliaciones de los grupos armados, quienes constantemente ejercían presión e intimidación sobre ellas.

Igualmente, en algunas ocasiones, la amenaza y el riesgo de que la violencia sexual no sólo las impactara a ellas sino también fuera perpetrada hacia sus hijas, implicó situaciones de estrés y miedo profundo, en la vida de las mujeres constituyendo experiencias emocionales de malestar e incertidumbre en su cotidianidad y que una vez más visibilizan el impacto diferenciado de la violencia en los cuerpos y las vidas de las mujeres, en los contextos de conflicto armado.

En muchos casos, producto de las repetidas violaciones a la integridad física y emocional, la salud mental y psicológica de las mujeres se vio gravemente afectada, por un lado, por las graves vulneraciones a los derechos humanos y la sistematicidad de estas mismas; y, por otro lado, a causa de la falta de apoyo y credibilidad por parte de familiares y amigos de sus relatos. Respuesta social que acrecentaba el malestar emocional y los sentimientos de soledad, desasosiego y desamparo sentido por las mujeres.

Lo anterior, también legitimaba el silencio guardado por muchas mujeres, puesto que, algunas al darse cuenta que sus vínculos cercanos no les creían o ponían en cuestión su testimonio, decidían no hablar más al respecto ni comentar las vulneraciones ejercidas hacia ellas. En muchas ocasiones cuando las mujeres contaron los hechos victimizantes, «el saber médico psiquiátrico» diagnosticó solo clínicamente una problemática que es importante entenderla desde las relaciones sociales, políticas y desde las discriminaciones de género históricamente ejercidas hacia las mujeres y que se acentúan en el conflicto armado.

Así mismo, en los relatos se identifica cómo algunas mujeres perdieron la confianza y el respeto hacia las instituciones del Estado y sus funcionarios,

puesto que, en muchos casos, fueron precisamente ellos los perpetradores de los hechos victimizantes, causando sentimientos de confusión, indignación e indefensión. Este sentimiento de desconfianza también se alimentaba por la poca presencia y acción de cuidado y protección que ejercía el Gobierno en los territorios en un periodo que va desde 1985 hasta el 2017, especialmente en los sectores rurales, de donde son la mayoría de las mujeres que participaron en las documentaciones. Entonces, se descubre cómo en algunas ocasiones las fuerzas armadas legales de los gobiernos, local y nacional, estaban presentes para vulnerar y violentar y, en otras, estaban ausentes para apoyar, proteger y sancionar las graves vulneraciones a los derechos humanos de las comunidades.

En esta misma medida, una afectación importante que se reconoció y que emergió en muchos de los relatos de las participantes en las documentaciones, hace referencia a la salud física y la salud sexual y reproductiva de las mujeres, después de los hechos de violencia. De esta manera, se visibiliza cómo muchas de ellas sufrieron dolencias e incapacidades físicas causadas por los maltratos y episodios de violencias; dificultades para quedar en embarazo y ejercer la maternidad; abortos, planificación y desnudez forzada; contagio de enfermedades de transmisión sexual e infecciones urinarias; enfermedades crónicas que afectan órganos específicos como el colon, los riñones, el útero y la matriz, y, en algunos casos, cáncer en los órganos reproductivos.

Estas afectaciones a la vida sexual fue una constante en los casos de las mujeres, junto con las del ámbito relacional, que más adelante se mencionarán en este apartado, pues son los escenarios cotidianos que más se vieron impactados y generaron más malestar en la vida de las mujeres. Así mismo, los escenarios de la salud sexual y reproductiva y la salud mental son en los que las mujeres menos han recibido atención adecuada, integral y diferenciada que les permita elaborar y atender los impactos de los hechos de violencias que afrontaron. Todavía se sigue creyendo que los impactos de la violencia sexual en la vida de las mujeres «no son tan graves», comparados con los impactos de otras vulneraciones a los derechos humanos que tiene más reconocimiento y repudio social, en el marco del conflicto armado colombiano.

Lo anterior es preocupante, pues si se reconoce que, en la mayoría de casos, esta respuesta social es generalizada y envía un mensaje a las mujeres víctimas/ sobrevivientes de que lo que les pasó, lo que las está afectando «no es importante para muchos»; o más grave aún, se pone entre dicho su testimonio de supervivencia con frases como: «no sucedió», ya que, como es conocido, los actores armados —ilegales y legales— niegan haber perpetrado la violencia

sexual hacia las mujeres en el marco del conflicto armado.

Ahora bien, los impactos en la salud sexual y reproductiva de las víctimas implicaron afectaciones en la autoestima y autoimagen que tenían las mujeres de sí mismas, debido a que, en algunas ocasiones, ellas manifestaron sentimientos de malestar, rabia y tristeza profunda en sus vidas, al no poder ejercer una vida sexual libre, autónoma y placentera.

Ocasionalmente, estos sentimientos se refuerzan y legitiman por la creencia social, de que la experiencia de violencia sexual «marca o daña» irreconciliablemente la vida sexual de las mujeres víctimas y que después de esta experiencia no es posible tener una experiencia sexual placentera o satisfactoria. Esto es importante debatirlo y cuestionarlo, pues los relatos y voces de las mujeres participantes de las documentaciones también hablan de diversas maneras en que las mujeres han reconstruido sus experiencias de relación con respecto a la sexualidad desde lugares de cuidado y bienestar.

Por otro lado, un impacto que se describe en los relatos de las mujeres tiene que ver con las afectaciones en la esfera espiritual y de creencias religiosas, a propósito de los hechos de victimización. De esta forma, existieron cambios en la manera de entender y acercarse a lo espiritual. Así, algunas de ellas, en sus relatos testimoniales, expresan cómo después de los hechos de violencia, el hacer parte de iglesias cristianas posibilitó escenarios de protección y fortaleza para ellas. Espacios de construcción de sentido que hasta ese momento no habían sido identificados u explorados.

Finalmente, algunas mujeres indican, cómo los hechos vividos cuestionaron esa imagen idealizada y «bondadosa» que tenían de Dios como fuerza divina y espiritual, puesto que sus creencias se vieron afectadas o disminuidas después de las situaciones de violencia. Cabe señalar que el refugio que muchas mujeres encontraron en las iglesias también nos habla de una ausencia de atención social y apoyo estatal en los territorios, donde el pertenecer a una comunidad religiosa no sólo se comprende como práctica de construcción de sentido para las mujeres sino también se configura como una ruta de escape y protección a las dinámicas de violencia vivenciadas en el marco del conflicto armado.

- *El ámbito relacional y de la participación*

Con respecto al ámbito relacional, se identificó una afectación directa y profunda en las relaciones de pareja de las mujeres, no sólo en el momento

en el que ocurrieron los hechos, sino también tiempo después de los mismos. De aquí que, en los relatos documentados, gran cantidad de mujeres hacían referencia a la desintegración y separación de sus parejas a propósito de las vulneraciones vivenciadas y lo difícil que resultaba mantener relaciones íntimas con ellos, situación que no era comprendida por sus parejas, quienes en muchas ocasiones las presionaban para sostener relaciones sexuales, lo que nuevamente generaba sentimientos de malestar e intranquilidad emocional en la vida de ellas. Igualmente, se vio afectada y/ o disminuida la experiencia de placer y satisfacción asociadas a la vida sexual, puesto que las mujeres mencionaban no disfrutar, ni sentirse cómodas con sus cuerpos, así como tampoco respetadas en sus procesos de elaboración emocional y corporal, que requirieron, en gran parte, tiempo, apoyo social y acompañamiento psicológico y psiquiátrico especializado.

Así mismo, una mayoría de las mujeres encontraron dificultades para estar y dar inicio a nuevas relaciones con hombres, debido a que producto de los hechos victimizantes no sentían la confianza ni la seguridad emocional y psicológica para hacerlo, y también porque sus experiencias previas de relaciones de maltrato y abuso involucraban a hombres, situación que impulsó, en algunas de ellas, una generalización de miedo y desconfianza hacia este género.

Es importante indicar que, ocasionalmente, algunos hombres, obedeciendo a un sistema patriarcal de creencias que objetiviza el cuerpo de las mujeres, al enterarse o haber vivenciado los episodios de violencia sexual junto a sus parejas, terminaron y abandonaron las relaciones, respondiendo a mandatos sociales que, una vez más, perpetúan la idea de la violencia sexual como «ofensa» hacia el hombre y situación irreconciliable que cuestiona las nociones del ser «hombre» y ser «mujer» en la sociedad.

Por otro lado, uno de los impactos que las mujeres reconocen, producto de los hechos victimizantes, tiene que ver con la relación hacia los hijos y el cuidado de estos mismos, puesto que, en algunas oportunidades ellas identificaron prácticas y comportamientos de sobre protección especialmente hacia las hijas, con el objetivo de evitar que les sucedieran las mismas experiencias de violencia; igualmente, reconocieron sensaciones de malestar, por sentir que no tenían el control de las afectaciones emocionales ni las capacidades para cuidar de ellos, debido a que su atención mental se encontraba enfocada en los hechos de violencia que aún no habían sido elaborados psicológicamente, las mujeres señalaron como, en algunas ocasiones, tuvieron expresiones desproporcionadas de ira, rabia y malestar en el trato hacia sus hijos y al mismo tiempo culpabilidad

y arrepentimiento por estas reacciones emocionales hacia sus hijos e hijas.

Del mismo modo, algunas se quedaron embarazadas, producto de los hechos de violencia sexual; por ende la experiencia de maternidad, en algunas víctimas, comenzó de manera traumática y dolorosa, puesto que al establecer lazos y vínculos de afecto con sus hijos fue difícil y requirió tiempo y dedicación, a causa del impacto emocional que generaba el reconocer que sus hijos habían llegado a este mundo producto de la violencia sobre sus cuerpos que tanto sufrimiento les había causado y que tanto recuerdos tristes les traía; un hecho que significó para muchas de ellas, retos y nuevas cargas de cuidado, cuando ni siquiera habían tenido la posibilidad de procesar los impactos de la violencia en su propia vida y tampoco de cuidarse lo suficiente para recuperarse del todo. El miedo, el rechazo, la rabia, el desespero y, en algunos casos, la convicción de ejercer su derecho al aborto acompañaron a las mujeres los meses del embarazo. Con el pasar de los años muchas mujeres reconocen que aquella relación con sus hijos se ha ido transformando, dándoles la oportunidad a ellas de tener experiencias de bienestar, amor y gratitud hacia ellos.

Por otro lado, se identifican casos de las hijas que, al vivir hechos victimizantes junto a sus madres, asumieron comportamientos de cuidado y protección hacia sus progenitoras, prácticas, que en algunas ocasiones, pueden resultar excesivas o convertirse en cargas emocionales para las hijas, quienes asumen, en algunos contextos, el rol de madres, contrario a lo que usualmente sucedió cuando las mujeres experimentaron los hechos violentos sin sus hijas, como se señaló previamente.

Otro impacto psicológico de los hechos de violencia a la vida en relación, fue el abandono de los estudios y la vida en sus hogares con sus familias y amigos, debido a que algunas mujeres siendo niñas y adolescentes fueron reclutadas forzosamente por grupos guerrilleros, viéndose obligadas a interrumpir sus proyectos de vida y separarse de su familia y comunidad de apoyo y contención emocional.

De tal manera, se identificaron impactos emocionales de los hechos de violencia en los familiares de las mujeres que cambiaron las dinámicas familiares, además, en muchas ocasiones en una familia se presentaban varios hechos victimizantes a distintos miembros de ésta, lo que generaban otras dinámicas y afectaciones emocionales en el sistema familiar y vivencias de dolor colectivas.

Sumado a lo anterior, en el ámbito relacional se identificó una gran afectación, en muchas de las historias de las mujeres; esta afectación fue el abandono de sus viviendas, relaciones sociales y *modus vivendi* o

prácticas culturales de sus lugares de origen, al verse obligadas a desplazarse forzosamente por amenazas de grupos armados al margen de la ley. Los lugares de recepción, en diferentes momentos, fueron contextos familiares y/o de personas conocidas, que en su momento representaron apoyo y contención en las situaciones de crisis. Emociones como el miedo, la incertidumbre, la angustia y la tristeza por el abandono de sus casas y pertenencias permanecieron más allá del desplazamiento, acompañándolas en los nuevos lugares que eran extraños y distantes y que implicaron una ruptura en sus experiencias vitales.

Es importante señalar que después de los hechos de violencia y de los posteriores desplazamientos, la dimensión económica en la vida de las mujeres se vio profundamente afectada, una inmensa proporción de mujeres tuvieron que dedicarse a diversos oficios para poder sustentar sus gastos y los de sus familiares, por ejemplo, realizaron trabajos en casas de familia, se desempeñaron en el comercio informal, y modistería, entre otros. Labores que implicaban largas horas de trabajo y esfuerzo fuera de sus casas y que generalmente no eran bien remuneradas. En algunas ocasiones, si bien tenían trabajo, este no era estable en el tiempo o económicamente no representaba un ingreso suficiente para solventar los gastos de ellas y sus familias; esto se ve reflejado en las mujeres que eran cabezas de hogar y respondían por sus hijos, que son la mayoría de los casos documentados. Se identifica así, la ruptura de redes de sustento económico que dejan a las mujeres en situaciones de vulnerabilidad física, emocional, social y cultural, entre otras.

Lo anterior habla de historias de violencia que se repiten en la vida de las mujeres, configurando de esta manera un círculo continuo de violencias y vulneraciones que atenta contra el derecho que tienen las mujeres a vivir una vida libre de violencias y maltrato y que ilustran, también, el ejercicio de poder y violencia que lo hombres ejercen sobre los cuerpos de las mujeres y sobre sus decisiones vitales. Muchas de las mujeres han sido violentadas y agredidas sexualmente en otros escenarios distintos a los del conflicto armado. Por lo que se pueden evidenciar experiencias de dolor y vulneración que ocurrieron en entornos cercanos y, en gran medida, familiares para las mujeres, espacios que ellas creían seguros y protectores.

Con respecto a la participación, muchas mujeres identificaron el impacto diferencial de la violencia sexual en sus vidas y sus cuerpos en el marco del conflicto armado, a causa de que hubo cambios en sus labores, liderazgos, etnias y prácticas culturales, entre otras. De esta forma, la mayoría de las mujeres, de los casos documentados, fueron violentadas por sus ejercicios de

visibilización e incidencia comunitaria en sus territorios de origen. Oficios que socialmente cuestionaba el rol de género que la sociedad les quería adjudicar, pidiéndoles que se quedaran en casa, o que no hablaran de ciertos temas, ni tomaran ciertas decisiones sobre su vida ni la vida de otras mujeres.

Estas prácticas de silenciamiento, amenaza y control al ejercicio político y participativo de las mujeres y su incidencia en espacios que usualmente se consideran “masculinos”, generó que en algunas ocasiones dejaran de asistir y frecuentar espacios de diálogo y visibilización, que para ellas tenían gran importancia y significado. Tiempo después, muchas mujeres retomaron los ejercicios de liderazgo, involucrando otras mujeres, que, como ellas, habían estado en escenarios de vulneración y graves violaciones a los derechos humanos. Sin embargo, el miedo y la ansiedad a ser blanco de nuevas amenazas e intimidaciones por su liderazgo, subyace haciendo que busquen otros espacios de visibilización, algunos más clandestinos e íntimos, pero igual de potentes y contestatarios a esas prácticas violentas y discriminatorias, que tanto daño han causado en sus experiencias de vida.

- *Las prácticas de afrontamiento y resistencia de las mujeres*

Se considera importante hablar de la resistencia de las mujeres porque los seres humanos son mucho más que el evento traumático y doloroso que les sucede, y las comunidades son la prueba fehaciente de ello. Así mismo, a través de los relatos, estas protagonistas han compartido su capacidad de agencia y sabiduría para sortear situaciones adversas y violentas en el marco del conflicto armado interno. Ellas son sabedoras de sus procesos de cambio y recuperación emocional, al indagar por los impactos y las afectaciones, también surgieron relatos de esperanza y fortaleza que comunican las múltiples y diversas formas en las que han afrontado y transitado la guerra.

Los relatos de resistencia que surgieron en las documentaciones son un reconocimiento a las historias de vida de mujeres valientes y llenas de esperanza, que decidieron hacer de su experiencia una oportunidad para continuar con su vida, transformando el dolor y el miedo en aliento y motivación para ellas y sus familias. Mujeres que miran al mundo y se atreven a nombrar lo innombrable... Lo que muchos callan. Algunas mujeres expresaron su resistencia y rechazo a la violencia de manera directa, en los tiempos de guerra donde el silencio y la sumisión imperó y se impuso socialmente por lo grupos armados, ellas manifestaron su

desacuerdo y exigieron respeto por su integridad física y psicológica. Reclamaron otros tiempos por venir. Los tiempos del bienestar y la autonomía.

El encuentro y la conversación con otras víctimas, que han vivenciado situaciones similares, ha representado un recurso colectivo y social de afrontamiento; de manera tal, el hallar un espacio de contención para hablar y ser comprendidas, ha permitido que muchas mujeres expresen sus dolores y malestares, reflexionen sobre sus derechos y pongan en práctica estrategias de afrontamiento y bienestar entre ellas. Hablar, para algunas mujeres, ha sido un acto potente que libera, tranquiliza y las vincula con otras mujeres que también han pasado por graves vulneraciones a los derechos humanos. Estar juntas representa una posibilidad de abrigo y contención, escenarios que les han permitido romper el silencio y narrar lo sucedido.

Igualmente, algunas mujeres reconocen la importancia de contar lo que les sucedió y dar su testimonio sobre los horrores de la guerra vivenciados para que el mundo conozca y rechace las violencias ejercidas hacia las mujeres. «Ya es hora de la verdad, de que todo lo que pasó salga a la luz», y quienes mejores que ellas, las protagonistas de luchas, dolores y valentías para contar su propia historia; para dar luz a un capítulo tan oscuro de la historia del país.

Los medios de expresión que las víctimas han utilizado para comunicar sus sentimientos y reflexiones de lo sucedido han sido diversos, por ejemplo, a través de las expresiones artísticas como la escritura, la pintura y el teatro han logrado transmitir emociones, re-significar experiencias dolorosas y manifestarse en contra de la violencia hacia las mujeres.

Con respecto a los acuerdos y negociaciones de paz muchas, mujeres señalaron que la paz implica verdad, justicia y garantías de no repetición; para otras, se trata de una realidad que les permita ejercer sus derechos autónomamente, vivir en tranquilidad y tener economías sustentables para ellas y sus familias. Igualmente, todas señalan y reconocen su rol como constructoras de paz y reconciliación en los distintos escenarios en los que ellas interactúan, enfatizando que la paz más que un proceso político, es un proceso cotidiano que debe reconocer las realidades, vivencias y capacidades de las víctimas de tantas décadas de violencia.

Cabe señalar que el acompañamiento psicosocial a mujeres, que han sido victimizadas sexualmente en el marco del conflicto armado, debe movilizar escenarios de encuentro y escucha, donde se busca, por un lado, reconocer los impactos emocionales, psicológicos y sociales que tiene la violencia sexual en la vida de las mujeres y sus contextos relacionales; y, por

otro lado, promover condiciones de bienestar emocional, de superación del sufrimiento y de reconocimiento de la capacidad de las mujeres para salir adelante y transformar sus realidades.

Así mismo, se debe continuar trabajando en la desmitificación de la culpa por parte de las mujeres, movilizandoo reflexiones con perspectiva de género que permitan identificar la violencia hacia la mujer como una práctica de discriminación, control y poder que tiene la intención de castigar, desestructurar y dañar la vida de las personas, en este sentido, es relevante y necesario cuestionar las justificaciones sociales y culturales que existen para legitimar o callar la violencia de género.

Sobre las realidades que expresan las memorias de las mujeres en estas historias de vida, queda mucho por comprender. Estas historias nos hablan de personas cotidianas que en situaciones de profundo dolor, vulneración a los derechos humanos y ausencia del Estado tomaron decisiones y realizaron acciones heroicas que les permitió continuar con sus vidas. Frente a lo anterior, es preciso aclarar que el hecho de que la valentía y perseverancia de las mujeres haya estado presente en sus vidas no quiere decir que lo que sucedió no fue grave ni impactó de manera diferencial sus vidas, como se mencionó en este apartado.

Finalmente, cabe indicar, como Villa (2014) lo señala, que hablar del acompañamiento a víctimas/sobrevivientes del conflicto armado interno colombiano implica contar con dispositivos de escucha o escenarios sociales de escucha, en donde las personas más que ser un número, un caso o una patología son seres humanos, acogidos, no rotulados y comprendidos en su complejidad⁵. Escuchar, entonces, es mucho más que prestar oídos, es acoger, respetar, contener, ir al lado de la gente⁶, casi que un paso atrás, para que los sujetos y protagonistas de su proceso sean ellos.

Como lo dice Svetlana Alexiévich (2015):«*Somos una tierra incógnita, una tierra ignorada aún por descubrir, aún nos queda por contar nuestra historia*»⁷.

5 BERISTAIN, M. Manual sobre perspectiva psicosocial en la investigación en derechos humanos .En: Bilbao: Cejil, Universidad del País Vasco y Hegoa. 2010, citado por Villa, 2014.

6 VILLA, J. Memoria, historias de vida y papel de la escucha en la transformación subjetiva de víctimas sobrevivientes del conflicto armado. 2014. V.14- No 1. pp. 1-325.

7 ALEXIÉVICH, S. Voces de Chernóbil. Bogotá: Penguin Random House, 2015. p.13.

Bibliografía

- ALEXIÉVICH, S. Voces de Chernóbil. Bogotá: Penguin Random House, 2015. p.13.
- BARÓ, M. I. Psicología social de la guerra: Trauma y terapia. PDF [en línea], 1990, [revisado en julio de 2017]. Disponible en Internet. <http://www.psicosocial.net/grupo-accion-comunitaria/centro-de-documentacion-gac/fundamentos-y-teoria-de-una-psicologia-liberadora/psicologia-social/247-psicologia-social-de-la-guerra-trauma-y-terapia-extracto/file>.
- BERISTAIN, M. Manual sobre perspectiva psicosocial en la investigación en derechos humanos .En: Bilbao: Cejil, Universidad del País Vasco y Hegoa. 2010, citado por Villa, 2014.p. 48.
- FISCÓ, S. Atroces realidades: La violencia sexual contra la mujer en el conflicto armado colombiano. En: Papel Político. Bogotá. No. 17. pp. 119-179.
- MORALES, C. Efectos psicosociales de la violencia sexual contra las mujeres y el papel de la justicia, 2014.p.
- MORALES, C. La olla de Saroma Yobati. Memorias de un proceso de acompañamiento psicosocial con mujeres víctimas de violencia sexual. PDF [en línea], octubre de 2016 [revisado en julio de 2017]. Disponible en Internet: <http://www.sismamujer.org/wp-content/uploads/2016/12/40.-La-olla-de-Saroma-Yobati.pdf>
- VILLA, J. Memoria, historias de vida y papel de la escucha en la transformación subjetiva de víctimas sobrevivientes del conflicto armado. 2014. V.14-No 1. pp. 1-325.

HISTORIAS



§

CÓRDOBA

LA VALENTÍA DE MANTENER LA ESPERANZA VIVA

«Mi papá decía que la esperanza no se notaba pero se mantenía... y es verdad porque nosotros no hemos perdido la esperanza de que él regrese, de que todo cambie».

Cristina

Cristina^{36*} nació el 18 de marzo de 1956, en la finca del señor José Garcés, llamada Curriao, en el departamento de Córdoba. Sus padres se llamaban Rodrigo* y Gloria*. De esta unión nacieron ocho hijos en total, cuatro mujeres y cuatro hombres.

Sólo Cristina es hija de ambos padres, el resto de sus hermanos son hijos de su madre con otro señor. Posteriormente, Rodrigo se casó con otra señora y abandonó a Cristina y su familia cuando ella tenía cinco años de vida. La educación que recibió fue gracias a uno de sus hermanos que era jornalero, o como se decía antes «machetero», que la apoyó en su educación hasta quinto de primaria.

La escuela quedaba en la misma vereda, pero Cristina tenía que ir sola y pasar un camino lleno de ganado, como Cristina le tenía miedo pasaba gateando y cubriéndose con pajas para que el ganado no la viera. A la escuela llevaba su comida en hojitas de plátano y compartía el camino de regreso con cinco o seis compañeros más.

Su madre sufría de presión alta, entonces no podía hacer mucha actividad física; Cristina era quien planchaba la ropa —para ese tiempo con almidón— de todos sus hermanos que la consentían mucho, le decían que el sábado venían por la ropa y que si encontraban la ropa lista le daban regalos. Cristina se afanaba para hacer los oficios y sus hermanos le llevaban a las nueve de la noche unas cajitas anchas de «pan de suspiros», pan casero que ellos hacían. Cristina les alistaba también un café para que todos compartieran con los panes, las almojábanas o la arepa con los «huevitos de pulsera», comida que la alegraba mucho, pues la mesa se llenaba de muchos regalos para compartir.

36 Los nombres fueron cambiados para preservar la identidad de la mujer y su familia.

Sus otras hermanas se comprometieron muy jóvenes y sólo había quedado con su hermano más pequeño que, para el momento en el que su papá se comprometió con su mamá, tenía dos años. Se llamaba Marcos, pero le decían el santo, porque era muy juicioso. Cristina se acuerda que jugaban a pararse en la cama y cuando veían un avión, le decía a Marcos: «Bueno jovencito, el último que vea el avión», salían corriendo por toda la casa y una vez ella se cayó y quedó pasmada y cubierta en sangre. Cuando se despertó tenía los pies forrados en mata de ratón y tenía la cabeza con bandas de agua fresca. Prácticas naturales que se utilizaban en el campo para curar enfermedades y dolencias físicas.

Para aquella época, vivían de los cultivos que tenían en una hectárea de tierra y de lo que su hermano mayor conseguía: «Ahí teníamos manzano y papocho, de eso vivíamos. También había mango y fruta, uno vivía antes de lo que había, ahora como esta crisis se ha puesto tan fea, ya no se vive de esto, pero uno antes vivía de la papaya y de la guayaba».

Pasó su infancia en Córdoba por el lado del Carmelo, cerca de Tierra Alta: «por ahí fue donde yo me crie, eso se dañó... Fue cuando también tuvimos que salir a la larga porque se metió el ELN matando hombres, eso me dolió tanto que unos amigos míos con los que yo me quedaba en el colegio los mataron, uno se llamaba Jerónimo y el otro se llama Jorge, a uno lo sacaron del interior de la casa, se lo llevaron a una parte lejos y a pie pelado lo pusieron que a mirar el paisaje, después lo mataron. Eso fue tan doloroso, tan terrible, tanto que ahí salimos de allá».

Luego de la muerte de su mamá, cuando Cristina tenía quince años, decidió irse para Corozal en busca de su papá, junto con su pareja, a quien conoció en Córdoba, porque era un amigo de sus hermanos. Ella tenía quince y él veintiún años. Él le ayudaba a pilar el arroz: «Bueno, él se veía que estaba enamorado, porque ajá, tú sabes que uno conoce el hombre cuando está enamorado de uno, se pone así como mansito, cómo charlatán y se ganó la confianza y el cariño de mis hermanos (...)».

De Córdoba a Corozal, se fueron apenas con su ropa y la de sus hijos. Camilo*, el mayor, al que tuvo a los quince años, pero que murió de año y medio de gastroenteritis y como en el campo no tenían muchas posibilidades de acceder a servicios médicos, el niño se enfermó y murió. Erika* que nació un 20 de mayo, cuando ella tenía diecisiete años, nació con el susto de la muerte de su hermano. Y otros cinco hijos más: Andrés* (que se llama como su papá), Jazmín*, Fidel Darío* (su hijo desaparecido), Iván* y Ricardo*.

Ya establecida en Corozal trabajaba en la casa de unos señores de apellido Blanco, su pareja se puso a cortar y a vender leña, luego se fueron por el lado de Jesús del Monte: «pero ya esa finca la quemaron, el patrón era un señor de Medellín, un señor de nombre Sergio».

Después del año 2000, Cristina regresó a Córdoba —no recuerda con precisión la fecha pero no olvida lo ocurrido—. Llegaron unos hombres, a los que no les vieron la cara porque la llevaban tapada, con botas y fusil; eran más de 10 hombres que cuando se acercaban se escuchaba el sonido de sus botas: «Oiga, qué cosa tan fea y mi compañero cuando vio eso, él pensaba: —¡Me matan!—, mis hijos se fueron pal' frente de una casa, yo quise poner resistencia pa' ver si ellos pasaban y se iban». Nunca se fueron, se quedaron agrediendo sexualmente, la cogieron dos hombres con camuflado de las manos y le taparon la boca, mientras la violentaban también la amenazaron diciéndole que si decía algo se iba a morir, por eso tenía que callarse.

Como pudo salió del lugar, cuando vio que no había nadie por ahí se fue rodando. Cuando era más o menos la una de la mañana, Cristina se sentó al lado de un árbol a esperar, pues no sabía para dónde ir, todo estaba oscuro y rodeado de esas personas. Cuando amaneció regresó a la casa de sus vecinos a buscar a sus hijos. Estaba llena de sangre, desnuda y le dolía todo el cuerpo, especialmente la cabeza porque se la habían golpeado contra el piso.

Su vecina, cuando la vio, se puso a llorar y le dio un vestido para que se fuera a donde su papá... y así se fue con toda su familia. Cristina se marchó y no regresó nunca más, no se llevó absolutamente nada. Tampoco denunció, porque ellos le habían dicho que si «quería tener vida, cuidadito iba a decir algo».

Cristina duró aproximadamente un año encerrada en la casa de su papá, no fue a un servicio de salud institucional, solo estaba con su madrastra que era partera, quien le hacía unos baños tibios y cuidaba las lesiones que le quedaron. Duró sangrando dos o tres meses. No volvió a tener relaciones sexuales y terminó la relación sentimental con su pareja, pues sentía que él la podía «desechar» por lo que le había pasado y prefería dejarlo primero.

Actualmente, padece muchos dolores de cabeza y migraña, porque a veces no puede dormir bien pensando en lo que le pasó y también en su hijo desaparecido, soñándolo y esperando con anhelo que aparezca. Esta situación ha significado un gran impacto emocional. Ha dedicado parte de su vida buscándolo y tratando de entender que le sucedió a su hijo.

Por otro lado, tiene un tratamiento médico porque tiene «la vejiga bajita» y a veces se inflama. En la Liga de lucha contra el Cáncer le dijeron

que debido a las inflamaciones de su aparato reproductor estaba presentando resequedad, en palabras de ella: «estaba seca por dentro» y para eso le formularon cremas y tratamientos.

En cuanto a la desaparición de su hijo, ella lo único que sabe y recuerda es que Fidel Darío Vega Acosta, salió a Turbo a buscar unos implementos para poner un café internet con un amigo de él, se estuvieron comunicando con la familia aproximadamente hasta las diez de la mañana, del día que desaparecieron. Hasta que ya no se supo más de ellos, especialmente de su hijo. Para ese entonces, era el año 2008.

Reconoce que el dolor de los familiares desaparecidos es diferente y profundo: «No sabemos si está vivo, si lo tienen amarrado, si lo tienen envuelto, si lo tienen enterrado, si lo botaron, nada, eso es un delirio tan grande. Para mí no hay vida desde que mi hijo se perdió, no ha habido vida, no ha habido alegría en mi corazón. Tengo un dolor muy grande en mi corazón por mi hijo». A pesar de no saber nada, Cristina seguía empeñada en seguir buscándolo, para conocer la verdad.

Un día recibió una llamada muy extraña de una persona que le preguntó dónde estaba, esa llamada le generó pánico y mucho miedo, razón por la cual empezó a ir a la iglesia cristiana, a pedirle a la fuerza divina que «ayudara a todos esos corazones que eran malos». Esta práctica espiritual se ha convertido en refugio y sentido para Cristina: «Yo me he apegado mucho a la fe cristiana y a mí me ha servido para salir adelante. La fortaleza la he recibido primero que todo de parte de mi Dios porque él es el que me ha impulsado a continuar».

Cristina se reconoce como una mujer valiente, pues a pesar de todo no ha perdido la esperanza. En el 2014 conoció a otras mujeres víctimas de violencia sexual con las que hicieron un grupo de apoyo, Esfuérate. Yojaira, la líder del grupo, la apoyó y la ayudó a sentirse segura para declarar, por eso en ese año declaró y denunció todo lo que le había pasado, la violencia sexual, el desplazamiento y la desaparición de su hijo.

Compartir su experiencia con otras mujeres ha sido muy valioso para Cristina pues son sus amigas, se cuidan entre todas, se mantienen en contacto y no se permiten caer en crisis: «Es como cuando a un pelado chiquitico le pasa cualquier cosa y uno corre y lo agasaja, lo consiente, así somos en el grupo, estando allí me he sentido mejor. Entre las mujeres nos comunicamos y hablamos, eso le da a uno como un avivamiento en el corazón».

Cristina tiene planes de terminar sus estudios de bachillerato y continuar realizando cursos de manejo de alimentos en el SENA, le gusta

cocinar y disfruta saborear «el pescado guisado, frito o sudado», su comida predilecta.

Sobre el proceso de paz ella menciona que es una oportunidad de cambiar el entorno de violencia y encontrar a su hijo:

«Eso ha sido muy bueno, porque primero que todo han declarado muchas cosas, eso es lo que más nosotros queremos, que haya la paz, que no haya más repetición de esto, fue muy cruel todo, entonces queremos que esto cambie, por ejemplo por mí, por los nietos que van atrás, para que no vean una vida llena de violencia. Es una oportunidad de investigar, de saber si mi hijo está vivo o está muerto».

Cristina con sus ojos expresivos continua mirando la vida y lo que sucede a su alrededor. Con esos ojos amorosos acompaña a otras mujeres y espera volver a ver a su hijo, volver a abrazar la verdad y la libertad.

¡ME DICEN EL AVE FÉNIX PORQUE RENAZCO DE LAS CENIZAS, SOY FUERTE...
SOY INMORTAL!

«A pesar de toda la dificultad estamos luchando porque queremos vivir y queremos que se haga justicia».

«Si yo alzo la voz, que no solo sea por mí, sino que sea por todas las mujeres que también sufrieron lo mismo que yo también sufrí. Mataron muchas mujeres y las hacían pasar por guerrilleras y las que no, las mataban y las echaban en el río con piedras. Las sacaban de su casa, las violaban y después las echaban al río».

Aurora

Aurora Janette Mejía Urbiñez llegó a este mundo el 3 de junio de 1973 en Montelíbano, Córdoba. Es la tercera de nueve hijos (cinco mujeres y cuatro hombres). Su madre fue Rosalba Urbiñez y Félix Mejía Díaz. Padres dedicados al cuidado de sus hijos y al trabajo de campo. De su madre recuerda la responsabilidad e integridad, de su padre el cuidado y el amor hacia sus hijos. Creció en la Apartada, en el municipio de Córdoba. La historia de amor de sus padres comenzó cuando eran adolescentes, Félix trabajaba en la finca de la familia de Rosalba y fue allí donde se conocieron y posteriormente fueron pareja.

Los años de la infancia para Aurora fueron felices, momentos de amor que la hacían sentir tranquila y protegida: «Mi infancia fue la mejor del mundo. Con mis hermanos jugábamos, estudiábamos y trabajamos en el campo. Nuestros padres nos enseñaron a trabajar, ordeñábamos y vendíamos leche y también patillas en la calle. Nos dieron buena educación y nos enseñaron buenos modales».

Aurora creció entre juegos y sonrisas, le gustaba mucho montar a caballo y disfrutar del campo. De niña reconocía el esfuerzo tan grande que habían hecho sus padres para formarse profesionalmente, su madre estudió derecho y psicología y su padre ingeniería. De esta forma, ellos dividían sus tiempos entre estudios, trabajos y el cuidado del hogar.

Aurora aprendió la importancia de la educación desde pequeña, cuando mojaba los libros intencionalmente para no tener que ir a estudiar, su madre, al ver su comportamiento, le decía que era importante que ella estudiara y se preparara, que tenía que ir a la escuela. Pero, por su parte, ella quería trabajar como las personas adultas y tener responsabilidades. El mundo de la adultez la atraía y le llamaba la atención: «Me gustaba era trabajar. Veía a mi mamá trabajar y yo decía quiero ser como mi mamá y hacer lo que ella hace. Pero mi mamá me decía: —Para llegar a donde yo estoy, tienes que estudiar—».

Rosalba era una mujer dedicada al trabajo comunitario, durante muchos años estuvo vinculada con el Bienestar Familiar, específicamente con las madres comunitarias. Le interesaba trabajar y apoyar a las mujeres en los sectores rurales.

Por su parte, Félix, además del trabajo como ingeniero, compartía mucho tiempo con sus hijos. Era un referente de apoyo, cuidado y amor incondicional para la familia: «Mi papá nos consentía mucho y siempre nos sacaban a pasear juntos. Él nunca nos compraba algo solo a uno, si no había para uno, no había para ninguno y el día que tenía para todos, nos daba a todos. Nos enseñaba a compartir las cosas que teníamos, con nuestros hermanos éramos muy unidos y comunicativos, nunca hubo falta de respeto, ni agresión, ni nada».

A los once años Aurora se fue a vivir a Cartagena donde su abuela para continuar estudiando, sus padres reconocían que a ella no le llamaba la atención estudiar y vieron en Cartagena una oportunidad para que Aurora no abandonara sus estudios definitivamente: «Mi abuela me puso a estudiar, ella me apoyaba mucho, me comprendió más. Se dio cuenta de que me gustaban otras cosas aparte de estudiar, me gustaba cantar y me gustaba mucho hacer labores. Yo me puse a trabajar, vendía tamales en la playa, vendía confite en la buseta porque yo quería ganarme mi propia plata, yo no quería estar dependiendo de mi abuela. Hice hasta segundo de bachillerato».

En su abuela encontraba cariño y comprensión, cuando ella falleció años después, Aurora regresó al pueblo con sus padres, pues la pérdida de su abuela le generó mucha tristeza y quería compartir con su familia. Nuevamente en la Apartada conoce al papá de su hijo, con quien decide abrir un supermercado, para el sostenimiento del hogar, tenía veintidós años: «Lo conocí vendiendo salchipapas en un carrito, con una bermudita y todo desgarbadito, yo dije es humilde, y como mi mamá nos incrustó más que todo, que nos fijáramos en la nobleza y no tanto en la vanidad. Comenzamos a hablar y nos hicimos

amigos, montamos un supermercado que se llamaba “Surtioriente”. Cuando montamos el supermercado nos fuimos conociendo más y me propuso que viviera con él. Nos fuimos a vivir y agrandamos el negocio con un dinero que tenía ahorrado de mis trabajos en Cartagena. Transcurrió el tiempo y él salía mucho, me dejaba administrando sola el negocio. Hasta que un día lo seguí a ver qué era lo que hacía, ese día lo encontré en un motel con otro hombre».

La frustración y la decepción inundaron la vida de Aurora, sentía mucha vergüenza y tristeza por lo que había visto, sus sueños de pareja se derrumbaron. Ese día la fuerza y la violencia se impusieron sobre Aurora para demostrarle —como decía su pareja— que era lo suficientemente hombre para tener relaciones sexuales con ella. No valieron las súplicas de Aurora para que no la obligara a hacer lo que ella no deseaba».

Ocho meses después Aurora dio a luz un niño, CEMM llegaba prematuro a este mundo para enseñarle sobre el amor incondicional, la lucha y la valentía para vivir. Para Aurora no fue fácil asumir su rol de madre después de todo lo sucedido, su familia y especialmente su madre, fueron un apoyo fundamental, que la alentaban a reconocer que su hijo no tenía la culpa y a reafirmar su decisión de terminar la relación sentimental.

Los días pasaron y la fuerza que caracteriza a Aurora se puso a prueba muchas veces, pues su expareja intentó por todos los medios legales e ilegales quitarle a su hijo. Finalmente, un juez le dio la custodia completa de CEMM a Aurora, desde ese día no han sabido nunca más de ese hombre que le causó tanto daño y zozobra.

Aurora y su hijo se fueron unos meses de la Apartada, huyendo de los rumores y los señalamientos por la orientación sexual de su expareja, al regresar al pueblo el amor la encuentra para quedarse con ella: «Cuando mi hijo tenía un año de edad conocí a Humberto, mi actual pareja. Él tenía un negocio en la Apartada, nos conocimos y me empezó a cortejar y a halagar, yo estaba un poco dudosa porque estaba saliendo de una crisis por mi relación pasada. Mi mamá no estaba de acuerdo, pues decía que estaba recién salida de un fracaso muy horrible, que me tomara un tiempo para estar sola, pero Humberto seguía insistiendo. Me fui a escondidas con él, en contra de la voluntad de mi mamá y de mi papá. Para mí Humberto ha sido el mejor padre, madre, amigo, amante, esposo, todo a la vez. Es un gran ser humano y me ha apoyado mucho en todo. Nos fuimos para Montería y montamos un negocio y trabajamos juntos, también pusimos negocios en Caucasia y después nos fuimos para Juan José, en Puerto Libertador, Córdoba... Era el

año 2006. Allí él tenía una finca y una casa. Cuando llegamos nos fuimos a vivir al pueblo, nos presentaron a la esposa de Mario Carrascal, la primera dama del pueblo para que trabajara con ella».

»Empecé a hacer trabajo social con mujeres, me gustaba mucho lo que hacía pues fue en eso en lo que me formó mi mamá. Nos íbamos para las veredas a hablar con las mujeres. Hacíamos actividades agrícolas, sociales, montamos una microempresa de mujeres para que ellas fueran empresarias y manejaran su dinero. También les daban charlas psicológicas para que las mujeres reconocieran sus derechos y no fueran víctimas del maltrato ni del machismo que había en el campo, porque nosotras laboramos más que los hombres, nos tocaba hacer más cosas, el cuidado de campo y el cuidado del hogar. Muchas mujeres no se sienten como esposas sino como una trabajadora doméstica, eso me motivaba mucho a mí para continuar trabajando con la comunidad.

Aurora alternaba las labores de liderazgo comunitario con las labores de campo, sus días pasaban entre la agricultura, ganadería y piscicultura. También construían huertas agrícolas cuyos productos eran compartidos con las otras mujeres en el pueblo, de esta manera se garantizaba la alimentación de muchas mujeres.

CEMM fue creciendo con la libertad que da el campo, para jugar y explorar: «Mi hijo tuvo una infancia hermosa, montábamos caballo, nos bañábamos en el río, cocinábamos, lo llevábamos al colegio, jugaba con sus amiguitos, todo era muy lindo, teníamos una muy buena vida. Con Humberto éramos muy unidos, si había que ordeñar, ordeñábamos; si había que cortar plátano, lo hacíamos; si había que levantarnos en la madrugada para cocinarles a los trabajadores, lo hacíamos; todo lo hacíamos juntos».

En medio de su trabajo social y comunitario Aurora comenzó a ver amenazada su labor, puesto que en diferentes oportunidades cuando iba a distribuir mercados a las veredas, la guerrilla se los robaba, sin embargo, esto no fue impedimento para que siguiera desarrollando esta actividad, que realizó desde el 2008 hasta finales de 2009. En enero de 2010, el cabildo³⁷ Rafael Polo Flores fue a visitarla para informarle que los paramilitares habían anunciado su entrada a la zona y que tenían una lista de personas declaradas como objetivo militar en la cual se encontraba ella. El cabildo le aconsejó que se fuera de la zona pero Aurora decidió quedarse y dejar de lado las actividades comunitarias.

Humberto apenas se enteró de lo que estaba pasando, le comunicó alcalde lo sucedido y le informó que Aurora ya no seguiría distribuyendo las ayudas en las veredas.

Luego del anuncio, en febrero de 2010, los paramilitares de las Águilas Negras se tomaron la casa del pueblo —que servía de centro de acopio— de la familia Velásquez Mejía, quienes contaban también con una finca en la zona rural donde explotaban agrícolamente la tierra. Los paramilitares les dijeron a Aurora y a su familia, que desde ese momento la propiedad les pertenecía. Con este aviso comenzaron los malos tratos y la violencia encontró un lugar para gestarse y manifestarse. No era la primera vez que las Águilas Negras hacían presencia en la zona, de hecho esta incursión comenzó desde el año 2009.

Durante siete meses, Aurora estuvo sometida a esclavitud doméstica junto con su hijo. En la casa de la finca los paramilitares establecieron de forma simultánea a los hechos de esclavitud doméstica, un laboratorio de cocaína, donde Humberto tenía que entregarles productos agrícolas para que ellos pudieran camuflar la droga durante el transporte de la mercancía, que se hacía igualmente en un camión de Humberto.

Aurora fue obligada a cocinarles, a lavarles la ropa y a no salir de la casa. En diferentes oportunidades tocaban su cuerpo delante de su hijo. Ella exigía respeto pero ellos decían que «debía obedecerles porque en ese lugar la ley era su voluntad». Ante la ley de la guerra que imperaba, en los espacios más íntimos y cotidianos como su casa Aurora buscaba fuerzas dentro de sí para continuar viviendo, por ella y por su hijo. La realidad para ella y su familia estaba cambiando drásticamente, su hijo no regresó a estudiar. Atrás quedaban los días de montar a caballo y de paseo en el río.

Entre los paramilitares identificados por Aurora, que estuvieron presentes durante esos meses, se encuentran alias «El Chupa», «El Jeringa», «Popeye», «Manuel el flaco», «Julián el cara cortada» y «El Mofle».

Durante su cautiverio, Aurora conoció más de sesenta y ocho asesinatos y múltiples hechos de violencia sexual, cometidos por los paramilitares, quienes contaban con el apoyo del Batallón Rifles del Ejército Nacional, con quien los paramilitares hablaban directamente o por radioteléfono. En la época de estos hechos se cometieron diferentes masacres, en las que mataban a las personas, las picaban y las echaban al río para no dejar rastro.

Diferentes homicidios y graves vulneraciones a los derechos humanos se planearon en la casa de Aurora: «Yo presenciaba cuando ellos daban las órdenes en mi casa, porque ellos tenían radioteléfonos y ellos decían “Congo,

congo, congo”, ellos se identificaban así como Congo. Yo escuchaba cuando daban las órdenes para matar a las personas».

Como si este nivel de violencia y sevicia no fuera suficiente para Aurora y su hijo, el horror semanalmente se intensificaba pues niñas entre trece y catorce años eran llevadas a su casa para violentarlas sexualmente y posteriormente asesinarlas o desaparecerlas. Durante las noches ella y su hijo escuchaban los gritos de auxilio, voces femeninas que clamaban ayuda y que Aurora no sabía cómo interpretar ni que responderle a su hijo cuando le preguntaba sobre lo que estaba pasando. No todas las víctimas llevadas a su casa eran agredidas sexualmente pero sí eran asesinadas o desaparecidas. El llanto, el silencio y también la tenacidad tenían rostro de mujer.

La situación de esclavitud doméstica de Aurora era conocida en el pueblo, pero nadie se atrevía a denunciar porque el temor y las amenazas de muerte rondaban por las calles. En una ocasión, Aurora recurrió al presidente de la Junta de Acción Comunal, José María Támara, para pedirle ayuda y comentarle lo que le estaba sucediendo y éste la denunció con los paramilitares. Quienes al enterarse la golpearon fuertemente por «abrir la boca». En otra ocasión, algunos pobladores denunciaron la complicidad entre militares y paramilitares y cuatro de ellos fueron asesinados por el Ejército. Ante ese escenario de autoritarismo e impunidad frente a las graves violaciones que ejercían las fuerzas armadas legales e ilegales nadie denunciaba por miedo.

La colaboración de integrantes del Batallón Rifles fue determinante para la perpetración de los hechos de violencia que ocurrían en el pueblo. No solo sus miembros frecuentaban la casa de la señora Mejía para concertar diferentes actos delictivos y festejar con los paramilitares, sino que recibían considerables sumas de dinero (entre 400 y 600 millones) por el tráfico de cocaína, delante de ella: «Cuando se planeaba una masacre, el Ejército se retiraba de la zona y luego llegaba como si no supieran nada de lo ocurrido. Supe varias veces que utilizaban el helicóptero del Ejército para transportar la droga».

La Policía Nacional intentó, en diferentes oportunidades, capturar a los integrantes del grupo armado pero antes de cada operativo, los militares daban aviso a los delincuentes y estos huían. En una ocasión Aurora intentó avisarle por medio de señas a los agentes de Policía que había un paramilitar en el techo —quien tenía una granada y había amenazado con tirarla a la habitación del niño si los descubrían— pero no comprendieron y se fueron. Sin embargo, en esta oportunidad, Aurora aprovechó el despliegue del operativo

y durante la retirada de los agentes huyó con su hijo hacia su finca, donde se reencontró con su esposo. Con valentía corrió para salvar su vida y para liberar sus dolores.

Poco después arribó la guerrilla a la finca, el horror la seguía persiguiendo, no daba tregua, les amenazaron por ser supuestamente colaboradores de los paramilitares y les dieron un plazo para irse. Sin embargo, la familia no quiso irse desplazada. Aurora se negaba a abandonar sus tierras y también se negaba a creer que existiera tanta maldad en los seres humanos.

En octubre de 2010, con el apoyo del Ejército, subieron alrededor de cuarenta paramilitares a la finca de la familia Velásquez Mejía. Iban vestidos con gorras y camisetas del CTI. De ese doloroso día Aurora recuerda a alias «Chupa», «Julián», «Jeringa», «Grillo», «El Mofle» y «Popeye». El Ejército los acompañó hasta un punto estratégico para que subieran sin problema, pero luego se retiró.

Cuando llegaron, los paramilitares se dividieron en dos grupos, unos rodearon la casa y un grupo de seis aproximadamente se acercó a ella y al niño. Cuando ella y su hijo los vieron los reconocieron, fue tanta la impresión y el miedo que CEMM se orinó en los pantalones. Insultos iban y venían de parte de los agresores, quienes le dijeron a Aurora que por su culpa les habían hecho un allanamiento porque los había «sapeado», primero con el presidente de la junta de acción comunal y luego con el Ejército y que por «sapa la iban a matar». Entonces, alias «Popeye», «El Mofle», «Julián» «Jeringa», entre otros, la separaron del niño y los llevaron a cada uno para lugares diferentes del cultivo de plátano. Luego, el infierno comenzó a suceder... Todo un despliegue de actos violentos se materializaron: la golpearon, la torturaron, la apuñalaron en el cuerpo y en la vagina, le cortaron el cuello para degollarla, la desvistieron y la obligaron a practicarles sexo oral, la agredieron sexualmente, y finalmente le orinaron la cara. Entre tanto, ella gritaba ante la injusticia y ante la barbarie, pidiéndoles que no le hicieran nada a su hijo.

En medio de las suplicas alcanzó a ver que también estaban agrediendo sexualmente a su hijo y gritó para repudiar estos actos, pero la golpearon en la cabeza y por el golpe perdió el conocimiento. Ellos la daban por muerta, no contaban con que Aurora en medio de tanto dolor sobreviviera. Su ser sintió derrumbarse, ese pájaro libre y autónomo parecía quemarse, desvanecerse, pero una luz, dentro de ella, continuaba encendida.

Mientras todos los hechos de violencia sucedieron, los demás paramilitares masacraron a los trabajadores de la finca y quemaron la casa.

Entre los trabajadores estaban los integrantes de la familia de un obrero, que se encontraba junto a Humberto, en el monte, marcando ganado. Por esto se encontraban retirados del lugar donde ocurrió todo. Cuando se dieron cuenta de lo que estaba pasando se escondieron. Los paramilitares se retiraron y el trabajador fue a rescatar a Aurora y a CEMM, quienes se encontraban heridos y en malas condiciones de salud. De allí los llevó hasta el lugar donde se encontraba Humberto y juntos comenzaron a desplazarse de la zona, caminando con grandes dificultades dado el estado de salud de Aurora y su hijo.

Durmieron a la intemperie y en casas abandonadas que iban encontrando en el camino. Este recorrido duró quince días, hasta que llegaron a un lugar llamado Quebrada Media, en el municipio de Ituango, donde los recibió un señor llamado Hugo. Él los acogió en su casa, los ayudó a contactarse con la Cruz Roja Internacional para que les brindara apoyo y les pagó los pasajes para que llegaran a Medellín. Cuando llegaron a Medellín, los recibió la Cruz Roja Internacional y Profamilia, quienes les brindaron atención médica y psicológica.

Durante el proceso de convalecencia, Aurora solamente declaró la situación de desplazamiento forzado y optó por no denunciar los hechos de esclavitud doméstica, tortura y violencia sexual por temor a las represalias que se podrían generar en su contra y de su familia. También porque sintió desconfianza con la administración de justicia pues sabía que alias «El Chupa» había estado detenido, pero había pagado trescientos millones de pesos y había quedado libre.

Desde el momento del desplazamiento forzado, Aurora y Humberto integraron a su núcleo básico familiar al trabajador que la rescató y que perdió a su familia en la masacre. Albeiro Martínez, de veintiún años de edad, quien convive con ella, su esposo y su hijo como un integrante más de la familia y tiene la calidad de desplazado por la violencia.

En junio de 2011, Aurora decidió presentar la denuncia por los hechos de esclavitud doméstica, tortura y violencia sexual, lo hizo ante el CAIVAS de Medellín (Antioquia). Ese día rompió el silencio y alzó su voz para decirle a las autoridades y al mundo las atrocidades cometidas hacia ella y su familia.

Desde la presentación de las denuncias, comenzaron los hechos de persecución y atentados contra la familia de Aurora. Su hermana Yesenia fue víctima de amenazas, sobrevivió a un atentado contra su vida y posteriormente tuvo que desplazarse de nuevo. En una ocasión, cuando se encontraba participando de un cumpleaños de una amiga, alias «Julián» la

abordó, le preguntó por Aurora y le dio un plazo de un día para que le diera la información sino acababa con toda la familia. Le dijo que las Águilas Negras llevaban nueve meses buscando a Aurora. Por estos hechos, ella se desplazó durante tres meses a la ciudad de Bogotá.

La persecución también ha afectado a otros integrantes de la familia de Aurora, tres hermanos han desaparecido. Edwin Mejía Urbiñez, sacerdote desaparecido, Wilmer Jesús Mejía Urbiñez, trabajador de una finca ganadera y Luz Helena Mejía Urbiñez, odontóloga de profesión que trabajaba en La Apartada. Otro hermano, Simeón Mejía Urbiñez, también sufrió un atentado en La Apartada cuando se desempeñaba como Secretario de Gobierno. En julio de 2012 la mamá, Rosalba, presentó una denuncia penal por la desaparición de sus hijos. Todos estos son hechos sin esclarecer por las autoridades hasta la fecha.

Las secuelas emocionales y físicas para la familia han sido graves y profundas, especialmente para Aurora y su hijo, quienes se han sometido a diferentes tratamientos y cirugías de reconstrucción para tratar las lesiones en la salud sexual y reproductiva como consecuencia de los hechos de violencia.

La recuperación emocional ha sido un camino que ha implicado retos y aprendizajes para Aurora y su hijo, unos días la esperanza está latente a flor de piel y otros días el dolor inunda el cuerpo, lo paraliza, nublándoles la mirada. Aurora con su amor a la vida sigue su camino, no ha sido fácil renacer de las cenizas, —como dice ella— pero lo ha logrado, cada ceniza suya cuenta una historia de lucha y supervivencia.

«—¿Que si me mataron?— se pregunta Aurora —No, ¡qué va! ¡Yo sigo viva, a pesar de que en el pueblo todos piensen que estamos muertos!».

Aurora con fuerza y seguridad sabe que ahora es el tiempo de la palabra, el tiempo de contar todo lo que sucedió, si no es ahora, ¿cuándo?:

«Callar no es callar nuestro dolor sino es callar también a las demás mujeres y alzar mi voz es alzar la voz de todas las mujeres, darles el apoyo. Que también ellas tengan fuerza para hablar porque hay muchas mujeres que están sufriendo calladamente, ¿por qué?, por temor. *Pero si una habla, hablan todas*».

SUCRE

¡ME SIENTO FELIZ!

- «—¿Qué nombre te gustaría que llevara la historia de tu vida?
 —No me gustaría de tristeza, me gusta de alegría, y de felicidad
 —Y, ¿se te ocurre algún nombre que tenga alegría y felicidad?
 —Un nombre que tuviera alegría...
 —¿Alguna palabra que tenga alegría?
 —La palabra felicidad es que uno sea feliz, me siento feliz, ¡me siento feliz!...».

Olga Sierra nació en una vereda llamada Sabana de Pedro, Palmitos, (Sucre), el 13 de septiembre de 1957; tiene nueve hermanos y ocupa el tercer lugar entre los diez (en total tres mujeres y siete hombres). Su padre se llama Olimpo Sierra y su madre María Martínez. De su niñez recuerda que su mamá se levantaba a las tres de la mañana a moler el maíz, hacía empanadas, fritos y pedía a los niños que salieran a venderlas frente a un retén «en la bomba» y luego de eso que fueran a cortar madera. Cuando regresaban, su madre les daba el almuerzo y a veces les pedía que amontonaran las piedras y demás materiales de construcción, como actividad de la tarde.

Realmente, ella y sus hermanos no tuvieron mucho tiempo para jugar sólo para trabajar, por eso cuando llegaba visita de adultos, ella y sus hermanos aprovechaban para salir a jugar al parque «la cartillita y mogollita». Olga era una niña muy curiosa y rebelde, como respuesta a la violencia que ejercía su madre contra de ella especialmente, pues a sus hermanos nunca les pegó.

El comportamiento de su madre siempre fue cuestionado por Olga. Ella no entendía cómo era posible que su madre tan noble, al hacerse cargo de otros niños, fuera tan violenta con ella. Por ejemplo, una vez su madre recogió a tres niños antes de que sus madres biológicas los botaran al arroyo. Uno de estos niños, que María recogió, fue adoptado por una pareja de cartageneros con una situación económica más estable, y hoy en día es médico y atiende a María con cariño como si fuera su abuela. Por eso, Olga a veces le preguntaba si ella es una de esas niñas que recogió y no pudo regalar: «Entonces yo le decía, dígame la verdad, usted recogió tanto pelado, dígame si yo fui una de

esas y que usted no me puedo regalar, yo soy idéntica a mi mamá es la que me parezco más de las tres mujeres y mi hermano me decía: —tú eres loca, tú eres loca, si tú eres idéntica a mi mamá—, ya mi mamá ha cambiado conmigo ahora, desde hace como dos años para acá».

En la última «pela» que tuvieron, Olga ya era adulta, incluso tenía uno de sus hijos en brazos, y María retiró al niño y le pegó; sin embargo, Olga reconoce que la relación entre las dos ha mejorado. Nada como la penúltima pelea, que desencadenó su primer noviazgo con un señor que le doblaba la edad, ella tenía 15 y él 30 años.

Ese día, María le pegó tan duro que Olga decidió irse de la casa, y junto al hospital se encontró un hombre que siempre que ella iba al mercado a comprar hueso para hacer una sopa «la molestaba y la molestaba», le decía que si quería irse con él y ella ese día lo aceptó, aunque solo duró algunas horas con él. Su mamá la volvió a buscar y después de ahí comenzó a darle «mala vida, nuevamente».

Como la historia de violencia en su casa se iba repetir, ella comenzó a trabajar en casas de familia haciendo aseo: «Hice aseo y todo lo que yo trabajaba ella lo iba a buscar, la plata me la quitaba y como eso antes era común y la señora le daba la plata, ella me compraba mis vestidos, mi calzadito, mi pantaletica».

Luego a los 17 años, Olga se fue a vivir con otro señor mucho mayor que ella, Alberto, quien era casado, pero cuando ella se enteró ya estaba embarazada de su primera hija. Él alquiló una pieza y le compró cosas, le daba dinero para una semana de comida y se iba durante mes y medio, así hizo como tres veces, a la tercera ella le dijo que no se iba a aguantar esa situación y se fue a trabajar haciendo aseo en el hospital con el Doctor Carlos Paternina.

Cuando su pareja llegó y se dio cuenta de que no estaba en la habitación, se fue a buscarla donde la mamá y de ahí al hospital, ella le dijo: «Un momento, me haces el favor y yo salgo de aquí a las dos de la tarde, espérame termino acá». Cuando salió, a eso de las tres de la tarde, hablaron; ella le dijo que estaba embarazada, pero que no iba a soportar eso de él y él le pidió que le regresara todo lo material. María quien también estaba allí intervino y le pidió al hombre que le dejara sus cosas y efectivamente se los dejó, aunque ahí comenzó a sentirse con el derecho de cuestionar su vida, criticarle sus amigos y sus salidas.

A raíz de los rebotes y la sensibilidad del embarazo, no pudo seguir trabajando en el hospital y Alberto le dijo a su mamá que Olga tenía que buscarle

papá a «ese pelado o pelada», que él no era el papá. Olga, con toda la fuerza de una madre, se recuperó del rebote y volvió a trabajar como empleada doméstica.

En ese trabajo, una de sus empleadoras, de la que se hizo muy amiga, la señora Carmen Monterrosa, muy humilde también, viuda con cuatro hijos, le propuso que se fueran a Montería a buscar un mejor futuro para sus hijos, y así fue, ambas llegaron a esa nueva ciudad.

Corriendo el año 1975, nació su hija Claudia Sierra. Olga reunió de todo su trabajo, 50.000 pesos (que en ese tiempo era mucho dinero), para que su madre la cuidara en la dieta y así subsistieron un tiempo. Sin embargo, a los tres años de la niña, se vieron en una situación económica muy precaria, a pesar de su lucha constante; razón por la cual, Olga decidió tomar la misma decisión de su padre, ir a Venezuela: «Cuando eso pagaban en Venezuela mucha plata, pagaban hasta el cambio de 18 pesos en bolívares, otra compañera me dijo: —¡Vámonos para Venezuela!—, bueno, yo dije —¡vámonos pues!—y le dejé la niña a mi mamá. Ella la crio, yo le mandaba dinero, pero al parecer mi mamá le decía que yo nunca le daba nada».

El viaje a Cúcuta duró por tierra aproximadamente cinco días hasta llegar a una calle mitad colombiana mitad venezolana. El camino fue por trocha, atentos de que viniera la guardia o si no debían tirarse, tuvieron que pasar por un río hasta llegar a Maracaibo.

Eso fue para el año 1978, un señor estaba buscando personas para trabajar y Olga con 17 años no dudó en ofrecerse, llegó a la finca a las nueve o diez de la noche, le calentaron la comida y le dieron una habitación. «Ahí comenzó la patrona a interrogarme, yo le dije que yo era de una familia de apellido Sierra, y me pregunta cómo se llamaba mi papá, mi papá se llama Olimpo Sierra, respondí, ella me dijo que allá había un señor que es de Corozal de apellido Sierra».

Al día siguiente, como a las diez de la mañana que terminaron de ordeñar, la empleadora le pidió al señor Sierra que regresara a la casa y a ella tenía cierto temor, pues no había visto a su padre desde hacía mucho tiempo y ambos sabían que su vida ahí sería durísima. Su padre le preguntó que hacía en ese lugar e inmediatamente entendió que habían sido problemas con su mamá, se le derramaron las lágrimas porque él sabía cómo era ese trato, para ella fue una sorpresa hermosa, además sintió que en ese lugar le dieron cariño y amor.

En esa finca, Olga trabajó dos años y conoció al papá de sus hijos, tres hombres y una mujer. La historia con él fue especial, pues trabajaba como carpintero y un día que iba a instalar un gabinete de cocina se conocieron y

él se enamoró a primera vista, entonces siguió buscándola, la iba a visitar a la casa de la jefa quien la alentaba para que «le parara bola».

Este hombre ahorró para comprar un lote y que ella se fuera con él. Luego, construyó una casa, con sus muebles, su cama y su nochero, hizo de todo, entonces finalmente se fueron a vivir juntos.

Convivieron juntos 15 años en Venezuela, hasta que tuvieron que irse pues la familia de él, de Ubaldo, los culpaba del suicidio de su madre. La misma señora fue quien abrió las pipetas de gas y quemó la casa donde estaba. Luego supieron que fue planeado porque sacó la ropa de uno de sus nietos y unos pájaros los dejó cerca al baño. Esto ocurrió luego de que Olga le pidiera a su suegra que le dejara estar con sus hijas, pues las niñas ya llevaban viviendo con la abuela un buen tiempo y ella las extrañaba, Olga le dijo que regresarían en diciembre, pero la señora le dijo que no podía hacer eso, que ella se moriría, y así fue.

El día en que Olga se enteró de la noticia se alteró tanto que sintió un apretón en el vientre y empezó a sangrar, entonces la llevaron al hospital y allí recibió a su último hijo de siete meses de embarazo.

En Colombia, regresaron a Sincelejo y pusieron un pequeño negocio de cerveza en el barrio Santa Cecilia. A los seis meses de su llegada, Ubaldo tuvo una reacción extraña: «Él comió y se quedó mirándome, yo le dije Ubaldo por qué tanto me miras y me dijo hija hoy te ves bonita, y yo sentí muchos nervios, nunca en los 15 años me había dicho algo así. Me dio un beso y a todos sus hijos, le dijo que regresaba temprano, pero nunca regresó».

Olga buscó a Ubaldo por todas partes, pensó que se había accidentado en la moto e incluso llegó a pensar que estaba con otra mujer, pero no. Lo tuvo que identificar en el hospital. Las personas del pueblo dicen que fueron ladrones o delincuencia común; Olga no sabe que pasó ni acepta que se lo hayan matado por extorsión: «Porque él era un hombre santo, él era un hombre que yo no le vi amigos, él nunca me llevó amigos a la casa, nunca fumó drogas, nunca fumó cigarrillo. Es que ni cigarrillo, tomaba en un día especial que fuera un matrimonio de alguien que se casaba por ahí, pero nada más».

Después, Olga continuó trabajando como empleada doméstica sola durante siete años, con todo el esfuerzo para sacar a sus hijos adelante y que recibieran educación para romper la cadena de analfabetismo y pobreza que venía desde sus padres y tristemente la había alcanzado a ella:

«Yo digo que mi mamá haría eso porque no quería el colegio o nunca pensó que uno necesitaba un estudio. Como le digo yo a mi mamá ahora, si

usted nos hubiera dado un estudio nosotros seríamos alguien diferente en esta vida, ahora para recoger la basura hay que ser bachiller y así le digo yo a mis hijos, que yo quiero que ellos sean unos profesionales».

Posteriormente, Olga se comprometió con un señor que era buen hombre cuyo nombre era Hernando Meléndez. Empezaron a trabajar juntos en la finca Tamarindo y con el dueño Kiko Hoyos. Su labor era hacer comida para los trabajadores, cuando se acababa la cosecha o la comida les tocaba mantenerse comiendo yuca dura y suero. Entonces esta situación la aburrió y le dijo a su pareja que ella no había ido a pasar hambre con sus hijos, recogió las cosas y regresó a Valledupar a trabajar.

En Valledupar, un amigo de Hernando la buscó y le volvió a ofrecer trabajo para cuidar una finca en Codazzi, Cesar, donde Ugenio Amaya. Hernando la llamó y le dijo que fuera con la niña mayor, Verónica de 10 años, y el otro niño mayor y dejara los demás con la mamá, así que le envió la plata para los pasajes.

En Codazzi, en una finca llamada Campos de Lorino, aproximadamente para 1992, se escuchaba que se metían grupos armados de guerrilla a robar el ganado y ahí le empezaron advertir que no abriera la puerta... El peor día de su vida se avecinaba:

«A mi peladito también, a él le pusieron primero el revólver acá porque él empezó a llorar, ay mami y la niña también, entonces corrieron el niño y le dijeron que se calle, que se calle y lo sacaron. También lo amarraron y acá quedamos la niña y yo, cuando yo veo que ese hombre me coge a esa peladita, a romperle..., yo le decía a mi niña no me le haga nada..., cálese..., y yo no, no, mire le voy a decir algo fue lo peor que yo viví en mi vida, cuando me cogieron mi peladita me la violaron de 10 años».

A Olga la amarraron y la violentaron sexualmente, mientras su hija gritaba; ella decía a esos hombres que no le hicieran daño, la accedieron vía anal y vaginal dos hombres con tanta sevicia que la dejaron con un sangrado permanente del que aún se está curando y un problema en el colón que también se está tratando. A ella la agredieron dos hombres, a su hija uno.

Cuando el horror terminó más o menos a la una de la madrugada, ambas estaban llenas de sangre. «Cuando yo le digo niña suéltame, suéltame mami, suéltame, y ella temblaba, comenzó a soltarme, me soltó los pies, me soltó las manos, cuando yo ya me suelto, yo salgo toda adolorida, mi peladita lavada en sangre». No cogieron nada y se fueron de una vez para Valledupar.

Allá llevó a la niña al médico con ayuda de su empleador, pero ella

no contó lo que le había pasado ni quiso recibir atención médica, dice que le daba pena y declaró solo hasta que conoció a Yojaira, una compañera que la convenció de que hablar podría hacerla liberar el dolor que llevaba por dentro.

Se separó del señor Hernando, pues lo culpó de lo que había pasado. Él le suplicaba que no tenía la culpa y muchos dicen lo mismo, pero Olga piensa que si él no las hubiera llevado a trabajar en el monte nada de eso les habría pasado.

Sobre los hombres que las agredieron, no recuerda mucho, pues solo se les veían los ojos, tenían como una pañoleta roja, camuflaje de soldado y botas de caucho, botas largas, como un brazaletes, pero no recuerda que decía. Algo que sí recuerda es que la Guerrilla era el grupo armado que estaba controlando el territorio por esa época.

Entre las principales afectaciones por estos hechos, Olga identifica odio y rabia también: «para mí lo más difícil fue saber que me habían agredido vía rectal, porque de todas maneras por ahí uno es intocable, eso es horrible».

Su hija ya está casada, con un hombre que parece ser bueno pero es alcohólico, por eso Olga le advierte a Verónica que cuide a su nieta, de su propio padre porque no se puede confiar en nadie, ni en uno mismo. Su hija no trabaja, porque Jorge su pareja no la deja trabajar —por celos— dice él.

Actualmente, Olga vive con un hermano que la cuida mucho, pero a veces la trata como si fuera una niña, no la deja trabajar y mina su autonomía. Dice Olga: «por lo que yo he sufrido tanto y él se ha dado cuenta, y lo que estoy todavía sufriendo porque ajá, yo todavía sufro por mi hijo, verlo perdido en la droga, sufro con la vaina de mis nietos de que yo quisiera darles, pero yo no puedo porque no trabajo, yo le ayudo a mi hermano que vende fritos, papas, empanadas, de eso vivimos, yo le colaboro a la esposa hacer todo lo que hay que hacer, y con lo que me mandan mis hijos, pues si me mandan 100 yo le doy 50 a mi hermano, me quedo con 50 para comprar lo que yo necesite, que es mi champú, mi desodorante».

Desde el año 2014 en el que declaró, recibió una ayuda de 345.000 pesos y su hija aún no ha recibido nada. También denunció en la Fiscalía de Sincelejo, pero no tiene conocimiento de cómo va la investigación.

Ahora su sueño es aprender a leer, para saber por sí misma qué dice la Biblia, reconoce que tiene muy buena memoria para recordar los pasajes bíblicos, pero quiere ser ella misma quien la lea. Quiere olvidar todas las heridas que le dejó la guerra y cree que una manera de hacerlo es perdonando.

En el 2016, en pleno Proceso de Paz, conoció a una muchacha de la guerrilla, su nombre es Sandra, quien dio su testimonio y pidió que la

perdonara «y yo, bueno señor, si nosotros lo que queremos ahora es paz por nuestros nietos y que viene la nueva generación, queremos una paz limpia que no haya tanto derramamiento en sangre, que no hayan violaciones, yo quiero que todo eso se acabe; que sea una paz, que se pongan la mano en el corazón y piensen en esos niños que le van a hacer la maldad, que van cometer eso que están haciendo, eso es lo que nosotros queremos una paz limpia, que verdaderamente un Dios divino, que es verdadero, que sea el poder de él también que esté iluminando a esa gente».

Finalmente, Olga cuenta que la violencia sexual contra las mujeres se repite y no discrimina edades ni espacios temporales, a la nieta de la hermana la violentó su propio padre, ya está en prisión, pero estos daños son casi irreparables Para ella las mujeres se deben cuidar más porque los agresores pueden ser incluso personas que queremos y eso nos deja en una situación y riesgo y vulnerabilidad; que los hombres y la sociedad en general, deben ser educados para ir cambiando el ciclo de violencia, porque como sabemos la responsabilidad no es de las mujeres víctimas

Por su parte, ella anhela fervorosamente lo siguiente: «Quiero como ir olvidando más lo que me sucedió, quiero olvidar lo malo que me sucedió, si uno no olvida todo el tiempo va a estar como atado esas cosas, al dolor. Entonces sólo tienes que buscar la felicidad, ser feliz».

UN CAMINO PARA LA VERDAD Y LA JUSTICIA³⁸

«Si hubiéramos tenido otras garantías u otra oportunidad como la que tengo yo hoy en día, las cosas hubieran sido distintas».

Cecilia Incaded Miranda Arrieta nació el 20 de enero de 1968 en Sincé, Sucre. Es hija de la segunda unión de Alfredo Antonio Miranda Pérez con Cecilia de los Santos Arrieta Aguas, quienes ya fallecieron. Es la mayor de cinco hermanos. Su mamá fue siempre cabeza de hogar y con su esfuerzo y trabajo los educó hasta el bachillerato. Cecilia estudió la primaria y el bachillerato en Sincé.

La familia de Cecilia vivió siempre en el pueblo, a ella le gustaba visitar las fincas de sus hermanos mayores. Disfrutaba ir al campo, ordeñar y hacer quesos que posteriormente vendían. La vida en el campo le parecía apasionante y sencilla.

Con el tiempo sus padres se separaron. Esa época fue difícil para todos, porque el papá de Cecilia amenazaba a su mamá. En una oportunidad incluso le pidió a un sujeto que la matara, pero ellas alcanzaron a huir y se desplazaron a Corozal.

A la madre de Cecilia siempre le gustó participar en política. Luego de regresar de Corozal a Sincé, la señora Arrieta empezó a trabajar con más ahínco en la política.

Posteriormente la madre de Cecilia inició una nueva relación con otro señor. Sin embargo, aprovechando que la madre de Cecilia trabajaba, en una ocasión éste la agredió tocándole su cuerpo. Por esa razón, a los diecisiete años Cecilia decidió irse a Bogotá a la casa de su madrina. Cecilia desde muy pequeña rechazaba la violencia y poco a poco se había dado cuenta de que las mujeres

38 Este relato es en memoria de Cecilia de los Santos Arrieta Aguas, o como cariñosamente le decían sus allegados, niña Ceci, fallecida el 6 de agosto de 2013. Cecilia de los Santos Arrieta Aguas es la madre de la señora Cecilia Incaded Miranda Arrieta. Ella quiere que este testimonio sea en memoria de su madre.

eran blanco de maltratos y abusos. Ella más adelante lo viviría en carne propia.

En esa ciudad estuvo por dos años, hasta que regresó nuevamente a Sincé, luego de que su madrina falleciera.

En una fiesta en Sincé, Cecilia conoció al papá de sus hijos. Ella no se sentía cómoda en su casa y tenía muchos problemas, por lo que vio en este hombre una oportunidad para salir de su casa y tener otra vida. A los 20 años, Cecilia se casó por la iglesia con este hombre. En ese momento Cecilia estaba embarazada de seis meses de su primera hija.

Cecilia y su esposo se mudaron a Cartagena, tres días después de casarse. Allá vivieron por diez años. En ese tiempo Cecilia decidió iniciar estudios informales. Realizó a escondidas cursos de belleza porque a su pareja no le gustaba que ella trabajara o estudiara. Cecilia dio a luz a su segundo hijo, siete años después de casarse.

Sin embargo, en palabras de Cecilia, su pareja era un hombre «muy mujeriego». Unos días antes de separarse y ya abrumada por el control que él ejercía sobre su vida, Cecilia descubrió que su esposo le era infiel, por lo que le comunicó que no viviría más con él. El hombre la amenazó con quitarle a sus hijos, si seguía empeñada en dejarlo. Cecilia decidió irse armada de valor. Su esposo llevó a los niños a la casa de su mamá en Sincé. Mientras Cecilia estuvo sin sus hijos se empleó en un salón de belleza.

La madre de Cecilia, que había ido a vivir al corregimiento de Baraya, del municipio de Galeras, Sucre, sufrió una trombosis en 1999, razón por la cual Cecilia decidió acompañar y cuidar a su mamá. La señora Arrieta seguía apoyando procesos políticos, afiliada al partido liberal. Cuenta Cecilia que «allá apoyó muchos proyectos, sacaron adelante alcaldes y concejales». Del mismo modo, ella contaba con una tienda, que era a la par el sustento económico de la familia y un lugar en el que también se llevaban a cabo reuniones de carácter político. Cecilia recuerda que la tienda de su mamá era un espacio social muy concurrido en el corregimiento, el más grande. En esa época, Cecilia también empezó a involucrarse en política. En ese sitio, Cecilia conoció un concejal que supuestamente hacía parte del Frente 35 de las FARC, el señor José Tomás Imbeth; y que aparece dentro de la investigación que adelanta la Fiscalía por los hechos de violencia sexual que ella y su madre vivieron. Al parecer por situaciones relacionadas con la extorsión, la madre de Cecilia perdió gran parte de su patrimonio.

Mientras eso ocurría, la situación de seguridad en la región era cada vez más compleja. Cecilia y su familia sentían mucho miedo por la presencia

de grupos armados. Entre tanto, Cecilia se involucraba un poco más en el trabajo político. En época de elecciones se entregaban camisetas y buscaban que los procesos electorales representaran un beneficio para las personas y las comunidades más desfavorecidas.

El señor José Tomás Imbeth mostraba atenciones especiales con Cecilia. Ella pensaba que sus atenciones se debían al trabajo político que realizaban con su madre, sin embargo, nunca llegó a imaginarse que estuviera involucrado en algún delito. En esa época Cecilia tenía treinta y dos años.

Una tarde, para agradecerles por el trabajo que hacían a Cecilia y a su mamá, las invitaron a una finca. La finca queda cerca del corregimiento de Baraya, pero también en Galeras. Acordaron que las iban a recoger y se quedarían el fin de semana. El 30 de noviembre de 1999, alrededor de las 3p.m., llegaron a recogerlas en dos motos. Los hombres que conducían eran delgados, jóvenes, morenos y tendrían entre treinta y treinta y dos años. Cecilia alcanzó a verles la cara, por lo que dice que tal vez podría reconocerlos.

Tanto Cecilia como su mamá salieron cada una en una moto. Tomaron la carretera hacia Santiago Apóstol, pasaron por un caserío que se llama Palmital. Cecilia recuerda que todo estaba muy solo. En los alrededores las dejaron los mototaxistas y les dijeron que las vendrían a recoger en el carro, posteriormente se fueron. Pasó un corto tiempo, menos de media hora, cuando llegaron cinco hombres fuertemente armados con fusiles, pertenecientes a la guerrilla de las FARC. Vestían pasamontañas negros, tenían uniformes militares de camuflado verde. En ese grupo estaba el concejal Imbeth, quien tenía botas pantaneras de caucho. Cecilia recuerda que la ropa le quedaba muy estrecha y que el pantalón que vestía lo llevaba sin correa. Cecilia también recuerda que ese señor tenía «un olor característico, un olor que jamás en la vida se me va a olvidar, lo distingo porque es un olor muy feo».

Cecilia y su madre se quedaron sorprendidas. En ese momento uno de los hombres les dijo que tenían que portarse bien porque de lo contrario les iban a dejar un recuerdo que les iba a durar para toda la vida. Luego dos de los hombres cogieron a la mamá de Cecilia, quien vestía una falda y se la desgarraron. Empezaron a agredirla sexualmente. Cecilia debió presenciar los hechos, mientras de manera desesperada gritaba buscando ayuda y rogando que todo fuera un sueño.

Mientras eso ocurría, Cecilia notó que el señor Imbeth hacía señales a los demás hombres para que se apuraran. Luego los hombres tomaron a Cecilia de los brazos y la cortaron. Su cuerpo y su boca fueron blanco de

golpes una y otra vez, cada vez más fuertes, le daban en la boca tanto que en la actualidad Cecilia aún siente que se le va a caer la boca por la presión que le hicieron. Finalmente la golpearon en la cabeza, lo que hizo que se desmayara.

Cuando Cecilia se despertó, su cuerpo estaba muy maltratado y dolorido. Había rastros de semen en su cabello, su cara y sus senos, y moretones en sus glúteos y senos. Cecilia relata que en su declaración ante la Fiscalía no pudo decir que también la agredieron analmente, por la vergüenza que le causaba. Para Cecilia no es claro cuántos hombres la agredieron, todo parecía una pesadilla macabra que preferiría no recordar. Hablar sobre los hechos implica para Cecilia un gran dolor. Aún no sabe cómo sobrevivieron a la agresión.

Luego de que los hombres se marcharon, Cecilia y su mamá empezaron a caminar hasta la parcela de una hermana de Cecilia, que quedaba cerca. Allí tomaron agua, vinagre y se bañaron. Esos elementos les generaron mucho ardor, pero las dos mujeres lo soportaron porque lo único que querían era quitarse ese olor. Al llegar finalmente a su casa, arrojaron la ropa que les quedó a una letrina e intentaron que no se notara nada.

Cecilia y su mamá hicieron un pacto de silencio para no contarle a nadie lo que les había pasado: «Lo hicimos para salvarnos nosotras, porque desde el mismo momento nos dijeron que nos portáramos bien, nosotras no debíamos hablar ni decir nada y no es como hoy en día que tenemos la garantía de denunciar y que están organizaciones como Sisma o estamos con grupos de mujeres denunciando hechos, entonces no teníamos esa oportunidad. Quisimos hacer ese pacto también por mi hermana, nosotras pensábamos que también le podrían hacer daño a ella, y entonces tomamos esa decisión de hacer ese pacto de silencio».

Desde el día siguiente Cecilia y su mamá empezaron a salir de la casa como vía de escape al dolor que las atormentaba por lo sucedido: «Nos íbamos a un pozo, nos íbamos para allá y decíamos vamos a buscar leñas, pero íbamos a despejarnos y a llorar tranquilas, ya cuando veníamos traíamos unos palitos de leña».

Después de un tiempo, el papá de los hijos de Cecilia la llamó para entregar a los niños. Cecilia le dijo que no había problema y fue a recogerlos. Sin embargo, la situación económica era muy difícil y ella no tenía para donde irse.

En el pueblo había un señor que pretendía a Cecilia, por lo que ella vio una oportunidad con él, así que decidió iniciar una convivencia. Fueron a recoger a los niños a la casa de la abuela paterna y salieron para irse a vivir a El Carmen de Bolívar. «Me tocó aprovechar esa situación de ese señor y me tocó

decirle vámonos, sin conocerlo, sin saber quién era, cómo era».

Sin embargo, Cecilia vivió muchas situaciones de violencia con este hombre. Recurría a ponerse cosas en sus interiores para que él pensara que ella tenía su periodo menstrual y así no le pidiera tener relaciones sexuales. No aceptaba que ella planificara, por lo que tenía que hacerlo a escondidas. Al tiempo, el hombre empezó a mantener relaciones con otras mujeres, y finalmente se fue y no volvió más.

Cecilia se quedó en ese barrio viviendo con sus hijos. Trabajaba para sacar adelante a sus hijos. Su hija mayor es profesional y su hijo menor aún está estudiando.

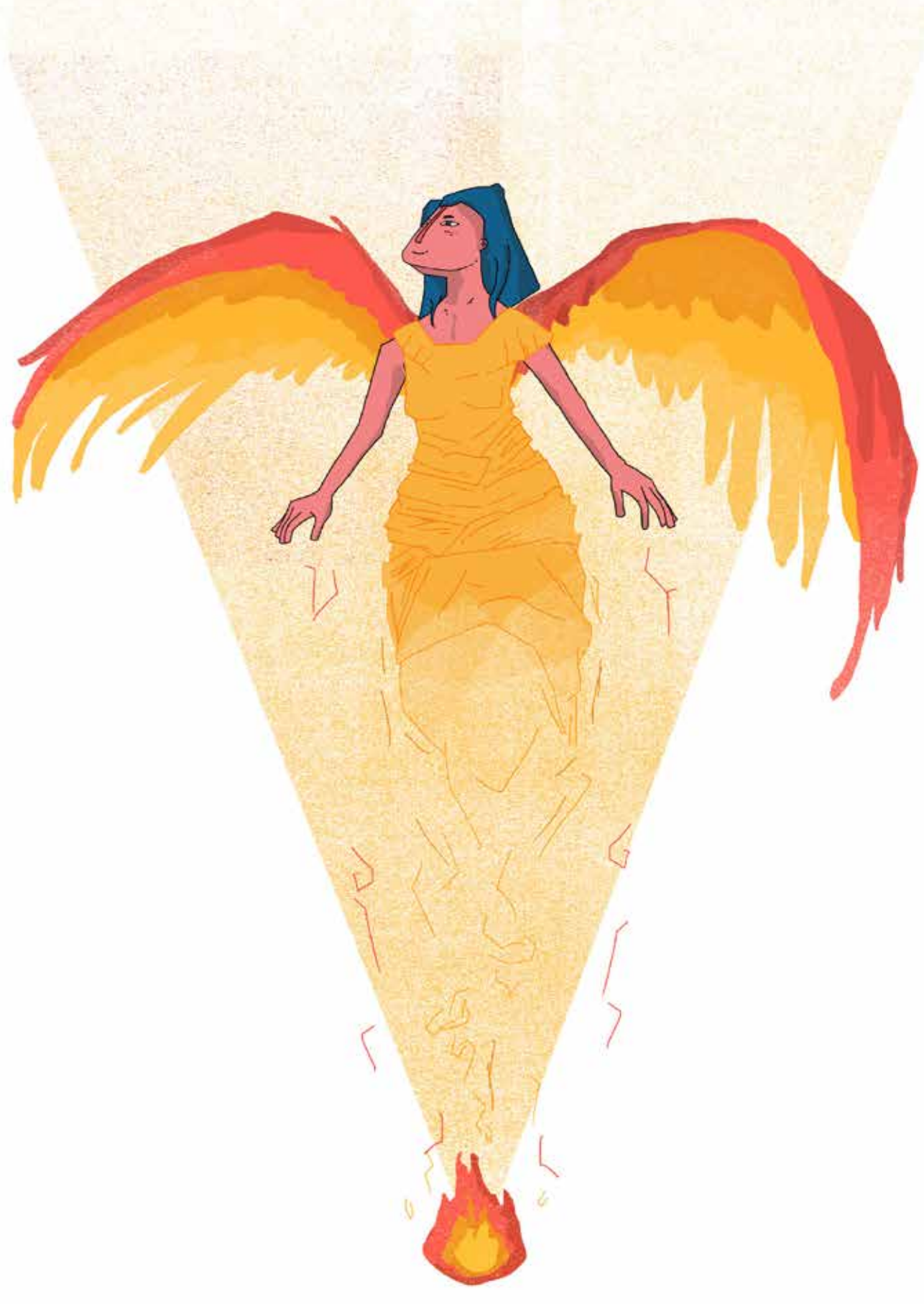
La alegría de sacar a sus hijos adelante se vio turbada por la muerte de su madre, quien se desmejoró mucho al no poder recuperarse de los impactos emocionales de los hechos violentos y falleció el 6 de agosto de 2013. Cecilia siente mucha pena porque su mamá nunca pudo contar lo que le ocurrió. Ahora reconoce que ahora las condiciones son distintas: «Si hubiéramos tenido otras garantías u otra oportunidad como la que tengo yo hoy en día, las cosas hubieran sido distintas». Cuando la madre de Cecilia falleció, ella rompió el silencio y decidió denunciar. Lo hizo en una jornada de denuncia colectiva en Turbaco.

Cecilia también se ha desempeñado como lideresa en procesos de reconocimiento de las víctimas. También se vinculó con Narrar para Vivir, y en razón de su pertenencia a este grupo sufrió varias situaciones de amenazas. En una de ellas un par de sujetos se le acercaron y la amenazaron. En otra ocasión varias personas intentaron ingresar a su vivienda.

Por la investigación que se ha venido adelantado por los hechos de violencia que sufrió, Cecilia sabe que el concejal Imbeth fue asesinado. Cecilia quiere que todo se esclarezca, que se conozca lo que pasó y que los agresores que están vivos, que al parecer son dos, reconozcan su responsabilidad en los hechos. Pues ella cree que «la verdad es un derecho fundamental que todas las personas en situación de victimización deben tener».

Cecilia ha mantenido su trabajo de liderazgo, ahora desde el grupo Mujer y Vida, un proceso colectivo de mujeres víctimas de violencia sexual en la región de los Montes de María, el cual trabaja por los derechos de las mujeres y el rechazo a cualquier forma de violencia de género.

Cecilia con su gusto por bailar continúa viviendo el presente y preparando el mañana para sí misma y para muchas mujeres más que como ella se han atrevido a romper el silencio y a construir paz, en territorios donde hay ausencia del Estado y presencia de grupos armados.



«Callar no es callar nuestro dolor sino es callar también a las demás mujeres y alzar mi voz es alzar la voz de todas las mujeres, darles el apoyo. Que también ellas tengan fuerza para hablar porque hay muchas mujeres que están sufriendo calladamente, por qué, por temor. Pero si una habla, hablan todas».

Aurora Janeth Mejía Urbíñez.

EL DESPERTAR DE UNA PESADILLA

«Cada día va dando más fuerza, lo va poniendo a uno como una roca fuerte, de pronto me quieren callar, pero todo eso le da a uno ánimo para seguir adelante. El temor a veces está presente, pero es el mismo temor el que me da valor para continuar».

Yojaira

Yojaira Isabel Pérez Contreras nació el 14 de octubre de 1968 en una vereda llamada El Mamón, del municipio de Corozal, Sucre. Sus papás fueron Andrés Manuel Pérez Medina y Trinidad Contreras, de esa unión surgieron diez hijos, ocho están vivos actualmente. Yojaira ocupa el octavo lugar.

Los primeros años de su vida transcurrieron en la vereda, después Andrés consiguió tierra en Bremen, en la región de los Montes de María, y se fueron a vivir allí. Yojaira creció entre reuniones y espacios de liderazgo campesino, puesto que su padre era conocido en el municipio por defender los derechos de los habitantes del sector rural. Su gran interés y a la vez una preocupación constante fue el derecho al acceso a la tierra que era muy vulnerado para los campesinos. Andrés dedicaba su vida y su tiempo a servir y apoyar a otros, quehacer que a Yojaira le gustaba y le despertaba admiración.

Por su parte, Trinidad no entendía la entrega desmedida de su esposo a otros, muchas veces le dijo que «dejara las locuras, que él ya había conseguido lo suyo» y Andrés tranquilo respondía: «que si él ya había conseguido para sí mismo, debía conseguir para muchos más».

La casa de los Pérez Contreras siempre estaba llena de personas que iban a pedir consejo y apoyo de su papá: «Siempre fue un ejemplo a seguir a pesar de que era un señor campesino, fue muy sabio, a pesar de que no fue bachiller, llegó a ser maestro de escuela radiofónica, le gustaba mucho leer y escribir, eso nos lo inculcaba a todos sus hijos. Nos hablaba de la importancia de la educación y sobre todo del don de servir. No había nada imposible para él, lo que uno se proponía lo conseguía».

Yojaira se caracterizaba por ser una niña muy tranquila y callada, cuando se sentía muy triste y con rabia porque su mamá la regañaba, iba a su lugar predilecto para desahogarse, el patio trasero de la casa, donde se sentía libre, allí podía gritar y responder, lo que nunca hacía delante de Trinidad.

Su mamá venía de una familia que tuvo diferentes condiciones de vida a las de su papá, un entorno familiar donde las mujeres no estudiaban y se dedicaban a hacer oficio. Por su parte, Andrés no tenía un núcleo familiar estable ni cercano, pues su madre lo abandonó cuando él era muy pequeño, y lo crió una tía. Yojaira sabía que sus padres venían de educaciones muy distintas y eso se veía reflejado en la manera en cómo interactuaban con ella y con sus otros hijos.

En la casa vivían varias personas, era común encontrar la casa llena de niños jugando debido a que, algunos sobrinos de Trinidad se fueron a vivir a Bremen para poder estudiar, si bien el espacio era reducido, todos se acomodaban en los cuartos y la sala, en hamacas pasaban las noches descansando.

Era una gran familia, unida y feliz. Andrés conseguía el alimento y Trinidad trabajaba en casas planchando o lavando, pues estaba siempre pendiente de que sus hijos vistieran bien.

Yojaira y sus hermanos, para tener un dinero extra, insertaban tabaco, lo hacían por iniciativa propia ya que sus padres nunca los obligaron ni les exigieron trabajar: «Íbamos al colegio y apenas llegábamos a la casa, hacíamos tareas y luego colaborábamos sembrando tabaco y arreglando la tierra. En los tiempos libres jugábamos a las escondidas y andábamos en burro por todo lado, había respeto entre los vecinos y la comunidad, éramos felices».

Pasaron los años y Yojaira se fue a estudiar al Liceo en Corozal, allí vivió con su madrina, quien le brindaba techo, comida, y a cambio le solicitaba apoyo con los oficios de la casa y el cuidado de los niños. En la mañana ayudaba en la casa y en las tardes estudiaba. En Corozal realizó sexto de bachillerato, dos veces.

Después estudió en Sincelejo, en el colegio Antonio Lenin, institución que era conocida por su espíritu contestatario. Estando allí, todo un horizonte de conocimiento se abrió para ella, se dio cuenta de que tenía derechos y que era importante exigirlos y formarse para transmitirle esa información a otros. Fue representante de su curso cuando tenía 13 años y miembro del consejo estudiantil, era habitual verla protestando y exigiendo mejoras en las condiciones educativas.

Sus reclamos tenían como eje central la educación deficiente, la inexperiencia de los maestros, la precaria adecuación física de las instituciones educativas y el reclutamiento infantil y juvenil por parte de los grupos armados al margen de la ley. A medida que fue creciendo participó en diversos espacios de liderazgo y trabajo comunitario: «Fui líder de mi pueblo y presidenta de la junta de acción comunal muy joven. Organizaba las fiestas del pueblo y los reinados. Siempre estuve en grupos juveniles de la iglesia en la fundación María Bernarda, en donde hacíamos las novenas en navidad y en semana santa».

Poco a poco fue siguiendo el legado de Andrés, quien siendo concejal de Morroa y estando vinculado a la ANUC consiguió el apoyo necesario para crear el acueducto y el colegio para el municipio.

En Sincelejo vivía donde unas amigas de la familia, adultas mayores con quienes tenía muy buena relación. Terminó noveno grado y Trinidad decidió sacar a Yojaira de estudiar, argumentando que esta actividad no le daba sustento económico, por lo tanto comenzó a estudiar en el instituto de costura Claudier, en Corozal. Cosía a su gusto y poco a poco fue teniendo sus clientes fijos, sin embargo, le parecía que la modistería era una esclavitud permanente, que la obligaba a quedarse en casa y esa idea no era atractiva para ella.

Cuando cumplió 18 años conoció a su esposo, Servio, el mono. Él tenía 33 años, la relación de pareja para Yojaira representó la oportunidad de salirse de su casa y dejar atrás las largas horas de trabajo, el noviazgo duró dos años. Al cumplir 20 años, nació Ángela Patricia, su hija mayor, y decidieron con el mono irse a vivir juntos; él se dedicaba al trabajo eléctrico y automotriz, y ella abrió un taller de modistería. Pasó el tiempo y a la familia llegaron dos niños más, Jesús Alberto y Ricardo Andrés.

Yojaira retomó su trabajo comunitario en el barrio donde vivía, que se llamaba los Manguitos, en Corozal; la primera vez que ejerció su derecho al voto fue para la Constitución de 1991. Regresó a estudiar y validó los cursos restantes del bachillerato en el marco de un programa para la reinserción de personas en situación de desmovilización de la CRS en Ovejas y Flor del Monte, que acompañaba la diócesis de Sincelejo, para la cual Yojaira trabajaba: «Fue muy bonito volver a estudiar, pues cuando se es mayor hay más voluntad, uno le coge más amor a lo que hace porque es un esfuerzo propio. Hice muchos sacrificios a nivel familiar, pues los fines de semana dejaba mis hijos con mi mamá y los volvía a ver hasta el lunes».

Continuó sus estudios, en ciencias políticas en la Universidad del Valle, a distancia hasta sexto semestre, pues se retiró de la carrera por los reclamos y poco apoyo de su esposo. Su trabajo en el barrio nunca lo abandonó, cada vez era más activo, y era conocida como María Teresa de Calcuta, porque ayudaba a todo el que necesitara.

Aprovechó la oferta educativa que ofrecía el SENA para estudiar cursos que le sirvieran para su gestión y liderazgo comunitario, trabajaba defendiendo los derechos especialmente de las mujeres, los niños y los animales: «Trabajé con la diócesis de Sincelejo en unos proyectos productivos y sociales con mujeres viudas y niños huérfanos de la guerra en Morroa, en la Villa de San Benito. También, caminé por todos los Montes de María trabajando con un proyecto del Centro Nacional de Memoria y Reconciliación, después trabajé con el Consejo Municipal de Desarrollo Rural y el Ministerio de Agricultura en un proyecto que lo ejecutaba la fundación Nuevo Arcoíris. En ese entonces estaba monseñor Beltrán, que fue uno de las personas involucradas en el proceso de desmovilización de la CRS en Flor del Monte, que empezó en el 98 pero se vuelve una realidad en el 2000».

En el marco de su liderazgo social, Yojaira fue varias veces interrumpida y retenida por grupos guerrilleros del frente 35 y 37 de las FARC, el comandante «Pata de Ñame», en algunas ocasiones, era el encargado de preguntarle por sus actividades y pedirle que le rindiera cuenta de todos sus pasos por la región.

La violencia y todo su terror habían llegado a la zona. Las masacres que en esa época se realizaron fueron en su mayoría perpetradas por los grupos paramilitares.

La guerrilla, que estaba en el territorio, conocía el trabajo adelantado por Yojaira, sin embargo, la retuvieron en muchas ocasiones junto con Víctor William Ramírez, ex alcalde de Morroa. Les molestaba que con su incidencia y trabajo social muchos jóvenes contemplaran otras alternativas de vida distintas a la guerra y las armas. El retén siempre era para la vía de la Villa, en la mañana y en la tarde, no era todos los días: «Trabajé todo lo que fue Montes de María por la parte de Morroa y a mí nunca me pararon, nos reuníamos en un caserío que se llamaba Monpa, en la vía del Tolima, Tolima es un caserío que pertenece a Morroa. Yo andaba toda esa zona con una amiga que era abogada, ella me acompañaba a hacer el trabajo y andaba uno a pie por todas esas montañas, porque el carro había que dejarlo en la vía, el trabajo que hacíamos era sobre derechos de los campesinos para la gestión de proyectos».

A Martín Caballero lo conoció tiempo atrás trabajando en Morroa, nunca le había mencionado directamente que no siguiera realizando su labor. Yojaira por su forma de ser iba a los lugares más recónditos y lejanos, aquellos lugares abandonados por el gobierno donde había otra ley y habitaba el miedo.

Su ímpetu y valentía la acompañaban y le daban fuerza para continuar, a pesar de los señalamientos de ser colaboradora de la guerrilla. Cuando su familia en Córdoba, Bolívar, fue desplazada, Yojaira fue a apoyarlos: «Una vez en el Carmen me retuvieron los paramilitares acusándome de ser de los Contreras, que eran guerrilleros, me dijeron que si volvía a ir por Córdoba, Bolívar, me mataban, logré que casi todos mis familiares salieran. Un familiar de nosotros no quiso salir porque él era indígena y él decía que a los indios no les hacían nada. Después lo encontramos en la orilla de un pozo, lo metieron en un saco, lo picaron y lo tiraron al río. Muertes como esa uno vio muchas por esa zona, fueron los hombres de Jorge 40 los responsables de lo que pasó. ¿Qué culpa tiene un campesino de que lleguen a su tierra guerrilleros con ganado, lo guarden y permanezcan en la finca amenazando y vulnerando a las personas?, ¿qué culpa tiene uno para que después lo vengán a acusar de colaborador de la guerrilla?».

En el 2000 se desplazaron los primeros familiares, los últimos salieron en el 2004. Algunos se fueron presintiendo el horror que iba a suceder; otros lo hicieron siguiendo una orden para salvar sus vidas. Llegaron a Corozal y se dedicaron al comercio informal, vendían bollos y ajonjolí, el cambio en las condiciones de vida los fue apagando poco a poco, algunos de los familiares de Yojaira murieron después de un año, el miedo y la nostalgia, dice ella, los devoraron.

Su familia ha sido objeto de varios hechos victimizantes, la guerrilla reclutó a un primo forzosamente cuando tenía seis años y a los doce años lo obligó a matar y ajusticiar a personas que conocía en su pueblo, una dinámica de guerra que hoy todavía, tiempo después de haberse desmovilizado, continúa retumbando en su cabeza.

El 26 de septiembre de 2004 fue la fecha en que Yojaira vivenció la guerra en cuerpo propio. Ese día era el cumpleaños de su hija, tenía una reunión de trabajo en San Rafael, caserío de Flor del Monte en Ovejas, Sucre, con un grupo de mujeres y líderes campesinos. Ángela al ser la homenajeadá se ganó automáticamente la posibilidad de acompañar a Yojaira, quien sabía lo mucho que le gustaba a ella asistir a reuniones y estar donde ella estaba.

A las tres de la tarde llegó un grupo de hombres armados conformado

por 20 personas, estaban vestidos de traje militar con fusiles y traían el brazalete de las FARC. Yojaira y Ángela fueron obligadas a entrar a una camioneta blanca con vidrios oscuros, su destino y lo que estaba sucediendo era desconocido. Anduvieron hora y media por carretera, después continuaron el camino a caballo, en este punto las separaron y ella fue agredida físicamente por querer irse con su hija. Eran las nueve de la noche cuando Yojaira llegó al campamento del frente 37. Allí había aproximadamente doscientas personas, todo el lugar estaba lleno de cambuches³⁹ y trincheras donde practicaban y se entrenaban militarmente; también había hornillas para cocinar y alimentarse.

Estando allí, le informaron que la habían traído porque Martín Caballero necesitaba hablar con ella. Yojaira, al no ser la primera vez que esto ocurría, pensó que nada doloroso le iba a suceder: «Él me dijo que ya estaba bueno de darme tantos avisos y que yo le había quitado dos jóvenes que él había reclutado de Flor del Monte, razón por la cual no iba a dejar que continuara trabajando, porque si él había llevado sus sobrinos, sus hijos y sus mujeres, cómo yo no iba a dejar que llevaran unos muchachos que no eran nada de él ni mío, para que entraran en las filas; yo le dije que si quería meter a su familia, que la metiera, pero que dejara de estar metiendo al que no quisiera, ni obligara a nadie. Me pegó un zapatazo y comenzó el maltrato».

Posteriormente, él la llevó a un sitio diferente, bastante lejos de las otras personas y la violentó sexualmente, la agredió verbalmente, diciéndole que ella se lo había buscado con su comportamiento y sus imprudencias, lo que le estaba pasando era un castigo por su labor comunitaria. Yojaira no podía dejar de pensar en Ángela, exigía verla y que no le hicieran daño. Caballero la torturaba emocionalmente, comentándole que le estaba haciendo a su hija cosas más dolorosas. Fueron tiempos de mucha incertidumbre, miedo y zozobra. Atrás había quedado la admiración que algún día sintió Yojaira por la causa revolucionaria en el campo. Al día siguiente, ella fue sometida nuevamente a una agresión sexual, esta vez fueron dos hombres, que siguieron las órdenes de Caballero.

39 «Vivienda precaria construida con materiales rústicos o de desechos. Puede ser una vivienda de paso, provisional, de construcción rápida o puede ser permanente, que es construida por personas de escasos recursos o personas que son desplazadas por los conflictos internos o externos de un país (...) La palabra Cambuche es utilizada como jerga informal para llamar así el sitio donde vive, donde se hospeda, donde duerme, donde pasa la noche o el día». (Definición tomada de Wikcionario, disponible en: <https://es.wiktionary.org/wiki/cambuche>)

Trascurrieron tres días de cautiverio donde cada momento era vivido como un infierno. Estuvo la mayor parte del tiempo amarrada y recibiendo golpes y ofensas. No se alimentó, solo bebía agua, su boca estaba muy lastimada y su cuerpo muy cansado y débil.

Después del maltrato físico y psicológico, la llevaron al pueblo, Ángela no estaba allí aún, a las dos horas la trajeron. Una señora les dio apoyo, ropa y les brindó su casa para que descansaran y se recuperaran.

Al otro día, regresaron a la casa, al llegar su familia ya había puesto la denuncia por desaparición. Por miedo, Yojaira le comentó a la policía que ella se encontraban donde una amiga y que no les había sucedido nada. Las amenazas hacia su hija y su familia surtieron efecto, ella no denunció las violaciones perpetradas. Ángela se fue a vivir a Cartagena donde una hermana.

Las afectaciones emocionales, psicológicas y físicas fueron profundas e impactaron de muchas maneras la vida de Yojaira: «Me colaboró la diócesis de Sincelejo, me prestaron atención psicológica y espiritual, sobre todo diciéndome que Dios estaba primero ante todo. Me acuerdo que monseñor me dijo que denunciara y yo siempre me rehusaba y decía que no, él me insistía mucho pero yo no me atrevía. Tuve deficiencias y complicaciones en la vejiga y la matriz, al principio tuve hemorragias y después se me fue el periodo, nunca más lo he vuelto a tener. Tuve una malformación en el intestino la cual con tratamiento médico he superado. Le conté a mi esposo lo sucedido, al principio fue duro, sobre todo para él, porque los hombres a veces creen que uno quiere que le hagan las cosas, luego, con el tiempo él lo aceptó. El deseo sexual disminuyó, nunca fue el mismo, trato de evitarlo al máximo».

Los días siguientes fueron de desespero y temor para Yojaira. No conciliaba el sueño y tenía pesadillas recurrentes. Con el pasar del tiempo y con el apoyo y fuerza de su familia decidió hacer de su experiencia una oportunidad para continuar con su vida: «Si uno tiene el deseo de salir adelante, no hay nadie que se lo quite. Tomé la decisión de no derrumbarme, hay muchas mujeres que han vivido situaciones parecidas y han logrado recuperarse, así que yo también puedo. ¿Quiénes son ellos para acabar conmigo?».

Los meses y años trascurrieron y Yojaira decidió empezar de nuevo, se organizó con otras mujeres de la región que habían vivenciado hechos victimizantes similares, para comenzar a defender sus derechos y visibilizar el impacto diferencial que tiene la guerra en sus cuerpos. Poco a poco el trabajo y liderazgo comunitario fue tomando un papel fundamental en su vida, estar

para otras mujeres se convirtió en su insignia, a tal punto, que en varias ocasiones dejaba sus intereses y necesidades para después.

En ese ritmo, a veces frenético, tuvo algunos infartos y quebrantos de salud, llegó a tomarse 32 pastillas diarias, hasta que un día decidió sentirse bien y reconocerse como una mujer que irradiaba bienestar: «Todo va en la creencia y la fe que tenga uno, andaba con el grupo de mujeres a las que estoy ayudando y les estoy sirviendo, yo me sentí sana, me despojé. Cuando uno está sin hacer nada le da mucha importancia a las cosas, pero cuando uno se ubica y tiene su mente enfocada en otras cosas de lo último que se acuerda es del dolor».

De Martín Caballero supo una vez más en el año 2004, cuando él se comunicó con ella comentándole que lo que le había sucedido no debió haber pasado porque ellos la necesitaban del lado del grupo, Yojaira le hizo saber que ella ya perdonó lo que le hicieron y que en su ser hay paz, la paz que también quiere para su país.

En el 2007 se enteró que lo mataron, ese día repitió en voz alta: «Dios mío señor, tú eres un Dios justo, no me alegro de que haya muerto, pero sí sé que hiciste justicia». Para el 2013, Yojaira denunció los hechos en una declaración masiva de mujeres víctimas de violencia sexual en Sincelejo, a pesar de que siempre les había colaborado a muchas mujeres nunca había mencionado algo de lo que le sucedió por miedo al señalamiento social.

En ese escenario de denuncia Yojaira conoció a muchas mujeres que también se vieron expuestas a experiencias de dolor y tortura en el marco del conflicto armado. Al reconocer que tenían muchas cosas en común, decidieron organizarse y legalizarse como grupo, tiempo después debido a diferencias internas ella decidió salirse y crear otro grupo de mujeres: «Empezamos primero 6 mujeres de Corozal y de ahí comenzamos a buscar otras, hasta que llegamos a tener 22 mujeres. Nos legalizamos y gracias a legalización que tenemos como organización hemos tenido mucho apoyo social, las Naciones Unidas y la Unión Europea reconocen nuestro trabajo y trayectoria. Tenemos dos años de legalización de la organización. Tomamos la decisión de escoger el nombre de Mujeres Valientes y Amorosas, porque fuimos muy valientes, pero no se nos perdió el amor, somos valientes y amorosas, esa es la consigna de Esfuérzate».

Las mujeres han sido fuerza entre ellas mismas, han reflexionado sobre el perdón y la reconciliación: «el perdón es algo importante, porque si uno no se perdona y ama a sí mismo, no puede amar a nadie que esté alrededor. Por

esa razón empecé a valorar lo que soy y con quien cuento, generalmente estoy pendiente del movimiento de cada una de las mujeres del grupo, he ayudado para que muchas se capaciten y participen de espacios de incidencia. En el grupo hay algunas mujeres que estuvieron en los grupos armados guerrilleros y siempre han sido bienvenidas, seguramente llegarán muchas más».

Actualmente Yojaira hace parte de la mesa de víctimas municipal de Corozal, desde allí ha invitado a otras mujeres a que se capaciten, estudien y continúen con sus vidas, puesto que si bien vivenciaron experiencias dolorosas y desgarradoras emocionalmente hablando, tienen todas las capacidades para reconstruir sus vidas y sueños: «Nos quitaron algo pero no nos quitaron la vida, ¿cuántas personas no lograron sobrevivir a esto? La esperanza sigue y mientras uno tenga vida, esperanza y voluntad, se sale adelante y es posible recuperarse».

Con respecto al proceso de negociación entre el gobierno y los integrantes de las FARC, Yojaira menciona que es una oportunidad de restaurar la unidad familiar puesto que muchas madres que tienen hijos desaparecidos van a poder reencontrarse con ellos, y por el simple hecho de volver a tocar y tener a los familiares cerca vale la pena continuar con las negociaciones y apostarle a una paz estable y duradera, que tenga como eje central la verdad y la memoria de lo sucedido en el conflicto armado: «Si uno quiere que llegue un proceso de paz, es importante que se digan las cosas como son y cuándo fueron. Los grupos armados deben pedir perdón a las víctimas y a la sociedad civil públicamente, para mí eso es más justicia que pagar una condena, a mí no me parece que la cárcel transforme a nadie. Cuando una persona toma la decisión de dejar un arma es porque ya está muy cargado, y algo ya los está tocando, si nosotros no les damos esa oportunidad quién más, la paz se construye día a día».

Hay días en que la melancolía y la soledad quieren asomarse pero Yojaira las espanta encendiendo luces y compartiendo con su nieta y su familia, su casa siempre ha estado llena de personas y recuerdos, y esto le da fuerzas, por algo años atrás la llamaban «la vecindad del chavo», pues cuando ocurrieron los desplazamientos y las personas comenzaron a llegar a Corozal, Yojaira ofreció su casa y su apoyo incondicional para quien la necesitara.

Yojaira con su sonrisa y tranquilidad se ha convertido en un referente de lucha, optimismo y esperanza para sí misma y para otras mujeres, el legado de Andrés sigue latiendo: «Hay personas que se quedan siendo víctimas toda la vida... uno ya no es víctima, uno es sobreviviente, ya nosotros somos sobrevivientes de la guerra».

MÁS VALIOSA QUE LAS PIEDRAS PRECIOSAS

«A pesar de todas las cosas que he vivido, he sabido brillar. Estoy de pie a pesar de las adversidades».

«Levántate y resplandece, eso es lo que yo he hecho, levantarme y resplandecer».

Liz

Liz^{40*} nació el 24 de enero de 1970 en Corozal, Sucre. Sus padres fueron Jorge* y Clemencia*. A la edad de 3 años ella y su familia se trasladaron del corregimiento del Mamón a Bremen, población que se encuentra ubicada entre Corozal y Sincelejo. Clemencia tuvo nueve hijos y dos hijos más, que crio como propios al interior de la familia; Liz fue una hija de las menores.

Su niñez fue tranquila, llena de juegos y aventuras, ya que existía la libertad de compartir con hermanos, primos y vecinos. Su casa de infancia era el hogar de sus primos también, quienes venían a estudiar a Bremen. Todos iban en grupo al colegio, hacían tareas y jugaban. Una gran familia que se acompañaba en todos los momentos. En las noches se reunían con los vecinos en la casa y jugaban a las escondidas, al «chivi chivi» y a la sortijita que se escondía en la mano.

Jorge se dedicaba a la agricultura, cultivaba yuca, maíz arroz, ñame y plátano, entre otros. Los niños de la casa también participaban de las prácticas de cultivo, como lo señala Liz: «Éramos felices porque como el arroz se siembra en bajos donde hay bastante agua, entonces uno era feliz porque jugábamos con el agua, se hacía recocha con toda esa muchachera».

Por ser una de las menores a Liz la protegieron y cuidaron mucho, no solo sus padres, sino también sus primos, quienes estaban pendientes de dónde iba y con quién estaba. «Me apechicharon mucho, entonces yo siempre fui como muy temerosa, aunque eso no evitó que corriera, jugara y me subiera en los

40 * Los nombres fueron cambiados para preservar la identidad de la mujer y su familia.

árboles de papaya y mango. Una vez convidé a un hermano a tumbar un panal de abejas y las abejas lo picaron», cuenta Liz con gracia y picardía. Clemencia, por su temperamento, era la que usualmente reprendía a Liz por ser inquieta y traviesa. Por su parte, Jorge era calmado, sereno y muy poco la regañaba.

De la comida de su infancia, Liz recuerda como la yuca, el suero, el queso, la ensalada de berenjena, el ají dulce y la mazamorra de arroz estaban presentes en su casa. Como criaban animales (gallina, pavo y cerdo), estos no podían faltar en la mesa.

Para las fiestas de fin de año, navidad y año nuevo se reunían con amigos y familiares. Jorge era un señor muy alegre y le gustaba mucho bailar porros. En Bremen ya tenía fama y reconocimiento por las fiestas a la virgen del Socorro que organizaba y por lo bien que bailaba los fandangos —una clase de porro—.

«—Los fandangos populares eran en la plaza del pueblo—, indica Liz —se colocaba la banda en una tarima en el centro y la gente iba bailando alrededor de la tarima llevando sus velas. Las mujeres como sabían que mi papá bailaba muy bien siempre querían tenerlo como parejo. Para el 24 de diciembre y fin de año se reunía con nosotros, decía feliz navidad a las doce en punto y detrás de él todo el mundo salía a saludar a los vecinos. Entonces éramos de casa en casa deseando la feliz navidad y el feliz año. Era muy bonito, esas costumbres se han perdido, después de que él murió para mí eso perdió significado—».

Liz terminó la primaria y a los 11 años se fue a estudiar a Corozal, al Liceo Carmelo López y Vergara, se radicó en la casa de un tío junto con su hermano. Liz se dedicó a estudiar y perdió primero de bachillerato, puesto que siempre a la llegada del colegio la esperaban pilas de ropa para lavar y oficio que hacer, le quedaba muy poco tiempo para hacer tareas. Ella le decía a su mamá la situación y ella le comentaba al papá: «Jorge, pero tú para que tienes esos pelados allá, si con eso que les mandas lo vendes y puedes pagarle los pasajes a esos muchachos».

Liz terminó ese año escolar y se fue a vivir donde una prima de sus padres, quienes tenían una panadería, razón por la cual era común acostarse tarde empacando el pan. Esa época para ella fue incómoda y poco grata puesto que, en la casa también vivía un sobrino del esposo de la prima, quien la manoseaba y la amenazaba, diciéndole que era Liz quien lo buscaba.

Al otro año, junto con sus hermanas, se fueron a vivir con otras primas que eran de Córdoba y vivían con su abuela en Corozal: «Ese año sí fue muy

bonito porque ya no teníamos la presión de la anterior casa, vivíamos mis primas, la abuelita de ellas, un nieto y otro primo de ellas, era muy rico. Hice séptimo súper bien».

Tiempo después, Liz se fue para Cartagena a estudiar y trabajar, tenía 13 años y quería ayudarle a su papá con los gastos y sostenerse ella sola: «Me vine para Cartagena donde mi hermano mayor, él se fue a trabajar lejos de casa y a mí me tocó hacerme cargo de mi cuñada que era minusválida, caminaba con muletas, era modista y yo le colaboraba. Me pagaba las quincenas, yo no podía trabajar fijo porque era menor de edad, entonces hay una cadena de almacenes donde trabajaba mi hermana, allí me ponían en un almacén un mes y en otro almacén otro mes, como en periodo de prueba para que no apareciera en el contrato y así duré todo ese tiempo trabajando allí».

Posteriormente, los papás de Liz se dan cuenta de que ella está asumiendo una responsabilidad muy grande al tener bajo su cuidado a su cuñada y le dicen que se vaya a vivir con su hermana, con quien se iban juntas para el trabajo. En el día trabajaba y por la noche estudiaba.

Cuando pagaban quincena los compañeros del trabajo convidaban a Liz a irse de rumba. Ella en algunas ocasiones aceptaba para poder bailar, no le gustaba tomar, ni los lugares donde hubiera una gran concentración de personas. Desde pequeña, con sus amigas de Bremen, organizaba bailes y coreografías donde «el negro», la persona encargada del quiosco⁴¹ en esa época. El rock, la salsa y el merengue era la música que acompañaban sus pasos.

Al recordar su adolescencia, Liz menciona cómo una vez en Cartagena el odontólogo, quien le estaba haciendo un tratamiento para arreglarle los dientes, abusaba de ella, tocándole su cuerpo, en ese tiempo no se lo comentó a nadie, ahora años después ella reconoce que fue una práctica de poder y abuso hacia ella.

Para los últimos años de bachillerato Liz regresó a Bremen, puesto que empezó a tener dolores de cabeza debido a las largas jornadas de trabajo y estudio junto a la alimentación desbalanceada. Los estudios médicos le dictaminaron debilidad cerebral y por eso regresó otra vez a Bremen a descansar y recuperarse. Terminó sus estudios en Sincelejo, donde trabajaba en la mañana en una casa de familia y por la tarde estudiaba. Su sueldo era de 4000 pesos. Nuevamente en este escenario es víctima de acoso sexual.

Hacia el año de 1990, Liz tuvo su primer novio formal, el personero de Morroa. La relación se terminó porque ella se reencontró con un amigo de su

41 Regionalismo para referirse a la discoteca o bar.

hermano que era árbitro y hacía campeonatos en Bremen. Un día de regreso a casa, en el colectivo se dieron el primer beso: «Nos enamoramos y yo dejé a mi novio por él. Después él se encaprichó con una muchacha y tuvo una hija, su pareja se enteró de que él tenía amores conmigo y lo amenazó, diciéndole que si no me dejaba me iba a apuñalar, entonces yo sufrí mucho, no habíamos terminado por una cosa bonita sino por toda la situación... hubo un gran amor».

Al papá de sus hijos, Ricardo*, lo conoció un día cerca de su trabajo cuando estaba terminando once grado. Él solía decirle que salieran y ella al principio se negaba. Una noche Liz no pudo entrar a su lugar de residencia porque estaba cerrado y él le dijo que mientras tanto fueran a su casa. Estando allá tuvieron relaciones sexuales, algo que Liz recuerda con confusión, asombro y tristeza: «Cuando yo me di cuenta ya estaba teniendo relaciones con él, era mi primera vez, allí quedé embarazada de mi primer hijo. Por miedo a mi papá y mi mamá me fui a vivir con él, dejé la casa y claro, seguí estudiando».

La convivencia con Ricardo fue complicada, los primeros seis meses estuvieron bien, después Liz se enteró de que él golpeaba a su ex esposa, tenía año y medio de estar separado y le dijo que no se dejaría maltratar: «Papi, cuando tú me vayas a pegar a mí, no se te ocurra oírte, porque si tú me pegas tienes que matarme, porque donde me pare de ahí te mato yo a ti».

A la mitad del embarazo empezaron los problemas y el maltrato, Liz tenía 20 años y Ricardo 34. Él le peleaba y la insultaba porque ella no quería tener relaciones sexuales. Un entorno de violencia que los vecinos identificaron y por el cual le decían a Liz que se fuera de la casa, ella por miedo a no tener para el sustento de sus hijos permanecía junto a Ricardo.

Mucho tiempo después, ella decidió finalmente viajar a Cartagena y su hermana mayor le dijo a su mamá que la dejara quedar en casa y que ella le ayudaba con el cuidado de su hijo, Clemencia se negó, conociendo la situación que estaba viviendo su hija. Liz se regresó para Sincelejo donde Ricardo y, la noche en la que llegó, fue forzada a tener relaciones sexuales, quedando embarazada de su segundo hijo. Como confidente contaba con una vecina, la mamá de un compañero de estudio de sus hijos, ella era como una hermana para Liz.

Transcurrió el tiempo y la vida con sus hijos. Una noche, Ricardo se emborrachó e intentó pegarle, Liz para defenderse tomó un machete viejo y oxidado que tenían en la casa y le reiteró que estaba dispuesta a defenderse. Forcejearon y finalmente Ricardo se acostó. Los niños fueron testigos de todo el suceso de violencia: «Busqué nuevamente a mi mamá, le dije mami pasó esto; ella nunca me apoyó, conmigo no fue muy cariñosa o amorosa, los hijos

varones sí eran su adoración, tengo esos recuerdos tristes de mi mamá, gracias a Dios, él ha sanado mi corazón, ella con lo que tuviera en la mano con lo que fuera nos pegaba».

Regresó donde Ricardo y tiempo después, el 10 de octubre del año 2000, le dio un derrame cerebral a su hijo menor de ocho años, quien comentó ese día tener un dolor de cabeza agudo. Liz le pidió a sus vecinas que oraran y se lo llevó para la clínica. Era la 1:00 p.m. Una vez llegaron allí los remitieron al Hospital Universitario de Sincelejo y de ahí al hospital de Barranquilla.

Estando en esa ciudad, varios funcionarios se negaron a atenderlo argumentando que no podían brindarle atención por la EPS que tenían, Comcaja. Uno de los doctores, al enterarse que tenían Comcaja, le dijo a Liz: «—Ay hija, ¡tener Comcaja es tener con nada!—».

Al cabo de unos días de permanecer allá y no recibir la atención adecuada e idónea comenzó una batalla jurídica con la EPS para que le realizaran la cirugía a su hijo. Fueron cuatro meses de trámites en Barranquilla, en donde Liz en un principio estuvo sola y después contó con el apoyo de unas amigas de la familia que vinieron de Bremen y la acompañaron en todo ese proceso. Por su parte, Ricardo se quedó viviendo en Sincelejo y le mandaba lo que ella necesitara.

Para la primera cirugía, Liz tuvo una visión, mientras oraba la noche anterior, se iluminó una esquina con una luz blanca resplandeciente que abarcaba todo el cuarto, en medio de esta luz vio unas manos que tomaron a su hijo y lo alzaron, en ese momento ella se desmayó y ahí supo que su hijo estaba en las manos de Dios. Esta experiencia le dio la tranquilidad y serenidad para esperar al otro día la cirugía que le iban a hacer a su hijo.

Al día siguiente el anestesiólogo salió al finalizar la cirugía a dar la buena noticia, la intervención había sido un éxito. Liz recuerda como si fuera ayer la expresión del médico: « ¡Ah, Dios mío! ¡Ese pelado se está moviendo! ¡Mire a ese pelado le abrimos el cerebro en dos partes, es un milagro que haya recuperado la movilidad de su cuerpo!».

Duraron un mes más en Barranquilla después de la cirugía para garantizar la recuperación completa de su hijo. Luego viajaron a Cartagena donde la hermana mayor de Liz y el 15 de diciembre de 2002 le hicieron la segunda cirugía. En total le realizaron cuatro intervenciones.

El 25 de septiembre de 2005, Liz se fue a visitar a unos familiares al corregimiento de Córdoba, en el departamento de Bolívar, por la muerte de un tío que vivía allí. Después del novenario se fueron para la finca y con el caer de

la tarde llegaron 20 hombres armados diciendo que necesitaban cinco vacas.

Ya para esa época el pueblo estaba siendo intimidado por los grupos paramilitares y por los grupos guerrilleros. La sociedad civil era víctima de señalamientos, como lo afirma Liz: «Si uno le daba un vaso de agua a alguno de ellos, decían que uno estaba colaborando con ese grupo, eso era horrible, pero como ajá, como yo quería conocer, me fui para allá».

Era la primera vez que Liz iba a la finca de su tío, la parcela era grande, extensiones de tierra que pertenecían a su familia y los habían visto crecer. Esa tarde con la llegada del grupo armado Liz y su tía fueron separadas de los otros miembros familiares, dos hombres se fueron con ellas, los otros se quedaron vigilando y saqueando la finca.

«Íbamos con mi tía, pero ella se desmayó y la dejaron ahí tirada, a mí sí me raptaron pal' monte, y me cortaron la ropa con un cuchillo, me pateaban, me cogían los senos. Entonces uno le decía al otro, comandante dale por delante, dale por detrás, eso era horrible, y no conforme con eso me golpeaban y me maltrataban. Me agredió uno, quien también me forzó a tener sexo oral y anal, el otro miraba y lo animaba a que me siguiera haciendo daño. Gracias a Dios a ellos los llamaron, que ya está listo, que nos tenemos que ir les dijeron, entonces ellos estaban como tomados y me dejaron a mí, allí».

En ese tiempo, el territorio lo comandaban las FARC en cabeza de Martín Caballero, aunque también había un grupo de los paramilitares de Jorge 40, que hacían presencia en la región. Los hombres que llegaron a la finca de los familiares de Liz vestían de camuflado y con botas de cuero con cordones, tenían pasamontañas y fusiles. Durante los hechos de violencia golpeaban a Liz con las botas, los fusiles y con la mano, dándole cachetadas, mencionándole que para eso estaban las mujeres y que se lo merecían.

De esos hechos victimizantes a Liz le quedaron secuelas físicas y psicológicas, le dolía mucho ir al baño, constantemente recordaba lo sucedido y le costaba bastante conciliar el sueño, cuando lo lograba frecuentemente tenía pesadillas. Todos estos años han constituido para ella un proceso de recuperación emocional y psicológica, en el que ha contado con el apoyo y acompañamiento de diferentes profesionales en el área de la salud mental.

A raíz de los hechos se separó del papá de sus hijos, quien no sabía lo que le había sucedido. Su tía y ella eran las únicas personas que conocían lo ocurrido esa tarde, guardaron silencio por miedo a las amenazas, como lo señala Liz: «Ellos decían que si uno hablaba algo, iban y mataban a la familia, entonces yo no me atreví».

Tiempo después otro dolor llega a su vida, su hermana con quien vivió en Cartagena muere arrollada por una tractomula, suceso que se suma a las afectaciones emocionales que ya venía presentando Liz tanto por el estado de salud de su hijo, como por los hechos violentos vividos.

En ese momento Liz tenía un conocido de su paso por Cartagena, quien al saber lo sucedido con su hermana le brindó ayuda trasportándola todos los días al trabajo y a la casa. Una noche el señor la fuerza a tener relaciones sexuales, Liz recuerda lo vivido tiempo atrás, otra vez estaba siendo víctima de hechos violentos. No denunció y perdió el contacto con el señor, nunca más volvió a saber de él.

En diciembre de 2006, se trasladó a Cali para continuar con el proceso de atención en salud para su hijo, pues era necesario hacerle más cirugías y procesos de radiación. Liz no conocía Cali, era una ciudad grande que la intimidaba y la atemorizaba, una vez más se refugió en la oración.

Estando allá, contó con el apoyo del médico neurocirujano que atendió a su hijo y con la mamá de una compañera de estudio de su hijo en Sincelejo que estaba viviendo en Cali, es allí donde se quedaron durante un mes, mientras se adaptaban a la nueva vida.

Posteriormente, se radicaron en el barrio el Poblado, sector que se caracterizaba por tener enfrentamientos entre pandillas, Liz comenta que parecía el medio oeste: «bala para aquí, bala para allá».

Con el pasar de los días consiguió trabajo en una fábrica de pantalones en la que se ganaba veinte mil pesos diarios y su hijo siguió con sus estudios. Liz oraba constantemente a Dios para que sacara a Ricardo de su casa, ella no quería permanecer más con él y vio en su estadía en Cali una oportunidad para alejarse de su pareja. Su hijo se daba cuenta y le decía: «Pero si tú le oras a Dios para que aparte a papi de ti, ya te apartó de él trayéndote acá, tú que vas a hacer para allá con él, seguir teniendo mala vida».

Estas palabras, junto con la oración y visiones que Liz tuvo, fueron la motivación y fuerza para terminar su relación con Ricardo. No regresó a Sincelejo, se quedó viviendo en Cali junto con su hijo.

Después, cuando su hijo estaba cursando once grado se fueron a vivir a Mojica, en el distrito de Aguablanca. Allí Liz trabaja en un taller de confecciones con horarios de trabajos largos y extenuantes: «Me tocó muy duro, me tocaba levantarme a las 4:30 a.m., a hacer desayuno y almuerzo, porque yo salía faltando cinco para las 6:00 a.m., para llegar faltando cinco para las 7:00a.m., porque yo vivía en Mojica y eso se demoraba una hora la

busetas, entonces me tocaba madrugar durísimo».

Así pasaron los meses en Cali, su hijo se graduó de bachillerato con honores, por obtener el mejor puntaje del Icfes en el colegio. Así que se fue a pasar vacaciones a Corozal, su tierra, y decidió quedarse allí. En ese tiempo, otra mala noticia llegó a la vida de Liz y su familia, su hermano, por quien le puso el nombre a su hijo, murió en un accidente de tránsito, una camioneta lo atropelló. Nuevamente la muerte en la carretera encuentra a un familiar suyo, ya era la tercera vez, su papá en 1994 fue arrollado por un carro, su hermana por una tractomula y ahora su hermano moría en un accidente: «Fue muy duro para mí la muerte de mi hermano, todas le decíamos manito, yo era muy unida a él. La noche de su velorio nos pasó de todo, yo llorando a mi hermano y el bus cuando veníamos llegando a Medellín no pudo seguir, pues una mula se accidentó y quedó atravesada en la carretera, entonces sólo pasaron los carros pequeños, se nos apagaron los celulares después tocó devolvernos por Río Sucio y llegamos a Medellín y no había carro para Sincelejo barato, cobraban muy caro. Finalmente, un señor aparece y nos lleva por poco dinero, fue un ángel. Estuve quince días con mi mamá en la casa y luego me regresé a Cali».

En Cali, su hijo mayor le reclamó por su ausencia y tiempo que estuvo lejos. Pasaron muchos años en donde estuvieron separados. Liz, con el propósito de dedicarse a la recuperación de su hijo menor, dejó a su hijo mayor al cuidado de Ricardo, quien constantemente mencionaba la ida de Liz como un abandono. Liz al regresar a Corozal, por la muerte de su hermano, le explicó lo sucedido y la importancia de su presencia y apoyo para su hermano en su recuperación física y emocional. Su hijo comprendió lo que estaba pasando con su hermano y el motivo por el cual era la separación, sabiendo que no era que Liz no quería. Poco a poco la distancia se fue acortando y retomaron la relación madre e hijo.

Liz siguió su vida en Cali pero su mamá siempre le insistía que se fuera a vivir a Cartagena o Barranquilla para estar más cerca de ella, razón por la cual Liz viajó a Corozal y estuvo dos meses acompañando a su mamá. Dentro de sus planes estaba regresar a Cali, pero nunca más volvió, puesto que su hijo tenía controles y citas médicas de seguimiento en Cartagena. Paralelamente, su hijo estudió programación de software en el Sena y con el apoyo de los médicos y enfermeras comenzó a trabajar en Coosalud.

Con el propósito de trabajar en Cartagena, Liz trae sus máquinas de Bremen y comienza a coser en la casa de su cuñado, en donde le va muy bien

y poco a poco se hace su clientela, quienes reconocen su talento y creatividad. Habían transcurrido dos años de estar en Cartagena, cuando en una visita a su mamá, en Corozal, su hijo menor conoce a quien sería su pareja y decide quedarse con ella allá.

Liz lo sigue apoyando con el estudio y se va a vivir en el 2014 con Clemencia a Bremen, para cuidarla y acompañarla a sus citas médicas, pues desde que murió su hermano, ella se radicó en la parcela: «Mi madre es mi campeona, mi ejemplo, pues ha sido una mujer fuerte, ha soportado la muerte de mi papá, de mi hermana y después de mi hermano, que eran personas tan llenas de amor y cariño. Fueron pérdidas muy duras, esos tres entierros son los entierros más gigantescos de personas que yo he visto».

En el año 2013, Liz junto con otras mujeres declaró los hechos de violencia sexual en una jornada que hicieron en el Centro Recreacional los Campanos en Sincelejo, donde estaba presente la Fiscalía y la Procuraduría. La experiencia de declarar fue difícil y dolorosa para ella, puesto que era la primera vez que Liz hablaba de los hechos. La fiscal y la procuradora que le tomaron su testimonio, a diferencia de otras funcionarias, no la revictimizaron ni la humillaron, lo que permitió que Liz se sintiera escuchada y comprendida. Sin embargo había afectaciones emocionales que volvió a re-experimentar a propósito de la declaración, lo que la llevó a comenzar un proceso de acompañamiento psicosocial con Fabián Oliva, el psicólogo de la Unidad de Víctimas.

Esfuérzate es un grupo de mujeres víctimas de violencia sexual en Sucre, en cabeza de Yojaira Pérez, hermana de Liz, quien también fue víctima de hechos de violencia en el marco del conflicto armado:

«Empezamos cuando nosotras vinimos a Bogotá a la conmemoración de los tres años de la Ley de víctimas en el 2014, hablamos con la doctora Paula Gaviria y le trajimos buenas ideas para las víctimas, ella al ver que nosotras teníamos tan buenas propuestas, dijo que por qué no nos organizábamos, ella fue la que nos dio la idea. Así que cuando regresamos a Corozal, ya llevábamos las pilas puestas para poder defender a las otras mujeres, nos organizamos cinco mujeres y empezamos Esfuérzate».

Ese año decidieron formalizar su organización en Corozal al darse cuenta que existían muchas mujeres, incluso familiares de ellas, que habían sido victimizadas por violencia sexual o por desplazamiento forzado de los departamentos de Bolívar y Sucre. Muchas de estas mujeres no habían declarado antes por el miedo y la desinformación. Ahora el grupo hace parte

de la mesa municipal y trabaja en alianza con otros colectivos y organizaciones locales y nacionales.

Dentro de los proyectos de la organización está la escuela de mujeres de construcción de paz, que está conformada por diez mujeres de Esfuézzate, quienes se encargan de movilizar reflexiones y conversaciones entorno a la construcción de paz en la cotidianidad. Esfuézzate es una organización reconocida en Sucre y en otros departamentos por el trabajo comunitario y de acompañamiento a mujeres.

Actualmente Liz tiene una relación con Nicolás*, un amigo de la infancia de Corozal, a quien conoció a la edad de 12 años, amigo de la familia y con quien se reencontró años después en Sincelejo. Retomaron contacto y él comenzó a visitarla y a acercarse a sus hijos, con quienes construyó una relación de cercanía y confianza: «Nicolás ha sido de mucha ayuda para mi vida y me ha traído muchas alegrías, no nos vemos muy seguido pero hablamos todos los días, él está muy pendiente de mí, de cómo me siento, si estoy enferma está orando para que el señor me sane. Hasta ahora, este año, es que yo vine a poder tener una relación plena y satisfactoria con alguien».

Liz ha encontrado la fuerza para continuar con su vida en la oración y su creencia en Dios, aspectos fundamentales para afrontar los momentos de angustia y dolor extremo: «Cuando yo estaba en Cali, que no me quería levantar, yo decía: —señor renueva mis fuerzas como las del Búfalo—, y me levantaba así, muy agradecida de Dios, porque yo era muy cobarde y con lo que me tocó vivir, con mi hijo aprendí a ser valiente. Me di cuenta de que tenía la fuerza para poder salir adelante».

Hoy Liz es una mujer que reconoce lo valiente que ha sido para afrontar todas las situaciones de dolor que vivió. La felicidad de tener consigo a sus hijos y sus nietos la embarga y le da fuerza. En el recuerdo quedó el secuestro y explotación laboral de su hermano, el asesinato, tortura y desaparición de su primo, la violencia sexual de ella y de muchas mujeres de su familia, el desplazamiento de sus tíos y el despojo de tierras de toda su familia; sucesos que han cambiado la vida de todos.

Su sonrisa y alegría por la vida siguen intactas. Su familia es fuente de orgullo y motivación que la alienta a continuar.

EL AMOR COMO ESTRATEGIA DE SUPERVIVENCIA

«Mis hijas, como le digo, mis hijas, han sido mi motor».

Alexa

Alexa^{42*} nació en Corozal, departamento de Sucre, el 10 de junio de 1975. Es hija de Trinidad* y de Tiberio*, quien ya falleció. Con su madre biológica vivió tres meses, porque ella la dejó con su abuela materna, a quien reconoce como su madre. Esta situación la vivió Alexa como de abandono porque su mamá biológica viajó a otro país y nunca sintió afecto ni apoyo de ella. Por eso, para Alexa las cosas materiales no tienen suficiente valor, sino que es más importante el cariño y afecto de las relaciones familiares.

Alexa es la única hija común de sus padres, pero tiene ocho hermanos, tres por su papá y cinco por su mamá. Con estos últimos la relación es reciente y aunque no es muy buena, es cordial. Sin embargo, Alexa considera que sus verdaderos hermanos son sus tíos, con quienes compartió la mayor parte de su vida.

A pesar de esta estrecha relación, cuando Alexa tenía cinco años, uno de sus tíos abusó sexualmente de ella. En ese momento de su vida, ella no comprendía bien el significado de esas acciones. Sin embargo, cuando su bisabuela notó lo que estaba ocurriendo, decidió castigarla y culparla por las agresiones de su tío.

En la vida de Alexa, el trabajo siempre ha sido un valor a resaltar, ella relata que con su familia siempre fueron trabajadores. Desde niños su mamá los ponía con unos baldes pequeños a cargar piedra, arena y a cortar madera. Cuando llegaba la cosecha de algodón salían a trabajarlo. Su mamá vendía comida y avena a los trabajadores. Las jornadas de trabajo eran extenuantes, terminaban a las seis de la tarde y regresaban nuevamente a las tres de la mañana.

Cuando Alexa cumplió nueve años, la familia la envió a trabajar como

empleada doméstica y niñera. Sin embargo, no duró mucho en esta labor, pues su empleadora la maltrataba constantemente. Posteriormente, retomó el colegio pero no terminó bachillerato, porque cuando estaba cursando sexto su padre falleció, lo que le impidió seguir con su educación.

A los quince años, Alexa conoció a su mamá biológica de Corozal y se fue a vivir con ella a Sincelejo, junto con su padrastro y sus cinco hermanastros. Alexa no vivió esta experiencia como la recuperación del tiempo perdido, al contrario, percibió que su mamá había querido vivir con ella para que le ayudara con las labores del hogar. Así transcurrieron los días, hasta que un día por desobedecer una orden que Alexa consideraba ilógica, su padrastro la agredió físicamente. Esto generó que ella se fuera de su casa y regresara a la de su abuela, para que la protegiera de la violencia que estaba viviendo.

A los dieciocho años Alexa viajó a Bogotá para trabajar como empleada doméstica. La experiencia en esta ciudad fue de difícil pues extrañaba su familia y su vida en la costa. El calor de Corozal la hacía soñar con su pronto regreso. En 1997 regresa a Corozal y conoce a Ramiro*, quien sería el padre de sus hijas. Luego de entablar una relación sentimental y quedar embarazada, Alexa y su compañero se trasladan a Aguazul, Casanare, lugar en donde trabajaba Ramiro. En ese municipio, Alexa sobrellevó su embarazo, con el que debió tener varios cuidados médicos por ser diagnosticado como de alto riesgo. Con el tiempo, decidió viajar a Corozal para dar a luz y un año después regresó a vivir con su compañero a Aguazul.

Para el año 2000 Alexa quedó nuevamente en embarazo. En ese momento deciden con su compañero regresar a Corozal, donde alumbró a su segunda hija. Otra vida femenina que llega a acompañar los días de Alexa.

Ese año el abuelo de Ramiro vio la difícil situación económica en la que se encontraba la pareja y les ofreció cuidar una parcela en el corregimiento Tumbatoro de Morroa, Sucre.

A pesar de que Alexa sentía temor porque había escuchado rumores de que el sector en el que estaba ubicada la parcela era «zona roja», ella y su familia arribaron al lugar, que estaba ubicado a cierta distancia de la carretera veredal: «Llegamos allá porque nosotros no teníamos donde vivir, entonces esa casita era para que nosotros trabajáramos la tierra, tuviéramos donde dormir y tuviéramos con qué alimentarnos, porque en general, allá es más que todo los cultivos de yuca, el ñame, el fríjol, la berenjena... En fin, cultivos que son del campo y con eso uno sobrevive».

El 23 de agosto del año 2000, luego de sumar cuatro meses viviendo en la parcela, sobre las once de la noche, alrededor de diez hombres vestidos de camuflado, con pasamontañas, fuertemente armados y sin identificación, entre los que se encontraba una mujer, tumbaron la puerta de su casa e ingresaron a la fuerza en la vivienda. Una vez allí, a Alexa y a su esposo los encañonaron y los obligaron a entrar a una de las habitaciones de la casa. En ese lugar empezaron a hacerles preguntas y a golpear al compañero de Alexa. Las preguntas estaban enfocadas en averiguar sobre las razones por las cuales habían decidido llegar a vivir al lugar y si eran informantes o colaboradores de la guerrilla, a lo cual ellos respondieron negativamente.

Estos hombres armados pertenecientes a grupos paramilitares amarraron al compañero de Alexa, mientras que a ella empezaron a desgarrarle su ropa y a golpearle su rostro en repetidas ocasiones, a la par que la insultaban, diciéndole que era «una perra y una zorra».

Tres hombres la accedieron carnalmente en presencia de su compañero y de sus dos hijas de cuatro años y seis meses de edad. Cuando terminaron de agredirla, uno de los perpetradores tomó a la hija mayor de Alexa con la intención de agredirla sexualmente, sin embargo, la mujer que pertenecía al grupo y quien al parecer ostentaba el mando impidió esta acción, diciendo: «—¡No, con las niñas no!—».

En el momento de la agresión, Alexa estaba mayormente preocupada porque a sus hijas no les fuera a ocurrir nada: «Pese a que esos señores me estaban ultrajando, me pegaban y a mi compañero también lo estaban maltratando, yo me aferraba más que todo a mis hijas, que no me les pasara nada y gracias a Dios así fue...».

Sin embargo, la misma mujer que impidió que agredieran a sus hijas, les dio la orden de irse del lugar en el plazo de veinticuatro horas. Esa noche, la incursión armada no sólo llegó a la casa de Alexa, sino a otras familias en las que incluso se perpetraron varios homicidios e incendiaron viviendas. Hasta ese día, Alexa y su familia no habían sufrido los vejámenes del conflicto armado, nunca les habían amenazado, ni violentado actores armados.

Durante la noche Alexa ni su compañero durmieron, se dedicaron a recoger las cosas que tenían. Alexa se bañó y cambió de ropa, escogió una blusa larga, intentando cubrir los moretones de su cuerpo. Al día siguiente se desplazaron forzosamente del lugar, al igual que muchos otros habitantes de la región. Alexa y su familia llegaron a la casa materna de ella, allí no contó nada de lo sucedido. A pesar de estar llorando, su abuela creyó en ese momento y así

lo piensa hasta el día de hoy, que las agresiones visibles en el cuerpo de Alexa se debieron a violencia por su pareja.

Los hechos de violencia sexual que sufrió Alexa desencadenaron una crisis con su pareja, discutían constantemente. Alexa se sentía culpable de lo ocurrido por haber decidido irse a vivir allá, aunque ella supiera que no podía prever lo que pasó. Por su parte, lidiaba con las discusiones de su compañero, porque «yo no permitía que me tocara o que me mirara, pues me acordaba de muchas cosas enseguida y no quería ningún contacto, entonces, era discutir y discutir, que a veces mi mamá decía bueno y qué tanto discuten ustedes, si no quieren vivir más, no vivan. Le dije: —sí, yo no quiero vivir más con él—, él se fue, no me giraba un peso, no sabía nada de él nada hasta que volvió a Corozal».

Después de la separación con su pareja, Alexa se radicó definitivamente en Corozal y allí se dedicó a trabajar arduamente para conseguir el dinero necesario que cubría los gastos de sus hijas. De hecho, concentrarse en el trabajo fue un mecanismo que empleó Alexa para superar paulatinamente los impactos de la violencia que vivió.

En el año 2010, Alexa declaró los hechos de violencia sexual que vivió en la Personería de Corozal, donde le comunicaron que no era necesario hacer la denuncia en la Fiscalía.

Luego de declarar los hechos, en el año 2015 Alexa se integra al grupo Esfuérzate, donde considera que se ha fortalecido su proyecto de vida, pues ha encontrado acompañamiento en otras mujeres que vivieron experiencias similares a las suyas. Alexa relata que «vivía sin sosiego, a todo le tenía temor, incluso yo no dejaba que nadie me tocara, cuando a mí me tocaban yo me sentía con temor, y sí desde que estoy empezando a comentar lo que viví ya me siento un poco más libre, un poco mejor. Incluso ahora pude aceptar otra relación que no quería anteriormente. Así mismo, el trabajo organizativo del grupo ha generado oportunidades con proyectos productivos».

Con relación a su salud sexual, reproductiva, emocional y mental, Alexa comenta que «hasta el momento no me han detectado nada malo y espero no suceda. He superado eso poco a poco y ahí vamos, de vez en cuando, cuando llueve es que me paraliza un poquito», porque los hechos ocurrieron mientras llovía.

Actualmente Alexa tiene una nueva pareja, con quien ha reanudado su proyecto de vida y comparte su vivienda y los gastos de la manutención de la familia. Alexa considera que su actual pareja es un apoyo para ella y sus

hijas. Son justamente ellas, quienes la han impulsado a salir adelante: «Mis hijas, como le digo, mis hijas han sido el motor, el sacarlas a ellas adelante y el que ellas no sientan el rechazo de una madre como lo sentí yo, me motiva a continuar».

Alexa con sus manos prodigiosas y que cocinan platos deliciosos sigue caminando la vida y desafiando el dolor.

ANA, LA VALIENTE

«Elijo no seguir dándole todo el poder de la vida a lo doloroso, al miedo y al silencio, hoy elijo la vida, con gente valiente que como yo seguirá andando, con esas historias que nos hacen fuerte a todas, reconociendo los derechos que tenemos y la valentía de poder contar y denunciar lo que nos pasó».

Ana

Al parecer siempre tenemos algo de esa tierra donde nacimos, como un sello característico de nuestra vida, este es el caso de Ana^{43*}, cálida como esas tierras que la vieron nacer en Sincelejo, el 22 de agosto de 1980. Ella fue la sexta hija del matrimonio de sus padres y vivió una infancia tranquila con sus hermanos, entre juegos, animales y diversión. Los recuerdos que evocan esa etapa de su vida están trazados por la calma y la serenidad. Entre curiosidades y alegrías, Ana narra su historia.

En esas curiosidades de la vida, como ella las nombra, está el hecho de tener tres hermanos más que fueron fruto del encuentro de su padre con otra mujer y que sin ella saberlo cursó junto a ellos la guardería. Ella no tenía conocimiento de su lazo de hermandad y con peleas y juegos de niños discutían por quién era su padre. Ana compartió con sus hermanos sin saber que eran familia.

Fue hasta los doce años que se enteró de que aquellos niños de la guardería eran sus hermanos: «A mi hermano el mayor, le contó mi abuela, él le preguntaba mucho: —¿esos muchachitos que van a tu casa quiénes son?—, ella no le respondía, no decía nada. Pero un día cuando él ya estaba grande, se dio cuenta de qué era lo que pasaba. Entonces le preguntó a mi mamá y le dijo que nosotros teníamos que conocernos porque habían pasado historias donde se enamoraba un hermano con otro sin saber que eran hermanos y como éramos tres casi de la misma edad podía pasar eso, entonces nos reunieron y nos contaron. Fue muy curioso».

Sin embargo, a pesar de saber que tenía tres hermanos más, Ana no pudo entablar tranquilamente esa relación de hermandad, pues su madre quien expresaba su dolor por la traición del padre con maltratos y rabia hacia sus hijos, no dejaba que se vieran y se molestaba o reaccionaba violentamente cuando esto pasaba.

En cambio, con sus otros hermanos, Ana recuerda una bonita relación, sobre todo con Mateo*, con quien compartió complicidad y juegos, al llevarse pocos años con él; es con quien más siente un vínculo cercano.

Fue así como ella entre juegos, hermandad, amor paterno y sus seis mascotas caninas, recuerda una infancia tranquila, a pesar del carácter de su madre quien era poco amorosa y un tanto agresiva, emoción que significa para Ana un resultado de todo lo malo que le pudo haber pasado a su madre durante la vida. Sin tomárselo como algo personal, ella reconoce que tal vez a su mamá el dolor de la traición de su padre y los posibles malos tratos o violencias recibidos durante la infancia vivida con sus papás en Sampedra, pudo volverla una mujer distante y fría con sus hijos.

Al parecer, la distancia materna no afectó profundamente a Ana, pues el amor y el cariño de su padre compensaban lo que pasaba con su madre. Él siempre estaba presente, era un apasionado del juego del parqués, de la pintura, de compartir y cuidar a sus hijos. Entre ese amor y admiración al padre creció, descubrió su gusto por el estudio, sin embargo, a sus quince años esta sensación de seguridad fue aniquilada por un derrame cerebral que acabó con la vida de su papá: «Él muere a los 51 años, fue duro, murió en 1995, nos dio duro a todos. Él tardó cinco días hospitalizado en Cartagena y murió, después de eso la vida empezó a cambiar».

Su hermano ingresó a La Policía y fue enviado a Urabá al grupo de contraguerrilla, dos meses más tarde al graduarse del colegio, Ana se trasladó a esa región del país. Allí empezó su vida laboral en la tienda de ropa de su tía, quien dotaba de uniformes a los miembros del Ejército de Carepa, tiempo después su madre también se asentó en Apartadó, ciudad donde empezaron a vivir y a trabajar. Sin embargo, su madre se enfermó y debió ser operada de urgencia, para lo que requirió cuidados especiales, razón por la cual volvieron a Corozal para poder recibir el tratamiento adecuado.

En Corozal, Ana a sus 18 años inicia nuevamente su vida académica, empezó a estudiar enfermería. En esa nueva vida, inició amistades, una de ellas de Bremen, un pueblo cercano, lugar en el que empezó a trabajar y vio por primera vez a quien sería el padre de sus hijos, Leonardo*.

Ana no acostumbraba a asistir a los famosos quioscos del pueblo en donde el baile y la fiesta estaban presentes, ella iba a trabajar, pero en este ir y venir inició una amistad con Leonardo, con quien se comunicaban por medio de notas que le enviaba al instituto: «Las notas llegaban allá al instituto y primero las leían todas mis compañeras del salón, luego me las entregaban a mí, así empezamos nuestra amistad y duramos siete meses. A él le decían: El perro de Bremen. A mi mamá no le gustaba que yo fuera novia de él, ella quería que yo me metiera con un señor de Apartadó que tenía dinero, él se llamaba Ricardo, entonces yo peleaba con ella por eso, yo no quería nada con ese señor, además me doblaba la edad, pero a mi mamá no le importaba eso, a él si no lo trataba mal. Mi abuela murió brava con ella por esa cuestión, porque mi abuela le decía: ¡No señora, ella se va a meter con él que a ella quiera, porque usted no le va a imponer nada! Entonces mi mamá me maltrataba, un día yo le dije: —¡Si le gusta tanto pues métase usted con él!—. Me pegó bien feo en la cara, me alcanzó a arañar la cara, pero incluso así yo no accedí, no quería nada con ese señor».

Con esta presión debió vivir Ana por un tiempo, su tía y su madre le insistían constantemente que sería bueno que entablara una relación con este hombre, sin embargo, ella no quería. Pero la creencia que tenía este hombre de que el dinero lo hacía acreedor del cuerpo de Ana, empezó a forjar un camino que establecería el escenario para la violación sexual de quien sería su víctima.

Un día en Apartadó, ella regresó de visita, su tía le pidió que fuera al local, pero nunca le dijo que ella no estaría, no le dio indicaciones, como usualmente lo hacía, simplemente le dio las llaves y la envió sola, allí Ana pasó el día, un poco sorprendida porque su tía no le había informado que viajaría al Chocó y que no estaría con ella en el local. Sin embargo, Ana asumió la responsabilidad y permaneció allí. Como era costumbre este hombre, respetado y querido por su madre y su tía, le envió el almuerzo, sin saberlo ella recibió en esos alimentos un estimulante para ganado, que permitió a este hombre abusar de ella. La drogó y se la llevó del local viajando 45 minutos en su camioneta; este hombre la transportó a un bar de su propiedad llamado La Colonia y posteriormente a un motel en donde abusó sexualmente de ella.

Ana, por el efecto de la droga que le fue suministrada, no recuerda claramente lo ocurrido, solo sabe que al despertar después de una noche confusa, sin recuerdos, Ricardo estaba a su lado: «Yo me desperté, estaba en un motel con él, cuando me desperté le pregunté: —¿qué había pasado?—. Y me respondió: —Lo hice para que usted sea mi mujer y se quede conmigo, ya

no tiene más opciones, ¡debe ser mi mujer!—. Yo me levanté y me fui, me sentí muy mal, tenía mucha rabia. Al ir reconstruyendo lo que había pasado, a mí se me metió que mi tía se había prestado para eso o mi mamá, ellas sabían lo que este señor quería hacerme, para así obligarme a estar con él y que fuera mi única opción, pues se creía que como ya había estado con él, pues me tocaba estar eternamente con él. Tenía mucha rabia e intenté cortarme las venas, ahí llegó mi prima y me preguntó qué había pasado, yo le dije lo que había sucedido y me llevaron al médico, luego llamaron a mi hermano, él llegó a donde yo estaba y me llevó al hospital».

Entre el dolor y la rabia por lo que había pasado, Ana cuenta lo ocurrido, se enteró que este hombre le dio un estimulante para ganado, sin embargo, ella tuvo que enfrentarse al machismo y al señalamiento de su familia con este hombre, porque nadie la apoyó, toda su red le decía que dejara así y por eso nunca puso la denuncia. Años después solo uno de sus hermanos le pidió perdón por no creerle y apoyarla. En todos esos años su madre, su tía y sus hermanos siguieron frecuentando y teniendo una relación con este hombre.

Ese sujeto que no solo vulneró el cuerpo de Ana, sino que también vulneró su intimidad, su privacidad y su vida, pues la continuó persiguiendo constantemente, incluso después de que ella regresara a Sincelejo. La persecución no cesó y tampoco la presión de su madre para que estuviera con él. Ricardo la perseguía y la amenazaba a ella y a Leonardo: «Me decía que lo dejara, que si seguía con él iba a asesinarlo, que lo iba a llorar si seguía con él».

En ese momento, con presión de su madre y las amenazas de este hombre, Ana hizo una denuncia y les puso una caución, lo que ocasionó que su madre le quitara todo el apoyo económico para continuar sus estudios y la posibilidad de seguir viviendo en su casa. Entre el dolor y la falta de red de apoyo, Ana formaliza su relación con Leonardo y se va a vivir con él y su familia a Bremen. Leonardo y los hermanos de ella la apoyaron para que terminara sus estudios.

En esa nueva vida en Bremen, Ana seguía con miedo, pues las amenazas y la persecución no cesaba, un día Ricardo llamó a la casa y dijo que Leonardo estaba muerto. Esto fue una falsa alarma que empleó para generar angustia y seguir intimidándola. Afortunadamente a las pocas horas Leonardo llegó sano y salvo y Ricardo quien se había estacionado en frente de la casa se retiró apenas llegó la policía. Desde ese día dejó de amenazar e intimidar a Ana, se fue para Medellín y solo de vez en cuando la llamaba para preguntarle si necesitaba algo; una vez este hombre se fue la vida de Ana se empezó a tornar tranquila.

En Bremen, lugar donde empezó a formar su nuevo hogar, también se comenzó a gestar la vida y los logros profesionales. En el 2001 se graduó como enfermera y quedó embarazada y dio a luz a su hija, poco a poco se fueron organizando como familia y con la pregunta de cómo mejorar el sustento económico que tenían para ese entonces, empezaron a ver en la región de Urabá una opción de vida, en ese lugar una de sus primas tenía una parcela de la que podían sacar banano y plátano.

Así fue como emprendieron el viaje y con éste un cambio de vivienda y de prácticas cotidianas. Allí empezaron a cultivar y a vender lo que salía de la parcela, a viajar de Urabá a Sincelejo comerciando diferentes productos de una región a otra. Leonardo, por su parte, se quedaba trabajando en la finca y ella viajaba con su hermano para hacer las ventas que se requerían. Después de un tiempo esto les permitió comprar un lote y continuar su camino como emprendedores. En ese lugar, la familia se amplió con la llegada de un segundo hijo en el 2004.

Entre el esfuerzo de sacar adelante una finca, emprender nuevos negocios y criar dos hijos pequeños, continuaron la vida. El lugar se empezó a tornar diferente, el calor y la humedad de la región bananera se ponía cada vez más denso con la llegada de grupos armados que empezaron a tomar por la fuerza el control territorial. Difundiendo terror y creando miedo colectivo, estos grupos empezaron a pedir las mal llamadas «vacunas» donde se debía pagar un porcentaje del producido de la finca y, en otras ocasiones, si ellos necesitaban el espacio, lo ocupaban:

«A nosotros no nos pedían nada, pero si se escuchaba que lo estaban haciendo, esos hombres estaban por la región rondando, siempre vestidos de civil, sabían quién entraba o salía de la región, tenían el control. Se volvió algo cotidiano con lo que vivíamos, uno oía y veía cosas, pero no se comentaba nada, si algo con la familia, pero era mejor no decir nada, porque uno ya sabía que al “sapo” lo asesinaban, así le decían a los muertos. Así que empezamos a evitar salir, a cumplir los horarios que ponían, en Apartadó era más tranquilo, pero en la zona bananera la cosa se puso dura, todo se empezó a poner muy peligroso, uno no podía entrar y salir cuando quisiera. Fuimos aprendiendo a vivir así, incluso hoy en día se sabe que la cosa sigue fea, aún se habla de zonas calientes como San José o El Obrero, donde la acción de los Urabeños está fuerte».

Como una suerte de control machista, las extorsiones y los requerimientos frente al territorio se hacían de hombre a hombre, las mujeres

eran relegadas al silencio y a retirarse del lugar cuando esto ocurría. Se escuchaban nombres de personas asesinadas, masacres en diferentes lugares de la región que generaban miedo entre hombres y mujeres. La cotidianidad violenta fue marcando los días, pues gran parte del país estaba bajo las mismas condiciones y no parecía haber escapatoria, incluso en Sucre, que para Ana era un lugar de posible refugio, la situación parecía estar difícil:

«La cosa se puso cada vez peor, mi hermano quería pedir traslado, pero en Sucre todo estaba peor, esos hombres cada vez pedían más, entraban a las casas diciendo: —¡Toca colaborar!—. O entraban a hacer cosas a la finca y uno no podía decir, ni ver nada, nos encerraban en el cuarto y ellos disponían del espacio. No se sabía quiénes eran, siempre estaban con pasamontañas, solo se sabía que eran hombres, nunca vi mujeres».

El silencio era la opción que gestaba el miedo y este se convirtió en el diario vivir y la posibilidad de negarse no era una decisión que alimentara el deseo de seguir viviendo: «Uno vivía con conformismo, había que aguantar para poder seguir vivos. Ellos tenían el control territorial, ante los ojos y la aprobación de la Brigada 17. El temor y la violencia se apoderaron de la zona y no había nadie que hiciera algo, pues el batallón de Carepa estaba ahí pero eso no cambiaba la situación. Se oía que el Ejército participaba en atrocidades y vulneraciones, porque con tantos policías y soldados estando en el territorio cómo era que dejaran pasar todas esas cosas, en los ríos a la orilla del Golfo se veían los muertos».

En ese escenario en el que vivía Ana además del temor, se sentía impotencia y rabia por tener que darle a otro el esfuerzo del trabajo propio. Esa era una de las cosas que más molestaba a Leonardo, no entendía por qué si él era quien trabajaba debía darle sus ganancias a otros, se reusaba a hacerlo.

Fue así como el poder territorial y las acciones encaminadas a demostrar el control por medio de la vulneración y «apropiación» del cuerpo de las mujeres llevaron a Ana a ser violentada sexualmente el 15 de septiembre del 2006, fecha en la que festejaba el natalicio de su hijo menor:

«Fueron unos animales, esa fecha para mí es imposible de borrar. Era el cumpleaños de mi hijo, cada vez que cumple años es traumático para mí, recuerdo todo, vienen a mí todos esos recuerdos, cada año yo no quisiera que llegara esa fecha. Lo que más me da duro es que sea esa fecha, eso es lo que más ha marcado mi vida, ese 15 es horrible para mí. Yo estaba a las 4 o 5 p.m. con mis hijos, planeando lo del cumpleaños, organizando el arroz y la torta, ya había ido a Apartadó a comprar todo para compartir. Leonardo había salido

y yo estaba preparando todo, ya había lavado y hecho mis quehaceres. Estaba preparando el fogón de leña cuando aparecieron, yo no me di cuenta, no sé de dónde venían, ni de donde bajaban, cuando los vi ya los vi ahí en la parcela. Preguntaron por Leonardo, yo les comenté que no estaba, me empezaron a decir que él no había entregado la vacuna, que ya le habían insistido y que tenía que cumplir, me llené de rabia y les dije que éramos pobres y trabajadores, y que no tenían por qué hacernos eso, que cómo iban a pretender que les diéramos lo poco que nos ganábamos...».

»Eran cinco hombres, con pasamontañas, botas, nunca los miré a la cara, pero sí me fijé que estaban armados. Empezaron a maltratarme verbalmente, yo les decía: —regresen más tarde—, pero como Leonardo no dio dinero dijeron que tenían que hacerlo reaccionar de alguna forma, violentándome. Me tomaron del cabello, me tiraron y arrastraron, metieron a los niños al cuarto, el menor tenía dos años, a mí me llevaron por el pelo, me patearon y me agarraron por el cuello, yo duré como quince días que no podía hablar, dos de ellos me agarraron, me sujetaron las manos y otros dos de los pies, me arrancaron la ropa y uno de ellos empezó a agredirme y los otros estaban ahí festejando lo que el otro estaba haciendo, me trataban con palabras groseras, después de que terminó uno me cogió, luego me patearon hasta que se cansaron, lo que no me tocaron casi fue la cara. Se fueron y yo como pude empecé a gatear porque no podía moverme, a mí no se me olvida que mis hijos me estaban llamando y yo tenía que ir, porque me daba miedo que se fueran a meter a cogerlos, cada paso era un dolor horrible, como pude yo llegué a la casa, lo que hice fue recoger la ropa y la quemé en el fogón, me bañé y me cambié para que Leonardo no se diera cuenta al llegar, porque yo pensaba que si me veía así era capaz de ir a buscarlos, yo le conocía el carácter. Le dije que sí habían estado ahí, pero que me habían maltratado, le mostré los golpes, de lo otro no le dije nada, le insistí que nos viniéramos, pues nos habían amenazado, de hecho me dijeron que si no cumplíamos, él ya no aprendía, entonces le iban a hacer lo mismo a la niña, imagínese pensar que la hija de uno viva algo así. A los dos o tres días montamos lo que pudimos y nos vinimos, supimos que al día siguiente quemaron la casa, esos días antes de irnos fueron horribles, pues teníamos que vivir con la incertidumbre de que llegaran.

Ese día se transformó la vida de Ana, debió callar y dejar en el silencio eso que le había dolido tanto, con la valentía que la caracteriza intentó seguir su vida a pesar de lo doloroso y difícil que fue, nunca le contó a su esposo, incluso continuó su vida sexual a pesar de lo no placentero que era. Nunca

recibió atención médica o psicológica pues no le contó a nadie por el miedo al señalamiento o que alguien le contara a su esposo, a pesar de las lesiones en el cuello y brazo con que quedó nunca recibió atención, le costaba hablar, acostarse o pararse y el brazo se le inflamaba, tardó quince días para poder comer normalmente o hablar. Con este dolor físico y emocional Ana regresó a Bremen junto con su familia, dejando todo y con miedo, pues no sabía si podían estar en la zona los hombres que abusaron sexualmente de ella.

A pesar del dolor, Bremen empezó a ser su refugio: «Para mí es la gloria, es tranquilidad, no tengo miedo, tengo libertad para criar a mis hijos, es como un ambiente sano, nunca hablé con mi familia pues me daba pena, hasta el momento me cuesta, no puedo ni ver en la televisión algún episodio que recree algo similar y no me gusta escuchar a la gente hablar de esas cosas, yo trataba de evitar ver televisión o escuchar ese tipo de historias, ni con mi esposo hablo de eso, él actualmente no sabe, él cree que estoy en una organización, pero por el desplazamiento, de hecho yo hice la denuncia a escondidas».

En ese transitar con el dolor en silencio, Ana conoció mujeres que hablaban de sus historias de vida, empezó a identificar que no era la única y se vinculó a los espacios de mujeres, donde las acompañó y las escuchó en silencio, sin mencionar que ella vivió algo similar, no quería ser señalada y por eso siempre en silencio evitaba preguntas y hablar del tema. Desde su capacidad de cuidado y valentía escuchaba y acompañaba a otras mujeres a las entidades prestadoras de servicios. Al estar en estos escenarios, empezó a identificarse con más mujeres y a sentir que las personas que estaban allí veían en sus ojos eso que le había ocurrido años atrás. Sin embargo, continuaba en silencio, asistiendo a los espacios como víctima de desplazamiento forzado y no como víctima de violencia sexual.

Fue así como al reconocer otras historias, con sus llantos y dolores la movilizó a compartir su historia: «Una mujer que tenía todo el cuerpo quemado, me puso a pensar que lo que me había pasado a mí había sido algo más pequeño, entonces empecé a colocarlo en un tamaño menor, a tomar el control de la situación, yo veía mi caso más bajito y me sentía más fuerte, me admiraba y me preguntaba —¿cómo están paradas esas otras mujeres que vivieron cosas peores?—, es una cosa que me movió, entonces decidí contarle a Yojaira en el 2014 y a su hermana, son las únicas que saben, todo lo hemos hecho bajo la confidencialidad de ellas. Ya denuncié, primero fui a Morroa a la personería, allí solo dije lo del desplazamiento, no fui capaz de más, porque me daba miedo que me viera enfrentada a esas personas y pues mi hermano

seguía en el Urabá, entonces me daba miedo que le hicieran algo, pero el año pasado, en el 2015, fui sola a la Fiscalía de Sincelejo y denuncié para bien de nosotras y del país».

Entre historias, talleres y relatos Ana sacó ante el público esa tenacidad y valentía que la habitan, ahora se siente más fuerte al ir hilando historias con otras, ella puede afrontar la suya, poner en palabras eso que en un momento fue inenunciable y cambió esos relatos que contaban una historia en la que ella se sentía responsable. Las memorias corporales fueron desapareciendo y el dolor que sentía cada vez que hablaba de eso se fue mitigando, la fuerza de la palabra y el encuentro con otras mujeres evidenció su valentía, al estar con otras se siente en igualdad, no se siente sola, la vergüenza se extingue y las fechas se re-significan.

El año pasado, el 15 de septiembre fue doloroso, pero al darse cuenta de que está viva y que su apuesta es a la vida con su familia, con sus sueños y amigas, la bandera de la valentía se agitó en sus manos y salió adelante a festejar la vida de uno de sus motores, su hijo menor y aunque el llanto la acompañó, el deseo de amar la vida y el vínculo que tiene con sus hijos le dio fortaleza para seguir andando, para reconocer que esa fecha es importante porque ese día nació un ser que ama, poder hablar le permitió sentir ese amor, abrazarlo y besarlo para festejar la vida juntos. Hoy Ana sigue valiente.

«Yo seguí adelante con mis cosas, decidí no quitarme la vida porque la amo y agradezco el estar viva. Puedo seguir realizando mis sueños, esos que me rompieron con lo que me pasó».



«[Hablando de la campaña por el sí, en el plebiscito de 2016] Ahora el 26 tenemos programado en Sincelejo el día que firmen los acuerdos vamos a hacer una pachanga(...)con porro con una banda y todo, ya lo estamos organizando, estamos listas para ese día, para armar la pachanga y que sepan que estamos ahí apoyando el proceso de paz, como yo le digo a la gente, si los acuerdos se dan puede empezar la paz (...) Yo le decía a las mujeres, mira eso faltan muchos aspectos para que se dé, pero si empezamos por este acuerdo es algo , eso es lo que queremos ahora, entonces así uno tratar de explicarle a las personas con conceptos que ellos puedan comprender».

Liz, Mujer de Sucre.

LUCHAR POR NO CALLAR

«Yo voy a decir la verdad aunque me maten, porque peor es quedarme callada».

Clara

Clara^{44*} nació el 15 de diciembre de 1980, en la vereda Villa Nueva de Guarumo, en el departamento de Sucre. Sus padres fueron Jerónimo* y Jazmín*, nunca vivió con ellos, solo con su hermana y su abuela materna. Su padre se fue a vivir con otra mujer y su madre las dejó estando muy pequeñas para cuidar de sus otros 9 hijos, hasta que murió.

En su infancia, Clara estudiaba en un colegio de la vereda, era muy feliz con sus abuelos y era muy buena estudiante. Recuerda esta época con mucho cariño y alegría. Clara sufrió el primer hecho de violencia cuando tenía 9 años en 1989: estaban sus tíos y abuelos a las seis de la tarde cenando, cuando llegó un grupo armado. Estos hombres les pidieron comida y los amenazaron de muerte, dijeron que los matarían y lo mejor era que no comieran porque esa comida no iba a llegar a ninguna parte. Clara recuerda con mucho miedo que todos tiraron los platos al suelo y los platos se comieron los restos.

Identificar qué grupo armado era o si le hacían alguna acusación a ella y a su familia, no era posible para una niña, sólo recuerda que terminaron robándoles una marrana que tenía su abuelo al lado de un palo de Santa Cruz, su abuelo decía que era la guerrilla. El recuerdo de la pérdida de la marrana, de alguna u otra forma, le comunicaba a Clara que la vida en su vereda estaba cambiando.

Después, para conocer a su madre, decidió viajar al Carmen de Bolívar y allá empezó a trabajar a pesar de tener 11 años, en una casa de familia cuidándole los hijos a una señora. En ese entonces, su sueldo era de quince mil pesos, luego se fue a trabajar con otra señora que le pagaba veinte mil. Allá conoció al papá de sus hijas, el hombre con el que se casó a la edad de 19 años.

Cuando se casó con su pareja, se fueron a vivir a una vereda del Carmen, llamada los Cedros, en el sector El Aterrizaje. Ahí estuvieron cuatro meses. El 28 de junio de 1998 a las dos de la mañana un grupo de aproximadamente treinta hombres de las autodefensas llegaron con lista en mano, llamando por nombre a todos aquellos que asesinaron. Un día macabro de terror y mucho dolor se acercaba.

En esta incursión paramilitar, perdieron la vida cinco tíos de su pareja, una pérdida que dejó a su familia muy afectada emocionalmente y preguntándose por la probable complicidad de las autoridades con los asesinos, puesto que era común ver al Ejército pasar constantemente por allí. Cinco días antes, el ejército estuvo censando en las dos casas donde mataron la gente con una lista. Una masacre que fue planeada y ejecutada sigilosamente con el apoyo de las fuerzas militares de Colombia.

Luego de estos acontecimientos, Clara se desplazó con su suegra y su pareja para el casco urbano del Carmen de Bolívar. Tan pronto llegaron al pueblo, Clara tuvo que ser hospitalizada pues como consecuencia de los hechos violentos perdió su primer hijo. La situación familiar la preocupaba mucho. Clara recuerda cómo su suegra ante la pérdida de sus hijos «perdió la consciencia»:

«Quedó prácticamente muerta en vida porque si a uno le duele que le maten a un hijo, que tal cinco, la misma noche, a la misma hora, eso es mucho».

Clara se mostraba fuerte y luchadora ante la situación de profundo dolor que atravesaba su familia. Cuando se instalaron en el Carmen, vivieron con una señora que tenía un albergue para personas víctimas del conflicto armado. Allí estuvo año y medio aproximadamente, hasta el año 2000 que quedó nuevamente embarazada. La vida se gestaba nuevamente dentro de Clara.

Al respecto del apoyo institucional, Clara recuerda recibir tres mercados por parte del gobierno, luego de la declaración que hiciera su esposo por el desplazamiento forzado. Ese tiempo Clara lo aprovechó para aprender a coser y así encontrar alternativas económicas para continuar con sus vidas. Sin embargo, las personas del pueblo discriminaban y señalaban a su núcleo familiar y a todos lo que vivía en el albergue por su condición de desplazados, esta era una situación constante. Se rumoraba en las calles del pueblo «que algo malo habrían hecho para sufrir la violencia», así que las oportunidades para ellos eran aún más escasas.

Aquel tiempo fue muy difícil, no solo por la discriminación social de la que eran blanco sino porque la situación de orden público se estaba

complicando. Todas las noches sonaban bombas, obligándolos a permanecer debajo de las camas, con la incertidumbre de no saber lo que les podría pasar. Eran tiempos de zozobra y miedo intenso.

Algo que le daba consuelo y seguridad era la relación con su pareja, pues ambos buscaban apoyarse y ser sustento de amor uno al otro. Meses después ese amor se iba a ver amenazado por la muerte. Ese día su pareja salió a hacer su primer viaje para Sincelejo, en el marco de un trabajo que apenas emprendía. Estaban muy contentos pues nuevas oportunidades de trabajo se divisaban. El miedo y toda la memoria de los hechos de violencia vividos les jugaron una mala pasada, haciendo que la pareja de Clara por esquivar a unos hombres armados se asustara e hiciera una maniobrara que lo puso debajo del camión causándole la muerte, un 12 de diciembre del año 2000.

La muerte llegaba nuevamente a la vida de Clara, esta vez le había arrebatado su apoyo, el dolor se intensificaba y ella se preguntaba hasta cuándo duraría esta tragedia. Con su suegra recogieron el cadáver de su pareja y lo enterraron.

Tiempo después, Clara buscó otros rumbos y se fue a trabajar a Barranquilla, para mandarle dinero a su hija para los alimentos y la ropa. Allí estuvo dos años y en el 2003 conoció al papá de su segunda hija, un hombre oriundo del Carmen de Bolívar, con quien estuvo saliendo un tiempo. Su embarazo fue escondido, sobre todo en el lugar de trabajo para que le permitieran seguir en él. Cuando nació su hija, sintió que era hora de regresar a donde sus abuelos a vivir con ellos, pues creía que su primera suegra ya no tenía la obligación de dejarla vivir en su casa.

En el camino a casa, tomó una moto en San Pedro, Sucre, a la altura del sector del basurero de San Pedro y llegaron tres motos atrás a escoltarla, pidiéndole al conductor de la moto en que iba Clara que parara. Estos hombres los siguieron, hasta que una de las motos se atravesó por delante, allí Clara vio a tres hombres armados del bloque paramilitar Héroes de los Montes de María que «llamaban por un radio diciendo que ya había llegado yo, que yo era guerrillera y que ya me habían encontrado. Que yo había puesto bombas, que esa niña era hija de un guerrillero y que la había tenido en Cartagena, me acusaron de cincuenta mil cosas y yo empecé a llorar».

Acusaciones iban y venían, Clara no entendía nada, todo pasaba tan rápido que Clara si acaso podría respirar. Posteriormente, le robaron su dinero, le sacaron la cédula y se quedaron con su documento. Luego llamaron al jefe para que mandara otra patrulla y los esperara en el camino. Cuando iban

por Rancho Largo vinieron otras motos con dos hombres en cada una y se hablaban entre ellos diciendo que sí, que ella era la que buscaban para asesinar. Cuando Clara oyó hablar de la muerte, pensó que ella iba a morir antes de que la mataran, pensaba en cómo volarse de la moto, en cómo escapar a todo y también pensaba en cómo después de tanta violencia que había padecido seguía viva. El camino se le hizo eterno, abría los ojos y aguantaba para no quebrarse.

Llegaron a donde el Jefe, alias Zapuca, en un corregimiento que se llama Sinsalajito, Bolívar. Allí, ese hombre la encerró en una habitación y la agredió sexualmente. A su hija la amarraron a una silla mientras a Clara la golpeaban y le decían que le iban a mochar la cabeza y que se la iba a comer un cocodrilo. Comentarios que poco a poco se convirtieron en tortura psicológica. Ese día Clara supo que la violencia podría mostrar su más cruel expresión de la mano de hombres con armas y con poder. Clara estuvo luchando por mantener su integridad durante dos días, el 8 y 9 de mayo de 2005.

De ahí la llevaron hasta el campamento, todos la señalaban y decían que era ella, que la iban a matar y que le iban a hacer mil torturas. Para confirmar que fuera ella aguardaban la llegada de un guerrillero, que tenían en cautiverio, para que él definiera si era o no era ella. Esta sería la voz que la salvaría o la condenaría a más actos de violencia.

A las cuatro de la tarde llegó el supuesto guerrillero alias Marco, allí Clara alzó su voz, peleó por su vida: «Él me miró y yo le dije, por tu madre y por la mía, díles que me van a matar inocentemente que yo no soy la guerrillera, tú eres el único que puede salvarme porque tú sabes que yo a ti no te conozco y la hija que yo tengo no es tuya. En ese momento él la miró a la cara y le dijo: —Jefe no asesine a esta muchacha que yo no la conozco, ella es inocente de lo que la están acusando—».

Clara sintió alivio en medio de tanta hostilidad y maltrato, por su cabeza pasaban todas las cosas que le habían puesto a hacer y los golpes recibidos. Logró salir de ahí con ayuda de su abuelita y su tío, quienes fueron a rescatarla diciendo que ella era una persona inocente y que no era culpable de nada de lo que la acusaban. Con su presencia exigieron la libertad y el respeto por la vida de Clara mencionando que no se iban a ir de ahí sin ella. Ese día su abuelita y su tío hicieron resistencia civil, un acto de valentía que le dio fuerza a Clara para seguir.

Finalmente, pudieron salir, en ese momento Clara no comentó nada, solo hasta que llegó a la casa sintió que era seguro hacerlo. Allí, en un lugar

conocido, comenzó a contarle a la abuela todo lo que le había pasado, ella lloraba al escucharla, el dolor y la tristeza se mezclaban entre lágrimas.

Los días después fueron de encierro y malestar. Clara recuerda que no quería ni salir ni comer. También empezaron a rondarla los pensamientos suicidas y las ganas de morirse, que conjuraba durmiendo con su abuela abrazada, pegada la una a la otra para que los recuerdos de esos hombres haciéndole daño no la pudieran atormentar más.

Durante esos meses Clara no se acercó a ninguna institución de salud, pues en ese momento el control del territorio lo tenían los grupos paramilitares y nadie se atrevía a decir ni a opinar nada. El silencio imperaba. Al ver la situación emocional de Clara, la abuela buscó ayuda y ella misma en un acto de absoluto amor y cuidado vendió una vaca y con ello le pagó un tratamiento psicológico por un mes a Clara en el pueblo. En este acompañamiento Clara sintió que pudo expresar todo su dolor y desahogarse, reconoce que los impactos en su vida son profundos y le ha tomado tiempo reponerse, es un proceso, un día a día para ella. Con fuerza señala que no tuvo la culpa y que no va a olvidar lo sucedido. Clara transformó el sentimiento de injusticia en rabia como mecanismo que le permitió defender su historia, su palabra, su vida. La amargura a veces llega para hablarle de los días grises y fríos, los días difíciles.

Tiempo después, con el propósito de continuar con su vida, hizo un curso en el SENA de arreglo de uñas, trabajo por el que es muy reconocida en su vereda, pues dicen que es la mejor. Estando con su abuela se involucró en una organización de mujeres en situación de desplazamiento de la vereda de San Pedro, pero solo por el hecho de desplazamiento porque de los hechos de violencia sexual no había hablado, hasta el 2007 en el que fue a Justicia y Paz y decidió relatar toda la verdad.

La persona que la acompañó a las audiencias libres, le mencionó que no fuera a hablar demasiado, que no fuera a mencionar a nadie porque la podían matar. Sin embargo, Clara llevaba la decisión de alzar su voz, de hacer memoria: «Yo voy a decir la verdad aunque me maten porque peor es quedarme callada y yo decidí no callarme en ningún momento porque ya eran dos años de tortura que llevaba con eso adentro sin decírselo a nadie, sin poder decírselo a ninguno, ya me estaba quemando».

Cuando decidió declarar fue por cosas de la vida misma, porque en una de esas reuniones de la organización de desplazados en San Pedro llegaron funcionarios de Bienestar Familiar y Clara buscó hablar con ellos,

manifestándole su situación y diciéndoles que ella quería ir a Sincelejo a declarar en Justicia y Paz.

En el año 2008, la llamaron a declarar en la Defensoría del Pueblo y le decían que ellos la iban a apoyar en su proceso y que no dejarían que les pasara nada, pues estaba rondando el rumor de que la iban a asesinar porque estaba contando las cosas, así que Clara, con el valor incrustado en su corazón, decidió ir a la Fiscalía a contar que la estaban amenazando, que sentía que la estaban persiguiendo, una vez más exigía su derecho a vivir en tranquilidad.

Hasta el momento, le han brindado reparación administrativa solo por el hecho de violencia sexual. Al hablar de las reparaciones, Clara lamenta mucho que personas haciéndose pasar por desplazadas hayan tenido apoyo del gobierno en vivienda y ella, después de todo lo sucedido, cuenta con muy poco apoyo. Con el dinero que recibió compró unas vacas que tiene donde su abuela, pues era la mejor inversión para no gastarse el dinero en cuestiones que a su parecer eran indebidas y no garantizaban un futuro para sus hijas. «Ningún dinero va a “quitar” todo el daño que me hicieron», reitera Clara.

Tiempo después, dio una versión libre en Barranquilla, allí uno de los paramilitares Román Zabala el máximo jefe aceptó los cargos por línea de mando, le pidió perdón a Clara, pero ella, con la sinceridad en su labio, le dijo que no lo podía hacer. De los dos agresores directos, de uno sabe que está muerto y alias José Luis que, tiene una cicatriz en la cara y como una especie de escorpión en el brazo, está libre y nunca se desmovilizó.

La relación con sus hijas se ha visto afectada porque ella no ha podido responder a sus expectativas de muestras de afecto y cariño, nunca les ha contado la verdad de lo que le ocurrió y a veces tiene respuestas de rabia hacia ellas. Impactos emocionales de la violencia que Clara ha ido poco a poco mitigando al hablar con otras mujeres, al sentirse acompañada.

Clara actualmente está en un proceso organizativo con el grupo Esfuérzate, grupo conformado por mujeres valientes y amorosas que al igual que Clara han roto el silencio que impone la guerra a su paso. Sus hijas representan fortaleza y esperanza, son el motivo por el cual Clara se levanta cada día a continuar con su vida. Sus abuelos y vecinos de la vereda representan una red de apoyo, una gran familia que la cuida. Un paso a la vez, nos dice Clara con su historia, paso a paso las heridas van sanando.

Sobre el proceso de paz, Clara cree que es algo que no se va a dar tan fácilmente, que las personas con armas siguen en el campo, en las zonas rurales. Por ejemplo, hace poco, un grupo de personas armadas como de 15

hombres, vestidos de azul, iban por la vereda de sus abuelos, su abuelo le dice que son otra clase de paramilitares que están extorsionando a la gente. Una nueva ola de grupos armados se está gestando y eso Clara lo sabe, lo ha visto.

Una petición de apoyo es la que alza para encontrar a su única hermana, Doris Paola Cuello Vital, ellas se separaron desde los siete años, cuando el padre de Doris se la llevó a Bogotá donde una tía. Luego a los 13 o 14 años ella regresó a donde su abuela y de ahí decidió irse al Carmen de Bolívar. Allí estuvo más o menos una semana, entonces desapareció al parecer reclutada por la guerrilla en el año 2002.

«—¿Qué quiere Clara?— ¡Irse a vivir al Carmen de Bolívar!—. Un paso de bienestar lleva a otro y luego a otro y a otro... La visión se nubla a veces cuando se tienen tantos dolores resistiendo en el alma, cuando una está en pugna constantemente consigo misma, y si Clara comienza con este gran paso, la vida, su propósito y sus hijas de la mano la llevarán a otro».

REFLEJOS DEL AMOR FAMILIAR

«Yo, como dice el cuento, fui superándome, abí callada como digo yo (...).».

Victoria

Victoria^{45*} nació en Sincelejo el 30 de septiembre de 1982, es la mayor de doce hermanos y la única a la que registraron con los apellidos de ambos padres, pues a sus hermanos no los alcanzaron a registrar por la desaparición de su padre. Su padre era indígena, aunque Victoria no sabe con exactitud a qué etnia pertenecía. Se reconoce con orgullo a sí misma como indígena, su madre es mestiza.

Su primera infancia la pasó en Venezuela, en una finca que cuidaban sus padres y donde desarrollaban labores de agricultura, cuidado de animales y varios trabajadores. Su familia tuvo que abandonar todo lo que tenían porque en circunstancias que ella no entendía habían amenazado a su madre, le habían dicho que tenían que salir de allí o los asesinaban, al parecer era un operativo de deportación. Su hermana Deycided, quien se encontraba en la finca con su madre, recuerda con claridad el episodio de desplazamiento así: «Mi mamá cocinaba en fogón de leña y ella tenía su caldero grande de arroz, de sopa y su jugo...Nosotros estábamos jugando todos, cuando de repente llegaron los helicópteros, los aviones esos grandes y se tiraban ese poco de policías y disparaban, empezaban a disparar y empezaron así. Eso yo digo, así como una masacre, hubo muertos, hubo gente que se llevaban a los hombres».

Victoria que estaba en Maracaibo, porque los dueños de la finca la habían llevado con ellos para cuidar la casa en la ciudad, no tenía ni idea lo que le había pasado a su familia, sólo se enteró hasta cuando su madre la fue a buscar y fueron a revisar que había pasado con la finca. La encontraron destruida totalmente y ya la estaba habitando otro señor. Toda la familia salió desplazada.

Cuando regresaron a Colombia, su familia se encontraba asentada en una vereda cerca de El Salado, Bolívar, tenían una finca con algunos animales: burros, gallinas, gallos y una «riata» o huerta casera de cebollín, ají, entre otras plantas, que cuidaba y mantenía su madre con mucho amor: «Eso sí que le gusta a ella, nos vive diciendo: —siembra, siembra—».

El 18 de febrero de 2000 llegaron 30 hombres armados⁴⁶ a El Salado y sus alrededores, se bajaron de varias camionetas grandes, según recuerda Victoria los hombres lucían como militares. Ese día no estaban ni su hermano mayor, ni su papá. Ella estaba en el patio y su mamá en la sala y otra hermana, Deycided, quien se fue a esconder en uno de los cuartos a sus dos hermanos pequeños, pues su mamá tenía miedo que se los llevaran y les pidió que los escondiera y se mantuvieran en silencio.

Cuando entraron los hombres armados, que iban con la cara tapada con pasamontañas negros, uniformes camuflados y botas negras, tumbaron las puertas, patearon las cosas. Encontraron a Victoria, la agarraron a la fuerza, la llevaron para atrás de la casa y le ordenaron quitarse la ropa. Eran muchos hombres armados los que estaban allí ese día pero, Victoria escuchó que habían sido dos los que la violentaron, no lo recuerda porque le golpearon la cabeza tan fuerte que perdió la conciencia.

Cuando reaccionó tenía todo su cuerpo herido y maltratado y lleno de sangre, sentía sus partes genitales lastimadas. Cuando vio a su madre, ella le dijo: «—Mija, te hicieron lo mismo que me hicieron a mí también... Mija, vámonos, vámonos de aquí, ¡nos tenemos que ir! —». Su madre los mandó a todos a salir de la casa «porque creía que los iban a matar».

Ese día, Victoria vivió en carne propia la violencia que se ejerce hacia las mujeres por su condición de ser mujeres, como una historia maldita que se repetía en su casa, la violencia llegaba a su cuerpo a hablarle de los horrores e injusticias de la guerra en el cuerpo de una adolescente que no entendía ese mundo de adultos, que se mostraba agresivo y despiadado.

En la huida, debían pasar por el pueblo de El Salado y en el camino empezaron a ver cuerpos desplomados, se oían las voces de la masacre, de mujeres y niñas violadas, de asesinatos, de horror y de inhumanidad. En el pueblo se encontraron a su otro hermano solo. A su padre no lo encontraron y no supieron más de él; alguna vez en Medicina Legal le dijeron que su

46 Estos hechos fueron atribuidos a grupos Paramilitares e Infantería de Marina en el marco de la masacre.

padre estaba desaparecido. Su madre dice que es «mejor dejarlo en paz, dejarlo tranquilo si está vivo o está muerto, que es mejor dejar eso así y no indagar más», aunque alguna vez dijo que le había parecido verlo muerto sobre la carretera, pero ella prefiere no tocar más ese recuerdo.

El desplazamiento llevó a la familia a asentarse en el barrio del Salvador, en Sincelejo, donde vivía una de las hijas de su mamá que se había casado muy niña, apenas a los trece años, pues desde muy pequeña había estado sin el cuidado de su madre. Ella las recibió en la casa que tenía dos piezas y una sala grande, en la que se instalaron y dormían en unas sábanas. Así duraron aproximadamente tres años, mientras su mamá trabajaba y apoyaba con los gastos de su familia.

Posteriormente, su mamá se organizó con un hombre y alquilaron una casa. De esta unión nació una hija, quien murió quemada a sus dos años, porque en la casa había una olla gigante en donde freían los cerdos y la niña accidentalmente se cayó en esa olla y falleció, a pesar de que la llevaron inmediatamente al hospital del pueblo y de allí a Cartagena. Después de ese acontecimiento su madre decidió terminar la relación con su pareja.

En el año 2000, declararon el desplazamiento y su madre, como madre cabeza de familia, recibió la vivienda y un apoyo económico para su proyecto productivo de un negocio de fritos en Sincelejo, con eso sacó la familia adelante. Sin embargo, su madre presentó algunas dificultades de salud a partir de los hechos, un brazo le quedó lastimado, tuvo cáncer en la matriz y actualmente está en controles de prevención y tratamiento.

El 4 de octubre de 2013, Victoria y su hermana Deycided declararon los hechos de violencia sexual en una jornada colectiva con la UARIV. Su pareja al darse cuenta de que Victoria solía salir a diligencias, le preguntó a qué se debía esa situación. Victoria decidió contarle lo sucedido y recibió el apoyo y el respeto de él para continuar con su proceso jurídico.

En esta jornada de declaración conocieron a una mujer (y un señor que era el esposo, pero que para ese momento decían que era su escolta), quien empezó a reunirse periódicamente con varias mujeres víctimas de violencias en el conflicto armado: «De repente, después de que nos dieron la carta cheque, ella nos dijo que teníamos que darle la mitad de la plata».

Varias mujeres víctimas fueron estafadas por esta señora, que les decía que necesitaban abogada y que incluso iba a buscarlas hasta sus casas para reclamarles el dinero de la indemnización de ellas. Ni Victoria ni su hermana alcanzaron a darle el dinero, porque otra mujer les advirtió y en algún taller les

habían mencionado que era un trámite totalmente gratuito y sin intermediarios.

Lo positivo que quedó de esas reuniones fue, por un lado, los lazos de amistad entre mujeres sobrevivientes a muchos dolores, heroínas de sus propias vidas y las de sus familias, que batallan con un recuerdo personal que las hizo crear su propia organización de liderazgo: Supérate; por el otro, el impulso de luchar por sus derechos, para que no sean vulnerados por nadie más, lo que implica una lucha diaria y cotidiana de valientes.

Victoria, como hermana mayor es el sustento emocional de su familia y cuando recuerda lo que le pasó, hace el esfuerzo para pensar y hacer las cosas diferentes, lo importante es que no la vean decaída, ni que le pregunten por qué está triste o que le está pasando: «Eso es algo que yo llevo ahí, lo llevo en mi corazón, está ahí». A veces, siente miedo y vergüenza, a veces la desconfianza la invade y cuida mucho a sus hijos para que no les suceda algo malo.

También renueva las fuerzas por sus hijos, pues Victoria tiene tres de diez, ocho y seis años, vive con su pareja, quien trabaja como conductor. Continuó la primaria y terminó el bachillerato haciendo validación en las noches. Ha trabajado en el servicio doméstico toda su vida, pero le gustaría estudiar una carrera en el área de la medicina aprovechando que sabe inyectar y tomar la presión arterial.

Todos los días en las tardes suele ir a visitar a su mamá para compartir con ella, cocinan, conversan y siembran. Juntas crean otro mundo posible, un mundo en donde la unidad familiar y la tranquilidad estén presentes y la guerra no oscurezca los días.

LA FORTALEZA DE VIVIR

«Tenemos que apoyar este proceso de paz porque si no, acá en Colombia, nunca vamos a llegar a nada y las cosas seguirán igual».

Valentina

Valentina^{47*} nació en Corozal, el 26 de septiembre del 1988, sus padres fueron Isabel* y Leónidas*, más conocido como «el mono». Valentina fue la hermana mayor, después dos hermanos más llegaron a la familia. Su nombre fue escogido a raíz de una telenovela que su madre escuchaba en la radio, quien vivía aún con su madre y al quedar embarazada de Valentina decidió irse a vivir con el mono huyendo del maltrato y el ambiente hostil que a veces propiciaba su mamá en la casa.

Se radicaron en Bremen, un pueblo que queda entre Corozal y Sincelejo, después se fueron a vivir a Corozal. Para ese entonces, Isabel y Leónidas ya habían tenido a su segundo hijo. Para esa época, ella se dedicaba a coser y él a ser electricista, trabajó primero con su hermano y después abrió su propio taller.

En Corozal, Isabel y Valentina se enteraron de que el mono tenía otra familia y que uno de los hijos tenía la misma edad de ella. Un descubrimiento que cambió la vida de la familia, como lo cuenta Valentina: «Yo tenía cinco años, nos enteramos de que mi papá tenía dos familias más, que ya no éramos nosotros dos con mi papá y mi mamá, sino que eran varios. Entonces mis hermanos empezaron a llegar a la casa y siempre nos hacían maldades a mi hermano y a mí también, como si le tuvieran rabia a mi mamá por lo que mi papá hizo, pero mi mamá no sabía que él tenía otra familia».

Ese periodo de tiempo se caracterizó por peleas y gritos en la casa. Atrás habían quedado los momentos en que Valentina compartía todo el día con su papá acompañándolo a los partidos de fútbol, como su más fiel

seguidora. Desde que ella se enteró de que su papá tenía relaciones con otras mujeres se puso la tarea de vigilarlo e ir a todos los lugares donde él iba, muchas veces sin que Isabel ni él mismo se dieran cuenta. Con el tiempo Valentina se fue dando cuenta de que en total el mono tenía 16 hijos, la idea de que sólo eran los tres: ella y sus hermanos se fue derrumbado poco a poco, pues ahora su papá tenía que repartir su tiempo y dinero con sus otros hijos.

Cuando Andrés, el papá de Isabel, conoció lo sucedido habló con ella y le dijo que se devolviera para su casa con ellos y que no tuviera más hijos con el mono. En ese momento Isabel ya estaba embarazada de su tercer hijo, que nació el 13 de enero y lo recibió su abuelo, quien era el encargado de apoyar a Isabel en sus partos. A los pocos días, el 21 de enero, Andrés es atropellado por una camioneta y muere. Para Isabel y su familia fue una pérdida irreparable pues él sostenía la familia.

Valentina aún recuerda lo triste que fue toda esa situación para su mamá, quien decía que si su papá estuviera vivo no hubiera pasado por tantas cosas difíciles, pues ellos dos tenían una relación muy cercana de apoyo y afecto. Fueron momentos de crisis para su mamá ya que en un lapso corto de tiempo se enteró de que su esposo tenía otra familia, se murió su padre y la relación con su madre no mejoró.

Valentina hizo su primaria en un colegio femenino en Corozal. Cuando perdió quinto de primaria Isabel la cambió a un colegio mixto donde se burlaban y la maltrataban por ser la alumna nueva. Nuevamente cambió de colegio y en este nuevo lugar se sintió más cómoda. Cuando llegó a octavo grado, vivió los hechos victimizantes y su comportamiento y estado de ánimo en el colegio variaron, pues no le daban ganas de entrar a clase, quería irse constantemente para su casa y poco interactuaba con otros compañeros.

En esa época a Valentina le llamaba la atención estar donde estaba su mamá y hacer lo que ella hacía. Sentía que en el colegio no podía aprender todo lo que aprendía estando junto a Isabel y acompañándola a sus reuniones de trabajo comunitario: «Siempre todo el mundo estaba pendiente de lo que ella decía, de lo que ella hacía, siempre le mostraron importancia a lo que mi mamá hacía, yo iba a la oficina que ella tenía en el centro, todas las tardes. Tenía 14 años y ella me llevaba a las reuniones aquí en Corozal y yo siempre le ayudaba que con el agua, con cualquier cosa para que ella viera que yo estaba grande y podía ir a cualquier lado donde ella iba. Así me fue gustando todo lo que mi mamá hacía».

El trabajo comunitario de Isabel era poco valorado por el mono, quien mencionaba que ella trabajaba para otros y no para ella y la celaba con sus compañeros de trabajo y estudio, pues Isabel decidió validar el bachillerato los fines de semana y después realizó cursos de formación en liderazgo y acompañamiento a víctimas. Esta actitud de su padre despertó rabia en Valentina, quien admiraba lo que hacía su mamá y sabía que ella utilizaba esos espacios para distraerse, conocer y acompañar otras mujeres.

En su adolescencia Valentina compartía y salía con sus amigas del colegio, iban a parques y a otras casas a encontrarse con más amigos, nunca tomaba alcohol «porque no le ha gustado nunca el guayabo al otro día, así que prefería acompañar a sus amigos sin tomar, cuidándolos». Muchas veces la regañaron por que no cumplía los horarios de llegada a su casa, pero eso no evitaba que ella siguiera saliendo y compartiendo con sus amigos.

La relación entre Isabel y Valentina ha sido siempre muy cercana y afectuosa, mediada por la confianza y el respeto. A lo largo de toda su vida Valentina le ha compartido y contado sus cosas e Isabel ha estado muy pendiente de su seguridad y protección, principalmente después de que sucedieron los hechos de violencia sexual.

El 26 de septiembre de 2004, Valentina cumplió 16 años, Isabel tenía ese día una reunión en Ovejas y como sabía que su hija disfrutaba acompañándola a los espacios de reuniones y formación, la invitó a que fuera con ella. Durante el día Isabel conversó con muchas personas que se le acercaban solicitando orientación e información. A las tres de la tarde llegaron unos hombres uniformados de traje militar, pertenecientes al frente 37 de las FARC, y comenzaron a maltratar y tirar a las personas al piso. Valentina no entendía lo que pasaba, en un principio pensó que eran de las fuerzas armadas y se sintió segura, pero cuando comenzaron a intimidar a las personas se asustó e intentó ir a donde su mamá estaba, no la dejaron reunirse con ella, la empujaron y la amarraron. Valentina repetía una y otra vez que lo que hacía su mamá era bueno y que la quería ver. Nadie le dio razón de ella.

Las llevaron a otro lugar en donde se encontraba el campamento del grupo, Valentina era la única joven presente. En ese lugar fue sometida a preguntas, maltrato y amenazas con armas. En una ocasión, seis hombres que estaban en el mismo lugar la miraron y comenzaron a pelear, diciendo: «—¡Es para mí!—», Valentina estaba en una esquina mirándolos tratando de entender por qué discutían. Salieron cinco y quedó el jefe del grupo, Valentina ahí se dio cuenta que estaban peleando por ella. El hombre le arrancó la ropa,

la violentó sexualmente y constantemente la insultaba. Los golpes llegaron porque ella continuaba llorando y preguntando por su mamá. Los hombres de la guerra mencionaban que eso le pasaba por no colaborarles y por andar buscando cosas en Ovejas.

Todos los hombres que estaban presentes vestían camuflado, llevaban pasamontañas, usaban botas de caucho y portaban rifles. Era una práctica recurrente separar a las personas de la comunidad y llevarlas a otros lugares, al tiempo, volvían y las traían. Con el pasar de las horas, Valentina permanecía en silencio, sólo miraba y pedía que nadie se le acercara ni le hablara, lo único que quería era encontrar a Isabel y que le dijera qué estaba pasando.

Tres días después, Valentina fue llevada a San Rafael, luego a Ovejas y después al Carmen de Bolívar, donde se reúne finalmente con Isabel. Un amigo de la familia las recogió. El llanto profundo acompañó el reencuentro, Valentina sintió que le volvía el alma al cuerpo. No mencionaron nada de lo que habían vivido en esos tres días de cautiverio. Isabel llevó a su hija al médico, pero Valentina se rehusó a dejarse revisar y señaló que quería irse para su casa, que no le había pasado nada.

Al estar en casa, Isabel le cuenta a Valentina que las personas que las retuvieron eran de la guerrilla de las FARC, Del frente 37, porque no querían que ella fuera para Ovejas a apoyar personas. Al poco tiempo llegaron amenazas hacia Isabel. Por lo tanto, se fueron a vivir donde la abuela materna y estando allá a Isabel le da una embolia cerebral, Valentina al ver su condición de salud decide no contarle nada sobre lo que sucedió realmente en Ovejas. Fueron días donde ante cualquier mínimo ruido Isabel gritaba y se alteraba. El médico decía que era por la altura que le había dado la embolia, pero Valentina sabía que no era por eso, era por todo lo que ella estaba cargando de lo vivido esos tres días de cautiverio.

Regresaron a Corozal, Isabel se recuperó y continuó trabajando en lo comunitario. Eran nuevos tiempos y Valentina al ver la fortaleza de Isabel sigue con su vida, sin embargo, cada vez que llegaba la fecha de su cumpleaños se indisponía y no quería ninguna celebración y sentía miedo generalizado hacia los hombres. Posteriormente se retiró del bachillerato y al tiempo se fue de la casa: «Me fui de la casa cuando iba a cumplir diecinueve años porque peleé con mi papá, me pegó y me echó de la casa. Nos peleamos porque le reclamé a mi papá porque lo vieron con otra mujer caminando por Corozal, llegó a la casa y le reclamé y discutimos, me pegó y me dijo que me largara. Me fui con mi novio de esa época, Carlos Luis, para la casa de sus papás. Mi

mamá iba a decirme que me regresara, pero nunca lo hice».

Pasó el tiempo y Valentina quedó embarazada por primera vez, noticia que la tomó por sorpresa, en el hospital le dijeron que el embarazo se había suspendido porque su matriz estaba lesionada. Isabel y Valentina sabían que lo que estaba pasando era una afectación por la violencia sexual, nunca dijeron nada al respecto a su familia. Fue una experiencia dolorosa para Valentina, pues tuvieron que realizarle un tratamiento y darle medicamento para expulsar el feto.

Al regresar a su casa decide separarse de su pareja, pues estaba emocionalmente muy afectada. Sin embargo, lo intentó nuevamente con él y volvió a quedar embarazada de Carlos Luis. Esta vez tampoco fueron padres.

Su vida siguió y su relación con Carlos Luis era intermitente, pues como lo señala Valentina se encantaba y desencantaba de un momento a otro de los hombres: «Duré unos meses con él y ya no quería que me tocara, no quería verlo, no quería que fuera a mi casa, me fastidiaba». Ella decidió separarse de él.

Una noche, en semana santa, Valentina estaba en la casa de sus padres con su hermano, quien le dijo que iba a salir pero que regresaría con un amigo para que por favor estuviera pendiente y le abriera la puerta. Valentina pendiente del regreso de su hermano escuchó tocar la puerta y ella creyendo que era él, abrió. Al salir le taparon la cara y la tomaron del pelo, insultándola e intentado asfixiarla, en medio del forcejeo se dio cuenta de que la persona que la está agrediendo era su expareja, quien aprovechaba las llantas que había allí para maltratarla una y otra vez. Sus gritos eran ahogados y parecían no ser escuchados, nuevamente Valentina no entendía lo que pasaba, el infierno parecía regresar. El disparo de un vecino que pasaba por el lugar ahuyentó la violencia y su voz comenzó a escucharse por toda la casa e interrumpieron el sueño de Isabel y el mono.

Fueron a denunciar los hechos, pero al ser semana santa no estaban recibiendo denuncias. Asistieron al centro de salud y después de realizar chequeos y exámenes, la vida volvió a gestarse en Valentina, estaba embarazada por tercera vez, tenía tres meses de embarazo. Esta vez su alegría por la noticia se ve disminuida por las pérdidas anteriores. La ecografía mostró que el embarazo se estaba desarrollando adecuadamente, lo que significó un gran alivio para toda la familia: «cuando yo quedé embarazada, mi abuela se enteró y me llevó allá para Bremen, toda mi familia se puso contenta, porque yo ya podía tener un hijo, así fuera uno pero lo iba a tener, entonces me mimaron

mucho mis tías, mi abuela, mis hermanos estaban pendientes de mí, mi mamá y hasta mi papá se preocupaban por mí».

Nació Santiago* y para Valentina fue un nuevo comenzar, se dedicó a su hijo, se fue a vivir con su tía y al año siguiente conoció a Martín*, su pareja actual. La convivencia con su tía se fue fracturando y el entendimiento era poco. Valentina recuerda en las peleas con su tía la época en que vivía con su papá y decidió irse, dejando a Santiago al cuidado de su tía, puesto que si se quedaba iba a comenzar el irrespeto y ella no quería repetir la misma historia que con su papá. Además, ella reconoció que al cuidado de su tía, su hijo podía tener otras condiciones económicas y de acceso a la educación.

Actualmente Valentina vive con Martín y su suegra en una finca en una vereda de Sucre. Los fines de semana son los días en los que comparte y se ve con Santiago. Valentina estudia salud y seguridad en el trabajo, en Sincelejo. Esos días se queda donde sus papás con su hijo y el lunes lleva a Santiago al colegio y se va para su casa con su esposo a pasar la semana. Su hijo es el centro de atención de toda la familia materna, como Valentina menciona: «Nadie le va a pegar, ni le va a hacer falta nada». Gratitud y confianza siente Valentina hacia su tía, quien le brinda todas las condiciones para que Santiago crezca en un ambiente afectuoso y estable.

Los hechos victimizantes los declaró hace cuatro años. Ese día ella y su mamá se enteraron por primera vez lo que le había sucedido a cada una durante esos tres días de cautiverio. Un amigo de Sincelejo le contó a Valentina sobre unas declaraciones masivas que harían en la Fiscalía, ella le comentó que Isabel estaría allá y que seguramente ella también la acompañaría. Estando allá y encontrándose con otras mujeres que vivieron situaciones de violencia y estaban declarando los hechos, Valentina se animó y entró a donde Isabel estaba y le contó lo que le había sucedido: «Cuando yo le empecé a contar a ella, yo todavía no sabía lo que ella le había dicho antes a los funcionarios de la Fiscalía, ella comenzó a decirme y es ahí que nos enteramos las dos lo que nos había pasado. Mi mamá lloraba y yo también, pero yo lloraba más que ella, porque yo decía por qué le tenían que pasar tantas cosas malas en esta vida, con mi papá, con mi abuela y ahora con esa gente. Me dio mucha rabia, siempre he sido muy celosa con ella, no quiero que nadie se le acerque ni le haga daño». Con la indemnización le compró un juego de alcoba y tres vacas a su hijo. Su proyecto para los próximos años es tener su propio espacio, una casa en donde viva con Martín y Santiago, pues el niño va creciendo y necesita de su cuidado, ya no quiere estar más lejos de él ni llorar más por su ausencia,

quiere tener días interminables para compartir en familia.

El fantasma de las secuelas de la violencia a veces vuelve para asustarla, recordándole las pérdidas de sus hijos, la rabia hacia algunos hombres, los vacíos en su corazón y el pesimismo. Otros días llega la esperanza y la alegría a invitarla a continuar viviendo y creyendo en las personas.

Esfuézate, el grupo de mujeres víctimas de violencia sexual en Sucre que lidera Isabel, representa un espacio de apoyo, bienestar y seguridad para Valentina, quien se involucra en las actividades y distintos escenarios de incidencia y participación.

Sobre la paz ella está convencida de que es necesario impulsarla en todas las regiones para reconciliarse y crear maneras pacíficas de relacionarse con los otros. Más que un proceso político es importante un proceso cotidiano que reconozca las realidades y vivencias de las víctimas de tantas décadas de violencia: «Con mi prima Andrea publicamos cosas por el facebook, invitando a las personas a no dejarse llevar por lo que digan los demás y a conocer lo que realmente pasa en el país, de la mano de las personas que han vivenciado el dolor y el terror del conflicto armado».

La verdad y la justicia ocupan un rol principal cuando se habla de reparación para Valentina, por lo que es necesario contar lo sucedido y que Colombia haga memoria y cada quien asuma sus responsabilidades.

«Esta guerra ha lastimado y salpicado a todos», como lo señala Valentina:

«Yo conozco una amiga que perteneció a un grupo armado y me cuenta muchas cosas de su vida en el monte. Así como nosotros sufrimos, ella también sufrió allá, porque tuvo dos hijas y a los siete días las tuvo que mandar para otro lugar porque se las mataban. Entonces uno también tiene que ponerse en los zapatos de esas personas, algunas no están por voluntad propia allí. Hay muchas personas que creen que los hijos están muertos y están en los grupos armados, por ejemplo conozco el caso de una señora que el hijo está desaparecido y que hace poco le dijeron que lo habían visto en una zona roja, ella dice que quiere ir pero que a ella le da miedo, yo le digo que de pronto cuando se desmovilicen ella lo va a encontrar, él un día salió a hacer una tarea en internet y más nunca volvió, de pronto ahora sí es el momento de esos rencuentros postergados y tan anhelados para todos».

FIRMEZA Y DIGNIDAD PARA ELLA, LAS MUJERES Y LAS NIÑAS

«Yo quiero que investiguen, que se haga justicia y que se sepa la verdad, pues los responsables le hicieron mucho daño a los niños y a las niñas».

Deycided

Deycided Nisperuza nació en Sincelejo el 15 de enero de 1989, tiene doce hermanos, pero solo vivió con quienes eran hijos de su padre y madre, es decir tres hombres y tres mujeres. Su padre era indígena de Buenavista, Sucre. Deycided no sabe exactamente de qué etnia era, pero también al igual que su hermana, se identifica como indígena, más por reconocer sus rasgos físicos que por una formación o conocimiento en la cultura indígena. Por su parte, su madre es mestiza hija de «cachacos», como dice ella.

Su madre logró darle estudio a ella y a otros dos hermanos por lo que hizo su bachillerato completo e interrumpió sus estudios al quedar embarazada de su primera hija: «Quisiera seguir estudiando modistería, me gusta el arreglo de belleza y sistemas».

Sus primeros años de vida los pasó en una finca en Venezuela, cerca de Maracaibo, que cuidaban sus padres. Deycided recuerda que ella tenía un «hambrerona» siempre y que todos cuando estaban pequeños solían jugar en el campo. Su familia tenía vacas, burros, de todos los animales y cuidaban a los trabajadores de la finca.

Dentro de sus recuerdos está muy presente el día que se desplazaron del lugar donde vivían: «Mi mamá cocinaba en fogón de leña y ella tenía su caldero grande de arroz, de sopa y su jugo. Nosotros estábamos jugando todos, cuando de repente llegaron los helicópteros, los aviones esos grandes y se tiraba ese poco de policías y disparaban, yo digo, algo así como una masacre, hubo muertos y desaparecidos».

»Entonces, empezaron a quemar las casas y a subir a las personas a helicópteros con violencia y sin dejarlos llevar siquiera algo de sus pertenencias, entre eso tiraron a una abuela porque no se quería ir sin sus hijos. Ella y sus

hermanitos se fueron desnudos y su mamá casi tiene la misma suerte que la adulta mayor, si no es porque unos segundos antes de irse los niños aparecen cerca al helicóptero. La Cruz Roja de la frontera en Colombia se los llevó a todos.

De ahí, se fueron a El Salado porque sus padres tenían familiares y conocidos en ese pueblo, la Cruz Roja les cubría los gastos de transporte. Allá, se asentaron en una finca: «Lo que sabían mi mamá y mi papá era cultivar, sembrar yuca, ñame, plátano y eso, con el tiempo volvieron a tener algunos animales: burros, gallinas, gallos y una “riata” o huerta casera de orégano, cebollín, ají, entre otras plantas, que cuidaba y mantenía mi madre con mucho amor y cuidado».

Su hermana Victoria estaba en la casa de los dueños de la finca en Venezuela, en Maracaibo, entonces cuando su mamá fue a buscar a su hermana dejaron a Deycided en la casa de una medio hermana que no conocía. En esta casa, el marido de su hermana la tocaba en las noches, y lo que hacía Deycided era ponerse un «mocho» (pantalóneta) sobre otro. Ella se dio cuenta de lo que pasaba porque se acostaba con el pantalón puesto y se despertaba con el pantalón desabrochado, y más abajo y con la ropa untada de una sustancia «babosa». Ella le dijo a su hermana lo que pasaba y ella no le prestó atención, entonces la técnica de defensa de Deycided a su temprana edad era cubrirse más, mocho tras mocho en las noches.

Recién llegaron a El Salado todo era muy tranquilo o al menos así lo sentía Deycided, ella se mantenía contenta jugando con sus dos hermanos más pequeños y veía a su mamá feliz cocinando y barriendo. A su madre le encantan los animales y la siembra, «todo le da frutos y lo mantiene verdecito, verdecito; ella donde tenga su pedacito de tierra y pueda sembrar algo, lo siembra».

Aproximadamente a un año o dos de su llegada, cuando Deycided tenía once años, el 18 de febrero de 2000, ella estaba jugando en el patio de su casa y sintió lo mismo que sintió cuando estaban en Venezuela: «Fue igual que allá, pero en vez de aviones llegaron carros, de esos que eran de policías paramilitares⁴⁸, que uno ve en la televisión, llegaron ese poco de hombres, pero no se les veía la cara».

Ese día llegaron treinta hombres armados que entraron a las casas pateando las puertas. Su mamá salió y lo primero que le pidió a ella fue que

48 Estos hechos fueron atribuidos a grupos Paramilitares- Infantería de Marina en el marco de la masacre.

escondiera a sus hermanos dentro de un cuarto, porque pensó que a ellos se los iban a llevar. Su madre se quedó en la sala y Deycided escuchó que le estaban pegando. Se escuchaban tiros y ella estaba muy asustada con sus hermanos en un cuarto, los había escondido detrás de unos tablones. Les había dicho que no hablaran ni dijeran nada y al parecer ellos ya sabían que tenían que quedarse callados porque habían vivido lo mismo que ella en Venezuela.

«Al rato, no sé, todo se volvió muy confuso, afuera ya le estaban haciéndole “eso” a mi mamá, la estaban agrediendo. Después uno de ellos entró y me mandó a quitar la ropa, me pegó y me hizo lo mismo que a mi mamá, delante de mis hermanos, ellos vieron todo pero nunca me han preguntado de eso (...). Me duele todavía pensar que ellos estaban ahí cuando pasaron las cosas. Mi mamá estaba afuera llorando, diciendo que a mí no, que a mí me dejaran quieta. Entraron dos, me agredió uno, no le vi la cara ni nada, me quede ahí y él después salió. No sé qué pasó afuera».

Afuera a otra de sus hermanas, Victoria, también la habían abusado sexualmente dos hombres y le habían lastimado todo el cuerpo, le golpearon tan duro la cabeza que le hicieron perder la consciencia y cuando la encontraron estaba llena de sangre y llorando del dolor. Deycided era una niña, aún muy inocente y no sabía qué era lo que había pasado, ella no tenía ni idea de lo que le iban a hacer, si la iban a registrar o algo, lo que pensaba era que se podían llevar a sus hermanos y ella estaba dispuesta a protegerlos a como diera lugar.

A las tres horas las mandaron a salir, salieron todos, su madre decía: «Mejor nos vamos, que nos van a matar». Todos iban llorando, huyendo de tanto horror. Debían pasar por el pueblo de El Salado para salir de su finca y en ese trayecto vieron cosas horribles, como cuando esos hombres con la cara tapada, con traje de camuflado y armados con fusiles largos cogían las cabezas de las personas para jugar fútbol, se escuchaban tiros y más tiros, vieron personas llorando y personas muertas por las calles del pueblo.

En el pueblo encontraron a su hermano solo, su padre no volvió a aparecer. Alguna vez Medicina Legal les había dicho que su papá seguía desaparecido. Su madre tiene un vago recuerdo de haberlo visto muerto al borde de una carretera, pero no tiene certezas, les ha dicho a sus hijas que es mejor no indagar más y dejarlo en paz, si se murió o si sigue vivo mejor dejarlo tranquilo.

Posteriormente, se fueron a Sincelejo, al barrio El Salvador donde su medio hermana, por parte de mamá. Ella se había casado desde niña, a sus

trece años y vivía con su pareja en una casa de dos habitaciones y una sala amplia. Se quedaron viviendo en la sala tres años, mientras su mamá trabajaba en servicio doméstico.

Luego, su mamá se organizó con un hombre y alquilaron una casa, con este señor tuvo una hija, quien murió quemada a sus dos años de vida, porque accidentalmente cayó en una olla gigante de aceite en donde freían los cerdos del negocio de fritos que tenían y falleció, a pesar que la llevaron inmediatamente al hospital del pueblo y de allí a Cartagena. Después de eso su madre terminó la relación con su pareja.

Por su parte, Deycided inició a trabajar a los trece años en casas de familia para ayudar a su madre. Y de forma alterna estudiaba, terminó todo su bachillerato, luego no siguió estudiando porque quedó embarazada de su primera hija y se dedicó principalmente a ser madre. Sin embargo, le gustaría estudiar modistería, arreglo de belleza o sistemas. Tiene tres hijas de ocho, siete y cinco años, todas están en el colegio. Vive con su compañero permanente, que es mecánico a domicilio y es el padre de su hija menor.

En el año 2000 declararon el desplazamiento y su madre, como madre cabeza de familia recibió la vivienda y un apoyo económico para su proyecto productivo de un negocio de fritos en Sincelejo y con eso sacó la familia adelante. Sin embargo, su madre presentó algunas dificultades de salud a partir de los hechos, un brazo le quedó lastimado, tuvo cáncer en la matriz y actualmente está en controles de prevención y tratamiento.

El 4 de octubre de 2013, ella y su hermana Victoria declararon los hechos de violencia sexual en una jornada colectiva con la UARIV. Al paso de este proceso, su pareja le encontró unos documentos del reclamo de la reparación y empezó a preguntarle, así que sólo hasta ese momento decidió contarle lo que le había sucedido, ante lo cual su pareja le dijo con respeto, disfrazando la indiferencia, que eso era asunto suyo.

En la jornada de declaración conocieron a una mujer (y un señor que era el esposo, pero que para ese momento decían que era su escolta), quien empezó a reunirse periódicamente con varias mujeres víctimas de violencias en el conflicto armado: «Después que nos dieron la carta cheque, ella dijo que teníamos que darle la mitad de la plata».

Varias mujeres víctimas fueron estafadas por esta mujer, quien les decía que necesitaban abogada, ni Deycided ni su hermana alcanzaron a darle el dinero, porque otra mujer les advirtió y en algún taller de Círculo Abierto les habían mencionado que era un trámite totalmente gratuito y

sin intermediarios. Pero, a Deycided si alcanzaron a buscarla, el escolta de esta mujer le dijo que le tenía que dar la mitad del dinero de reparación, Deycided le dijo que ella no conocía a la mujer ni tampoco a él y que ella sabía que había engañado a otras mujeres, que no tenía que hablar con él y que si insistía ella podía poner la denuncia. El señor se fue y nunca la volvió a buscar.

Lo positivo que quedó de estas reuniones fue, por un lado, los lazos de amistad entre mujeres sobrevivientes a muchos dolores, heroínas de sus propias vidas y las de sus familias, que batallan con un recuerdo personal, que las hizo crear su propia organización de liderazgo: Supérate; por el otro lado, el impulso de luchar por sus derechos, para que no sean vulnerados por nadie más, lo que implica una lucha diaria y cotidiana de valientes.

Actualmente, Deycided vive con su pareja y sus tres niñas, pero ella desconfía de todos los hombres, hasta de su compañero, eso le ha ocasionado muchos problemas y conflictos de pareja, porque a ella no le gusta que sea muy cariñoso con las niñas y sospecha de cualquier cosa: «Se lo digo a ustedes, se lo he dicho a él en la cara y se lo digo a mi mamá y a todo el mundo, yo no confié en él ni en nadie».

Hace poco supo que a otra de sus hermanas también la violentaron sexualmente, le volvió a suceder, con el papá de la niña que se le murió a su mamá, ese hombre la tocaba en las noches. A una sobrina también la abusó sexualmente el cuñado, el mismo hombre que la había abusado a ella cuando era pequeña. La sobrina lo enfrentó ante la familia, pero en la casa nunca pasó nada, no le creyeron: «De esos hechos yo quedé mal y no es que lo haya olvidado porque eso no se olvida. Yo quiero que investiguen, que hagan una buena investigación y que los responsables paguen por lo que hicieron y no que estén por allá haciendo lo que les dé la gana mientras que le hicieron tanto daño a otras personas y a niños, porque le hicieron más daño a los niños y a las niñas».

Deycided reconoce que hasta el momento no ha superado totalmente los impactos de los hechos de violencia sexual pero que ha sabido manejarlos, que ha sentido apoyo de su pareja pues él la comprende y se ha portado bien con ella. Intenta quitarle la culpa de lo que le han hecho otras personas en el pasado, a veces es más difícil hacerlo, otras veces es más sencillo. El encuentro con otras mujeres ha sido su fortaleza, con las mujeres del grupo Supérate han iniciado un proyecto productivo en conjunto en el que encuentra esperanza para afrontar la vida de manera diferente.

La historia de Deycided retrata una mujer valiente, protectora, luchadora, que reconoce en otras mujeres aprendizajes y aliento para continuar su camino, para mostrarles a sus hijas otras oportunidades de vida, en donde la violencia hacia la mujer no sea una opción.



«[Hablando sobre la Paz y la Reconciliación] Si tienen que pagar que paguen por lo que han hecho y que acepten lo que han hecho, a mí me gusta de este proceso de paz algo, yo conozco una amiga, pues que perteneció a un grupo y ella me cuenta muchas cosas, y yo digo que así como nosotros sufrimos ella también sufrió allá(...) Entonces uno también tiene que ponerse en los zapatos de esa persona que no están algunas por voluntad propia, y que hay muchas personas que creen que los hijos están muertos y están ahí».

Valentina, Mujer de Sucre.

ANTIOQUIA

RESURGIR UNA Y OTRA VEZ HASTA QUE LA DIGNIDAD ALCANCE

«Entonces no había tiempo pa' pensar, caer pa' levantarse no es caer, es coger fuerza, impulso y echar pa' delante».

Alana

Alana^{49*} nació en San Pedro (Antioquia), el 7 de diciembre de 1964; es hija de Augusto* y de Zulma*, oriundos del mismo municipio. Tiene tres hermanos vivos, un esposo, una hija y una nieta que adora. Su madre la abandonó y a sus cuatro hermanos también, en una finca cuando eran muy pequeños, por lo que su infancia transcurrió entre labores de una persona adulta, que ella aún no entendía, y el juego de poder con su madrastra para demostrar que ella era la madre de sus hermanitos.

Para el momento del abandono, ella tenía cuatro años y entre sus hermanos había un bebé de tres horas de nacido. Todos quedaron al cuidado de su padre, quien hacía de todos los oficios para mantenerlos y ellos, por su parte, ayudaban cargando tierra, arena, cemento, bloques y adobes.

Alana era una niña muy curiosa y traviesa, recuerda que de niña desempeñaba oficios que socialmente se adjudican a los niños, se la pasaba cargando leña, agua, cocinando y haciendo banquets. No fue a la escuela, sólo su hermana Piedad tuvo esa oportunidad. Fue precisamente Alana la que intercedió con su madrastra para que le diera el derecho a su hermana de estudiar y a cambio ella hacía los oficios de sus dos hijos.

Su padre, les enseñó la vida a punta de «coscorrones», sobre todo a Alana, quien varias veces quedaba incapacitada por los golpes tan fuertes que le daba su padre, quien esperaba que se recuperara un poco y de nuevo la violentaba. Su padre, aunque nunca les dijo palabras bonitas, les expresaba cariño —a su manera—, como lo considera Alana, pues los despertaba con un tinto y entonces les decía: «—¡Levántense malparidos! ¡Vamos a trabajar, hay

un nuevo día!, vea Dios el día tan bonito que hizo o vea Dios toda el agua que nos está tirando—».

En su infancia, Alana fue víctima de acoso sexual por parte de su hermanastro, que era un poco mayor que ella, pero tenía mucha más experiencia y la tocaba en sus genitales, le mostraba la cola y le decía: «—Con esto le voy a hacer un niño—», comportamiento que Alana no entendía, sólo sentía miedo. Una vez ella se quejó con su madrastra, a lo que esta mujer le respondió que era muy chistosa que ella no tenía “torta” (vagina), y que por chismosa le iba a decir a su papá para que le dieran una «pela⁵⁰».

Una vez, su madrastra le dijo a su padre que Alana iba a hacer violar a su hija, su papá no lo pensó y cogió una flauta en la que estaba trabajando y «me pegó como un macho, o sea como si yo hubiese sido un adulto, entonces me dio pata, puños, golpes, me tiraba, me traía, me llevaba» y ella le decía a su madrastra que la ayudara, pero ella le decía: «—¡Bastarda, malparida!—» y ahí, su padre la violentó hasta que ella perdió la consciencia. Pasados unos días, Alana despertó en un hospital y vio su padre llorando, le preguntó porque le había pegado, pues ella no sabía ni siquiera que era «violar».

Cerca de los quince años, su hermana iba a hacer la primera comunión, Alana también pidió hacerla, como su madrastra le decía constantemente que ella era mala, Alana fue a misa a pedirle a Dios que quería conocer a su mamá para que la quisiera un poco. Ese día fue al centro, su papá la peinó y ella se sentía muy feliz, muy contenta y cuando llegó su papá le dio otra pela nuevamente por culpa de su madrastra, pero esta vez Alana cogió fuerzas y le dijo que a la tercera pela se iba de la casa, que ya no aguantaba más.

La tercera pela ocurrió el 6 de enero, Alana cogió un bus con unas monedas que le dio un amigo y se fue a Barrio Triste, cayó en un bar y cuando se acabó la fiesta, ella se puso a barrer, trapear y le decía al dueño que le diera comida.

En esta época, Alana conoció otra vida, se bañaba todos los días y comía tres veces al día, no como antes que se bañaba cada ocho o quince para no ensuciar la ropa.

Estuvo al cuidado de una señora que la quería mucho, le dio ropa, zapatos que ya no eran los de antes hechos de una tabla y cabuya, le enseñó muchas cosas que su papá no le enseñó porque «él simplemente me decía que las mujeres no estudiaban, porque no necesitaban estudiar pa’ tener niños» y por supuesto no recibió educación sexual, Alana sentía que esta señora era la

50 Pela es sinónimo de golpiza, en términos regionalistas.

única persona que la había querido. Pero Alana decidió irse pues como ella lo dice: «Cuando el culo quiere rojo se pone tres días antes colorado, y el mío ya llevaba mucho, entonces me fui de allí».

Regresó a donde su padre, quien la recibió como si hubiera regresado el hijo pródigo y le pidió que se quedara con él. Para esa época Alana volvió en la vida a encontrarse con Emilio, quien fue su primer amor y la trataba muy bien, los dos iban a cine y hacían cosas de enamorados. Ella tenía dieciocho años y se encontró con la mamá, quien la invitó al día siguiente a un Kokorico y desde el inicio del encuentro, empezó a golpearla en la cara y a decirle «ramera», a hablar mal de su padre y hermanos, afirmando que le habían dañado la vida, que los odiaba.

Es decir, la aparición de su madre fue otro suplicio para la vida de Alana, conocerla, contrario a lo que ella pensaba, no la alivianaría de ese sentimiento de orfandad, le crearía nuevas y profundas heridas en su linaje femenino.

Luego, Alana se enteró de que estaba embarazada de Emilio, su hija se llamaría Erika* y soñaban con tener una hermosa familia, la vida le ofrecía un buen panorama. Al comienzo, ella no se quería casar con Emilio porque un hermano de él tuvo problemas con la guerrilla en los años 84 y 85, en la comuna ocho de Medellín, puesto que para esas épocas habían hecho dos masacres. Por un problema con la guerrilla, resultaron presos Emilio y su hermano durante un año. En la única visita conyugal, Alana quedó embarazada y recién salió de prisión se fueron a vivir juntos.

Alana vivía con su madre a pesar de la violencia psicológica y física que recibía constantemente, incluso en su estado de embarazo la hizo pasar hambre, sin embargo, a pesar de eso, ella le pidió a su madre la bendición para irse a vivir con Emilio, con quien construiría una familia. En respuesta a su petición, su madre con todas las frustraciones y odios que tenía, tal vez por concebir vidas sin haberlo decidido o deseado y tal vez por culpa de no ser madre o compañía para sus hijos le decía a Emilio que se iba a llevar a una ramera, a una prostituta sin vergüenza y le echó una maldición botándole toda la ropa a Alana y gritando cualquier cantidad de groserías.

«Él me decía que la de nosotros se iba a llamar Erika, también porque íbamos a ser ya los 3, la familia feliz, y esa era la novela que yo creí; y yo crecí “tan boba” que no sabía era que algo me subía pierna arriba».

Alana se fue con Emilio el 25 de enero de 1985 a la casa de su suegra en Villantina, eran muy pobres, pero él le enseñó muchas cosas: «Yo aprendí a ser muy feliz con él porque nunca me pegó, él nunca me regañó (...) y compró

losa y unos poquitos implementos para la casa, para los dos, dos pocillos, dos platos, dos ollas, dos calzones, dos tendiditos, “éramos los dos”».

Un domingo del mes de marzo, Emilio se fue a arreglar zapatos, él era zapatero y todos los días salía muy temprano a trabajar y regresaba en la noche. Aquel día había una fiesta de una niña a la que iban a bautizar, como a Erika, entonces Alana salió un rato con él a la fiesta y se tomaron un vino y regresaron a la casa, allí peleó con un señor de la fiesta y salió de la casa, Alana le dijo que no se fuera porque no la encontraba cuando volviera, pero Emilio le dijo: «Mami usted verá», entonces salió detrás de él, pero él se le adelantó.

Emilio se fue a tomar una cerveza, en el camino al bar chiquito Alana había visto unos hombres extraños, pero ella iba pensando en la promesa que le había hecho Emilio de llevarla al día siguiente al cine. En ese lugar, en otra mesa pequeña había otros hombres y ella le insistía que se fueran y empezó a llorar, él por su parte le decía que se fuera y ella recordaba que ese día ella cumplía seis meses de embarazo.

Cuando iban a salir, se armó un problema, salieron más hombres y se hizo un nudo en la puerta, Emilio tenía una cuchilla de la zapatería entonces intentó salir. A fuera había policía y Alana les pidió ayuda diciendo que iban a matar a Emilio, pero la policía le contestó: «—¡Deje que mate a ese marica hijueputa!—». Entonces corrieron los tres, llegaron a una esquina y uno de esos señores le daban con una «rula⁵¹» y le decía que lo iba a piquetear, entonces Alana cogió al señor y ese señor le decía que tenía que matar a Emilio.

Emilio salió corriendo, los hombres gritaban que lo mataran hasta que llegaron a una quebrada donde no se oía si no el destello del machete, todos corrían. Cuando Emilio salió mandó la mano y ella vio cuando le dieron el primer machetazo en la espalda, el segundo, el tercero, el cuatro, otro y otro, finalmente le cortaron la cabeza. Alana quedó pasmada, la envolvió un profundo dolor y silencio, no entendía nada, sólo pensaba en que al día siguiente no iban a ir a cine como se habían prometido.

En el velorio muchas personas le llevaban comida a Alana pues ella había quedado en una situación económica muy precaria, y «los hombres que lo habían matado se daban sus pasiones en el velorio, todos murmuraban vea esa es la guerrilla, no vayan a hablar, no miren, no digan». Ella lloró y nunca habló con nadie, le dolía mucho su cuerpo, finalmente se desmayó, su ser no aguantó tanto dolor.

51 Rula es sinónimo de machete, en términos regionalistas.

Tardó un mes para dejar de esperar a su amado Emilio, «dicen que el hambre agacha y el orgullo para, y a mí me paraba el orgullo por más que me doblara el hambre, no le quise hablar a nadie, o sea a mi papá y a mis hermanos que estuvieron porque vivían ahí cerquita».

Su madre también reapareció y la llevó a vivir con ella, nuevamente con golpes y humillaciones. La tenía a punta de media arepa con agua panela o un huevo con sal: «Me pegaba, porque yo era una ramera y se supone que las rameras no tienen derecho a comer, ni a llorar, entonces yo ya no pude volver a llorar, por orgullo no lloré». Cuando Erika nació, un miércoles a las 7:20 a.m., su madre ya le tenía oficios para hacer. Alana al ver que la situación de maltrato continuaba, finalmente decidió irse con su hija a otro lugar, porque la violencia también iba en contra de su hija y eso si no lo podía soportar.

Su padre la rescató y se fue a vivir con ellos, ahí se encontró con el que hoy es su esposo Jhon Jairo, un amigo de infancia, que reapareció en el momento justo. Aunque por un tiempo Alana sostuvo una relación con Luis un hermano de él y vivió con él hasta el 94, que llegaron las autodefensas a Enciso y mataron a su padre quien tenía sesenta y ocho años y luego a un hermano.

Las Autodefensas Unidas de Colombia (AUC) llegaron al barrio con todo el terror, se apoderaron «y empieza una masacre, unas balaceras, de quinientas mujeres que habíamos en el barrio cuatrocientas cincuenta fueron violadas, fue muy duro. A nosotros nos ponían a ver cosas que no debíamos ver, viejitas violadas a los ochenta y cinco años, eso es duro. Los trofeos que ponían en la piedra, los trofeos eran las mujeres violentadas. A ti te tocaban la puerta o la abrían o le ponían un petardo, o sea que de todas maneras entraban, o se mueren a la buena o se mueren a la mala».

Tiempo después, Alana quedó por tercera vez en embarazo, de su primer hijo con Luis. Y en ese momento, los paramilitares le dijeron que debía trabajar para ellos: «Las mujeres tendríamos que cocinar, lavar ropa y guardar armas, los hombres tenían que salir a la calle, matar, violar, y cargar las ramas, entonces eso era un conflicto muy impresionante». Al ver la negativa de Alana y Luis, los amenazaron, los expropiaron de la casa y les quitaron el negocio de confección que ya era muy próspero. Ante esta situación se vieron obligados a vivir en Capurganá, durante un mes. Donde estaba su hermana Piedad.

En Capurganá no había muchas opciones de negocio, entonces se fueron para Turbo y de ahí nuevamente a Medellín, al barrio donde los

paramilitares implicaban una gran amenaza para su familia. Ese mismo día llegaron a las cinco de la tarde a pedir nuevamente que les trabajaran. Luis le contestó que no y ellos volvieron a las nueve de la noche, identificándose como AUC y «un comandante que se llamaba Berrío, dice —agárreme a ese guevón— y ahí mismo le ponen un costal a la cabeza y lo amarran. Ya nos habíamos acostado, yo estaba con Érika y con el niño, cuando unos se llevaron a Luis, otros se quedaron conmigo. Me dieron pata y puño, ante eso no hubo salvación, jugaron con mi vagina como les dio la gana, yo me acuerdo que muy “acomodadamente” me metían el revólver y me hablaban las peores incoherencias que había, las peores vulgaridades. Uno de ellos me pegó una puñalada. Yo quería que alguien hiciera bulla si quiera pa’ que ellos se fueran, pero ahí nadie hace nada por nadie, ahí cada cual se defiende como Dios le ayude. Se imagina una mujer de cuatro meses y medio de embarazo que estaba sintiendo mucho pero tampoco podía llorar porque tenía dos niños chiquitos que no podía asustar. Cuando terminaron eran las tres de la mañana, me pegaron dos tiros y me pegaron otra puñalada. Mi bebecito iba a sobrevivir, yo pensaba que no podía sobrevivir a tanta masacre. Salimos a esa hora, yo estaba bañada en sangre, me arrastré por la calle con mis hijos llorando y gritando».

Alana sintió un profundo dolor por esa violación, quince hombres violentando a una mujer en embarazo y tristeza porque nadie la ayudó, todos en el barrio tenían miedo. Ella, Érika, que tenía casi seis años y Duvan* con 3 años se fueron para el bosque huyendo del barrio, huyendo de la guerra que no da tregua. Entonces, volvió a resurgir y se cambió el nombre por María y contó una historia de que el marido la había violentado.

A Luis lo encontraron muerto a los cuatro días, un 18 de enero de 1994, como un NN en el kilómetro cuatro de la vía Santa Helena, lo habían matado, entonces fue como otra vez el proceso que ya conocía, ir a medicina legal, a la Fiscalía, enterrarlo y volvió y quedó sin pareja con sus dos hijos y un embarazo.

«Volví y pues la vida no era pa’ mí, pero tenía dos hijos chiquitos y un hermano por quien ver, entonces no me podía caer, tenía que pararme, aliviarme y seguir, no importaban los pedazos que se quedaran atrás. No había tiempo para pensar pa’ mí, entonces pensé que caer pa’ levantarse no es caer, es coger fuerza, impulso y echar pa’ delante».

Nuevamente el dolor llegaba a su vida, esta vez para llevarse a su hijo Duván, quien muere atropellado por un carro. Alana salió a buscar comida y

sustento para su familia, y al llegar encontró la fatal noticia: «Lo único que yo tenía puro y sanito era esa vida, eran esos dos chiquiticos que me impulsaban a pasar barreras, a no tener nada malo, a luchar y a superar todo lo que había pasado».

Alana sentía que el hambre la golpeaba duro, sentía que la tenía agachada, pero resurgió otra vez y sacó el orgullo. Le preguntó a su madre por qué le decía ramera, que ella no la entendía, la miró a los ojos y le pidió que le levantara la maldición, que no fuera más injusta con ella.

Finalmente su madre le permitió hacer el velorio de su hijo en la casa. Ese día Alana recuerda que su hija le dijo que la que debió haberse muerto era ella y no el niño que apenas iba para los seis años, consciente de que la hirió luego le pidió disculpas. Alana al ver la situación emocional ante la pérdida de su hijo intentó cuidar y garantizarle todo a su hija, le dio todo lo que ella no tuvo, estudio, ropa, zapatos, comida y todo lo que quería.

En 1998 Jhon Jairo y Alana se casaron, Alana intentó continuar con su vida, pero como ella lo relata, cayó nuevamente una ola de violencia. Alana tenía un negocio y ganaba hasta dos millones mensuales y la estaba pasando bien con su familia y su hermano, tenía cinco máquinas y trabajaba casi una tonelada de tela. Y ahí la dejaron en el centro del huracán de los actores armados. «el Bloque Metro, pero también estaban las autodefensas, pero también estaban los Triana, pero también había guerrilla, había un conjunto de todo y al final de nada. Presencié muchas masacres, me tocó ver morir mucha gente, pa' uno sobrevivir no puede ver nada, tiene que ser miope, ciego sordo y mudo como dice Shakira, encima de eso marico, guevón. Entonces un día vendo el negocio, me dan cuarenta y cinco millones de pesos y pensé voy a hacer la casa de materia, porque mi rancho era de madera».

Alana cuenta: «vi hartos hostigamientos pal 2010, pasaban en motos con cascos así tapados, dos o tres motos se paraban y me hacían señas, me le tiraban una piedra grande al rancho a las dos o tres de la mañana. Yo dije, no, yo me voy, me van es a matar. Me hicieron otro atraco, la Policía vio y no hizo nada, la Policía estaba a menos de cincuenta metros como no iba a ver, yo hice mis denuncias y dije bueno, me voy del rancho y salvo mi pellejo y el de los míos».

Vivió entonces su segundo desplazamiento forzado, se fue para San Cristóbal, un barrio de San Javier: «Arreglé un apartamento y vi que era más violencia de la donde yo estaba, entonces preferí conseguirme una casita en París. Como tenía miedo, conseguí algo escondido, un lugar en un sótano». Alana vivía encerrada para que nadie la viera, pensaba que llevaba tanta tristeza que no se podía quejar, así que era mejor estar sola.

El 21 de agosto de 2012, tipo 8:15 a.m., cuando Alana salía de su casa para trabajar, sintió que le pusieron unos calzoncillos en la cabeza, forcejeó pero no podía ver a nadie, los hombres le llamaban perra, la tiraron a un carro y le pegaron, la trataban muy mal. En el carro la violentaron sexualmente, la escupían, con una navaja le cortaron el cabello: «Se denominaban del uno al ocho, uno hágale, tres usted pues, jugaban al que más me violentara... Hasta las once de la noche duró este infierno». Alana despertó en un barrio que se llama la Cruz, tirada dentro de unas piedras y desnuda.

El recuerdo de esa segunda agresión está cargado de dolor, asco y pesimismo, que incluso dice que hubiera sido más fácil que la asesinaran. Actualmente, Alana dice que ya no es sociable porque la vida se lo enseñó. Responsabiliza al gobierno de lo que le ha sucedido, especialmente porque no le ha permitido recuperarse, ni le ha brindado las garantías necesarias para continuar con su vida.

En el barrio París, donde le sucedieron los hechos estaba el ELN, otra guerrilla y muchos otros grupos armados, pero como no los pudo ver ni ellos se identificaron, esta vez no sabría decir si eran grupos armados o no. Dice Alana: «yo soy una de esas otras mujeres que el gobierno apachurra, por no tener un papel o por no decir mentiras, porque el gobierno le cree a una persona cuando dice mentiras, pero cuando uno dice la verdad no, mire Jineth Bedoya, una persona con esos contactos y ni a ella la querían reconocer, que se dirá de una pobre montañera como yo. Pareciera que uno es un cero a la izquierda».

El Estado colombiano no la ha reconocido como víctima porque ella no ha podido recuperar las pruebas que le piden y ella tampoco va a decir mentiras. Alana sabe que muchas mujeres mueren buscando una esperanza, porque este conflicto ha ocasionado un dolor que no se visibiliza o se siente lejano, tantos años de guerra se traducen en una y otra muerte, en repetidas violencias sexuales contra las mujeres, lo cual rompe el tejido social que crean en los lugares a los que las desplazan y erosiona su autonomía y capacidad de reponerse a los hechos de violencia.

La historia de Alana nos recuerda una vez más que hay un límite para todo, que una mujer verraca, valiente y trabajadora como ella, también se cansa, se decepciona, pero que también una mujer como ella resurge, exige, conversa, ama y recuerda.

«Ya uno está mamado de sufrir», nos dice Alana con su historia.

EL RENACER DE LA ROSA

«Con sangre debajo del disfraz y mirada que tiembla, llora una mujer ante la pesadilla que está por empezar, llora una mujer que tiene heridas ocultas y las esconde en su sonrisa de cristal, llora una mujer que ya ha empezado a creer que su vida se va a acabar, llora una mujer que piensa una y otra vez por qué hizo mal al ir a ese lugar, llora una mujer que unos individuos acaban de violar. Aislada del mundo llora una mujer esperando...».

«Contar esta historia de vida va a servir para que otras mujeres lo hagan, y no se queden en el dolor, entonces siento que es importante para mí».

Ady

Ady^{52*} es una mujer que, como muchas en el mundo, ha experimentado la violencia, la respira desde el momento de su nacimiento, el 21 de junio de 1966 en Bello, Antioquia. Día en el que su padre la despreció al ver que era un ser femenino, característica que no fue de su agrado, pues dentro de las creencias machistas era «mejor» tener un hijo varón. Su padre no toleraba la idea de una mujer más en la familia y aunque el recuerdo de esto no está vívidamente en ella, los relatos de su madre al respecto y la historia que vivió junto a él, demarcan su memoria.

«Mi papá le dijo a mi mamá: —qué pereza otra mujer—, fue un rechazo total a mi ser, como mujer, mi mamá me contaba todo lo que él hacía cuando yo tenía 40 días de nacida: me descompuso un brazo, me lo fracturó porque lloraba mucho tirándome de la cama al piso. Mi papá fue muy duro con nosotras, con todas mis hermanas. De la infancia no tengo muchos recuerdos, no sé si es porque me niego a recordar, o de pronto por lo duro que fue».

De esa manera Ady empezó su historia de vida, siendo la hija número

52

* Los nombres fueron cambiados para preservar la identidad de la mujer y su familia.

ocho de once hermanos y la quinta mujer que llegaba al mundo de un hombre alcohólico que no toleraba que su legado fuera trazado por mujeres y al de una madre callada y temerosa que no reprochaba o interpelaba a su pareja, pues también era víctima de violencias. En esa cotidianidad fue creciendo Ady y a sus cuatro años sintió por primera vez el dolor de una pérdida, su hermana decidió no continuar una vida llena de violencias y acosos por parte de su progenitor bebiendo un veneno que terminó con su vida: «Yo estaba pequeña pero recuerdo que fue muy triste para toda la familia, mi papá se sentía responsable de la muerte de mi hermana».

La vida de las mujeres de la familia transitó entre golpes y violencia sexual de un padre y esposo. Ady no se escapó de este manto de violencia que cobijaba los días y las noches de este grupo de mujeres, veía cómo se ensangrentaba el rostro de su madre cada vez que él llegaba borracho a lastimarla. Desde muy pequeña presencié cómo su padre abusaba de sus hermanas: «Siempre quiso abusar de nosotras las mujeres, entonces se paraba de la cama e iba a tocar a mis hermanitas, me tocaba ver cómo lo hacía, ellas, incluso, llamaban a mi mamá para que las defendiera, mi mamá iba y lo regañaba pero él al otro día hacía lo mismo, ocurría a diario. Y mi papá no era el único que nos buscaba y quería tocarnos, mis dos hermanos también lo hacían conmigo y con mi hermana».

La cotidianidad de un padre abusador, una madre sumisa y unos hermanos que reproducían prácticas de violencia y abuso hacia sus hermanas fue marcando la vida de Ady, haciendo que desde pequeña buscara estrategias para autoprotgerse cuando su padre intentaba verla desnuda o darle besos en la boca; a diferencia de sus hermanas logró escapar de una violación por parte de éste, pero nunca se desligó de los tratos de desprecio que éste tenía con ella, sin entender muy bien el porqué de las frases que le decía:

«Gracias a Dios que nunca logró hacerme nada, pero él me odiaba mucho, me decía que no debía haber nacido, él siempre le decía a mi mamá que yo no era hija de él».

En esta historia, desde la cual la violencia está narrada bajo el relato de los paradigmas e imaginarios machistas y patriarcales, el padre de Ady decía que las mujeres no debían estudiar, porque su lugar era en el hogar cuidando de sus hijos y su marido, sin embargo, ella no escuchó razones y «rebeldemente» emprendió su vida escolar consiguiendo una beca en un colegio donde la coordinadora era una monja, que le permitió estudiar hasta octavo, año en el que dejó la escuela.

«—Llegué hasta octavo y no lo aprobé—, me acuerdo que tenía muchas amigas y me descuidé...».

A los 17 años emprendió camino hacia Medellín, lugar en el que para entonces vivían su madre y su padre, que continuaba bebiendo y repudiando tenerla como hija. Vivían en Manrique, en una casa que su mamá logró comprar con ayuda de sus hermanos, allí continuó la violencia ejercida por su padre y la violencia que se vivía en el sector, contada por los asesinatos y robos que diariamente se daban en la zona. A pesar de eso, la vida continuó y el amor empezó a florecer en su vida como una pluma que empezaba a impregnar sus días de otros tintes.

Su primer novio lo tuvo a los 19 años, con él se aventuró en el amor hasta los 20; luego a los 21 años conoció al padre de su hija: «Yo lo conocí a él, en Manrique, yo vivía en Barrios Unidos, en el parque de Guadalupe. Un día cualquiera que salimos con una amiga nos encontramos con él, y como mi amiga lo conocía, me lo presentó. Así fue que nos conocimos, fuimos amigos unos días y ya después nos enamoramos, pero la relación siempre fue a escondidas, porque mi papá no permitía que nos viéramos, porque era muy racista y desafortunadamente Fernando era moreno, entonces peor todavía, él decía que ese hombre no era para mí».

Con Fernando descubrió el amor y a su vez la incapacidad que pueden llegar a tener los seres humanos para reconocerse como tal y respetarse. Esto lo vivió el 21 de octubre de 1989, día en el que estando con él, siete hombres se sintieron con derecho sobre su cuerpo y abusaron de ella sexualmente. Ese día se citó con Fernando en su lugar habitual de encuentro, la Cancha de San Blas, cerca de Santo Domingo, un lugar que para la pareja representaba la posibilidad de conversar e irse descubriendo como pareja, entre lo lindo que les parecía el lugar con sus bancas y árboles, Ady nunca pensó que ese día estaría cargado de tanta crueldad, dolor y tristeza:

«Estaba sentada con él, en una banca cerca a la iglesia y como de costumbre estábamos conversando, cuando llegaron siete hombres con unas armas impresionantes, nosotros pensamos que nos iban a atracar, eso era normal por allá, le pidieron la billetera a Fernando y él no tenía casi plata, yo pensé que nos iban a matar, lo miré a él y él me miró, estábamos muy asustados, uno de ellos me dijo: —¡Abráceme para que no se den cuenta que pasa algo malo! —, me hizo ponerle la mano encima como si fuéramos pareja y a Fernando lo tenían al otro lado de la mano, nos hicieron caminar mucho hacia abajo. Allí había una zona verde de pasto, caminamos bastante, en cierta

parte me rehusé a seguir porque empecé a imaginar todo lo peor, uno de ellos, él que me tenía abrazada me puso el arma en la boca y me dijo: —¿Se va hacer matar de una vez? —. Me encomendé a Dios y seguí, me aferré tanto a la vida en ese momento, para mí la vida tenía mucho valor».

»Cuando llegamos allá, a una parte donde había un hueco, me dijeron que me quitara toda la ropa, a Fernando lo pusieron detrás de un árbol y lo amarraron, me dijeron que él iba a escuchar todo pero que no podía hacer nada. Me desnudé temblando de miedo y viví la peor pesadilla de mi vida: ¡Abusaron de mí!

Ese día antes de lo ocurrido Ady y Fernando estaban con la confianza puesta en el amor y la aventura de ir sintiendo en el cuerpo cada sentimiento, cada memoria de besos, conversaciones y caricias que compartían juntos. En ese descubrimiento del amor, la vida les recordó que así como el amor existe, también existe el miedo, el horror... Esos siete hombres llegaron a romper la historia de afecto, a quitarle momentáneamente la magia del amor y el encuentro humano, transformándola en una historia de dolor donde el amor fue difuminado por la sevicia y la creencia del poder masculino sobre el cuerpo femenino, irrumpió la imposibilidad de recibir y vivir el amor, dejando huellas en los cuerpos, las vidas y la historia de esta pareja. Ella siendo violentada y trastocada en cada parte de su cuerpo, de su memoria y él sintiendo el dolor desde la escucha impotente.

Esos hombres que portaban armas largas, vestidos de jean, camisas y cachuchas negras violentaron sexual y psicológicamente a Ady: «Me repetían que era una perra, que era lo peor, les dio mucha rabia que yo ya había tenido relaciones con Fernando, y que no fuera virgen, me pegaban en la cara y me abusaron muchas veces, para mí el abuso fue algo horrible, que me causó mucho daño, pasaron como dos horas en ese abuso porque ellos estaban “divirtiéndose” demasiado».

Con la valentía y la fuerza que la caracteriza, con la esperanza puesta en la vida y en ese palpar del amor que la llevó a ese lugar de Manrique, les pidió que no acabaran con la vida de ella y de Fernando, quien durante dos horas escuchó cómo violentaban a su compañera sin poder decir o hacer nada; valientemente les rogó entre lágrimas que les respetaran la vida: «Llegó el momento en el que ya tenía el arma en mi cabeza, yo les dije que no nos mataran, que ya nos habían hecho mucho daño, entonces uno de ellos le dijo al otro, no los matemos, dejémoslos, pero ya saben que si ustedes hablan los matamos, nos dijeron, nos vamos a ir pero no miren».

Entre el aturdimiento de no entender lo que pasaba, la oscuridad y el dolor, la pareja se quedó paralizada y en ese parque con la desprotección que marca el vivir como mujeres en una sociedad machista, Ady no solamente no recibió ayuda de unos hombres que pasaron por ahí, sino que una vez más abusaron de ella tocándole sus genitales. Sin embargo, entre el desconcierto y la fuerza que tenía, reaccionó y llamó a su pareja para que recogieran la ropa y huyeran de ese lugar que bajo la penumbra de los árboles fue testigo de los hechos de vulneración y dolor, donde al parecer el alimento del ego masculino y el poder, fue la posibilidad de violentar los cuerpos de otro, que ante sus ojos pierde la condición de humano y pasa a ser un pedazo de carne, perdiendo así toda suerte de posibilidad de decisión sobre su vida.

Sin embargo, ese 21 de octubre Ady exigió su derecho a vivir, como pudo se vistió con la poca ropa que aún se podía divisar entre la penumbra de la noche, descalza y semidesnuda abandonaron ese lugar que fue testigo de la maldad humana: «Llegamos a la casa de los papás de Fernando, cuando llegamos ellos se dieron cuenta de lo que había pasado, les dije que me habían violado, lloré mucho. Incluso la hermana de él, que estaba a punto de tener un bebé, se le vino antes del tiempo, debido al susto. Yo estaba aturdida, Fernando tampoco hablaba. Me quedé un rato, luego él me llevó a la casa, le conté a mi mamá, yo le dije que no le fuera a decir a mi papá, pues no quería que me diera cantaleta. Me metí al baño y me bañé un buen tiempo, mi cuerpo quedó muy maltratado, me bañé 4 veces. Esa noche no pude dormir, veía las caras de esos tipos, tenía mucha rabia y asco, escupía y sentía dolor. Esa fue la peor humillación que tenido, ya después, con todo el dolor que tenía, seguí la vida...».

Ady valientemente siguió viviendo, incluso fue a trabajar pocos días después de lo ocurrido, laboraba en Vidrios Palase, en este lugar encontró un apoyo emocional muy importante. En ese lugar rompía con su cotidianidad de violencia y maltrato masculino, Guillermo Lizarazo, su jefe, fue fuente de escucha, de protección y cuidado. La llevó al médico e intentó darle todos los cuidados necesarios: «El lunes siguiente, el 23, fui a trabajar, no sé de donde saqué valor pero fui y trabajé, llegué llorando a la empresa, él me preguntó qué me había pasado, como él me daba confianza le conté lo que me había pasado, él ese día me llevó hasta donde un médico por San Ignacio, pero la verdad no fui capaz de dejarme revisar del doctor, yo llegué hasta el consultorio y empecé a llorar, le dije que no me pusiera las manos encima, que no quería que me tocara y no me dejé revisar. Después de los hechos me salió una bola muy

grande en la ingle, duré con ella mucho tiempo, también me daban infecciones urinarias todo el tiempo y mucha rasquiña, pero nunca fui donde el médico».

Sin embargo, su cotidianidad no cambió, en ese momento no denunció el hecho, pues para ese entonces no sabía de esa posibilidad, sumado a esto, en su casa su padre no dejaba de maltratarla, y más adelante Fernando terminaría de romper su idea del amor, para pasar al abuso y la violencia.

El dolor y la tristeza parecían instalados en la vida de Ady, sin permitirle darse cuenta de que seguía siendo violentada por otros, entre la tristeza, la zozobra y el pánico que le generaba el ver a cualquier hombre con jean y chaqueta negra, Ady buscó refugio en la casa de Fernando y decidió irse a vivir con él, con la esperanza de salir de un contexto violento.

Dos meses después su padre murió y hasta en su lecho de muerte continuó repudiándola, esta vez por su decisión de irse de la casa: «Con Fernando empezamos a vivir y la situación no fue mejor, yo no quería que me tocara, y él era un hombre muy mujeriego, le gustaba mucho el sexo, él sabía lo que él había vivido conmigo y no me entendió. Entonces empezaron los problemas, empezó a serme infiel, llegaba tarde borracho, pero yo seguía con él porque yo me sentía culpable de lo que me había pasado y pensaba que cualquier cosa que me pasara me lo merecía».

Este «merecer» se convirtió en la carta que posibilitaba más violencias hacia ella, sumado a una creencia aprendida de su madre, en la que las mujeres deben ser sumisas ante el hombre y aunque la violencia de Fernando hacia ella no era física como la que su madre vivió con su padre, la vulneración era emocional y sexual: «Emocionalmente me pisoteaba, se conseguía a otras mujeres y no le importaba que yo me enterara, si yo me daba cuenta, de malas».

Fue en este nuevo contexto violento que dos años después nació su hija, lo cual trajo consigo malos tratos de Fernando y más violencias: «Él se molestó demasiado con la llegada de la niña, me dijo que él no quería hijos y que por qué no me había cuidado. A mi hija la escondimos durante 2 años de la empresa donde él trabajaba, porque él me dijo que si se daban cuenta lo despedían, entonces yo tuve a la hija mía en una unidad intermedia, desafortunadamente no son las mejores, además no tuve unos controles buenos porque él no me afilió a la EPS».

Con su hija Lina Alejandra llegó la posibilidad del amor y el cuidado, sin embargo, este amor se vio borrado por el miedo que le generaba saber que era mujer y que podía vivir una historia como la suya, convirtiéndose este miedo en una zozobra cotidiana, en la que la desconfianza hacia los

hombres primaba cada día, sumado al señalamiento que recibía de otros que patologizaban su temor y desconocían su historia de vida.

La violencia seguía llenando sus días y ese hombre que le mostró el amor pasó a ser su verdugo, física y emocionalmente: «Él nunca entendió lo que me pasó, jamás se puso en mi lugar, llegó el momento en el que yo soportaba todo lo que él me hiciera, llegaba a cualquier hora pintorreteado de las otras mujeres y yo me dejaba hacer todo lo que fuera porque yo decía si yo no hago esto, él se lo hace a mi hija. Una vez en una visita de una amiguita de mi hija que tenía 9 años, ella me contó que le tocaba la vagina, entonces a mí me daba mucho miedo. Pero descansé cuando murió, hace 6 años de cáncer. Fueron tiempos de mucha sumisión».

Esta sumisión se perpetró por varios años, primero como pareja y tres años después del nacimiento de su hija, al separarse, pasó a ser un hombre que entraba a su casa y abusaba de ella, acción que era posible bajo el mandato del miedo: «Iba y me buscaba y yo lo “atendía”, siempre con el temor de que le hiciera algo a mi hija. Pasaron los años, mi hija ya tenía como 8 años, y él empezó a tocarle los senos, yo sabía que estaba mal hecho, yo sabía que él no lo debía hacer, pero es que él me manejaba y manipulaba, yo le tenía mucho miedo. Un día no me aguanté más, no podía dejar que eso le pasara a mi hija, me di cuenta de que no la estaba cuidando, le dije a Fernando que no iba a permitir que abusara de mi hija y que la tenía que respetar».

Fue así como Ady por el amor a su hija rompió las cadenas del silencio, desmanteló el miedo para encontrar su fuerza y evitar que siguieran abusando de las dos. Inició así una nueva etapa de su vida en la que decidió emprender nuevamente sus estudios y terminar el bachillerato. A su vez, años después, desde esa valentía que la caracteriza y la posibilidad de soñar y creer en la vida, tomó el riesgo de empezar una nueva relación de pareja con Víctor, entre el miedo de exponer a su hija a un abuso sexual. Ady fue poco a poco creando lazos de confianza, apostándole a construir una familia, pues siempre había soñado con esto, sin embargo no fue fácil, porque, sumado al miedo, su hija estaba muy apegada a ella y no toleraba que su madre empezara una relación de pareja: «Ella me decía no, mami duerma conmigo, no vaya a quedar embarazada, yo no quiero tener otro hermanito, por favor no quede embarazada, yo le decía que eso no iba a pasar», promesa que cumplió, al acordar con su nueva pareja que no tendrían más hijos, pues ya cada uno tenía uno, ella a Lina y él a un hijo.

Esta historia de familia, que empezó a escribir, no venía trazada por la

violencia, pero sí por el miedo que esta deja, no solo en quien la vive, sino en sus generaciones venideras: «Cuando empecé a vivir con Víctor, siempre estaba muy celosa de que ella estuviera sola con él, me daba mucho miedo, entonces siempre había una distancia entre ellos dos porque yo no le permití que se acercara mucho a ella, entonces la relación de ellos no fue muy buena, tal vez porque yo nunca lo permití. Mi hija, hace 4 meses me dijo que necesitaba hablar conmigo, nos sentamos a hablar y lloramos mucho, porque ella me decía que tenía tantos vacíos en el corazón y en el alma, por sus temores a acercarse a otras personas, que siempre me había visto con mucho miedo. Yo le dije que lo sentía mucho y que había intentado hacer mi mejor tarea, aunque prometí cuando ella nació que iba a hacer todo lo posible porque las cosas funcionaran y que Lina no tuviera esos temores, pero fue imposible no infundírselo».

Ese «exceso» de cuidado como lo nombraría su hija, fue una fuente de motor de vida, pues el miedo venía acompañado de mucho afecto hacia ella: «Después de que nació mi hija empecé a sentir que la vida tenía que seguir, al principio no entendía por qué ella había llegado, pero ahora creo que fue un regalo que Dios me dio para que yo siguiera adelante y tuviera por quien luchar. Otra de las fortalezas que me impulsó es mi valentía, porque me he levantado de muchas cosas dolorosas. Para mí eso es muy valioso pues he tenido muchas dificultades pero aquí sigo en la lucha».

Este motor le permitió seguir viviendo, terminar sus estudios, emprender dos técnicos (uno en secretariado y otro recursos humanos) que terminó y que le dieron la posibilidad de ascender como secretaria en la Fundación en la que trabajó durante 15 años, lo que para ella ha significado un logro de vida: «Cambié de actividad y siento que eso me subió el ánimo, trabajé como secretaria 7 años hasta el pasado 29 de noviembre, ahora estoy dedicada a la casa y a proyectos personales».

A su vez Ady empezó un proceso con la Unidad de Víctimas, con la psicóloga que ha venido transformando los significados y comprensiones que tenía de su historia: «Cuando uno sufre violencia sexual, a uno le matan algo adentro, es muy dura la experiencia, en mi caso también con lo de mi papá, reconstruir para mí la confianza en los hombres ha sido todo un proceso. En medio de todo lo vivido le doy gracias a Dios de que a pesar de tantas cosas hoy estoy acá, tengo una vida y sigo soñando, yo no he dejado de soñar nunca».

Entre esos sueños y transformaciones pudo entender que ella, al igual que todas las mujeres víctimas de violencia sexual no son culpables: «Es

irónico, pero después de 23 años de lo que me pasó, me di cuenta de que yo era víctima, yo no sabía que era ser víctima, hasta hace muy poco, con todo el acompañamiento me di cuenta de que yo no fui la culpable ni la responsable de lo sucedido, sino que fui víctima de algo que yo no buscaba. Declaré el 23 de diciembre de 2014, declaré ante la Casa de Justicia, y en marzo de 2015 salí registrada como víctima en el Registro Único de Víctimas».

Su fuerza y la posibilidad de entenderse como una mujer que no fue culpable de lo que le ocurrió, le ha permitido pensar en la posibilidad de denunciar, pensamiento que llega plagado de miedo, pues no sabe si aún esos que abusaron sexualmente de ella estén vivos, lo que sí sabe es que probablemente fueron de la banda que tenía el control territorial del barrio para ese entonces, banda que aún hoy opera en el sector. A pesar de esto y de haber intentado una primera denuncia en la que fue revictimizada, Ady sacó fuerzas para contar su historia como un mecanismo de no repetición, si bien, en algunos casos las instituciones no han brindado un acompañamiento significativo, ella continúa con su ser dispuesto y atento.

«Cuando fui al CAIVAS de Medellín a hablar sobre mi caso, me sentí muy mal, pues la mujer que me atendió me dijo que ya era muy tarde, que ¿para qué iba? Salí muy desanimada, yo decía ¿cómo va a caducar?, si lo que me hicieron fue muy grave. Uno queda más tranquilo y entiende más si le responden explicándole con respeto y sin revictimizar».

Actualmente, Ady sigue luchando valiente, mirando al miedo de frente y teniendo como motor la posibilidad de contar su historia y el poder de ser escuchada por otras mujeres, como mecanismo para transformar el dolor y acompañar a su vez a otras: —«Yo siento que tengo que hacer ese proceso de la denuncia, lo tengo que seguir porque si yo no lo hago, es algo que queda abierto y lo tengo que cerrar, lo tengo que hacer y tengo que dejar el miedo...».

En su capacidad de resiliencia y resistencia, hoy a pesar del miedo y de saber lo doloroso que sería ver frente a frente a los victimarios, uno de sus deseos es poder mirarlos a la cara para hablarles de los impactos de la violencia sexual en la vida de las mujeres:

«Me gustaría decirles sobre el daño tan grande que genera la violación, uno sana poco a poco, es verdad, yo ya converso más del tema y me siento transformada, pero que hacen un daño inmenso, lo hacen».

Para ella este ejercicio de memoria y de encuentro permitiría empezar a transformar las cotidianidades de un país que aun hoy ve cómo se violenta la vida: «Cuando a mí me hablan de no repetición, digo, pero es que siguen

sucediendo las cosas igual que antes, ¿hasta cuándo va a pasar lo mismo?, hablan mucho de las medidas de reparación, pero falta mucho por trabajar aún, el camino es largo».

Es así como en este contexto, donde en muchas ocasiones se presentan hechos que quedan en la impunidad, la historia de Ady nos invita a seguir confiando en la paz y en su relato como mecanismo de transformación, como una apuesta que garantice la no repetición: «Tengo mucha fe con todo esto, yo quiero que esas historias lleguen allá, a la mesa de paz, pues hay muchas mujeres que sufren esta situación, la violencia hacia las mujeres se tiene que acabar, las personas que están en la Habana tienen que escuchar estas historias y lograr ver todo el daño que se ha hecho a las mujeres, eso es muy importante».

Ady es una mujer que inspira fuerza y tenacidad por la vida, hoy sigue en su lucha, con confianza en la construcción de un lugar distinto, hoy se arriesga a contar su historia como la posibilidad de dejar la pluma abierta para escribir otras, hoy se sorprende como una niña con su primer viaje de avión, que nos recuerda la posibilidad de continuar en el viaje de la vida, rompiendo miedos y palpitando con libertad: «Sentí tanta alegría, me sentí tan libre allá arriba, primera vez que siento tanta libertad, porque para mí la libertad es lo más maravilloso, me sentí tan dueña de mí misma en ese avión».

Ady sigue volando la vida, soñando e invitando a soñar, para que a pesar de la adversidad, el disfrute de la existencia y los sueños jamás terminen: «Sueño con tener una vida tranquila, sueño que mi hija ya es profesional y tiene una familia, sueño con tener una empresa, sueño con seguir luchando y aprendiendo sobre los derechos de las mujeres, sueño con ser tallerista y acompañar a mujeres para compartir todas las manualidades que sé con ellas. Dios me dio la oportunidad de volver a vivir, es una oportunidad y hay que aprovecharla, y a pesar de que hubo mucho dolor y tristeza siento que la vida vale mucho la pena».

Hoy respira el perfume de la rosa, flor que recuerda la acompañó en ese momento de dolor, después de un tiempo de seguir respirando y aunque el corazón a veces le rebote por esos tristes recuerdos, sigue soñando y resistiendo con su valentía y su sonrisa.

«...Después de un tiempo la mujer vuelve a este lugar, que alegría volver a ver su sonrisa de cristal, pero la verdad me invadió la curiosidad y me atreví a preguntar: —¿Por qué has regresado a este lugar?— y ella respondió sin dudar —¡he regresado para recordar que aquella noche unos hombres mis sueños quisieron matar, pero pudo más mi fuerza de voluntad y del dolor me pude levantar, y al verte

a ti hermosa rosa tan radiante y peculiar, después de aquella noche tus pétalos vi pisotear, tu eres mi mayor ejemplo de vida, ejemplo de vigor, de valentía ante toda adversidad, hoy siento que he logrado perdonar y mi alma sanar y tú y yo hermosa rosa, poder nuestra vida continuar».

RECUERDOS TATUADOS EN EL ALMA

*«Yo sentía que me desprendía toda. Todo lo malo se iba y me sentía subiendo para el cielo, la felicidad me acompañaba.
El niño bajaba riéndose y me decía: —mami, mami— y movía sus pies de ángel, sus pies gorditos, rosados y con alas.
Yo lo veía con muchos ángeles y muchas estrellas volando.
Todo el cielo estaba iluminado».*

Liliana

Liliana^{53*} nació el 26 de agosto de 1967, en la finca llamada «La Linda», en un corregimiento de la gran Antioquia. Sus padres fueron Sigifredo* y Constanza*. De esa unión surgieron doce hijos, ocho mujeres y cuatro hombres. Actualmente se encuentran vivos diez. Liliana ante los ojos de sus hermanas parecía la consentida de sus padres, condición que las molestaba, haciéndola blanco de los celos y comentarios despectivos de ellas.

Su paciencia, tranquilidad y fe en Dios la ayudaron a sobrellevar las peleas. No sucedió lo mismo con su hermano mayor, Oscar Darío, quien se comportaba violentamente con Liliana y abusaba sexualmente de ella, ejerciendo un control y maltrato que camuflaba en su discurso de cariño y amor. Situación que Liliana le comentó en varias ocasiones a Constanza, pero ella muchas veces deslegitimó su palabra y respondió con maltrato sus requerimientos: «Yo le contaba a mi mamá lo que hacía mi hermano y ella me golpeaba. Mi hermano me hizo la vida imposible desde pequeña, pues él me decía que era la consentida de él y que no me iba a dejar casar, me amenazaba constantemente».

»A mi papá le dije una vez y me dijo: —Mija cuídese mucho, no se vaya a dejar hacer cosas de él—, pero no hizo más nada. Mi papá era víctima

53

*Los nombres fueron cambiados para preservar la identidad de la mujer y su familia.

de mi mamá, él hacía todo lo que ella dijera, se enamoró ciegamente y ella lo maltrataba, era muy violenta.

La finca en la que vivió Liliana era humilde y sencilla. Sigifredo usaba el motor de caña como sustento económico familiar. Ninguno de sus hijos asistió al colegio, permanecieron en la finca realizando labores del campo, cuidando marranos, gallinas y ganado. Pasaron los años y Liliana seguía siendo víctima de los abusos de su hermano, se preguntaba una y otra vez: «¿qué quería hacer con ella?, ¿qué era eso que mostraba? y ¿qué será lo que le echaba encima?», en esa época no encontraba la respuesta. El escenario al que Liliana más le temía era cuando Constanza los enviaba a unos ranchos a trabajar y a acompañar a Sigifredo en sus quehaceres laborales. Todos se acomodaban en una misma cama, hecha de palos secos, y una vez que Sigifredo y ella se dormían, su hermano aprovechaba para bajarla de la cama, llevársela lejos del rancho y abusar de ella: «Como mi mamá nos hacía pantalonetas apretadas para vestirnos, mientras él intentaba quitarme la ropa, yo me despertaba y empezaba a arañarlo y a pegarle, muchas veces hasta gritaba, pero nadie me escuchaba porque estaba lejos del rancho».

Así fueron pasando los años, muchos de sus hermanos se casaron y salieron de la casa. Su hermana Diana*, de 17 años, se casó con su pareja; Liliana admiraba la relación que ellos tenían, los veía jugar, compartir y apoyarse. Pensaba que en esas condiciones la vida era agradable y que valía la pena tener un novio para salirse de la casa, así que empezó a conocer nuevas personas, comportamiento que a su hermano le disgustaba y tergiversaba cuando le contaba a Constanza: «Mi hermano le inventaba a mi mamá que yo me daba besos con mis novios. Ella se ponía muy brava y me pegaba, pues siempre nos decía que no nos dejáramos tocar. Mi hermano decía una y otra vez: —Mamá, cuando me case lo voy a hacer con una mujer como mi hermana, a mí me gustan así, vea esas piernas, vea esa cabellera, ave maría tan linda Liliana ¿cierto?—».

Liliana buscaba apoyo y protección en su madre, para que ella de una buena vez detuviera los abusos de su hermano, Constanza respondía con evasivas e insultos sus pedidos.

A Antonio, su primer esposo, lo conoció donde trabajaba Sigifredo. Liliana sintió confianza hacia él, pues conocía su familia y eran personas respetables. Nada sospechó ella sobre sus relaciones con grupos armados ilegales.

Comenzaron la relación, pero al poco tiempo terminaron, ya que él intentaba tocarla y tener intimidad con ella y Liliana no se sentía cómoda, las

experiencias previas de abuso con su hermano le generaron miedo al contacto físico con los hombres.

Retomaron nuevamente la relación. Los meses pasaron y ella dio el sí en una iglesia, a sus 17 años. Ese día, en la mañana pasó un buen tiempo encerrada en el baño preguntándole a Sigifredo por qué se tenía que casar, pues no lograba entenderlo. Éste le respondía que no lo hiciera, si no era lo que realmente quería.

Finalmente, como Liliana lo relata, decidió unir su vida con Antonio: «Me casé a las tres de la tarde y nos vinimos a caballo de la iglesia para donde mi suegra. Allí había una fiesta de guitarra y triple. Ningún hermano me quiso acompañar a la boda. Cuando llegamos allá, me di cuenta de que los amigos de él eran guerrilleros, pues habían muchos hombres con botas y fusiles».

A lo largo de la noche hubo baile y festejo, cuando empezó a entrar la madrugada, su esposo quiso tener intimidad con ella, llevándola a un cuarto y tocándola sin su consentimiento. Empezaron a discutir y las agresiones verbales y físicas comenzaron, con el argumento de que Liliana era su mujer y tenía que dormir con él. Su suegra al escuchar la discusión intervino a favor de su hijo, exigiéndole a Liliana que tenía que tener relaciones sexuales con Antonio. Al ver toda esta situación, Liliana decidió escaparse, diciendo que iba al baño: «Yo a mi casa no podía ir, entonces me escondí dentro de un rastrojo y unas matas de elefante, él me encontró y me pegó con una peñilla, me dijo que yo no valía nada, me trataba de lo peor. Al otro día, mientras que él estaba dormido, me fui a mi casa y le conté a mi mamá que Antonio no me respetaba, ella me dijo que para qué me había casado y que me fuera a cumplirle a ese hombre. Entonces yo arranqué y me vine para la casa de él otra vez».

Esa noche él nuevamente la buscó para tener relaciones, amenazándola con un arma si no accedía a su pedido, insultos iban y venían. Antonio le amarró las manos y los pies, Liliana no recuerda mucho lo que sucedió, pero al despertar y volver en sí, ella estaba desnuda y con una hemorragia de sangre, señales en su cuerpo que reflejaban la violencia sexual que su esposo había ejercido sobre ella. Siguieron pasando las noches de maltrato y vulneración y al tiempo ella quedó embarazada de su hija.

Tiempo después, Antonio le comentó a Liliana que se irían a vivir con sus amigos a una finca en Palogordo. El maltrato físico y verbal continuó. El lugar en el que residían era en medio del monte, en una zona ganadera. Ella iba a ser la encargada de preparar los alimentos para todos ellos, unos 8 hombres aproximadamente.

Liliana y su hija fueron las dos únicas mujeres durante un tiempo, después, cuando su hija tenía dos años llevaron a Marina, una mujer del pueblo que tenía quince años, para que le colaborara a Liliana en los quehaceres. Con el pasar de los días Marina, al igual que Liliana, fue obligada a tener relaciones sexuales con todos.

Una noche de tragos y licor, comenzaron a amenazar a Liliana obligándola a estar sexualmente con todos, la orden la daba el jefe de ese grupo, Francisco Luis Areiza, «alias Ignacio», quien decía que él iba de primero, allí estaban presentes, José, Donaldto Areiza, «alias el mono», Gildardo Areiza, Reinel, «alias boso de cobre» y Gustavo Zapata, «alias Tavo».

Liliana reconocía que no contaba con el respaldo de su esposo, sabía que esa noche iba a ser dolorosa y larga, su hija dormía en una hamaca, y ella lo que más deseaba era que la violencia sólo fuera contra ella: «Yo sentí que el mundo se me iba a acabar, me amarraron y empezaron todos a hacer fila, se desnudaron, mientras tanto yo rezaba a la santísima trinidad para que me acompañara y protegiera. Uno de ellos, Reinel, quien en ocasiones anteriores había manifestado su gusto hacia mí, dijo que me dejaran quieta, él no abusó de mí, pero Francisco Luis y mi esposo, sí lo hicieron».

Liliana no fue la única víctima de los maltratos que ocurrían en ese lugar, a Marina, quien sostenía una relación con Gustavo, también el dolor y el abuso sexual la encontraron. Ellas tenían que realizar trabajos físicos pesados y desgastantes, sin tener la posibilidad de negarse. Sin embargo, contaban la una con la otra, se cuidaban y apoyaban, en medio de toda esta situación de vulneración no estaban solas.

Los episodios de amenazas y violencias fueron muchos, Liliana recuerda especialmente uno, que sucedió un jueves santo. Antonio le apuntó con un arma debajo de un árbol de guayabo, ella tenía a su hija en los brazos, la protegía para que no mirara, su pecho y corazón acelerado la resguardaban. Poco o nada le importaba a su pareja que la niña estuviera presente, pues disparó y el tiro, como si fuera película, sale por la culata, hiriéndolo a él. Liliana continuaba aferrándose a la vida.

Otro día, las llevaron para subir unas armas por un pastal, para que no las encontraran los soldados, los morrales iban tan pesados que Marina, quien se encontraba embarazada, se desgonzó y cayó, su cuerpo no aguantó más y se rehusó a continuar. Francisco Luis, al ver que Marina no estaba en condiciones para seguir, le solicitó a Liliana que la matara, ella sorprendida y aterrorizada y con la fuerza interior que la caracteriza, se negó diciendo que

ella no la mataría y que de ser necesario la mataran a ella también.

Los momentos y días siguientes se asemejan a una película de terror macabra y escabrosa: «Empecé a llorar, Francisco Luis me puso una arma en la cabeza, gritándome que me iba a morir, yo le decía que me matara pero que a Marina yo no le hacía daño. Él dio la orden a Reinel de que la llevaran de vuelta al rancho, después le hicieron unos baños y Marina se logró alentar».

Pasó el tiempo y el embarazo de Marina continuaba, ella comenzó a negarse a seguir las órdenes de ellos, le reclamaba a Gustavo por haberla llevado allá. Por las noches se rebelaba y no accedía a lo que ellos le pedían, comportamiento que castigaban amarrándola y golpeándola y violentándola sexualmente una y otra vez.

Marina cansada de todos los abusos y el maltrato, una tarde amenazó a Gustavo con un cuchillo, este acto firmó su sentencia de muerte. La vida de Marina quedó en las manos de los hombres de la guerra quienes con motosierra y sin compasión alguna la mataron y enterraron en un hueco.

Los gritos de auxilio se convirtieron en un eco que atormentaban a Liliana, a quien obligaron a ver ese acto de carnicería humana. Todo quedó en silencio, la violencia en su máxima expresión continuaba su paso, y Liliana y su hija seguían resistiendo, viviendo. Por las tardes, Liliana honraba la vida de Marina con flores, visitas y recuerdos. Lo que habían vivido juntas como amigas, la guerra no se los podía quitar y permanecía más allá de la muerte.

En el rancho los hombres hablaban de sus negocios, atentados al alcalde, robos y asaltos a almacenes, tiendas y tractomulas en Ituango. Todo lo que obtenían lo guardaban en los huecos de tierra que hicieron Marina y Liliana, con sudor y mucho esfuerzo. La comida era racionada y nunca era suficiente para ellas.

Al tiempo una nueva vida llegaba al lugar, Liliana se encontraba por segunda vez embarazada, esta vez el padre era el comandante de ellos, «Ignacio», quien la torturaba física y sexualmente con palos, sustancias líquidas y agujas, justificando su actuar por amor. Cuando se supo del embarazo toda una serie de acciones fueron realizadas para no permitir que su hijo naciera, fue lanzada por barrancos varias veces y la obligaban a ingerir bebidas amargas para abortar.

Transcurrieron los meses y el día que Liliana iba a dar a luz vio a lo lejos a su papá pasar frente al rancho, los dolores eran cada vez más intensos por lo cual le hizo señas para que él fuera a socorrerla. Junto con otros trabajadores la subieron en una hamaca de costales que armaron y la sacaron de la finca para

Ituango a que tuviera su bebé en el pueblo. No había nadie en ese momento, el grupo estaba resguardado.

Duró ocho días en el casco urbano cuando con Antonio le mandaron razón de que se regresara rápido o la mataban: «Negra que se devuelva o sino usted ya sabe cómo la llevan y a donde la dejan». Liliana por no poner en riesgo ni en peligro a su familia, se devolvió con ellos.

Junto con sus hijos vivió unos meses en el monte, aprovechaba la panela y los alimentos que le llevaba su papá para intercambiarlos por comida con los soldados que estaban en la zona. Poco tiempo tardó para que se enteraran que Liliana había estado hablando con los militares y la amenazaron, golpearon y le pidieron información y coordenadas del destino de los uniformados. Nuevamente, todo un despliegue de actos de tortura sucedía, esta vez su dentadura y uno de sus dedos fueron los más afectados. Liliana seguía resistiendo y luchando, su valentía crecía.

Todos le tenían respeto al monte y a su ley. Pasaron los días y muy pocas personas pasaban por el rancho, la comida comenzó a faltar y Liliana y sus hijos comenzaron a debilitarse. El bebé de siete meses se adelgazó mucho, le dio diarrea y vómito. Como un presagio, ella sabía que su hijo no iba a sobrevivir a toda esta realidad porque era demasiado dolorosa para él, la muerte estaba rondando.

Liliana y su hijo se estaban despidiendo, esa noche las puertas del cielo iban a recibir a un nuevo integrante. Ella le rogó que la llevara con él, pero entre balbuceos le respondió que no, aún no era su hora. Con un poco de miel en una botella de vidrio de esas de aguardiente, Liliana hizo agua de panela, tomaron unas tutumaditas, se acostaron y empezaron a jugar a los niños: «Me señalaba el cielo y me decía que se iba, lo empecé a cargar y él comenzó a irse. Esa noche se murió el niño en el monte, lo coloqué en una tabla, con un trapo blanco que tenía lo bañé, cogí hojas de un naranjo que había y con los mismos pañales que mi papá me regaló le hice una túnica y lo envolví. Lo velé toda la noche y al otro día a las seis de la mañana, salí a ver quién pasaba, porque yo no quería enterrar al niño mío ahí en el rancho».

Martín, un vecino del sector que pasaba en ese momento, fue el apoyo que Liliana necesitaba, se montaron en la mula y a pocos minutos de haber arrancado, los pararon y obligaron a regresar a pedirle permiso a Francisco Luis para bajar al pueblo a enterrar el niño. Liliana hizo promesas para así ganarse su confianza: «Voy a ir a hablar con mi mamá para que ella se quede con la niña y yo me vengo con ustedes ya del todo, yo a usted lo quiero mucho,

seré su mujer». Por dentro la inundaba la rabia por toda la violencia recibida por parte de estos hombres, pero no era momento para explotar, ella necesitaba planear todo mejor.

Fueron a enterrar al niño en el pueblo y regresaron a las siete de la noche. Esa noche, Martín fue una víctima más de esta cruel y deshumanizante guerra, nuevamente la motosierra se prendió, esta vez por haber llevado a Liliana y sus hijos al pueblo, por haber sido solidario. Nuevamente Liliana observaba las prácticas del terror ejecutadas por ellos, en donde el tomar la sangre de la víctima era un ritual que se llevaba a cabo para ahuyentar miedos, para renovar fuerzas.

El 28 de agosto de 1995 fue el día en que Liliana y su hija emprendieron la huida. Aquella finca e donde habían sucedido tantas cosas dolorosas iba quedando poco a poco atrás, cada vez más lejos: «Yo cogí fuerzas y apenas ellos se fueron, yo cogí una linterna toda oxidada, le coloqué unas pilas, cogí la niña y a la una de la mañana me vine por ese monte abajo. Llegué a Ituango y pedí que me llevaran a Medellín, allí en el terminal de transportes le solicité apoyo a un policía, diciéndole que me colaborara con algo para comer».

Esa noche Liliana la pasó en el terminal. Al día siguiente el policía le dio el contacto de una señora donde podía trabajar apoyándole en las labores domésticas. A los pocos días de estar en el trabajo se enteraron que ella estaba en embarazo y le solicitaron que se fuera, ella se regresó a su pueblo a la casa de su madre, quien le hizo saber no que la apoyaba, pues no era bien visto que no se conociera quién era el padre del niño.

Para esa época, el orden público del lugar había cambiado, se veían soldados y fuerzas militares en la zona, muchos de los hombres de la finca ya no estaban, algunos se habían ido, otros los habían matado o desaparecido, a muchos los botaron al río. Nunca volvió a saber algo de José.

Ignacio apareció otra vez. Con su llegada, Liliana sintió miedo e intimidación, se preguntaba para donde iba a irse ahora que él la había encontrado. Pensamientos que la atormentaban y fueron interrumpidos por la muerte repentina de este mismo: «Él venía subiendo para mi casa cuando le dispararon, nosotros salíamos de misa a las siete y media de la noche e íbamos para la casa que quedaba del atrio para arriba, lo siguieron y le dispararon, yo lo vi caer en la acera. Dios me perdone, pero cuando yo vi que le dieron los tiros, sentí un descanso, me quité un peso de encima, me liberé».

El 25 de diciembre de ese año, nació su hijo, un regalo de la vida que le dio ánimo y la impulsó a salir adelante, su padre fue su partero, quien

la acompañó en el proceso de dar a luz: «Me fui para la finca, mi papá me recibió, él fue muy querido y me apoyó en todo, le cortó el ombliguito a mi hijo, lo limpió y lo organizó. Después fue al pueblo y me trajo pañales y leche».

Liliana decidió quedarse un tiempo en la finca con su padre colaborándole con los trabajadores. Como un fantasma que no desaparece y atormenta, su hermano, aparecía una y otra vez para seguir acosando a Liliana con distintas excusas: «A los dos días de haber nacido mi hijo llegó mi hermano a la casa para darse una vuelta, yo estaba acostada en la pieza, cuando desperté él me estaba chupando un seno, entonces yo lo paré, me levanté de la cama y le dije: —¡Vos ya tenés mujer, tenés unos hijos, entonces qué buscas en mí, déjame en paz!».

Nuevamente, la manipulación de su hermano con su madre, hace que Constanza le solicite a Liliana que se vaya de la casa. Esta vez iba con sus hijos, dejando atrás, como era habitual una historia de abuso y poco apoyo.

Medellín la recibió con apertura, en un parque, entre conversaciones conoció a una monja, quien al escuchar su historia le comentó que cerca de allí tenían un taller de confecciones en donde le podían enseñar costura, aprender un oficio y conseguir trabajo. Liliana se puso a estudiar y después de quince días ya sabía filetear. Luego consiguió trabajo donde una señora: «Duré tres años trabajando en este lugar, me fui porque a ella le dio cáncer de seno. En su remplazo entró un señor quien empezó a “echarme los perros”, quería que le trabajara hasta las 11 de la noche, decidí irme de ahí».

Los años siguientes, Liliana continuó trabajando en talleres de costura. Cuando su hijo tenía tres años conoció a la persona que hoy es su actual pareja, Gerardo*, tuvieron una relación de amistad en un principio, pues ninguno estaba interesado en tener una relación sentimental; Liliana porque se encontraba decepcionada de los hombres y Gerardo porque tenía una novia y las cosas no estaban funcionando con ella. Comenzaron a compartir más y más y a ser el confidente el uno del otro.

Tiempo después, se fueron a vivir juntos como amigos y al año y medio de convivencia decidieron darse una oportunidad como pareja: «Nos fuimos a vivir a Santo Domingo, una prima mía nos dijo que por la quiebra estaban vendiendo unos lotes, yo me emocioné y acordamos con Gerardo que trabajaríamos para finalmente tener nuestra casa. Conseguimos el terreno y empezamos a parar una casita, la llamamos la casa bonita, la pintamos de azul y rojo, dije, ahora sí se me acabaron las pesadillas».

A los seis meses que se fueron a vivir a la casa, empezaron los enfrentamientos y las balaceras en el barrio, era el año 2002. La operación Orión se estaba desplegando, una estrategia de horror que afectaría a muchas personas: «Yo nunca pensé que me iba a volver a tocar lo mismo, llegaron unos hombres encapuchados, yo digo que fueron los mismos del pueblo, decían que eran milicianos del barrio, pero se me pareció mucho a una persona que yo conocía cerca de la finca, solo que tenía el pelo más largo y gafas oscuras».

La orden dada por estos hombres era llevar unas armas a la terminal de transportes, esa noche Liliana no durmió, el miedo y la incertidumbre retumbaban en su cuerpo: «Al otro día madrugué a las siete de la mañana, fui a mi trabajo y me inventé una excusa para ausentarme. Subí a la terminal de transporte, allí me hicieron pasar dos armas, revólveres nuevos y dos libras de droga. Me dieron \$500.000, en ese entonces era buena plata, le dije a mi esposo que era una liquidación que en el trabajo me habían dado, pero yo no vivía tranquila. La segunda vez me dijeron que tenía que ir a llevar una droga, yo me negué. Entraron a mi casa e hicieron papeletas con la droga para pegarme debajo de la ropa, les dije que yo no iba a llevar nada, ellos me amenazaron con los niños. Al otro día me fui para la terminal de transportes a llevarles eso, era la última vez que lo hacía».

Los enfrentamientos entre grupos continuaban, era usual escuchar la ráfaga de tiros y ver a personas heridas, la situación era cada vez más tensa. Las personas sacaban toda su fuerza para seguir con sus vidas.

La volvieron a buscar, meses después, esta vez para que participara de un robo a una casa de una adulta mayor, ese día Liliana rezaba y le pedía a la virgen que nadie la viera. En otra ocasión, la citaron en el terminal y le solicitaron que llevara exámenes de sangre. Intimidada por las amenazas ella accedía y les hacía caso en todo: «Cuando yo llegué a la terminal ellos me tenían un pasaporte, parecía que querían llevarme para otra parte o venderme, yo les dije que si me dejaban ir al baño que tenía ganas de vomitar, me dejaron ir y salí volada para escaparme, uno de ellos se dio cuenta y me alcanzó y me subió por las escalas y en la oficina donde estaban reunidos intentaron ponerme una inyección. En un descuido, me escapé nuevamente, salí a la calle gritando, tomé un taxi y me volé. A llegar a la casa estaba muy afectada, mi esposo me llevó a la clínica y allí me valoró un psiquiatra, yo les conté la historia de lo que había sucedido, no me creyeron y decidieron internarme en una clínica psiquiátrica veintiocho días».

Días después, Liliana regresó a su casa, el tiempo allí le sirvió para pensar en ella y en su bienestar. Como consecuencia de las constantes violaciones y abusos sexuales vivenciados, la matriz de Liliana quedó seriamente afectada, no le era posible concebir hijos, los exámenes médicos ginecológicos arrojaban un cáncer que ya estaba comenzando en su cuerpo. Le practicaron algunos procedimientos y logró superar el cáncer.

Con el propósito de ser padres empezaron a ir a un grupo de oración y adoración a la santísima trinidad todos los domingos, las ecografías continuaban saliendo negativas, sin embargo, Liliana y Gerardo no perdían la esperanza de tener un hijo. Liliana presentía que iba a volver a ser madre y una ecografía especializada lo confirmó, cuando les dieron la buena noticia, el bebé tenía tres meses de gestación.

De aquellos hombres que la habían amenazado y obligado a cometer actos ilegales no volvió a saber nada, mientras Liliana se encontraba en la clínica fueron a buscarla, pero su hija les dijo que ella estaba muy grave y jamás regresaron.

Por esos días nuevos episodios de violencia la aguardaban a ella y a muchas personas residentes del barrio. El ambiente era de tensión, agresión, y miedo generalizado, en medio de las graves violaciones a los derechos acontecidas Liliana y su familia continuaban con sus labores cotidianas: «Mi esposo trabajaba en el metro y me esperaba en la estación para que nos subiéramos juntos porque esas balaceras eran miedosas, entonces decíamos: — Si nos morimos, nos morimos juntos—. Íbamos cogidos de la mano y sonaban y pasaban las balas encima de nosotros. Un día, mataron delante de nosotros a dos jóvenes con tiros de gracia, eso fue cerca a la casa, fue una experiencia muy dolorosa. Vimos muchas cosas, la muerte rondaba por todo lado y yo estaba en embarazo del bebé».

Al otro día, llegaron a la casa de Liliana y su familia y los obligaron a irse del barrio, les dieron veinticuatro horas para desocupar. En su memoria recordaba una y otra vez las noches de horror en donde los gritos, los disparos y la sangre los perseguían: «Una noche dejaron a una persona muerta en la puerta de mi casa, no podíamos salir, llamamos a la Policía y tardaron mucho tiempo en llegar. La situación era invivible, decidimos irnos, nos fuimos a vivir junto a la terminal, vendimos la casa».

Con las cesantías y ahorros compraron un lote en Caicedo, allí jóvenes guerrilleros del barrio comenzaron a amenazar a su hijo mayor, diciéndole que fuera lo suficientemente hombre y se fuera con ellos, ante la situación de riesgo

deciden vender nuevamente la casa e irse para el barrio Buenos Aires, Cauces. El asesinato de un amigo de su hijo fue la gota que rebosó la copa.

A la finca regresó unos días antes de la muerte de su padre, hace seis años. Ese día tuvo la posibilidad de compartir y recordar momentos vividos junto a Sigifredo. Liliana estaba feliz y no se cambiaba por nadie: «Fui a ver a mi papá, paseamos por la granja, me hizo un sancocho de res muy rico. Se reía y me contaba muchas historias de su vida de soltero. Me dijo que me dejaba la finca y que no la dejara perder, pues todos habíamos trabajado muy duro para tenerla. Igualmente me contó que mi hermano estaba haciendo cosas muy malas con él, tomaba decisiones sin su permiso y le vendía el ganado. Vendió a Caruso, su amigo de aventuras y batallas, eso le dolió profundamente».

Durante ese periodo, la guerrilla tenía el control del pueblo, administraban negocios, desplazaban a las comunidades campesinas y realizaban retenes y requisas. La persona que los comandaba era el negro Thomas. Una tarde llegaron a la finca, donde se encontraba Constanza, y solicitaron cobijas, ollas y demás utensilios para cocinar, no existía la opción de rehusarse a colaborar: «—Mi mamá les dio una pieza y ellos guardaban cosas allí. Otro día llegaron y la pusieron a cocinar, como mi mamá no les dio el rendimiento que ellos buscaban, le pegaron. A los ocho días, con gritos y empujones, le dijeron que les desocupara la casa. Mi mamá salió de ahí, dejando toda su vida atrás. Desde ese momento, mi mamá vive conmigo en la casa, ya vamos a cumplir cinco años de convivencia».

En Medellín, Liliana acompañó a Constanza a poner la denuncia por su desplazamiento y en ese proceso, al reconocerse como mujer de derechos, le cuenta a la abogada su historia de violencias y en el 2013 con el apoyo de ella, declara finalmente lo vivido.

A Gloria, su psicóloga, la conoció en la Unidad de Víctimas. Los espacios de expresión y diálogo han sido fuente de bienestar para ella, allí ha aprendido que cuenta con una fortaleza inquebrantable, que es una mujer valiente, valiosa y que tiene mucho que enseñarle al mundo sobre la vida, el dolor y la capacidad de resistencia.

Su red de apoyo y vínculos ha crecido a lo largo de estos años, ha participado en espacios de acompañamiento colectivo que le han permitido reconocerse como mujer sobreviviente que transitó por los horrores de la guerra y salió fortalecida de toda esta experiencia.

Los nuevos tiempos le han permitido cumplir sueños y anhelos, ha

viajado en avión y conocido nuevas ciudades como Bogotá. Ha compartido sus memorias y nombrado, en algunas ocasiones, lo innombrable.

Sus hijos cada día le traen nuevos retos y aprendizajes, algunos dolorosos y otros más llevaderos, de algo sí está segura Liliana y es que la vida sigue, así tenga subidas y bajadas.

ENTRE COMUNAS Y ESPERANZA

«No hay una alegría más transparente que cuando un niño se ve en el espejo y se siente bonito, eso es una emoción súper transparente y uno también la debe encontrar».

Paola

La historia de Paola^{54*} se gesta desde su nacimiento en Medellín, el 29 de Junio de 1977. Desde muy pequeña su familia se asentó en la comuna 13 de esta ciudad. Entre sus calles, sus dinámicas y sus habitantes esta mujer ha recorrido un camino de resistencias y violencias. Tras la separación de sus padres, llegó a este territorio con su madre cuando tan solo tenía cuatro años.

Al estar solas, se enfrentaron a una vida más dura, sobre todo después del nacimiento de sus dos hermanos y su hermana menor, quienes llegaron a la vida de estas dos mujeres tiempo después de estar viviendo allí: «Me tocó muy duro, fue muy difícil porque yo fui creciendo pero con responsabilidades de colaborarle a mi mamá, porque ella tuvo sus hijos pero sin un padre que la apoyara, fue una madre soltera con muchas obligaciones y con una cantidad de situaciones difíciles que vivir».

Desde muy pequeña asumió varios deberes, fue un apoyo muy grande para su mamá y sus hermanos, decidió no estudiar para poder trabajar y darles estudio a ellos. Entre la plaza de mercado, las labores domésticas en casas de familia, Paola fue un soporte económico en su casa, sin importar sus pasiones, deseos o gustos, desde niña la vida laboral y la falta de oportunidades la llevaron a abandonar su vida escolar, en quinto de primaria: «A los diez años empecé a trabajar en la plaza minorista de Medellín, madrugaba a las tres de la mañana para irme a vender revuelto, para colaborarle a mi mamá».

Paola creció afrontando responsabilidades y sintiendo al mismo tiempo amor y miedo, lo que la fue forjando como una mujer valiente, trabajadora y

amorosa. Transitó entre calles que respiraban en su cotidianidad la violencia contra la mujer, abusos sexuales, golpes, asesinatos y feminicidios, eran el alimento diario que nutría el temor con que vivía desde sus 12 años. Sin embargo, el amor por sus hermanos y el cuidado de ellos fue un motor de vida y una prioridad: «Hubo niñas violentadas. Incluso también hubo niños abusados sexualmente. Tengo el caso de un niño, un vecinito de catorce años que lo encontraron amarrado a un palo, desnudito y abusado sexualmente. Entonces yo sobreprotegía mucho a mis hermanos porque mi mamá se iba a trabajar a casas de familia».

Poco a poco dejó de lado sus sueños por estar al cuidado de sus hermanos y en estos tránsitos de la vida, la religión llegó como un refugio y como un lugar de protección. Sin embargo, la dinámica social que insistía en incluirla en el mundo laboral se mantuvo: «A los quince años entré a un grupo de oración que se llamaba Jesús Eucaristía del Minuto de Dios y allá encontré mucha espiritualidad y oportunidades, me gustaba mucho. De ahí entré al convento de La Rosa Mística, en el 20 de Julio y duré un mes porque mi mamá y mis hermanos se vieron afectados económicamente porque yo era la que sostenía el hogar, entonces no pude quedarme ahí como yo quería».

Esta inclinación hacia lo religioso estaba relacionado con una sensación de seguridad, pues esto era lo que le brindaba el noviciado, un espacio tranquilo y alejado de tanta violencia: «Me gustaba que allá me sentía segura y tenía las tres comidas del día. Estar de novicia exige mucho, exige demasiada oración y para uno de esa edad no es oración, sino la rezadera. A las cinco de la mañana había que levantarse a hacer un rosario, pero yo decía bueno, a las ocho voy a desayunar, cuando yo en mi casa comía una o dos veces al día, o a veces no comía por darle a mis hermanos».

En este transitar, el amor por sus hermanos fue su motor de vida, sin muchas oportunidades y con la necesidad de trabajar era feliz al lado de ellos, entre juegos y risas hacían que cada día sus carencias fueran más llevaderas. Aun así, el tiempo pasó y la comuna se puso cada vez más peligrosa, la violencia atacaba cada esquina y cada relación cotidiana, entre esas, la relación con su hermana, quien se fue a la casa de la abuela paterna, lo que implicó su separación y la imposibilidad de seguir creciendo juntas, pues nunca volvió.

Con el tiempo y la edad, se enamoró y emprendió la búsqueda de una persona buena, trabajadora y amorosa, con un constante miedo que por la pobreza y la necesidad se equivocara en su elección: «Me daba mucho miedo todas esas cosas que les pasaban a las niñas de mi edad. Cuando conocí a la

persona que fue mi primera pareja, vi a alguien que me inspiraba respeto, que se portaba como un papá que nunca tuve».

Esa persona de quien se enamoró a sus 16 años, por quien se sentía respetada y con quien decidió tener su primer hijo a los 17 años y emprender una vida juntos, fue Emilio*, convirtiéndose así en una ama de casa, pues él no quiso que volviera a trabajar y asumió las responsabilidades económicas de ella y su familia: «Mis hermanos conocieron un parque por él, un zoológico por él, yo no conocía un zoológico, o sea él fue una persona maravillosa en mi vida».

En esta relación, Paola encontró lo que buscaba: amor, apoyo y respeto, sin embargo, años después se separaron: «La violencia y todo lo que a nosotros nos pasó hasta eso nos quitó, la paz de ser pareja. Yo creo que hay un amor, un respeto y que en nuestras mentes y en lo que vivimos somos una pareja porque él no se consigue a otra persona y yo no me consigo otra persona, para él yo soy su pareja y él es mi pareja, pero esa violencia a nosotros nos hizo mucho daño. Yo no fui capaz jamás de volver a tener una vida sexual con él, no le volví a permitir que me tocara, el ocultarle lo que me había pasado, le sembró muchas dudas». Hoy tienen tres hijos: Tomás*, de 22 años, Carlos* y Gabriel*, que tienen 17 años. En el embarazo y en el primer año de su hijo Tomás, Paola pudo tener un espacio para ella, gozando la maternidad, cuidando a su pequeño «muñeco»: «Fue muy bonito porque yo me dediqué a ser mamá, pero como yo no tuve una niñez como debería, a mi hijo lo tomé como el juguete que nunca tuve, entonces, cuando me veía sola jugaba a la mamá con mi hijo, él era mi muñeco, yo lo vestía, lo volvía a vestir, lo bañaba y lo volvía a bañar».

Tras el primer año de gozo y disfrute de su hijo y al ver que los gastos eran más que lo que su esposo ganaba, habló con él e inició nuevamente su vida laboral, empezó a vender calzado. A los dos años de haber comenzado ya tenía un almacén, que fue inaugurado en el barrio en el año 2000, pero la violencia que no da tregua, se hizo latente con el conflicto armado.

En el 2002 iniciaron las mal llamadas «vacunas», se incrementó el peligro para los niños, para las mujeres y para todas las personas que habitaban la comuna 13 y de paso para su economía. Ese negocio, que con tanto esfuerzo había forjado exitosamente, empezó a tambalear con la llegada de hombres que se llevaban la mercancía sin pagar, ocasionando así el cierre del local, lo cual la llevó a trasladarlo a la sala de su casa, lugar en el que también incursionaron para quitarle el poco calzado que le quedaba, así rompieron toda posibilidad de sustento económico por este medio.

La situación estaba muy complicada en la comuna y en el año 2002 vivió un momento doloroso al estar presente durante la Operación Orión, hecho que dejó el miedo como huella en la vida de los habitantes: «Fue muy duro, en el parque de mi mamá hubo como once muertos, entre mujeres y hombres, quedaron así uno encima de otro. Fue horrible, explotaban las tapas de los contadores, fue difícil, muy difícil».

Como lo relata Paola, el Ejército entró a muchas casas: «En la casa de mi mamá abrieron el colchón con una navaja para buscar algo que nunca supimos que era, muchos vecinos que trabajan para empresas públicas, que uno sabía que eran buena gente, se los llevaron y hubo unos que pagaron hasta dos años, tres años, injustamente».

Sumado a ello, entre el paramilitarismo y la guerrilla, la comuna se plagó de violencias, de miedos, dolores y silencios que marcaban la disputa de un territorio, sin importar a quien afectara o como lograrlo. Empezaron a reclutar niños y jóvenes del barrio para incursionarlos en el negocio de microtráfico, decidiendo sobre los cuerpos y las vidas de los habitantes, sobre quienes podían estar en la comuna y quienes no, teniendo como mandato que quien no estuviera con ellos no podía estar. Eso fue lo que le dijo la guerrilla al hermano de Paola: «Mi hermano con mucho miedo se metía debajo de la cama, se les perdía. Muchas veces hasta quería comer debajo de la cama porque no quería que lo sacaran y se lo llevaran. Dijo que no quería seguir estudiando, se reveló. Yo comencé a indagar y era que le daba miedo porque se estaban robando a los niños del colegio en ese tiempo. Sin embargo, un día inventaron un paseo que nunca se supo que fue lo que pasó y montaron a muchos niños en un bus y se robaron a mi hermano, él fue uno de los tantos niños que se robaron».

Desapariciones y muertes que no eran investigadas por ninguna autoridad, y por tanto, al poner las denuncias nadie les creyó, todo era como narrado al vacío, como si sus vidas no valieran. La madre de Paola estaba emocionalmente muy afectada y recurrió a la oración como única esperanza. Afortunadamente, meses después la llamó un médico que trabajaba en un pueblo antioqueño y le comunicó que a su hermano lo estaban trasladando a un clínica de Medellín, al parecer a él y a otro joven les habían inyectado una sustancia tóxica y al contraer fiebre amarilla ya no «servían» para la guerra: «Mi mamá lo encontró muy amarillo y muy diferente, con los labios reventados, las uñas reventadas, le faltaba una uña porque él dice que no era capaz de caminar, no sentía el cuerpo de la cintura para abajo, entonces él se arrastraba

por todo el monte con el otro muchacho, quien se murió a los dos días».

Él resistió la muerte, sin embargo, a pesar de ese aliento de vida, la violencia no lo quiso dejar tranquilo. Aquellos que se creen con la posibilidad de decidir quién vive o no, iniciaron la persecución contra él, catalogándolo como un desertor de la guerrilla: «Lo castigaron, lo cogieron y lo amarraron de un poste y lo golpeaban, le echaban agua y nos tocaba ver y aguantarnos todo eso. Finalmente cuando lo dejaron ir le dijeron que tenía hacer tareas para ellos».

Pasaron los días y él continuó su camino, se enamoró y su pareja quedó embarazada, empezaron a vivir juntos y comenzó a trabajar en confección, pero las amenazas no disminuyeron, la madre de Paola intentó interceder y pedir que lo dejaran tranquilo, ante esto los guerrilleros le respondieron que no se preocupara, pero a los ocho días balearon su casa. Él tuvo la suerte de esconderse en un sótano y solo alcanzó a recibir un tiro en la rodilla y sorteó una vez más la muerte a manos de otros: «Tras ese atentado, debió irse forzosamente de la comuna 13 a otro barrio de Medellín, lejos y sin poder visitarnos por razones de seguridad. Por un tiempo vivió tranquilo, hasta septiembre del año 2003 que volvió a visitarnos, ese mismo día, en donde celebrábamos el día del amor y la amistad, lo vieron y se lo llevaron. Lo asesinaron».

Por esos días, Paola no solamente vivió el dolor de la muerte de su hermano, a su vez vivió lo que ella narra como un hecho que dividió su vida en dos, ser violentada sexualmente; hechos que ocurrieron a finales del mes de septiembre del mismo año, pocos días después de la pérdida de su hermano. Dicha acción fue ejercida como una arma de guerra para fragmentar, dañar y dejar heridas en el cuerpo y el espíritu, como un grito de guerra que pregona el poder sobre el territorio y el cuerpo femenino, en el caso de Paola, quien fue victimizada en represalia a sus acciones de «rebeldía» por el cuidado a su comunidad, a los niños.

En ese tiempo, las balas perdidas y el reclutamiento de niños y niñas eran parte del día a día. Ella con su capacidad de servicio y cuidado a otros, buscó estrategias para que no se los llevaran, murieran en la calle o fueran víctimas de abuso sexual o de las sustancias psicoactivas que rondaban las calles, los tenía en su casa mientras las otras madres trabajaban: «Yo le decía a las mamás que cuando se fueran a trabajar me dejaran sus hijos para que estuvieran seguros en alguna parte, porque ni en las guarderías estaban seguros porque muchos niños murieron por las balas perdidas. Entonces yo era la enemiga de ellos porque yo me encerraba con los niños».

Fue así como Paola empezó a ser vista como enemiga y lideresa en la comunidad, recibió amenazas, sin embargo, éstas no se convirtieron en acciones hasta un día que dejó a su hijo estudiando. En el trascurso de la jornada escolar la coordinadora del colegio la llamó y le comunicó que había un grupo armado esperando a los niños a la salida de la institución para montarlos en un bus y llevárselos: «Yo me subí y los niños, incluyendo el mío, ya los tenían en el bus, me subí y bajó un hombre de esos, no sé cómo le dije que no se llevara un niño del barrio. Alguien llamó la policía, llamaron al CAI, pero cuando llegaron yo ya había peleado con ellos y bajado los niños, hubo empujones y uno de ellos me dijo: —¡No se preocupe, ya los bajo, pero esto no se queda así!— Yo le respondí —que pase lo que tenga que pasar, pero usted no se lleva estos niños—. Yo me encargué de entregarle a cada mamá su niño, me encerré con los míos y eso me trajo consecuencias muy fuertes».

A pesar del miedo, Paola con su valentía y su compromiso social continuó gestionado espacios para los niños y niñas, logró que le dieran unos talleres, pero, esto solo fue posible dos veces, pues empezaron las amenazas: «Ellos me dijeron que no necesitaban ninguna líder de mierda que organizara mujeres ni que organizara niños y que yo no iba a durar mucho allá, que si yo no quería que otros pagaran las consecuencias, que no dejara entrar personas a mi casa para hacer talleres. Entonces me tuve que alejar de todos estos proyectos».

Era un espacio muy bonito, donde los niños estaban seguros y además ella hacía todo lo posible para brindarles alimento, sin embargo, con las amenazas y el miedo a una masacre en su casa, cerró el espacio para niños, niñas y mujeres, con la esperanza de recuperar su tranquilidad y no exponer a los niños a más violencia.

Pero la calma no llegó.

La primera represalia apareció con la muerte de su hermano y la búsqueda de su cuerpo, entre oraciones e indagaciones en todas las entidades de salud, con la esperanza de que no fuera un desaparecido más tirado en alguna de las escombreras de Medellín. Paola lo buscó por cielo y tierra y al encontrarlo la negación fue su estrategia de cuidado, pues se negaba a identificar el cuerpo como el de su hermano, su tía quien la acompañaba fue quien se encargó de eso.

A pesar de la tranquilidad de darle sepultura, el dolor de la muerte, el ser señalada como culpable y la angustia por buscar el dinero para los ritos fúnebres de su hermano, empezó a fragmentar sus lazos familiares, su madre

nunca se lo perdonó y ese lazo de amor que tenía pasó a ser de indiferencia y malos tratos hacia ella: «Mi mamá cambió muchísimo, cuando mataron a mi hermano, mi mamá se volvió una persona hiriente, ella no lo lloró y se fue en contra mía, que era la hija que toda la vida le había dado comida. Ella me decía que yo no lo quería y que estaba contenta de que lo mataran, llegó hasta a decir que no comía nada de lo que le preparaba porque de pronto tenía veneno».

Como menciona Paola, después de la muerte de su hermano, su madre no volvió a ser la misma, aun hoy la cuida por medio de otros: «Yo le compro un mercado al señor de la tienda y le digo: —Lléveselo a mi mamá y dígale que esa es su ofrenda, que usted se lo regala—, porque si yo se lo mando no me lo recibe».

Con todo este dolor, no solo se fragmentó el lazo entre Paola y su madre, a su vez se vio afectada la relación con su otro hermano, quien al parecer ese mismo día también se lo llevaron, pero con la angustia del asesinato de su otro hermano, nadie se percató de esto, sumado a que la madre le decía constantemente: «—¿Por qué se me murió mi único hijo?, ¿por qué no se murieron ustedes?—, mi mamá se desentendió de mi hermano y él comenzó a consumir droga».

Entre el dolor por la pérdida, Paola no alcanzó a pensar en el riesgo que corría y tres días después su vida se dividió en dos. Ella se encontraba en su casa y entraron dos hombres a la fuerza, uno de ellos la abusó sexualmente:

«Faltaba como una horita y media para que los muchachos salieran de estudiar y me dijeron que me quedara callada, que no gritara, que no dijera nada. Uno se entró y el otro se quedó afuera y me dijo que yo sabía que eso no se iba a quedar así y que ahí me habían mandado ese regalito para que lo enterrara. Me empezó a golpear muchísimo y a abusar de mí, me hacía hacer cosas que tenía que hacerlas, porque mi hijo estaba que llegaba, llamaba al otro hombre que estaba allí y le decía: —Sigue usted—, y él le decía —que no, que él no me iba a abusar— y le decía —usted sabe que lo tiene que hacer, usted verá hermano si se va a embalar, venga, métale una patada a esta vieja en la cara—. El otro no abusó ni me golpeó, entonces el otro de rabia cogió el arma y me la introdujo por la vagina, me gritaba cosas y me golpeaba, luego se fueron».

»Cuando él se fue yo me metí al baño y como si nada me puse a escuchar música y a hacer comida, llegaron mis hijos y me dijeron que por qué lloraba, yo respondí que porque tenía migraña. A las dos de la mañana mi esposo me llevó al médico porque me dolía todo el cuerpo, en el hospital

el médico me preguntó si mi esposo me había golpeado, que dijera la verdad, que yo tenía que reportar lo sucedido.

Ese día Paola calló, no dijo que un hombre vestido de civil, con pasamontañas negro, a quien llamaban «alias el Cusca» la había violentado sexualmente. Días después recibió un ultimátum donde le decían que se tenía que ir. Con el tiempo se enteró de que este hombre había sido asesinado con un revólver 38 milímetros, en uno de los enfrentamientos, que había en la comuna: «Yo solamente sé que me hizo mucho daño, que comencé a padecer muchas enfermedades. El tipo tenía una infección de transmisión sexual y me la pegó, desde esa fecha yo comencé a sufrir de incontinencia severa, de dolencias en la matriz, inclusive ahora que pude hablar de esto y pude dejarme ver de un ginecólogo, tengo programado para dentro de 20 días la extracción de la matriz y cirugía de la vejiga».

Su vida cambió, por un largo tiempo no le contó nada a nadie, no pudo volver a tener relaciones sexuales con su esposo. Hace dos años le contó lo que había pasado: «Tomé la decisión porque él no entendía por qué me sentía así, se enojó muchísimo. Me dijo que él tenía que irse porque él necesitaba pensar el motivo del por qué yo pasé por todo esto sola, el motivo por qué yo me hice tanto daño y no le conté. Una de las cosas que no me dejó hablar de esto es que yo no tuve hijos para la guerra, y yo estoy segura de que mis hijos podían haber crecido con rabia, odio y sed de venganza, y hasta quien sabe meterse a un bando para vengarse. Yo quise excluir a mi familia de eso que me pasó a mí y yo sé que me hizo mucho daño pero no le quise hacer daño a ellos».

Paola vivió tiempos de dolor en silencio, comía mucho, no dormía, lloraba en las noches, soñaba con lo ocurrido, se alejó de lo comunitario, pero la gente la buscaba y tres meses después el 20 de diciembre, tras la gestión del sueño de conformar una organización llamada Esperanza de Paz, que tenía un semillero denominado Sembradores de Paz, una mujer de una ONG se contactó con ella, diciéndole: «—¿Paola usted qué está haciendo?—, ¿qué estoy haciendo?, nada hija,— ¿y qué va a hacer esta navidad?, —nada hija, ¿por qué?, —es que yo la programé para darle 80 regalos para que los reparta a los niños. Yo al principio no quería y le dije que se los diera a otra persona, pero insistió y a mí no me pareció justo, entonces trabajé tres días para seleccionar los niños más necesitados y formé el semillero Sembradores de Paz con ellos, les hice la navidad y recibí los regalos».

Paola continuó su labor comunitaria, pero no le contó a nadie de lo ocurrido, siguió con su dolor en silencio, teniendo como salvavidas su trabajo:

«Lo único que a mí me llenaba y me hacía olvidar todo lo que me pasó era trabajar con los niños. A veces me siento muy sola, siento que hay muy poco apoyo para trabajar con los niños y me frustra mucho pero yo no sé hacer nada más que me llene».

A pesar de sus labores comunitarias y el amor a los niños de la comuna 13 sector tres, Paola decidió irse debido a las amenazas y las intimidaciones en las que le decían que se llevarían a sus hijos. Aceptó una propuesta para trabajar en el municipio de Caldas que le hizo Luz María Zuluaga, una médica bioenergética que conoció mientras trabajaba haciéndole aseo a su consultorio una vez por semana. Esta mujer le enseñó a hacer masajes, aromaterapia y luego le ofreció trabajo en ese lugar del país. Ella aceptó, pues pensó que era la forma de poner a salvo a sus hijos e intentar sacar de las drogas a su hermano.

Vivió allí desde del 2007 hasta el 2011, emprendió nuevamente su servicio social, buscando el bienestar de su comunidad, incluso sin pensar en el propio, acallando sus dolores, tardó algunos años en declarar que era desplazada: «No era capaz de hablar del tema y una personera me dijo: —Paola, ¿cómo así que usted está trabajando por los desplazados y no ha declarado que es desplazada?—, y ahí me di cuenta de que la mujer valiente que le ayudaba a los desplazados y que le gustaba la labor social, en ese momento no era capaz de hablar, o sea, nadie sabía todo lo que yo había vivido y nadie sabía que yo era desplazada. Yo hacía una labor social en el municipio de Caldas por los desplazados víctimas de la violencia, pero ellos no sabían que yo vivía en la comuna 13 y que había vivido lo mismo».

A pesar de callar su historia y no hablarla con nadie, allí la resguardó por algunos años de tranquilidad, pero esta se vio opacada al tener que desplazarse nuevamente, tras las amenazas de un miembro de las Águilas Negras que recibió su hijo mayor dentro de las instalaciones del colegio: «Lo trajeron para Envigado y allá en Envigado le dijeron que tenía que perderse, que se doblara un pie o que hiciera lo que fuera, porque si no, no llegaba a Caldas y que se tenía que ir de Caldas ya que a nosotros nos habían notificado que él era promesa del atletismo, que era un niño muy juicioso y que tenía mucho talento para el tiro de jabalina y que lo iban a escoger para que representara el municipio y que probablemente nos apoyaban para la vivienda y las amenazas fueron peores, entonces yo no me aguanté».

Con la zozobra de la amenaza y el sentir en riesgo la vida de su hijo, Paola y su familia regresaron a Medellín, a donde una amiga que le ofreció ayuda durante un año, llegando así a la comuna 13 nuevamente, pero esta vez

en el sector 2, encontraron las cosas un poco diferentes, pero con la violencia latente. Sin embargo, todo empezó a cambiar con la llegada de un cura: «Hace algunos años llegó un sacerdote al barrio, el padre Héctor y él convocó todas las personas que estaban en el conflicto armado, este padre ha hecho cosas muy maravillosas allá, ya uno puede salir a las cuatro de la mañana, a la una de la mañana, a las doce de la noche, porque la verdad antes, con todas las violaciones, no era posible».

Con su retorno, Paola continuó la labor social, con niños y mujeres practicando la danza, los masajes y el juego; forjando el semillero e incluso empezó a notar la posibilidad de compartir lo que le había ocurrido, aunque aún no estaba muy segura. Esto cambió al darse cuenta de que no era la única mujer a la que había sufrido la violencia sexual. Un día, cuando estaba haciendo un taller de masajes, se enteró de otro caso, el de una joven de 19 años que años atrás había sido violentada, entonces empezó a entender que la violencia sexual era una práctica cotidiana en el marco del conflicto armado que se vivía en la comuna 13 y empezó a buscar a más mujeres. Así, en medio de las actividades que realizaba, empezaron a compartir palabras y experiencias.

Hoy en día continúa soñando y gestando lugares de encuentro para su comunidad, así también trabaja para buscar el sustento, luchando diariamente con la falta de oportunidades, creando y reciclando con los niños y niñas de la comuna, invitándolos a no odiar, a no dejarse alimentar el corazón por la guerra.

Paola es una mujer que se sigue transformando, que sigue buscando la manera de narrar lo que le ocurrió, sin sembrar semillas para la guerra, ni impulsar discursos de odio: «Antes de ser abusada sexualmente yo era y soy alguien, y mi vida continua».

Su trabajo, intuición, valentía y amor la acompañan, así también su oficio de reconstruir historias y gestar escenarios para la Paz, que son la brújula que señala su horizonte.



«[Hablando sobre el significado de compartir con otras mujeres] Qué significa, como qué te digo, como que ahí me siento igual, en el sentido de igualdad, porque no soy yo sola, o sea, las que estamos ahí estamos porque hemos pasado por lo mismo, en diferentes formas y lugares pero como iguales y entonces eso hace que me sienta bien, no me voy a sentir rechazada, ni con vergüenza, ni con pena y entonces ahí estamos, andando ahí en el proceso».

Ana la Valiente, Mujer de Sucre.

LA LUZ QUE NOS QUEDA

«Somos madres, hijas, hermanas, tejidas con resistencia, esperanza, resiliencia. La tenacidad y la fortaleza son nuestro alimento».

«En la lucha por nuestros derechos salimos vestidas de colores vivos, cual carnaval en su esplendor danzamos, reímos sintiendo nuestro cuerpo, no como objetos; sino como mujeres dignas de respeto».

Aurora

Aurora^{55*} nació el 9 de abril de 1980 en Rionegro, Antioquia. Su mamá fue Lucero Duque y su papá, Gabriel Jaime Vélez. Tuvo dos hermanos: Ricardo y José.

La historia de su vida comienza antes de su nacimiento, cuando a Lucero en sus 8 meses de embarazo la agreden sexualmente, episodio que Aurora recuerda como la primera violencia hacia ella, su madre y su hermano, quien de dos años acompañaba siempre a Lucero y fue testigo de los hechos.

Un hilo de violencia que generó dolor y amargura por muchos años y aún hoy la sigue inquietando. Aurora nació en una finca, en esa época no habían ecografías, así que su llegada fue una sorpresa y una oportunidad de la vida para rechazar la muerte. No hubo llanto en el parto, ella desde su primer respiro ha luchado por existir y resistir. En la casa la llamaban «lulo», por sus cachetes colorados, sobrenombre que le agrada mucho recordar, puesto que le trae memorias de su infancia.

Aurora, aun siendo muy pequeña, se trasladó a Medellín con sus hermanos y su mamá, pues su papá abandonó la familia. La llegada a esta gran ciudad fue difícil y llena de precariedad, no tenían donde vivir, ni tampoco qué comer: «Nos daban unos buñuelos gigantes todos duros y viejos y los remojábamos con agua panela, estábamos primero Ricardo y yo, después

55 *Los nombres fueron cambiados para preservar la identidad de la mujer y su familia.

mamá se consiguió otro señor y le hizo un niño, cuando nació, mamá estaba en un costal quejándose y él salió y se chupó la mano, ese es el recuerdo que tengo de cuando llegó mi otro hermano».

De sus abuelos paternos sabe muy poco y tampoco entiende por qué abandonaron a su mamá siendo bebé, en el departamento de Caldas. La mamá recuerda que la acompañaba un letrero en una hoja de cuaderno que decía: *Lucero, sin bautizar y así fue llamada*. Su red de apoyo, entonces, la constituía su mamá y sus dos hermanos.

En Medellín, Lucero trabajaba todo el día en casas de familia, por lo que generalmente estaba fuera de la casa. Una vez cuando Aurora tenía 7 años pusieron un petardo en donde ellos vivían, la violencia llegaba nuevamente a buscarlos como un eco que no se callaba, gritándolos y amenazándolos para que no hablaran con ciertas personas del barrio que estaban siendo buscadas. Después de las amenazas, Lucero no dijo nada ni le contó a nadie lo sucedido, cerró la puerta y siguió con su vida.

Para ese entonces, Aurora comenzó a estudiar en el internado hogar infantil San José, Lucero decidió llevarla allá para garantizar su cuidado y protección, pues su madre no permanecía mucho tiempo en casa. Allí estuvo cinco años estudiando y luego salió. Lucero insistió en que fuera a otro internado para realizar sus estudios de bachillerato pero Aurora no quiso, para ella no era una opción regresar al encierro, como ella lo llamaba.

Los episodios de violencia sexual comenzaron mucho antes, cuando la pareja de ese momento de Lucero tocaba por las noches a Aurora mientras estaban todos dormidos. Todo se quedó en silencio y secreto, ella nunca le mencionó a su madre nada.

Otro momento de ese hilo de violencia vivenciada por Aurora, uno de los episodios que más ha impactado su vida, fue una vez que la mandaron a pasar unos días donde sus padrinos en San Luis, su madre le encargó a Pacho, el novio de la hija de su madrina, que la acompañara. Panelitas de coco endulzaron el camino hasta cierto punto, puesto que Pacho cambió la ruta diciendo que era un atajo y que iban a descansar. Aurora no se sentía cómoda y quería devolverse, se aferraba a su morral azul, mientras él la agredía sexualmente, tocándola, amenazándola y exponiéndola a una realidad de violencia que una vez más le dolía y la vulneraba: «Como yo estaba llorando él me empezó a pegar con una rama y me dijo, que si yo me volaba, me iba a salir un espanto, por eso yo me dejé que hiciera esas cosas conmigo. De todas maneras yo tomé valor y cogí la ropa, el bolso y salí corriendo a la carretera, él salió detrás de mí corriendo y me

puso plata en la mano, me dijo que no contara».

Aurora no aceptó el dinero y al llegar a donde sus padrinos les contó lo que pasó durante el camino, ellos no le creyeron, después al llegar a Medellín, nuevamente vuelve a confiar en los adultos y le cuenta a su mamá, ella tampoco le creyó. Todos esos episodios, años más tarde, se convirtieron en textos narrativos, la *Mano Peluda y el Viejo de la Barba*, y fueron el medio para que Aurora expresara su rabia y su dolor.

Pasó el tiempo y después se fueron para Marinilla en búsqueda de un mejor futuro. Lucero terminó la relación con su pareja y comenzó una nueva con un señor que se llamaba César. En esa época Aurora obtuvo su primer trabajo en una truchera, en la vereda el Socorro, lo primero que compró con el pago de su sueldo fue un paquete de galletas Ducales y una loción de patico para dársela a su mamá.

Hasta ese momento Aurora no había visto guerrilla ni escuchado mucho sobre ellos, recuerda que alguna vez en el internado les decían que oraran para que hubiera paz y los guerrilleros dejaran sus armas y buscaran otro camino.

Después, cuando se fueron para la vereda la Esperanza, comenzaron a encontrarse con grupos armados, pues ellos tenían presencia allí y convocaban a reuniones. Aurora de 14 años encontró juegos, amigos, comida, diversión estando en esta nueva vereda pero también encontró la guerra: «Un día veníamos del pueblo, un domingo, y ellos estaban ahí, eran bastantes, dijeron que iban a hacer una reunión y que pusiéramos atención. Hablaron de los yankees, de la oligarquía, de que nos fuéramos con ellos, que era un mundo mejor, que el gobierno estaba muy mal. Entonces me dijeron a mí que sí quería reunirme con ellos en una vereda más abajo. Como a mí me gusta mucho la gente que habla les presté atención, entonces me fui el martes a reunirme con ellos y me dejaron allá».

Iba a cumplir 15 años y unas botas pesadas, un fusil y largas caminatas por el monte la esperaban. Santuario y otras veredas la vieron marchar, entrenar y manejar armas que nunca antes había visto en su vida; ella era la única mujer en el primer lugar a donde llegó. En ese desandar vivió muchas experiencias, algunas ásperas y dolorosas como la madera seca del campo.

Richard, el comandante, usualmente la agredía sexualmente en un rancho aleñaño, en donde se guardaban herramientas para la ganadería. Sus dientes y sus armas resaltaban e intimidaban a Aurora en medio de la oscuridad del lugar. Ella pensaba que para eso la habían llevado a ese lugar, que ese era

su oficio, se sintió todo el tiempo como una «letrina», como lo señala ella. El miedo y la soledad la acompañaban.

No mencionó nada de las violencias que ejercieron hacia ella, porque no sabía que se podía denunciar y que existía la figura del consejo de guerra para administrar justicia al interior de la guerrilla. Ella recuerda las palabras que le dijeron cuando llegó al campamento grande: «No se podía tener relaciones sexuales con los compañeros, pues era una organización y si ella se pasaba de “mano en mano” sería una desorganización». Mientras tanto, Aurora callaba.

Los días trascurrían para ella entre prestar guardia, cocinar, atender las clases de derechos humanos que daban en el espacio de la escuela política y algunas veces salir a apropiarse de carros en la autopista.

El llanto no cesaba, pues Aurora quería abrazar y ver a su mamá otra vez. En varias ocasiones le preguntó a un compañero que cuando la iban a dejar ir, que intercediera por ella. Un día sucedió lo impensable, le dieron 5000 pesos, le dijeron que se fuera y no contara nada, pues podían ajusticiar a su compañero. Aurora salió a la autopista y paró una tractomula, la idea de regresar a casa la invadía de felicidad, ya estaba cada vez más cerca de su familia.

Finalmente, llegó a Marinilla y se fue hasta la vereda caminando, cuando su mamá la vio pensó que era un fantasma y la abrazó fuertemente sin quererla soltar. La bienvenida fue con migas de pan, hojas de cebolla larga y huevo blandito, una de las comidas predilectas de Aurora. Atrás quedaba el sonido de los sapos y de los grillos que tanto miedo le daba y la embargaban de nostalgia.

No pasó mucho tiempo antes de que ella volviera a irse de casa, había un campamento de guerrilla cerca y temían que si se quedaba la volvieran a reclutar: «Me tocó dejar a mi mamá otra vez e irme para Medellín, en una casa de las que me fui a vivir, había un muchacho, me cuadré con él, no porque lo quisiera, sino porque no tenía donde más estar. Al tiempo quedé en embarazo de mis hijos sin yo planearlo».

Aurora tuvo de esa relación dos hijos con los que se fue a vivir a la comuna 13 y se convirtió en madre cabeza de familia, puesto que su compañero no continuó a su lado. Pasó un tiempo y comenzó a trabajar en restaurantes y cafeterías. Su mamá se fue para Medellín para acompañarla y ayudarle a cuidar los niños. Por esa época ya había presencia de grupos paramilitares en la zona; ella recuerda cómo en el 1998 mataron a Rubi, su amiga, y a su esposo, frente a sus hijos en el pueblo. Seguramente donde ella y su familia se

hubieran quedado también les habría pasado lo mismo. Este suceso le dolió bastante, en honor a ella le escribió un texto que lleva su nombre.

El trabajo escaseaba por ese entonces, situación que preocupaba a Aurora. Un día una amiga le dijo que se fueran a viajar y a trabajar nocturnamente en pueblos, una nueva realidad empezaba para ella, largas temporadas lejos de su casa la esperaban y un nuevo ciclo de violencias también la aguardaban: «Uno en esta vida vive muchas violencias porque lo maltratan mucho, yo me acuerdo que la primera vez que un tipo me pegó fue porque yo no le cobré adelantado, salió de la pieza y no me pagó, entonces yo salí detrás de él y los amigos lo estaban esperando en un taxi, me le monté al taxi, diciéndole que me tenía que pagar, y después de dar muchas vueltas me tiró a la calle y las llantas pasaron por encima de mi pierna. Ellos me querían llevar a las malas para la Ceja».

En el mundo de lo nocturno, tuvo muchas experiencias y situaciones de riesgo, algunos hombres la maltrataban, la amenazaban, no le pagaban y la violentaban. Aurora, con valentía y decisión, siempre encontraba la manera de escapar y seguir con su vida:

«Después de ahí estuve viajando a Tarazá y allá nos retuvieron la cédula, en muchos lugares hacían esto. Teníamos que estar obligatoriamente quince días, porque nos habían pagado el pasaje. También nos llevaron a Yopal, allá me sentía triste y aburrida, pero obligatoriamente teníamos que quedarnos allí porque nos habían pagado el pasaje desde Villavicencio. Al negocio no iba nadie, no había ni luz. Yo pensaba, como sea me voy para Medellín, le dije a mi amiga, que como yo tenía un anillo de oro podíamos decirle al del bus que nos llevara a las dos por este anillo y nos volamos sin que se dieran cuenta. Trabajamos y logramos conseguir para el pasaje, y a escondidas, unas amigas que estaban trabajando allá nos ayudaron a salir a la madrugada. Mucho tiempo después me enteré que lo que vivimos allá era ser víctima de trata de personas. Huir es muy feo».

Los recuerdos de su paso por Yopal vuelven una y otra vez. Aurora recuerda cómo una noche, trabajando, un hombre la agredió físicamente con una botella y le cortó una mano. En el hospital el médico le dice que la persona que la cortó era el encargado de limpiar las armas de los paramilitares, y que el hermano de ese hombre mató a la mujer a punta de bala y nadie dijo nada. Este hombre ejercía mucho control en la zona.

Minutos después, al centro de salud llegó un carro lleno de hombres buscándola para que contara lo que había sucedido. Después del interrogatorio la subieron a la camioneta y se la llevaron al negocio nuevamente: «En el

trabajo no me dieron ni una pastilla, uno allá no vale nada. Los jefes solamente lo dejan a uno para que les sirva para trabajar y ya. Yo lloraba mucho porque me parecía que mi vida estaba tan degradada en ese sitio que no valía nada».

Después de la experiencia de Yopal, Aurora emprendió otro viaje, esta vez para Puerto Berrío, allí vivió una de las situaciones de violencia que más la han impactado y dolido. Un día se fueron para una finca, ella y una compañera, y los señores que allí estaban esperando las obligaron y amenazaron con armas para que tuvieran relaciones sexuales entre ellas y delante de ellos: «—¡Bailen pues, putas, bailen!, gritaban—. El fastidio, la pena y la náusea se apoderaron de Aurora, quien nunca antes había tenido contacto sexual con una mujer, ese día parecía no acabar.

El control de los paramilitares en la vida y libertad sexual de las mujeres era total, se encargaban de que las mujeres se practicaran los exámenes de control y salud y ellos mismos reclamaban los resultados. Si alguna mujer salía con una enfermedad, «tomaban medidas al respecto». Las mujeres en el trabajo nocturno están expuestas a múltiples formas de violencias que se desconocen o se justifican por su oficio, la guerra deja sus aprendizajes, a veces unos muy dolorosos, señala Aurora: «A mí me enseñó a ser puta».

El amor llegó a su vida inesperadamente y trabajando, la tomó por sorpresa: «Cuando conocí a Jorge estaba en Puerto Berrío trabajando, fuimos a la habitación pero él escondió la plata debajo del colchón porque pensaba que yo lo iba a robar, ya le había pasado antes. No era mi prototipo de hombre, yo no esperé enamorarme de él porque a mí no me gustan los hombres chiquitos, gorditos y él era así. A mí me gustaban los hombres grandes, poco a poco comencé a faltar al trabajo y a salir los fines de semana con él».

En la comuna estaban desapareciendo y matando personas, en esos días mataron a un tío de sus hijos porque él no había querido ingresar a grupos paramilitares, empezaron entonces las amenazas contra la familia, y Aurora y su familia tuvieron que desplazarse en el 2002 para la comuna 5. Se consolidaba poco a poco la relación con Jorge y terminaron viviendo juntos. Aurora no volvió a trabajar durante mucho tiempo. Fueron los años más felices de su vida.

El 2008 fue un año de altibajos emocionales para la pareja, porque Jorge no tenía trabajo y Aurora no quería volver a trabajar por las noches teniendo esposo. Él decidió irse a vender mercancía (ropa, películas, accesorios) de un negocio que tenía Aurora con una amiga de otro país y nunca más regresó. Se dice que le propinaron disparos y lo tiraron al río, eso es lo que más le ha

dolido de todo lo que le ha pasado en su vida, la desaparición de Jorge. De los responsables nada se sabe, la Fiscalía no ha podido identificarlos.

Cuando sucedió lo de Jorge, Aurora estaba en Bucaramanga, había vuelto a trabajar, no le había comentado a nadie su decisión. La noticia de la desaparición de su pareja la descompuso y la afectó mucho: «Me hacía mucha falta porque él era esa la salida mía de ese mundo, fue el hombre más bondadoso que he conocido en la vida, fue el papá de mis hijos. Hicimos un extra proceso para casarnos e íbamos a tener un hijo. Yo quisiera que él volviera por las escalas para abrazarlo y orar cada vez que él se fuera a trabajar. Ahora yo riego sus rosales, los que él tanto quería y cuidaba todos los días. En el texto que le escribí todavía espero que él regrese para que riegue las rosas con sus manos tan suaves y perfectas».

Los días de luto fueron de mucho alcohol y trabajo en las noches: «Para poder estar con alguien tenía que estar tomada, llegó un momento en donde no quería hacer nada, me daban crisis de pánico, escalofríos y sentimientos de que me iba a enloquecer. A esa sensación le llamo el huracán y le tengo mucho miedo».

En el 2013 fue el año en el que comenzó a ir donde la psicóloga para elaborar la pérdida de Jorge e iniciar la ruta de reparación integral por los hechos victimizantes vividos. De su paso por los grupos armados no contó nada, con Lucero decidieron guardar el secreto.

El proceso de acompañamiento le permitió elaborar el duelo por Jorge, reconocer y afrontar los impactos a nivel familiar que estos hechos habían causado en sus hijos, pues ellos tenían una relación muy cercana con su pareja.

Los espacios y las reflexiones con la psicóloga también lograron que Aurora empezara a ocuparse de ella misma, terminó su bachillerato y comenzó a estudiar derechos humanos. Su círculo de amistades y redes de apoyo se fue ampliando poco a poco: «Empecé a conocer a otras personas con sus historias, ya tenía mis textos, y había hecho más procesos de sanación. En lo emocional, me sirvió mucho asistir a los grupos de apoyo con las demás víctimas de violencia».

En estos últimos años ha vuelto a ser víctima de nuevos episodios de violencia sexual en Medellín, por parte de civiles e integrantes de bandas delincuenciales y de microtráfico. Sin embargo, en estas situaciones de vulneración y dolor Aurora ha contado con el apoyo y la información para activar recursos sociales y acudir a diversas instituciones para recibir atención.

El hilo de violencia que la viene acompañando desde hace un tiempo

continúa apareciendo, pero esta vez se encuentra a una mujer decidida, informada y acompañada, a quien las amenazas no la asustan: «He sanado mucho por medio de la escritura, el primer texto que hice fue *Búsqueda*, que es un lamento que le hago a la tierra, al río y al mar, por haberse llevado a Jorge. Después está el *Rancho*, ese escrito lo hice por lo que me pasó donde Richard, en la guerrilla. También hice otro texto que se llama *Mientras*, lo escribí por el día internacional del reclutamiento infantil, el 12 de febrero. A mí me gusta de mi escritura que otra gente se identifique con ella. Lo hago porque si me ha ayudado a mí, le puede ayudar a otras personas a sanar, para mí la escritura es ese puente a la sanación, a la salvación».

El taller de escritura lo empezó junto a otro grupo de mujeres en el Museo de la Memoria en Medellín. En el año 2016 lanzaron el libro, una recopilación de textos de mujeres sobrevivientes de violencias.

Sus hijos ya han crecido, Laura tiene 20 años, le faltan tres semestres para terminar ingeniería mecánica y Felipe tiene 19 años, está trabajando. Aurora actualmente vende perfumes, bisutería y accesorios y replica la escritura con otras mujeres como medio de expresión.

La calle guarda muchos recuerdos dolorosos para ella que aún la atemorizan. Cada esquina es desconocida y a veces viejos fantasmas habitan allí. Unos son grandes y malvados y otros, pequeños y juguetones. Hay noches en que esos viejos trabajos nocturnos vuelven representados en la cara o propuestas de amigos que van y vienen y traen nuevamente a esa mujer del pasado: «Yo creo que todavía no he podido estar en paz con esa mujer que trabajaba nocturnamente, yo le agradezco porque por ella mantuve a mis hijos, a mi casa y conocí al amor de mi vida, pero no quiero que esa mujer esté más aquí. Yo escribí un texto que se llama *Samanta* y es sobre ella».

Su sonrisa y calidez siguen estando presentes en su vida, poco a poco con los aprendizajes y los espacios de incidencia y acompañamiento en los que participa van cortando ese hilo de violencia que la envolvió por primera vez en la placenta del vientre de su madre. Ella sueña con un mundo de libertad donde pueda volar ligera como una libélula y construye cada día, un lugar donde pueda dejar atrás los fantasmas, el frío y la soledad de la noche.

Sobre la paz, Aurora señala que es importante como sociedad darle una oportunidad a las personas que se han desmovilizado de los grupos armados de retornar a la vida civil sin estigmas ni discriminaciones, pues al interior de la guerra existen múltiples razones para que las personas se encuentren allí, como el caso de ella. La invitación es a ser constructores de paz trascendiendo

las etiquetas víctima-victimario, para darle paso a una relación horizontal de reconciliación y afecto. Le preocupa mucho la seguridad de las personas que se están desmovilizando y pide al gobierno que realmente cumpla con los acuerdos y se proteja la vida de los defensores de derechos humanos, a quienes han venido asesinando sistemáticamente.

Hoy sus hijos han sido fuente de cuidado, respeto y solidaridad: «Estoy contenta porque ellos se sienten orgullosos de mí, se dieron cuenta de mi trabajo y me dijeron que me iban a apoyar para que no volviera a trabajar en eso, que me amaban y yo ya había trabajado toda la vida por ellos, no se sintieron avergonzados y me entendieron. Ha sido una respuesta muy bonita de ellos».

Aurora decidió contar esa parte de su vida, como mujer que trabajaba en las noches, porque quería visibilizar a sus aves nocturnas, como ella las llama con cariño, porque siente que es una población muy maltratada, discriminada, señalada y han sido blanco del conflicto armado en este país.

A ellas les escribió estas letras:

*«Sus manos ásperas, gruesas, tarjadas, con callos estrujaron mi piel,
sentí rabia, frustración, repudio,
lloré en silencio mientras que él, con brusquedad dejaba sus asquerosas huellas en mí.
¿Crees que esto es vida fácil? A muchas nos han matado, nos han desaparecido,
ultrajado, nos han violado y silenciado por el hecho de ser prostitutas.
Antes era un ave presa en mi jaula de oscuridad; llamada sin vergüenza por
una sociedad, hasta que descubrí la luz,
abrí mis alas y volé sin olvidar a mis otras aves,
hoy soy la voz, las letras de la noche y del día y hablo por las que callan».*

Sus escritos son lienzos en los que plasma sus luchas, su vida. En cada letra pone sus sentimientos y comparte realidades dolorosas, desgarradoras, humanas: «Yo empecé a escribir desde el 2013, cuando comencé a hacer la elaboración del duelo por Jorge, mis textos han servido para otras personas y para construir paz, eso me satisface. Me gusta estudiar, estar al aire libre, tomarme una copa de vino o un café de vez en cuando, comprar sonrisas con monedas de chocolate, eso me alegra».

Como en uno de sus primeros escritos, Aurora reconoce que su vida continúa y que tiene toda la fortaleza para hacer realidad sus sueños y ser feliz:

«Respira de una buena vez niña, tienes una misión en esta vida...»

FIRMEZA

«Lo que más me da impotencia y rabia es que la misma humanidad se cierre a algo, sin importarle lo que están sintiendo las persona adentro del conflicto, ¿cómo impedir un cambio o intentarlo? La vida está en intentarlo y en las oportunidades, debemos hacerlo para poder encontrar algo diferente».

Leidy

Con la incertidumbre que trae el amanecer, empieza la vida de Leidy^{56*}, el 14 de octubre de 1998 en Caucasia. Desde la curiosidad por no saber qué pasaba en su hogar, vivió una historia de abandono en su infancia, sus preguntas e inquietudes frente a las cajas con las que trabajaban, los uniformes que se ponían en las noches y todas las pequeñas preguntas que empezó a hacer aturdieron la vida de quienes eran sus «cuidadores» y que por un tiempo fueron como sus padres a quienes llamaba Margarita* y Jeremías*. Desde muy pequeña fue curiosa, preguntaba, observaba y no lo hacía en silencio, constantemente interpelaba a sus padres, preguntas que quedaron sin respuesta, ya que a sus seis años fue abandonada por su madre en una noche lluviosa frente a una institución de Bienestar Familiar. Esa noche Leidy esperó pacientemente el regreso de su madre bajo la lluvia, sin embargo, ella no regresó. A la mañana siguiente, una trabajadora social de la institución la acogió. Permaneció allí un tiempo y luego pasó a un hogar sustituto durante tres años.

En ese periodo no pudo ser dada en adopción pues no había una acta de abandono y solo hasta que cumplió nueve años, su madre pudo ser contactada, desde el amor esperó que ese contacto fuera la posibilidad del retorno a su hogar, pero su madre no apareció para reunirse con ella, su intención era firmar el acta de abandono; sin embargo, la medio hermana mayor de Leidy apareció y decidió asumir la custodia. Fue así como regresó a lo que ella pensó

56 *Los nombres fueron cambiados para preservar la identidad de la mujer y su familia.

sería su casa y su familia, pero esto tampoco fue así, la condición de su retorno era cuidar la casa, recibir cajas, ponerles fechas, indicar quién hacia el envío y estar sola, pues su hermana trabajaba en el monte cuidando la finca.

Con esta nueva etapa y viviendo sola a los nueve años, empezó a su vez una historia de abusos sexuales, inicialmente por parte de su medio hermano y posteriormente de su padre, quien cuando llegaba del monte habitaba la casa y la violentaba sexualmente.

Estas situaciones de abuso fueron relatadas por Leidy a la rectora del colegio donde estudiaba, razón por la que volvió a Bienestar Familiar y de allí pasó a un internado en Medellín, en el que, como ella narra, no podía hacer nada, por lo que decide escapar junto con algunas compañeras: «Todo fue rápido, mientras que yo le jalaba la pitica a las campanas y las monjitas venían, mis compañeras se encargaron de mover la teja del techo y por ahí nos escapamos. Me fui a Caucasia y cada cual cogió un rumbo diferente y hasta el sol de hoy no sé nada de ellas. Cuando volví, yo busqué a mi familia pero ya desafortunadamente no encontré a mi hermana ni a mi hermano tampoco, estaban en el monte, sólo encontré a mi papá con mis dos hermanitos, los hermanitos que ahorita yo tengo. Pero fue muy triste cuando llegué estaban solos, la niña estaba muy golpeada, estaba sangradita por la vagina y el niño también estaba muy maltratado».

Ese retorno que mostraba un escenario similar al que ella vivió, le demarcó la necesidad de quedarse junto a sus hermanos para intentar cuidarlos y que su historia de abuso y abandono no se siguiera repitiendo: «Eran abusados, Sebastián*, el niño, me decía: —¡No nos dejes acá!—. Yo les respondía: —¡Los voy a cuidar!—. Me quedé con ellos, cuando busqué en la cocina no encontraba nada, lo único fue un pedacito de panela y les hice de tomar, yo tampoco sabía nada de cocina porque yo en Bienestar no aprendí nada esas cosas, lo aprendí ahora porque la psicóloga me ha enseñado».

Durante esa época, en la que Leidy decidió quedarse a cuidar a sus hermanos, empezó a ver nuevamente cosas que le llamaban la atención y empezó a preguntarse qué pasaba. Una de esas situaciones era que todas las noches su padre llegaba con un uniforme como el del ejército, con la cara tapada o con una pañoleta en la cabeza y con botas de cordón, pero no era miembro de las fuerzas militares. Todas las noches Leidy se hacía las mismas preguntas, sin embargo, nunca se hicieron explícitas, sólo las pensaba al ver el comportamiento de su padre. Todo empezó a ser más claro cuando debió irse al monte: «Jeremías me dijo que tenía que llevarse a los niños, yo le dije:

—¡No!—. Él me respondió: —¡Sí! Me los tengo que llevar—. Yo le respondí: —¡Yo me voy con ellos!—. La niña estaba muy enferma, yo no quería que se la llevara, que se quedaran solos con él, entonces me dijo: —¿Te vas con nosotros o te quedas?—. No me quedó otra opción, me fui con ellos. Al tiempo cuando subimos al monte, me di cuenta de que ellos tenían muchos lazos con el narcotráfico y la guerrilla, estábamos en una finca llamada La Amargura, donde ellos estaban y yo me daba cuenta de que se reunían en un lapso de tiempo, siempre manejaban computadores y siempre llegaban cajas».

En esa vida en el monte, Leidy empezó a dar respuesta a todas esas preguntas que desde pequeña la embargaban, entendió que sus padres comandaban un escuadrón de la guerrilla y a su vez empezó a entender cómo el poder, la fuerza y los intereses de unos afectan la vida pública y las garantías de derechos para otros. Veía jóvenes de su edad que trabajaban para ellos y que tenían cédulas a pesar de no tener la mayoría de edad, una de ellas era Mariana, quien le contaba historias que en un inicio parecían sorprendentes y ajenas, pues en ese momento no imaginó que pudiera vivir algo similar.

En ese momento Leidy no comprendía muy bien cómo era que la vida de Mariana y la de su familia corría peligro si ella intentaba escapar: «Mariana lloraba mucho, me decía: —Yo no quiero estar aquí, ellos me obligaron, es difícil escaparme porque si me escapo pueden matar a mi familia—. Ella tenía entre 16 o 17 años, pero ya tenía cédula para ponerlos a traficar y a sacar droga de un lugar a otro, ellos les conseguían documentos. Yo le dije: —¿Cuántos años tienes?—. Ella me dijo: —Soy menor de edad pero ya tengo cédula—. Ahí fue donde yo entendí que acá hay rosca en cualquier lugar, en la política, en las notarías, en las registradurías y en muchos lugares».

Al ir comprendiendo el contexto donde estaba, las prácticas y las dimensiones de lo que estaba pasando, se dio cuenta de que al igual que Mariana sus hermanitos estaban siendo violentados y empleados al servicio del narcotráfico: «Una vez llamé a Sebastián y le dije: —Sebastián, ¿a ti te ha tocado hacer esas cosas como las que hacen esos niños?—. Él me dijo: —Sí, por eso te decía que no me dejarás acá, porque a mí me tocó tragar cosas—, entonces comencé a sentir mucho miedo».

A su vez durante este periodo supo que tenía otra hermana, que no estaba registrada, que había nacido y crecido en las lógicas del monte, Lisbeth: «Yo le tenía miedo porque ella creció en ese mundo y era una niña que era muy diferente a Sebastián, Tatiana* y a mí. Esa niña era viciosa, le gustaba el dinero, era una niña capaz de matar, de traficar drogas sin sentir temor,

entonces empecé sentir miedo, pero aun así por mis creencias yo decía, yo le voy ayudar, yo quiero ayudar a esa niña, yo los quiero sacar de acá».

La angustia con la que vivía Leidy y la necesidad de proteger a sus hermanos, la puso en la necesidad de empezar a «entrenarse», hacer lo que ellos decían, pues si no era ella eran Sebastián y Tatiana, quien para ese entonces le decían mamá y con quienes tenía un vínculo muy fuerte delineado por su papel de cuidadora.

Para que no se llevaran a Sebastián lejos de ella, debió empezar a «prepararse» como le decía su madre: «Yo no quería que se lo llevaran, mi mamá me dijo: —¿Quieres hacerlo?, entonces diariamente te tienes que comer una uva sin masticarla—. Me colocaban un platado de uvas y tenía que tragarme las uvas enteras. Así fue que empezaron a estimularme, luego usaron un banano que me tocaba tragármelo, primero la mitad y luego todo, no podía hacer gestos para vomitar, ni tampoco podía morder el banano. Ahora no soy capaz de comer ni uvas ni bananos. Me ponían a una muchacha a que me “enseñara”, si yo lloraba o no podía me maltrataban y me golpeaban muy fuerte con alambre de acero. Me dejaban marcas, yo sangraba mucho, pero seguía porque tenía que hacerlo por los niños o sea mi mentalidad era protegerlos hasta que yo ideara cómo sacarlos de allá. Me prepararon como un mes más o menos».

En ese tiempo Leidy empezó a entender y a vivir en carne propia lo que vivían los niños y jóvenes que estaban en la zona. Siempre curiosa e inquieta le preguntaba a su mamá por las situaciones que vivía o por lo que no entendía, le preguntaba porque le decían La Pulga o porque a Jeremías lo llamaban de otra manera: «No entendía por qué tenían tantas cédulas o por qué debía entrenar comiéndose uvas, cada vez que preguntaba recibía un golpe de su madre y la misma respuesta: —Te iras dando cuenta con el tiempo—».

Sin entender muy bien las dinámicas ni el maltrato de su madre, siempre tenía la claridad de que tenía que ser fuerte y hacer lo que le dijeran para que a sus hermanos no les tocara vivir lo que ella estaba viviendo, ella veía cómo otros niños morían o padecían de enfermedades o problemas de visión debido a la droga que debían consumir para entregarlas al narcotráfico: «Vi muchos niños a los que se les explotaban las cápsulas de droga y los dejaban morir para no sacarlos al pueblo. Yo no podía tomarme más de 20 cápsulas, pero yo me esforzaba por tomarme las mías y tomarme las de Sebastián, no quería que lo hiciera él, porque yo vi muchas veces cómo se les estallaban a muchos jóvenes y niños, causándoles la muerte. Allá tenían un médico que era del pueblo pero que por obligación tenía que ir a unas fechas denominadas

porque si no secuestraban a su familia o lo asesinaban».

Una vez pudo comerse entero el banano y tragar las uvas empezaron a enviarla con drogas, entregas que debía hacerle a diferentes narcotraficantes del sector: «Era por etapas, primero abren la uva y meten la cápsula que es una pepita, cuando tu organismo se está adaptando, ya después te toca tomarte las pepas normales, con un protector tú te tomas la pepa y ya, solamente tienes derecho a tragar agua, no puedes comer y tienes que caminar despacio, no puedes correr porque eso se puede estallar y te puedes morir. Incluso para sentarte es difícil porque tú te sientas y sientes el peso y más porque en un lapso de tiempo te dan unas pastillas que producen mucho cólico, luego de esas pastillas te daban un aceite de ricino y así es que uno expulsaba la sustancia, uno iba al baño, las expulsaba y a uno mismo le tocaba sacarlas de la bacinilla, limpiarlas y entregarlas».

Leidy empezó a llevar mucha droga siempre custodiada a lugares allegados a la finca donde vivía, iba junto con otras niñas. En ese momento de su vida tenía once años. Sumado a este abuso en el que se implementó su cuerpo como vehículo para transportar drogas, vivió múltiples abusos sexuales por parte de los narcotraficantes: «Fui abusada muchas veces, yo llegaba a la casa que no podía ensuciar, que ni siquiera era capaz de orinar porque el dolor era muy fuerte. Nunca supe qué fue que me abusaran siquiera tres personas, siempre eran más, a veces me desmayaba y cuando despertaba ellos decían: —¡Está viva! Me despertaba y me veía toda sangrada, aun así yo sabía que tenía que caminar de regreso otra vez y volver porque los niños me esperaban».

Espera que terminaba cuando Leidy llegaba en la noche o en la madrugada, después de caminar por horas por medio de túneles y caminos difíciles que recorría a pesar del dolor, pues sabía que si no lo hacía ella debían hacerlo sus hermanos, eso le decía su mamá. Lo que Leidy no sabía era que para ese entonces sus dos pequeños hermanos, ya habían vivido la situación por la que ella estaba pasando; tiempo después Sebastián le dijo que a ellos les había pasado lo mismo.

Una vez completado el primer entrenamiento y la entrega de las drogas Leidy debió ir al campamento, lugar en el que se dio cuenta que su madre era una comandante de la guerrilla. Estando allí la obligaron a aprender otro tipo de cosas:

«Nos tocaba hacer tennis con suela falsa, esa suela se la quitan y le quitan la parte de abajo, queda una sola línea y queda ese hueco ahí y ahí se metía la droga. Incluso me entrenaban, mataban un cerdo sacándole las

tripas y eso lo llenaba de droga, también me metían la droga por la vagina y ya después entonces lo llevaba y lo jalaban como si fuera la matriz de la mujer entonces para eso hay que entrenarse porque no es muy fácil introducir eso».

»El que estuviera de turno lo hacía, muchas veces me tocó con hombres y para mí era difícil, no sólo porque era abusada, sino porque me daba asco que me tocaran. Hubo un momento en que me rebelé, pero mi mamá me golpeó muy fuerte, desde ahí empezaron los castigos fuertes. Un día fue muy doloroso para mí porque escuché que ella estaba hablando con mi papá y le dijo que les estaban dando más dinero porque yo los satisfacía. —Leidy es bonita y se satisfacen con ella—, le decía.

Entre las idas a llevar droga, los abusos y el miedo, Leidy debía cargar la zozobra de que a sus hermanos les pasara algo. Sebastián era muy callado y no decía nada y a Tatiana no podía dejarla sola pues si lo hacía, podía ser abusada. Varias veces la encontró con su aparato reproductor maltratado y sangrando.

Cada vez se ponía más difícil todo y un día Leidy vio morir a una de sus compañeras, una cápsula se le explotó en el estómago, esto le generó mucho miedo y decidió no volver a tomarlas, porque temía morir y que los niños se quedaran solos. Esto ocasionó los primeros castigos:

«La primera vez me amarraron a un árbol de la finca, estuve ahí toda la noche, llovió mucho y tronó mucho. Al día siguiente pensé que me iban a soltar pero no, me dejaron como hasta la una de la tarde, le quitaron todas las ramas al árbol y estuve ahí, yo sentía mucha sed y les pedía agua porque el sol era muy fuerte. En vez de agua me dieron un vaso de sangre, yo me di cuenta de que era algo rojo, pero pensé que era jugo y ni siquiera me concentré en el olor. Tomé el vaso y con el primer trago me di cuenta que sabía a sangre por su color y porque era muy espesa, tiré el vaso y entonces llegó mi mamá y dijo: ¡Las niñas bien no son groseras, ahora te tienes que tomar dos! Te lo va dar tu hermana, si no te lo tomas el castigo será peor».

»Cuando trajo el vaso yo me tomé el primero, empecé a vomitar después de tomarlo cuando me estaba tomando el segundo, mi hermana dijo: —Debes de tomártelo porque me costó mucho cortarle la pierna a ese señor y recoger la sangre en el vaso—. Yo la miré y me lo tomé y después de terminar mi mamá me dijo: —Creo que ahora sí puedes descansar, te puedes quedar dormida si quieres. Supongo que eran como las once y yo le decía que me soltara, ella me decía que me soltaba si me arrodillaba y le suplicaba que por favor no me dejará más atada al árbol, lo hice porque ya no quería estar más ahí.

»Ese fue mi primer castigo, aun así el día siguiente después de que me dejaron descansar una noche, yo tenía que volver a “tragar” las capsulas pero volví a decir que no porque tenía miedo, la última vez que había ido vi cómo Juliana me suplicaba porque se le estalló una pepa, y yo vi cómo se murió, entonces yo sentía miedo. Yo decía si me muero quien saca a los niños de acá y entonces volví a decir que no y ahí fue mi segundo castigo. Me llevaron a un campamento donde había mucha guerrilla, allí yo era el trofeo, mi mamá dijo que era su hija y que quería ofrecérsela al que quisiera, muchos hombres abusaron de mí.

»Después, no me podía ni mover, solo pedía agua y comida y me sentía débil porque en todo el camino no había comido nada y cuando pedí de comer me llevaron a una casa blanca. En esta casa mataban a las personas que no les servían ya, me sentaron en una mesa y lo que me dieron de comer fue los pedazos de carne de una persona, fue la primera vez que comí muerto y mientras miraba alguien jalaba mi cabello para que comiera. Detrás de la casa había un hombre colgado que lo estaban torturando. Me dijeron que lo tenía que matar y yo dije que no, me golpearon muy fuerte y le cortaron el pene a ese hombre, me obligaron después a comérmelo. Me dijeron que para que no fuera tan difícil me lo picaban en pedacitos, me lo comí. Ahí empecé a odiar a todos los guerrilleros. Después me di cuenta de que habían personas obligadas allá, que no todos eran malos, como Mariana por ejemplo y que quizás pasaban por cosas peores que yo.

Cada castigo representó un nuevo abuso, pero también representaba la posibilidad de vida de sus hermanos y el intento porque ellos no vivieran nuevos episodios de violencia; sin embargo, al ver que Leidy era resistente y no cedía con los castigos empezaron a maltratar y a abusar de los niños, pues eran su «punto débil», cuando esto pasó ella empezó una vez más a ingerir las cápsulas y a transportarlas. La zozobra de morir por el consumo de esa droga la acompañaba, el miedo de la muerte y el dejar a sus hermanos solos paradójicamente la ayudaba a resistir los abusos de múltiples hombres, entre esos su padre. Golpes y maltratos psicológicos por parte de su madre y hermana, los resistía por el amor a los niños con la esperanza de salir de ese lugar algún día. Ese momento llegó y preparó todo para su escape, pero cometió el error de decirle a su hermana Lisbeth, Leidy al ver la pequeña pensó que tal vez podía ayudarla, pero ella la delató, recibiendo más castigos y mayor vigilancia.

La vida siguió con la cotidianidad del horror de la guerra, el abuso,

la tortura y todo lo que implicaba estar allí, Leidy fue entendiendo cada vez más las prácticas y los actores implicados en la guerra, cosa que le ocasionó mayor temor, pues evidenció que todos los actores estaban implicados, incluso aquellos en los ella veía un referente de seguridad. Todas esas ideas se fueron derrumbando al notar que políticos, policías y militares eran cómplices y beneficiarios de la guerra y el narcotráfico. Empezó a sentir temor de no saber en quién confiar cuando lograra salir de allí.

Después de un tiempo volvió a Caucasia con Jeremías, allí seguía siendo abusada por él, pero se sentía un poco más tranquila porque estaba en el pueblo, sin embargo, no abandonaba la casa por miedo a la tortura, pues había visto muchas veces qué clase de castigos se les hacían a las personas que intentaban escapar.

A pesar del miedo y el dolor en esa estadía, Leidy encontró una aliada, un refugio emocional que le ayudaba con los niños y que le brindaba compañía, Teresa, una mujer de quien se hizo amiga porque le llevó una carta de su hijo, quien daba por desaparecido porque hacía varios años la guerrilla lo había reclutado forzosamente. Esta mujer fue un apoyo, sin embargo, una vez murió Jeremías se cortó el vínculo, pues Leidy había decidido hacer otra vida.

La muerte de Jeremías se dio tiempo después de volver al pueblo, complicaciones cardíacas y de salud se presentaron para él. Con esta situación, Leidy y los niños escaparon, se fueron para un barrio humilde del pueblo, a un lugar secreto que ella conocía porque allí Jeremías abusaba sexualmente de ella. En ese lugar empezaron una nueva vida: «Ahí yo puedo decir que me sentía feliz, aparentemente éramos felices, porque estábamos juntos, lo difícil era que yo no sabía cocinar. Nos quemábamos y no comíamos muy bien, sembrábamos yuca. Los puse a estudiar, logré registrarlos como mis hijos, porque le dije a un guerrillero que me ayudara a registrar los chicos sin que me los quitaran, él me ayudó aunque abusaba de mí. Me puse a validar y empezamos a hacer tapetes, en el colegio me enseñaron y yo empecé a hacer para vender, con eso pagábamos cosas de la casa».

Sin embargo, la guerra, el abuso y la violencia en el cuerpo de las mujeres, al parecer, no dan espera y se perpetúa en los cuerpos sin discriminar historias, relatos y vidas. Una vez más Leidy fue víctima de abuso sexual en el 2014, situación de violencia que además la puso en situación de desplazamiento forzado: «Yo estaba en mi casa, en el patio de la casa recogiendo una ropa y vi muchos hombres en el patio, yo vi tres, Sebastián dice que habían más, pero igual yo quedé inconsciente, no sé qué pasó y ese día el Gaula estaba haciendo

un allanamiento. Entonces las personas se escondieron detrás del patio de la casa, esas personas abusaron de mí, cuando me desperté estaba inconsciente y sangrando. Fui al médico, demandé en la Sijín, hice todo el procedimiento. Fui a valoración de Medicina Legal. Después de eso me tocó salirme de la casa porque las personas supieron que yo demandé. Me salí de la casa y nos tocó estar por ahí en la calle, yo le decía a Sebastián que nos fuéramos para Bienestar y él me decía que no porque nos separaban, yo pensaba que tenía razón. Nos quedábamos en hoteles, yo vendía tapetes y lo que ganábamos lo utilizábamos para buscar donde quedarnos, así duramos mucho tiempo, después fui a la primera, un lugar de Caucasia donde venden comida. En este lugar vi a muchas personas del barrio, ellos se dieron cuenta en qué hotel estaba y me amenazaron, me dijeron que me tenía que ir, entonces busqué a la policía y les pedí que por favor me sacaran de Caucasia porque estaba en riesgo, puesto que ya había puesto tres denuncias por abuso y amenazas. Me colocaron las medidas de protección cuando el policía gestionó para que saliera de allá, me llevaron a la terminal y salí de Caucasia».

Al desplazarse llegó a Medellín sin dinero y sin ningún tipo de red o familiar a quien pedir ayuda. Un patrullero los llevó a un albergue, allí le activaron todo el protocolo y además se dio cuenta de que estaba embarazada. Fue muy difícil para ella decidir tener el bebe, se sintió presionada por Sebastián, por la psicóloga, no sabía qué hacer. Sin embargo, en un momento de oración recibió lo que ella nombra como el abrazo de paz de Dios y decidió tenerlo.

El momento del parto se acompañó de múltiples sensaciones y entre la risa y el llanto Gloria llegó a este mundo. Para Leidy fue difícil verla, amamantarla y alzarla pues tenía miedo de que se pareciera a sus agresores. No obstante, con tenacidad y perseverancia pudo enfrentar el miedo y así iniciar su nuevo rol de madre: «Me fui encariñando con ella, siempre me gustaba tenerla muy linda, yo creo que tenerla a ella fue una bendición de Dios porque apenas ella nació comencé a tener muchas entradas, muchos amigos, muchos juguetes. Yo nunca supe lo que era comprarle algo a la bebé, siempre era todo en abundancia, tanto que yo llamaba a Gloria, la psicóloga, y le decía que tenía cosas para otros niños de albergues. Llegó el momento en que me regalaron un closet lleno de pañales y pañitos, la niña salió pinchada y había unos pañitos que le daban alergia, entonces tocó regalarlos. Ella tenía muchas cosas, le daban todo por cantidades».

»Me tocó cambiarme de casa en el mismo barrio porque después de no tener nada pasé a tenerlo todo, un televisor, una nevera. Claro que con

la nevera me pasó algo que me acuerdo y me da risa, me habían dicho que la nevera servía para guardar todo, para que no se dañaran las cosas. En los campamentos no hay luz, solamente se utilizaba el motor de mina, que es la planta para la luz, para refrigerar solo había unas cavitas donde metes el agua y así. Cuando me llegaban mercados de la iglesia o del barrio, yo emocionada con la nevera, guardé todo ahí, el jabón en el congelador, el Fab, la carne, todo. Cuando fueron a la casa don Chape, un señor del barrio con su esposa, fueron a llevarme una leche para la bebé y me dicen y ¿te está funcionando bien la nevera? Yo respondí que sí. ¿Está enfriando bueno?, me preguntaron, ¿congela? Y yo les dije ¿qué es congelar? Y cuando él abrió, me dice nena eso no se congela, la panela y el aceite eran un hielo, yo sentí mucha pena, ahora me río pero en ese momento me puse a llorar. Sacaron todo, empezaron a enseñarme donde iba todo, las salchichas y a decirme que habían algunas cosas que habían que congelarlas y otras no.

En esta nueva vida, donde empezó a aprender otras prácticas cotidianas como el uso de los aparatos electrónicos, la complicidad y el cuidado entre vecinos, aparecieron las redes sociales y fue por una de ellas, Facebook, que su madre la encontró nuevamente, pues le dejó un mensaje a Sebastián: «El niño tenía el messenger con la ubicación activa y nos encontraron, llegaron a la casa y ahí nos volvieron a violentar, después del desplazamiento, llegó ella con mi padrino, ellos ya tenían una relación estrecha de pareja, estando ellos pasó lo que pasó, volvió el abuso hacia mí. Se volvió a activar el protocolo del código Fuscía, de ahí nos fuimos un tiempo, con una amiga que se llama Paola, que trabaja en los juzgados, nos fuimos para el municipio de la Estrella unos días, pero aun así tenía las cosas en mi casa e iba de vez en cuando.

»Nos volvimos a desplazar hace poco porque uno de los muchachos que comanda el barrio empezó a decir que yo era muy bonita, que era juiciosa, no como las otras mujeres de barrio que andaba con el uno y con el otro y dijo que yo era muy creída. Entonces empezó a molestarme, diciéndome que cuando fuera mayor de edad, porque yo a don Chape le comenté que tenía diecisiete años, iba a estar conmigo, que si no quería a las buenas entonces a las malas. Por esta situación tuvimos que salir del barrio, salí con los niños y me fui para San Antonio de Praga, nos desplazamos y declaramos el desplazamiento. Mi hermana también declaró en el Caivas y mis hermanos contaron todo y ahí se activaron los distintos protocolos de atención, por todos esos hechos hay declaraciones pero no denuncias. Es muy frustrante que no pase nada.

Leidy sigue la vida valientemente, permanece con sus sueños que como ella dice le dan motor a su vida, continúa estudiando con el deseo de convertirse en una exitosa abogada y jueza del país, pues confía en la posibilidad de ayudar a otros e implementar la justicia. A su vez, desde su fuerza y su autorreconocimiento, está escribiendo un libro que sueña con publicar, libro que es aliento para la transmutación de sus tristezas, dolores e historias de violencia y al mismo tiempo, alimento para el aliento vital que trae resistencia y fuerza.

Hoy ella confía en la posibilidad de la Paz, anhela que al igual que ella muchas personas puedan salir de los campamentos de la guerrilla y empiecen a escribir una nueva historia, donde los hechos victimizantes y las historias de guerra sean parte de nuestro pasado como país, como seres humanos, como familias y como mujeres, y que de esta manera haya otro mundo posible.

Con esa confianza y con el amor a la vida, actualmente Leidy lleva la bandera de la firmeza en lo alto con ímpetu para avanzar en el camino, de la mano de los niños, pero también de la mano de sus sueños e ideas. Hoy se atreve a seguir escribiendo la historia del cambio y la posibilidad de otra realidad: «Lo que yo siento y pienso es muy importante, merezco ser feliz, estoy intentando ser feliz, comer lo que nunca había probado, hasta jugar. Estoy intentando hacer cosas que me gustan. La vida está en ser firme en las decisiones, de ti depende avanzar o quedarte ahí, por muchos psicólogos que uno tenga, es uno mismo el que realiza el cambio, porque nadie sabe lo que viviste, pero si tú te mentalizas que lo puedes lograr, lo puedes lograr. Yo logré sacar a los niños de allá, lo mentalicé y lo logré, entonces también puedo lograr que ellos sean felices y yo también».

BOLÍVAR

UNA VIDA FEMENINA VALIENTE POR EL TRABAJO COMUNITARIO

«Mi mamá me enseñó a ser fuerte. Yo a veces amanecía por el suelo, pero miraba a mis hijos y decía no puedo desfallecer».

Claudia

Claudia^{57*} llegó a este mundo el 16 de septiembre de 1966 en el Carmen de Bolívar, Bolívar. Sus padres fueron Segundo y Elena, personas trabajadoras y decididas que unieron sus vidas para comenzar un hogar.

Un hogar que ya estaba compuesto para Elena por su hija mayor, fruto de una relación que sostuvo con su pareja anterior: «Mi hermana tenía 5 años cuando conoció a mi mamá y a mi papá, mi mamá le puso por delante a mi hermana a mi papá y le dijo que ella era su prioridad. Mi papá la aceptó y siempre la tuvo como una hija, luego decidieron irse a vivir juntos. De esa relación, después nació mi hermana la mayor, pero mi mamá no la crio, porque mi abuela siempre decía que el primer hijo de mi papá iba a ser para ella, barón o hembra, ella lo iba a criar, y así fue. Mi hermana nació y a los tres meses mi abuela se la llevó, se la dieron».

Esta decisión en esa época se veía normal, ni Elena ni Segundo pusieron objeción alguna ante el pedido de la abuela de criar a la primera hija de la relación de su hijo. Con el tiempo la familia fue creciendo para Elena y Segundo, nuevas vidas llegaron a acompañar sus días, Claudia y dos hermanos más arribaron a este hogar para enseñarles la ardua labor de ser padres.

Elena trabajaba de lunes a sábado en una empresa tabacalera en el Carmen de Bolívar, donde procesaban y sacaban las hojas de tabaco. Por su parte, Segundo trabajó como obrero en el puente Pumarejo en Barranquilla y luego de ese laburo compró un taxi.

57 Los nombres fueron cambiados para preservar la identidad de la mujer y su familia.

La estancia en Barranquilla de Segundo fue deteriorando la relación de la pareja poco a poco, como lo recuerda Claudia: «Antes del nacimiento de mi último hermano ellos se separaron, mi papá la abandonó. Mi papá trabajaba en Barranquilla donde construyeron el puente Pumarejo, y mi mamá lo que hacía era que venía cada 15 días por dinero para la comida de nosotros, pero terminaban era dándose golpes, unas puñeras, mi papá se daba unas puñeras con mi mamá tremendas».

Elena era una mujer con seguridad y fortaleza que muchas veces acudió a la violencia física para reclamar sus derechos y los de sus hijos, cuando llegaba la quincena si veía que Segundo se gastaba el dinero en licor y fiesta iba a las cantinas, lo sacaba del establecimiento y le pegaba. Estas escenas se repetían cada cierto tiempo.

Segundo, ante los reclamos de Elena, buscaba otras relaciones, nuevos rumbos y países que le permitieran vivencias distintas: «Mi papá conoció en Barranquilla a otra señora que sacó de un bar y se fue con ella, para la isla de las Bahamas en Estados Unidos, dejó a mi mamá botada con nosotros cuatro. Allá duro un poco de años, me acuerdo yo».

La vida para Claudia continuó sin la presencia de su padre, su madre para sacarlos adelante les tenía preparada una olla de bollos hechos para que después del colegio ellos vendieran y así poder sostener y alimentar a la familia, mientras no había la cosecha de tabaco; fueron tiempos difíciles pero siempre contaron con el apoyo de Elena: «Mi mamá nos sacó adelante, nos dio los estudios hasta donde nosotros quisimos, estando al lado de mi mamá hice hasta octavo de bachillerato. Mis hermanos no quisieron estudiar, se dedicaron a trabajar».

Antes de que su padre se marchara, Claudia dejó sus estudios para irse a pasar vacaciones con su papá a quien no veía frecuentemente; así fue a Barranquilla con uno de sus hermanos, ella de 12 y el de 9 años, y, estando allí, sus vacaciones se alargaron y se hicieron cada vez más extensas, duraron 3 años sin ver a su mamá, pues su papá no se los permitía, Claudia lo recuerda así: «Mi papá no nos dejaba ver a mi mamá, nos tenía secuestrados, yo me acuerdo de las paleras que me daba él, tenía yo 12 años y a mí ya me estaban saliendo los senitos y mi papá me pegaba unas paleras y me encueraba. Nos criamos con una madrastra que yo digo que fue mala en el sentido que nos daba las paleras, pero gracias a ella tuvimos enseñanzas, ninguno cogió un mal destino. Al tiempo mi abuelo convenció a mi papá que nos dejara ver a mi mamá y él accedió».

Confundiendo el maltrato y la violencia con la pedagogía y el cuidado, Claudia entró en su adolescencia. La relación de su padre con la madrastra terminó y el abuelo llegó a apoyar a su hijo con sus nietos. Tiempo después Segundo emprende nuevamente un viaje y Claudia y su hermano se regresan a vivir con su madre, sus vidas transcurrían en un ir y venir de Barranquilla al Carmen.

Tránsitos que a veces ponían en riesgo la seguridad y el cuidado de Claudia: «Mi mamá no estaba en condiciones de seguirnos dando estudio y no teníamos donde vivir, andábamos de recostados con mi hermana mayor y el marido de mi hermana, pero yo nunca quise estar ahí porque yo veía que mi cuñado era morbosos. Él llegaba y en la noche me tocaba a veces, yo se lo decía a mi mamá, y mi mamá se lo decía a mi hermana, pero mi hermana no lo quería creer, y entonces mi mamá tomó la decisión de que nos fuéramos nuevamente con mi papá».

»Después, cuando cumplí los 17 años, me acuerdo que me avisaron que había un trabajo en la segunda brigada y metí la hoja de vida allá, como era para trabajar en el casino me hicieron las pruebas y salí tarde, cuando llegué a la casa de mi papá, me cogió y me dio con un palo de escoba impresionante, me levantó a pata, me dio una palera, que yo me fui al día siguiente pa' donde mi mamá.

Al regresar con su mamá nuevamente, Claudia dejó de estudiar y se dedicó a trabajar en casas de familia, se ganaba 20 mil pesos en esa época. Claudia ante la ausencia de su madre, quien se iba a trabajar por temporadas a Maicao, se hizo cargo de sus hermanos menores: «Nosotros le damos gracias a mi mamá que ella fue la que, como decimos los costeños, *se jodió el cuerno* para darnos lo que tenemos y somos ahora».

La violencia por parte de los hombres la acechaba constantemente, Claudia rememora que una vez, en una casa de familia en la que trabajaba en los nogales con unos guajiros, un hermano de su empleadora con otro hombre intentaron abusar de ella, pero se defendió tocando un timbre que había en su cuarto, que daba al patio y acudieron a su llamado. Desde esta vez, los nervios comenzaron a jugarle una mala pasada.

La fiesta, la música y el baile siempre estaban presentes en los días de Claudia, quien se caracterizaba por ser alegre y sociable: «Parrandera sí fui, nosotros nos cuidábamos entre los amigos, los pelados nos cuidaban a nosotras. Recuerdo que hasta que no montaban el pico en el carro y se lo llevaban, no nos veníamos de la fiesta. Mi mamá a veces iba y nos sacaba por una puerta para que nos fuéramos para la casa y yo me le metía por otra».

Su primer novio fue un muchacho mayor que ella, el cual le gustaba y atraía mucho, pero al ver que él iba a visitar a sus hermanos y se ponía a jugar con ellos más que compartir tiempo con ella, se le fue pasando poco a poco el gusto y llegó a sentir fastidio, pues para Claudia, su comportamiento era muy infantil.

A sus 18 años llegaron nuevas experiencias a su vida, las relaciones sexuales se abrían paso para hablarle del amor y los dramas de la juventud: «Conocí el hombre con el que tuve mi primera relación sexual, también mayor que yo, porque siempre me han gustado los hombres un poquito mayores que yo y con más experiencia. Los amores entre nosotros fueron raros, digo yo, porque éramos de clase social distinta, él era de una clase social media y yo era de una clase social baja. La familia de él nunca quiso nada conmigo. El día que decidimos tener relaciones sexuales, lo decidimos los dos porque a mí me gustaba mucho él, todavía es la hora que, hace como dos años nos reencontramos y revivimos nuestros viejos tiempos».

»Esa noche entramos a una residencia en el centro de la ciudad, entramos como a las ocho de la noche y se vino a consumar el hecho a las tres de la mañana porque yo cerraba mis piernas hasta que a esa hora decidí tomar la decisión, ya cansada de hacer fuerza y dije que sí. Bueno y en ese son duramos un año viéndonos a escondidas. Yo decía en mi casa que yo me iba a trabajar, pero yo no salía a trabajar, sino que él alquiló una habitación y vivíamos ahí, duramos un año así a escondidas.

Toda esta historia de amor para Claudia se derrumbó el día que ella se enteró de que su novio se iba a casar con otra persona, desconcertada y sin ganas de enfrentar a su mamá, quien ya se había enterado de sus mentiras para estar con él, se fue con una amiga para Arjona, Bolívar. Allí duró un mes hasta que su madre la fue a buscar y se regresó al Carmen: «Del Elena cogimos hacia la finca, allá conocí al papá de mis hijos, mi mamá ya lo conocía porque ella me decía: —Yo te voy a casar con un muchacho que está allá en la finca, que a mí sí me gusta ese hombre para ti, ese muchacho sí es buena gente—».

Como un pronóstico de la vida, Claudia conoció ese día al que sería su esposo, Carlos. Al principio ella no se sentía atraída por él, pensaba que venían de modos de vida muy distintos, él del campo y ella de la ciudad. La idea de compartir vida con él no le llamaba la atención. Pasaron los días y Carlos se mostraba interesado tratando de conquistarla, Claudia vio en esa relación una oportunidad para salir de la decepción de su relación anterior y decidió irse con él finalmente: «El papá de mis hijos no era un hombre expresivo, era muy

callado, ¿qué me hizo irme con él?, fue más la decepción que yo llevaba, el dolor y eso, porque yo al principio no lo quería, al principio yo no sentía nada, era por sacarme el clavo. Me fui un 18 de julio con él y nos casamos un 20 de diciembre de 1985».

»El día del matrimonio estuvo marcado por la desazón y la nostalgia, pues en la ceremonia su antiguo novio se apareció en la iglesia, situación que la indispuso y no le permitió disfrutar totalmente ese momento.

Se fueron a vivir con Carlos a la casa de sus suegros, en la vereda el Respaldo de El Carmen de Bolívar. Los primeros meses fueron muy difíciles para Claudia, quien no se sentía a gusto con el rumbo que había tomado su vida. La comida, los oficios, las conversaciones, los horarios, todo era muy diferente a lo que ella estaba acostumbrada: «A veces cuando tenía que acostarme con él y me sentía mal porque él me buscaba y yo fingía que en realidad no sentía nada por ese hombre y no me hallaba a esa vida, de cocinar en leña, de comer yuca dos veces al día, que el desayuno yuca con suero, que a medio día sino había pa' aliviar era yuca con suero. Esa no era mi vida, mi vida era en la ciudad que si no había para el café con leche con el pan, aquí uno compraba que la papa y esas cosas, las comidas eran distintas y como mi tío era siempre alcahueta mío, él sabía que yo no estaba acostumbrada a esa vida, así que cuando iba al pueblo me traía que el plátano, que la papa, me hizo la vida más llevadera... Yo a mi tío lo quiero y lo adoro mucho, por eso es el padrino de mi primera hija».

Pasó el primer año de convivencia y Claudia quedó embarazada de su primer hija, queriendo hacer más cosas y ocupar su tiempo libre, le propuso a su tío que le permitiera dar clases a sus primos que no iban a la escuela, pues en la vereda no había: «Me acuerdo que empecé con los hijos de mi tío y de otros vecinos, hicimos unas trojitas⁵⁸ de palo, donde se sentaban y unas mesas de palo pa' que ellos escribieran, no teníamos tablero. Mi suegro no estaba de acuerdo con lo que yo hacía, decía que la mujer era para estar en casa, sirviéndole a su marido, cocinándole y limpiándole la casa. Siempre me regañaba y me hacía comentarios».

Cansada de los reproches y la incompreensión de su suegro, Claudia vio, en la propuesta de unas personas de la comunidad de irse a trabajar unas tierras abandonadas, una posibilidad para alejarse y comenzar su hogar

58 En este caso el término se usa para referirse a banquillos, como una acepción de uso regionalista.

autónomamente. Se trasladaron a vivir a Villa Dilia, una vereda cercana al Respaldo en 1987: «Ese año le fue bien a mi marido, cosechó una hectárea de tabaco, aunque el tabaco se echaba a perder porque mi esposo era flojo y no lo cortaba. Entonces yo, antes de ponerme a dar clase, iba a limpiar y recoger en las mañanitas, aprendí a raspar la tierra. El colegio que estaba donde mi tío lo pasé para acá, venían los niños a estudiar, ya no tenía solamente los alumnos de mi tío, sino otros niños que por ahí se juntaron e iban a que yo les diera clase».

Pasaron los días y entre clases y trabajo de agricultura, llegó a los oídos de Claudia la propuesta de hacer parte de un comité campesino con las personas de la vereda, le llamaba mucho la atención el trabajo comunitario pero también reconocía que estar organizado en ese tiempo era peligroso: «En ese entonces a la que era la directora del comité del Carmen, Zeneida Paredes, la perseguían mucho pa' matarla porque los terratenientes no querían que los campesinos se organizaran y exigieran sus derechos».

Claudia, a pesar de los riesgos evidentes que representaba pertenecer al comité, seguía firme con su propósito social: «Mi perfil de luchadora y de sindicalista fue desde niña, porque mi mamá fue sindicalista de las empresas de tabaco en donde trabajaba. Paraban las empresas y cerraban las vías, creo que ella hacía parte del MOIR. Mi mamá fue perseguida varias veces por la ley cuando joven. Yo digo que mi lucha por salir adelante, por defender las demás personas viene desde ahí, de ella».

El trabajo de incidencia comunitaria de Claudia, por medio del comité del cual era secretaria, dio sus frutos, consiguieron que la alcaldía le pagara como profesora de los niños. De esta manera comenzó a funcionar la primera escuela que hubo en esa vereda: «Me acuerdo que la alcaldía me pagaba 27.000 pesos, eso era plata en esa época. Yo salía alegre y le decía a Carlos: —Si me quieres dejar, déjame, que con estos 27 yo mantengo a mi hija—».

Con el comité la comunidad consiguió que les arreglaran el camino y estaban buscando que el INCORA les legalizara las tierras donde vivían, que comprara las tierras y se las diera a los campesinos por parcelas, pero nunca se llegó a realizar ese gran sueño puesto que mataron a Manuel Barreto el presidente del comité. Era el año 1990 y ya los grupos armados comenzaban a incursionar en la región: «Se oía el comentario que era la guerrilla, en el Elena había unas familias, disque los Méndez, se hablaba mucho de los Méndez —se dice que ellos fueron los primeros que armaron los grupos paramilitares allá—, también se oía el comentario de que la guerrilla, pero la guerrilla no se dejaba ver, en ese tiempo andaba la guerrilla por ahí, no se dejaba ver. Cuando mataron

a Manuel, nosotros nos mudamos por miedo a las amenazas, por miedo de que se fueran a meter en nuestra casa, porque a Manuel lo mataron así, lo sacaron y lo mataron ahí. Ya yo estaba embarazada de mi hijo, cuando eso».

Con ese asesinato, las familias de la vereda quedaron atemorizadas, el Comité se desintegró e inició el desplazamiento forzado de las familias. Quienes se quedaron en Villa Dilia, creyendo que la violencia se acabaría pronto, vieron cómo los grupos paramilitares de la región ingresaban a las casas para buscar a quienes asesinarían; por ello, un año después, Claudia y su familia abandonaron su vivienda en Villa Dilia y se ubicaron nuevamente en la vereda El Respaldo, en una parcela que pertenecía a la familia de sus suegros.

Durante los primeros años de la década de los años 90, en el Carmen de Bolívar se empezaron a presentar extorsiones de grupos armados a quienes tuvieran tierra, amenazando con asesinar a integrantes de las familias si no se daban los dineros requeridos. Luego, se realizó por parte de la guerrilla, la identificación de quienes hacían las extorsiones y asesinaron a varios de ellos; cuando la población observó los cadáveres se dieron cuenta de que se trataba de campesinos de la región, supuestamente que estaban bajo el mando de los Méndez, el mismo grupo paramilitar que participó de la primera masacre en El Salado: «Pal' 96, después de la segunda masacre en El Salado, fue que empezó a verse la guerrilla. Comenzó un grupo Colombia Libre, que ahora pensando con cabeza fría eran los mismos campesinos que estaban armados para protegerse de la guerrilla, porque ellos estaban bajo las ordenes de los Méndez, entonces no era guerrilla. Extorsionaban a las personas, por lo menos a mi suegro le pedían 500.000 pesos por no asesinar a mi esposo. Entonces por eso es que yo digo que no era la guerrilla sino que eran los campesinos armados y hacían parte de Colombia Libre. Después de eso fue que empezó la guerrilla a dejarse ver».

Con el aumento de la presencia de la guerrilla en los Montes de María, inició, de una parte, una serie de hostigamientos de la Infantería de Marina contra los campesinos; y, de otra, el fortalecimiento de los grupos paramilitares de la región, que serán el antecedente para la entrada de las AUC en la masacre de El Salado, ocurrida en febrero de 2000.

En la vereda donde estaba viviendo Claudia, era notorio cómo la Infantería de Marina, en varias ocasiones, establecía controles en las vías de acceso, rodeaba las viviendas e ingresaba en ellas, exigían alimentos e interrogaban a hombres y mujeres sobre qué personas estaban apoyando a la guerrilla. Cuando alguien era señalado, en ese sentido, en pocos días llegaban en la noche grupos armados

que sacaban a los campesinos de sus casas y los asesinaban. Los hostigamientos nocturnos de la Infantería de Marina y los asesinatos posteriores, se concentraron en el poblado cercano llamado San Roque.

El 14 de noviembre de 1998, miembros de la Infantería de Marina llegaron a la vereda El Respaldo del municipio de Carmen de Bolívar (Bolívar), se llevaron a 15 hombres entre ellos a Carlos, el esposo de Claudia, para que les dijeran cuál era la ruta de los guerrilleros, los retuvieron aproximadamente tres (3) horas, los maltrataron y los ultrajaron.

El 22 de noviembre, ocho días después, regresaron los Infantes en la tarde, quienes cada vez que entraban a la vereda se identificaban e iban vestidos de camuflado verde con negro. Entraron y se llevaron a 12 mujeres de la vereda, entre ellas a Claudia, a un lugar montañoso. El esposo de Claudia reclamó a los Infantes que qué harían con ellas y luego fue obligado a irse con ellos. El grupo fue obligado a caminar otro trayecto, llegaron a un lugar que los campesinos llamaban La Montañita, luego los Infantes les ordenaron parar y esperar, ellas preguntaron qué esperaban y ellos respondieron que esperaban que la guerrilla pasara a ver qué les iban a hacer y ellas estaban ahí para que la guerrilla no atacara al Ejército:

«A nosotras nos llamaron porque es que ellos nos preguntaron los nombres y ellos tenían una lista en donde iban chuliendo los nombres, a mi esposo le decían tu eres Mañe, Mañe Díaz, porque él se iba a llamar cuando pequeño Manuel Díaz y al tiempo de bautizarle le pusieron fue Carlos, entonces todo el mundo lo conocía como Mañe, le decían tu eres Mañe Díaz, el señor José, el de las vacas. A mí me decían tú eres la mujer de Mañe Díaz verdad, la que siempre ha estado metida en vainas de estar organizando gente. A las otras mujeres decían que vivían con guerrilleros».

Cuando había oscurecido, los Infantes de Marina les anunciaron que ellos iban a agredir sexualmente a las mujeres y que debían desvestirse. A Carlos le advirtieron que podía ver todo lo que iban a hacer, pero que no podía ni gritar ni hablar o lo mataban. La pesadilla para él y para todas las mujeres comenzaba, todo se tornó negro y se inundó de un miedo profundo y ensordecedor. Carlos presencié toda la violencia sexual sin decir una palabra: «Ellos lo hicieron delante de mi esposo para hacerlo sentir menos “macho”, para supuestamente “demostrar” que ellos sí eran unos varones».

Con las mujeres se quedaron 10 Infantes, quienes empezaron a preguntarles por la guerrilla, por Martín Caballero y otros comandantes y mandos medios de la guerrilla, como ellas no contestaban les ordenaron

desnudarse, les dijeron que «así como ellas se acostaban con la guerrilla tenían que acostarse con ellos, que ellos eran la ley». Luego los Infantes les dijeron que «le avisaran a la guerrilla que ellos los estarían esperando allí y que si denunciaban acababan con las mujeres y sus familias».

La noche fue larga, llena de agresiones, maltrato y abuso. La violencia encarnada en el cuerpo de los hombres armados trastocaba sin compasión el cuerpo de las mujeres. Tenían la instrucción de violentar a cada mujer, por lo cual cada una de ellas fue agredida por 10 hombres.

Una mujer fue golpeada porque se resistió a la violencia, ella quedó inconsciente varias horas, tiempo durante el cual continuaron los abusos contra ella, al despertar fue agredida por otros tres hombres: «A Isabel, la mujer que golpearon, la acusaban de vivir con Boris el guerrillero, Boris era un comandante de cuadrilla de las FARC. Otra de las mujeres fue amarrada, con ella eran más violentos porque decían que era la amante de un guerrillero».

Parecía que se habían organizado previamente para poner en marcha su plan de violencia, pues no utilizaron nombres ni rangos para hablar entre ellos, pero sí tenían un orden numérico para agredir a las mujeres; el primer agresor seguía de primero con otra mujer y el segundo, de segundo con otra y otra, y así pasaban de una a otra mujer... Mientras cometían la violencia sexual, los Infantes les gritaban insultos que evidenciaban que el móvil era castigarlas por ser supuestamente las compañeras de los guerrilleros. Uno de ellos le insistía a los demás, que eso se quedaba entre ellos, que no debía enterarse su comandante, y luego gritaba « ¡Viva el Ejército de Colombia y nosotros sí somos unos machos de verdad!».

Claudia le pedía a Dios que le diera fortaleza y valentía para resistir todo lo que estaba sucediendo esa noche, se aferró a su fuerza más profunda, esa que habita en su corazón para vivir: «Yo hablaba con Dios y le decía que si no me iba a quitar la vida en esos momentos que me diera fortaleza para soportar».

Llegó el amanecer y con él una nueva posibilidad de vivir. Los hombres de la Infantería se fueron y les dijeron que no hicieran nada hasta dentro de 2 horas. Durante este tiempo, las mujeres conversaron, lloraron y fueron apoyo y aliento entre ellas. Les preocupaba lo que iban a decirles a sus parejas, entre otras cosas. Entonces tomaron la enorme decisión de hacer un pacto de silencio: «Nosotros prometimos que no íbamos hablar del tema. Que nosotros no íbamos hablar de ese tema, que nadie iba a decir nada, ni nadie iba a comentar nada de nada de lo que nos había sucedido, que ese tema

definitivamente iba a quedar enterrado y que nadie lo iba a desenterrar ni porque se cayera el mundo, que ni un cura se podía enterar de nada. Nadie es Nadie. Después a los 15 días nos volvimos a reunir, estábamos muy afectadas y nos reunimos para hacernos la promesa de que íbamos a sonreír y que no íbamos a sufrir más».

Días después, Claudia tuvo que acudir al médico porque sufrió una hemorragia y ahí se enteró que estaba embarazada, la prescripción médica contenía muchísimos cuidados, pues estaba en alto riesgo. Claudia sintió muchísimo dolor y rabia, pues sabía que había sido resultado de los hechos de violencia sexual, entonces hizo todo lo contrario a lo que se le había sugerido, un día en el baño tuvo una hemorragia, regresó al médico y le practicaron el grado.

Al año de haber acontecido la violencia, Isabel se suicidó, ahorcándose. El peso de los impactos emocionales era demasiado agotador y terrorífico para ella. El aire se le iba de las manos, de la vida: «Yo digo que lo que nos pasó eso fue lo que más la llevó a la muerte, ella tomó la decisión de suicidarse porque su esposo ni su familia sabía lo que le había pasado. Nos escribió una carta en donde ella decía que lo hacía porque ella no tenía la fortaleza de seguir soportando que su marido le estuviera pidiendo que tuvieran relaciones sexuales y ella no podía y en vez de que él la fuera a juzgar o la fuera a condenar por tener una amante mejor tomaba esa decisión».

Para Claudia la muerte de su amiga fue una invitación de reconocer lo valientes y luchadoras que fueron todas y las ganas que tenía ella de continuar viviendo y desafiando la violencia, que quería abrirse paso a como diera lugar por esas tierras. Claudia y su familia se desplazaron porque se estaba presentando despojo, violencia y asesinatos selectivos a la comunidad, por parte de la Infantería/Ejército y de los Paramilitares.

Para el esposo de Isabel todavía es una incógnita lo que pasó con su esposa, él le mencionaba a Claudia que Isabel había cambiado de la noche a la mañana, que todas habían cambiado drásticamente. «¿Qué les pasó a ustedes?, preguntaba insistentemente».

La situación en la región empeoraba cada día. A finales de 1999 y enero de 2000 iniciaron los rumores de que El Salado sería tomado por los grupos paramilitares de las Autodefensas Unidas de Colombia. El 16 de febrero de 2000, cuando el señor Carlos se dirigía de El Salado hacia el Carmen de Bolívar en un carro, se encontró con un retén de paramilitares ubicado en la carretera, quienes obligaron a los pasajeros a bajar del vehículo. Uno

de los sobrevivientes le contó a Claudia, que eran hombres de la Infantería de Marina que iban con unos hombres encapuchados, que le propusieron a Carlos a unirse al grupo, pero él se negó, entonces lo amenazaron diciéndole que conocían a su esposa, a sus tres hijos y sabían dónde vivían en el Carmen, ante la negativa lo amarraron y le dispararon en tres ocasiones en la cabeza matándolo.

La violencia regresaba inhumana y despiadada a cambiar sus días, a transformar su familia.

Al otro día, Claudia con varios familiares de su esposo y otros pobladores de la región, fueron por los cadáveres de quienes habían sido asesinados en la carretera. Transportaron a Carlos en un mulo hasta el casco urbano de El Carmen de Bolívar. Allí un médico en el pueblo practicó la inspección al cadáver y lo entregó a sus familiares. Mientras conseguían el ataúd, integrantes del Ejército Nacional le quitaron la ropa al cadáver del señor Carlos e intentaron ponerle ropa de guerrillero, pero la familia se dio cuenta a tiempo, exigieron la devolución de la ropa y ante la negativa de los militares, la familia lo enterró envuelto en una sábana.

Luego de las honras fúnebres, Claudia y sus tres hijos se desplazaron forzosamente, por segunda vez, para la ciudad de Barranquilla, donde debieron vivir en circunstancias de precariedad económica. Atrás quedó El Salado y el Carmen, esas tierras gratas que estaban siendo manchadas por la sangre, el poder y la muerte.

En Barranquilla, Claudia retomó sus actividades de liderazgo comunitario y en el 2003 se vinculó a la Iniciativa de Mujeres por la Paz para desarrollar un trabajo de documentación de violaciones de derechos humanos en la región. Luego hizo parte de los programas de capacitación de la Fundación Infancia Feliz desde el 2005, organización que enfoca su trabajo hacia los derechos humanos, donde inició un proceso de formación en derechos humanos y después siguió acompañando procesos sociales de la mano del Movimiento de Víctimas de Crímenes de Estado (Movice).

La Fundación Infancia Feliz reconoció sus habilidades como lideresa, por lo cual la integró al equipo de personas que adelantaban acompañamiento y formación a víctimas del conflicto armado colombiano. De esta manera, Claudia realizó un trabajo con The International Center for Transitional Justice (ICTJ), respecto a la sobrevivencia después de los golpes de la guerra.

También participó en un proceso psicosocial por 5 años, realizado en compañía con la Corporación Sisma Mujer y otras mujeres víctimas de

violencia sexual, del que nació un grupo llamado Saroma Yobaty, que aún está activo y que significó para ella un gran alivio, una reconstrucción y una preparación conjunta de ingredientes diversos, esperanzados y fuertes para la resistencia y la vida femenina.

Claudia ha enfrentado amenazas en su contra por mensajes de texto de celular y seguimientos en distinta ocasiones, ella cree que el mayor riesgo es su trabajo como defensora de derechos humanos en Barranquilla. También ha asistido a las versiones de Justicia y Paz, donde los paramilitares desmovilizados informan a los familiares si se declaran o no responsables del asesinato de Carlos.

Actualmente, vive en Barranquilla, tiene 4 hijos y 8 nietos, la mayor tiene 29 años, luego le siguen dos hombres de 27, 25 y el menor de 12 años. Se dedica a desarrollar actividades de comercio con la preparación de alimentos y al trabajo comunitario, lo cual la ha situado como líder en su barrio y le permite crear lazos de solidaridad y apoyo en momentos económicos críticos.

También hace parte del Congreso de los Pueblos y tiene diferentes proyectos comunitarios, entre ellos uno de huertas urbanas para beneficiar a familias de escasos recursos. Su actividad de liderazgo está marcada por su historia, por el ejemplo de su madre y por la fuerza feminista que surge entre sus círculos sociales, ella siembra y cultiva esa lucha, tras su sonrisa se esconde una historia difícil y emerge una gran esperanza.

Claudia con su alegría, sinceridad y sencillez continúa irradiando vida a quienes la acompañan. Su fuerza se siente en sus palabras, en su memoria y en su sonrisa. Con ella caminan la fuerza de muchas mujeres que quieren un mundo distinto, un mundo con derechos y garantías para gestar sus sueños. Con ella también camina la fuerza de esas 11 mujeres que quieren paz en sus vidas.

Su sensación actual, respecto a la implementación del acuerdo de paz con las FARC y el tránsito a la paz, es de absoluta zozobra. Reconoce que el Estado actúa de manera desarticulada entre los diferentes niveles de gobierno (municipal, departamental) y frente a la base social. Además, le preocupa la situación de violencia en contra de los defensores y las defensoras de derechos humanos, cree que es necesario un verdadero compromiso del Estado para que no se repita la historia de la UP, ni de los falsos positivos de anteriores gobiernos.

Ante ello, sostiene firme que el único camino es seguir trabajando porque el país cambie, que no sabe cuántos muertos más tendrá que poner la

gente para que se aprenda a vivir diferente. Lo que sabe Claudia de la vida, se lo enseñó la sobrevivencia, su fuerza interna y la solidaridad, en la escuela estuvo hasta octavo de primaria y esto le alcanzó para ser profesora y le sobra para ser una mujer ejemplar.

CON LA VALENTÍA EN LAS MANOS

«Es muy importante que todo esto no vuelva a pasar, que ninguna mujer tenga que vivir lo que yo viví».

Rosario

La historia de Rosario^{59*} comienza el 1 febrero de 1973 en El Salado, Bolívar, tierra que la vio nacer y crecer. Hija de Nidia* y Lisandro*, Rosario se caracterizaba por ser inquieta y curiosa en su infancia, le gustaba jugar y explorar el mundo. A la escuela nunca fue, pues sus padres no tenían los recursos para apoyarla en ese sueño. Rosario se preguntaba una y otra vez ¿cómo era estudiar?, ¿qué pasaría en un salón de clase?, ¿qué cosas aprendían allí? Preguntas que la acompañaron y la ilusionaron en su infancia.

Su padre se dedicaba a matar ganado y también a sembrar tabaco, yuca y ñame. Trabajaba en el campo y de allí sacaba el sustento para su familia. Cuando Rosario tenía diez años dejó su tierra para trasladarse a vivir y a trabajar a Barranquilla, y de esta manera apoyar económicamente a su familia. Dos años después regresó a El Salado. Tierra que seguía siendo grata para Rosario, pues los vecinos eran muy unidos y la solidaridad era un valor que brotaba por las calles del pueblo: «Si el vecino no tenía, los otros le daban, todos se ayudaban mutuamente».

Por las calles de El Salado, Rosario caminaba alegremente, estaba contenta de volver a estar con su familia y amigos. Allí conoció a Orlando*, la persona con quien se fue a vivir cuando tenía dieciséis años. Con Orlando, Rosario fue madre de cuatro hijos. Un nuevo hogar se construía para Rosario, nuevos días que traerían otras vivencias. Algunas no tan gratas como deseaba y esperaba porque la violencia llegaba despiadadamente a irrumpir la tranquilidad del El Salado.

Rosario recuerda cómo en la primera incursión paramilitar en El

Salado, en el año 1997 mataron a la señora Doris Torres, al señor Esteban Domínguez, a su hijo y a otro joven. Debido a esos hechos de violencia, Rosario se desplazó forzosamente de su tierra, por un tiempo. Posteriormente, regresó a El Salado y allí sostuvo una relación sentimental con un hombre, fruto de esta relación, nace una hija.

Orlando a pesar de enterarse de la relación que Rosario sostuvo con alguien más decide continuar con ella. Se ubicaron en el sector rural de El Salado, donde tenían una finca en la que cultivaban la yuca, el maíz, el ñame. Ese era el sustento económico de la familia.

En febrero de 2000, se escuchaban rumores sobre una posible segunda incursión paramilitar a El Salado. Las calles del pueblo no eran las mismas, el miedo y la incertidumbre rondaban buscando víctimas.

Un día antes de que la masacre empezara, Rosario visitó El Carmen de Bolívar. Allí un hombre la abordó y le preguntó: «—¿Tú eres la yerna de Margot?—. A pesar de que Rosario no conocía al sujeto, respondió que sí. Luego, el hombre le dijo: «—Dígale a esta gente [refiriéndose a sus suegros] que los paramilitares van para adentro, se van meter al Salado para arrollar a unos como el pescado, que la familia iba toda en lista con ella, porque decían que eran guerrilleros».

Cuando Rosario regresó a El Salado, dijo a sus suegros lo que le habían dicho:

«Vea viejo Carlos* aquí están mis hijos, mire cuatro hijos que tengo, póngase a pensar en eso, señor Carlos». Me dijo: —No, ya viene Rosario a asustarme— y le dije —yo no lo voy a asustar, viejo dese cuenta, mire estos nietos van a quedar huérfanos porque mandaron a decir que nos iban a matar a toditos—».

El 16 de febrero del 2000 comenzaron a entrar los paramilitares y el 17 en la madrugada. Rosario había decidido huir hacia el monte con la señora Margot y otras personas del pueblo. Desde ahí veían un avión que estaba bombardeando a todo aquel que se moviera: «Ese avión fantasma que apareció, yo no sé cómo salió, eso quería bombear el rancho en el que estábamos ocultos... Éramos como veintiuno en ese rancho... Escondidos, como el venado, como el animal... Porque eso éramos en ese momento, unos animales, uno no se mereció esto. Uno no se merecía esto, ¿por qué, padre?».

Rosario y las personas con las que estaba volvieron a entrar al pueblo como a las cinco de la mañana y los paramilitares estaban en la orilla del pueblo, les hablaron y se burlaban de todo lo que estaba sucediendo. Rosario se

preguntó: «—¿Sería que ellos no tenían familia en el momento?—. No tuvieron compasión con uno, salimos y entramos al pueblo y se burlaban de uno».

El 18 de febrero llegaron a una casa y alrededor de las siete de la mañana inició un tiroteo, dejándolos a ellos sin posibilidad de salir e incomunicados porque el pueblo estaba rodeado, no encontraban a dónde ir. Entonces decidieron ir a la casa del señor Abel Montes. A esa casa llegaron a sacarlos los paramilitares, les decían: «—¡Salgan guerrilleras!—». A muchas personas, incluidos los suegros de Rosario, los llevaron a la plaza del pueblo, donde posteriormente los asesinarían como recuerda Rosario: «A Margot, mi suegra, le hicieron mucho daño, ella sufrió más porque le metían cosas por abajo, le hacían maldad, le decían mira la guerrillera como está de gorda. Así le decían a esa señora».

Antes de que sucediera la tragedia, Rosario llegó a la casa del señor Abel Montes, junto con veintiuna personas más. Allí también llegaron los paramilitares a buscarlos: «Ellos vinieron con rabia. ¡Guerrilleros salgan! ¡Salgan todos estos porque son una partida de guerrilleros! ¡Tanto aquí en El Salado, como en el Carmen de Bolívar son guerrilleros!». Insultos y palabras intimidatorias que generaba en las personas miedo generalizado, estaban a la merced de los hombres de las armas, quienes los maltrataban y con el paso de los minutos los deshumanizaban cada vez más.

En medio de todas estas prácticas de amenaza y violencia, los paramilitares aprovecharon para saquear las pertenencias de las personas, a Rosario le quitaron una cadena de oro, cuatro anillos y dos pares de aretes de sus niñas, todos de oro. También le quitaron ochenta mil pesos.

Rosario no fue a la plaza central del pueblo, se quedó en la casa del señor Abel Montes con sus hijos. A esa casa, alrededor del mediodía ingresó un sujeto armado⁶⁰, uniformado con un camuflado, guantes y encapuchado. Portaba un arma larga. Era un hombre delgado y de estatura mediana. El sujeto se acercó a Rosario y le apuntó con el arma a ella y a sus hijos. Empezó a quitarle la ropa, mientras ella luchaba y defendía su derecho a tener una vida libre de violencias, el sujeto la agredía sexualmente.

Durante todo el tiempo Rosario estuvo muy asustada por lo que podía pasarle a ella y a sus hijos: «Él —el agresor— me decía: —Yo le hago esto porque usted es una guerrillera, tu eres guerrillera, por eso es que te voy a

60 Estos hechos fueron atribuidos a grupos Paramilitares- Infantería de Marina en el marco de la masacre.

hacer esto, por guerrillera—. Yo le dije: —Pero ¿cómo le consta a usted que yo soy guerrillera? ¿Y estos peladitos? ¿Usted me encontró con un arma? Se quedó ahí callado... No respetó a mis peladitos que estaban ahí mirando todo lo que pasaba, no respetó nada».

En medio de todos esos recuerdos dolorosos y algunos innombrables, Rosario rememora que el uniforme camuflado del agresor tenía una insignia similar a la que portan los miembros de la fuerza pública con su apellido. Desde ese momento, cada vez que ve a las personas del ejército se asusta y se atemoriza, porque son activadores de los hechos de violencia que vivenció en el marco de la masacre de El Salado.

Todavía, años después, están latentes las palabras de amenaza de los paramilitares hacia la población civil, pues como Rosario relata los paramilitares les advirtieron a los pobladores de El Salado: «A la próxima ustedes no se dejen comprar del gobierno, ni que le den cincuenta o cuarenta millones ni treinta, porque a la próxima vez, nosotros vamos a matar a todos los que están aquí: niños, viejos, jóvenes, todos se van a morir. Porque nosotros vinimos fue a enterrar este pueblo».

Un pueblo fantasma, ausente del mapa, sin personas, sin vida, ese era el propósito de los hombres de la guerra, un objetivo perverso que la población se resistía a hacer realidad: «En El Salado mataron tantas personas inocentes, la gente de El Salado qué van a saber coger un arma ni que nada, yo nunca había visto un arma (...) Los paramilitares decían que iban a entrar a la población porque ya estaban denunciado, decían que hasta los niños estaban armados, pero eso era embuste».

Después de los hechos, Rosario y sus hijos se desplazaron forzosamente para El Carmen de Bolívar, llegaron a un colegio y les tocó permanecer un tiempo en condiciones muy difíciles, tenían que dormir en el piso y tener la comida racionada.

En el Carmen, Rosario no recibió ninguna atención médica: «Yo no me atrevía a hablar con nadie, ni cuando llegaron los periodistas hablando por cámaras en el momento que me pusieron a hablar, yo no quise hablar, porque yo no quería que de pronto alguno de los paramilitares estuviera en el camino escondido». Rosario tampoco denunció los hechos que vivió, porque el temor y la zozobra eran constantes y avasalladores.

Los impactos psicológicos de los hechos de violencia y la preocupación por la situación de desplazamiento, comenzaron a acompañar los días de Rosario, el miedo, la desesperación, el pesimismo, la rabia, el silencio llegaban

cada vez con más fuerza, a veces para hacerle creer que su vida no duraría mucho y que debía proteger a sus hijos de toda la violencia que la perseguía. Rosario pensaba que en cualquier momento vendrían a matarla, por esa razón decidió dar a una de sus hijas, de tres meses, para que una familia en Sincelejo la cuidara y se hicieran cargo de ella.

Ese hecho ha afectado profundamente la vida de Rosario, pues ha tenido muy poco contacto con su hija, y tiene dificultades para recuperar el vínculo con ella. El deseo más profundo de Rosario es recuperar a su hija, recuperar el tiempo perdido, ya que ella considera que la justicia en su vida se relaciona con que las dos vuelvan a estar juntas, pues la situación emocional, psicológica, de seguridad y económica que sufrió después de los hechos de violencia sexual en la Masacre de El Salado fueron determinantes para dar a su hija al cuidado de otras personas.

Actualmente, ha tenido encuentros con ella, que le han permitido reconocer que los vínculos se pueden transformar y que nuevos espacios y momentos para compartir esperan por ellas. Rosario se dedica a labores de agricultura y a ensartar tabaco. Pasa la mayor parte de sus días en el campo, trabajando la tierra, sus manos cada día siembran esperanza y lucha por continuar viviendo.

Hace poco tiempo superó con éxito una enfermedad en su útero como consecuencia de los hechos victimizantes. El grupo Mujer y Vida ha significado para ella un espacio de contención, apoyo y bienestar emocional, donde ha podido contar lo que vivió y reconocer que no está sola.

El silencio la sigue acompañando en algunos escenarios, como el familiar, en donde no se conoce la violencia sexual que vivió, pues ella considera que esta es una forma de mantenerlos protegidos de cualquier situación de riesgo. Su fe en Dios, su fortaleza interior, sus compañeras del grupo y sus hijos le dan el impulso para seguir su camino.

Rosario quiere que el Estado reconozca todos los hechos que ocurrieron en la Masacre de El Salado y se cuente la verdad de lo ocurrido. También que otras mujeres víctimas de violencia sexual puedan hablar tranquilamente y no tengan miedo de lo que pasó, pues nada de esto, como Rosario muy bien lo sabe, fue culpa de ellas.



«La paz se la da uno mismo, si la paz se da, sería muy bueno, porque ya no habría más niños en la guerrilla, narcotraficando, siendo abusados... Si cumplen como lo dicen eso a mí me haría muy feliz, porque lo que más uno desea cuando está allá es poder salir, y si eso se da (los acuerdos de paz) eso es como garantizar la libertad de muchas personas y eso sería un avance muy grande, la paz si se da bien sería algo muy bueno , pero si se da a medias sería algo inútil, porque nosotros no nos merecemos pasar por esto, porque no lo queremos, los niños no tienen la culpa haber nacido de padres guerrilleros, o de haber sido traído al mundo sin ser deseados, y hay muchos que están allá con una esperanza de salir de allá, como la que yo tuve, entonces sería algo muy importante si eso se diera. Para mí no cambia lo que ya viví o me pasó, si cambia que no vuelva a pasar, si las cosas siguen pasando no podemos avanzar en nuestros procesos de recuperación emocional, lo importante es que no pasen más esos hechos victimizantes».

Leidy, Mujer de Antioquia.

PAZ PARA VIVIR

«La fuerza para mí eran mis hijos, porque yo tenía que darla toda por ellos, no dejarlos pasar hambre, estar pendiente de ellos cuando me tocaba correr. Había veces que yo no estaba y se metían las camionetas a asustarnos y yo estaba vendiendo pescado en otros pueblos...».

Candelaria

Candelaria^{61*} nació el 6 de abril de 1975, en la vereda Paloaltico, corregimiento de San José del playón, municipio de María la Baja en el departamento de Bolívar. Sus padres fueron Alfredo* y Elvira*, campesinos agricultores y padres de ocho mujeres y seis hombres, quienes en su cotidiano vivir trabajaban la tierra y cuidaban los campos. Candelaria lleva su nombre en honor a su papá: «Me crie en otra vereda que se llama Santafé y Cotea, mis papás se trasladaron para allá y vivíamos en una finca, fue allí donde nacieron todos mis demás hermanos. Crecimos en medio de la naturaleza, tuve una niñez hermosa, sin violencia».

»Me gustaba montar a caballo, salir a jugar y divertirme en la casa con los vecinos, con quienes nos reuníamos en grupo y pasábamos largas horas. Jugábamos el yule, el timitaco y la penca. El yule consistía en que nosotros nos escondíamos en la selva y los demás salían a buscarnos y nosotros por debajo del monte nos escondíamos para que no nos encontraran. En el timitaco jugábamos con una tapa, cogíamos una tapa y hacíamos una bola con una media y le dábamos a las tapitas, después se tenían que subir una encima de otra. Era muy divertido, porque siempre invitábamos a los niños de las otras casas y nos turnábamos, hoy nos vamos para donde fulano y jugábamos, mañana para donde el otro y así.

»Había también un palo de mango que se creció tanto que para nosotros, los niños, era el parque porque el palo tenía un columpio y unas ramas grandes donde nos subíamos y los demás nos mecían. Ahí hacíamos batallas entre otros

61 *Los nombres fueron cambiados para preservar la identidad de la mujer y su familia.

compañeros, los que venían de las otras casas y hacíamos grupos. También hicimos un pozo de aquí hasta el palo de mango y estaba la rama, entonces había dos grupos, el uno jalaba para acá la rama para que cayera en el pozo de barro y cuando caíamos nos bañábamos toditos en barro. Nos turnábamos la mecida en la rama del palo de mango para sumar puntos: este fin de semana le toca a ustedes subir a la rama y nosotros los vamos a tumbar y el otro fin de semana a nosotros, para ver cuántos puntos hacia cada grupo.

«—La diversión que tenía era grande—», según cuenta Candelaria, pues se encontraban todos los fines de semana cuando no tenían estudio, eran aproximadamente treinta niños y niñas de varias viviendas aledañas, quienes decían que se iban para el palo de mango y ya la familia sabía que ese día era para ellos. Traían de la casa ñame, yuca, plátano, en el pozo pescaban y hacían el sancocho de pescado. Mientras estaba la olla hirviendo, Candelaria y sus amigos estaban jugando en el barro. «—Eso es algo que extraño—, indica Candelaria—. Porque cada vez que hago esta reflexión, me acuerdo de mi niñez, que fue divina y que hoy por hoy, mis hijos no pueden tener esa misma diversión que tuve yo, puesto que después del conflicto las cosas cambiaron».

Durante la semana Candelaria, sus hermanos y amigos estudiaban en una escuela pequeña de la vereda, la cita era todos los días para aprender, dos o tres horas al día permanecían allí, las clases eran cortas pero muy significativas para los niños: «Las materias favoritas mías eran las matemáticas y sociales, en ese entonces nosotros, o sea uno no le paraba como mucha atención a los colegios».

Elvira, la mamá de Candelaria, se dedicaba al campo y también a criar a sus hijos, ella fue ama de casa y una mujer lideresa, hizo parte de la ANUC⁶². En ese entonces Candelaria tenía trece años y acompañaba a su mamá a reuniones, talleres y encuentros, en los que fue aprendiendo tanto, que cuando tuvo dieciséis años ya era experta en talleres con enfoque social y comunitario.

Por su parte, Alfredo, el papá, se mostraba distante al trabajo comunitario realizado por su esposa e hija, argumentando que no le gustaba perder su tiempo y nunca asistió a una reunión, prefería quedarse en casa trabajando el campo.

Para ese entonces la familia estaba pendiente de adquirir una parcela de tierra, Elvira, señalaba que «no iba a descansar hasta que tuviera un pedacito de tierra». El lugar donde vivían no era propio, ellos cultivaban la tierra y la

62 Asociación nacional de usuarios campesinos de Colombia (ANUC).

cuidaban y por este servicio recibían un pago de parte del dueño de la tierra. La relación de sus padres fue cordial y tranquila, sin maltratos o irrespeto, «los años maravillosos», les llama ella.

Después para cursar el bachillerato, Candelaria y sus hermanos se trasladaron a San José del Playón para estudiar. Se quedaban durante la semana allá y los fines de semana regresaban a la finca con sus papás. Iban y volvían. Esta situación implicó una responsabilidad extra para Candelaria, puesto que debía estar pendiente y hacerse cargo entre semana de sus hermanos. Cuenta ella cómo un hermano no quería ir a estudiar y a veces perdían el transporte por la demora de él: «Mi hermano casi no quería estudiar, para ir al colegio nos tocaba coger un transporte para llegar allá en bote. Antes de tomar el transporte nos tocaba caminar como más de una hora de camino, así lloviera. A mi hermano siempre tenía que traérmelo jalando porque él no quería venir, venía llorando y a veces lo dejaba y los otros compañeros le gritaban para que se apurara porque nos dejaba el transporte. A veces lloraba mucho porque yo me subía al carro y él no, entonces se quedaba, me daba una cosa porque veía que se quedaba solito allá, en ese puerto».

Pasaron los años y Candelaria se trasladó a Cartagena a vivir, tenía catorce años y llegó a una casa de una conocida de su mamá, quien le dijo a Elvira que necesitaba una persona que le colaborara con el aseo de la casa. La familia decidió enviar a Candelaria buscándole un mejor futuro en la capital del departamento. Durante el día Candelaria organizaba y trabajaba en la casa de familia y en las noches estudiaba para terminar su bachillerato. En la casa permanecía en su mayoría con el señor de la casa, pues su esposa estaba gran parte del día fuera. Después de seis meses de haber comenzado a trabajar allí Candelaria fue acosada y violentada sexualmente por el señor de la casa. Cuando quiso romper el silencio y contar lo sucedido a la señora de la casa, ella no le creyó y le dijo: «Eso pasa por vestirse cortico, y que seguramente me le estaba insinuando. Ahí empezó mi martirio».

Los papás tampoco le creyeron, fueron a Cartagena a recogerla y la llevaron al médico, quien les mencionó que «eso le pasó por acostarse con el señor de la casa». Le practicaron los exámenes y valoraciones de medicina legal y el resultado comprobó la violación que tuvo lugar diez días atrás. Candelaria no denunció, puesto que no tenía conocimiento de sus derechos o de que el hecho de violencia sexual que había vivido era un delito.

Regresó con su familia al campo y dejó lo sucedido atrás, «pasó la página de lo vivido», como señala Candelaria. La vida allá cambió totalmente,

pues el trato de su padre hacia ella no era igual, Candelaria se sentía tratada como alguien inferior o que había perdido valor para él. No tardó mucho en emprender nuevamente su camino, ahora su destino era Barranquilla, esta vez para trabajar donde una tía. Tenía quince años.

Para un diciembre Candelaria regresó al pueblo y se reconcilió con el que fue su novio de infancia, Wilson, la persona que manejaba el transporte cuando ella estudiaba en San José del Playón. Nunca le mencionó nada del episodio de violencia sexual vivido en Cartagena. Se fue a vivir con él y a sus diecisiete años, en septiembre de 1992, nació su primer hijo. La relación con Wilson no fue lo que Candelaria pensaba y deseaba para su vida, pues su pareja no asumía responsabilidades frente a su nueva realidad de padre y esposo, por lo que decidió irse a trabajar a Cartagena y dejó a su hijo de ocho meses con sus padres.

Al regresar nuevamente a su casa quedó embarazada de su segundo hijo. Wilson se trasladó a Bogotá para trabajar y Candelaria quedó al cuidado de su hijo, haciéndose cargo de su sustento. Sacaba y cortaba corozo y vendía manteca para comprar la ropa de ella y de su hijo.

Cuando Wilson regresó, Candelaria estaba a punto de dar a luz, el apoyo y cuidado por parte de su pareja no estuvo presente, razón por la cual tomó la decisión de terminar su relación con Wilson y darse una oportunidad con otra persona. Con este hombre comenzó una relación sentimental y para unas fiestas patronales acordaron irse a vivir juntos, ella se fue con su hijo menor y dejó el mayor con su madre.

Candelaria reconoce que fue su necesidad de afecto y el querer sentirse respaldada y apoyada lo que motivó esa decisión. Cuando llegó a la casa de su pareja, estaban su suegra y los otros hijos, la recibieron muy bien, contaba con todo lo que le había prometido su pareja, cama y juego de pieza, entre otros. Candelaria vivió un tiempo con ellos y de esa relación nacieron dos hijos más.

La relación con su pareja, de ese momento, comenzó a deteriorarse, debido a que éste no lograba distanciarse de su mamá para construir un hogar con Candelaria, situación que fracturó el entendimiento entre ellos. En esa época a la suegra de Candelaria la acusaban de ser guerrillera y Candelaria le mencionaba reiteradamente a su pareja: «Nosotros no podemos correr para donde ella corra porque nos vamos a meter también en problemas y a mí no me gustaría caminar con la cabeza agachada sino con mi cabeza en alto, porque yo no estoy haciendo nada malo». Para ese entonces los papás de Candelaria

tenían poco contacto con ella pues no les gustaba que estuviera con la familia de su pareja, tampoco aprobaban la relación entre ellos.

Al tiempo, a sus suegros los llevaron presos y Candelaria debido a la situación de riesgo y reacción de su pareja decidió ponerle punto final a la relación, ella se quedó con sus hijos. Su suegra fue acusada de apoyar a la guerrilla con su oficio de partería.

Paralelamente, Candelaria hacía parte de un proceso con su mamá en la ANUC, por medio del cual adquirió una parcela de tierra y se radicó en Santa Fe, jurisdicción de San Jacinto.

En ese entonces, para el año 1998, el orden público estaba afectado por el ingreso al pueblo de grupos armados, en un inicio grupos guerrilleros. Candelaria, su familia y todos los habitantes de Santa Fe tenían que convivir con ellos: «Ya andábamos con un poco más de precaución, ya no andábamos de noche, yo iba a Cañas, otro pueblo a las fiestas para vender peto, me ponía un tanque en la cabeza y salía a vender. Si íbamos a la fiesta íbamos de día y esperábamos que llegara la noche allá para fiestar y al siguiente día esperar que llegara el día para regresarnos, porque en cualquier cruce nos encontrábamos con el grupo armado».

Para ese tiempo, en el territorio estaban el ELN, el ERP y las FARC, era muy difícil distinguir cuál era cual. Candelaria recuerda cómo Las FARC se llevaron a uno de sus hermanos y amenazaron a su familia. Ellos se armaron de valor y decidieron salir a buscarlo y lograron encontrarlo.

Tiempo después incursionaron los paramilitares en el sector, como señala Candelaria: «Nos dijeron que éramos cómplices de la guerrilla y que nos daban 24 horas para que saliéramos de ahí. Cuando ellos empezaron a entrar nos hicieron desplazar a San José del Playón, yo estaba embarazada de mi última hija. Una noche me acuesto, como a las dos de la madrugada y siento esa parrandanga de plomo, me puse mal, porque uno viene huyendo, porque allá nos amenazan y pensábamos que en el pueblo íbamos a estar mejor y era peor. Conseguimos varias casas solas, porque ya mucha gente se había desplazado y habían dejado las casas solas, lo que hicimos fue meternos en esas casas. Mi familia y yo cogimos un patio e hicimos una casa. Mi vida diaria era vender pescado, caminaba todos esos pueblos. Yo salía con una porcelana de pescado en la cabeza y regresaba con una porcelana de plátano, yuca, coco, de todo, en la misma porcelana».

Los grupos paramilitares ejercían su poder y control del territorio a través de las armas y la violencia generalizada, como lo comenta Candelaria:

«Cuando los paramilitares llegaron a los montes de María, no llegaron por hacer masacres, sino por quitarle las tierras al campesino. Mi papá y nosotros vivíamos en una finca, y de esa finca nos hicieron salir».

Hacia el año 1999 nació su quinta y última hija. Esta nueva vida llegó en medio de miedo y pánico, pues el día que Yureli nació, mataron a tres personas, situación que a Candelaria la afectó e impactó de manera tal que se le adelantó el parto un par de semanas. Los días tenían aires de zozobra e incertidumbre.

La masacre en San José del Playón fue en el 2002, evento que estuvo precedido por episodios y situaciones que atentaban contra la vida de toda la comunidad, pues en varias ocasiones llegaban las camionetas a matar y amedrentar a las personas obligándolas a refugiarse en el monte y a pasar toda la noche allí: «Yo me acuerdo que mi hija de dos años me hacía señas de que nos quedáramos calladitos, nos tocaba dormir con los pelados entre el monte, en el barro y todo eso y a la mañana siguiente nos parábamos a ver si había gente muerta».

La masacre fue en el 2002, esa noche Candelaria y su familia se acostó como todos a la media noche, hacia las dos de la madrugada se fue la luz. En ese momento Candelaria supo que algo estaba mal. Al momento de cortar la luz, sonaron disparos corridos y ella, junto con sus hijos, se metió debajo de la cama a esperar que todo pasara, a las cuatro de la mañana vino la luz y todo el lugar se fue quedando en silencio.

A la mañana siguiente cuando Candelaria salió estaban las tiendas en llamas, y los cuerpos sin vida de los dueños tirados en el pavimento. Muchas personas de la comunidad sacaron mercancía de los almacenes, arroz, pollo... oliendo a gasolina y jabón derretido: «Fue algo que estremeció al pueblo, mataron a ocho personas, los torturaron, amarrándolos y volteándolos boca abajo. A las esposas de los cachacos en ese entonces las sacaron desnudas y las pusieron a desfilas en la calle, las echaron mientras mataban a sus esposos. Cuatro mujeres fueron violentadas sexualmente. Después de la masacre me fui con mis hijos desplazada para Cartagena, nos fuimos huyendo de la violencia».

Candelaria regresó al Playón en el año 2004 y comenzó una nueva relación con su pareja actual, compraron una casa y ella comenzó a vender pescados nuevamente. Para esa época los paramilitares tenían el control del territorio: «Yo compraba el pescado en la torre y ellos me decían que yo tenía que aportar de ese pescado para que ellos comieran, yo me negaba señalándoles que lo que me ganaba era para el sustento de los pelados».

Era un bloque grande el que estaba a cargo del territorio, estaban ubicados en el Playón, en la vía de San Onofre. Se escuchaba hablar de «Juancho Duque». Por lo general, en la mañana, el grupo convocaba a la población a reuniones obligatorias, pues el castigo para la persona que no asistiera era sacarle las uñas o los ojos. Igualmente, la persona que no aportaban económicamente se tenía que ir del pueblo. Las salidas de noche para la comunidad estaban prohibidas, hasta para los animales había toque de queda, si el perro salía a la calle y ellos pasaban, mataban al perro: «Para las mujeres todavía era peor, señala Candelaria, porque teníamos que lavar en la represa su ropa, lo que ellos quisieran. Obligaban a las mujeres a tener relaciones sexuales con ellos y la que no aceptaba, la lastimaban o mataban. Violaban a niñas también. En el 2004 fui agredida por los paramilitares. La que no quería a las buenas, tenía que querer a las malas».

Candelaria tenía que salir todas las mañana a buscar el pescado para vender y en su recorrido diario pasaba por donde ellos estaban, en la parte alta, toda la comunidad tenía que pasar por allí, los paramilitares usualmente hacían retenes.

Un 4 de abril del año previamente mencionado, Candelaria pasó por el retén y al rehusarse a lavarles la ropa, ellos comenzaron a hacerle comentarios despectivos, señalando que ella era la revolucionaria de siempre, que no les daba pescado ni les lavaba la ropa, entonces a manera de castigo ejercieron una práctica de poder y violencia hacia Candelaria: «A ellos no les importaba quién los viera, ahí era una zona de piedra y lo tiraban a uno en esas piedras. Me violentaron dos, pero habían muchos del grupo presentes. Los otros compañeros del bloque les decían a los agresores comentarios como: —Tú eres puerco, mira esa negra que vende pescado—», fueron comentarios ofensivos y discriminatorios, cuenta Candelaria.

«Me amenazaron con armas, vi cómo mataron a una muchacha y le sacaron la criatura viva de su vientre delante mío, yo me daba cuenta de que se llevaban las peladas. Todas las jovencitas que iban a la reunión, las metían todas allá en la casa mientras nos reunían, luego, salían diciendo: —Ah, ¡qué felicidad estar con una chica que acaba de nacer!—».

Candelaria se encontraba cotidianamente con las personas que la agredieron sexualmente, en el territorio estaban «Juancho Duque» y «Juan sin miedo», quien era el comandante. Las personas que ejercieron la violencia hacia Candelaria no llevaban pasamontañas y tenían aproximadamente entre 28 y 40 años.

El tiempo pasó y Candelaria continuó con su vida, pero decidió denunciar los hechos victimizantes. En el 2006, se organizó con otras personas y fue a la pastoral social de María la Baja, en donde el cura les mencionó, que para que les reconocieran sus derechos tenían que denunciar y hacer la declaración del desplazamiento, contando lo que les sucedió.

La comunidad escogió a Candelaria para que fuera la representante de la organización, sin embargo, algunas personas quedaron inconformes con esta decisión, argumentando que ellos eran foráneos y venían del «monte». Finalmente se agruparon como organización mixta de familias desplazadas. Los hechos de violencia sexual no se denunciaron en ese momento. Tiempo después, un 30 de octubre de ese año, acusaron a Candelaria de participar en grupos guerrilleros, acusándola de cuidar las vacas de los grupos, llevar cartas a las tiendas y de andar con un rifle m60 en las calles.

Algunas personas de la comunidad, como lo indica Candelaria, se aliaron con el ejército, en ese entonces, existía la recompensa de 50 millones por guerrillero que cogieran, escenario propicio para realizar los mal llamados «falsos positivos»: «Había muchas cosas que hacía el Ejército y que no eran denunciadas, por ejemplo, el Ejército abusaba también de las niñas, mandaban a los jóvenes a comprar drogas y a robarse animales para su propio consumo, me di cuenta de eso y a algunas personas no les gustó que se fuera a denunciar lo que estaba sucediendo en el territorio».

Ese día la detuvieron y la llevaron a la inspección de policía de María la Baja, le retiraron todas sus pertenencias y le dijeron que estaba detenida por rebelión, una palabra que no era para nada familiar para Candelaria. La trasladaron a Cartagena y cerca de las 7:30 p.m., un policía entró en la celda, donde se encontraba Candelaria, puso dos candados y le dijo que tenía que quitarse la ropa porque iban a revisar si traía consigo «drogas». Candelaria se desnudó y le mencionó al policía: «—¿Qué me va a revisar usted?—. El policía le respondió: —Si no te quieres dejar revisar de mí, ahora vienen varios compañeros y es peor porque pasaremos 3 o 4, usted elige—».

El policía comenzó a quitarse la ropa, apagó las luces y prendió un foco de luz y le comenzó a indicar a Candelaria que hiciera ciertas poses, que se agachara y alzara la pierna, luego se abrió la camisa y le dijo que se acostara en el muro que había en la celda. Comenzaron a forcejear y en medio de esta lucha Candelaria recibió un golpe y perdió el conocimiento. Cuando lo recuperó el policía estaba accediendo carnalmente de ella, diciéndole que eso le pasaba por ser guerrillera, que era un castigo. La agredió en varias

ocasiones, generándole daños físicos y emocionales. Al otro día Candelaria salió a las siete de la mañana de la estación de policía y regresó a su casa, como ella lo menciona, «ya no era la misma persona».

Este hecho generó mucho dolor, desconfianza e impacto emocional en Candelaria: «Lo más difícil es que la persona que me agredió fuera una persona del Estado, que se supone son los que tienen que velar por nuestros derechos y por nuestra seguridad y fueron precisamente ellos los que me hicieron daño. Fue lo que menos pensé en mi vida, porque yo pensaba cuando escuchaba violencia sexual, que lo hacían los paramilitares, por como son ellos, más no la Policía, jamás pensé eso. Después de ese día odiaba a los hombres. Empezó una relación en mi casa difícil con mi esposo, él aún no sabía nada».

El 30 de octubre de 2006 Candelaria hizo un retrato hablado en la Fiscalía cuando puso el denuncia en la Sijín de Cartagena. Ocho meses después, las mismas personas que habían denunciado a Candelaria, volvieron a denunciarla, la policía hizo un allanamiento y la capturaron. Esta vez estuvo tres meses recluida en la cárcel de Cartagena, su esposo y su familia venden la casa que habían construido con tanto esfuerzo y los animales que tenían para pagar un abogado que llevara el caso.

Su paso por la cárcel estuvo lleno de muchas experiencias: estudio, oración, tejido, amistades, intimidaciones, llanto, soledad y sorpresa. Estando allá adentro, otra noticia conmocionó a Candelaria, su hija de nueve años fue agredida por paramilitares. Candelaria se armó de fuerza para apoyar y afrontar lo sucedido junto a su esposo, la violencia sexual volvía a acechar a su familia: «Nunca quise estar en este conflicto. Yo decía, ¡maldita guerra, maldito conflicto que trajo todo eso! Tengo la esperanza de salir adelante, tengo que luchar por todo esto».

Después de tres meses, Candelaria regresó a su casa pues no consiguieron ninguna prueba en su contra. De vuelta en casa se dio cuenta de que producto del hecho victimizante tenía una enfermedad de transmisión sexual, su salud física se vio gravemente afectada y deteriorada; y en el año 2012 le practicaron una operación en el útero. Para continuar con las citas de seguimiento y control, Candelaria y su familia se trasladaron a vivir a Cartagena.

Candelaria relacionó las falsas denuncias y su detención con su trabajo como lideresa en el territorio y la envidia o celos que esto pudo representar para otras personas de la comunidad.

El 13 de noviembre de 2013, Candelaria recibió llamadas y amenazas que le manifestaban que su familia estaba en peligro, por el contenido de

estas mismas Candelaria supo que la persona que la estaba amenazando era el policía que la agredió sexualmente. Denunció estas llamadas y los hechos de violencia sexual, el 30 de julio del 2014 en Barranquilla. El fiscal que recibió la denuncia le señaló que era «mejor» que mencionara que fue un paramilitar quien la agredió y no un policía, pues de esta manera le darían más dinero. A lo que Candelaria respondió: «Es que yo no estoy buscando que me paguen, yo lo que estoy buscando es que se sepa la verdad y se aclaren las cosas, porque así como me pasó a mí, le ha pasado a muchas mujeres, entonces usted por qué me pone a decir a mí que yo ponga que fue otra persona, cuando no fue así, yo no estoy buscando dinero».

Tiempo después, Candelaria, le contó a su esposo los hechos de violencia de los que fue víctima por parte del policía, quien la apoyó y respaldó al conocer lo sucedido. Cuando fue a la Fiscalía a averiguar por su proceso le dijeron que su declaración no aparecía y que era necesario que volviera a declarar, ella lo hizo nuevamente y llevó a su hija a declarar también.

Regresó con su familia al pueblo, buscando la tranquilidad y serenidad de la vida en el campo. Allá participó en talleres comunitarios con el Papsivi⁶³, donde se conversaba sobre las experiencias y situaciones que habían pasado muchas familias a causa del conflicto armado, entre esas, Candelaria y su familia.

El taller de cierre de esta estrategia fue muy significativa y valiosa para Candelaria, puesto que se invitó a la comunidad a que hicieran un camino de honor, con velas y flores. Cada quien traía una vela encendida en la mano y Candelaria estaba ubicada en el centro. La persona que estaba facilitando el ritual, indicó que el objetivo de esa acción era reconocer todo lo que Candelaria vivió, invitar a la comunidad a no señalarla ni culparla más y agradecerle por su fortaleza, valentía y esperanza.

La violencia sexual significa para Candelaria un uso del poder sobre los cuerpos de las mujeres, que no existe sólo a partir del conflicto armado, puesto que viene de décadas atrás.

Así mismo define la verdad como el acto de reconocimiento de responsabilidad por parte del gobierno en las violaciones a los derechos de las mujeres en el marco del conflicto armado. La paz, como sus palabras lo mencionan: «La construimos nosotros, las víctimas no queremos más guerra. Queremos un cambio, para atrás ni para coger impulso».

Candelaria continúa su vida con fuerza y valentía, cada día reconociendo y exigiendo sus derechos y compartiendo con mujeres que como ella le enseñan al mundo sobre reconciliación y esperanza.

CON LA MIRADA PUESTA EN EL FUTURO

«Nosotras las mujeres tenemos muchas capacidades para sobrevivir, de eso me he dado cuenta, las mujeres del grupo Mujer y Vida somos un ejemplo de eso».

Milena

Milena Ester Zapata Muñoz nació el 24 de marzo de 1976, en El Carmen de Bolívar (Bolívar). Sus padres son Orlando Zapata (fallecido) e Hilda Muñoz. Milena ocupa el tercer lugar entre seis hermanos, cuatro hombres y dos mujeres. Después de tres desplazamientos, está viviendo otra vez en El Carmen de Bolívar —«como una forma de resistir e insistir ante las injusticias de la guerra y por la necesidad de trabajar en lo que se conoce y en el lugar que se ama»— allí tiene un puesto de fritos, donde vende empanadas, arepas con huevo, tinto y café con leche.

En su infancia, Milena creció en el campo, en una finca que se llamaba La Sierra, cerca de Arena del Sur junto a sus padres, que trabajaban en agricultura. Cuando tenía seis años sus padres se separaron, en una decisión que no entendió y en la que tuvo que irse con su madre y su padrastro, Dagoberto Torres, a una vereda del Salado llamada Morrocroy. De su padre solo supo hasta tres años antes de su muerte, ni él ni sus hijos se interesaron en buscarse ni reconocerse como familia.

En La Sierra vivían bien, su padrastro trabajaba en la agricultura y su madre preparaba comida para los trabajadores. Ella por su parte jugaba fútbol o montaba bicicleta y eso la hacía muy feliz. Tuvo un mal momento cuando su madre la envió a trabajar a El Carmen a donde una hermana del padrastro, allí tenía que hacer los oficios de la casa y cuidar a una niña, sólo le pagaban quince mil pesos mensuales y recuerda que eran muy estrictos con ella. Esto marcó su vida de alguna manera, pues su madre no consideró su voluntad y la envió en contra de lo que Milena quería, por eso ahora a sus hijos siempre les pregunta si quieren ir a algún lugar y respeta sus decisiones. Milena, en

esa casa, no aguantó más de cuatro meses y se escapó; cuando tenía 14 años se regresó sola para la finca en la vereda Morrocoy.

A los dieciséis años Milena volvió a escaparse, esta vez por amor, pues se fue con quien es el padre de sus hijos. Él frecuentaba mucho la finca y un día pasó a recogerla en carro y se fueron juntos para el pueblo El Salado, donde sus suegros, María Cabrera e Ignacio Ramos. La señora Cabrera trabajaba en el puesto de Salud y el señor Ramos era celador en la noche y en el día agricultor. Con el trabajo de sus suegros y el de su pareja, ellos vivían muy bien económicamente.

A los tres meses de convivencia, Milena quedó embarazada de su pareja que tenía nueve años más que ella. Tuvo a su hijo Ignacio y a los cuatro años a su hija Hilda, año y medio después nació Julio, como su padre. Julio puede que sea hijo de lo que «le pasó», pero nadie lo sabe, aunque la gente lo pone en duda porque físicamente es muy diferente a los otros niños, sin embargo, su pareja quiere muchísimo a Julio, Milena dice que cuando él cumple años su papá lo llama a las cinco de la mañana a felicitarlo, es decir, se levanta y es lo primero que hace en el día, mientras que a sus otros hijos los llama más tarde, alrededor del mediodía.

La vida en el Salado, dice Milena: «era un pueblo sano, un pueblo muy sano que se dañó después por estos grupos que empezaron a llegar y a comprometer mucho a la gente, entonces, eso fue lo que dañó la tranquilidad de ese pueblo». Ella dice que comprometían a la gente del pueblo porque ellos hacían reuniones y los obligaban a estar ahí y quien no quería estar iban hasta la casa y lo llevaban a la fuerza, a veces mataban ganado robado y repartían la carne entre las personas de El Salado, así las personas no quisieran.

El pueblo se dividía en barrio arriba y barrio abajo, en el barrio de abajo era el que más le colaboraba a la guerrilla, entre gente que lo hacía por el temor y gente que simpatizaba. En 1997 llegaron los paramilitares, mataron a cuatro personas y esa fue la primera vez que Milena y su familia se desplazó, pero regresaron como al mes pues les habían brindado protección, pero ella dice que desde este año, se empezó a dañar el pueblo.

Milena siempre le decía a su suegra que se fueran, que El Salado se estaba poniendo peligroso, pero la señora Cabrera amaba mucho ese pueblo y no se quería ir; ella en el puesto de Salud curaba a todas las personas que llegaban heridas o enfermas, sin importar a que grupo armado pertenecieran: guerrilla, paramilitares o militares, y esto también la perjudicó porque los paramilitares la tildaban de que le colaboraba a la guerrilla.

Luego, en el pueblo se empezaron a conocer amenazas de los paramilitares, Milena recuerda que una vez «un helicóptero llegó tirando papeles diciendo que iban a dejar las calles del Salado para sembrar maíz, yuca que tal... Y no sé qué pasaba uno como que no... O sea, yo por ser de pronto tan joven uno espera que los mayores tomen decisiones y a veces no medita uno esos peligros ni nada de eso».

El pueblo estaba sumido en el miedo de que los paramilitares los mataran, mientras las FARC seguían haciendo sus reuniones y les decían que ellos estaban allá para proteger al pueblo que no tuvieran miedo, pero cuando llegaron los paramilitares, Milena dice que ellos fueron los primeros que se fueron.

«Cuando los paramilitares entraron, desde el 16 de febrero del año 2000, ya se sabía que había otros paramilitares. Alguna gente saludó pensando que era la guerrilla y eso empeoró la situación porque los paramilitares emboscaron El Salado por cuatro días».

»El primer día, ya se escuchaba que los paramilitares iban a entrar, incluso pasaron unos guerrilleros y lo advirtieron y les dijeron que si los del pueblo no se querían ir, ellos sí se iban. Todo el mundo estaba asustado, pero mucha gente no sabía dónde ir, menos con los niños pequeños, entonces esperaban a que amaneciera. Al día siguiente, Julio y el hermano se fueron a una loma para revisar si era verdad y sí, ya se veía el humo donde los paramilitares estaban quemando los ranchos.

Mientras su pareja y su cuñado revisaban, ella se quedó sola en la casa, pues sus hijos estaban donde su suegra, cuando entraron dos paramilitares con un letrero de las AUC. Ella no los había sentido, pues estaba en un cuarto empacando la ropa de los niños para irse, cuando los vio, uno le dijo: «—Como grites, ¡te mato!—; entonces Milena se quedó calladita, mientras que uno buscaba algo. Uno con su cara tapada, el otro yo realmente no lo vi, porque al otro yo lo vi que él buscaba como si se le hubiese perdido algo, mientras el otro, o sea, como a intimidarlo a uno. Entonces me cogió así y me estrujó así y me bajó el pantalón, eso fue muy rápido y con amenazas así... Lo único que recuerdo de ese hombre que abusó de mí son esos ojos color miel que nunca en la vida los voy a poder olvidar».

Cuando estos hombres salieron de la casa, ella se limpió, se cambió y cogió la ropa de los niños y fue adonde su suegra, que le preguntó qué le había pasado, pero ella le dijo que no le había pasado nada. Milena en ese momento no le contó a nadie, recordaba la amenaza del paramilitar y tenía miedo de que

si contaba la mataran. Al rato llegó su pareja y el cuñado.

Salieron todos en burro y otros trayectos los hicieron caminando, cuando iban saliendo del pueblo Ignacio, su hijo mayor, le dijo: «Mira mami, allá están unos soldados» y esos no eran soldados si no paramilitares, que se volvieron a esconder en el monte. La noche del 17 de febrero la pasaron en el monte, escucharon el avión fantasma y al día siguiente llegaron a la finca que era vía Canutalito, luego se encontraron con un señor que les regaló una cadenita de oro, la empeñaron y con ese dinero se fueron a San Pedro y luego a El Carmen, que llegaron como el 20 de febrero y de ahí se fueron para Cartagena donde los familiares de Julio.

A los tres o cuatro días Milena regresó a El Carmen para saber de su familia, los encontró a todos que también habían salido antes de la masacre, habían salido por Verdún, vía Sincelejo. Allí rompió el silencio y le contó a su mamá lo que le había pasado, ella la apoyó muchísimo y le decía que eso iba a pasar, que no se preocupara, porque Milena estaba muy triste y este hecho violento la había desubicado.

Regresaron a Cartagena para el nacimiento de Julio y allá la Cruz Roja les brindó ayuda, algunos mercados y colchonetas. Milena recuerda que todo el mundo sabía de la masacre, entonces llegaban hasta periodistas a preguntarle a la gente por la masacre paramilitar.

El embarazo de Julio fue mucho más difícil que el de sus otros dos hijos, pues sentía mucho mareo y vómitos. La relación con su pareja también empezó a deteriorarse, porque Milena ya no quería tener relaciones, aunque nunca hablaron de ello, Milena piensa que Julio creía que ella estaba con alguien más.

Mientras estuvieron en Cartagena, las cosas fueron difíciles, Julio trabajaba como celador y los suegros aportaban también algún dinero, pero en ocasiones solo podían comer una vez al día, porque no se conseguía dinero. Después, se devolvieron para El Salado porque sentían que ellos no sabían cómo trabajar en la ciudad, que ellos eran campesinos y sumadas a las garantías que ofrecía el gobierno para el retorno, entonces regresaron aproximadamente un año después del nacimiento de Julio, el 29 de octubre de 2001.

Regresaron a la misma finca, se iban al monte a sembrar tabaco y ella estaba pendiente de los niños, Ignacio en el colegio, Hilda en la guardería y Julio con ella. Todo transcurría, en aparente tranquilidad, ya no se había vuelto a escuchar a los paramilitares, pero los guerrilleros sí seguían en contacto con alguna gente del pueblo.

María Cabrera, su suegra, era la líder política en El Carmen y por su labor, fue «mal informada» a la guerrilla y la asesinaron. La bajaron de una camioneta en la que iba y la mataron a disparos dejándola a la orilla de la carretera. Mucha gente fue a buscar el cuerpo, nosotros, su familia, lo recogimos y al día siguiente a las 10 de la mañana ya la estaban enterrando.

Luego de las nueve noches después de la muerte de su suegra, a la cual Milena quería y admiraba muchísimo, se llevaron a uno de sus cuñados. La gente también lo había mal informado diciendo que era reclutador de menores de la guerrilla, entonces llegaron policías a la casa allá en Cartagena, pues a raíz de la muerte de la señora Cabrera se desplazaron por tercera vez.

A los cuatro meses, un abogado al que le pagaron un millón quinientos les ayudó a liberar a su familiar, lo dejaron libre y eso lo pagó su suegro el señor Ignacio, en medio de una crisis emocional muy fuerte pues su compañera había muerto y su hijo estaba injustamente en la cárcel.

En Cartagena, regresaron de nuevo a Ciudadela 2000, donde había varios desplazados y declararon nuevamente el desplazamiento. Milena, en este tiempo peleó con Julio y se llevó a los niños para El Carmen, entre el 13 de febrero y el 20 de febrero la llamaron a decirle que Julio se había ido para Bogotá; Milena esperaba que él la fuera a buscar, pero no. Entonces le dejó los niños a la mamá y se fue a trabajar en Cartagena cuatro meses.

De su trabajo en Cartagena recibió la liquidación y con ese dinero Milena compró un tiquete y se fue a buscar a Julio para arreglar las cosas, Milena lo quería mucho y sus hijos también. En Bogotá, Milena se encontró con la sorpresa que Julio ya tenía pareja, le dijo que arreglaran las cosas y él le dijo que lo iba a pensar y la llamaría y ese mismo día le dio dinero para los pasajes para que se fuera. Al día siguiente, ella se fue y él nunca la llamó.

Regresó a El Carmen a trabajar por sus hijos, Milena pidió un préstamo en ese tiempo de seiscientos mil pesos y con eso se compró un lote, le iba construyendo cositas a la casa, luego lo vendió en seis millones de pesos y con ese dinero le compró un pedacito de lote al lado de la mamá y ahí también está adecuando su casa, poco a poco con lo que gana del negocio de fritos.

Milena siente que quedó con muchos impactos emocionales a raíz de la violencia sexual que sufrió, pero que gracias a su trabajo y al acompañamiento de Sisma Mujer ha superado algunos, aún le es difícil tener relaciones sexuales sin acordarse de lo que le sucedió, por lo que a veces intenta no pensarlo y darse otra oportunidad, pero lo vivido aún permanece en su memoria corporal.

Ella sigue estudiando para terminar el bachillerato y siente que es una mujer fuerte, que ya no es una mujer sumisa ni tímida, que es una mujer independiente que le gusta trabajar por sí misma, por su familia; una mujer con sueños y todo un futuro por delante, para estudiar incluso una profesión como pedagogía infantil o algo relacionado con la enseñanza.

Milena es una mujer que ahora le pone la cara a lo que le sucedió, que quiere que se conozca la verdad, que no acepta que los paramilitares nieguen la violencia sexual en El Salado o en Villa del Rosario, porque ellos saben muy bien que lo hicieron y las mujeres del pueblo no tenían nada que ver en ese conflicto, ni estaban en las mismas condiciones que ellos, para defenderse.

CAMINO DE ESPERANZA

*«Yo creo que somos muchos los que estamos contribuyendo a la paz.
Por lo menos con solo yo cambiar, ya estoy contribuyendo a que haya paz.
Paz en mi casa, en mi barrio, en nuestros alrededores, con mis vecinos.
Ojalá cuando mis hijos crezcan ya no se hable más de conflicto, ni de guerra».*

Norbella Ibarra

Norbella Ibarra Miranda nació el 6 de noviembre de 1976 en Cartagena, Bolívar. Su madre fue Elvia Miranda Nieves y su padre Nelson Ibarra Romero. De esta unión surgieron tres hijos, dos mujeres y un hombre. La historia de violencias, abandono, perdón y resistencias comienza para Norbella desde la infancia. Recuerda los episodios de violencia marcados por su padre hacia la familia, a la vez los juegos de las escondidas y el bate con sus hermanos.

Su padre, en medio del trago, agredía a Elvia y a sus hijos, quien constantemente se encargaba de defenderlos. Fue una infancia dulce y amarga. A los 13 años, la vida de Norbella encaminó otro rumbo a causa de la muerte de su padre, quien había fallecido de cáncer. Por su parte, Elvia, quien se había casado a los 16 años con Nelson, tenía, en ese momento, 38 años y había decidido emprender una vida lejos de sus hijos, tener otras relaciones y tal vez vivir lo que no había vivido en la juventud.

Así que Norbella tuvo que asumir decisiones como salirse de estudiar, por lo que llegó hasta octavo grado y comenzó a trabajar para sostenerse porque Elvia dio inicio a una nueva relación con un hombre que traía maltrato y ofensas, vendió la casa que había dejado Nelson y quedaron sin techo donde vivir. Los cuidados y el amor de su madre se vieron aplacados a raíz de este suceso. A partir de allí la relación con ella se tornó distante y tensa, cargada de dolor por el abandono.

Los aires del Carmen de Bolívar, el olor a ñame y yuca propios de esta tierra la hicieron llegar allí, hacia 1999. Llegó al corregimiento de La Negra, con el sueño de construir un hogar con Álvaro, un cartagenero, padre de su

primer hijo que ya venía en camino. Su hermana se fue a Palmira a formar su propio hogar con una hija en brazos, al parecer ha vivido situaciones fuertes de violencia con su esposo pero está lejos y ha sido difícil para Norbella apoyarla. En cambio, su hermano decidió quedarse en Cartagena después de prestar el servicio militar, tuvo un hijo al que no ha acompañado amorosamente y está por el camino de las drogas.

Con Álvaro y su primer hijo, Moisés, que nació en 1999, la vida transcurría sin inconvenientes. Los días parecían tranquilos, Norbella vivió la ausencia de su padre y su madre pero sabía sobreponerse a los momentos difíciles y trabajar incansablemente para darles a sus muchachos lo que ella no recibió: «Mi hijo tuvo esa etapa en la que me decía, no quiero ir al colegio, pero como yo pasé por eso y ahora me arrepiento de no haber terminado mi bachillerato para haberles dado un mejor futuro a ellos, yo le decía:—¡No, tú tienes que terminar!—, o a veces también le decía lo único que te agradezco es que me muestres tu cartón de bachiller».

Una mañana del 6 de noviembre de 2003, en el corregimiento de La Negra, Carmen de Bolívar, la guerra tocó directamente el camino de esperanza que había forjado Norbella. La noche anterior, unos guerrilleros habían pedido posada y comida en su rancho. A la mañana siguiente un grupo de paramilitares se acercaron a su casa, cincuenta hombres aproximadamente, infundiendo temor y odio, los hicieron salir del rancho a ella, su esposo y su hijo Moisés de 5 años, como lo relata Norbella: «Al otro día llegó otro grupo, eran los paramilitares. Ya ellos sabían que habían pasado la noche ahí los guerrilleros (...) Entonces le dijeron a mi esposo que les hiciera el favor de acompañarlos a buscar una salida hacia el monte. Pero cómo nos van a decir que los llevemos al monte si ellos se conocen esto, me preguntaba yo. Entonces les dije: —¡Si se llevan a mi esposo me llevan a mí también porque yo no me voy a quedar aquí!—. Nosotros pensamos: ¡nos mataron!».

En medio del monte oscuro, el viento murmuraba el horror. Dos paramilitares alejaron del camino a Norbella del resto de su familia: «Cuando llegamos a unos 4 o 5 kilómetros caminando llevaba al niño y me lo quitaron. Me dijeron, dáselo al papá para que lo cargue y yo le dije pero por qué lo va a cargar él si yo lo puedo llevar. A ellos se los llevaron monte adentro. Yo les decía: —¿si él va para allá por qué yo me tengo que quedar acá?—. Entonces se quedaron dos hombres conmigo, no siguieron más monte adentro».

No valieron las palabras para mediar. Esta vez, como muchas otras, una mujer del campo fue víctima de una guerra que no era suya y que no

eligió vivir: «Me dijo uno de ellos: —¡Eso te pasa porque tú no tienes por qué hacerle comida a más nadie!—. Yo le dije: —¡Pero si ustedes llegan nosotros los atendemos, si llegan los guerrilleros también nos toca atenderlos! ¿Qué quieren que nosotros hagamos como campesinos?—. Y empecé a forcejear con uno de ellos y me rompió la ropa».

Los golpes, abusos y violencia volvían a la vida, esta vez a causa de la ausencia del Estado y el control de los paramilitares sobre el territorio. En medio de los bandos que disputaban el control, los campesinos quedaban en medio al acecho esperando que tal vez una sopa o una cobija brindada obligatoriamente a un policía, guerrillero o paramilitar no fuera la excusa para exterminarlos: «La mayoría de gente que mataron allá, fue gente que supuestamente daba información».

Tanto guerrilleros como paramilitares habitaban los paisajes de Carmen de Bolívar, pero fue el Bloque 40 de los paramilitares los que más atropellos cometieron contra la comunidad, fueron ellos los que tomaron el cuerpo de Norbella como botín de guerra: «Cuando yo sentí que él empezó a agarrarme la ropa empecé a defenderme y ahí fue cuando con la navaja me cortó, en el forcejeo me cortó y me pegó. Cuando él me pegó, me tiró al piso y empezó a abusar de mí, hizo lo que le dio la gana. Cuando ya terminó, le dijo al otro que le tocaba a él, le dijo: —Pilas que te toca a ti—. Me hicieron de todo, tuve que hacerles sexo oral. Después de que ellos terminaron, se vistieron».

Pese al suceso tan doloroso, seguía protegiendo a su familia, corrió y preguntó si Álvaro y su hijo se encontraban bien. El reencuentro con ellos tranquilizó parte de su ser ya quebrado. Cuarenta y cinco minutos de tortura que para ella significaron volver a empezar. Fueron momentos difíciles porque la guerrilla continuaba acercándose a pedir techo y comida, a lo que ellos debían hacer caso omiso o huir al monte para no tener contacto cercano con ningún grupo armado.

Los dos paramilitares, a los que ella recuerda, porque iban con la cara descubierta en el momento de los hechos y ya los había visto cerca a su casa, le advirtieron que si volvía a cocinarle a algún guerrillero cometerían más acciones de daño y abuso contra ella. Los hechos ocurrieron en noviembre, ya en febrero el temor y la incertidumbre de que volvieran los grupos armados hizo que regresaran a Cartagena.

El 26 de febrero de 2004 se desplazaron a Cartagena de manera forzada, sabían que allí la vida era más costosa y las costumbres del campo se

diluían entre el cemento de la ciudad, pero fue su única opción. Llegó cargada de coraje a reencontrarse con su mamá. Algunas relaciones se quebraron, otras se hilaron, como la de Elvia y un nuevo amor a punto de llegar, Rafael. Álvaro tomó otro rumbo, luego de aquellos sucesos tan dolorosos y el desplazamiento forzado la pareja no volvió a ser la misma: «A veces hay hombres que son muy machistas y él cambió mucho», recuerda Norbella.

El amor a la vida en el campo la llamaba y hacia el año 2006 regresa a Carmen de Bolívar junto con sus hijos y Rafael, quien es oriundo de allí y también estaba viviendo en Cartagena a causa de un desplazamiento forzado. Ya había nacido Samuel, el segundo hijo, Álvaro no quiso responder por él.

Para Norbella, el suceso de violencia sexual significó un segundo nacimiento, justo el día que ocurrieron los hechos cumplía años. En Cartagena tuvo a su segundo hijo, Samuel, allí revivió los tratos crueles de la guerra, ya que la médica encargada del seguimiento de su embarazo hacia que el dolor se reviviera y con palabras poco solidarias le decía que no debía dolerle al ser su segundo hijo, pero Norbella seguía en el silencio. Aquella profesional de la salud no generó un lazo de confianza para que tal vez narrara por primera vez lo sucedido.

En el alumbramiento supo que por los hechos de abuso había adquirido una enfermedad de transmisión sexual. En un principio no hubo denuncia, era muy duro recordar aquel horror. Los pasos de la violencia seguían acechando en cada esquina.

La vida continuó en medio del silencio pero con la certeza de volver a salir adelante pese a la tristeza. Con la compañía de una nueva pareja que la apoyaba, llena de coraje y persistencia retomó de nuevo las riendas de su vida. La tristeza no expresada se fue convirtiendo en rabia y así se reflejó con el segundo de sus hijos: «Fui desahogándome porque yo los golpeaba mucho a ellos, los maltrataba. Creo que demasiado porque a veces me daba ira, pero ya no. Al segundo lo maltrataba más que todos los demás pero ahora con él las cosas son diferentes».

Algo dentro de ella estaba gritando por ser escuchado, sabe que la vida no es la misma de antes y tiene consciencia de las secuelas que han dejado en su cuerpo los abusos del horror: «Eso se metió dentro de mí y de ahí no salió. Por eso con mi hija soy tan cuidadosa, trato de llevármela a todos lados conmigo y de estar pendiente de ella, si sale temprano voy y la busco, si está donde una vecinita estoy pendiente de que no le vayan a hacer nada malo. La

cuido mucho debido a lo que me ocurrió. Pero no es fácil levantarte todos los días y olvidar eso, es mentira que uno olvida, uno no olvida nunca».

Los sucesos del conflicto armado seguían ocurriendo mientras trataba de sanar esa rabia y tristeza que la invadían a diario. Fue sabia y comenzó a entender que ella quería una relación llena de amor, confianza y comprensión con sus hijos, por eso se prometió jamás volver a lastimarlos. Decidió cambiar el rumbo de su historia, no repetir los abandonos y maltratos que traía desde la infancia, se llenó de fortaleza y sabiduría, con el apoyo de otras amigas y la voluntad propia decidió salir adelante y dar amor.

Una vez, cuando retornaron al Carmen, ocurrió un tiroteo que casi se lleva la vida de Rafael, su actual pareja. Estaban persiguiendo a un muchacho y si no es porque Rafael corre hacia el patio de una casa a cubrirse, la balacera lo hubiera alcanzado. La vida en el Carmen continuaba con los hombres de la guerra, en su mayoría paramilitares que generaban angustia y no permitían que las personas anduvieran de noche por el pueblo. Actualmente, cuando Rafael escucha pólvora su cuerpo reacciona con temor por estos episodios.

En los enfrentamientos entre policía y paramilitares marcaban las casas diciendo que ahí habían guerrilleros. Posterior a la marca puesta en las casas iban y mataban a los campesinos que habitaban allí con el pretexto de que eran ayudantes o informantes de la guerrilla. Era difícil porque la guerrilla pedía posada y, por temor, los campesinos les brindaban techo por una noche y al día siguiente los paramilitares llegaban a acusar que eran colaboradores de la guerrilla. Esto mismo que le ocurrió a Norbella en el 2004, seguía siendo una dinámica cuando retornó.

Otro de los hechos que ocurrían en el pueblo eran las desapariciones forzadas. Su cuñada y el papá del hijo mayor de su cuñada vendían gallinas en Zambrano. Un día un grupo de paramilitares se los llevaron por una trocha, a él lo desaparecieron y a ella la violentaron sexualmente. Ya ha declarado gracias al impulso y apoyo que Norbella le ha dado. A partir de allí el hablar y apoyarse ha sido la manera de denunciar juntas y recibir orientación frente a los casos de acceso carnal violento por parte de paramilitares.

Las crisis, depresiones y el llanto fueron abriendo la oportunidad de parir una mujer con coraje y entrega por su comunidad. Hacia el año 2013 decidió denunciar los hechos, acudió a una mujer que decía apoyar a las víctimas, pero ella se aprovechó de la situación de Norbella y de otras mujeres víctimas de violencia sexual en el marco del conflicto armado, y con intenciones que no eran de apoyo, las robó. En esa ocasión fueron cien mujeres que en la búsqueda

de verdad y justicia recurrieron a esta mujer que con promesas de denuncia terminó huyendo con la plata, doce millones de pesos le quitó a cada una.

Aun así persistieron y denunciaron lo ocurrido, primero en Sincelejo ante la Procuraduría y la Fiscalía, luego en Cartagena: «Fui a la Fiscalía en Cartagena y también fui a Medicina Legal. En Medicina Legal me trataron muy mal». Una amiga de Norbella, Carmen, fue a los exámenes de Medicina Legal, le contó que había recibido maltrato y mucha humillación. Carmen como secuela de aquel hecho violento no puede tener hijos. Por su parte, Norbella recuerda que tuvo que declarar y repetir los hechos atroces por tres cubículos donde cada funcionario la hacía volver a contar los hechos, eso fue algo molesto y revictimizante.

Actualmente su proceso está en Justicia y Paz en la ciudad de Barranquilla, donde espera no sigan cometiendo atropellos y la respeten como mujer que ha sido víctima de un Estado ausente y negligente: «Yo este proceso lo tengo en Justicia y Paz en Barranquilla. Lo lleva la doctora Marilyn Tabares García, quien el año pasado me llamó porque estaban haciendo audiencia y quería que yo me presentara delante de ellos (los victimarios)». Pese a que el proceso de justicia genera nuevas violencias y vulneración de derechos, la red de mujeres que han conformado ha servido para asesorarse mutuamente. Yojaira, otra compañera del proceso, le aconsejó que no era obligatorio ir a verse con el victimario como se lo había indicado la funcionaria pública y que tenía el derecho de no confrontarse con el agresor.

El proceso de justicia sigue a paso lento, ya ha habido una audiencia para que los agresores digan y declaren lo ocurrido pero a Norbella no le han notificado nada. Distintos hombres, en su mayoría del Bloque 40 del paramilitarismo, fueron quienes cometieron tales vejámenes, eso ha sido parte de las coincidencias que ha encontrado al dialogar con otras mujeres: «Habían paramilitares y guerrilla pero los que hicieron las masacres allá fueron los paramilitares porque la guerrilla lo único que hacía era llegar y decir cocíneme».

El encuentro con otras mujeres, hallar un espacio de contención para hablar y ser comprendida, fue lo que poco a poco hizo que narrara aquello que la desgarró y comenzara a reflexionar acerca de los cambios que quería hacer para darle un futuro mejor a sus hijos y a ella misma: «A partir de que hablé, declaré y me desahugué siento que he cambiado bastante. Porque cuando tú no hablas, no dialogas y te tragas las cosas, en cualquier momento estallas».

La vida trajo nuevos rumbos en el Carmen de Bolívar. Otros dos hijos, Dana Rafaela y Clayton Rafael. Compartir risas, conversaciones y escuchar

que otras mujeres habían vivido lo mismo fue aunando complicidades. La lucha y la organización comenzaron a correr por la sangre de Norbella. Acompañar a otras a denunciar, la posicionó como una mujer fuerte y valiente ante la comunidad.

El escuchar y contener a otras sacó esa mujer noble que habita en ella y su sabiduría hizo tejer lazos de esperanza y amor entre muchas: «El haber encontrado el apoyo de las muchachas que he conocido, haber declarado y sacado todo eso me ha ayudado bastante. Ya no lloro así como antes. Lloro por rabia, pero no por la tristeza».

Norbella ha decidido no repetir su historia en sus hijos. Dar amor, brindarse espacios de cambio y horizontes llenos de paz son el nuevo rumbo que la mantiene activa y determinada. Ha enseñado en los espacios de los que participa y en su casa a compartir el pan, denunciar y no callar, dar abrigo y tener nuevos sueños.

Su hijo mayor está culminando el bachillerato. Ya habría terminado pero los dos años de desplazamiento forzado han hecho que se atrase, aunque este tiempo le ha servido para mirar opciones de estudio. Quiere estudiar mecánica y desempeñar actividades donde demuestra sus habilidades. A la hija menor también le va muy bien en el colegio.

Norbella desea terminar de estudiar y mirar oportunidades laborales, tiene 40 años. A veces cultiva en el monte y trabaja vendiendo minutos a celular para darle un mejor futuro a su familia. Lleva diez años de relación con Rafael. Álvaro no responde por sus dos hijos, a veces su exsuegra la apoya económicamente. Por eso Rafael se ha ganado el cariño de ellos, porque ha sido su figura paterna, lo reconocen como padre y es comprensivo como esposo.

Carmen de Bolívar ha sido una tierra que sufrió bastante los estragos de la guerra, aún quedan secuelas y está intentando desde el respeto vivir con tranquilidad. Hace pocos años no podía hablar, mirar, salir a la calle porque estaba en riesgo su vida. A las cinco y media la puerta de la casa debía permanecer cerrada. Al monte no volverá, tiene mucho temor y recuerdos que prefiere apaciguar: «En el monte también es sabroso vivir, lo que pasa es que a mí no me gusta estar allí, primero por lo que me pasó y segundo porque yo pienso que ya cuando uno tiene hijos debe tratar de ir saliendo adelante. Aunque la vida en el Carmen es muy rica».

Actualmente vive en la vereda Jesús del Monte. Ahora está haciendo su hogar en el lugar donde los reubicaron, tanto a la familia de Rafael como

a ella los desplazaron de La Negra y los reubicaron en un mismo predio pero están construyendo casas diferentes para que cada quien conforme su hogar. Vive en un mismo terreno con sus suegros y sus cuñados. Es un predio que les dio el Incoder a modo de restitución. La idea es labrar la tierra y sacar adelante cultivos de tabaco, yuca y ñame. A Norbella le gusta trabajar y seguir estudiando, asiste a las reuniones del manejo técnico de la tierra que se dictan en Capaca, una vereda cercana.

Hoy en día se siguen presentando robos en los predios que les han dado donde conviven con personas que han sido desmovilizadas. El temor continúa: «Todavía siguen robando ganado. Si se dejan gallinas por ahí, se las roban. Pero han mermado bastante las amenazas hacia la gente. De todos modos a uno le da temor estar alrededor de ellos. Allá en el rancho donde estamos llegando, muchos no tienen ni cédula. Yo muy poco les dirijo la palabra. Un “alias cangrejo” que perteneció a las filas del paramilitarismo habla de guacas. La gente aún tiene desconfianza».

Ha recurrido a la escritura y las metáforas en los talleres que asiste para purgar su dolor. En los grupos ha conocido la realidad de otras campesinas que han sufrido los vejámenes de la guerra, también de mujeres que hicieron parte de las filas de la guerrilla y ahora cuentan sus vivencias: «Una mujer de la guerrilla dijo que a ellas las hacían abortar, que quedaban embarazadas y les practicaban el aborto. También sé que en los grupos había mujeres que eran agredidas por los comandantes porque ellos tenían que “cogerlas primero”».

Norbella no ha vuelto a La Negra desde aquellos sucesos de dolor. Tiene planeado un futuro con estudio, trabajo y proyectos de cultivo de tabaco en su rancho. Ha tenido cercanía con su mamá pese a que no se ha dado el momento de conversar sobre el pasado, ella sabe que el perdón comienza por ella y ha intentado que el pasado no sea un peso en su vida.

Su esposo se dedica actualmente a hacer jaulas para aves con la ayuda de su hijo mayor. De vez en cuando van al monte y traen cilantro, ají y tomate. Norbella vende minutos a celular y alquila un servicio de lavadoras, que cuando se dañan, Moisés se las ayuda a arreglar porque está practicando para estudiar mecánica.

Ha logrado mantener el negocio de las lavadoras que fue la compra que hizo con el dinero de la indemnización por el hecho de violencia sexual, aún por el desplazamiento forzado no ha recibido apoyo del Estado. Otra parte del dinero fue el que le robó la mujer que le prometió a ella y a otras mujeres acelerar el proceso de denuncia. Tiene temor de denunciar a esta mujer porque

no sabe las represalias que puedan tomar contra ella y supone que no es sólo ella sino una red grande la que se esconde detrás de esos robos.

A futuro quiere tener su casa en Carmen de Bolívar, que el hijo mayor promete construirle, tener un negocio propio, seguir cuidando de sus hijos, participar de los grupos de mujeres y seguir impulsando a otras a que tejan sus sueños de esperanza. Hoy sabe que muchas mujeres han pasado por su experiencia y que cuando comienzan a hablar se vuelven abrigo y contención. Hablar es un acto potente que libera, tranquiliza y solidariza a aquellas personas que han pasado por situaciones similares. Un eco de voces es lo que se ha ido construyendo en estas tierras que hoy quieren gritar alegría y paz.

Quiere seguir participando de redes de mujeres, puesto que es un vínculo, una mirada, una conversación y un encuentro lo que trae tranquilidad a su corazón:

«Yo así me distraigo, me libero y me relajo».

LA LUCHA POR SALIR ADELANTE, ¡POR CONTINUAR!

«Nos afectaba [la situación] porque algunos decían que era mentira, que no había pasado eso, algunos decían que era mentira porque no salí para la carretera en cueros a gritar que me estaban violando».

Catalina

Catalina^{64*} es una mujer de 38 años que nació en El Carmen de Bolívar, el 29 de agosto de 1978. Ocupó el séptimo lugar en una familia de nueve hermanos, siendo la menor de las hijas. Sus padres son Leticia* (fallecida) y Jorge*. La infancia de Catalina transcurrió entre El Carmen de Bolívar y la vereda El Arroyito de El Carmen de Bolívar, en el área rural, pues su padre realizaba en ese sector labores de agricultura, mientras su mamá se dedicaba al trabajo en el hogar.

Sin embargo, en la zona rural por la que tenían que transitar solía estar la guerrilla realizando patrullajes, en esa época. Esto regularmente no alarmaba a su familia. Pero entre 1988 y 1989, no recuerda bien, cuando Catalina tenía entre diez y once años llegó con su papá a la finca en la que trabajaban y encontraron una persona muerta y el rancho que habían construido estaba quemado. Su familia se asustó mucho por estos hechos y abandonó la propiedad. La violencia ya se estaba acercando a la vida de Catalina y de su familia.

En una oportunidad cuando Catalina tenía quince años salió con sus hermanos a una reunión social. Ellos se devolvieron a la casa sin avisarle, por lo que ella se quedó sola en el lugar, en compañía de un hombre que había visto varias veces, porque vivía cerca a la casa de una tía, pero que no conocía bien. El sujeto le pidió que lo acompañara a comprar agua, cuando ya estaban alejados del lugar en el que se realizaba la fiesta, el agresor tomó a

64 *Los nombres fueron cambiados para proteger la identidad de la mujer y su familia.

Catalina por los brazos y le tapó la boca para llevarla a un lugar que le dicen «el cañito». Cuando llegaron allí, el hombre le rompió la falda y la blusa que tenía. Mientras tanto Catalina luchaba para evitar la agresión sexual inminente, en medio del forcejeo logró darle un rodillazo al agresor y salir corriendo para pedir auxilio.

Mientras huía, Catalina se encontró con un hombre de apellido Quiroga. Catalina pensó que él la iba ayudar. El sujeto le preguntó qué le había ocurrido, al verla con la ropa desgarrada. Ella no hablaba ni le contestaba porque estaba muy asustada. Pero el hombre siguió insistiendo y preguntando, entonces Catalina decidió contarle lo ocurrido y él le respondió que no se preocupara, que él la iba a llevar a su casa.

Cuando iba camino a su casa, el hombre la llevó por un callejón oscuro, la tiró contra una reja y le dijo que, si el anterior sujeto no había podido agredirla, él si lo iba hacer. Le terminó de romper la ropa que tenía y Catalina como pudo se defendió y salió corriendo de nuevo pidiendo auxilio. Cuando se presentó un señor moreno, de baja estatura que la abrazó al ver que el muchacho iba detrás de ella persiguiéndola. Ese señor sí la llevó hasta su casa. A pesar de que Catalina le contó a su mamá lo sucedido y le pidió que denunciaran a los dos sujetos, ella no quiso, para evitar que se formara algún escándalo. Catalina ese día exigía su derecho a la justicia y a vivir una vida libre de violencias, su entorno no la escuchó.

A los dieciséis años por distintos conflictos con sus hermanos en su casa, Catalina decidió irse a vivir con Pedro, su pareja de ese momento, por lo que su formación académica llegó hasta octavo grado. Catalina vivió con él por ocho años. Cinco meses después de iniciar la convivencia con su pareja, la madre de Catalina falleció a causa de un cáncer de pulmón. Este hecho fue particularmente difícil para Catalina, pues su madre representaba protección y apoyo para ella.

La convivencia con su pareja siguió, pero él la golpeaba y ejercía actos de violencia psicológica y control en la vida de Catalina. Incluso dentro de las agresiones que Pedro le propinó estuvo apuñalarla con un punzón en el estómago. Para llevarla al hospital le dio instrucciones de no decir que él era el responsable de agredirla, sino que la herida se la había causado partiendo un palo para leña.

Después de ocho años de convivencia marcados por múltiples agresiones y de que su pareja le fuera infiel, Catalina reconoció su valor y quiso algo distinto, por eso decidió terminar la relación.

Cuando tenía veinticinco años, Catalina encontró a Johny Suárez en una fiesta y empezó a salir con él. Al poco tiempo de vivir juntos, Catalina quedó en embarazo de su primera hija.

Como la situación económica en El Carmen de Bolívar era difícil, Catalina tenía que ir hasta la vereda Tierra Grata a comprar víveres y revenderlos en El Carmen. En una de esas ocasiones fue retenida por la guerrilla y no pudo salir sino hasta que el grupo armado ilegal comprobó que ella no era una desconocida en la región, pues las personas extrañas que ingresaban al territorio generalmente eran desaparecidas.

Catalina y su familia vivenciaron el primer desplazamiento forzado entre el 2001 y 2002, llegaron varios sujetos en la noche. Los dos hijos mayores de Catalina ya habían nacido. Los hombres de la guerra les dijeron que si querían ver crecer a sus hijos les daban veinticuatro horas para salir. Ellos tuvieron que salir con la ropa que tenían puesta y un pequeño bolso. Una historia de despojos y recorridos comenzaba.

En el año 2005 Catalina y su familia se trasladaron a Venezuela para cuidar una finca en la región, pues en El Carmen de Bolívar la situación de seguridad y económica era muy precaria. En ese país permanecieron por 2 años. Sin embargo, tuvieron que devolverse porque la pareja de Catalina sufrió un accidente de tránsito muy grave que lo dejó incapacitado para trabajar.

En el 2012, luego de vivir en Sincelejo, Barranquilla y El Carmen de Bolívar, Catalina y su familia llegan a La Cansona. Compraron una casa de palma de bareque y empezaron a sembrar. Esa casa luego fue trasladada a otro terreno.

Desde que Catalina y su familia llegaron a La Cansona, la Infantería de Marina ya se encontraba en el lugar. El cabo que agredió a Catalina no tenía una asignación permanente a ese lugar, sino que se encontraba allí para hacer unos baños. En el lugar, los Infantes de Marina no tenían quién les lavara la ropa. Por lo general ellos siempre contrataban a alguien para que se encargara de esta labor. Una vecina de Catalina, llamada Asunción* era quien lavaba la ropa de varios cabos, incluido el agresor de Catalina, el cabo Cuello Sánchez.

La Infantería de Marina llegó a La Cansona luego de un prolongado dominio de la guerrilla en el territorio, motivo que generó confianza y aceptación en la comunidad, las personas confiaban en la Infantería, se sentían protegidos. Los invitaban a reuniones de la comunidad, entidades que venían de otros lugares. Cuando se reunían los presidentes de las juntas de acción

comunal los invitaban por seguridad o por alguna charla que iban a dar. Se sentían confiados porque con los Infantes de Marina que estaban asignados a ese lugar nunca tuvieron problemas.

La Cansona se encuentra ubicada en lo más alto del corregimiento de El Carmen de Bolívar. No tiene muchas casas porque la violencia fue muy fuerte en la región y gran parte de la población se desplazó. Quienes viven allí tienen cultivos de aguacate, plátano, ñame y cacao.

La Infantería de Marina asentó su base militar en el lugar en el que se ubicaba el colegio de La Cansona, que sigue sin funcionar por la presencia militar. Ocupó el territorio luego de que guerrilla saliera. Allí permanecían alrededor de veinte Infantes.

Como la vecina de Catalina no daba abasto para lavar la ropa de todos los Infantes, le sugirió al Cabo Cuello Sánchez que le pidiera a Catalina que se encargara de esta labor. Catalina acordó con él que le lavarían los uniformes y que el pago sería mensual: «Yo lo veía a él serio, yo no lo veía con intenciones de que me iba a faltar el respeto ni nada. Él le regalaba hasta cuadernos a los pelados, cualquier cosa que ellos conseguían, detalles le llevaban allá a los hijos míos, les regaló hasta un par de zapatos a mi papá».

El cabo Cuello iba constantemente a la casa de Catalina, en ocasiones cuando el esposo de Catalina se encontraba allí, otras cuando ella estaba sola. Cuando el cabo Cuello encontraba a Catalina en lugares distintos a su casa la llamaba y le empezaba a poner citas, a decirle que con él no le iba a ir mal, que él la iba a ayudar, que cualquier cosa que necesitara que lo fuera a buscar a la base.

Catalina nunca fue a las citas que él le puso.

En una ocasión Catalina estaba con su hija pequeña en su casa viendo televisión, cuando Cuello Sánchez llegó. Él ingresó al cuarto de Catalina, por lo que ella le preguntó la razón para hacer eso. Él le respondió que quería besarla y abrazarla. Catalina le pidió que saliera. Él salió, se sentó al lado de Catalina y su hija y empezó a decirle que ella era una faltona porque ella no había querido entrar al cuarto. En ese momento le agarró la vagina muy duro. Catalina le preguntó por qué hacía eso, por qué le faltaba al respeto. El agresor no dijo más y salió de la casa. Ese día, Cuello Sánchez tenía un revólver.

Quince días después de esta agresión, el 17 de septiembre de 2013 en horas de la mañana Catalina se quedó sola en su casa. Su esposo había salido a una vereda que se llama Arroyo Arena, que está cerca del Carmen de Bolívar. Allí asistía a unas capacitaciones del programa familias en su tierra y estaría entre las siete de la mañana y las tres de la tarde aproximadamente. Los hijos

de Catalina estaba en el colegio y ella tenía que asistir a una reunión de padres de familia a las 10 a.m., ese día.

Catalina terminó de hacer los oficios de la casa, entró al baño para ducharse y alistarse para la reunión. Cuando Catalina se dispuso a cambiarse vio que pasó una sombra, entonces ella preguntó si había alguien, pero nadie respondió. En ese momento ingresó a su vivienda el cabo Cuello Sánchez. Cuando vio entrar al cabo se puso inmediatamente la toalla. En ese instante comenzaron a forcejear en la orilla de la cama del hijo de Catalina.

El cabo Cuello Sánchez le decía que quería estar con Catalina, que ella le llamaba la atención, que le gustaba y él no podía controlarse. La abrazaba fuerte e intentaba besarla, pero ella retiraba su cara. Sin embargo, su boca quedó lesionada. Catalina estaba perdiendo la fuerza para hacer frente a la amenaza, luego de luchar para evitar que el agresor la arrojara en la cama. En ese momento Catalina le advirtió al sujeto que lo denunciaría, momento en el cual este la soltó. Catalina aprovechó para ponerse la ropa interior. Posteriormente salió al patio y Cuello Sánchez se desabrochó el pantalón, empezó a masturbarse y le dijo que entrara que él quería tener relaciones con ella. Ante la negativa de Catalina, él le decía que si no se lo hacía con las manos, con la boca, con lo que ella quisiera y la llamaba para que lo mirara mientras se masturbaba. Mientras esto ocurría, Catalina le pedía que se fuera de su casa. El sujeto se siguió masturbando y botó el semen en la puerta que queda para salir al baño y le echó tierra encima.

Posteriormente, el hombre salió de la casa, pero se quedó esperando afuera. Catalina muy asustada terminó de vestirse. Finalmente ella salió para ir a la reunión en el colegio de sus hijos, pero se sentía como ida. Quería tener a alguien de confianza para contarle lo que había sucedido. Decidió llamar a su pareja para preguntarle a qué hora regresaba a la casa, cuando él la escuchó con la voz entrecortada, le pidió que le contara qué ocurría.

Hacia las 2 p.m., su pareja llegó a la casa y Catalina le contó todo lo que pasó en la mañana. En ese momento, Johny, su pareja, decidió buscar al Cabo Gaviria, que trabajaba en los desminados en la región, para preguntarle qué debía hacer ante un caso de abuso sexual. El Cabo Gaviria le sugirió que denunciara los hechos. Johny llamó al Mayor Franco de la Policía, que para la fecha de los hechos trabajaba en El Carmen de Bolívar. Él le dijo que a la mañana siguiente debían ir hasta la cabecera municipal.

Al día siguiente, al llegar al Carmen de Bolívar, se encontraba allí el Capitán Aristizábal, de la Infantería de Marina. Catalina tuvo que relatar

varias veces lo que le ocurrió y ponerlo por escrito, tanto en la policía, como en la Fiscalía. Quince días después de los hechos la llamaron de Medicina Legal para realizar el examen médico legal. Para ese momento las lesiones que tuvo Catalina fruto de la agresión ya habían desaparecido.

La información que Catalina tiene es que el mismo día que ella interpuso la denuncia por los hechos, el Cabo Cuello fue trasladado a Corozal.

Toda la vereda se enteró de lo que le ocurrió a Catalina, y desde ese momento empezó a sentir indiferencia de sus vecinos y de los Infantes de Marina. Catalina dice: «Nos afectaba [la situación] porque algunos decían que era mentira, que no había pasado eso, algunos decían que era mentira, que por qué no salí para la carretera en cueros a gritar que me estaban violando, porque eso es lo que me dicen que ¿por qué no salí a la carretera a gritar? Entonces yo les decía que no todas las mujeres tenemos la misma reacción y que no quería estar de boca en boca, así que por eso yo no salí a la carretera en cueros».

Catalina y su familia empezaron a sentir que los Infantes nos le prestaban atención, no sentían ninguna seguridad. Dejaron de cambiarles comida, como antes lo hacían, por lo que la situación de supervivencia de la familia empezó a hacerse crítica. En una ocasión la hija de Catalina se enfermó, por lo que ella fue a una brigada médica a la que asistieron personas vinculadas a la Infantería de Marina, pero no quisieron terminar de atenderla.

Antes de que Catalina y su familia tuvieran que desplazarse a El Carmen de Bolívar por el agravamiento de las condiciones de supervivencia, a su casa acudieron varios miembros de la Infantería de Marina para tomar su declaración de los hechos. A estas personas las acompañaba un cura, por lo que le dijeron que se confesara con él; querían saber si ella decía la verdad o si era mentira. Catalina nuevamente les contó lo ocurrido.

Por la dificultad en la situación de alimentación de su familia, Catalina debió mudarse a El Carmen de Bolívar. Allá llegaron a la casa de su suegra y posteriormente a otra casa.

Hace más de un año regresaron a La Cansona, donde los pobladores los recibieron con la misma indiferencia. Catalina siente miedo por esta situación, de hecho, cuando hizo la denuncia solicitó protección policial, pero ella siente que no sirve de nada.

Catalina considera injusto que una persona como la que la agredió esté vinculado a las fuerzas militares: «Si uno se siente un poquito seguro con las fuerzas militares y en vez de darle apoyo a uno lo que hace es perjudicarlo a uno, entonces para qué va estar una persona de esas en un cargo de esos, es

mi concepto. Mire, ayer pasó un caso, al sobrino de un vecino, tiene treinta años de estar prestando servicio ya profesional, tiene sus dos casas, sus bienes, le dieron un mes de vacaciones ahí en el Carmen se puso a tomar y violó a una muchacha de trece años. Se tiró la vida de ella, él sabe que se tiró la vida, treinta años de trabajo, de esfuerzo para venirla a embarrar en eso, no se justifica».

Sin duda, esta situación afectó de manera grave la confianza de Catalina y su familia en las instituciones del Estado, quienes han vivido en carne propia las graves vulneraciones de los agentes estatales en su condición de poder y control.

Actualmente Catalina está viviendo en el Carmen de Bolívar con su familia, tiene un carrito de fritos en donde trabaja todos los días. La estancia en el Carmen le ha permitido tener un mejor acceso a la salud y a la educación de sus hijos, así como estar más cerca del grupo Mujer y Vida, del cual hace parte. Este grupo ha significado para Catalina la oportunidad de expresar malestares y dolores generados por las situaciones de violencias vivenciadas.

Ella sabe que no está sola en toda esta lucha, que al igual que ella muchas mujeres diariamente rompen el silencio, denuncian y exigen una vida llena de bienestar y afecto.

Su voz cálida y su mirada curiosa acompañan sus días.



«Mi cuerpo es mío y yo decido sobre él».

Mariposa Libre, mujer de Bolívar.

MUJER SUPERPODEROSA

«Para mí, la paz es estar bien conmigo misma y con los demás, esa es la paz».

Yesenia

Yesenia Torres Vizcaíno nació el 4 de julio de 1980 en El Carmen de Bolívar, fue la última de sus hermanos, la consentida por ser la «cubita». Su infancia fue alegre, lo que más le gustaba era jugar en la arena frente a la casa con sus hermanitos, con quienes se enterraba en la arena. Pasó sus primeros años en el campo, disfrutando de la fruta recién cortada del árbol o tomada de la planta, como la patilla. Recuerda cuánto gozaba jugando en los cultivos de patilla que tenían sus padres.

Ellos se juntaron porque su abuelito los unió, él se puso en la tarea, como en los viejos tiempos, de ubicar a una mujer y un hombre, ambos trabajadores y honestos de diferentes pueblos, así iniciaron su relación. Sus hermanos eran mucho mayores e incluso tenían hogares conformados y tenían sus casas, sus negocios y su vida organizada para cuando Yesenia tenía aproximadamente diecinueve años.

En 1997, la vida tranquila de Yesenia y su familia empezó a cambiar con la primera incursión paramilitar en Villa del Rosario conocido como El Salado. El terror indiscriminado se introdujo en un pueblo tranquilo y murieron muchas personas, que aunque de primer y segundo grado no tenían vínculo con Yesenia, sí eran personas queridas por ella como por todos los del pueblo, pues al ser un pueblo tan pequeño todos se conocían. Eso lesionó profundamente el tejido social de Villa del Rosario.

El 16 de febrero del 2000, volvió la violencia a tomarse el pueblo, se empezaron a escuchar rumores por parte de la población civil de que los paramilitares se encontraban en el camino entre El Carmen de Bolívar y Villa del Rosario y que su plan era entrar al pueblo quemarlo y masacrarlo para que no quedara nadie, por la acusación falsa de que todos los pobladores pertenecían a la guerrilla.

Entonces, mucha gente del pueblo salió a dormir a los montes. El jueves 17 de febrero a las 2:00 p.m., la familia de Yesenia regresó al pueblo y a las 7:00 p.m., de ese mismo día, pasó un avión fantasma y tiró luces de bengala en el pueblo. Al día siguiente, desde las ocho de la mañana se escuchó un enfrentamiento: «Porque cuando disparaban los unos se escuchaba cómo los otros les contestaban, a las seis de la tarde capturaron a unos civiles del pueblo».

A las diez de la mañana entró un grupo de hombres armados al pueblo⁶⁵, la mayoría llevaban prendas militares, otros iban de uniforme verde como el de policía, botas de cuero, botas pantaneras y botas con cordones, con la cara tapada y algunos con estampados de águilas. Ellos empezaron a llamar por radio a otros que estaban en el cerro, les decían que no había problema que podían bajar y a eso de las once de la mañana comenzaron a patear las puertas de las casas: «Abrieron la primera tienda que es del señor Levinson Ponce y la saquearon, lo amarraron en el parque, le dañaron el congelador, sacaron las gaseosas y empezaron a repartirla entre sus compañeros e hicieron lo mismo con la tienda del señor Amer Alfonso Ponce».

Estos hombres armados, pateaban e insultaban y llevaban a las personas a la cancha de básquet cuando todavía era de día. Allí separaron a las mujeres y a los niños de los hombres y los metieron en la casa de la señora Margot Fernández y a las mujeres solteras las metieron en la tienda del señor Alfonso Mena, a los hombres los llevaron a la biblioteca y a los ancianos los dejaron en la cancha.

Al señor Ángel Torres le quitaron los zapatos para ponérselos ellos, a la mayoría de personas retenidas les quitaban la ropa para usarla ellos. Les pidieron a los hombres que se quitaran las camisas y se levantaran las botas de los pantalones para examinar sus cuerpos, que en los hombros que no tuvieran marcas de las correas de los morrales y en las piernas marcas del uso de las botas.

Luego, como lo relata Yesenia: «Llegaron cuatro hombres con la cara tapada con pasamontañas de color verde, tenían toda la cabeza cubierta hasta el cuello, solo se les veían los ojos y un poco la nariz. Había unos que tenían pañoleta, era como verde militar camuflada, tenía un águila pintada y decía fuerzas militares, el águila era de color amarillo con negro. Después bajó otro

65 Estos hechos fueron atribuidos a grupos Paramilitares- Infantería de Marina en el marco de la masacre.

grupo de paramilitares del lado del barrio de la loma, en ese grupo habían quince personas». Entre ellos bajó una persona que había habitado hace algún tiempo en el pueblo, un muchacho que se volvió paramilitar y al que le decían el «Flaco Navarro» que hacía de guía, había otro que le decían «Carlos» y otros tres muchachos que Yesenia no pudo reconocer bien.

Posteriormente, los hombres armados volvieron a reunir a los pobladores en el centro de la cancha y empezaron a insultarlos, a las mujeres les decían que eran las novias de Boris, Manuel, y las amenazaban con violentarlas sexualmente. Allí tomaron los instrumentos musicales de la biblioteca y empezaron a tocar la tambora, para cantar la partida de los guerrilleros.

Yesenia recuerda que mataron a Roberto Madrid, Marcos Caro, Pedro Torres, Rosmira, Luis Pablo Redondo, Devis y otra cantidad de personas. A muchos los torturaron enfrente del resto de los pobladores y asesinaron a muchísimas personas: «Cada vez que mataban a alguien, tomaban aguardiente, cerveza, tocaban la tambora y decían: —¡Muéranse partida de guerrilleros!—».

Cuando llegó la tarde, les dijeron que se fueran a dormir pero que dejaran las puertas abiertas. En ese momento ya habían asesinado a diez personas y a algunas personas que se quedaron en la cancha las mandaron nuevamente para la casa de Margot. Ahí sacaron a cinco mujeres, entre ellas Berenice Angarita, Milena Angarita, Norma Garrido, Yoelis Velazco y la otra no la recuerda, les ordenaron cocinar en la casa de Josefa que quedaba en frente de la iglesia.

Esa noche, los hombres armados empezaron a patrullar todo el pueblo, prendieron los equipos de sonido y bailaron entre ellos mismos. En la madrugada lanzaron disparos y dijeron que « ¡ahora sí se prendió esta vaina! ». Se comunicaron por radio teléfono con grupos que estaban en los cerros para saber que estaban ahí cuidándolos.

El sábado, las casas que no habían abierto las patearon, nuevamente pasó el helicóptero y dio una vuelta. Luego, llegaron los hombres armados a la casa de la señora María, en esa casa se encontraba la familia de Yesenia y ella, que estaba escondida debajo de una cama. Es decir, José María Torres, Juanita Sáenz, Andrés Franco, José Manuel Lambraño, Elías y Yesenia Torres, todos los que estaban ahí salieron corriendo de la casa y estos hombres les empezaron a disparar.

«Capturaron a José Manuel Lambraño y a Yesenia y los levantaron con los culetazos de las armas, los acusaron de guerrilleros y les dijeron que iban a morir como perros. A Yesenia la ubicaron fuera de la casa al lado del

baño, cuando de pronto llegó la enfermera María, que estaba vestida de policía y dice ¡Bingo! Le apuntó con una pistola y la llevó al cerro de Juan Cortés, donde había diez hombres armados, le dijeron que iban a quemar el pueblo y la increparon para que les dijera cuánto le pagaba la guerrilla, ella les dijo que estaba de vacaciones, que ella no sabía nada de eso».

María «la levantó a cachetadas» y le dijo groserías, la amenazó señalándole «que ahora sí iba a saber que era bueno» y «que la iban a llevar donde rosa, donde rosa el culo con la hierba»; en ese momento los llamaron por radio para advertirles que habían herido al «mono» cortándole una mano y que necesitaban a María, entonces bajaron cinco hombres y quedaron otros cinco. Entre esos hombres parecía estar «Carlos Castaño» o algún alto mando muy parecido a él, se reconocía porque su manera de hablar y su tono eran muy parecidos al que Yesenia había escuchado en una entrevista que había salido en televisión con Darío Arizmendi. Este sujeto tenía diez escoltas y en un momento les dijo que ya todo estaba hecho y que debían irse, algunos se fueron hacia el norte vía Zambrano.

Cuando regresó María, ella le empezó a tocar el cuerpo, la manoseó y le dijo que se quitara la ropa pero que lo hiciera despacio, que hiciera un show para poder salir con vida: «Me maltrataron todo el cuerpo, que viera que yo era masoquista por que hice lo que ellos quisieron». María continuó tocándole los senos y después un tal Carlos le jaló el cabello por atrás y la besaba, mientras María se reía. Carlos la violó delante del resto de los hombres, le preguntaba qué porque era virgen y que si era que era lesbiana; María le pegaba con una machetilla en las nalgas, la seguía maltratando y la tuvieron un largo rato allí mientras la amenazaban que si decía algo, le volaban la cabeza.

El horror terminó para ella y se encendió con más personas del pueblo, los hombres se fueron quemando las casas y Yesenia empezó a caminar desorientada a algún lugar para escapar, hasta que llegó a la casa de Jazmín, una casa que quedaba un poco retirada y de ahí solo recuerda que despertó en un puesto de salud, en el que no le hicieron exámenes médicos para prestarle la atención oportuna y adecuada.

A raíz de esos hechos violentos, le detectaron hace algunos años unos miomas en sus ovarios y varias afectaciones psicológicas profundas, que, sin embargo, no opacaron la fuerza de Yesenia, ni la condenaron al silencio, pues ella fue una de las sobrevivientes valientes de la masacre de El Salado, una de las primeras que declaró sobre los hechos y que tuvo que iniciar una vida nueva, lejos de la costa.

También, debió interrumpir sus estudios año y medio, y luego continuó con grado décimo y once, se graduó de bachiller y ha tomado diferentes cursos de formación, entre ellos de auxiliar de cocina. Entonces su fuerza resurgió, puso un negocio con su esposo, un restaurante que se llamaba los «Leñitos de Ariel» y ahora se encuentra trabajando como operaria de punto de venta en una empresa reconocida a la que llegó por mérito propio.

Yesenia tiene dos hijos, su hija mayor de quince años y su hijo menor de dos años y medio. Sabe con claridad que es una mujer muy fuerte, que así como ha caído se ha levantado de manera majestuosa, que su voz y su vida tiene muchísimo valor, y que es el ejemplo de una mujer que resurgió al conflicto armado para muchas familias y mujeres. Es víctima sobreviviente y es esencialmente una mujer luchadora, cuando se escucha su historia, llena la vida de impulso, de voluntad para salir adelante, para triunfar.

Ella no tiene miedos o la vida le ha enseñado a vencerlos, en aquella época supo de otras mujeres que fueron víctimas de violencia sexual, pero que no tuvieron la fortaleza de denunciar y las entiende, porque es la única violencia en la que se cuestiona a la víctima, se exculpa al agresor y el reproche se centra en ellas. Allí se ubican otros prejuicios, en los que las afectaciones psicosociales poco se entienden y entonces les llaman «locas» y la locura se siente como inestabilidad, como incertidumbre, como miedo, como soledad. Cuando se permiten abrir los ojos y liberarse de los miedos, entienden que no fue su culpa y que merecen respeto.

Con la dignidad en alto y la risa libre, así continua la historia de Yesenia.

ENTRE EL IR Y VENIR DE LA VIDA EXISTE UNA FUERZA INTERNA QUE
SOSTIENE Y ACOMPAÑA...

«Me he animado a contar lo que me pasó, a romper el silencio que me acompañó durante tantos años».

Libertad

Libertad^{66*} nació el 20 de marzo de 1985, en el Carmen de Bolívar, en la vereda Morrocoy. Su madre se llama Margarita* y su padre Roberto*. Ella ocupa el quinto lugar, entre seis hermanos por parte de mamá. Por parte de papá tiene otro hermano.

Su infancia la vivió en el campo, en una finca donde su familia sembraba tabaco, maíz, yuca, ñame y tenía cría de cerdos y otros animales. La vida en el campo era tranquila, sencilla y con mucho espacio para jugar y estar en contacto con la naturaleza.

Sus primeros años de estudio los recibió en la vereda por parte de un tío suyo que era profesor, allí realizó hasta cuarto de primaria, luego se fue junto a su hermana a estudiar en El Salado. Cuando se fue a estudiar tuvo el primer desplazamiento, en el marco de la masacre paramilitar a este pueblo en el que asesinaron a su profesora.

La violencia llegaba intempestiva y cruelmente a su familia. A su hermano lo asesinaron en Sincelejo cinco días antes de la masacre de El Salado, sobre estos hechos Libertad no sabe quiénes fueron los culpables ni cuáles fueron los posibles motivos de su muerte.

Unos días antes de la masacre de El Salado, Libertad y su familia iban en camino por la carretera, cuando su padre vio que uno de los carros que iba se estaba devolviendo con otra persona, «lo traía uno de las autodefensas», entonces decidieron devolverse también. Así empezaron los rumores de «que las autodefensas iban a entrar al El Salado porque había guerrilla por todos lados».

El 17 de febrero del año 2000, Libertad fue a visitar a su tío a la vereda pues estaba pasando unos días de vacaciones, estaba regresándose a casa a las once de la mañana, venía sola y se encontró a un grupo de hombres armados⁶⁷. El recuerdo de ese día se torna confuso, con huecos y vacíos de memoria. Lo único que no olvida es que un hombre tenía los ojos claros, color miel, tenía acento de la costa, era alto y tenía la cara tapada. Esta última característica le hacía pensar que no era la guerrilla, pues ellos no solían andar con la cara tapada, con vestido de camuflado y botas. El primer recuerdo que le viene a Libertad a la mente es que eran soldados, llevaban el mismo uniforme de la Infantería de Marina.

De ese día, Libertad recuerda el dolor y la violencia encarnada en los cuerpos de esos hombres armados, era un grupo de más de quince hombres quienes empezaron a insultarla y a gritarle que era una guerrillera y ella para defenderse gritaba y decía que ahí venía su papá, que ellos no eran de El Salado y estos hombres le decían que no importaba que llegara, que él también era guerrillero.

La abusaron sexualmente dos hombres, o al menos eso recuerda porque perdió la consciencia, no sintió dolor después de un tiempo, su cuerpo comenzó a adormecerse y veía todo como un sueño. Imágenes y diálogos iban y venían, todo era lento y los colores con que veía el mundo se desvanecían. Cuando despertó tenía muy lastimado su cuerpo. La habían mordido por diferentes partes, particularmente en los senos, esto significó para Libertad un dolor muy profundo, un fantasma al que todavía le tiene mucho miedo, aun siente incomodidad y molestia por sus senos, no se los deja tocar de nadie.

Cuando llegó a la casa le contó a su mamá, pero no dejó que ella le contara a su papá porque estaba enfermo e iba a sentir mucha impotencia al no poder hacer algo al respecto. Ante la sociedad, Libertad guardó silencio y le exigió a su mamá que hiciera lo mismo, que no le contara a su padre, ni a sus hermanos, ni a nadie. Ese mismo día se regresaron para el Carmen porque ya les habían avisado que todos salieran de El Salado. Uno de sus hermanos les advirtió que en el camino estaban asesinando a otras personas y quemando los ranchos y las tierras de los campesinos. «Los paracos» estaban haciendo cosas horribles y siniestras y como la gente del campo no quería salir ni abandonar sus tierras, todos corrían peligro, hasta su padre, quien tampoco se quería ir

67 Estos hechos fueron atribuidos a grupos Paramilitares- Infantería de Marina en el marco de la masacre.

de allá, pero al comentarle su hermano lo que estaba sucediendo y su decisión de quedarse con él, si no se iba, decidieron desplazarse todos.

Se fueron por la vía del Verdún, por la vía de Ovejas, en el camino no había un solo retén del Ejército. Ese trayecto fue muy difícil, porque no sabían dónde estaba su hermana y fue una impotencia horrible, un miedo que calaba en los huesos, recuerda Libertad: «A la entrada del Carmen se veían muertos por todo lado, habían muchas bolsas negras con personas muertas, cada rato parecía el infierno, era increíble todo lo que estaba pasando».

Libertad y su familia se quedaron a la entrada del Carmen, desde allí veían cómo entraban carros de la Defensa Civil, sacando personas muertas y llevándolas para el Carmen, Libertad recuerda con mucho horror y tristeza estos hechos.

Luego, su papá regresó al rancho, pero habían dañado todo lo que tenían: «Él tenía unos cerdos y unas gallinas. Soltaron los animales y los mataron, a los cerdos los mataron. Ellos entraron haciendo maldad con todo. Mi hermano tenía unos pájaros, no nos dio tiempo de coger nada de eso ni nada y ellos los soltaron, bueno eso fue bien porque los soltaron pero las demás cosas fueron muy dolorosas, ellos quemaron varios ranchos, no sólo el de nosotros».

Su padre ante la desolación de lo sucedido recogió lo poco que quedaba y se instalaron en el Carmen de Bolívar. Allí Libertad volvió a estudiar pero de manera intermitente, pues sentía que no podía concentrarse, prestar atención ni estar tranquila, como dice ella «se sentía en otro mundo». Finalmente se retiró del colegio después de haberlo intentado muchas veces. En ese tiempo su papá comenzó a presentar molestias de salud y se enfermó mucho. Situación que también preocupaba e inquietaba a Libertad.

Su padre, con el propósito de reconstruir la vida familiar, compró una casa con un solar en el Carmen, allí vivieron un tiempo y en el año 2004, después de luchas y nostalgia por no poder estar en el campo, su padre murió, el despojo poco a poco le fue quitando su vitalidad: «Él estaba acostumbrado a vivir en el monte y él quería seguir allá», señala Libertad.

Cuando tenía veintiún años Libertad se organizó con un hombre que conocía pues eran vecinos del El Salado, se quedaron un tiempo viviendo en el Carmen y luego se fueron a Barranquilla, donde Libertad consiguió un trabajo con su hermano en estaderos y billares que él tenía y ella atendía.

La relación con su pareja duró dos años, ella se alejó y se fue otra vez para el Carmen y como a los tres meses su hermano también regresó y lo

asesinaron: «No están claras las causas de su muerte, pues él era prestamista y no sabían si fue la gente que le debía u otras personas quienes lo asesinaron».

Debido a esta pérdida familiar, Libertad tuvo que regresar a Barranquilla a administrar los negocios de su hermano y retomó nuevamente la relación con su expareja. En unas vacaciones que pasaron en El Carmen junto a su esposo, el 31 de diciembre de 2015, nuevamente el dolor y la pérdida llegan a su vida, pues asesinaron a su pareja en un billar. Libertad sentía que el mundo se le venía encima, no sabía qué hacer, el pesimismo y el desaliento se apoderaron de sus días. Después de estos hechos quería irse muy lejos del Carmen, pero tampoco deseaba regresar a Barranquilla... Lo mejor era irse más lejos aún, lejos de todos a un lugar donde la realidad fuera distinta, sin embargo su madre le pidió que se quedara porque tenía miedo, no quería quedarse sola en su pueblo; así que Libertad se quedó allí apoyando a su mamá, desafiando el miedo y trabajando como estilista.

La vida de Libertad ha continuado su rumbo, unos días se levanta con más ánimo y optimismo y otros días la lluvia de sus lágrimas y el desespero la inundan. Libertad es una mujer curiosa, intuitiva y que ha aprendido poco a poco a cuidarse a sí misma, a identificar y actuar frente a situaciones de riesgo y vulnerabilidad.

Hace algunos meses tuvo un contacto vía Facebook con un hombre, que en una de sus fotos tenía un brazalete de las AUC, era un hombre de aproximadamente treinta y dos años de edad que le había «coqueteado» en el terminal de Barranquilla y que sabía que ella era de El Carmen. Cuando ella vio esa foto dejó de hablarle definitivamente.

En otra oportunidad un hombre árabe le había pedido sus servicios de estilista, para que trabajara en la casa de él. Le solicitaba que fuera sola con mucha insistencia, ella sabía que este hombre quería abusar de ella aprovechándose de su posición de poder social y económico. Así que le dijo que si iba, iba acompañada y el hombre se puso furioso y le canceló el trabajo.

Libertad está registrada en la Unidad de Víctimas como víctima en el grupo familiar de su mamá, solamente por desplazamiento forzado, no por los hechos de violencia sexual. No ha recibido reparación por todo lo que ha vivenciado. Aunque quisiera salir de El Carmen, por su propia cuenta, siente, por un lado que, no quiere dejar a su mamá, y por otro lado, que vendrá algún suceso que la haga desplazarse de nuevo, así como le ha pasado hasta ahora. A pesar de todo, cada día sus ojos y su sonrisa están dispuestos a escuchar, a acompañar y a disfrutar del momento presente.

Esta es la historia de una mujer valiente, que sabe que su bienestar está por encima de todo, de los miedos, de la tristeza y de la violencia sexual. Como un ir y venir, siente la vida y la muerte, los desplazamientos entre pueblos, los trabajos y los oficios, según disponga el orden superior, «el orden divino» como lo dice Libertad.

En sus sueños a futuro se ve en otros lugares, conociendo, aprendiendo y trabajando en lo que le gusta hacer: decorar uñas y el trabajo de la belleza estética.

La justicia para ella es algo incierto que va más allá de la reparación económica, la justicia para Libertad tiene que ver con garantizar espacios psicosociales para que las mujeres elaboren los impactos emocionales de los hechos de violencia.

La alegría y tranquilidad que transmite Libertad es un mensaje para otras mujeres de que poco a poco se reconstruye la vida.

«Las mujeres nos merecemos vivir en paz haciendo lo que nos gusta, sin que nos maltraten. Todo lo que ha pasado ha sido difícil pero hay nuevas cosas por vivir, la vida sigue».

Yirleys Velasco

Yirleys Judith Velasco Garrido nació el 26 de diciembre de 1985, en el corregimiento de El Salado, municipio de El Carmen (Bolívar); con la ayuda de parteras vino a este mundo en su casa, su vida comenzaba con el afecto y cuidado de su familia. Es la tercera hija, luego de su hermana, Yurani y su hermano mayor.

Su madre, Edita Garrido, una mujer comprometida con las labores comunitarias del corregimiento, pues precisamente en aquel tiempo era la presidenta de la junta comunal de las madres comunitarias de El Salado; su padre, Jaime Velasco, fue un hombre trabajador de maderas, en el taller que él mismo construyó y en donde pasaba gran tiempo creando y tallando sueños.

Los recuerdos de Yirleys hablan de una primera infancia en la que podía jugar durante horas en pantaletas por las cuadras del barrio donde vivía, rozagante y cuidada por todos los miembros de su casa. Cuando tuvo siete años, recuerda los juegos en el arroyo y en el árbol del campano que quedaba junto a su casa con su prima Yesenia Torres. También recuerda que entre pilatunas su hermana mayor decidió cortarle el cabello, hecho que le trajo burlas entre sus amigas y amigos del colegio.

En 1995, los sueños de estudiar guiaban las aspiraciones y las metas de Yirleys, aun cuando sabía de las limitaciones en su corregimiento donde sólo había la posibilidad de estudiar hasta el grado noveno de secundaria. Recuerda su casa con cariño y nostalgia, aquel lugar pequeño en el que vivió y el cual fue testigo de muchas experiencias familiares: «Mis padres me celebraban los cumpleaños, ese día era muy especial y había fiesta en la casa». Esta casa con el tiempo se fue transformado y desapareciendo, pues, una parte, se la llevó el arroyo luego del desplazamiento forzado y, otra parte, fue quemada por los paramilitares, tiempo después.

Los meses pasaron y con estos llegó la violencia al territorio. En marzo de 1997, cuando Yirleys tenía once años de edad vivió la primera masacre cometida por paramilitares en El Salado: «Esa mañana me encontraba en mi casa y escuché disparos y la entrada de varios hombres armados que abordaron a varias familias con listas en mano, en donde aparecían señaladas varias personas del pueblo». En su casa, Yirleys observó a varios de los paramilitares que se acercaron a su familia para obligarlos a asistir a una reunión en el parque. Seguidamente, vivieron los homicidios cometidos contra varios de los pobladores, entre ellos un primo suyo y una maestra. Las técnicas del terror y el sometimiento acechaban a la comunidad.

El desplazamiento vino después pues los paramilitares los obligaron a irse del pueblo, haciendo que su familia se trasladara a la cabecera del municipio de El Carmen de Bolívar, donde permanecieron cuatro meses, hasta que regresaron a El Salado. Cuando Yirleys retornó a El Salado inició nuevamente sus estudios, en los cuales se caracterizó por su liderazgo y habilidades comunicativas, siendo la encargada del periódico de la institución educativa. Estaba feliz de poder regresar a su pueblo y ver de nuevo a sus amigos.

Los inicios de su adolescencia están marcados por recuerdos de la fuerte presencia de grupos guerrilleros en el pueblo y el control armado ejercido por éstos en la población civil e incluso la incorporación en las filas de algunas de sus amigas menores de edad. La guerra estaba destruyendo todo a su paso y los niños y jóvenes no se escapaban de la barbarie que estaba comenzando.

En diciembre de 1999, Yirleys escuchó varios comentarios de personas del sector y vecinos, que indicaban que el Ejército tendría fuertes enfrentamientos con la guerrilla que podría poner en peligro a las comunidades, pues éste hacía varios años que no tenía presencia en la región. En El Salado se sentía un ambiente denso y hostil, —«pesado»—, como dice Yirleys. La violencia se avecinaba y la tranquilidad huía despavorida de estas tierras, nadie la pudo detener. La información de los campesinos del sector refería que habían visto a hombres del Ejército acercándose al pueblo.

En medio de esta situación las familias con posibilidades económicas optaron por desplazarse, con la idea de esperar a que pasara el enfrentamiento para luego volver; «muchas gente —recuerda Yirleys— salió del pueblo».

El 13 de febrero de 2000, Yirleys junto a su papá se dirigían para el municipio de El Carmen de Bolívar, cuando el carro en el que se transportaban fue detenido en el lugar conocido como «La Puente», por un grupo armado

que se identificó como el Ejército. Todos los hombres que ocupaban el vehículo fueron obligados a descender y a entregar la cédula; mientras al conductor le indicaron que debía parquear el vehículo en un rancho ubicado al costado derecho de la carretera: «Los hombres armados no portaban ningún distintivo que los identificara como de un grupo armado ilegal, pero sí utilizaban uniformes camuflados y uno de ellos tenía un cuaderno en el que escribió el listado de las personas que íbamos en el vehículo. Estuvimos ahí retenidos aproximadamente ocho horas, en las que no había comida ni agua; finalmente nos dijeron que no podíamos continuar hacia El Carmen de Bolívar, nos obligaron a devolvernos a El Salado».

El 16 de febrero de 2000, Yirleys se enteró de un retén establecido por los paramilitares donde detuvieron a un carro que venía desde El Salado y en el que a los pasajeros y pasajeras les fueron revisados sus hombros y manos. Allí fue asesinada una mujer viuda quien desempeñaba trabajos de alta actividad física y quien en esos días había estado alzando bultos; incluso algunas personas decían que «era peor que un hombre», por su forma de trabajar en labores que demandaban esfuerzo físico. Luego asesinaron a otro de los pasajeros. Una mujer y su esposo fueron liberados por los paramilitares y partieron para El Carmen de Bolívar donde informaron a sus familiares de lo sucedido.

Al enterarse la familia de Yirleys de lo ocurrido en la carretera que conduce a El Carmen de Bolívar, se desencadenó la huida hacia los montes aledaños. Edita les indicó que debían salir de su casa, sin arreglar nada, sólo ajustándose los zapatos, pero los hombres se negaron a salir: su padre decía que «él no se iba porque no le debía nada a nadie» y su hermano en solidaridad con él, también decidió quedarse. Yirleys, Edita, Yurani, su hermana de 4 años, y una tía se fueron hacia las cinco de la tarde para una finca. Cuando llegaron allá, escucharon el sobrevuelo de un helicóptero y se encontraron con otras sesenta personas, aproximadamente, la mayoría de ellos eran mujeres, niños y niñas.

En la finca no tenían agua ni luz. A las ocho de la noche, llegó un jefe de la guerrilla, que los advirtió sobre la proximidad de los grupos paramilitares y las acciones que venían realizando en los sectores más cercanos a El Salado. Edita, en medio del terror, le sugirió a su familia salir del lugar; sin embargo, varios habitantes de El Salado las increparon sobre el peligro que corrían al salir solas por el monte. Finalmente, decidieron pasar esa noche allí.

El 17 de febrero de 2000, Yirleys y parte de su familia decidieron salir de la finca e irse al monte, hacia una loma en la que sintieron a un helicóptero.

El paso de las horas agudizó las difíciles condiciones por las que estaban atravesando, razón que impulsó que nuevamente su mamá, sus hermanas y su tía salieran de allí, mientras que Yirleys al ver a su tío –de edad avanzada– con dificultades para salir, se quedó con él. Arriba en la loma, Yirleys alcanzó a ver a varios sujetos recogiendo el ganado y arriándolo hacia la carretera.

Horas más tarde, Yirleys y su tío lograron salir de la loma y regresar a la finca donde se habían refugiado. Estando allí, llegó un muchacho del pueblo que les dijo que volvieran porque *no había pasado nada*, hecho que impulsó que todas las personas ubicadas en esa finca decidieran regresar a El Salado.

A las seis de la tarde, Yirleys Velasco y su tío regresaron a su casa donde se reencontraron con su familia. Su padre estaba tranquilo, no obstante, su mamá decidió que salieran nuevamente hacia la casa de una amiga, porque el sector donde vivían era apartado del pueblo. En la casa de su amiga, había veinte personas aproximadamente, los muchachos jugaban cartas para pasar las horas y Yirleys se ubicó junto a la reja de la casa, cuando sintió el fuerte ruido del paso de un avión fantasma. A las diez de la noche, un muchacho llegó a la casa y manifestó que no era el Ejército el que entraría al pueblo sino los paramilitares y que éstos traían un camión con cilindros de gas para destruir todo lo que se atravesara. Sin entender muy bien lo que pasaba Yirleys veía cómo su pueblo y la vida de las personas estaban cambiando.

El 18 de febrero de 2000 en la mañana, todo había amanecido tranquilo. Yirleys y su hermana decidieron volver a su casa a lavar algo de ropa. Allí, Yirleys se cambió los zapatos, se puso un «mocho⁶⁸», su camisa del colegio y empezó a lavar; de repente, Edita, su hermana Yurani y ella escucharon varios disparos y corrieron hacia la casa de la amiga: «En el camino nos encontramos con el vecino que nos dijo que corrieramos “barrio arriba”, porque “barrio abajo” venían los paramilitares». Se encontraron con una prima corriendo, Yesenia, con quien decidieron cambiar de rumbo. Cuando iban llegando al parque se encontraron con su padre y hermano a quienes convidaron a continuar con ellas, pero se negaron.

Finalmente, entre los ruidos de disparos, Yirleys, sus hermanas, mamá, prima y otra mujer que tenía a unas mellizas de dos meses de nacidas, llegaron a la casa de otra prima de Yirleys, pero ella ya no estaba allí, por lo que decidieron entrar por detrás y dejar el candado, para dar a entender que allí no había nadie.

Cuando ya no escucharon más disparos, la prima le pidió a Yirleys que la acompañara a la casa a buscar algo de comida, ropa y zapatos, pues andaba a pie descalzo. Entonces salieron hacia donde ellas vivían y allí por el temor de los disparos se separaron. Los paramilitares continuaron incursionando en las viviendas para obligar a los habitantes a concentrarse en la cancha de microfútbol ubicada en el parque principal, entre estas personas se encontraba Yirleys.

Una vez reunida la población en el parque principal, los paramilitares separaron a los hombres, las mujeres y los niños; a los hombres los ubicaron en un costado de la cancha de micro-fútbol y a las mujeres con niños fueron encerradas en la casa de una mujer del pueblo, ubicada frente a la cancha. Algunos grupos de hombres y mujeres fueron ubicados en diferentes puntos dentro de este parque; y entre el grupo de las mujeres seleccionaron a algunas que fueron obligadas a cocinarles durante los dos días en que permanecieron en el pueblo. Una dinámica de violencia, horror y aislamiento se estaba imponiendo a la fuerza en estas tierras colombianas.

En el parque, Yirleys Velasco observó la forma en la que fueron asesinados varios pobladores y que uno de los integrantes de los paramilitares utilizaba un cuaderno en el que tenía una lista de personas contra quien atentar. Por orden de uno de los paramilitares, ella fue separada del grupo, con la excusa de ir a cocinarles, fue llevada a un lugar que tenían dispuesto para preparar alimentos y en el que se encontraban cuatro hombres. Uno de ellos la obligó a sentarse en una silla y luego la condujo hacia una de las habitaciones de la casa donde se encontraban.

Entre el bullicio exterior y con la puerta de la habitación a medio cerrar, primero, entró un hombre de treinta años aproximadamente⁶⁹, quien era portador de un equipo de radiocomunicaciones; en medio de golpes y maltrato este hombre la agredió sexualmente. Luego, entraron otros tres sujetos que, que pasaban por los veinte años, también la sometieron a vejámenes sexuales.

El poder excesivo por hombres ese día vulneró, implantó el miedo y buscó ejercer control sobre los cuerpos de las mujeres. El cabello de Yirleys fue cortado, bajo el argumento que «así era que se castigaban a las mujeres».

Mientras Yirleys era atacada, resistía con sus pensamientos con los cuales se aferraba a lo más profundo de su alma: el recuerdo de su mamá y las ganas de seguir viviendo. Sin fuerzas para levantarse y en un estado de poca

69 Estos hechos fueron atribuidos a los Paramilitares-Infantes de Marina en el marco de la masacre de El Salado.

consciencia, alcanzó a observar a su mamá entrar a la habitación. La imagen de Eedita fue bálsamo y apoyo para su ser.

Yirleys recuerda haberse desmayado una vez más, al encontrarse con su madre. Ese día su vida sexual había iniciado a la fuerza y en circunstancias muy dolorosas, una experiencia de violencia que afectó sus aspiraciones en términos de relaciones de pareja y relación consigo misma: «A mí me gustó que hubiera sido mi mamá quien me hubiera encontrado, me dolió, pero yo sé que ella me apoyaba, en ese momento uno no quiere que nadie lo vea, y al verme ella yo sé que ella trataba de taparme un poco, como de ocultar un poco lo que ya había pasado, de cuidarme. Aunque a mí me dolió que mi mamá hubiese visto esa escena, aunque creo que para ella también fue mejor, porque ella me lo ha dicho varias veces: —Ajá Yirleys de vainas fui yo la que te encontré, porque de otra persona qué tal—. Y aunque uno no tenga culpa en eso, uno en ese momento se siente tan culpable de lo que pasó, después es que uno entiende que yo no tuve la culpa y nada justifica lo que me hicieron».

Eedita llevó a Yirleys a la casa donde se encontraban los demás familiares, para pasar la noche. El 19 de febrero de 2000, Yirleys no se levantó de la cama, su cuerpo necesitaba descansar, reponerse. En medio de su silencio alcanzó a observar la persecución de paramilitares en contra de un hombre del pueblo, frente al cual una pobladora los increpó diciendo que no causarían más muertes, «que si no era ya suficiente con lo hecho», a lo que respondieron que «regresarían por él».

A las tres o cuatro de la tarde, los paramilitares salieron de El Salado. Aproximadamente, dos horas después, el Ejército hizo presencia allí. Su madre escuchó que había un integrante del Ejército con conocimientos en atención en salud, por lo que le preguntó a Yirleys si deseaba que le realizaran algún examen, pero su temor en que posiblemente fueran las mismas personas que la agredieron, impidió que ella accediera a ser atendida. Su padre estaba angustiado por las marcas en el rostro de Yirleys y por su actitud, sin embargo no realizó cuestionamiento alguno. La realidad era muy dolorosa para ser nombrada. Yirleys y su familia eran sobrevivientes de la masacre de El Salado, uno de los vejámenes de guerra más atroces ocurridos en el marco del conflicto armado colombiano.

El 20 de febrero de 2000, Yirleys y su tía se desplazaron forzosamente hacia El Carmen de Bolívar y luego salieron hacia la ciudad de Cartagena. Cuando llegaron, Yirleys no pudo acudir al médico y en cambio, durante aproximadamente un año se sometió al encierro, dejó la escuela y comenzaron

las ideas de suicidio. Todo lo que había vivido la afectaba emocionalmente, el mundo le había mostrado hostilidad, dolor y miedo a su corta edad.

En Cartagena, Yirleys tuvo que empezar a trabajar en oficios domésticos, para luego continuar con sus estudios de secundaria. La situación económica era muy precaria, tanto para ella como para sus padres, quienes habían perdido sus medios de trabajo, el taller de madera en la incursión paramilitar en El Salado. Luego, Yirleys Velasco decidió regresar de nuevo a El Carmen de Bolívar, al igual que sus padres, con quienes se fue a vivir y allí intentó recobrar los estudios, pero había perdido el interés en ellos, logrando hacer hasta décimo grado de bachillerato.

En el año 2002, Yirleys y su padre hicieron parte del grupo de setenta personas que retornaron a El Salado en búsqueda de su recuperación y reconstrucción. Allí llegaron con otros pobladores, con quienes limpiaron la maleza que había consumido a las calles y casas del pueblo, e intentaron devolver el cauce al arroyo. Fue un regreso que representaba el retorno a la vida querida del pueblo.

En el año 2003, cuando tenía dieciocho años Yirleys dio a luz a su primera hija, en medio de graves afectaciones a la salud, difíciles condiciones económicas y el abandono de sus estudios de secundaria. Un tiempo después, su relación afectiva se vio truncada cuando Yirleys decidió contarle a su pareja que había sido víctima de violencia sexual, frente a lo que su pareja afirmó que ante esa circunstancia no podía continuar la relación.

Ante la ruptura de su relación afectiva y con el interés de encontrar mejores ingresos, Yirleys decidió volver a Cartagena donde trabajó en una miscelánea. La situación económica era muy difícil y los horarios no le permitían tener tiempo para cuidar y dedicarle a su hija, circunstancia que la impulsó a volver a El Salado donde su familia. Cinco años después, nació su segundo hijo.

Los problemas en la salud sexual y reproductiva de Yirleys han sido una de las consecuencias de la violencia sexual que se han visto agravados por la ausencia de servicios médicos en El Salado y por la falta de una atención integral y adecuada en El Carmen de Bolívar. Durante muchos años, Yirleys no contó con servicios de calidad que le permitieran recuperarse plenamente en su integridad física y por el contrario, aún hoy siente fuertes dolores e inflamación en sus órganos reproductivos.

Los encuentros y talleres con otras mujeres le han permitido contrarrestar los efectos de la culpa y vergüenza acentuada por la estigmatización social y la

desestructuración de su proyecto de vida, durante cinco años participó en el grupo de apoyo de Saroma Yobati, junto a otras mujeres, que al igual que ella habían sido victimizadas sexualmente.

El liderazgo social y comunitario se ha convertido en una motivación que la invita cada día a acompañar y denunciar las graves vulneraciones a los derechos de las mujeres y los niños. Su sonrisa cálida y su expresión de alegría es un referente para muchas otras mujeres que como ella han transitado los horrores de la guerra, muchas veces en soledad.

De sus sueños por una nueva realidad para las mujeres víctimas, nació el grupo Mujer y Vida, que junto a otras mujeres del Carmen de Bolívar y de El Salado abogan por el bienestar, la solidaridad y la vivencia de una vida libre de violencia para las mujeres. Sus pies siguen recorriendo veredas y territorios inhóspitos donde su presencia reconforta y alienta. Su cuerpo se cansa, a veces, pero su espíritu no se doblega.

Exige que los crímenes de lesa humanidad cometidos en El Salado y de los que fue víctima no queden en la impunidad y que le sea garantizado su derecho a la verdad, la justicia, la reparación y garantías de no repetición. Así mismo, exige que la atención médica integral sea un derecho para las mujeres, que les permita recomponer su salud física y así continuar ayudando a más mujeres que han pasado por su misma situación.

Muchas cosas han cambiado en su vida, ha perdido a su padre y a su abuelo. Estos dolores le han recordado la importancia de valorar la vida y el momento presente. Yirleys como ella bien lo dice siempre está lista «pa', las que sea».

LA EXISTENCIA DESDE LA DIGNIDAD

«*Mi cuerpo es mío y yo decido sobre él*».

Mariposa Libre

Mariposa libre^{70*} nació el 15 de marzo de 1995 en El Salado, corregimiento de El Carmen de Bolívar (Bolívar). Sus padres fueron Carlos * y Rosa*, también de El Salado. Ella fue la sexta de ocho hermanos. Su familia es de origen campesino y se dedicaba a la agricultura sembrando yuca, tabaco, maíz y frijol. Mariposa creció en El Salado con sus papás, llevando una vida tranquila y serena. Allí realizó sus estudios de primaria y bachillerato. Pasaba sus días yendo al colegio y jugando con sus amigas. La sonrisa siempre la acompañaba.

Cuando tenía cuatro años y su hermano que, le sigue, estaba de brazos, varios hombres armados ingresaron al pueblo. Su papá no estaba con ellos en la casa. Ese día de febrero, del año 2000, ocurrió lo que posteriormente se conocería como la Masacre de El Salado. La violencia se tomó el pueblo y sus habitantes nunca fueron los mismos. Mariposa y sus hermanos lloraban por toda la violencia que desde pequeños vivenciaron.

Cuando empezó la incursión paramilitar, su padre acababa de llegar de la zona rural; decidieron encerrarse en su casa y resguardarse bajo la cama fruto del miedo que estaba sintiendo. Sin embargo, los hombres armados recorrieron todas las casas tumbando las puertas y sacando a las personas, parecía una escena de terror de nunca acabar. A su familia también la sacaron y la llevaron junto con otros pobladores de El Salado a la cancha del pueblo. Los paramilitares querían asesinar a la madre, la violencia quería separar a la familia, pero un sujeto la defendió e impidió que esto ocurriera, diciendo que era madre de varios hijos.

Horas más tarde, los llevaron a otra casa donde estaban todas las mujeres que acababan de ser madres y finalmente ahí los dejaron. Desde ese

70

* Los nombres fueron cambiados para preservar la identidad de la mujer y su familia.

lugar, toda la familia veía cuando sacaban a las personas a la fuerza, las jalaban delante de ellos y las mataban. Cada momento era más doloroso. En esa casa estuvieron encerrados por largo tiempo, a punto de fallecer ahogados por el intenso calor, ya que les impedían moverse del sitio. Desde ese momento, Mariposa supo que debía sobrevivir y defender su vida a como diera lugar, su respiración se agitaba y se entrecortaba buscando un lugar.

De ese día muchos recuerdos llegan a la memoria de Mariposa, muchos recuerdos revolotean, como la imagen de cómo los paramilitares después de asesinar a decenas de pobladores de El Salado, mataron las gallinas, hicieron sancocho y les llevaron a las familias para que comieran. Con la llegada de la madrugada los hombres armados se fueron.

Posteriormente, Mariposa y su familia salieron desplazados de El Salado para El Carmen de Bolívar a la casa de un tío. Allí reinició el colegio junto con sus hermanos. En el 2002 retornó el padre de Mariposa a El Salado, fue el primero de la familia en devolverse, en darle una nueva oportunidad a su tierra. Su mamá se quedó con ellos en El Carmen y tiempo después de que su papá se estabilizara en El Salado pudo volver a trabajar en la agricultura. Toda la familia regresó nuevamente a esas tierras en las que habían visto tanta violencia y sevicia. Cuando retornaron, Mariposa tenía 9 años.

Dentro de las garantías para el retorno de los pobladores de El Salado, estaba la instalación de un puesto de la Infantería de Marina en el pueblo. Cuando Mariposa regresó, ya estaba la infantería, quienes se suponen tenían el mandato de cuidar el pueblo. Ellos se dedicaban a patrullar el corregimiento. Mariposa nunca se imaginó que los que tenían la obligación de protegerla, la agredirían sexualmente.

A medida que más habitantes de El Salado retornaban, los Infantes se involucraban más con la comunidad. Muchas veces iban a las casas para intercambiar víveres por leña, yuca o ñame, y en general, por lo que necesitaran.

El 7 de mayo 2008 en la noche, Mariposa se preparaba para salir con unos familiares a una actividad en el pueblo. Se bañó y se alistó. El 8 de mayo sería el día de las madres y Mariposa realizaría una presentación en su colegio. Ella se quedó preparándose y les pidió a sus familiares que se adelantaran y que ella en breve los alcanzaría. Al salir de su casa, en la puerta de atrás de la calle, todo era oscuro porque no había lámparas, Mariposa cruzó el portón de su casa y observó que una persona venía detrás de ella, pero como estaban tan oscuro no logró identificar si había alguien; el susto y el miedo comenzaron a llegar a su cuerpo, cuando la tomaron de la mano ella preguntó: «Pero, ¿quién

eres tú?», porque no se le veía bien la cara a esa persona. Ese hombre la agarró fuerte y la llevó hacia un matorral, cerca al lugar en el que se encontraba el puesto de la Infantería de Marina.

La infantería quedaba en la parte de atrás de la casa de Mariposa, más arriba del tanque del acueducto. Cuando este hombre agredió a Mariposa, varios Infantes estaban en un cerro ubicado al frente a su casa. Eran alrededor de las siete de la noche. Ese día su padre no se encontraba en casa porque se dedicaba a vigilar el colegio de primaria. Mariposa esa noche se encontraba sola enfrentando el terror de la guerra.

Cuando el agresor tomó a Mariposa de la mano ella intentó soltarse, pero no pudo. El agresor le ofreció dinero por su cuerpo, Mariposa se negó diciendo: «Que era una niña y no vendía su cuerpo». Entre golpes, forcejeos, gritos y llanto, el hombre agredió sexualmente a Mariposa. Por momentos perdió el conocimiento, no sabe si por el impacto emocional o porque el agresor le dio alguna sustancia que la dejó inconsciente. Recuerda cómo todo le daba vueltas y el mareo y la confusión la invadían.

Estuvo retenida alrededor de cinco horas. Luego de ser violentada sexualmente por el infante de marina, éste la dejó en su casa a las 12 a.m. Mariposa sentía cómo sus alas y su cuerpo, en general, temblaban, no podía estar en pie. Dado que la agresión ocurrió entre matorrales, en los que había puyas y espinas, en su cuerpo quedaron rastros de rasguños. Cuando el agresor se fue, Mariposa se quedó afuera, no se atrevió a entrar a su casa ni a golpear porque estaba muy asustada. Temía a que la regañaran por la hora y le daba mucha pena que la vieran en las condiciones en las que se encontraba. Decidió resguardarse en el patio de una vecina para pasar la noche. Al día siguiente, su vecina la encontró y le avisó a sus papás que ella estaba ahí, sus familiares ya la estaban buscando. Mariposa no quería salir del lugar, no quería mirar a su papá ni hablarle a ninguna persona, no quería volver a expandir sus alas, el dolor era muy intenso.

Una vez llegó a su casa se quitó la ropa que tenía, se bañó y se encerró en su habitación. El llanto desconsolado la acompañó por algunos días. No quería abrir la puerta y no comía, el contacto con otros le resultaba muy demandante y la llenaba de malestar. Después de un tiempo Mariposa decidió salir. Su madre y su cuñada le preguntaron por lo que le había pasado, y ella decidió contarles. Rompió el silencio y alzó su voz.

Al enterarse, su papá se enfadó y subió al puesto de la infantería a comentar lo sucedido, habló con el cabo, quien bajó con el agresor. En esa

conversación el dinero llegó como oferta para comprar el silencio de Mariposa y su familia y evitar que denunciaran. El padre de Mariposa estaba decidido, primero estaba la salud de su hija y no iba recibir plata a cambio, le advirtió que iba a denunciar. Con la decisión y la fuerza como estandarte, ese día, Mariposa y su papá salieron hacia el Carmen de Bolívar para denunciar lo ocurrido. Era domingo, así que la Fiscalía estaba cerrada. La respuesta institucional en los días siguientes fue culpabilizarla del hecho argumentando: «Eso se lo buscan ellas, eso seguro que se le lanzó para que la violentaran. Casi todas las peladitas quieren tener marido y por eso se les lanzan».

Su padre, al ver esta respuesta de negligencia y estigmatización hacia su hija, se enfadó mucho y fue a Bienestar Familiar. Allí los acompañaron y la Fiscalía finalmente les recibió la denuncia. En los trámites con la Fiscalía tardaron tres días. Después de que denunciaron, miembros de la Infantería fueron a buscar a su papá a la casa y lo llevaron hasta al batallón. Esto ocurrió en múltiples ocasiones. En una oportunidad, su padre le contó que lo fueron a buscar para darle plata, para que no denunciara. Su papá nuevamente no quiso aceptar. En las tres ocasiones que lo mandaron a buscar, le ofrecieron dinero, para que ni él ni Mariposa dijeran nada a las autoridades. Al ver la renuencia y la entereza de su padre no los volvieron a buscar. La Fiscalía tampoco.

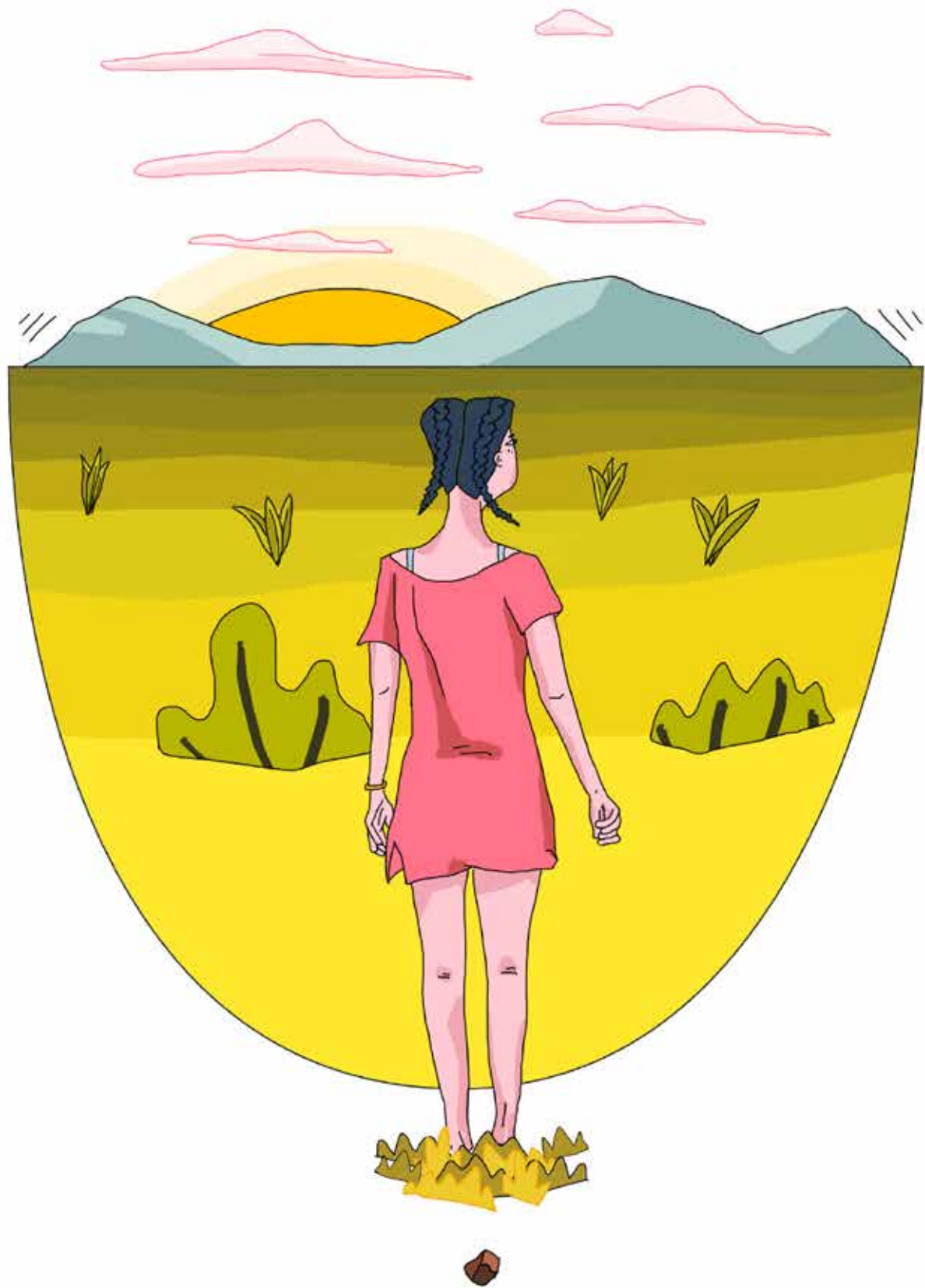
Del proceso poco supieron, a pesar de que la información que les brindaban era suficiente. Mariposa se enteró de que el mismo día que a ella le hicieron el reconocimiento médico legal a otra joven también se lo hicieron, por lo que probablemente habría una confusión con los resultados. Los dolores estaban presentes en su cuerpo como consecuencia de los hechos, sobre todo en sus ovarios. Los médicos le decían que probablemente no iba a poder ser madre. Situación que confundía y desconcertaba a Mariposa, nunca se imaginó que su primera relación sexual iba a ser a la fuerza.

Sus emociones la abrumaban y desbordaban, era difícil reconocerse a sí misma. En ocasiones se iba de la casa sin decirle a nadie y salía a caminar por horas para así tratar de olvidar. Las ganas de gritar la invadían y todo se tornaba oscuro y frío. Mariposa cortó su pelo para mitigar el desespero y para ejercer su autonomía. Después de los hechos, la vida de Mariposa cambió. En el colegio, era objeto del bullying y burlas, ejercida por algunos compañeros suyos; eso la lastimaba. Su pasión por el dibujo se convertía en un refugio y la alentaba para continuar y finalizar sus estudios.

Con el tiempo conoció a su actual pareja y padre de su hijo. Los pronósticos médicos se equivocaron y ahora ella ejerce su maternidad con

cuidado, tranquilidad y complacencia. Tiene el sueño de estudiar pedagogía infantil y de seguir aprendiendo cosas nuevas. Sabe que no está sola y que cuenta con su familia y más mujeres que como ella han vivido graves situaciones de violencia. Sus días pasan entre el cuidado de su hijo, el compartir con sus padres, su pareja y las integrantes del grupo Mujer y Vida.

Ahora camina con tranquilidad, sin desespero, con la convicción de que es una mujer valiente y luchadora. Sus alas continúan creciendo y pintándose de nuevos colores. A veces tiene la fuerza para aletear rápido, otras veces aletea más lento, con sigilo, con el mismo sigilo con el que crece una nueva vida en su interior... Una nueva posibilidad.



«Para mí, la paz es estar bien conmigo misma y con los demás, esa es la paz»

Yesenia, Mujer de Bolívar.

VALLE DEL CAUCA

CON LA FRENTE EN ALTO

«Con esta abundancia que habíamos vivido casi quince años, comienzan los hechos violentos por toda la zona y la gente deja de llegar».

Leonora

Leonora^{71*} nació el 4 de octubre de 1967 en Tuluá, Valle. Sus padres son Helena* y Matías*. Su mamá es oriunda de Pradera-Valle y su papá era de Medellín. Sus abuelas eran del Tolima, ascendientes de indígenas, por lo cual su historia familiar se ha desarrollado entre esos dos departamentos, siendo una familia de tradición campesina. Describe a su familia como muy unida y tradicionalmente liderada por las mujeres.

Sus padres empezaron su relación cuando su mamá tenía dieciséis años. Tuvieron dos hijos, de los cuales Leonora es la mayor. Por ser la mayor, por considerarla muy inteligente y por los cuidados especiales que requería en razón de la discapacidad en una pierna, ella tenía una relación muy afectuosa con su padre, quien depositó en ella sus esperanzas de que pudiera estudiar. La discapacidad que sufre Leonora es consecuencia de unas inyecciones mal aplicadas que afectaron el nervio ciático principal, como tratamiento a la fiebre amarilla cuando tenía un año de edad. Sin embargo, esta buena relación se terminó porque su padre se suicidó cuando ella tenía siete años, lo cual tuvo un impacto importante en su vida, dado que para ella significaba que su papá la abandonó sin consultarle, ni tenerla en cuenta.

Su mamá se dedicaba al cuidado del hogar y su padre tenía una volqueta y dos carretillas con las que trabajaba. Describe que en su infancia, hasta los siete años, tenían las necesidades básicas satisfechas: «No éramos pobres, en mi familia no se vio la pobreza absoluta sino después de la muerte de mi papá».

71 * Los nombres fueron cambiados para preservar la identidad de la mujer y su familia.

En los primeros años, Leonora no fue a la escuela, fue su papá y abuela quienes le enseñaron a leer y a escribir. En ese momento sólo pudo cursar hasta tercero de primaria.

La condición de discapacidad le ha generado algunas limitaciones, no puede acceder a cualquier trabajo que requiera alta actividad física. Hace cinco años no desempeña trabajos en restaurantes, por esta razón. Lamenta no haber podido acceder a la educación, por limitaciones económicas, y hoy quiere ser profesional como una forma de demostrarse a sí misma que es capaz y porque su padre le inculcó la importancia de estudiar.

También, se describe como «noviera» en su adolescencia, amiguera que salía a bailar, le gustaba el deporte. Eso como una manera de hacer frente a la discapacidad, dada la recomendación del médico de ejercitar la pierna puesto que en un futuro perdería movilidad de no hacerlo.

En su familia se vivían hechos de violencia contra las mujeres, en el sentido de que su padre y otro compañero que tuvo después golpeaban a su mamá, a lo que Leonora se oponía, intentando defenderla.

Luego de la muerte de su papá, su abuela la llevó a la finca de una tía, ubicada en El Salado, corregimiento del municipio de Dagua, donde a sus siete años de edad fue víctima de abuso sexual por parte de su esposo, quien le daba monedas o dádivas como una forma de presionarla para que se quedara callada. A pesar de no tener clara consciencia de lo que estaba ocurriendo, Leonora protegió a su hermana para que no le pasara lo mismo. Cuando quiso contarlo a su abuela, ella la golpeó, por lo que tuvo que guardar silencio. Aunque no reveló el detalle de lo ocurrido a su mamá, ella la sacó de ese lugar. Eso, sumado a la muerte de su papá, la hizo sentir mucha rabia y comportarse de manera rebelde, especialmente contra su mamá, a quien además le recriminaba que sus hermanos provinieran de distintos padres.

Después de la muerte de Matías, Helena tuvo tres hijos más. Hoy su madre tiene una relación con Raúl* con quien convive y el que ha ejercido las labores de papá para Leonora y sus hermanos.

Debido a la muerte de su padre, su mamá debió asumir sola la crianza y el sostenimiento económico de sus hijos, por lo que tuvieron que trasladarse a la zona rural, luego de que la primera esposa de su papá hizo el trámite para quedarse con todas las propiedades que tenía el señor y su familia quedó en una situación económica precaria. Después de ser ama de casa, empezó a trabajar en un hotel como camarera, por lo cual Leonora, como hija mayor, ayudaba a cuidar a sus hermanos y se encargaba de las labores del hogar.

Luego, su mamá decidió regresar a Cali. Pasaron una situación económica difícil. Leonora empezó a trabajar en casas de familia a los doce años para ayudar a sostener la casa. A los trece años decidió estudiar hasta quinto primaria.

Mientras trabajaba en una casa, uno de los hijos de la dueña de casa empezó a «conquistarla» como una práctica común en esa familia. A los catorce años tuvo su primera relación sexual con él, pero al ver que eso era un «deporte» para él, ella decidió no volver a sostener estas relaciones.

A los dieciocho años empezó el bachillerato estudiando de noche para poder trabajar. Se dio cuenta de que el colegio donde estudiaba no era legal, ya iba en octavo grado. Eso la desanimó y por eso no concluyó el bachillerato.

Leonora tuvo tres hijos: Cristina*, Jairo* y Tomás*. Leonora se describe como una persona que no sabe escoger los compañeros, dada la mala relación que ha tenido con los papás de sus hijos. Al papá de su hija lo conoció cuando estaba estudiando bachillerato, a los dieciocho años. Quedó embarazada y se asustó porque su mamá le había dicho que quien tuviera hijos se tenía que ir de la casa.

Estuvo en la duda de tener o no a la niña, intentó abortar pero ante el fracaso de hacerlo y el arraigo a sus principios religiosos, decidió tenerla. Ante la amenaza de la mamá de sacarla de la casa y la voluntad de tener la niña y asumir las consecuencias, decidió no volver a la casa, pero siguió aportando económicamente para ayudar a su mamá.

En ese momento estaba trabajando en una casa de familia, donde su empleadora y una amiga suya le ayudaron con las cosas para la niña. Recibió muchos regalos la niña, lo que valora como que la niña iba a tener muy buena suerte en la vida, por la generosidad con que las personas le dieron regalos.

A los siete meses de embarazo fue donde su mamá para guardar las cosas de la niña y su mamá adaptó la alcoba de Leonora en la casa para recibir el bebé. Así fue que volvió a donde su mamá. El nacimiento de la niña fue «como una fiesta».

El papá de la niña no respondió por ella, solamente la registró luego de demandar cuando se enteró de que otro hombre había registrado a la niña como suya. Luego de que nació su hija, dice Leonora: «Se volvió una mujer común y corriente, luchando por la vida, por sacar los hijos adelante». Vivió con un muchacho siete años, quien le ayudó a salir de la clínica y registró inicialmente a la hija; dice que lo hizo por agradecimiento con él por todo lo que le había ayudado.

Cuando Cristina tenía tres años quedó en embarazo de Jairo, su segundo hijo. Ese embarazo fue muy difícil, aguantó mucha hambre, no le pagaban a tiempo ni bien en su trabajo, estuvo muy débil. Al nacer, ella y el niño tuvieron hepatitis. Trabajaba vendiendo arepas.

El papá de Jairo trabajaba en construcción. Tuvieron una relación intermitente y cuando estaban juntos ella debía correr con todos los gastos porque él no asumía alguna responsabilidad. Así duraron siete años, conviviendo por temporadas hasta que él consiguió otra compañera y terminaron la relación.

Para el sostenimiento de sus hijos tuvo que trabajar en distintos oficios como en una fábrica de arepas y en un restaurante. Se fue a vivir con su mamá, su padrastro y sus hermanos, quienes le ayudaban a cuidar a sus hijos y ella sostenía económicamente a toda la familia porque su padrastro se quedó sin trabajo, sus hermanos estaban estudiando, su hermana quedó en embarazo y no siguió trabajando.

Para poder solventar la situación económica, trabajó durante dos años en un restaurante que también era un bar donde se ejercía la prostitución; en el día atendía el restaurante y en la noche ejercía la prostitución y era camarera del hotel donde iban los clientes. Dice que a pesar de ser un trabajo que ella misma reprocha moralmente, logró tener cierto estatus que le permitía escoger sus clientes y cobrar más que otras mujeres: «Porque siempre he tenido la actitud de señora».

Luego se cansó de ese trabajo porque no era el estilo de vida que quería y como su mamá y familia se habían ido al Tolima, decidió irse con ellos. Se asentaron en el páramo de las Hermosas, donde estaba en auge el cultivo de amapola y trabajaban cultivando papa. Sin embargo, tuvo dificultad para acostumbrarse al clima frío y decidió irse para Cerrito-Valle, a trabajar en un bar ejerciendo la prostitución.

En ese momento tenía a sus hijos Cristina y Jairo. Él se quedó un tiempo con su papá y Cristina con Leonora, quien le pagaba a alguien que cuidara la niña mientras trabajaba.

En el bar donde estaba trabajando conoció al papá de Tomás, su tercer hijo, con quien entabló una relación de pareja. Tenía veintiocho años para ese momento. Él se hizo cargo de la manutención y crianza de Cristina. Convivieron durante dos años y se separaron mientras ella estaba embarazada. Cuando Tomás tuvo seis meses, ella se fue para el Tolima y ahí se reunió con su familia.

En el Tolima trabajó cocinando para personas que cultivaban amapola. Por ese trabajo a las empleadas les daban un tajo, que es un pequeño pedazo

de tierra para que ellas cultivaran también la amapola y obtuvieran alguna ganancia. Con eso, Leonora logró obtener varios tajos y su situación económica mejoró, dado que con la ayuda de sus hijos, lograban tener cultivos productivos. Con las ganancias obtenidas, empezó a comprar animales. También se hizo conocida en la región porque ella y sus hijos eran hábiles para el cuidado de terneros enfermos y la cura de niños.

En esas labores de cultivo y cría de animales contó con la ayuda de sus dos hijos, quienes tenían fama de tener «buena mano». Su hija mayor se ganaba también la vida haciendo empanadas que vendía en las ferias del pueblo. Iba a pescar trucha para hacer empanadas de pescado y le iba bien en este negocio.

Su familia también se dedicaba a las mismas actividades y empezó a irles muy bien con el cultivo de papa, gracias a esto pudieron comprar tierras y hacer crecer la cría de animales. También hacían festivales, que era una especie de bazar en los que preparaban distintas comidas para la venta. Inicialmente los organizaba Leonora y su familia, pero luego le dieron cabida a la comunidad para que todos pudieran generar ingresos.

Luego empezaron las fumigaciones de los cultivos de coca; por esa razón, abandonaron este trabajo y se dedicaron al cultivo de papa pero las fumigaciones también lo dañaron. Además, ingresaron los grupos paramilitares junto con el Ejército y empezó el robo de animales y los asesinatos de personas, señalándolos de guerrilleros. Esto sucedió hacia el año 2000.

A los ocho años de tener la finca en el Tolima, la familia obtuvo un terreno en la Punta, donde pusieron una posada, ubicada en el corregimiento de la Nevera, municipio de Palmira. Las dos tierras eran trabajadas de manera conjunta y coordinada por la familia que se distribuía entre los dos predios y se dividía el trabajo.

Lo que la familia tenía en la Nevera era un proyecto económico estable, que consistía en un hostel e instalaciones adecuadas para la cría y comercialización de pollos, gallinas y marranos. En el Tolima cultivaban papa criolla, guata, ullucos y llevaban esta producción a la Nevera donde además tenían una bodega de quesos que compraban en la zona y luego revendían en otras zonas de comercialización. Mientras tanto, los hijos estudiaban en Pradera. Además del servicio de hospedaje y alimentación, hacían caminatas y alquilaban animales para recorrer el lugar hacia las lagunas.

La tierra fue adjudicada por el municipio que también construyó la casa, con la condición que duraran cinco años allí, pero la familia no cuenta con documentación que acredite sus derechos sobre la tierra. Tampoco han hecho

esfuerzos por retornar luego del desplazamiento porque bajo su consideración, no hay garantías de protección. No obstante, la familia está interesada en que sea restituida su tierra o reasignada en un lugar acorde con sus necesidades.

La explotación económica de la tierra que tenía la familia les permitía vivir tranquilamente a sus integrantes, sin apremios económicos, ni necesidades sociales ya que tenían garantizada la vivienda, la salud, la alimentación, la educación, entre otros. Para Leonora, en esa época no había ningún tipo de preocupación económica: «Estaba todo ahí, yo no tenía que pensar en nada, todo se daba». Sus tres hijos eran conocidos en la vereda como jóvenes trabajadores y honestos y con los negocios que hacían contribuían también a la economía familiar.

Con los recursos obtenidos, los integrantes de esta familia sufragaban todos los gastos que requerían para una vida digna. Periódicamente iban a Palmira a comprar por docenas las cosas que necesitaban como zapatos, ropa, utensilios, nada les faltaba: «Esa era la abundancia en la que vivían mis hijos, mi familia y yo».

Cuando la situación de orden público en el Tolima se agudizó, hacia el año 1999, decidieron desplazarse y dedicarse solamente a la posada en la Nevera. Después del desplazamiento forzado, el Estado le informó a la familia que el predio era de zona de reserva forestal y que por esta razón no podía ser restituido.

Sin embargo, en la Nevera también la situación de orden público se alteró por la incursión de los grupos paramilitares, lo que hizo que bajaran las ventas y el turismo. En ese momento su hermana estaba embarazada (ella vivía con su esposo e hijos en una finca cercana) y se enfermó junto con su mamá, por lo que ellas se fueron para Pradera de manera permanente y Leonora y su padrastro seguía en La Nevera sosteniendo el negocio de la venta de animales. El desplazamiento a Pradera se dio también porque la guerrilla quería reclutar a los hijos de Leonora, entonces se movilizaron como forma de protección. La familia se sostenía de la venta de animales (pollos y cerdos) que aún tenían en la Punta (en la Nevera) y también de la venta de quesos en Palmira.

Leonora iba a trabajar esporádicamente a Cerrito, pues una mujer le ofreció trabajo en Putumayo. Aunque estaba buscando otro trabajo en Pradera, lo que consiguió fue una oportunidad en el Putumayo, para trabajar en un restaurante por un salario de \$600.000. La idea inicial era estar allá seis meses. Esto fue entre el año 2000 y 2001, en ese momento aún no había ocurrido el desplazamiento de la Nevera. Leonora se fue tres meses, regresó

para visitar la familia y llevar dinero. Al regresar sucedieron los hechos de violencia sexual, por lo que estuvo ocho meses sin salir del Putumayo.

En agosto de 2002, el Ejército entró a la casa a saquear y robar pertenencias y animales. Luego de esto, ingresaron los paramilitares del Bloque Calima. Un día su padrastro iba a ir por los animales y el Ejército no lo dejó subir. Las AUC habían quemado la casa y los animales, desaparecieron y torturaron al esposo de su hermana, que estaba embarazada, y también a un sobrino de su padrastro acusándolo de guerrillero, por ser tartamudo (dijeron que si no hablaba bien era por el miedo de haber sido encontrado).

También desaparecieron y torturaron a otras personas no familiares, entre ellos al señor que cuidaba la casa (quien luego apareció vivo) y a una mujer de diecisiete años a quien violaron y de quien no se sabe su paradero. Respecto al cuñado, la mujer cuenta: «Cuando lo encontraron, lo encontraron sin un ojo, con la piel de la cara abajo, con muchas fracturas, lo habían matado a garrote. A uno de ellos, iniciando el camino lo mataron a piedra en la cabeza, a otro lo descuartizaron delante de los otros».

Para ese momento, Leonora no estaba allí, por lo cual conoció estos hechos por lo que le contó su familia. Luego de eso, alrededor de seis sobrinos de su padrastro ingresaron a la guerrilla para cobrar venganza por lo ocurrido. De ellos, tres han fallecido, uno se desmovilizó, uno está en la cárcel y del otro no se tiene conocimiento. En el 2012, un tío hermano de su padrastro, fue torturado y asesinado por no decir el paradero de su hijo desmovilizado.

La familia se desplazó a Pradera, a una pieza y luego lograron arrendar un apartamento. Dos de sus hermanos llegaban ocasionalmente, porque eran perseguidos tanto por la guerrilla como por los paramilitares, acusados de ser informantes de uno y otro grupo.

Dada la difícil situación económica, Leonora se fue para Venezuela por una oferta que le hizo una señora en Pradera para que cuidara niños. Cuando llevaba quince días allá se enteró que a sus hermanos les hicieron un atentado. Ellos llevaban leche en un carro, por Pradera y les dispararon. Leonora le envió plata a la familia para que todos se desplazaran a Cali.

A raíz de eso toda la familia se desplazó para Cali y ahí el padrastro hace la declaración ante Acción Social, en agosto de 2003. Leonora regresó a los dos meses y consiguió trabajo en Cerrito. Alrededor del conocimiento de sus derechos como población desplazada es que Leonora empezó sus actividades de liderazgo. A su padrastro le salió la pensión y con ese dinero compraron la casa donde viven actualmente.

Cuando Leonora llegó al Placer, Valle del Guamuez en Putumayo, se enteró de que hacía poco habían entrado los paramilitares a la zona y además no encontró el lugar que buscaba. Por eso se dirigió hacia un asadero, donde una mujer le dio posada y trabajo porque allí no había hoteles y porque los paramilitares tenían prohibido que hubiera gente en la calle a altas horas de la noche.

Como no había energía, los pollos se asaban manualmente y ese era el trabajo de Leonora, ganaba 150000 pesos al mes y trabajaba de 8 a.m. a 1 a.m. Un día otra mujer se acercó y le recomendó ir a buscar trabajo a otro restaurante, la Brasa Roja, donde pagaban mejor. Ella siguió la recomendación y obtuvo un trabajo inicialmente de mesera y después se desempeñó como jefa de cocina. Luego la dueña del asadero la acusó de haberle robado en retaliación por haber dejado el trabajo, pero la propietaria de la Brasa Roja decidió darle una oportunidad y ponerla a prueba, que de no haber pasado iba ser sancionada por los paramilitares con su asesinato. De esto supo Leonora mucho tiempo después de terminar el «período de prueba».

Al restaurante comenzó a ir el jefe paramilitar de la región, un hombre de 1.65 de estatura, con un lunar grande en la cara, acuerpado, que pedía diferentes platos y jugos para servirle. Le decían «El Patrón» por lo cual se entiende que era el comandante del lugar. Un día le ordenó a Leonora que le llevara la comida hasta el lugar donde se alojaba, que quedaba diagonal al restaurante pero retirado.

En el trayecto hasta el edificio donde se alojaban los paramilitares había un retén del grupo y ellos detuvieron a Leonora cuando llevaba la comida para el comandante, y le dijeron que querían ser sus amigos. La obligaron a entrar a una casa donde descansaban los que hacían la guardia, la hicieron desnudar y desfilar, lo cual fue humillante para la mujer no solo por los hechos de violencia sexual que subseguirían sino porque la discapacidad en su pierna derecha, lo cual le hizo sentir mucha más vergüenza en esas circunstancias. Luego la agredieron sexualmente diez de los paramilitares que estaban en ese lugar, vaginal, anal y bucalmente. Durante las violaciones Leonora logró escuchar que habían traído a otro hombre de raza negra que no se dejó violar y entonces lo asesinaron.

Cuando la obligaron a desfilar se burlaban de ella, le decían que no era tan flaca ni tan fea, la manoseaban, la besaban y cuando ella se resistía la golpeaban en la cara y le decían que si se creía mucho por ser blanca, que si creía que ellos eran unos cochinos. Luego la violaba cada uno y algunos de

ellos le decían que no se preocupara, que no la iban a matar.

Cerca de la una de la mañana del día siguiente llegó un grupo de tres paramilitares encabezado por un hombre blanco de ojos verdes y les dijo a los agresores que cómo se les ocurría haberse metido con una mujer de la Brasa Roja, que era de gente pudiente y si la dueña se quejaba con el jefe los iban a matar. Entonces comenzó una discusión delante de Leonora sobre si la mataban o no para evitar que los denunciara. Ella tuvo que rogar por su vida al hombre que llegó a advertirles a los otros y al final él fue quien dio la orden de dejarla ir a las 4 a.m., hora en que debía comenzar a trabajar.

Cuando llegó la patrona le preguntó qué le había pasado y ella le dijo que estaba enferma, entonces la llevó donde una médica. Leonora estaba muy lastimada en sus zonas genitales, en su relato dice que creía que «le iban a sacar los ovarios» porque la violencia con que la atacaron le hizo sentir mucho dolor. Le dio fiebre y tenía una infección, por eso fue a una farmacia para buscar un remedio y el encargado le vendió un desinflamante y un antibiótico. Al parecer esas ventas eran recurrentes porque el sujeto le preguntó si la habían lastimado mucho pero no le hizo más preguntas, sino que solamente se limitó a aplicarle algunas inyecciones de rutina y le dijo que esas le iban a quitar cualquier infección que le hubiesen transmitido. También, Leonora recuerda que le afectaron mucho su garganta porque la lastimaron cuando la obligaron a tener sexo oral.

Días después tuvo que regresar a donde la médico que trabajaba en una casa adecuada como hospital al mando de los paramilitares. Él le aplicó un antibiótico muy fuerte que le ayudó a avanzar en su recuperación.

Como consecuencia de las múltiples violaciones, Leonora quedó en embarazo del cual tuvo conocimiento porque el señor de la droguería donde la atendían le dijo un día que si se había hecho la prueba de embarazo y se la vendió, lo cual constató que él sabía lo que ocurría en el pueblo. Ella se hizo la prueba de embarazo, que salió positiva pero, luego tuvo un aborto por sus condiciones de salud, pues sufrió de amibiasis y de anemia.

A los quince días de la agresión, un paramilitar se le acercó y le dijo a Leonora que ella no podía salir del pueblo, que le quedaba prohibido. Un día ella intentó salir para ver si era cierto y en efecto la bajaron del Jeep. Nunca le contó a su empleadora lo sucedido, pero si le contó a la mujer que le recomendó el trabajo, quien al enterarse se la llevó a su casa y le dio una habitación. Esta mujer se encargaba de lavarle la ropa a los paramilitares y había un acuerdo con ellos de no agredirla a ella ni a las personas que trabajaban con ella.

Una vez, uno de los paramilitares reclamó sobre por qué Leonora estaba en esa casa si no los quería a ellos, pero la mujer que la protegía salió en su defensa y le replicó al paramilitar que Leonora tenía muchas razones para no quererlos y le recordó el acuerdo sobre no «tocar» a ciertas familias del pueblo e incluyó a Leonora en éstas.

Por su parte, ante la prohibición de salida, Leonora se resignó a continuar en la zona porque necesitaba el dinero y en la Brasa Roja le pagaban muy bien, alrededor de \$650.000 con lo cual podía girar la mayor parte de su ingreso para sostener a sus tres hijos y cubrir los gastos de su estudio, entre otros. En alguna oportunidad los paramilitares le decomisaron el dinero que enviaba y le dijeron que ellos lo girarían, esto era para verificar a quién ella hacía los giros.

A pesar de ganar ese dinero, cuando Leonora tuvo la oportunidad, se escapó del lugar. Un día luego de un enfrentamiento entre la guerrilla y los paramilitares, fue asesinado un alias «Mono» y fueron heridos varios paramilitares, por eso fue necesario sacarlos en carros y llevarlos con suero. Uno de ellos, alias «Cobra», le ayudó a Leonora para que fuera llevando el suero de uno y así fue como logró escapar del lugar.

El sentimiento de angustia durante la huida es inolvidable para la mujer pues sintió durante todo el trayecto que la iban a devolver, lo cual le generó un sufrimiento muy fuerte: «Me parecía que iban a parar el carro, iban a decir: —¡usted se baja!—, o cuando pasamos el retén, porque miraban en el retén a los heridos, a mí me parecía que me iban a bajar ahí, yo decía: —si aquí no paso, ya no paso—. Más allá, antes de llegar, otro retén, porque estaban en combate, otro retén...».

La agresión sexual descrita no fue la única que ocurrió, ni el único tipo de hecho violento que tuvo que soportar Leonora en la zona. En otra ocasión, cuando ya había terminado el tratamiento médico y el aborto, de nuevo aparecieron cerca a la casa dos paramilitares de los mismos agresores de la primera ocasión, la tomaron del pelo y la volvieron a violentar en la calle.

Este hecho es recordado con mucho impacto por Leonora, dado el sentimiento de vergüenza de haber sufrido una agresión en la calle. No obstante era de madrugada y al parecer nadie se dio cuenta pero aun así para la mujer fue una humillación adicional haber sido agredida en esas condiciones. Cuando llegó a su casa, se bañó y se fue a trabajar.

Además en el restaurante debía atender a los agresores y especialmente le afectaba tener que servirle en silencio a uno de los paramilitares que más

la humilló, porque ella sintió que él además de agredirla sexualmente quería hacerle daño, la trató muy mal, con mucha violencia y por eso lo recuerda ofendida. Este fue el sujeto que junto a otro la volvió a agredir en la calle antes de llegar a su casa, luego del primer episodio de violencia sexual.

Como se mencionó anteriormente, los paramilitares del Bloque Calima habían incursionado en la zona y estaban asesinando, torturando y desapareciendo forzosamente a los pobladores. Ella llegó inicialmente a Cerrito, estuvo encerrada durante seis meses trabajando en un restaurante, en el que también vivía, para ayudar con la economía familiar porque la violencia había deteriorado la producción de las fincas.

Estando allá, en agosto de 2002, la llamaron a contarle lo que había sucedido en la Nevera, en la que desaparecieron, torturaron y posteriormente asesinaron a un cuñado suyo, quemaron la casa, los animales y todo lo que había en la posada donde tenían su producción. Cuando Leonora llegó a Cerrito, donde estaba su hijo menor con el papá, se dio cuenta de que su mamá, su hermana y su hija estaban en Pradera, en el caso de esta última, ella tuvo que salir de la Nevera porque estaba en riesgo de ser reclutada forzosamente y todas se tuvieron que desplazar por la situación de violaciones de derechos humanos que se estaban presentando.

Este fue el escenario que encontró Leonora al llegar a la Nevera, su hermana y su madre estaban en crisis y por esto no pudo contarle a nadie de la familia lo que le había sucedido. El resto de la familia se desplazó forzosamente a Pradera, donde comenzaron a pasar muchos trabajos. Su padrastro hizo la declaración del desplazamiento en ese momento. Ante la situación económica y como se dijo antes, Leonora decidió irse tres meses a Venezuela donde le habían ofrecido un trabajo de niñera, pero regresó en diciembre de 2002 a Pradera por la persecución contra sus hermanos. Esporádicamente volvía a trabajar en el restaurante de Cerrito de nuevo y después de esto la familia se desplazó por la violencia a Cali y en febrero de 2003 hicieron la declaración como desplazados.

La familia fue inscrita como población desplazada pero el proceso de adaptación en la ciudad de Cali fue muy difícil porque eran discriminados, no tenían vivienda ni oportunidades laborales para personas con experiencia en la agricultura. Por eso Leonora tuvo la iniciativa de estudiar y comenzó entonces a realizar un curso de medio tiempo de confecciones.

Cuando estaba haciendo el curso sus problemas de salud se agravaron, se hizo exámenes y le fue diagnosticado cáncer en la matriz. Comenzó un

tratamiento y le hicieron una cirugía. Durante la recuperación una psicóloga de atención a víctimas empezó a visitarla junto con una trabajadora social. Los compañeros del curso la fueron a visitar también y le obsequiaron quinientos mil pesos para su sustento, capital que usó para abrir un negocio de arepas que hoy sigue contribuyendo al sostenimiento familiar, que en la actualidad lo maneja su hermana.

Cuando recuperó medianamente su salud, continuó con su curso y empezó a trabajar en confecciones pero la discapacidad de su pierna derecha le dificultó el manejo de máquinas porque debía utilizar la rodilla, que no soportó ese tipo de trabajo.

Luego intentó retomar sus trabajos como cocinera y en algunos momentos ha regresado a Cerrito para trabajar en el restaurante en que ha laborado antes. Sin embargo, los dolores de su pierna se han incrementado con el tiempo y eso le ha impedido sostener este tipo de trabajo donde tiene que estar mucho tiempo de pie. Por su parte, el Estado no ha brindado ningún tipo de atención diferencial a Leonora, en su calidad de mujer, con una discapacidad física, madre cabeza de familia y lideresa en condición de desplazamiento.

Dadas las dificultades para su inserción laboral, Leonora continuó buscando otras alternativas laborales y de formación. Así aprendió un curso de sistemas básico y en el «rebusque» aprendió sobre liderazgo. Creó la asociación ASOTRABIF, de la cual es representante legal hasta la fecha y también se vinculó a la Mesa Municipal de Población Desplazada. En su trabajo con ASOTRABIF se conectó con Taller Abierto, que a su vez participaba del Observatorio de Derechos Humanos de las Mujeres con la Corporación Sisma Mujer. En ese proceso, se conformó el Colectivo de mujeres desplazadas del Valle, organización de la cual fue fundadora y a la cual estuvo vinculada desde el año 2006 al 2012.

El Colectivo de mujeres desplazadas del Valle tenía trabajo con la organización Taller Abierto, que desarrollaba acciones con la Corporación Sisma Mujer y por este medio fue que Leonora conoció ésta organización, con la cual ha recibido acompañamiento psicosocial individual y colectivo durante cinco años.

Para Leonora la decisión de denunciar es resultado de éste proceso de acompañamiento psicosocial, es el cierre de un ciclo y una muestra de su recuperación emocional.

VOLAR DE NUEVO

«Mi historia habla de violencias pero también de tradiciones familiares y de la resistencia negra, de esa que a veces poco se escucha».

Alicia

Alicia^{72*} nació el 8 de septiembre de 1971 en Buenaventura, Valle. Hija de Carmelo* y Amanda*, única hija de esta relación. Su historia viene marcada de un linaje de hijos únicos, lo que la llevó a ocupar un lugar de cuidados y privilegios en su hogar.

Sus padres se conocieron bastante jóvenes, su madre de 15 años falleció posterior a su nacimiento. Su padre continuó con otro rumbo, decidió seguir su camino sin Alicia. Tanto sus abuelas como sus tías estuvieron a cargo de los cuidados y el cariño, que siendo niña requería. Creció con el apoyo de su familia, con una red de mujeres que la protegían y mimaban a cada momento.

De niña recuerda que sus días transcurrían entre mimos y abrazos, entre la familia materna y paterna. Sus abuelas, a quienes comenzó a llamar mamá, intentaban darle lo mejor en cuanto a educación, vivienda, alimentación y recreación.

En su infancia no hubo golpes ni violencia, sólo juegos, risas y cuidados. Para las mujeres de su familia, la educación fue una herramienta fundamental de liberación necesaria para un mejor porvenir. De allí que Alicia recuerde los libros, el colegio y la institutriz que le reforzaba lo aprendido en clases. Cuando tenía 13 años, su mamá, quien realmente era su abuela, murió, y es allí donde se entera de que ella no sabía leer ni escribir y por eso decidió no repetir la historia con las siguientes generaciones, por eso les dio educación sin importar los sacrificios para lograrlo.

Creció en un ambiente familiar, con olor a hogar y unión. Eso la hacía feliz. En aquella época de casas unifamiliares, tuvo contacto cercano con sus

tías y primos. No recuerda un momento de soledad. Siempre acompañada de su nana, institutriz, sus tías y sus abuelas.

El daño y el peligro eran inimaginables para la cabeza y el corazón de Alicia. Cada paso que daba en su vida estaba acompañado de la mano de sus abuelas y tías. No supo de sufrimiento, rechazos o discriminaciones. Sabía que en su familia existían personas de piel blanca y otras morenas como ella, pero eso no era algo que denotara diferencia sino diversidad: «Nunca supe lo que fue el racismo. Nadie me dijo en mi casa que yo era diferente, ni me lo hicieron sentir, ni yo veía en el espejo una persona diferente a ellos».

Alicia había heredado los rasgos morenos de su madre, mientras que la familia por parte de papá era de tez blanca. Pero las diferencias de color de piel no eran notorias en un ambiente de hogar donde se respiraba respeto y amor.

Tuvo muchos juguetes, bicicletas, monopatines y una casa de muñecas donde podía ir a aquel mundo de imaginación y con sus primos a recrear la felicidad de la infancia. Aprendió a bordar gracias a que las mujeres de su casa sabían que no sólo una profesión era necesaria, sino también un oficio. Como una suerte de presentimientos, las mujeres de la familia comenzaron a educar a las generaciones venideras, donde Alicia ocupó un lugar privilegiado, tal vez porque en el futuro las cosas no iban a ser como aquella burbuja feliz que vivían de pequeños.

De niña viajó por otros países, recorrió otros mundos guiada por su abuela, que siempre estaba a su lado cuidando y protegiendo a aquella pequeña a la que esperaba no le ocurriera daño alguno. Creció junto a mujeres matriarcas, que guiaron las riendas de una enorme familia. Sacaron adelante a muchos sobrinos, que por suerte dieron con el empuje y voz de mando de aquellas mujeres luchadoras y que hicieron un cambio en la historia al impulsar la educación como un pilar importante en su familia.

Su vida estuvo al alcance de un Buenaventura con problemáticas sociales, políticas y económicas complejas. Situación que su abuela y sus tías evitaron para darle una infancia feliz y plena a aquella niña, que tanto amaban. Aún los altibajos de la vida no llegaban a ese hogar unido, a esa familia que no vivía las violencias y la pobreza de aquel territorio.

Mientras era educada y cuidada por su abuela, su padre conformó otro hogar donde tuvo más hijas, pero por razones de protección, su familia decidió que no debía conocer aquel hogar ni acercarse a su padre.

Tuvo fiestas y festejó la vida alegremente. Lo único que no pudo festejar fue su grado de profesional en Administración y Finanzas, ya que su abuela

que la cuidaba, comenzó a enfermar y la diabetes se agravó. Esto fue hacia noviembre de 1992, cuando Alicia tenía 22 años. Allí vivían en Cali, donde su abuela había comprado una casa para que ella creciera feliz y sin necesidades. Poco la disfrutó porque su mamá enfermó.

La guerra estaba cerca, pronto tocaría la puerta de su casa y Alicia conocería aquella Buenaventura hermosa, pero también llena de problemáticas difíciles y peligrosas. La magia y los colores de la infancia se verían teñidos del gris de la guerra y el narcotráfico que acechaban las calles de Buenaventura.

La guerra llegó a tocar la familia de Alicia. Arrasó con la mayoría de hombres de la familia. El primero de ellos fue su tío, quien fue uno de los pocos familiares que decidió no estudiar. Así que se dedicaba a manejar taxi en Buenaventura. Era ateo y eso llamaba la atención de Alicia, quien cansada de las misas extenuantes y los santos a los que su abuela hacía plegarias, vio en su tío un hombre distinto e irreverente.

La realidad de violencias y narcotráfico no era oculta para la familia. El barco Riviel, un mito en Buenaventura, era un barco maderero de la familia y los grupos al margen de la ley quisieron utilizarlo para la ruta del narcotráfico, a lo cual la familia se negó y les destruyeron el barco.

Hacia mayo de 1993, día de la madre, su tío salió a trabajar en el taxi y hacer las ganancias de la comida para su familia. Un grupo de paramilitares lo abordó para hacer una carrera como cualquier pasajero: «Mi tío desaparece un 7 de mayo, domingo, día de la madre. Se fue a hacer una carrera y todo el mundo vio cuando él subió. Subir es buscar la salida de Buenaventura a Cali. Eran las ocho de la noche, nueve de la noche, diez de la noche y nada. Él era un hombre muy casero, tenía problemas en la columna y no podía durar muchas horas en el taxi porque ya lo habían operado de la columna. Mi tío duró desaparecido como tres días».

A su tío lo torturaron y lo entregaron en una bolsa donde era irreconocible, estaba totalmente desecho. Su tía quedó viuda y dejó una única hija. Los hechos indicaban que había sido el paramilitarismo, así que procedieron a poner la denuncia.

Los hombres de la casa estaban en riesgo, otro tío, que era el encargado del barco Riviel había tenido que salir obligado de Buenaventura a causa de las amenazas de grupos al margen de la ley, por no permitir el uso del barco para la ruta del narcotráfico. Y ahora la muerte de su tío daba el indicio de unos hechos atroces que comenzaban a amenazar a la familia. Las mujeres, más en las labores del hogar, desconocían aquel mundo que se movía en las calles de su pueblo.

Ñata, como le decían de cariño, se quedó el día del velorio de su tío sola en la casa. Mientras que toda la familia se fue. Tres hombres que iban en moto llegaron a la sala de velación y comenzaron a disparar. Cada hombre salió a proteger a una mujer. Allí fue donde acabaron con la vida de Pedro*, esposo de su tía Allba*; Jonathan*, hijo de su tía Claudia*; el tío Noe*; Patricio*, hijo de la tía Rigoberta* y a su hijo Tomás*. Su primo se salvó, gracias a que su hermano lo protegió, pero a cambio de eso recibió el impacto de la bala que acabó de manera fulminante con su vida.

Llegaron momentos de terror y tristeza, los hombres debieron salir del pueblo por amenazas. Y las mujeres se quedaron para seguir asumiendo las riendas del hogar. Era evidente que no era una cuestión personal aquellos hechos atroces como lo quisieron mostrar los periódicos.

Su abuela, la matriarca de la casa, pese a que estaba débil de salud, se quedó apoyando a las mujeres, dándoles fuerza y ánimo, diciéndoles que era el momento de salir adelante y no dejarse vencer. Para julio de 1993 la muerte se la llevó, al fallecer de un paro cardiorrespiratorio.

Para Alicia el mundo dio un giro que la desubicó y dejó sin suelo. Cuando nació había perdido a su madre biológica, a los 13 años a su segunda madre y ahora a los 22 años a su tercera madre, que la cuidó, protegió y amó. Era el eje de su vida, le había dado lo necesario para ser feliz y no tener sufrimientos, pero ahora sin ella la vida era dura.

Comenzó el reto de afrontar el día a día sin su mamá que era el horizonte, no solo de ella sino de la familia. Comenzó a forjar su presente con los aprendizajes de aquel linaje de mujeres fuertes y poderosas. Con el cartón profesional y la unión de su familia siguió caminando llena de coraje: «A veces hay que movernos de la rama donde estamos cómodamente para poder comenzar a volar de nuevo».

Cali la recibió con la promesa de labrar un mejor futuro. Su tía Claudia siguió cuidándola y siendo su apoyo. Los lazos familiares seguían siendo su sostén y abrigo para esos días donde la vida era dura. El coraje y las ganas de salir adelante fueron su nuevo horizonte.

Su abuelo, quien era como su padre, se dedicaba a la carpintería y el dinero que ganaba lo daba a su esposa para que lo administrara. Ella era la que organizaba todos los asuntos del hogar. Así que, posterior a su fallecimiento, entró en una crisis donde no quería seguir viviendo. Su fuerza de vida se iba debilitando. Para Alicia fueron momentos de incertidumbre, debía asumir las riendas de un hogar del cual no se había hecho cargo. Debió aprender a

cocinar, lavar y administrar el dinero.

Aquella casa enorme donde pasó sus años de infancia se hizo vacía con la ausencia de su madre. Entonces decidieron con su abuelo arrendar un cuarto, donde vivieron tres meses para acompañar su tristeza y la soledad. Su abuelo, quien fumaba bastante, se fue enfermando poco de los pulmones. Repartió la herencia a sus tres hijos y por supuesto a Alicia, quien era otra hija más. Con ese dinero, cada hijo compró su casa y conformó su hogar. Alicia decidió no tener hijos pero seguía pendiente de sus sobrinos.

Cada quien recibió algo de la herencia de aquella enorme casa, Alicia sólo quiso conservar los álbumes de fotos familiares, contemplarlos la reconfortaba y la hacía viajar a aquella infancia feliz.

Fueron cuatro años de luto, donde la familia unida visitaba el cementerio. Alicia comenzó a trabajar en un colegio. Su abuelo perdió la pensión de Colpuertos porque la empresa se terminó y no le dieron la pensión. Pasado este tiempo, Alicia comenzó a cuidar de la tía Claudia, quien pese a tener su esposo e hijos no la acompañaban ni estaban pendientes de su bienestar. Jonhatan, el hijo mayor, proveía por ella pero fue una de las víctimas del paramilitarismo, lo asesinaron.

La familia comenzó a desunirse, algunos se fueron para Pereira. La guerra va rompiendo aquellos hilos que se tejen. Tantas pérdidas de seres queridos hizo que cada familia tomara su rumbo: «Las amenazas no cesaban, las autoridades a nosotros no nos prestaban atención. Ya mi mamá murió, estábamos desubicados, mi papá no tenía ganas de vivir, mucho menos si ya había perdido dos hermanos, un sobrino, un nieto, un yerno y a su esposa».

Alicia comenzó a asumir las riendas del hogar, a estar pendiente de sus sobrinos, continuar con el legado que ponía la educación como prioridad. No fue fácil asumir el rol que tenía su madre adoptiva, pero poco a poco fue acompañando de manera amorosa a sus sobrinos. Del colegio donde trabajaba, en Buenaventura, la retiraron porque era un blanco para los paramilitares y una amenaza para el colegio.

Así que llegó a Cali nuevamente. Fue un despertar y comenzar a asumir los retos de la cotidianidad. Allí trabajó de administradora en una empresa. Los aprendizajes que había inculcado su familia comenzaron a ayudarle a salir adelante. Fue capaz de afrontar los momentos difíciles y con la fuerza de ese Buenaventura que llevaba en su sangre, ninguna circunstancia la aplacó.

En esos momentos difíciles supo que su mamá había hecho la labor de darle las herramientas necesarias para que se defendiera sola en la vida:

«Ella había hecho de mí una mujer útil en la sociedad y yo tenía que echar para adelante (...) Hasta hoy he sacado adelante el hogar de mi tía, crie a mis sobrinas y les di estudio. Fui capaz de sacar un hogar y yo creí que eso no lo iba a hacer. Fui capaz de asumir lo que hoy tengo, el control de la familia».

Las mujeres de su familia siguieron al mando de fortalecer a sus hijos y forjar la unión que tanto habían aprendido. La educación fue su bandera de luchas, sabían que esa es una herramienta clave para salir adelante, ese era el legado más importante para las generaciones venideras.

Así que la violencia no las derrotó y siguieron caminando hacia adelante, sólo miraban atrás para recordar las enseñanzas de aquel pasado lleno de felicidad: «La violencia fue una de las formas de movilizarnos porque de no haber sido así yo creo que todavía estaríamos en el mismo círculo vicioso. Todo el mundo comenzó a buscar horizontes, a mirar oportunidades».

La herencia de Alicia comenzó a repartirla entre su padre y su tía, ya que su padre comenzó a invertir mal el dinero y pedir prestado a grupos al margen de la ley, que lo amenazaron si no pagaba la totalidad de la deuda. Su tía no supo administrar el dinero, así que fue necesario colaborarle para que sacara adelante a sus hijos.

Intentaron hacer una denuncia frente a esos hechos que nuevamente tenían relación con los paramilitares, pero fue imposible, ya que esos dineros que prestaban a los lugareños del pueblo venían del narcotráfico y para los grupos al margen de la ley, una investigación implicaba el riesgo de ir a la cárcel, así que amenazaron a los jueces que estaban implicados y hasta ahí llegó la denuncia.

La familia de Alicia vivía hacia el lado de la isla de Buenaventura, rodeada de agua y en la parte pesquera. Ya en el puerto se escuchaba el accionar de los grupos al margen de la ley. Sucesos de abuso sexual comenzaron a ocurrir en la zona: «En la recta de la calle donde vivíamos agredieron sexualmente a una niña que me acuerdo tanto se llamaba Marisela, la violentaron unos hombres de un grupo al margen de la ley. Era una niña joven, tenía 17 años, era una menor de edad. Honestamente lo que yo en ese momento pensé, no se lo dije a mi tía, pero pensé que ella había dado pie, era una niña joven y andaba en “shores”. Luego tuve que recoger mis palabras cuando lo viví».

La amenaza latente hizo que Alicia debiera irse de su Buenaventura querida, quiso llevarse a su tía Claudia, la única familiar que quedaba allí, para seguirla cuidando, pero el amor por la tierra y el seguir preservando el hogar junto a su esposo hizo que la tía se quedara en Buenaventura y Alicia saliera a

Cali, buscando una nueva vida, lejos del terror, la angustia y la muerte.

Amaba a su tía Claudia, fue como todas las mujeres mayores de su hogar, cercana, cálida, siempre tuvo una palabra de aliento y cariño. Eso la hacía estar ahí pendiente de sus cuidados. No la abandonaría así viviera en Cali.

Su familia le había enseñado que el racismo no existía y que no importaba el color de piel, todos debían amarse y respetarse: «Nunca supe que era diferente, yo vine a conocer el racismo después. Me di cuenta porque el Valle es más de negros que otra cosa, entonces nunca sentí como esa diferencia, nunca la había visto, nunca la había sentido y después tuve que aprender a vivir con ella, a aprender a sobreponerme de eso, a que no importaba mi color de piel, yo tenía muchas cosas más que dar en la vida».

Con esa fuerza y coraje tuvo también que enfrentarse a los grupos paramilitares. Un sobrino suyo, hijo de la tía Claudia, quiso ingresar a las filas porque sabía que allí ganaría dinero y podría comprar cosas de marca. Pese a que en su familia le ofrecían otras oportunidades como estudiar y trabajar, sin lujos o comodidades, el joven decidió que quería ingresar a las filas y así empezó a verse inmiscuido en los pasos de los grupos armados y las casas de pique.

Alicia con la determinación de un linaje de mujeres echadas para adelante, logró sacar a su sobrino de Buenaventura para darle un mejor porvenir: «La palabra la tuve yo, le dije bueno de aquí te vas porque delincuente no, ya de delincuencia y de violencia han sido suficientes».

No habían más personas de su familia a las cuales los grupos de paramilitares pudieran acechar, ya todos sus seres queridos habían tenido que desplazarse a causa de la guerra. Quedaba solo la tía Claudia, a quien visitaba los fines de semana. Uno de esos fines de semana, la guerra tocó su cuerpo directamente. Los señores del conflicto armado impactaron su piel con marcas de violencia y abuso: «Me sitiaron un día en la casa de mi tía en Buenaventura. Me dijeron —buenas tardes—, yo me acuerdo que estaba sentada en la sala cuando yo vi a los tipos, pero para la parte de afuera yo no podía correr porque eso eran como azoteas, entonces me sitiaron».

Mientras estos hechos atroces ocurrieron, su tía Claudia no pudo hacer nada. Al parecer la amenaza estuvo siempre latente y el terror de un revólver hizo que Claudia estuviera pasmada e inmóvil mientras los hechos de abuso sucedían. Fueron tres días de dolor, tres días privada de la libertad en la casa de su tía, encerrada en un cuarto y sometida a los abusos sexuales que cometieron los paramilitares contra ella.

Fue en un primero de octubre de 2009 cuando la retuvieron y cometieron tales vejámenes. Los dos primeros días abusó de ella un hombre, el jefe comandante del grupo paramilitar de esa zona. Duró dos noches y tres días retenida en la casa de su tía, a la tercera noche decidió escaparse pese al dolor que sentía en su cuerpo. Su tía eventualmente le llevaba comida y el tío no se enteró de tal suceso. El jefe paramilitar había dejado a uno de sus hombres, del mismo pueblo, de Buenaventura, en la puerta vigilando a Alicia.

En la familia nadie supo lo ocurrido. Salió de la casa de su tía con rabia, tristeza e impotencia no solo por los sucesos de dolor que recordaba por el abuso cometido contra ella, sino también con su tía, quien siente que no la cuidó y veló para que nada le pasara: «Le dije, tu sabías lo que me iban a hacer, sin embargo, te quedaste callada cómodamente».

Posterior a esto, decidió que la justicia debía responder por su caso: «Yo lo denuncié. Perdí un celular que tenía, un movistar, porque él me dijo: —Donde digan mi nombre ¡te mato y mato a tu tía!—. Él me puso un revólver en la cabeza y me dijo: —¡Te dejas o te mato!— y yo no fui capaz de decirle márame, me quedé paralizada. El celular movistar me lo pidió la fiscalía aquí en Sincelejo. Yo primero llegué a Cali donde una prima, pero no le dije nada. Sin embargo, ella me preguntó qué había ocurrido. Aquellos hombres comenzaron a llamarme y amenazarme».

Sin embargo, no le contó a nadie de la familia por protección. A su tía tuvo la oportunidad de decirle que ella no la había cuidado, que sabía lo que se avecinaba y no la advirtió. La familia aún no sabe qué ocurrió y se preguntan el porqué de la distancia entre Alicia y su tía Claudia.

Este suceso de la guerra desunió otro lazo de la familia. Hace falta tiempo para sanar esas heridas, Alicia en el fondo de su corazón amaba a su tía pero necesitaba hablar e ir entendiendo lo ocurrido para curar eso que la marcó: «Yo estuve en junio del año 2016 en Buenaventura porque tuve protección de identidad por parte de la Defensoría del Pueblo, fui con ellos a Buenaventura, siguiendo todas las precauciones. No fui a la casa de ella, ni siquiera le dije que yo estaba en Buenaventura».

No ha podido volver para quedarse en su ciudad querida, que lleva en el alma, solo ha regresado una vez y con protección de la Defensoría. Luego de lo sucedido llegó a Pereira donde una prima, seguía con temor porque las amenazas llegaban a su celular, así que huyó hacia Cartagena pero allí la vida es costosa.

Un día el llanto y el desespero la llevaron a tomar un bus que la condujo a las tierras de Sincelejo, donde vive ahora. El primer día que llegó, la solidaridad de un paisano, don Donaldo Mendoza, le tendió la mano al verla llorando desconsolada en el parque. La llevó donde una vecina que había sido desplazada por la violencia.

La solidaridad del pueblo frente a los impactos que va dejando la guerra, hizo que una mujer de San Onofre, que por un desplazamiento forzado vivía en Sincelejo, la recibiera y comprendiera que venía de otro lugar, que había tenido que dejar sus raíces y llegar a un pueblo desconocido.

Saber bordar y los quehaceres que habían dejado en ella el linaje de las mujeres, le sirvió para ir saliendo adelante y pagarle con oficios la posada y alimentación a la señora Norma. Ahí recordó las sabias palabras de su madre, recordándole que una profesión es importante pero saber ciertos oficios también podía salvarle la vida, y así fue.

No volvió a entrar en contacto con su familia y dejó el celular en cadena de custodia con la Fiscalía, ya que las llamadas seguían y era necesario rastrear de dónde provenían y qué grupo al margen de la ley la perseguía: «Duré sin celular un jurgo de tiempo, la Fiscalía me lo quitó, no tanto el aparato sino el número. Intenté recuperarlo, pero en Movistar me dijeron que no se podía porque la persona que me atacó no solamente era narcotraficante sino, también jefe paramilitar. Yo tenía protección porque ante la Fiscalía dije quién era él y le comprobaron no solamente mi abuso sino el de varias mujeres».

En un inicio fue difícil narrar los sucesos, sin embargo, ante la Fiscalía reposa en el expediente el hecho de desplazamiento forzado. En Defensoría, con la psicóloga Anny Ojeda, contó por primera vez, entre lágrimas, lo ocurrido. Allí le dijeron que era necesario contar los hechos para dar paso a la denuncia y que su línea de celular quedaría en cadena de custodia mientras se daban las investigaciones.

A los seis meses, el señor Donaldo le consiguió un empleo como auxiliar en Argelia, con la dignidad que caracteriza a Alicia, comenzó a independizarse y pagar sus deudas. Se iba a pie hacia el trabajo para ahorrarse unos pesos y así quedar a paz y salvo con quienes le habían tendido la mano.

Su familia le había dado una muy buena vida, pero esas enseñanzas le servían ahora que debía pasar por momentos de escases. De hecho, le ofrecieron salir del país a modo de protección, pero no soportaría estar lejos de los suyos y de su tierra, por eso prefirió seguir viviendo en Colombia.

Sabe que su agresor está en la cárcel y que su perfil era el de un comandante de los de mayor rango en el grupo paramilitar de su región: «Él está preso, lo condenaron. Sé que el clan donde comandó es de Buenaventura y allí lo cogieron. Por eso la reserva de identidad que tengo ante la Defensoría, de hecho a las mujeres que denunciaron las sacaron del pueblo (...) Él es quien inicia las famosas casa de pique, es una persona despiadada, cruel, inhumana y fuera de eso con toda su familia conformaron el clan».

Hoy en día, en Sincelejo, Alicia recuerda el olor a mar y a chontaduro de ese Buenaventura que adora con su alma. Ahora está tejiendo nuevamente los lazos con su familia, esa familia que es su eje central y que ama y cuida como se lo enseñaron las mujeres de su hogar: «En mi familia han estado presentes todos los hechos victimizantes. Además pienso que en Colombia el ser mujer y ser negra implica doble vulneración. Mucho de lo que nos pasa se queda en silencio, es importante recoger historias de las mujeres negras, pues nuestras memorias hay que compartirlas. Hay mucho por contar y mucho que aprender de la capacidad que tuvimos de resistir y de apoyarnos entre familias».

Alicia, mujer negra, fuerte y sencilla, ha vuelto a sonreír cada vez que Buenaventura vuelve a su corazón. Recordar cada rincón de su ciudad natal la hace feliz: «Cuando regresé a Buenaventura estaba feliz, volví a sonreír, recorrí cada cuadra y me inundaron recuerdos de la infancia, los lugares, los colegios, los almacenes. Esa es mi raíz, mi lugar».

BOYACÁ

MI CUERPO: TERRITORIO DE RESISTENCIA

«Yo quiero escribir y compartir mi historia para que otras mujeres que han vivido cosas parecidas sepan que no están solas, que juntas podemos apoyarnos».

Sandra

Sandra Yaneth González nació el 13 de enero de 1973 en Garagoa, Boyacá, pero a los pocos días se fue a vivir con su familia a Garagoa, donde vivió hasta los cuatro años de edad. Su papá, Luis González, era comerciante y su madre, Amparo Hernández, se dedicaba al apoyo de negocios de la familia. Su relación comenzó al conocerse en la casa de una de las novias del padre de Sandra, donde Amparo lavaba ropa. Al tiempo de conocerse, se fueron a vivir juntos y de esta unión nacieron tres hijos, Sandra era la única mujer. Por el lado de su madre, su familia era extensa, puesto que Amparo tuvo nueve hijos en total, seis de otras uniones, de éstos dos murieron y uno está actualmente desaparecido.

En Garagoa, Luis tenía billares y establecimientos nocturnos donde se ejercía la prostitución. Su primer negocio fue La Piragua, pero este no era el único, poco a poco Luis fue creando en los pueblos aledaños más de estos establecimientos. La estrategia era tener hoteles o billares en los centros de los pueblos y establecimientos nocturnos a la salida de estos. En Villanueva, Casanare, Sandra vivió su infancia y, allí también, su padre fundó Macondo, convirtiéndose en la primera persona en llevar esa clase de negocios a este lugar. El reconocimiento social de su padre, recuerda Sandra, era muy grande, pues él fue uno de los guardaespaldas de Víctor Carraza, cuando era el zar las esmeraldas. Posición que en el pueblo imponía respeto, poder y estatus social.

El alcoholismo y el abandono rondaban su casa. Desde muy pequeña Sandra tuvo que vivir experiencias de dolor y soledad. La relación de sus padres estaba atravesada por el maltrato y los golpes. Los adultos que vivían con ella, poco la cuidaban y constantemente tenían comportamientos que eran confusos y Sandra no lograba entender. Su madre solía abandonarlos por largos

periodos de tiempo dejándolos a su propio cuidado, esto hizo que Sandra y sus hermanos afianzaran su relación y fueran muy cercanos. Eran un equipo ante la ausencia de los padres: «Jugábamos con mis hermanos y los vecinos de la cuadra a la lleva, al soldado o a las escondidas, jugábamos mucho».

Entre los cuidados de sus hermanos creció y se resguardó. A los 6 años la violencia sexual llegó a su vida, irrumpiendo su camino y demostrándole que sobre el cuerpo de la mujer se ejerce control y poder. Esta vez, no terminó de hacer el mandando que le habían solicitado. Tenía que ir a la casa de sus vecinos que vivían al lado del matadero a pedir un poco de sal para hacer un caldo, significó para Sandra ser víctima de la violencia sexual. El hijo de los vecinos estaba solo y la convenció de entrar hasta una habitación. Al reparar en su demora, uno de los hermanos de Sandra salió a buscarla y dio con ella, guiado por sus gritos. Entró a la casa y la rescató.

Sandra le contó sólo a su hermano Luis lo sucedido, los adultos no eran confiables para ella, pues a menudo no le creían. Posteriormente, su hermano le contó a la madre y ésta a su vez al padre, quien al enterarse de los hechos de violencia sexual, se presume, vengó por mano propia la agresión cometida hacia su hija. Pasaría mucho tiempo para que Sandra volviera ver a su padre, pues éste salió de Villanueva, huyendo de la ley, para nunca más regresar. Esta situación fracturó el matrimonio, lo que hizo que Amparo le echara la culpa a Sandra por la ida de Luis. La relación era tensa y distante, Sandra seguía refugiándose en sus hermanos.

Con el tiempo se acostumbró a ver a su madre frecuentar distintos hombres, el alcohol ahora se acompañaba con drogas, y poco a poco el mundo de la prostitución fue permeando su vida y la de su madre. Un mundo frío y áspero que no da tregua. El cuerpo de Sandra seguía siendo presa de la violencia sexual.

A sus 9 años, su ser se aferraba a la vida, la fuerza y valentía que la caracterizan, ya la acompañaban. Tanto la infancia como la adolescencia de Sandra vieron llegar el abandono afectivo y las dificultades económicas. Situaciones que hicieron de ella una persona creativa, recursiva y fuerte emocionalmente.

El amor llegó nuevamente a la vida de Amparo al conocer a Carlos, con quien comenzó una relación de pareja, entonces se alejó de los establecimientos nocturnos y la prostitución. Ahora el trabajo de la tierra ocupaba sus días. Se fueron a vivir al campo en el Huila. Sandra, por su parte, se fue a vivir a Girardot con uno de sus hermanos a donde su abuela, Alicia; allí estuvo desde los 9 hasta los 11 años.

Los 12 años llegaron a la vida de Sandra con nuevas experiencias, tuvo su primera relación sexual consentida. Sandra con esa relación buscaba una salida de su hogar para que su madre no la celara más con Carlos. Su padrastro era una figura de apoyo, respeto y confianza, Sandra nunca entendió el porqué de los celos de su madre.

Al ver que Sandra ya había iniciado su vida sexual, Amparo decía que se fuera, por su parte, Carlos no aprobaba la relación de Sandra, pues consideraba que ella aún era una niña. En 1985 se trasladaron a vivir al Juncal, Huila. Carlos abogó para que Amparo no dejara a Sandra a su suerte, argumentando que no la podían abandonar.

Entre el Juncal y Girardot transcurrieron los años. Sandra trabajaba en el campo apoyando a Carlos con las labores agrícolas, para tener autonomía económica.

El amor llegó de repente y también con éste llegó su primer hijo, Diego Fabián. Sandra nunca le dijo a su pareja que estaba embarazada, pues éste tenía otra relación y Sandra no quería interponerse en ésta.

Se refugió en la casa de un primo para huir de toda esa situación, donde conoció a Roberto, un familiar de su tío, quien fue la excusa perfecta para decirle a su padre (con quien se reencontraría años después) que era su pareja y que se habían casado. El miedo al rechazo de su padre por ser madre soltera la invadía, así que aceptó estar con Roberto, quien decía estar enamorado de ella, para criar a su hijo. Tenía seis meses de embarazo cuando lo conoció.

La convivencia con su pareja duró pocos meses, donde los golpes y el maltrato estuvieron presentes, el amor que él le prometió se diluyó rápidamente. Ambos se dedicaban a reciclar. A los pocos meses de haber nacido Diego, Sandra quedó embarazada de Carolina su segunda hija. La violencia intrafamiliar continuaba y no respetaba que una nueva vida se estuviera gestando.

Su hogar ya no era un lugar seguro ni pacífico, el maltrato se intensificaba con el pasar del tiempo. Sandra sentía que ya no podía más. Una noche arrestaron a Roberto por posesión de explosivos y lo enviaron a la cárcel. Para Sandra fue un respiro alejarse de la violencia que él ejercía. Se separaron un tiempo y posteriormente, a propósito de las visitas en la cárcel, retomaron la relación. Fueron meses en los que Sandra trabajaba arduamente, compartiéndole todo su dinero a Roberto, quien continuaba maltratándola y no valoraba el apoyo que ella le brindaba.

Semanas después, Sandra decidió terminar definitivamente la relación

y se dedicó a cuidar sus hijos. Tiempo después, cuando Roberto salió de la cárcel la buscó sin darle tregua para asediarla y amenazarla, razón por la cual Sandra tenía que huir constantemente al departamento del Huila, donde su madre, para dejar sus hijos. En un principio deja a Diego bajo el cuidado de su madre, y se regresó con Carolina a Bogotá, a donde fue a vivir con Roberto. Esta rutina se repitió en varias ocasiones.

Un día, una conocida de su familia, Betty, de Villanueva, vuelve a su vida para proponerle trabajo vendiendo especies silvestres traídas de Paz de Ariporo. En un bus comenzaron a hablar y Sandra decidió aceptar la propuesta y comenzar a traficar animales.

Sus viajes incluían la traída de chigüiros, venados y tigrillos, los cuales se vendían muy bien en la plaza del Restrepo de Bogotá. Cuando el negocio estaba en su mejor momento se cayó la carga, dejando a Sandra y a Betty sin dinero. Betty le mencionó que tenía un establecimiento nocturno llamado las muñecas en Paz de Ariporo y que allí había trabajo. Sandra al ver que su trabajo escaseaba, y por la relación cercana que tenía con Betty, vio en la prostitución una opción para sobrevivir, aceptó la oferta y sus noches se hicieron cada vez más largas y lentas.

En Octubre de 1993, a sus 20 años, Sandra González viajó de la ciudad de Bogotá al municipio de Paz de Ariporo, a trabajar en las Muñecas. Sus hijos, Carolina, de 2 años, y Diego, de 3 años, continuaban bajo el cuidado de su abuela en el Huila, Sandra les enviaba dinero y los visitaba cuando podía.

En las Muñecas se escuchaba, que los paramilitares eran personas agresivas, que no respetaban a las trabajadoras sexuales y que las obligaban a «hacer lo que ellos quisieran», llegando incluso a desaparecer algunas mujeres. Estos rumores rondaban como un fantasma el negocio asustando e instaurando el miedo profundo en las mujeres que allí trabajaban.

Tres días después de su cumpleaños, el 16 de enero de 1994, en las horas de la mañana, un grupo de paramilitares de aproximadamente 20 hombres llegó al establecimiento. Debido a que el lugar se abría al público entre las seis y siete de la noche, Sandra se encontraba descansando en su cuarto cuando ingresó el grupo de paramilitares. Momentos después, el cantinero del lugar tocó a la puerta del cuarto de Sandra y le dijo «*párese que llegó trabajo*». Sandra le preguntó al cantinero quién había llegado y él respondió que habían llegado «*los masetos*», que era la forma como en esa época se denominaba a los paramilitares en el Casanare.

Un miedo intenso recorrió el cuerpo de Sandra por la presencia de los

paramilitares en el lugar, diciéndole al cantinero que no quería salir, que la dejara dormir tranquila en el cuarto. La realidad era demasiado perturbadora para estar despierta.

Dos horas después, un paramilitar irrumpió en el cuarto de Sandra y se acostó en su cama, preguntándole por qué no salía a estar con ellos. Orden que la espantó e hizo que inmediatamente saliera del cuarto a dar una vuelta por las mesas del establecimiento.

Sentados en las mesas se encontraban varios paramilitares, entre ellos uno que tenía autoridad dentro del grupo. Al ver a Sandra, el hombre le brindó un trago que ella no aceptó. Ante la negativa y delante de todas las personas que se encontraban en el lugar, él empezó a insultarla, diciéndole que «*ella sólo era una perra*» y que tenía que hacer lo que él ordenara. La sentencia de violencia había sido explícita y se materializaría dentro de poco.

El terror comenzaba a llegar y Sandra lo sentía, regresó a su cuarto sin contestar nada al comandante. En la habitación aún se encontraba el paramilitar que le había preguntado por qué no salía. En ese momento, entraron a la habitación el comandante paramilitar y otro hombre. Insultos iban y venían. Voces que retumbaban en la habitación una y otra vez, diciéndole a Sandra que «*se iba a acordar toda la gran puta vida de esto*». Los tres paramilitares encerraron a Sandra en su habitación. La noche se adelantó para Sandra esa tarde, una noche larga, fría y despiadada, donde la violencia, la sevicia y el poder en su máxima expresión se imponían.

En las Muñecas las personas guardaban silencio mientras Sandra era agredida sexualmente por ellos. La torturaron física y verbalmente, diciéndole groserías, dándole golpes, apuntándole con armas y arrojándole objetos. Uno de ellos le gritaba que ellos «*eran los masetos y que el gobierno los apoyaba*». Ese día estos hombres se sintieron con el poder y el derecho de violentar a Sandra por ser trabajadora sexual, por ser mujer.

Aproximadamente a las once y media de la noche —luego de más de ocho horas de estar encerrada siendo víctima de violencia sexual y tortura—, Sandra escapó del establecimiento. Con la fuerza impulsando su piernas corrió para salvar su vida, con la plena convicción que este no era el fin y que ella iba a continuar a como diera lugar. Con heridas en la mano y en la cabeza se dirigió al hospital del municipio para que la atendieran. Todo parecía una pesadilla horrorosa y macabra. Al día siguiente salió para Bogotá, apoyada por un cliente del negocio quien le dio plata para el pasaje. Nunca regresó a Paz de Ariporo. Atrás fue quedando lo vivido esa noche. Sin embargo, un eco de

tristeza y dolor comenzaba a retumbar en su cabeza.

Al llegar a Bogotá se encerró en la casa de su tía, no quería ver a nadie ni que se enteraran de lo que le había pasado, ideas e intentos de suicidio la acompañaban. Bebía y consumía marihuana para calmar el dolor, para acallar su mente.

Días después, llegó al Juncal, Huila, donde estaban sus hijos. Estando allí conoció al que sería su esposo durante los siguientes años, José Naser Valenzuela. De esta unión nacieron Brigith y Naser. La vida parecía seguir y abrirse camino, aunque ella a veces no sintiera la fuerza suficiente.

Vivieron en Campo Alegre, Huila, varios años. Los días con sus hijos eran tranquilos y llenos de aventuras. El 23 de abril de 2006, nuevamente, Sandra emprendió un viaje, esta vez no salió sola, la amenaza y el señalamiento de los paramilitares hacia su esposo hizo que todos salieran, se desplazó con toda su familia a Bogotá. Naser trabajaba con un ingeniero que fue secuestrado, razón por la cual se hizo cargo de sus propiedades y negocios. Al poco tiempo llegó una carta de los paramilitares señalándolo como guerrillero. Los paramilitares, pensaba Sandra, parecían perseguirla donde ella estuviera.

En Bogotá el frío y el desaliento regresaron a la vida de Sandra, la llegada fue difícil. Días después fue a la Personería de Bogotá y declaró el desplazamiento, también se dirigió a la UAO⁷³ de Acción Social de Puente Aranda, a solicitar ayuda psicológica para Carolina —quien se había visto afectada emocionalmente por el cambio de ciudad—, sorprendiéndose un poco al saber que su hija no era la única persona que necesitaba un acompañamiento, Sandra inició un proceso psicológico. En estas sesiones pudo hablar de lo que le había pasado. Narró los hechos de violencia sexual, contó que, aunque hubieran pasado varios años, todavía el dolor era muy grande.

Nuevamente las amenazas llegaron a su vida, esta vez dirigidas hacia Diego, su hijo, quien era blanco de los grupos guerrilleros para reclutarlo, lo que hizo que enviaran a Diego a Aipe, Huila, para protegerlo.

Sandra llegó a Sisma a finales del año 2006, en el marco de su recorrido por instituciones gubernamentales y no gubernamentales y decidió contar los hechos de violencia al darse cuenta de que la violencia hacia las mujeres que ejercían la prostitución continuaba sucediendo. Rompió su silencio y con la fuerza que se escucha en su voz denunció lo que había pasado, en el año 2007.

73 Unidad de atención y orientación (UAO).

Bogotá empezó a representar para Sandra la posibilidad de contactarse con otras mujeres que al igual que ella habían transitado el horror y el dolor de la guerra en sus cuerpos. Compartir con otras mujeres y acompañarse entre ellas significó la oportunidad de continuar luchando e ir expresando todos esos malestares que parecían estar tatuados en sí misma.

Su pasado la volvió a buscar para mostrarle cómo su papá se encontraba batallando con un cáncer y estaba sumergido en las aguas del alcohol. Sandra lo apreciaba mucho y lo reconocía como la única persona que verdaderamente la quería y la buscaba cuando ella desaparecía. Al verlo en la indigencia le brindó su hogar y cariño para pasar sus últimos meses de vida. Estuvieron juntos, tratando de recuperar el tiempo perdido, el 24 de diciembre de 2007, como consecuencia del cáncer y la cirrosis, murió.

Con la muerte de su padre también llegaron momentos de cambio y ruptura en su vida, Sandra decide separarse de Naser en el 2008 por varias razones: el poco acompañamiento que sintió en el momento del duelo y la pérdida de su padre; las dificultades que tuvieron para establecer un criterio claro de crianza sobre todo con su hija Brigith y el señalamiento y poca comprensión de Nasser frente a los episodios de violencia sexual vivenciados por Sandra en Paz de Ariporo, entre otros.

Esta decisión generó polémica y rechazo en sus hijos, quienes la culpaban por la separación y la juzgaban por tener otras relaciones. Sin embargo, la actitud de sus hijos cambió cuando Carolina acompañó a Sandra al lanzamiento de un documental que Lisa Jakson hizo sobre las mujeres víctimas de violencia sexual. Carolina al ver la historia de su madre en la pantalla grande, se dio cuenta de que la había juzgado injustamente y reconoció en su madre una gran valentía y fortaleza.

Sandra que hasta ese momento se había dedicado a ser estilista, se arriesgó y montó un negocio de comidas con su hija a Carolina, y comenzó a cocinar para el Gaula de Bogotá. Tanto madre como hija compartían el entusiasmo y la perseverancia para alcanzar sus sueños. Con el tiempo las ventas decayeron y el negocio comenzó a fracasar. Se cambiaron de lugar para Suba y allí invirtieron todo el dinero que tenían, infortunadamente la crisis económica continuaba y poco a poco se quedaron sin restaurante, sin negocio y sin un lugar donde vivir. Carolina quien estaba estudiando contaduría pública dejó sus estudios y se fue a vivir junto con sus hermanos y su padre.

Ante la situación precaria que se vivía en su casa Sandra vuelve a ejercer la prostitución en Bosa, durante el año 2011. Las noches volvieron a ser frías

y muy largas, la soledad rondaba y ella pensaba: «Estoy aquí porque necesito plata y esto es una salida rápida porque vamos a volver a montar el negocio».

Meses después Carolina y sus hermanos regresaron y se quedaron. Carolina comenzó a trabajar y reabrieron el restaurante con la ayuda de un proyecto productivo. La vida les demostraba que sí se podía salir adelante y se podía vivir de los proyectos de vida que ellas soñaban. Este restaurante duró 5 años abierto al público. Sandra se dedicó al trabajo y a la familia, y adecuaron el restaurante para vivir todos allí. La convivencia con su hija Brigith no era fácil, en la cotidianidad del hogar había peleas y reclamos.

Carolina decidió irse a vivir sola a una cuadra de la casa y Brigith vio en esta situación una opción para no vivir más con Sandra. Las hermanas abrieron una tienda con ahorros de Carolina y por gastos excesivos en fiestas se consumieron las ganancias de la tienda. Al verse sin dinero, Carolina regresó donde Sandra y Brigith se fue a donde Naser.

Paralelamente, Sandra comenzó a participar en un grupo de apoyo para mujeres que han estado en situación de victimización sexual, que acompaña Sisma, el grupo de Saroma Yobati. Poco a poco el dolor que guardaba Sandra se va disipando con cada palabra, con cada encuentro, con cada mirada. Atrás quedaron sus intentos de suicidio.

Por ese tiempo el amor llega nuevamente a la vida de Sandra, Edwin un cliente del restaurante comenzó a hablarle y poco a poco se hicieron amigos. Sandra empezó una relación de pareja y convivencia a finales del 2013. Edwin se convirtió en referente de apoyo y fuerza para su vida. La familia creció, Carolina y Brigith fueron madres, Juan David y Felipe llegan a la vida de Sandra para hacerla abuela.

Su ímpetu y capacidad de lucha la han llevado a desempeñar distintas labores para sostener su unidad familiar: negocio de comidas, estilista, trabajo doméstico, ventas informales, y, en algunos momentos, la prostitución, donde reconoce se cometen muchas vulneraciones a los derechos de las mujeres y que quisiera visibilizar a través de su historia, de su testimonio.

La tristeza y el miedo se espantan cada vez que narra y comparte lo doloroso que ha vivido, sus ojos se llenan de alegría cuando se reúne con mujeres para conversar sobre sus derechos. Sandra sabe que tiene una experiencia que sirve de ejemplo y soporte para muchas mujeres. Su voz se amplifica con cada encuentro.

Sus días ahora pasan en una finca agro-turística en el Tolima, atrás quedó el alcohol, las noches largas y frías y la vergüenza que carcome. Un sol

se vislumbra en el horizonte, un nuevo día está por comenzar y un nuevo viaje por emprender. La experiencia en Ibagué le ha servido para darse cuenta qué quiere hacer de aquí en adelante: «Quiero terminar mi bachillerato para luego estudiar en la universidad. También quiero continuar con mi trabajo social y comunitario y poder acompañar a muchas mujeres en Bogotá».

«—Ya no hay nada que esconder—, dice. Sandra lo cubre todo ahora, ya no hay reflejo, no hay división entre Yaneth, la buena para la familia, y Sandra, la “mala” que trabajaba sexualmente. Ahora todo está en Sandra. No importa lo que me haya pasado, importo yo».

»Yo cuento lo que me pasó porque todavía pasa. Hoy me siento orgullosa de haber contado mi historia. Todavía hay una luz de esperanza y eso hace que todo valga la pena. *Algún día espero regresar a mi casa de la infancia en Villanueva, a aquel lugar donde todo aconteció y cerrar para siempre las puertas del dolor...*

CESAR

MUJERES SUPERVIVIENTES A LA GUERRA

«Hay miles y miles de mujeres en estas situaciones que no se atreven a denunciar y entonces uno por lo menos al ver todas esas atrocidades que le hacen a las mujeres, eso es lo que por lo menos a mí me animó a denunciar y los consejos de mis amigas».

Vilma Ferrer

Vilma Ferrer nació el 7 de septiembre de 1976 en un corregimiento de Carraza, Cesar. Allá vivía con su madrastra y su papá, quien se hizo cargo del cuidado de ella y sus hermanos porque su madre los abandonó cuando eran muy niños. Sin embargo, no juzga a su madre, a pesar de que ella no le ha dicho las razones por las cuales se fue; Vilma imagina que no llevaba una buena relación con su padre, porque era un hombre muy «toma trago».

En aquel tiempo, vivían bien en el campo: «mi papá sembraba. Nosotros vivíamos ahí en el campo. Sembraba yuca, maíz, pero ya después se puso invivible, ya uno no podía...». Vilma jugaba feliz en el río con sus compañeros del colegio, también a saltar la cabuya con bejucos para amarrar y brincar. Ella estudió hasta tercero de primaria en un colegio humilde que se llamaba la Palma, luego interrumpió sus estudios para trabajar porque quería y debía apoyar a su padre y hermana. Luego validó hasta octavo de primaria y allí se detuvo, pues tenía que trabajar para alimentar a sus hijos y estudiando perdía ese tiempo productivo.

Cuando se salió del colegio, se fue para donde una tía en Yerazca, duró casi un año, pero después regresó porque el papá le decía que él no se iba a separar de sus hijas hasta que se muriera. Recuerda con mucho amor a su padre y sobre su madre, identifica ciertos momentos de su vida en donde su ausencia fue profunda, como cuando le llegó la menstruación, pues Vilma no sabía y se asustó mucho tanto que le preguntó a una vecina, porque a la madrastra no le tenía confianza, la vecina le dijo que tenía que bañarse, ponerse la toalla

higiénica y tener mucho cuidado porque eso era «malo»... Luego se daría cuenta que era malo porque podía quedar embarazada.

«La noche que me pasó lo que me pasó, esa noche la señora había discutido con él y él estaba durmiendo afuera. Es una casita de bareque y nosotros sí oímos los perros ladrar pero no sabíamos qué era (...) Eso nos despertó, la bulla de los perros, o sea, oíamos los pasos de las botas, de zapatos y nosotros nos paramos y yo me paré, como mi papá estaba acá afuera entonces me dijo: —¡Métase para adentro!— Pero yo le dije —¿qué es eso?— y me dijo —¡Eche para acá adentro! ¡Cuidado sale alguien por ahí! Métase por allá dentro, yo voy a estar por acá pendiente—. ¡Qué va, eso fue en menos de nada, nos rodearon todita, o sea, la casa! La casa la rodearon...».

Eso fue el 7 de noviembre de 1990 en el que un grupo grande, por lo menos seis hombres armados con pasamontañas, irrumpió en la noche a la casa donde estaba la familia de Vilma. En la finca que vivían no había luz, cuando se alumbraba era con un mechón, la madrastra intentó prender un fósforo y se lo quitaron. Vilma escuchó cómo agarraron a su padre porque decían que él tenía vínculos con el Ejército y que le cocinaban al Ejército. «¡Cómo no, si a cualquier grupo armado que pasara les tocaba darles todo lo que pidieran!». Así se lo pregunta Vilma con una sensación de injusticia, pues ellos no conocían su situación cotidiana de amenaza e intimidación que vivía su familia por parte de los distintos grupos armados legales e ilegales. Con algo de culpa e impotencia piensa en la muerte de su padre, pues a pesar de que se interpuso entre el cuerpo de su padre y el arma para que no lo asesinaran, su padre murió años después por las afectaciones derivadas de los golpes, y su madrastra le decía que había sido su culpa, que si no se hubiera atravesado no la hubieran violado y no le habrían pegado más palazos a su padre.

El hombre que tenía el arma, la soltó y agarró a Vilma del cabello y pidió a los demás que la sacaran, mientras a la madrastra y a la hermana las tenían amarradas y con un trapo en la boca para que no gritaran:

«Cuando yo vi alrededor mío, vi cómo seis que me jalaban por el cabello, o sea, para la orilla del río (...) Pero ahí ya comencé a forcejear con ellos pero me dieron, no sé si fue con algún palo o con la cacha del revólver pero total que me dieron por aquí y yo quedé inconsciente. Yo perdí la consciencia, pero cuando yo recordé, yo recordé ya toda llena de sangre, como con una herida por acá atrás y en una nalga y entonces toda llena de sangre, toda goleada».

Vilma sobrevivió a tales vejámenes, ella se levantó sin ropa, llena de moretones y vio a su papá llorando junto a sus vecinos de otras parcelas, él

le decía entre sollozos que había suplicado para que no se la mataran. Luego de unos días la llevaron al médico a Corozal, en un hospital de nombre Rosa y la atendió el doctor Marín quien le hizo la prueba de embarazo que salió positiva, Vilma tenía apenas 15 años y era muy inocente. Su padre, le explicó con lágrimas en sus ojos que dentro de ella estaba creciendo un niño.

Su embarazo fue traumático, ella se hinchó y le habían dicho que a pesar de las dificultades sobrevivirían. El niño nació el 12 de agosto de 1991, la partera le preguntó al padre de Vilma si se podía llevar al niño, porque ella no tenía hijos, y así fue como su padre regaló al niño. Vilma no opinó, no sabía, no entendía lo que estaba pasando, se sentía débil y confundida.

Posteriormente, se fueron a vivir al pueblo, allá duraron tres o cuatro años hasta que se metieron los paramilitares y mataron a muchas personas inocentes, incluyendo a un primo menor de ella que desapareció, se llamaba Ramón Mesa.

En el año 2002, Vilma y su familia se desplazaron a Valledupar. Volvió a suceder lo mismo, los perros con sus ladridos empezaron a advertir la presencia de hombres alertando la presencia de hombres armados. Se metieron dos paramilitares, sacaron a un niño y lo subieron al pueblo, allá mismo escuchó que habían matado a alguien destrozándole la cabeza con un bate y delante de sus hijos, cuando bajaron eran cuatro más. Luego bajaron a otros jóvenes amarrados como unos animales y los mataron a todos.

Vilma recuerda que esos paramilitares usaban camionetas con vidrios oscuros o motos DT, pues cuando las escuchaban sabían que era una emboscada. Ellos cerraban las entradas al pueblo, transportaban gente para matarla. Cuando las escuchaban, ella y su familia cerraban la casa con candado y se iban al monte a dormir para protegerse.

«Pero voy a decir que eso fue terrible, o sea, la violencia que prácticamente, que nosotros vivimos, yo no se lo deseo a nadie. Es terrible. Dormir en la calle, dormir por los potreros expuesto a cualquier clase de animales. Mi papá se fue para allá y se quedó y allá fue donde murió. Él decía yo voy a morir en mi pueblo, mejor dicho eso fue duro para mí. Después de que él murió quedó ese trauma, esa psicosis de que por culpa mía lo mataron».

A Vilma no solo le quedó la culpa, también afectaciones emocionales como ideas de suicidio, dificultad para conciliar el sueño, estrés, miedo sobre su descendencia y afectaciones físicas, como dolor en la cabeza, alopecia, dolor en la nalga que le pegaron. Después de la muerte de su papá se fue a vivir a Sincelejo, donde una muchacha que conocía de Valledupar y a la que no ha

vuelto a visitar a pesar de que tiene su hermana, porque le da miedo, le trae malos recuerdos y no quiere atormentarse con eso.

Tiempo después, Vilma conoció al papá de sus hijos, que luego de Leonardo tuvo a los 20 años de edad, aunque eso de conocerlo fue para problemas como ella dice, o al menos en su caso; pues ella le confió lo que le había pasado y él inicialmente le dijo que tranquila que la iba a ayudar a superarlo, sin embargo peleaban constantemente, él la obligaba a tener relaciones sexuales constantemente a veces con golpes y le recordaba lo que le había pasado.

Así duró con su pareja 5 años, él se fue a vivir con otra mujer y le seguía insistiendo pero Vilma se negó rotundamente. Después, quedó embarazada de su cuarta hija, esta vez de un soldado profesional, que la abandonó cuando ella tenía tres meses de embarazo.

Vilma se mudó de Sincelejo con los hijos a un corregimiento entre Sincelejo y Bremen. Allí conoció a Margelis, hermana de una lideresa de mujeres víctimas de violencia sexual en Sucre, allá la motivaron a denunciar. Aunque ella no quería porque tenía miedo y secuelas traumáticas, en medio del calor de la comprensión que irradiaban las mujeres a las que les había pasado lo mismo, se decidió a denunciar, aun sintiendo miedo.

En el corregimiento de Bremen, el ELN ejercía influencia, hacían pintas en las paredes del pueblo y amenazaban a la gente con panfletos anónimos. Por ejemplo, a Vilma le dejaron uno en el que le decían que se «vistiera bien», si no podía pasarle lo que a los demás. Ese panfleto se lo mostró a la policía y le respondieron que no se podía hacer nada, que no tenía la firma de nadie ni la huella. Vilma regresó a su casa llena de miedo pero sacó fuerzas de donde no las tenía para enfrentar aquella situación; contó con el apoyo del grupo Supérate, que le daban consejos, le daban ánimo, le mostraban que a ellas también habían sufrido violencia, pero que seguían viviendo con fortaleza y aprendiendo a defenderse.

En el 2014, Vilma denunció los hechos de violencia sexual y su madrastra los de desplazamiento como cabeza del núcleo familiar, así que ella administraba todo el dinero de la ayuda humanitaria y no le dio nunca un solo peso.

Vilma no entendía la sistematicidad de la violencia hacia las mujeres y la complejidad del fenómeno estructural lo ha ido entendiendo poco a poco, pero sí sabe por experiencia propia cómo las mujeres de este país sufren violencia patriarcal.

«Entonces eso es lo que a uno lo motiva a denunciar, porque con tanta cosa que uno ve, entonces no más, ya no más, porque uno se cansa de tanta cosa, de tanta violencia y más contra uno como mujer (...) Así le pasó a una vecina, la encontraron desnuda y macheteada, sin una mano, con heridas en el cuello pues la habían intentado degollar. La violaron cuatro hombres. A ella la rescata un señor de una mula, cerca de la carretera, la dejaron por muerta, ella fue como pudo y como que venía la mula en el momentico y la alcanzó a ver como estaba y ella se subió así. Toda la valentía de esa mujer, macheteada, toda violada, toda la valentía».

También la señora que le arrienda el lugar donde vive ahora es víctima de violencia doméstica por parte de su esposo, Vilma ha visto cómo le pega y la humilla, todas las personas que la conocen le han dicho que lo denuncie, pero ella no lo hace, lo soporta.

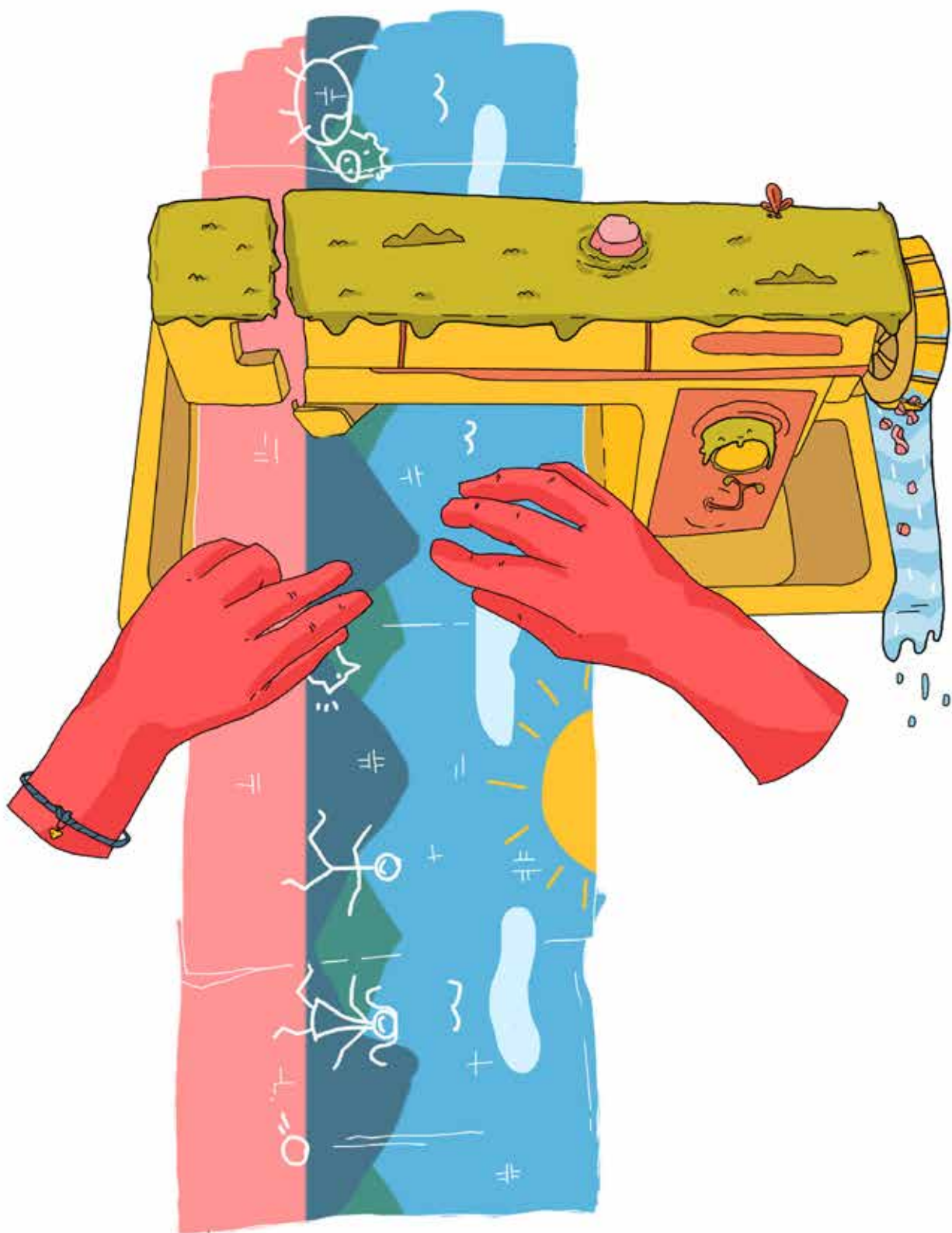
En Barranquilla, la hija de Vilma también fue víctima de violencia sexual: «La niña salió de una cita médica y en el camino un hombre la increpó para preguntarle por una dirección, le tapó la boca con un pañuelo con burundanga y la llevó a una casa abandonada donde la accedió carnalmente de manera muy violenta. Al rato, la niña se levantó toda adormecida con sangre en sus genitales y una señora que la vio la rescató y se la llevó para el hospital. Hechos que está investigando la Fiscalía».

Vilma trabaja vendiendo pasteles, hayacas, fritos «los propone, los hace y los entrega». Está al cuidado de dos de sus hijos, la menor y otro niño. Leonardo es soldado y la niña que vive en Barranquilla está al cuidado de su abuela, que es muy celosa con ella y no quiere que se regrese con Vilma, a pesar de que ya tiene 18 años.

Hace poco se murió la partera con la que estaba Leonardo, así que se enteró de que ella no era su mamá biológica y buscó a Vilma por medio de la hermana que estaba en Valledupar, le pidió que fuera el día que juraba bandera porque prestó servicio militar, y allí lo conoció, ya adulto. Ambos lloraron porque Vilma sentía que no había sido culpa de su hijo la violación de la que ella fue objeto, y su hijo lloraba preguntándole por qué lo había abandonado, sin obtener respuestas porque el psicólogo que apoya Vilma le aconsejó que no le contara, porque eso le podía hacer más daño.

Vilma quiere estudiar cocina, que es lo que más le apasiona. Sigue muy afectada emocionalmente por sus experiencias del pasado y por la situación de violencias contra las mujeres que siente como si fueran propias. Como una mujer valiente ha creado herramientas para superarse, herramientas colectivas

mediante las cuales se fortalecen las individualidades, se trasciende a las crisis, se despeja la mente y se puede dormir con la plena convicción de que nada de lo que sucedió es su culpa y que un país en paz le permite confiar así sea un poquito en que disminuirán las violencias contra las mujeres.



«No importa caer, sino el empeño que uno tenga para levantarse».

Juliana, Mujer de Nariño.

NARIÑO

RENACER DE LAS CENIZAS

«Renacer después de un infierno, pienso que le pondría a mi historia, porque yo pienso que ahorita me siento que vivo bien, que tengo a mis padres, a mis hijos, que trato de construir una familia y tengo a mi hermana, a mi sobrina que me hace muy feliz. Es como un recuerdo feo que pasamos por ese infierno pero que ya no lo estamos viviendo, ya es otra situación, ya es como una vida mejor, hay muchas cosas que fueron dolorosas, pero por lo menos vivimos más tranquilas ahora».

Libertad

Libertad^{74*} nació el 8 de noviembre de 1974 en Cumbitara, Nariño. Sus padres son Gonzalo* y Trinidad*. Libertad identifica su infancia como feliz, al pertenecer a una bonita familia de cinco hermanos, a pesar de que solamente dos continúen con vida, pues uno falleció a causa de epilepsia y otros dos fueron desaparecidos forzosamente en hechos perpetrados por paramilitares en San Miguel, Putumayo.

Los padres de Libertad se establecieron en la vereda La Herradura, de Cumbitara, luego de comprar una finca cerca al río Patía. En dicha finca se criaron los hijos de la pareja. Libertad identifica su infancia con momentos tristes y felices, porque su padre ejercía malos tratos contra ellos, por medio de castigos físicos. Sin embargo, al tiempo reconoce y resalta la crianza que recibió, en principios y valores.

En Nariño, la familia de Libertad vivía del cultivo de maíz, de plátano, frijol, maní y piña. La señora Trinidad se dedicaba a las labores domésticas y a la crianza de animales: gallinas, cuyes y ganado. Su padre era pescador, así que parte de la dieta básica de la familia dependía de este alimento.

Los padres de Libertad hicieron lo que estuvo a su alcance para garantizarles la educación a sus hijos. Para ello, los enviaron a estudiar a otra vereda, a pesar de la difícil situación económica, pues si bien se alimentaban de

lo cosechado, por las dificultades en el acceso a las vías, no era posible obtener rentas de las ventas de sus cultivos. Sin embargo, los problemas económicos llegaron y para la familia no fue posible mantener a sus hijos estudiando.

Cuando Libertad tenía 14 años, viajó a Cali para trabajar en el servicio doméstico, junto con una de sus hermanas, ante la iniciativa de sus padres para separarla de su pareja, pues ellos no consentían las relaciones sentimentales de sus hijas a tan corta edad. En Cali Libertad vivió siete años y después se mudó a Medellín, primero trabajó en una «casa de familia» y después vendió cosméticos y ropa interior en la calle, puerta a puerta.

Al tiempo de vivir en Medellín, sus padres le pidieron que regresara a Nariño, pero ella no quiso volver y se dedicó a trabajar nuevamente en labores domésticas con dos familias. En el primer sitio al que llegó estuvo por dos meses, pues allí la maltrataban psicológicamente. Posteriormente fue a trabajar a otro lugar, en el que se sintió apreciada, cuidada y protegida. Allí estuvo por cuatro años.

Al tiempo, Libertad escuchó que sus padres habían dejado Nariño para irse a vivir a Putumayo. Ella cuenta que en esa época en los municipios de Nariño había mucha pobreza, pues no había llegado el apoyo del gobierno para nadie. La gente se enfermaba y si no tenía para la droga se morían. Había mucha pobreza y en el Putumayo ya estaba comenzando la bonanza de la coca. Quienes iban a ese departamento, desde Nariño contaban, que allá la vida era más fácil, por eso la familia empezó a irse para allá.

Libertad llegó a Putumayo, particularmente al municipio de San Miguel, cuando tenía alrededor de 20 años, tenía muchas reservas de vivir en ese lugar porque había escuchado que la guerrilla realizaba paros armados, además el departamento tenía fama de ser peligroso. Sin embargo, una vez allá le gustó la finca en la que vivían sus padres y su percepción sobre la violencia cambió, aunque la población sabía que la guerrilla tenía presencia en la zona, pocas veces podían verlos, dado que permanecían en lugares apartados. Además, reencontrarse con su familia y volver a vivir juntos fue algo que la emocionó por completo.

En el transcurso de cinco años, Libertad relata que la situación económica de su familia cambió, ella por su parte empezó a administrar una tienda que su hermano compró. Sin embargo, la situación general de seguridad en la zona fue empeorando: «Me quedaba ahí en la tienda porque ya en ese tiempo empezaron a llegar los paramilitares al casco urbano de la dorada, establecieron un retén en el sitio llamado la Virgen, en la vereda San Carlos.

Ahí empezó la violencia dura, porque anteriormente había guerrilla pero no se sentía mucho la violencia, no se vivía. Uno escuchaba que mataban a la gente pero pues yo no lo sentía».

En ese momento ni Libertad ni su familia había sufrido violencia de ningún grupo armado. El conflicto empezó a tocar la puerta de Libertad en su lugar de trabajo: «Yo estaba trabajando en la tienda y empecé a ver gente que llegaba llorando y decían me dejaron a mi sobrino en el retén de la Virgen, a mi hijo y de ahí empezó a diario, bajaba gente llorando del pueblo de La dorada. Muchas veces llegaban asustados y angustiados, que les habían dejado muchos de sus amigos, conocidos. A mí me daba mucho miedo. En ese tiempo, mi hijo mayor Sebastián tenía aproximadamente un año». Los paramilitares tomaron el control territorial tanto de San Miguel como del corregimiento de La Dorada. La desaparición forzada de personas en la zona era sistemática, todos los días escuchaba de personas que se quedaban en el retén. Este hecho le generaba permanente terror a Libertad, pues su hermano constantemente se desplazaba por la carretera en la que estaba instalado el retén. Lo que más la asustaba era que no había ningún factor determinante para ser víctima de homicidio o desaparición forzada, más allá del criterio de vivir en la zona, estigmatizada de «guerrillera».

Incluso, Libertad le pidió a su hermano que cerraran por un tiempo la tienda y se fueran de la región mientras las cosas se calmaban. Ella tenía la ilusión de que esta violencia no sería permanente: «Yo empecé a suplicarle a mi hermano que no fuera más, que cerráramos la tienda y nos fuéramos un tiempo, pero él dijo que no, que había hablado con los paramilitares y les había dicho que no se metía con nadie, sino que se dedicaba a trabajar. Disque le dijeron: —Ah, no tranquilo, con usted no tenemos ningún problema—. Mi hermano decía que no tenía miedo porque no le debía nada a nadie, no le hacía mal a nadie. Él era una persona muy buena, muy caritativo. Él nunca le negó un favor a nadie, él no tenía miedo. En cambio yo sí tenía mucho miedo, mantenía alterada».

Una noche, en diciembre del año 2000, Libertad, su hijo y su hermano en horas de la madrugada sintieron que pateaban la puerta de la tienda: «Mi hermano se levantó asustado y les abrió la puerta y cuando miramos adentro se llenó de uniformados, no sabíamos quiénes eran. Nos decían que miráramos el piso, a mi hermano lo sacaron de la casa con un revólver en la cabeza. Yo me paré y les dije: —¿Qué está pasando aquí? Ustedes, ¿quiénes son?— Me respondieron que eran las Autodefensas Unidas de Colombia. Nos acusaron de

surtirle el mercado a la guerrilla y me apuntaban con esos fusiles; me decían tírese al piso y yo les respondía que no, aunque muerta del miedo. Yo les dije —no, yo no me voy a tirar al piso, ¡Qué pena! Digan qué quieren, llegan a esta hora...— y les dije: —cuidado que le hagan daño a mi hermano, requisen si quieren—. Me insistían en que me tirara al piso y yo les respondía que no. Yo no me voy a tirar al piso, yo me quedé ahí parada. Después me hicieron abrir la tienda, a mi hermano lo obligaron a abrir la bodega donde se ponían a veces los bultos de arroz. Revolaron toda la casa. Uno de los que me apuntaba con el fusil me manoseaba, me tocaba las nalgas, yo le dije: —haga el favor y me respeta y quíteme esa mano de ahí—. ¿Qué, muy arisca?—, me decía ese señor y me apuntó con su fusil, me dijo que entre semana debía ir hasta el retén, que tenía que estar allá. Yo le respondí: —¿Por qué, porque usted lo dice? No, claro que no voy a ir—. Claro él quería que fuera seguramente para abusar de mí allá. Después todos se metieron disque a coger los productos de la tienda, yo les dije: —aquí todo me cuesta plata, yo aquí vendo no regalo, y si van a pagar cojan—. Yo estaba muerta de miedo, pero yo ahí no les mostraba miedo».

Libertad sabía que si se tiraba al piso siguiendo la orden que le habían dado los paramilitares, la habrían agredido sexualmente. Para esas fechas dos conocidas suyas que iban con frecuencia a su tienda fueron asesinadas, una de ellas se llamaba Marcela: «Era una joven bien bonita, en esos días estábamos rezando la novena en la casa de ellos, cuando terminamos nos fuimos para la casa y un tiempo después vimos que subió un carrito blanco desde la parte de abajo, era como un límite: para abajo la guerrilla y para arriba los paramilitares. En ese carro habían sacado a Marcela y a su mamá de la casa, las habían metido al carro y las llevaron arriba para dónde estaban los paramilitares. Pasaron como unos 10 a 15 minutos cuando sentimos unos tiros. Después, la gente pasó avisando que a Marcela y a su mamá se las habían llevado. Al día siguiente ellas aparecieron muertas. Estaban con los senos cortados, cortadas en la vagina y torturadas. No se sabe si eso les hicieron vivas o muertas, pero pues tenían esos cortes. Yo vivía con mis nervios en un hilo, yo vivía pero alteradísima. Después llegaron rumores que los responsables eran de la guerrilla, porque Marcela se había hecho amiga de los paramilitares y tanto ella como su mamá tenían relaciones sentimentales con miembros de ese grupo».

En este panorama de masivas y sistemáticas violaciones a los derechos humanos era obvio preguntarse por la presencia de la fuerza pública, sin embargo Libertad relata: «La fuerza pública iba, se cruzaba por allá pero la gente se dio cuenta de que la fuerza pública para la población eran los paramilitares,

pueden decir que no, que eso no es cierto, pero nosotros con nuestros propios ojos miramos paramilitares que estaban en el pueblo cuando la fuerza pública iba para allá y se cruzaban por nuestras fincas, por los caminos de por ahí, en medio de ellos iban los paramilitares que uno miraba por allá en el pueblo y los militares iban como a despejarles el camino a los paramilitares, hacerles como las cosas más fáciles allá. Para la población en general los militares eran paramilitares no había duda de eso, no había diferencia. Allá nadie confía en la ley, no sé ahora, pero en ese tiempo la ley eran las Autodefensas. Eran todos iguales para nosotros allá».

Los paramilitares desaparecían a varias personas diariamente, esta realidad la vivió Libertad, al conocerla directamente desde su lugar de trabajo al oír testimonios y llantos de sus clientes. Además, el control social y territorial de los paramilitares era muy fuerte: «Cuando llegábamos al retén, la gente no podía pasar en el carro, tenían que bajarse y decir el número de la cédula al derecho y al revés. A muchos hombres los pateaban ahí delante de todos, los maltrataban física y psicológicamente por el hecho de no saberse la cédula al revés. Tocaba aprendérsela obligatoriamente. A nosotras las mujeres nos decían “perra hijueputa guerrillera”, así a cualquier mujer. Un día una niña se puso nerviosa y no era una conocida y era mona y a las monas siempre se la montaban ahí que porque en la guerrilla había unas monas y pensaban que todas las monas eran guerrilleras. A esa niña la iban a dejar ahí y comenzaron a decirle perra, hijueputa, vos sos guerrillera y la niña calladita y rojita y era blanquita y rojita y algunos pues ahí hablamos y dijimos: —no, ella no es guerrillera, ella es vecina, ella tiene tres niños, es madre soltera—. El esposo la había dejado. ¿Y vos qué sabes? Los guerrilleros tienen hijos... La iban a dejar, nosotras hablamos que era vecina y la dejaron ir. A todo el mundo, hombres y mujeres los trataban así, todos éramos guerrilleros y si no se sabía la cédula, les iba peor, los hombres hasta se orinaban ahí del susto».

Sobre otros hechos de violencia sexual, Libertad cuenta: «Los paramilitares en La Dorada empezaron a obligar a las mujeres, o sea, a todas las jovencitas bonitas de ahí y de otros pueblos; ellos no les preguntaban si querían ser la novia, sólo decían: «—Ella me gusta y ella tiene que estar conmigo—, y allá se la llevaban con ellos a tener relaciones sexuales. Había una señora que era dueña de la droguería allá y ella lloraba, porque un paramilitar se enamoró de su hija y se la llevó, no le preguntó ni a la hija ni a la mamá. Allá no respetaban ni siquiera a las mujeres casadas, ellos se adueñaban de las mujeres y las obligaban a estar con ellos a la buena o a la mala».

El 24 de diciembre del año 2000, su hermano y hermana menor salieron de la casa a comprar víveres para surtir la tienda. Ese día estaban invitados a la casa de un vecino a una fiesta, así que el hermano de Libertad iría rápido al pueblo y volvería: «Después de que se fueron llegaron al retén, me dijeron que a mi hermano lo iban a dejar ahí. Supongo que mi hermana dijo que lo dejaban ir si ella intercedía. Pasó un carro y le dijeron a mi hermana que se subiera, que se fuera, que a mi hermano lo iban a dejar, pero ella se negó a irse, a dejarlo solo. Eso es lo que me dicen, que se quedaron los dos sentados, agachados y abrazados. Ese día mucha gente los vio, pero no nos dijeron, porque si lo hubiéramos sabido nos hubiéramos ido para allá, nos hubiéramos hecho matar por ellos. En la noche mis hermanos no bajaron, pasó el tiempo y no bajaron, la vereda estaba sola porque todo el mundo se había ido a la fiesta. Yo empecé a sospechar que algo malo había pasado. Sin embargo, nos acogíamos a cualquier posibilidad de que estuvieran vivos, al otro día cerramos todo y nos fuimos mi mamá, el niño y yo. Nos fuimos a La Dorada a buscarlos, pero en ese retén no preguntamos. Llegamos a la Dorada a preguntar a la gente que los conocía, a los amigos, al mecánico y nadie les había visto. Por ahí andamos harto tiempo buscando, pero no le preguntábamos esa gente —a los paramilitares— todavía. Luego vi a un muchacho que se había subido al carro con mi hermano y lo abordé para preguntarle y él me dijo: —¿No han sabido todavía? ¡A sus hermanos ayer los dejaron en el retén!—, me contó lo que había pasado, que mi hermana no se quiso ir y que a mi hermano lo dejaban ahí. Ahí si nos asustamos, ya pensé lo peor porque sabía que así era y me puse pilas; miré a un señor por ahí que era el que negociaba la coca, bajaba a la vereda a negociar. Lo miré y le dije ayúdame, necesito hablar con esa gente. Él se fue a hablar con unos comandantes, unos le decían que no sabían y otros dijeron que los habían dejado ahí, que a mi hermano lo habían matado y que a mi hermana todavía la tenían con vida. Cuando supe eso me decidí a no dejar que mataran a mi hermana, empecé a perseguir a esa gente, a suplicarles, a rogarles, porque pensaba que mi hermana estaba viva...».

»Me decían como información muy distinta, pero donde me mandaban ahí estaba ese tal Blanco, el tal Asprilla. Unos me decían que estaba viva, otros me decían que estaba muerta y con respecto a mi hermano sí siempre me decían que lo habían matado con un tiro de gracia en la cabeza. Uno de esos paramilitares me dijo que a mi hermana la tenían en una casa, que la tenían secuestrada y que estaba viva. Me subió a una camioneta diciéndome que me iba llevar a hablar con mi hermana, llegamos a una casa cerca de La Dorada,

cuando llegamos allá me dijo entra. En esa casa había unos camarotes viejos, era una casa abandonada, había sangre, se veía un corredor ensangrentado. Ese señor me puso el fusil en la cabeza y me dijo que me quitara la ropa y yo le dije que no, pero cogió y me sacó la ropa mientras me apuntaba con un fusil en la cabeza. Me decía “perra, guerrillera”, me tiró a una cama que estaba en madera no más, y empezó a abusar de mí. Me decía que eso era lo que me merecía por ser guerrillera, que a mi hermana la habían matado pero que antes de matarla habían abusado de ella varios hombres, que también era una guerrillera, que eso era lo que nos merecíamos. Luego me dijo que me largara porque donde me volviera a ver en la Dorada, que me iba a desaparecer a mí también. Yo me sentí culpable por haber ido hasta allá, por haber creído, pero también pensaba que eso no importaba, porque lo que me estaba pasando a mí no era nada comparado con el sufrimiento de mi mamá. Ese día que me agredieron, yo no sabía por qué le había creído a ese señor. Supongo que por el afán de rescatar a mi hermana con vida, de ver a mi hermana. Cuando encontré a mi mamá le dije: —¡Mami, vámonos porque nos van a matar!—.

»Después nos fuimos con mi mamá en un carro para la vereda, cuando llegamos al retén nos bajamos y fuimos a preguntar, les exigimos que nos dijeran la verdad de lo que había pasado. Salió un tal Águila, un comandante Águila que estaba ahí y nos dijo a ellos los matamos ayer mismo. No duraron ni una hora después de la detención. Mi mamá se descontroló, le dijo que por qué los habían matado, que qué le habían hecho. Después nos apuntaron con el fusil y nos ordenó que nos fuéramos. Como pudimos arreglamos nuestras cosas y salimos por una trocha para una vereda llamada Campo Hermoso, que se pasa por los resguardos indígenas, por unos montes bien feos, por ahí tuvimos que irnos a Campo Hermoso, un pueblito. Allá vivía un tío, hermano de mi papá. Eso fue como el 27 o 28 de diciembre. De ahí cogimos un transporte y nos vinimos para Pasto; aquí en Pasto estuvimos escondidos en una casa que tenía mi tío. Nos quedamos ahí un mes y éramos encerrados, aquí en Pasto andábamos con mucho miedo, prácticamente yo me la pasaba encerrada y llorando. Yo decía que era muy duro pues ya no estaban mis hermanos y mi hermano era el que siempre tomaba las decisiones en la casa, él planeaba todo lo que íbamos a hacer, para nosotros fue muy difícil. En medio del dolor, yo sabía que no había otra manera más que seguir adelante. No nos íbamos a dejar morir, yo siempre pensaba en mi hijo, en mis padres.

Libertad pensó en regresar a su finca en Nariño, pero no pudo hacerlo porque la guerrilla se había adueñado de ella. Sin embargo, luego de un tiempo

podieron regresar. En el 2010, el ELN se tomó la escuela en la que estudiaban sus hijos, como ha sido su costumbre, no se quedó callada, sino que les reclamó por poner en riesgo a los niños e impedir que siguieran estudiando. Por esos hechos tuvo que desplazarse nuevamente a Pasto, pues fue amenazada.

En el 2013, en una versión de Justicia y Paz en Puerto Asís, Carlos Roldán, alias el Águila confesó el asesinato de los hermanos de Libertad, pero los señaló de auxiliadores de la guerrilla. Libertad no aceptó esta «verdad» y le reclamó por la memoria y la dignidad de sus familiares. Al final, el paramilitar aceptó que los habían asesinado en venganza por la muerte de Marcela y su mamá, por considerar que especialmente su hermano había informado a la guerrilla de la relación que las dos mujeres sostenían con miembros del grupo paramilitar.

No obstante, Libertad no denunció ante la Fiscalía de Justicia y Paz los hechos de violencia sexual que vivió, hasta hoy, nunca se lo ha contado a su familia, ni lo había hablado con nadie, mucho menos pensó en poner en conocimiento a las autoridades de los hechos. Libertad tampoco ha decidido contarle a su familia que en la versión libre confirmó que, a su hermana antes de asesinarla, la habían agredido sexualmente, ni que su hermano murió bajo prácticas de tortura, a garrotazos. Libertad dice que lo que más le duele ahora no es sólo que ellos estén muertos, sino el sufrimiento que les causaron antes de su muerte.

Sobre las consecuencias de la violencia sexual en su vida, Libertad menciona cómo su vida sexual se vio afectada: «Los primeros años pasé como cuatro o cinco años, que no sentía nada, mi cuerpo estaba muerto. No dejaba que se me acercara ningún hombre. Me recomendaron un psicólogo para víctimas que me ha apoyado mucho».

Actualmente, Libertad vive en Nariño con sus hijos y su pareja. Aunque los hechos que vivió la afectaron emocionalmente, ella ha podido continuar con su vida: «He leído libros, he tenido a mis padres y tengo que auto superarme, tengo que hacer algo por ellos, no voy a afectar la vida de mis hijos de pronto por mi comportamiento. Yo pienso que ellos abusaron de mi cuerpo, agredieron mi cuerpo pero no voy a permitir que se adueñen de mí, de mis sentimientos, de mi vida. Mi vida tiene que seguir adelante, ya pasó, fue duro, fue doloroso, todo lo que me pasó, lo de mis hermanos, pero la vida sigue y mis hijos me necesitan, mis padres me necesitan».

Libertad con su mirada altiva y su sonrisa cálida nos habla de la fortaleza que han tenido las mujeres en estas tierras andinas.



«Pienso que en Colombia el ser mujer y ser negra implica doble vulneración. Mucho de lo que nos pasa se queda en silencio, es importante recoger historias de las mujeres negras, pues nuestras memorias hay que compartirlas. Hay mucho por contar y mucho que aprender de la capacidad que tuvimos de resistir y de apoyarnos entre familias».

Alicia, Mujer de Valle del Cauca.

DE LA MANO DE MIS HIJOS

«Me di cuenta que yo no era la única que le había sucedido eso, que éramos muchas más mujeres. Hemos pasado por momentos muy duros».

Amalia

En las tierras nariñenses del Tablón de Gómez comienza la historia de Amalia^{75*}, quien nació el 16 de enero de 1975 en la vereda de Llano largo. Fue la séptima de nueve hermanos. Llegó a una familia extensa, trabajadora y humilde: «Mis papás trabajaban en agricultura, como era templado se sembraba maíz y alverja».

En el campo Amalia creció y jugó con sus hermanos. Las limitaciones económicas no fueron un impedimento para que Amalia y sus hermanos se divirtieran: «Jugábamos a las muñecas, como no teníamos muñecas sabíamos envolver una piedra con un trapo, porque eso sí, cualquier cosa sabíamos coger y sabíamos jugar, nos sabíamos subir a los árboles a decir que íbamos en un carro. De eso me acuerdo».

La educación formal llegó a la vida de Amalia como un esfuerzo que le exigía a ella dedicación, pues tenía siempre que desplazarse horas para llegar a la escuela. Lo anterior, junto al maltrato de su papá, la desmotivaba para continuar con sus estudios: «Mi papá no nos compraba las cosas que debía comprarnos para ir a estudiar. Decía que si nosotros queríamos seguir en la escuela que trabajáramos para poder comprar las cosas que necesitáramos. Si le pedíamos algún lápiz, él nos decía que si queríamos comprarlo que trabajáramos porque él no nos lo iba a dar, por eso yo sólo estudié hasta segundo primaria. Después con el tiempo terminé quinto de primaria».

La ida al colegio era toda una odisea, allí permanecían de siete a cuatro de la tarde. A la hora del almuerzo, como muchos niños lo hacían, solían ir hasta su casa, sin adultos que estuvieran esperándolos para compartirles

alimentos, ellos llegaban y era muy poco lo que encontraban para comer, la naranjas no faltaban: «Nosotros a veces nos subíamos a los árboles de naranjas a chupar naranjas y luego nos íbamos para la escuela».

Al poco tiempo Amalia dejó de estudiar, por instrucción de su papá cambió los cuadernos y los lápices por el cultivo de la tierra: «Cultivábamos anís, nos tocaba pelar y si parábamos un ratito mi papá nos regañaba, nos pegaba mucho».

El maltrato de su padre no era sólo hacia ellos, también se dirigía a su madre, quien era agredida físicamente por su esposo cuando llegaba borracho: «Mi papá usaba peinilla o machete para pegarnos, nosotros nos sabíamos esconder pues él nos tiraba a cortar, entonces salíamos corriendo. Mi papá no hablaba conmigo ni con mis demás hermanas. Yo miraba con nostalgia otras relaciones entre papás e hijas y deseaba que él fuera diferente conmigo. Una vez le llevé de comer a él y a mi hermano, cuando estaban trabajando y él cogió la olla y dijo: —¡Yo no quiero que me traiga usted nada!—, no sé por qué me rechazaba».

Entre el desprecio de su padre y el cuidado de su madre, Amalia creció. Cuando tenía doce años se fue a Pasto a trabajar en una casa de familia. Una hermana mayor que trabajaba en la ciudad la ayudó. Allí permaneció hasta que tuvo dieciséis años: «En la casa de familia me iba bien, pues yo era bien trabajadora, estaba acostumbrada a cocinar desde chiquita, entonces no fue tan duro».

Con el deseo de hacer la primera comunión, Amalia ahorró para comprarse un vestido. El gran día llegó, su rostro lucía feliz y radiante, su vestido blanco se iluminaba a cada paso. La acompañaban sus hermanas y su madre. Su padre, como Amalia lo esperaba, no fue. Ese día no hubo festejo y la vida parecía seguir su curso normal, pero Amalia se sentía diferente, estaba contenta.

Tiempo después, Amalia regresó a su casa para seguir trabajando en agricultura con su familia. Los años pasaron y ya tenía dieciocho años. Un primo con el que había compartido toda su vida fue la excusa perfecta para huir del maltrato que tanto le dolía de su padre. Se enamoraron y fueron padres. Amalia tuvo su primera hija en su casa. Una nueva vida llegaba para acompañarla.

Su primo le decía que se fueran a vivir juntos pero Amalia se mostraba renuente, pues no quería irse a vivir donde los papás de él, sus tíos. Como medio de escape a la situación y la presión de la familia, Amalia se regresó a Pasto a trabajar y durante los siguientes años vivió entre Pasto y su casa.

En este tiempo llegó al mundo su segundo hijo. Su mamá nuevamente la apoyó en el parto y Amalia se quedó a vivir unos meses con sus hijos en la casa de sus padres: «Mi hijito ya tenía tres meses y era común que mi papá llegara siempre borracho a pegarnos con peinillas, de pronto desahogaba la rabia que me tenía, con mi mamá. Un día en el que llegó muy borracho, yo tenía al bebé en la cama y llegó con una peinilla a tirar machete a todas las cosas, yo lo escuché que venía bajando para la casa y alcancé a coger a mi bebé de la cama y tomé a mi nena y salí corriendo. Si no cojo al bebé mi papá me lo hubiera matado, porque cuando llegó cortó las cobijas y las sábanas. La cama me la cortó también ese día. Me fui de ahí con mis dos hijos a quedarme donde una tía. Al otro día por la mañana, mi mamá fue y me dijo que mi papá había sacado todas mis cosas afuera de mi pieza y había botado los medicamentos de mi hijo». Eso fue un golpe muy duro para Amalia, que hoy recuerda con dolor.

Su madre, al ver la situación, habló con un señor del pueblo que tenía casas en el campo y le pidió que dejara vivir en una de estas a Amalia y a sus hijos. Con el apoyo de otras personas de pueblo ella fue y recogió sus pertenencias a la casa. Al irse le dijo a su papá que nunca le iba a perdonar lo que les había hecho.

Amalia se fue a vivir sola y comenzó una nueva vida. El papá de sus hijos la ayudaba de vez en cuando con dinero para el sostenimiento del hogar, aunque esta ayuda no era estable. Amalia seguía trabajando y a veces dejaba a su hija donde su mamá o donde sus tíos y se iba a trabajar con su hijo más pequeño.

Su trabajo era en el campo, cocinando a personas que cultivaban amapola —que en ese tiempo pagaban bien—. Después de vivir un gran tiempo sola, cuando su hija ya estaba más grande, Amalia se fue a vivir con el papá de sus hijos. Esta convivencia no fue lo que Amalia quería y deseaba. Todo lo contrario se convirtió en un espacio de violencia y maltrato hacia ella. Estando juntos quedó embarazada de su tercera hija: «Cuando estaba en el embarazo de mi hija me llevó unos pescados y como yo tenía asco y náuseas a todo, me dijo que los lavara, yo le dije que no los iba a lavar pues tenía asco, no quería ni verlos, entonces como me negué y él me pegó y a lo que me pegó, me dijo que no servía para nada, así era siempre. Mi hermana tenía que defenderme. La mamá de él, mi tía, decía que yo tenía la culpa de todo, ella lo defendió y se interpuso en nuestra relación».

Convivieron en la casa seis años y después decidieron irse a vivir a la Hormiga, en el Putumayo; en búsqueda de nuevas oportunidades laborales para la familia y huyendo de la violencia que ya se vivenciaba en el Tablón:

«En el Tablón era muy duro todo, en ese tiempo que yo vivía. Allá había mucha guerrilla en la vereda de Llanolargo. Yo vivía cerca de un río y allá iba la guerrilla y al lado de ese río hacían campamentos, por otro lado, venía el Ejército. El Ejército nos decía que nosotros éramos informantes de la guerrilla. Mi hija mayor de seis años se iba a estudiar y a veces caminaba junto con los guerrilleros, ellos le decían que tenía que llevarlos a donde dijeran y ser su guía. Por eso también me salí del Tablón y me fui a trabajar a la Hormiga. Habían muchos enfrentamientos y por eso dije me voy a trabajar a otro lado, para que tuvieran más vida mis hijos».

En la Hormiga se dedicaron a trabajar y cuidar una finca. Sembraban plátano, cacao, café y yuca. La vida económicamente mejoró, pues el pago por su trabajo era bueno y les permitió adquirir un pedazo de tierra. Duraron cinco años allí, pues la guerrilla los comenzó a amenazar y a decirles que como ellos ganaban dinero tenían que dar plata y si se rehusaban a hacer lo que ellos ordenaban tenían que desocupar en pocas horas o corría peligro la vida de sus hijos. Amalia y sus hijos se desplazaron de la Hormiga y regresaron a Nariño. El papá de sus hijos se quedó y comenzó una nueva relación con otra mujer: «En el 2000 estaban la guerrilla y los paramilitares en la Hormiga, ellos eran los que estaban haciendo presencia en ese momento, controlando, amenazando, desplazando a las personas en el territorio. Primero estaba todo tranquilo aquí y después en toda parte había guerrilla y paramilitares. Varios vecinos salieron y como a un vecino le mataron el hijo, a mí me dio miedo, entonces yo salí sin nada, me tocó dejar las cositas que tenía. Tenía marranos y hartas gallinas. Todo, dejamos todo, nos fuimos huyendo de tanta cosa».

»Luego me fui a Pasto, duré un año allí y como no conseguía trabajo me volví a ir para para Pitalito, me regresé a la casa para comenzar a trabajar en un restaurante escolar. Me parecía una buena oportunidad para impulsar a mis hijos a que continuaran estudiando y no les fuera a pasar lo mismo que a mí.

Al ver que su hija mayor había terminado bachillerato y quería seguir estudiando, Amalia decidió irse con ella para Llorente, Nariño, pues como se sembraba amapola y coca, pagaban bien. Amalia vio en esta propuesta una oportunidad para apoyar a su hija con sus sueños de ser diseñadora de modas: «Un señor me dijo: —Si usted quiere ganar dinero vaya y trabaja un tiempo, lava y cocina y yo le pago bien—, entonces yo le dije a mi hija vámonos. Dejé mis hijos menores con mi mamá y nos fuimos para Llorente a trabajar».

Jamás pensó Amalia que esa decisión fuera a cambiar sus vidas, a mostrarle la violencia en carne propia, en cuerpo propio: «Trabajamos un

tiempo en la finca Los Palmares y luego ya nos veníamos en julio de 2014. Ese día cogimos un carro para que nos llevaran al pueblo, nos subimos y de repente el carro no cogió por donde tenía que ir, se desvió, entonces le dije al conductor que por qué se desviaba, si por ahí no era el camino. En ese momento los tres hombres que iban en el carro se sacaron la chaqueta y ahí supe que eran guerrilleros. El carro siguió andando y cuando les dije que por ahí no era, comenzaron a insultarnos y a decir malas palabras. Ahí fue que nos cogieron y trataron de amarrarnos. A mi hija la amarraron, a mí no. Siguieron y siguieron y más allá pararon el carro, nos bajaron. A mi hija la amarraron contra una raíz y la golpearon muy duro, le lastimaron la nariz y le dañaron el tabique. La golpearon mucho y yo tenía que mirar lo que a ella le hacían. Nos rompieron toda la ropa, la maltrataron horrible, a ella más que a mí porque ella decía que no me hicieran daño a mí. Yo por mi parte decía que no quería que le hicieran daño a ella. Nos gritaban que eso nos merecíamos por meternos en donde no debíamos. A mi hija la agredieron sexualmente dos hombres, a mí uno».

En este lugar frío y lleno de maleza, donde ocurrieron los hechos, Amalia alcanzó a ver ropa de mujer que estaba en el piso y se dio cuenta que tal vez estos hombres ya habían violentado a otras mujeres antes, parecía que era algo que hacían constantemente.

Después de esos momentos de horror y dolor, Amalia con la fuerza en su corazón y queriendo salir rápidamente con su hija de allí, caminaron hasta la vía, con el pánico en sus piernas se montaron nuevamente a un carro, esta vez sí llegaron donde querían, al pueblo y luego a Pasto, en donde se dirigieron al centro de salud para recibir atención.

El tiempo continuó y Amalia intentó seguir con su vida, se reunió con sus hijos y todos los días iba a trabajar en el restaurante del colegio. Un lugar donde siempre le han mostrado cariño y apoyo. El dolor y el impacto por todo lo vivido la despertaban agitada y llorando. Había noches de profunda preocupación y tristeza, en las que constantemente pensaba en lo mal que también la estaba pasando su hija, quien dijo que no quería seguir estudiando.

Las reuniones, capacitaciones y nuevas experiencias han llegado poco a poco a la vida de Amalia y a la de su hija, para comunicarles que la vida continua y que han sido dos mujeres valientes que siguen caminando juntas, desafiando las adversidades: «Los encuentros con otras mujeres me han permitido superar psicológicamente todo lo que me pasó, porque si uno se queda ahí estancado pensando en lo mismo, uno se enferma y no va a querer hacer nada. Uno

sabe que tiene los hijos y que tiene que salir adelante...Declaré con mi hija hace un año en la Defensoría del Pueblo. Tuve una buena experiencia allí, me atendieron muy bien, me dijeron que me felicitaban por no quedarme callada, por denunciar. Ya me llegó la carta de la Unidad de Víctimas por los dos hechos victimizantes, la violencia sexual y el desplazamiento. Ahora vivo en Pitalito con mis hijas y mi nieta, cuando vengo a Pasto usualmente es a reunirme con más mujeres. Me he dado cuenta de que no éramos las únicas que les había sucedido la violencia sexual, había muchas mujeres que también han vivido cosas duras como nosotras».

Amalia ha contado con el apoyo de la Unidad de Víctimas y del psicólogo del colegio donde trabaja, quien ha sido fuente de escucha y sabiduría ante los nuevos cambios que Amalia ha experimentado en su familia, el ser abuela a tan temprana edad: «A mí me dio durísimo cuando mi hija quedó embarazada, ya iba a cumplir quince años. Fue difícil porque no me esperaba eso».

Su fe y la paciencia que la caracterizan han permitido que Amalia afronte los días difíciles y oscuros: «Mi Dios me ha dado fuerza, él nunca me desampara. A veces me siento incapaz, siento que todo se complica, pero después me acuerdo de mi familia y siento ganas de seguir. Cada día es una nueva oportunidad».

En el campo se vive tranquilo, eso lo sabe Amalia. Con su nieta comparte juegos, sonrisas y suspiros. Su voz pausada comunica sus deseos más profundos: tener un trabajo mejor pago, que sus hijos terminen de estudiar y se dediquen a lo que les gusta, que se rectifique la situación jurídica de su hijo, que su nieta crezca feliz y en paz y que sigan teniendo una casa donde vivir.

ENTRE CACTUS Y PLANTAS RENACE LA VIDA

«En ese momento había algo que me decía que no, que tenía por quien vivir, no podía dejar a mi hija sola... Yo creo que si de pronto no hubiera tenido a mi hija las cosas hubieran sido distintas, mi hija me ha dado mucha fuerza».

Emily

Emily^{76*} nació el 12 de noviembre de 1977, en el departamento de Nariño, del Tablón Panamericano. Ella se caracteriza por ser una mujer de pujanza y resistencia; es hija de Rosa* y Adrián*. Hermana de quien ha sido, en muchas ocasiones su confidente, Laura*.

Esta mujer ha sido valiente y emprendedora desde muy pequeña, a sus dos años entendió que la vida tiene sus tránsitos y que uno de ellos es la muerte, cuando su padre falleció.

Su infancia fue tranquila, como muchas niñas asistía a la escuela, aprendía y se divertía, sin embargo, se vio afectada por las necesidades económicas de la familia, donde ella a pesar de su edad debía empezar a pensar o a aportar soluciones a la situación: «Nosotros íbamos a la escuela, nos tocaba ir caminando porque pues era retirado. Madrugábamos a las cinco de la mañana para irnos, caminábamos con otras compañeras, luego salíamos de estudiar y nos tocaba irnos por allá a otra vereda a ayudarle a mi mamá a trabajar, llegábamos cinco o seis de la tarde a la casa. Mi mamá desgranaba maní para una señora y nos tocaba ayudarle, ya en la noche podíamos ponernos a hacer tareas».

A pesar de los esfuerzos, el dinero no era suficiente, así que Emily se retiró del colegio y se fue a cuidar a una profesora, vivió con ella desde sus once años. Era un trabajo de tiempo completo del cual no veía ganancias pues su madre era quien cobraba el pago que le hacían. Entre viajes de un pueblo a otro, acompañando a la maestra conoció a sus trece años al hombre que fue

el papá de su hija. Un hombre seis años mayor que ella, llamado Alonso. Él le gustaba mucho y estando con él quedó embarazada, dando a luz cuando ella tenía quince años a Nicole*. Con este hombre nunca mantuvo una relación de convivencia, de hecho nunca vivieron juntos.

Al ser madre, incrementaron sus necesidades de trabajar y adquirir así el sustento económico. En este caminar, al recorrer la vida con dificultades, su tía fue un referente de apoyo: «Ella cuando veía que estábamos mal, de donde sea nos giraba plata, entonces pues es la tía más querida de nosotros y siempre hemos estado al lado de ella, donde ella ha estado hemos estado nosotros, porque es la que más nos ha apoyado para estudiar, para todo. Ella me decía: —Si quieres estudiar a distancia lo puedes hacer—. Porque allá donde ella vivía había un instituto para estudiar, entonces me decía que si quería estudiar que estudiara, que ella me apoyaba. Me decía: —si toca viajar yo le doy mijita, lo que toque pagar, yo le doy, lo que quiero es que se prepare—. Entonces, como mi tía es evangélica y el dueño del instituto también, ella habló con él para ver si él me podía ayudar para que yo estudiara. Ahí pude hacer un Técnico en Primera Infancia».

Emily sentía protección y apoyo de su tía, por eso en muchas ocasiones vivieron juntas, sin embargo, viviendo con ella a sus ocho años entendió cómo en esta sociedad patriarcal el cuerpo de la mujer llega a ser vulnerado inclusive por las personas más cercanas, por aquellos que deben «cuidarnos». A esta corta edad, el esposo de su tía abusó sexualmente de ella. Entre el miedo, el silencio y el no entender por qué había pasado no le dijo nada a su tía. Pasado el tiempo intentó contarle, primero le dijo a sus dos confidentes: su madre y su hermana. Sin embargo, bajo la creencia y el peso que se le da a la unión marital, acordaron que era mejor no nombrarlo porque así podían «salvar» el hogar de su tía.

Emily calló y nunca le dijo nada a su tía, incluso seguía acompañándola, esta vez con cautela y recelo del hombre que había abusado de ella: «Un día él me dijo: —¿por qué me tiene tanto miedo?— Yo le dije — ¿usted no se acuerda por qué? De la necesidad es que estoy por acá—. Él me dijo: — ¡Perdóname!, nunca más va a volver a pasar, no sé qué fue lo que me pasó— yo le dije: — pues perdonarle no sé, igual confiar en usted ya no puedo, yo estoy por acá, la verdad es por la situación de allá—.

»Yo le tenía mucha desconfianza, nunca me volví a quedar sola, ni a mi hija tampoco se la dejaba nunca.

Poco tiempo después él murió y así Emily rompió el silencio y le contó

todo a su tía, ella no entendió por qué no le había contado desde el comienzo y le dio la confianza y la tranquilidad para que pudiera hablar de lo ocurrido, gesto que fue muy importante para ella en su proceso de recuperación emocional.

La vida de Emily continuó, una vez nació su hija, ella trabajó mucho, vivía con su tía en el «rebusque» haciendo empanadas y haciendo sirope,⁷⁷ que era vendido en la plaza del Tigre, en el Putumayo. Allí trabajaban juntas y se apoyaban con sus hijos.

Una noche cuando tenía veintiún años, su tía y sus hijos habían salido para la iglesia evangélica, estando en su casa empezó a oír mucho ruido, no sabía qué pasaba, no sabía si era el Ejército o la guerrilla. Con miedo y sin entender qué era lo que sucedía se resguardó junto a Nicole, que tenía cinco años, detrás del armario: «se escuchaban disparos, se oía como lloraban afuera, los perros ladraban, eran demasiados ruidos y no sabía qué era».

La puerta se abrió de una patada y el horror representado en cuerpo de hombre irrumpió en la casa de Emily: «Entraron dos hombres armados, empezaron a buscar, a preguntar que si habían hombres y a buscar debajo de las camas y todo eso. Según dicen de algunas casas sí sacaron hombres pa' llevárselos. Entonces dije: —¿hombres?, pero ¿qué hombres?—. Me preguntaron: —Entonces ¿quién vive aquí?—. Yo casi no podía contestar de los nervios, había más personas afuera esperándolos a ellos, yo pensaba mil cosas, si salir corriendo o no, pero yo escuchaba que afuera habían más, entonces pensé que afuera sería peor, además estaba con mi niña».

Momentos de incertidumbre y miedo profundo recorrían el cuerpo de Emily, todo un despliegue de violencia se materializaba en golpes, maltrato y dominación: «Empezaron a golpearme, mi niña empezó a llorar, me tiraron al piso y mi niña llore y llore, me decían: —¡Callá a esa niña, si no quieres que le hagamos lo mismo que le vamos a hacer a vos y dígale que no llore!— me decían. Empezaron a desvestirla, sentía mucho dolor y miedo. Mi hija lloraba hartísimo y yo le decía: —Calle mamita, calle mamita, no llore—. Al ver que ellos la estaban tocando me dejé hacer lo que ellos quisieran hacerme, porque a mí me daba mucho miedo que le hicieran algo a mi hija».

»Entonces pasó todo, uno de ellos me cogió, yo me levanté, quería coger a mi hija porque ella lloraba hartísimo y volvió y me tiró al piso, me pegaba. Cuando me desperté ellos ya no estaban se habían ido y mi niña

77 Sirope: 1. m. Líquido espeso azucarado que se emplea en repostería y para elaborar refrescos. (Definición tomada de la RAE).

estaba llorando y sin ropa. Le pregunté: —¿qué le hicieron, mijita?— Ella me dijo: —me tocaban, me tocaban—, yo le pregunté dónde y me mostraba su cuerpo—.

La violencia esa noche tocó la vida de Emily y Nicole, demostrando una vez más que los cuerpos de las mujeres en el Tigre eran territorios de guerra, violencia y poder. La guerra había llegado a esa casa y también al pueblo.

Ese 9 de enero de 1999, entre el caos y la barbarie, su tía no llegó a la casa, se resguardó junto con sus hijos en la iglesia, pues a todo aquel que encontraron en la calle se lo llevaron en un camión o lo asesinaron: «Todos los que habían alcanzado a salir de la iglesia para la casa los habían recogido en una camioneta, o sea, los habían recogido y los trajeron acá a un puente, en ese puente los mataron a todos, los degollaron con las hachas. Ellos siempre salían con unas hachas en los hombros y con las mismas hachas los degollaron a todos, más o menos treinta y cinco personas fueron asesinadas».

Para Emily no era muy claro quiénes eran aquellos hombres que se habían tomado el pueblo, y con esto la vida y los cuerpos de las personas que lo habitaban a la fuerza. En la zona se escuchaba de la guerrilla, sin embargo, esta incursión fue paramilitar: «Para mí que fue el primer día que ellos iban allá e hicieron eso para que la gente los respetara y que la gente se atemorizara y les tuvieran miedo».

Miedo que quedó instalado en la vida de Emily. Ella y su hija callaron, no contaron nada de lo que ocurrió. Un tiempo después ante las constantes preguntas de su tía, ella le contó, sin embargo, su tía la invitó a continuar en el silencio por temor al señalamiento: «No le cuente a nadie hija, pues todo el mundo va a decir, allá va a la que se comieron, pues a algunas niñas a las que les había pasado eso con la guerrilla las señalaban y decían: esa vieja es comida de tal. Todo el mundo decía: —¡Ah no, esa vieja se la comió tal!—. Entonces ella me decía que era mejor no decir nada».

Por un tiempo Emily no contó nada, sólo sabían su tía, su hija y ella, sin embargo, esa noche ella no fue la única mujer violentada sexualmente en el Tigre. Se rumoraba que habían sido varias las mujeres y esta vulneración de derechos empezó a ser una práctica sistemática en la región. Fueron muchas las mujeres abusadas sexualmente, entre esas su prima, a quien tiempo después también la agredieron sexualmente: «A ella se la llevaron en una moto para el campamento, dos tipos que iban armados la cogieron. Mi prima no aparecía, como mi tía no la encontraba, le preguntó a todo el mundo ¿dónde estará

Paula*? Un señor le dijo: —Le voy a decir algo pero no me vaya a hacer quedar mal porque me matan, a su hija se la llevaron unos tipos, la subieron a una moto y se la llevaron y seguro es que la tienen allá en el campamento—. Mi tía se fue para el campamento, fue a reclamarla, el tipo le dijo: —¡Lárgate de aquí antes de que te pegue los dos tiros en la cabeza!».

»Ella le dijo que estaba reclamando a su hija. El tipo le dijo que luego se la enviaban sana y salva y que se fuera de ahí si no quería que le pasaran cosas peores a ella y a su hija. Mi tía se quedó parada afuera, no daba qué hacer, pues si se entraba a la fuerza la mataban y ya llevaba parada un rato a fuera. Se quedó y a las dos o tres horas ya habían regresado a mi prima, diciéndole que porque mi tía la había ido a reclamar o si no la hubiesen hecho pedazos y la hubiesen desaparecido.

Nadie entendía muy bien qué había pasado. Una semana antes el Ejército había hecho presencia en la zona, entonces no comprendían cómo era posible que esta incursión de hombres armados, vestidos de negro con botas de cordones se diera de esa manera, hubo muchos muertos y muchos otros que sobrevivieron con dolores en sus cuerpos y en sus mentes, como Emily. Ella se desplazó quince días después de los hechos, llegó a Pasto a la casa de su abuela, allí realizó la declaración por desplazamiento, no por abuso sexual, este hecho continuó en el silencio, la institucionalidad no le dio confianza, puesto que no la incluían en el Registro Único de Víctimas, situación que la desanimó a continuar creyendo en las instituciones gubernamentales.

Con la fuerza que la caracteriza, Emily se fue a trabajar a Policarpa, sin embargo, era difícil porque era zona roja y el orden público estaba alterado. Allá, una amiga de su tía la alentó para que declarara lo que le había pasado, aprovechando una jornada de declaración colectiva que sucedería en Mocoa. Ella fue con otras mujeres, pero aún no se encontraba preparada para narrar a personas extrañas los hechos de violencia sexual que había vivido. Pero al ver cómo recibían las declaraciones de las personas, decidió devolverse y no declarar ese día. Ella no fue la única mujer que se regresó en silencio.

Tiempo después y por recomendación de otras mujeres fue a la Defensoría del Pueblo en Pasto, allí sintió la confianza y el respeto para contar lo sucedido, con la psicóloga Sandra rompió el silencio y poco a poco le comenzó a contar lo que no se había atrevido a contarle a nadie. En la declaración Emily se guardó algunas cosas, a medida que fue pasando el tiempo y fue conociendo más a la psicóloga compartió sus secretos. En la laguna de la Cocha, junto con otras mujeres del Putumayo, Emily participó de espacios de apoyo y

acompañamiento psicosocial a través de terapias alternativas y técnicas de relajación como el yoga y la meditación.

Fueron días de compañerismo y bienestar: «—Esa vez yo dormí con mi prima y otra muchacha del Putumayo, fue bien bonito, compartimos y nos quedamos en unas cabañitas. Todas éramos víctimas de violencia sexual».

Esa vez Emily se dio cuenta de que ella no había sido la única mujer que había sido agredida, se sorprendió al ver tantas mujeres que vivieron situaciones de violencia similares. Ante ella estaba una realidad que se callaba y de la cual poco se sabía en el país: «Hay muchas más mujeres de las que uno se imagina que no han querido hablar porque les da miedo. Otra prima que vive en Rosario, Nariño dice que no va a denunciar, ella nos contó que unos tipos, después de que terminaron de violentarla sexualmente empezaron a fumar cigarrillo como locos y le quemaron la vagina con los cigarrillos. También conozco a una amiga en Ipiales, quien fue víctima de violencia sexual, y no ha recibido apoyo psicológico. Hay muchas mujeres que vivieron cosas horribles».

De su experiencia y la de otras mujeres Emily reconoce cómo en muchas ocasiones la atención a mujeres víctimas se da en condiciones de exclusión, indiferencia y revictimización: «Mi amiga en Ipiales ha ido varias veces a la Unidad de Víctimas y allá no le dan información, ni la dejan entrar. En Pasto a mí también me ha sucedido algo así, si no llevo el nombre de alguien no me dejan pasar ni entrar. A veces no nos explican las cosas ni nos dan información».

La fuerza y su capacidad de decisión las ha nutrido compartiendo con su hija, quien ha sido un motivo para continuar. Emily ha participado de espacios de acompañamiento con mujeres y de apoyo espiritual con un psicólogo seminarista: «—Ese señor me apoyaba mucho, me escuchaba horas y me hacía terapias con velas. Era buena gente y yo sentía tranquilidad hablando con él. Desde que me encontré con él dejé de llorar porque antes yo siempre lloraba y ahora pues poco lloro. Él me animó a retomar mis labores y hacer lo que me gusta, me decía que el trabajo era la mejor distracción».

Actualmente vive en Guambuyaco, Nariño, en un lote junto con su hija y su madre. Sus días pasan entre cuidar sus plantas, trabajar su jardín, vender huevos y compartir con su familia. Su sonrisa sigue dibujándose y su mirada inundada de fortaleza pastusa sigue asomándose cuando se habla con ella. Hay noches en que el ruido de la tabla de su casa le recuerda esa noche de horror y violencia, hay noches en que las pesadillas llegan a visitarla a ella y a su hija, pero también hay muchas noches y días donde llega la vida y la

esperanza a acompañarlas y a impulsarlas a continuar.

Con Nicole tiene una relación de profundo apoyo y cercanía. Su hija es fuente de orgullo, actualmente está estudiando una especialización en ingeniería ambiental.

Sus cactus ornamentales, con todos sus matices de verdes, acompañan sus días, invitándola a crear, cuidar y sonreír: «A mí me gusta mucho plantar matas, eso es muy relajante, es la mejor terapia, yo no me acuerdo de nada cuando estoy plantando y embolsando tierra, eso me ha servido mucho».

LA ALEGRÍA DE VIVIR Y DE COMPARTIR CON OTRAS MUJERES

«Me eché mucho tiempo la culpa, recién en estos días aprendí que no era mi culpa. Durante mucho tiempo pensé que por haberme puesto falda ese día me pasó lo que me pasó, hoy sé que no fue mi culpa».

Eva Luna

Eva Luna^{78*} nació el 13 de octubre del año 1979, en el corregimiento de la Victoria en la vereda de San Jorge, departamento de Nariño. Su madre fue Esperanza* y su padre se llamaba Rodolfo*. De la unión de sus padres nacieron seis hijos, Eva Luna es la mayor.

Las tierras pastusas la han visto crecer y conocer el mundo junto a sus hermanos, Eva Luna recuerda cómo el corregimiento de La Victoria se construyó con la llegada de colonizadores a la región: «No era gente nativa la que vivía en el sector, sino personas que se dedicaban al trabajo artesanal con madera y carbón. Mis abuelitos se llevaron a sus hijos a vivir a San Jorge para que trabajaran en artesanías o instrumentos de viento como las flautas y las kenas. Las mujeres fabricaban canastas, escobas y aventadores. Siempre venían personas extranjeras a visitarnos, a los turistas de Estados Unidos y de Australia les interesaba ver como vivíamos y compartir tiempo con nosotros, se mostraban interesados en el trabajo de artesanía que hacíamos».

Para Eva Luna, su familia y su comunidad era habitual estar con extranjeros, desde pequeña ella compartió con personas que hablaban otro idioma. Los extranjeros solían leerles cuentos e historias a los niños de la vereda y compartirles enlatados de los que ellos consumían: «Ellos llegaban y nos llevaban enciclopedias y bastantes álbumes donde habían estado para que nosotros conociéramos, también nos compartían su comida. Era bien bonito a pesar de que no había luz, ni servicio de alcantarillado, ni conocíamos el televisor. En ese momento todos éramos felices, todos trabajábamos».

La comida enlatada se mezclaba con la comida autóctona de ese sector del país: «Nosotros comíamos papas, oyocos, habas, nabos y vivíamos de la caza de animales. Era el año 1990, me acuerdo que habían dantas, un animalito que se llamaba sachacuy y osos de anteojos».

La escuela de primaria de la vereda quedaba muy retirada del lugar donde vivía Eva Luna, aproximadamente tres kilómetros de camino la separaban de ella. En esta escuela los niños hacían hasta tercero de primaria. Los que culminaban tercero, muchas veces lo repetían para seguir estudiando, pues el colegio quedaba aún más retirado de donde vivían: «Allá no estudiaba casi nadie porque la escuela y el colegio quedaban muy lejos, también habían veces en que no había puente para pasar y quedábamos incomunicados. Yo hice hasta tercero, y ya después con el tiempo cuando llegó cuarto y quinto, terminé la primaria».

Además de su trabajo artesanal, Esperanza también era madre comunitaria, en su casa era común ver veinticinco niños aproximadamente cada día. Oficialmente podía recibir solo dieciocho niños, pero ella conocía las necesidades y las precariedades de sus vecinos y sabía que no podía decirles a ellos que no recibiría a los niños. El abandono del gobierno era total y eran pocas las ayudas que llegaban en ese entonces, razón por la cual Esperanza y las familias acordaron colaborar entre sí para poder darle alimentos a todos los niños que llegaban, leche, papas y repollos había para el alimento de todos.

La primera vez que Eva Luna escuchó de grupos armados fue cuando un día su papá, quien siempre estaba muy orgulloso de haber prestado servicio militar, mencionó haber visto a un grupo de hombres armados en el monte que salían a preguntarle si había visto al Ejército, diciéndole que había grupos de hombres que se hacían pasar por el Ejército cuando realmente no lo eran.

Para ese entonces, la comunidad los conocía como «chusmeros», frente a la incursión de estos hombres Rodolfo preparó a su familia para que identificaran quienes eran militares y quienes no, y asumieran prácticas de cuidado: «Empezamos a cuidarnos porque él nos reunió a mis hermanas y a mi mamá y a los que están por ahí cerca, dijo: —Cuando nos encuentre el Ejército, ellos van a tener el pelo corto y no van a tener la pañoleta aquí en el brazo—».

Los encuentros con estos hombres armados, que después se identificaron como guerrilla, eran cada vez más frecuentes, comenzó a volverse habitual en el pueblo encontrar personas muertas por las amenazas e intimidación ejercidas por los hombres de la guerra: «Empezó muriendo el corregidor, mi

papá dijo que tocaba preocuparnos porque estábamos invadidos de chusmeros. El domingo era cuando nos enterábamos de todo, porque el domingo era el día de feria que salíamos todos a comprar al pueblo».

»Cuando llegamos ese domingo nos contaron que había gente que estaba muriendo. Esa noche mataron al corregidor porque él comenzó a comunicarse con Ipiales diciendo que el pueblo se estaba llenando de “gente rara” que mataba personas. Como él empezó a comunicar ya le dijeron que no tenía que hablar, pero él siguió comunicando porque era la autoridad del pueblo. En la gallera lo mataron y dijeron que nadie tenía que recoger el cadáver, a la esposa le dijeron que ella con sus dos hijos tenían que irse del pueblo. Ella salió y se los llevó esa misma noche, nunca más se volvió a saber de ella.

Eva Luna relata esos tiempos, como los días del silencio, pues a sus catorce años la situación en su pueblo se estaba volviendo insostenible para sus habitantes, la violencia, la zozobra y el dolor se estaban apoderando de la vida en comunidad de la vereda: «Mi papá dijo a las demás personas que no hablaran porque empezaron a decir que iban a matar a los “sapos”, entonces entre nosotros nos cuidábamos porque éramos familia y decíamos que no íbamos a decir nada. Empezaron a matar a mucha gente inocente. En ese tiempo yo empezaba a trabajar en cultivos de papa amarilla y allí mataron al dueño del cultivo y entonces fue disminuyendo nuestro trabajo y se puso más dura y complicada la situación».

La finca de la familia de Eva Luna era un lugar estratégico para los grupos armados, pues estaba ubicada en un cerro, en donde se podía observar los otros lugares del territorio de San Jorge, condición que ellos utilizaron para instalarse y vigilar desde allí los movimientos del Ejército: «Cuando empezaron a llegar, mi mamá era brava porque supuestamente en mi casa mi papá odiaba a la guerrilla, decía que ellos eran unos vagos. Los días pasaron y con la llegada de la guerrilla empezaron a haber secuestros, fosas comunes y bolsas con muertos por ese sector. Si bien estaba en la finca, mi papá no les permitía entrar a la casa, le dijo a mi mamá cuando vayan a venir aquí coja un palo y deles, no importa que nos maten, no importa quien sea, sea Ejército o sea guerrilla usted no va a dejar entrar a nadie. Entonces mi mamá optó por eso, ella decía no pueden entrar aquí, cogía palos y decía aquí no hay gallinas, porque ellos las compraban y las pagaban bien, entonces mi mamá les decía así me des oro yo no te vendo una gallina».

El carácter y la fuerza de su mamá eran observados por Eva Luna desde los huecos de las tablas de la pared de la casa. Los hombres armados al ver el

rechazo de Esperanza continuaban por la finca hasta llegar a la casa de los tíos de Eva Luna. Cada miembro de la familia tenía una casa en esa misma finca. Algunos de ellos por miedo a las amenazas y retaliaciones colaboraban con la guerrilla y otros, como Esperanza y Rodolfo manifestaban su desacuerdo y rechazo abiertamente.

Eva Luna y sus hermanos eran conscientes de todo lo que pasaba alrededor: «Ellos acampaban donde uno de mis tíos, el que vivía más arriba. Mi tío no nos dejaba acercar mucho porque decía que nos traumatizábamos, pues había bolsas con cuerpos de personas. Luego nos comenzó a decir que los muertos lo seguían y que tocaba irlos a enterrar para que así pudieran descansar y no lo asustaran haciéndole dar pesadillas».

Los combates entre el Ejército y la guerrilla eran constantes. Eva Luna desafiaba la muerte cuando salían a buscar los niños a lugares distantes y alejados para que fueran a la casa de Esperanza: «Yo era la que recolectaba los niños, tenía que ir por todos los niños del sector, por esa parte no habían caminos, era monte, uno abría el monte y ahí había una casita y llena de niños, así recolectaban los niños».

Llegó un día en que Eva Luna no pudo escapar más de la violencia. Ésta se mostró cruel y despiadada, haciéndole mucho daño: «Ese día tenía que ir por la leche, tenía que bajar a un río donde hay unas uniones y pasar por donde estaba mi abuelito, era un kilómetro más o menos por el monte, yo iba caminando y miré una botas, tenía sustico, yo dije: —Uy no y ahora ¿quién será?, ¿será Ejército o será guerrilla?—».

»Estaban vestidos con ruana y tenían sombreros, se decían groserías entre ellos y el acento no era de por acá. El líder, se hacía llamar el “sombbrero”. Ahí me di cuenta de que eran las FARC, pues eran los únicos que estaban en esa época por esa zona, no se veían otros. Me tomaron de las manos y luego me jalaron, en esos días yo no utilizaba pantalón, utilizaba siempre falda, dos de ellos me violentaron sexualmente. Yo ni siquiera había tenido un novio, ni siquiera sabía que era lo que me estaba pasando, tenía tanta ingenuidad que creía que eso simplemente era pecado, que Dios me iba a condenar por lo que me habían hecho. Yo lo que sé es que ese día cerré los ojos y dejé que el día pasara, no quería saber qué le había pasado a mi vida. Tenía dieciséis años. Era el año 1995.

Durante las horas del horror, los hombres de la guerra le dejaron claro a Eva Luna, que no querían a su mamá porque nunca les colaboraba ni lo dejaba pasar con tranquilidad por su casa. Le hicieron saber que la

agresión era un castigo para su familia por no salir del territorio, por no dejar sus tierras, por mostrar valentía y coraje: «Me dejaron ahí, tenía raspones y mi cuerpo estaba muy maltratado. Llegué donde mi abuelito y me preguntó qué me había pasado, yo le dije que al pasar por unos alambres me había rodado porque había una parte donde se cruzaba alambres. Cuando llegué adonde mi mamá le dije que me había caído y que lloraba porque me había raspado».

»Traté de alejarme de todos, no quería saber de nada ni de nadie solo pensaba, a veces quería morirme, no tenía ganas de salir de mi casa. Guardé silencio, no dije nada, pues ya habían suficientes preocupaciones en mi casa, no teníamos comida porque el Ejército nos había detenido la comida porque decía que le estábamos dando de comer a la guerrilla. Mi mamá me seguía mandando por la leche, entonces yo decía: —no yo ya no aguanto más, comía jabón para que me enfermara y así no me mandara más al monte—. Yo cambié mucho, me hice grosera, no quería hablar, mi mamá dijo que había cambiado mucho, todos dijeron que ese cambio era por la adolescencia pero yo sabía que no era por eso y seguía sufriendo. Cada recuerdo me hacía daño, cada cosa me molestaba, creía que solo a mí me había pasado, que era la única que se iba a condenar en la tierra. No le pedía a Dios porque tenía vergüenza con él.

La situación empeoraba, los combates se incrementaron, continuaban apareciendo cada vez más muertos, muchas personas se fueron de sus casas desplazados, los extranjeros no regresaron. Para Eva Luna eran muchas cosas las que sucedían a la vez, todo esto la hacía sentir cada vez más triste, sola y desesperada.

«Unos cuatro o cinco meses después me fui de la casa para Ipiales, no aguanté más, necesitaba salir de allí, salí al pueblo, era un domingo, lloraba mucho por todo lo que dejaba atrás, pero decía, bueno Dios proveerá. —¿A dónde vas?—, me preguntó una viejita que vivía en el pueblo de La Victoria, entonces yo le dije a Ipiales a buscar trabajo, me dijo: —no quieres cuidar unos niños, mi hija es profesora y necesita alguien en Ipiales para cuidar sus hijos—, yo le dije —sí—, porque tenía techo y comida que era lo que yo más anhelaba. Me quedé en la casa de la abuelita esa noche y al otro día salí a Ipiales con la hija que había ido al pueblo a ver a la abuelita, y me quedé trabajando allá».

Su familia seguía siendo víctima de amenazas y agresiones físicas por parte de los grupos armados: «Un día llegó un hombre guerrillero que estaba “loco” y empezó a decir que iba a matar al profesor de la escuela, entonces mi

papá, como siempre se las daba del gran varón que había prestado servicio militar, cogió y dijo que no podía matar al profesor porque él había sido el único que había estado colaborando en la escuela, entonces el guerrillero le dijo que lo iban a matar a él, que lo odiaban mucho y que ya estaban cansados de él. Le pusieron el rifle en el oído, pero mi hermano cogió y se puso el rifle en su mano, se metió en el medio para que no le hicieran nada a mi papá, el guerrillero disparó y le pegó en la mano a mi hermano, se “alocó” y pegó tiros a varias personas, a mi hermana le voló un pedacito de oreja. Luego los guerrilleros llegaron y dijeron que algunos de ellos también cometen errores y llevaron médicos cirujanos a la casa para que le curaran la mano a mi hermano, nos pidieron disculpas porque se incumplieron las normas, nos preguntaron qué castigo queríamos para él.

Los padres y los hermanos de Eva Luna decidieron salir finalmente de las tierras de San Jorge para irse a vivir más cerca de La Victoria: «Mi familia dejó la casa botada, dejamos todo ahí, mis papás decidieron comprar un lote y hacer una casita donde no estuviera tan peligroso, o por lo menos no hubieran combates tan duros».

Eva Luna decidió regresar a la Victoria, habían pasado siete meses. No era la misma persona que salió de su casa meses atrás, como ella lo recuerda: «No había contado lo que me había pasado en ese tiempo a nadie, era un secreto con el que yo iba a morir, yo decía no voy a volver a recordar, me voy a olvidar de fechas, lugar, todo lo que más pueda, quería borrar y seguir con mi vida, nada más».

Ante la situación de escasez económica y violencia sistemática, Eva Luna decidió regresar nuevamente a Ipiiales a trabajar y a validar su bachillerato. Allí conoció el amor, su actual esposo: «Estábamos en el colegio y ahí conocí a mi esposo, él también tenía su historia de dolor, la guerrilla le mató al papá. Comenzamos a estar juntos un tiempo en el colegio y después nos salimos, no terminamos. En Ipiiales la situación se puso dura, se empezó a complicar más todo, pues porque ya éramos dos y al ser dos ya no podía trabajar en el lugar donde tenía comida y vivienda. Decidimos regresarnos a la Victoria».

Eva Luna y su pareja llegaron a vivir con Esperanza, Eva Luna tenía diecinueve años y se estaba preparando para ser madre. Para sostenerse económicamente hicieron oficios varios: «Yo dije, toca enseñarle a mi esposo a trabajar en el campo, porque él había estado en Ipiiales y él no conocía mucho del campo, entonces empezamos a cortar madera, empezamos a sacar palma de cera, teníamos abejas, yo hacía canastas y las vendíamos; vendía moras,

aromáticas, bueno todo lo que había lo empezamos a trabajar y nació mi hijo».

Los miedos y el fantasma de la ansiedad de que la gente supiera lo que le había sucedido volvían a la vida de Eva Luna para atormentarla: «Para mí era algo muy malo lo que me había pasado, algo feo, algo sucio, algo que me había marcado, yo no quería que mi esposo se enterara, siempre procuraba que mi esposo no se juntara con otras personas porque no quería que nadie le dijera nada».

Eva Luna lleva veinte años casada, su hijo ya tiene dieciocho años y está terminando el colegio. Todos estos años han sido momentos en donde el miedo y la culpa han estado presentes, pero también la alegría, la fuerza, la indignación y la amistad. Los impactos de la violencia en su vida han sido muchos, poco a poco ha sabido cómo manejarlos e irles quitando poder en su vida: «Tenía muchas pesadillas, dormir era muy difícil para mí, las personas no querían dormir conmigo porque me levantaba llorando, gritando y pegándole a quien tuviera al lado. Todavía le temo al ruido del río, pues me recuerda todo lo que pasó ese día. Me han dado episodios de mucho miedo y ansiedad, a veces se me iba la respiración y el cuerpo se me paralizaba, se me dormía, me dolía mucho el vientre, la cabeza, me daban punzadas en el útero, y después de los hechos tuve una infección».

Pánico, estrés, depresión y angustia eran las sensaciones que Eva Luna no lograba entender, no tenían ningún sentido para ella, los médicos psiquiatras le decían que se curaba con pastillas y que poco a poco se iba a sentir mejor o le subían la dosis. Un día Eva Luna no aguantó más y decidió gritarle al mundo lo que le había pasado: «Ese día fui a la UAO⁷⁹ que quedaba cerca al Perpetuo Socorro, me bajé, entré y dije: —Por favor, necesito ayuda, yo nunca les he pedido ayuda pero hoy la necesito, yo necesito un psicólogo, ya no me aguanto más, me voy a morir si no me ayudan con el psicólogo, entré llorando porque estaba desesperada, ya no podía dormir—, me dijeron te vamos buscar un psicólogo, a los 4 o 5 días me buscaron una psicóloga que era Sandra Gordillo, pero yo no sabía que ella era de la Defensoría del Pueblo, entonces fui y le conté todo, era la primera vez que le contaba a alguien lo que me había pasado. Eso fue hace tres años y medio, me había estado aguantando muchos años y se me complicó todo, hace nueve años tuve un bebé y se me murió, el niño nació con una malformación cardíaca y murió. Yo tenía mucho miedo y culpa, todo se puso peor después de eso».

»Después de que fui a la UAO, Sandra me llamaba y me invitaba a encontrarme con otras mujeres, me decía: —aquí hay otras señoras que también les pasaron cosas similares a las tuyas—. Entonces ellas lloraban y yo lloraba y lloraba, llorábamos sin descanso. Ella mandó el listado de las mujeres que declararon en la jornada de masiva con la Unidad de Víctimas, en donde estaban distintas organizaciones que nos tomaron las declaraciones, entre esas la Fiscalía. Después de ese día la Unidad de Víctimas nos llamaba y nos invitaban a talleres.

Estos espacios de encuentro, contención y apoyo emocional entre mujeres significó para Eva Luna la posibilidad de fortalecerse, elaborar sus dolores y expresar lo que había callado tantos años y le hacía tanto daño: «Ellas lloraban y todas contaban su historia, empecé a buscar fuerzas, si a ellas les pasó eso y ellas no están tan mal como yo, pues ellas al menos sonreían, yo no, entonces me dije: —voy a coger ejemplo de ellas—, y me di cuenta que sí se puede, empecé a unirme a ellas y a preguntarles qué les hacía bien, y ellas decían no cuando me pasa eso yo respiro, me enseñaron a respirar, me enseñaron a coger fuerza, me enseñaron a reconocer mi culpa, me enseñaron que lo que me pasó no era mi culpa y que tampoco era mi culpa la muerte del bebé. Decidí que ya no iba a sufrir más y que iba a ser feliz».

Con la llegada de la indemnización también llegó la decisión de Eva Luna de contarle a su esposo los hechos de violencia sexual que le habían sucedido años atrás: «La indemnización me había llegado, no demoró ni tres meses después de la declaración que hice en la jornada de declaración colectiva con la Unidad. La plata estaba en el banco y yo decía ¿ahora qué hago con esa bendita plata?, decidí regalar un poco. Hice mercados a la gente que vivía allá, pero mi esposo empezó a ver que estaba regalando muchas cosas, compré galletas navideñas, compré mercados, daba plata a la gente y me sobraba, así que sentí que era el momento de contarle a mi esposo porque ya había tenido ayuda en el grupo de las mujeres, ya estaba en un proceso donde no tenía miedo. Le dije a mi esposo: —le voy a contar algo—, él me respondió: —por favor guárdeselo, me lo imagino, pero mejor guárdeselo, yo prefiero no saberlo porque no estoy preparado para escucharlo—, pero bueno ya era ganancia para mí, pues lo había intentado y él sabía que algo grave me había pasado».

»Con el tiempo rompí el silencio empecé a hablar, empecé a pelear, cuando me daba rabia cómo nos trataban en las instituciones del gobierno, tenía rabia y ganas de pelear, empecé a decir que nos estaban violando los derechos, ya me enseñaron unos derechos y no estaba dispuesta a negociarlos ni a callar

más, quería también que nos dieran condiciones distintas de acompañamiento para que las mujeres denunciáramos. Fui poco a poco comenzando un ejercicio de liderazgo social. Lo más bonito de todos estos encuentros grupales fue cuando sentí que no estaba sola, que había un derecho y habían personas que me escuchaban. Para pelear sí soy buena y así fui aprendiendo, la doctora Mónica, de Sisma Mujer, era paciente, nos escuchaba. Para mí fueron las mejores ayudas psicológicas, ahora ya duermo, fui dejando las pastillas para dormir, me siento mucho mejor.

La construcción de confianza hacia los hombres y hacia el mundo ha sido un proceso lento, que cada día se alimenta de nuevas experiencias para Eva Luna. Esta es la historia de una mujer amigable, alegre, franca, curiosa y optimista, que a donde llega inunda los momentos con sonrisas y conversaciones. Eva Luna sabe que callar no es más una opción para ella: «Mi cuerpo quería respirar y necesitaba hablar porque me sentía como una olla de presión que se iba a explotar, lo que sentía se me salía por los ojos, por los oídos, todo ese malestar se me iba a explotar por dentro. Fue excelente hablarlo y estar con las mujeres, para mí fue una bendición».

TRANSITAR TIEMPOS Y CREAR CAMINOS

«Yo veo que la vida es bonita a pesar de todo y por eso yo me sorprendo ahorita que la vida me haya cambiado tanto, yo nunca imaginé estar acá en Bogotá».

Marcela

Marcela^{80*} nació el 6 de abril de 1980 en la Florida, Pasto. Vivía con sus padres, tres hermanos, una mujer y dos hombres, siendo la hermana mayor entre ellos. Florida, el lugar que la vio nacer, era un lugar de clima caliente, donde se sembraba la caña, el café, el plátano, la yuca, diferentes frutas, frijol y maíz, una tierra fértil en donde todo lo que se siembra crece... «Lo que había era agricultura», dice Marcela.

Sus padres se conocieron en la escuela, el primer novio de su mamá fue su papá, así llevaron una relación llena de amor y comprensión. Su mamá era muy joven cuando quedó embarazada de Marcela, apenas unos 17 años de edad, tiempo después decidieron casarse.

El permiso de ser niña, de jugar y dejar la responsabilidad económica y familiar a los adultos estuvo ausente para ella. Marcela, por el contrario recuerda de su infancia su deber de cuidado con sus hermanitos, sus peleas con su hermana y las jornadas largas y extenuantes de trabajo que le correspondían cada día. En sus primeras memorias siempre están presente la realización de trabajos feminizados del campo como cocinar para los trabajadores, sembrar, arreglar la tierra, cultivar o demás labores del campo.

Marcela, con el ánimo de aprender y tener la posibilidad de conocer el mundo iba a la escuela, teniendo triple jornada: estudió, trabajó y cuidó a la familia. El camino a la escuela era toda una travesía que iniciaba desde las cuatro y media de la mañana, llevaba su almuerzo bien empacado que le enviaba su mamá para todo el día en la escuela y tenía que correr para que no la alcanzaran ni los perros ni el ganado. Con sus pasos ella y sus hermanos

iban abriendo camino en una zona rural lejana y recóndita nariñense.

En quinto de primaria no iban solos, también los acompañaba un joven mayor que ella, quien llevaba una vara para enfrentar a los perros y así protegerlos y defender a Marcela y a sus hermanos. Ese último año fue mejor, pues los años anteriores fueron duros, llenos de mucho esfuerzo.

El día del grado de primaria es el recuerdo más bonito que tiene de su colegio, Marcela sabía hilar cabuya entonces hizo unos ovillos de fique y vendió veinte, con el dinero obtenido por la venta se compró un vestido para esa fecha tan significativa. Una fotografía fue tomada ese día inmortalizando ese momento de felicidad por tantos triunfos, tantos caminos, tantos trabajos. Una fotografía de su vestido y su diploma.

Al tiempo, Marcela y su familia se trasladaron a Argelia, Cauca, lejos del pueblo en que nació. Otro departamento los recibía puesto que a su padre le habían ofrecido trabajo en una finca cuidando ganado y teniendo caballos para trabajar. Su padre comenzó a presentar episodios de epilepsia crónica, tenía seis o siete ataques diarios. Así que su madre tuvo que hacerse cargo del sostenimiento del hogar y sacar a sus hijos adelante prácticamente sola; aunque Marcela era un gran apoyo para su madre.

A los once años, Marcela fue al pueblo a trabajar para ganar más dinero, ayudando a una señora en oficios varios. Estando allí comenzó el acoso y la violencia a perseguirla, un hombre empezó a hostigarla, en un principio ella pensó que era un simple coqueteo, pero no era eso, porque él nunca la vio como una persona que quisiera o respetara sino como alguien para hacerle daño, mucho daño.

El hombre la buscaba constantemente diciéndole que ella era muy bonita y que quería tener algo con ella, Marcela le decía que no y se rehusaba a estar cerca de él. Fue insistente hasta tanto le alcanzó la voz, pero ese señor quería que hiciera lo que le ordenaba y de ahí en adelante no la dejó en paz, le hizo la vida imposible y aún hoy, Marcela, lo recuerda tormentosamente.

El hombre la cogía a la fuerza, Marcela lo esquivaba, había aprendido a zafarse de sus manos, a protegerse ella misma. De todas formas, el hombre la lograba encerrar y la tomaba a las malas para que tuvieran relaciones sexuales, ella no quería, pataleaba y gritaba. No entendía como un hombre tan mayor se aprovechaba de ella, él tenía cuarenta y cinco años y ella apenas once años.

Un día el abuso llegó a tal punto, que no solo la violencia era ejercida por este hombre sino por muchos más. Marcela fue llevada a un campamento guerrillero en el monte, el campamento de Paloquemao. Allí, en medio del

abandono, la obligaron a realizar los oficios a todo el campamento conformado por veinte personas, entre ellos había unas cinco mujeres. Además de los oficios, cualquiera de los hombres la agredía sexualmente en cualquier momento del día. Durante la noche casi que no cerraba los ojos para estar atenta de quien tendría que defenderse, durante el día intentaba pasar invisible, aunque sus morados tal vez alumbraban con la luz del sol más que sus ojos.

Internada en la montaña vivía Marcela, resistiendo golpes, en la cabeza, en las piernas, patadas, puños, insultos, castigos, amenazas con pistolas y con palabras que sólo ha escuchado en ese lugar y de esas bocas bélicas: « ¡La voy a quemar de un pepazo!», «matarte es un desperdicio», « quiero es disfrutarte hasta que me dé la gana».

Esos hombres eran los dueños de la vereda, daban órdenes que habían que cumplirse a como diera lugar, por ejemplo, después de las seis de la tarde ya nadie salía; el ganado, el dinero y las manos de las campesinas para cocinarles les pertenecía. El temor y el miedo rondaban por esas tierras, las personas presas de la persecución y la barbarie intentaban seguir con sus vidas.

En la montaña, Marcela no comía, no vivía tranquila, el llanto llegaba para pedir que le dejaran ver a sus padres, que le permitieran volver a su pueblo. Las respuestas siempre eran negativas y se acompañaban con más violencia, su cautiverio se alargaba indefinidamente y a veces para que ella no se escapara la amarraban, objetivando y limitando su cuerpo. La vida adentro era muy distinta a la que muchas adolescentes de su edad vivían en otros lugares, en el monte todo era áspero, arbitrario y frío.

Marcela no era la única mujer, pues junto con ella permanecían en el campamento otras jóvenes, una de ellas al parecer era la novia del comandante y sólo él la agredía sexualmente, otras estaban en la misma situación de esclavitud sexual, doméstica y en esa tortura incesante en la que se encontraba Marcela. Al menos, recuerda ella, habrán pasado unas diez niñas en ese campamento en donde el cuerpo de la mujer era utilizando como botín y territorio de guerra.

Dos años después de su llegada, Marcela se enfermó, vomitaba y tenía mareos, los guerrilleros se dieron cuenta de que era un embarazo y le dieron agua con medicamentos que la hicieron desmayar. Cuando despertó estaba desnuda y llena de sangre, sintió que le habían introducido unas pinzas por la vagina y que ya no tenía vida en su vientre: «Después de eso me sentía sobada, como estropeada del estómago, estuve enferma. Me daban drogas, ellos tenían un botiquín con medicamentos para darle a la gente que estaba

enferma, pero no había médico, no había nadie que me apoyara, o no sé si de pronto alguno de ellos tendría conocimiento de medicina».

Después de ese aborto forzado, Marcela recuerda que la inyectaban como método anticonceptivo una y otra vez por encima de su consentimiento, en Paloquemao, el campamento donde estaba esclavizada, su voz no era escuchada. Resistió a todas las órdenes hasta que más pudo, luego tuvo que obedecer porque entre obedecer y morir, prefirió el primer camino, Marcela continuaba aferrándose a la vida con todas sus fuerzas. Su voz buscaba encuentro con otras personas, para conversar, para sentir alivio, pero el orden de las armas que imperaba allí no las dejaban comunicarse entre ellas, nadie podía ser amiga de nadie, las obligaban a aislarse.

Su padre en la búsqueda de Marcela encontró la muerte, lo mataron, lo torturaron y lo amarraron a un árbol, murió con el anhelo de encontrar a su hija. Su madre aún recuerda con nostalgia y dolor la muerte de su esposo, pues ella vio todo lo que sufrió el hombre que amaba y que siempre las había cuidado y protegido. Mientras Marcela no estaba en el pueblo, la situación de enfrentamientos se incrementó, así como ella, su familia y la comunidad en general estaba viviendo un infierno. Había llegado otro grupo armado para quitarle control y poder a las FARC ocasionando que los muertos y la violencia no cesara.

Intentó muchas veces escaparse del cautiverio, sus regresos siempre fueron por la fuerza y posteriormente castigados. En una oportunidad se voló por la noche y la alcanzaron en un río, aunque iba corriendo y corriendo por la montaña, la atraparon y cuando llegó al campamento la amarraron y la siguieron torturando.

Hasta después de cuatro años y con la esperanza de un nuevo embarazo, se fugó del campamento. Le pidió a Dios que le ayudara a salir de allá, que su hijita sobreviviera, que fuera su compañía, su hija fue su ángel de la guarda para tener un escape exitoso.

Con la fuerza en su cuerpo salió en la noche, pues sabía que era el momento del día en donde menos vigilancia había, tuvo que caminar dos días entre la selva para salir a una vía donde un señor que iba en un camión la recogió. Ella iba sin zapatos, con su ropa rota y sin bañarse, recién salida del monte, una nueva vida estaba comenzando. Eso fue aproximadamente en el año 1996.

Cuando regresó al pueblo, se enteró de lo que había ocurrido con su padre, del desplazamiento de sus hermanos y su madre porque los habían amenazado con correr la misma suerte que Marcela. Les había tocado dejar

todos sus animales y todas sus pertenencias para conservar su vida y el desaparecimiento de su hermana, la última vez que la vio fue cuando ella tenía ocho años, que se llamaba María Elvia Chávez López.

En Florida, fue al hospital, le hicieron exámenes, le dieron unas pastillas, Marcela contó que la habían agredido sexualmente y le pusieron una inyección para el VIH. Estuvo hospitalizada cuatro días, ahí confirmó que estaba embarazada aunque le decían que su bebé estaba muerta. Le hicieron una ecografía y le decían que no sentían los latidos del corazón de su hija, sin embargo, ella sabía que estaba viva, que ella era una sobreviviente, que no era un feto muerto, como le decían los médicos y nunca se lo dejó sacar, ¡hasta que nació! Desafiando todo pronóstico médico.

En 1997 nació su ángel de la guarda, Camila*, quien le dio muchas fuerzas para andar ese nuevo camino de liberación fuera de Paloquemao. Su hija nació con un problema de salud, escoliosis, pero de todo lo malo que le podía pasar y ante el riesgo de no sobrevivir superando con su presencia tantas dificultades, su enfermedad parece una cosa menor.

El padre de Camila es el hombre de 45 años, aquel hombre al que le decían el jefe, aquel hombre que la secuestró. Sobre él no sabe si está vivo o muerto. Un tiempo la persiguió y a Marcela le tocaba esconderse, salía del pueblo a una distancia de dos horas para que no la encontraran.

Su hija empezó a crecer, inicialmente Marcela no la veía como su hija si no como una compañía, al principio tenía como rabia, pero volvía y se decía que Camila no tenía la culpa, entonces la cuidaba, la puso en la escuela y luchó para que ella saliera adelante y fuera feliz .

Camila le preguntaba algunas veces a Marcela por su padre, Marcela siempre le contestaba que ella no tenía padre, aunque sabía que algún día tendría que contarle su historia y eso pasó cuando Camila cumplió quince años. Saber la verdad fue un gran impacto emocional para Camila: «Contárselo fue verla destrozada, me decía: —mamita mejor no me hubiera tenido—». Camila se sentía culpable y Marcela le decía que ella no se tenía porque sentir así, que ella quería tenerla y que nada de lo que había sucedido era su responsabilidad, así poco a poco ambas fueron superando ese dolor.

Posteriormente Marcela, se fue a Pasto a trabajar un tiempo en una casa de familia, dejando a su hija al cuidado de su mamá. Tiempo después, Camila repitió la historia subiendo una montaña donde unos guerrilleros la agredieron sexualmente y casi le quitan la vida. Su madre la encontró al filo de un río, desmayada e inconsciente, le habían abierto y roto la ropa, la había

maltratado con mucha sevicia.

Cuando su madre la encontró, la llevó a un puesto de salud y la hospitalizaron. Marcela se enteró por una llamada a la casa de su empleadora y ella fue al centro médico, ese día y hasta dos meses después no volvió a trabajar para cuidar la salud de Camila mientras estuvo hospitalizada. Marcela y Camila compartían la fuerza y el deseo de vivir.

Para el tiempo en que agredieron a su hija, el grupo guerrillero que estaba dominando la zona eran los Rastrojos, unos hombres que andaban de vereda en vereda, secuestraban, cobraban vacunas y montaban su economía alrededor de los cultivos de drogas, eso era lo que les interesaba.

A los veintidós años, Marcela conoció a un señor, se fueron a vivir como pareja durante siete años aproximadamente, él trabajaba haciendo viajes en un furgón. Era un buen hombre, sabía lo que le había pasado y contra todo pronóstico, la cuidaba y nunca le reprochó nada, por el contrario las quería mucho.

En uno de esos viajes para Cali lo mataron, no se sabe por qué motivo, pero Marcela tampoco quiso investigar, dar información le da miedo, un miedo profundo de que la encontraran y le hicieran daño. Marcela quedó a medio camino de su amor, aquel que la sanó tanto, pero le dejó otro ángel: su hijo, que ahora está grande y dice que las apoya en lo que necesiten, los tres siguen caminando con esperanza.

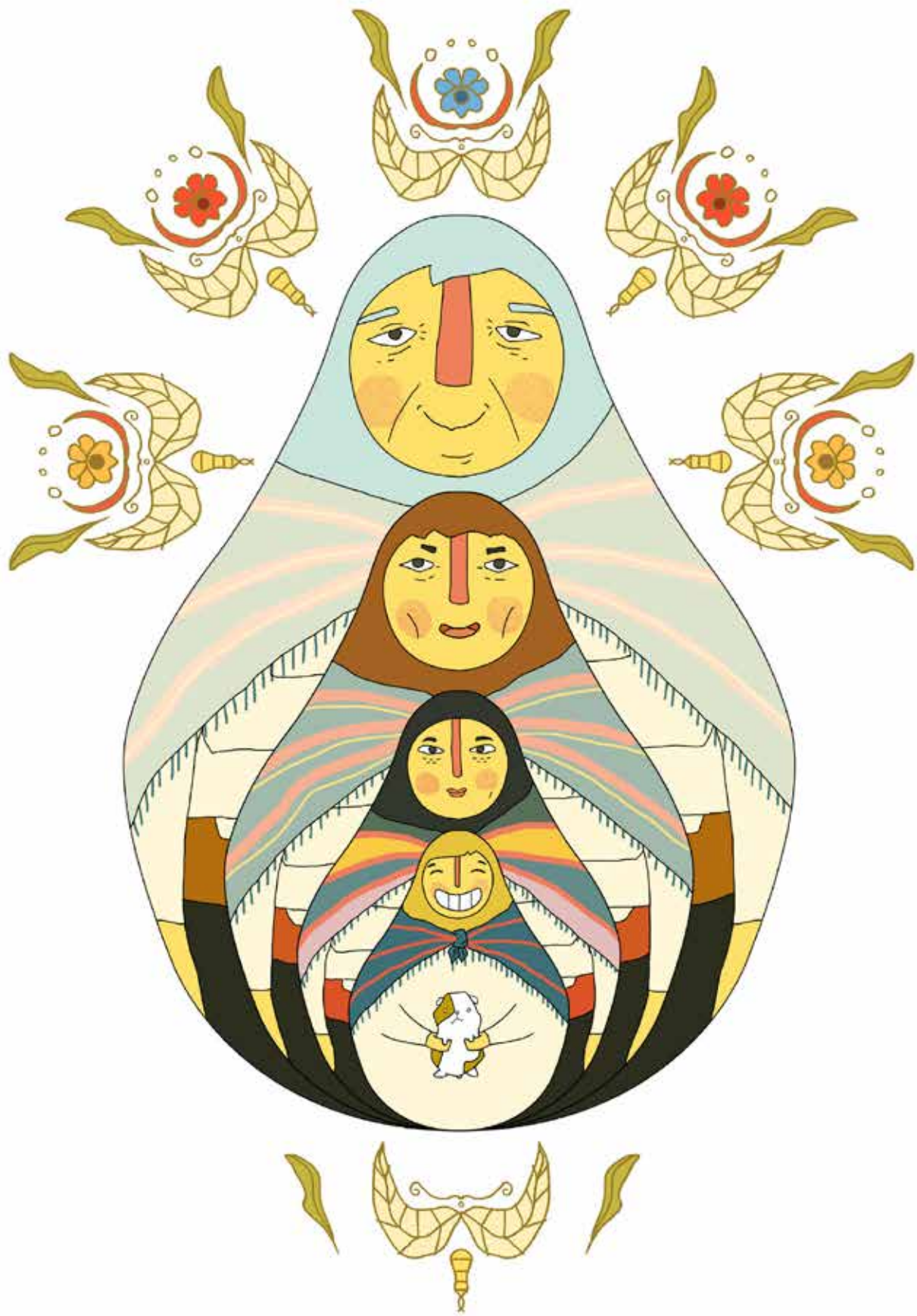
Marcela por ahora no quiere rehacer su vida amorosa, no quiere que nadie que se acerque a ella vaya a correr la misma suerte pues cree que ese hombre de cuarenta y cinco años le va seguir haciendo daño. El fantasma de este sujeto a veces viene a atormentarla y a veces logra su cometido, pero otras veces Marcela con su fuerza y valentía lo espanta, no le da cabida en su vida.

Marcela ha dado pasos en beneficio suyo en compañía de otras mujeres y organizaciones como Sisma Mujer, quien la ha apoyado en espacios de capacitación, llevándola a nuevas experiencias. Viajó a Bogotá en avión con veintidós mujeres más a compartir su historia de vida y nutrir su voz en el encuentro con otras mujeres que habían pasado por hechos similares. Poco a poco ha ido superando sus temores y dolores.

Principalmente una herramienta para superar lo que le ha pasado, es el amor propio, ya no se siente dañada, culpable ni loca. Ya no volvió a intentar quitarse la vida, porque recuerda que hizo varios intentos. En uno de esos, se tomó unas pastillas y vio a su padre quien la regañaba por haber hecho eso, le decía que sus hijos la necesitaban. Con ese anhelo de ver a su padre abrió

los ojos para apreciarlo mejor y se enfocó en la vida, puesta ahí para ella y sus hijos: «Veo que la vida es bonita a pesar de todo y por eso yo me sorprendo ahorita que la vida me haya cambiado tanto, yo nunca imaginé estar acá en Bogotá, nunca imaginé volar en un avión porque yo lo que miraba era pura selva, puros montes, violencia, balas, golpes, entonces eso es como salir de la oscuridad, salir de las tinieblas a la luz. Veo que la vida es bonita, ya no tengo esas ganas de quererme quitar la vida, yo no tengo porque hacerlo».

Un camino al futuro se observa próximo, un camino a la paz que no siente tan justo, Marcela cree que la violencia no se acaba nunca, que los hombres de guerra se van unos y aparecen otros, que eso parece no tener fin. Sin embargo, Marcela cree firmemente en el cambio que pueden hacer las mujeres al mundo. De eso no tiene duda.



«Renacer después de un infierno, pienso que le pondría a mi historia, porque yo pienso que ahorita me siento que vivo bien, que tengo a mis padres, a mis hijos, que trato de construir una familia y tengo a mi hermana, a mi sobrina que me hace muy feliz . Es como un recuerdo feo que pasamos por ese infierno pero que ya no lo estamos viviendo, ya es otra situación, ya es como una vida mejor, hay muchas cosas que fueron dolorosas, pero por lo menos vivimos más tranquilas ahora».

Libertad, Mujer de Nariño.

LA FORTALEZA DE LUCHAR

*«Y hablo de países y de esperanza,
 Hablo por la vida, hablo por la nada.
 Hablo de cambiar esta, nuestra casa
 De cambiarla por cambiarla no más.
 Quién dijo que todo está perdido
 Yo vengo a ofrecer mi corazón».*

Mercedes Sosa, “Yo vengo a ofrecer mi corazón”.

Nicole^{81*} nació el 1 de julio de 1993 en Pasto, Nariño. Su madre fue Emily* y su padre Antonio*. La historia de Nicole está inmersa en la violencia sociopolítica y la ausencia del Estado desde la infancia. A una corta edad sus padres se separaron y Nicole decide que en el Putumayo habrá mejores condiciones de vida, así que disponen sus maletas para llegar a este nuevo lugar. En búsqueda de oportunidades laborales, llegan a la casa de unos tíos, la vida se hace tranquila entre juegos de primos y labores domésticas, para ganar el sustento del día a día.

La primera vez que Nicole vivenció el conflicto fue a los tres años, se encontraba comprando unos buñuelos con sus primos y una ráfaga de balas la dejó perpleja hasta que su prima mayor de nueve años la sacó de esa balacera.

Las cosas se tornaron tensas y el pueblo fue un lugar de miedo y zozobra. A las seis de la tarde, la muerte se adueñaba del pueblo y los señores de las armas entraban a hacer y deshacer; en aquel lugar, las puertas de las casas debían estar cerradas y la gente guardada. A Nicole le generaba mucho temor y los sueños al dormir fueron el medio de recordar lo que las palabras no podían.

La noche se teñía de miedo. Cierta día hubo una masacre, murieron las personas del pueblo que permanecían hasta tarde trabajando o asistiendo al culto en la iglesia del pueblo. Los paramilitares querían adueñarse del

81 *Los nombres fueron cambiados para preservar la identidad de la mujer y su familia.

territorio y en disputa con la guerrilla mataron a gente inocente usando sus motosierras y hachas. Así dejaron a la población el mensaje de que ese lugar era de los paramilitares.

El río y la tierra son testigos de cuánta gente murió y quiénes están aún sin ser encontrados. Los paramilitares degollaban y despedazaban a las personas para luego botarlas al río o abrían zanjas en las que tiraban muchos cuerpos ultrajados que recogían el viernes, porque el viernes era el día de las mayores matanzas.

Era un pueblo de nadie, donde el Estado hacía presencia para también atemorizar y cometer atropellos contra la población civil: «A veces los mismos del Ejército se colocaban las botas y cogían el nombre de ellos (los paramilitares) para hacer daño. Hubo muchos falsos positivos también del Ejército mismo, incluso en uno de esos cayó un primo mío, porque hubo un tiempo que cuando digamos, si ellos cogían y mataban a un comandante más que todo de la guerrilla les daban un reconocimiento. Entonces, en ese tiempo miraban a cualquier persona sencilla, una persona humilde, lo mataban y le colocaban botas y el uniforme y decían que era guerrillero. Eso sí pasó».

Ese hilo de violencia del paramilitarismo, cada vez más profundo y cercano tocó la puerta de la finca donde vivía Emily en El Tigre, Putumayo: «Era de noche cuando se escuchaba ruido, pasos estilo militar, de botas. Se entraron al pueblo, y como las puertas de mi casa eran de madera, era una casa vieja, entonces llegaron y tumbaron las puertas. Mis tíos no estaban, se encontraban trabajando. Estaba mi mami conmigo. Buscaban a los hombres para matarlos y preguntaron: —¿Quién hay en la casa?— mi mami dijo: ¡estamos las dos solas!—. Entonces a mí me empezaron a desnudar, ahora yo ya llego a entender que fue lo que pasó, lo que me asustaba era ver a mi mamá que lloraba mucho porque ella entendía lo que pretendían hacer conmigo, entonces ella lloraba y yo lloraba por verla a ella. A mí me manosearon y tocaron y le decían a mi mamá: — ¡Te dejas vos o te violó a tu niña!—, entonces mi mamá decía: ¡no, con ella no se metan!—. Lo hacían para intimidarla, para que mi mami cediera. Yo vi que violaron y maltrataron a mi mamá».

Luego de este suceso, Nicole se despertaba asustada de noche temiendo lo peor. Se levantaba gritando y en medio de los arrullos de la mamá y el refugio de pocos amigos comenzó a vivir las secuelas que deja la guerra. La tía, hermana de su mamá, fue el desahogo para ese hecho cruel e inhumano.

La familia seguía viviendo hechos de terror: «Tengo un tío que compró una finca y al tiempo de comprarla se lo llevaron y lo torturaron, lo tuvieron

dos noches ahí, le dijeron que tenía que dejar todo. También la hija de una tía, tenía dieciséis años y el comandante de los paramilitares se la llevó a un campamento y abusó de ella. Siempre la familia ha estado en ese entorno—».

La violencia sexual llegó contra el cuerpo de las mujeres porque los hombres armados creían que esa era la forma de tomarse el poder, mediante el cuerpo de las mujeres: «He escuchado que hubo varias mujeres que no pagaban las extorsiones o que tenían conflictos con los esposos, entonces los paramilitares las maltrataban y violentaban sexualmente. Allá a las mujeres les daba miedo vestir de falda, decían si usted se viste con falda supuestamente ya está incitando al hombre a que la manosee o que la viole».

A su vez, los paramilitares arremetieron contra personas homosexuales, mujeres que ejercían prostitución, jíbaros del territorio, mujeres, niñas y hombres que cerraban sus negocios hasta tarde. Nicole seguía resistiendo porque el amor de su madre siempre estuvo cerca para protegerla y apoyarla.

A merced de la ausencia del Estado, los grupos armados llegaron a tomarse el territorio con estrategias de miedo: «Lo hicieron para coger poder. Ellos pensaban que matando, la gente iba a respetar al grupo, eso es lo que he escuchado (...) Hubo un tiempo que llegaba un desconocido y no lo dejaban bajar del bus cuando llegaban y lo mataban. La gente llegaba a buscar otra vida cultivando coca y encontraban la muerte».

Los escuadrones del terror organizaron terribles masacres, acabando con jóvenes y la vida nocturna del pueblo. Poco a poco el pueblo se tornó vacío, mudo. El aire se hizo espeso y la búsqueda de oportunidades de Nicole y su mamá estaban siendo truncadas por un conflicto que revolvía la estabilidad y la posibilidad de un mejor presente. Taminango, municipio de Nariño, fue zona de horrores y vejámenes, Nicole y su mamá seguían inmersas en ese temor.

La gente estuvo a merced de los grupos al margen de la ley. Obligados, frente al miedo de las armas, hacían un favor a cualquier grupo armado o como forma de demostrar que no querían más conflictos colaboraban sin miramiento alguno, lo cual el grupo armado contrario lo leía como traición y comenzaban las muertes. Muchos niños quedaron abandonados porque sus padres fueron asesinados por el paramilitarismo y como retaliación ingresaron a la guerrilla para vengarse.

Luego de cuatro años de situaciones difíciles, Nicole regresó nuevamente a Taminango, mientras su madre se quedó en Putumayo trabajando en cocinas de fincas para así ganar algo de dinero, ya que en Taminango la situación

era muy dura. Así estuvieron un tiempo, Nicole acompañada del amor de la abuela materna y su madre trabajando en Putumayo para enviar algo del sustento diario.

Así como la guerra arremetió contras las mujeres, la historia de Nicole es una historia de lucha y resistencia. Es un soplo del viento que grita al mundo que las mujeres son capaces de sobreponerse y armarse no de balas, sino de valor para afrontar cualquier caída no esperada.

Nicole encontró en el camino una amiga y cómplice, Gabriela*, con ella entendió que los dolores se pueden hablar y abrigar. Pero esta amiga sería pasajera, decidió partir y salir del ahogo que la hundía.

Cuando la situación en Putumayo siguió cada vez más densa, Nicole decidió volver al lado de su hija y madre. Las tres siguieron apoyándose con la fuerza que anida en sus esperanzas. Así continuaron, sin su padre que aparecía de manera momentánea generando más dolor. Decidieron forjar un presente y un futuro lleno de sabiduría y alegría.

Las secuelas de la guerra pedían ser sanadas. Cierta día, Nicole se sentía triste y cansada por la ausencia de su padre y la profunda melancolía que le dejó la guerra vivida en Putumayo, decidió buscar ayuda y expresar aquello que le dolía.

Así comenzó un camino de amor propio. Aún en las noches aparecían los susurros de lo vivido pero la compañía de su madre y la certeza de sentirla cerca la calmó y arrulló.

Hace dos años, Nicole volvió a aquellas tierras en el Putumayo y vio un pueblo que está comenzado a resurgir de las cenizas. La gente ha ido retornando al territorio. Aunque la ausencia del Estado que conlleva a la pobreza ha detonado nuevos conflictos: «Ya hay delincuencia común, como se ve tanta pobreza no hay oportunidades de trabajo y por el clima no hay cosechas».

En Taminango, Nariño, las cosas han cambiado, allí vive actualmente y es un lugar tranquilo, sin embargo como ella lo menciona nuevas cosas están pasando: «Debido a que hace mucho tiempo que no llueve y cosecha tras cosecha se ha perdido, mucha gente por no salir del pueblo y por no dejar sus familiares se han dedicado a robar, lo que ha generado entre familias retaliaciones, pero ya es muy mínimo, no es como antes».

La generación de mujeres que vienen detrás de ella la han forjado de amor, fortaleza y coraje: «La fuerza para afrontar los episodios de violencia ha sido el amor de nosotras tres. Yo creo que de mi mami he aprendido la fortaleza de luchar, trabajar y todo eso soy yo. Mi mamá me dice: —Por usted tuve que

pasar muchas cosas, fui capaz de irme para el Putumayo, trabajar, pasar en el monte enfermedades, el paludismo que me dio, carencias de medicamentos y de ropa—. Y aun así fue el amor mío que hizo que ella fuera capaz de hacer eso. Mi mamá me dice: —si yo hubiera decaído o estado en depresión, usted no hubiera avanzado ni estudiado—».

Superando el día a día han logrado sanar las heridas de a poco. El recuerdo viene y va, pero el coraje se ha instaurado en este clan de mujeres amigables y solidarias.

Frente a las indemnizaciones por los daños vividos, el Estado ha indemnizado a su madre por el desplazamiento forzado después de la declaración en el año 2005. Y respecto al delito de violencia sexual se ha hecho el proceso con la Defensoría del Pueblo hace un año: «Mi mamá me dijo: —¡No hija yo voy, igual yo no sé quién fue, yo no digo nombres, no digo nada porque como no sabemos si sería el comandante, si sería del uno o del otro, no se sabe!—. Yo le dije: —Yo voy mami, a mirar qué nos pasa, si nos va bien o si no—. Bueno, fuimos y se puso un derecho de tutela, esperemos la respuesta y me favoreció—».

En ese cuidado de madre a hija, Nicole comenzó un proceso de acompañamiento psicológico en el que ha encontrado un momento de tranquilidad, sanación y esperanza. Así, Nicole también comenzó a asistir y ha sido la posibilidad de creer en lo colectivo, de aunar fuerzas para salir adelante. Nicole se ha apropiado del proceso y ha invitado a otras para hacer parte de ésta hermandad de mujeres.

Sigue intentando que las pesadillas de aquellos horrores vividos no vuelvan y el silencio la cobija en ciertos momentos. Se ha dedicado a estudiar y forjar su saber. El no tener hombres en su entorno cercano la ha hecho aprender labores que también las mujeres pueden hacer, como manejar automóvil, algo que le agrada.

Nicole es una mujer dedicada, juiciosa y trabajadora, que además de trabajar, estudia: «Estoy mirando unos cursos de una especialización para continuarla en gestión de proyectos. Quiero continuar estudiando, estudiar para ser alguien en la vida, para ayudar a mi mamá que es mi principal motor y mi abuelita, ya que las tres hemos estado juntas en todo. (...) En la casa se daña algo, mi mamá o yo lo arreglamos, mi mamá sabe de electricidad, sabe de construcción y de todo».

Pese a que su padre está distante, han sido mujeres echadas para adelante. Hacen labores que socialmente han sido asignadas a hombres,

rompiendo con esos prejuicios de que las mujeres no pueden realizar ciertas actividades.

Actualmente tiene propósitos grandes en lo académico: «Ahora en diciembre me gradúo. Y como el sueño mío es terminar con doble titulación entonces salgo de ingeniera ambiental y con la especialización».

Nicole es una mujer interesada por lo social, el afecto y lo humano. Desde pequeña ha tenido la valentía de ayudar a otros pese a las dificultades: «Quería estudiar trabajo social porque me gusta colaborar a la gente. En diciembre y en tiempos así, yo recolectaba dinero y motivaba a mis amigas para pedir plata en la calle y así reunir fondos y comprarles juguetes a los niños. En el colegio, cuando algún compañero se enfermaba, íbamos por los salones pidiendo algo para apoyarlo. Siento que ingeniería ambiental y trabajo social van de la mano».

Pese a las adversidades ha abierto su corazón para brindar esperanza, paz y amor. Sabe que la paz comienza en casa y que el rencor conlleva a más venganzas y muertes. En su ternura anida su abuela, en su valentía su madre y en Nicole se reúne la ternura y el coraje del anhelo para que la paz sea posible y con ella venga la tranquilidad a sus días, a su cotidianidad.

COSIENDO LA VIDA Y TEJIENDO FUERZAS: UNA VIDA EN TRANSFORMACIÓN

«No importa caer, sino el empeño que uno tenga para levantarse».

Juliana

La historia de Juliana^{82*} comienza en el Tablón de Gómez, en Nariño, entre montañas altas y del esplendor del volcán Galeras. Nació el 22 de Julio de 1993, su madre fue Amalia* y su padre Federico*. Fue la hermana mayor de tres hijos.

Sus primeros años los vivió donde su abuela, quien la cuidaba y velaba para que no le faltara nada. Juliana fue una bebecita activa y muy curiosa, caminó muy rápido, parecía que el mundo le llamaba la atención y lo quería explorar. Cuando aún era muy pequeña, Amalia quedó embarazada de su hermano: «Cuando mi mamá queda embarazada de mi hermano, yo ya caminaba y le miraba la panza. El día que mi hermano nació yo estaba comiendo donde mi abuela, y como es bien lejos la cocina yo al escuchar que lloró me fui con el plato de la sopa y me tropecé en un umbral y mandé lejos la sopa y qué regañada que me gané».

Sus padres eran muy jóvenes, se conocieron de toda la vida, pues eran primos y las familias eran bien cercanas: «Ellos dos son familia, son primos. Mi mamá dice que desde niños estaban las familias en Llano largo y Pitalito, y estando allí jugaban y después a los doce años pues salían y como que se gustaron y ya. Después mi mamá quedó embarazada de mí a los 17 porque a los 18 me tuvo y así, luego mi abuelo nos sacó de su casa. Él era bravísimo, me acuerdo que hasta con machete nos sacaba corriendo. Tomaba mucho, luego nos fuimos a vivir a una casa con mi mamá».

Juliana pasaba mucho tiempo con su abuela, quien se encargaba de cuidarla y mimarla mientras Amalia trabajaba. Recuerda cómo su abuela, ante

82

*Los nombres fueron cambiados para preservar la identidad de la mujer y su familia.

el maltrato constante de su abuelo para con ellos, los defendía e intentaba protegerlos, también evoca la leche en polvo que comía allí y lo mucho que le gustaba: «Un día llegó mi abuelo borracho y nos sacó corriendo a las dos, mi abuela me decía corre y yo pues corría por ese platanal para arriba, me da una pena de mi abuelita porque pues una niña corría más, yo tenía cuatro años. Mi abuela también corría porque a ella le iba a pegar y mi abuela para que no me pegara se metía...Ya llegué más arriba, a la casa de mi tío y mi prima y nos encerramos y yo no sé qué pasaría con mi abuelita ese día».

Creció de la mano de mujeres fuertes y trabajadoras, que daban todo por sus hijos. Los hombres, por su lado, estaban ausentes y cuando aparecían era para maltratar y violentar. Federico aparecía poco y Amalia se hacía cargo de todo lo que necesitaran sus hijos, por esos sus horas de trabajo eran largas y extenuantes. «Cuando vivíamos en la casa mi papá no vivía con nosotros, él a veces llegaba borracho a golpear la ventana, a decir que le abriéramos, tiraba cosas a la ventana. Me acuerdo que mi mamá tenía un santito, un Dios crucificado. Mi papá tiró la ventana y lo hizo caer y se le quebraron los piecitos. Mi papá era bien irresponsable, como él no había dos».

Amalia sabía que ella estaba mejor sin Federico así que no aceptaba las propuestas de irse a vivir juntos.

Mientras Amalia se iba a trabajar, sus hijos jugaban al balón, se subían a los árboles y abrían los gusanitos muchiras. A su hija le llamaba la atención estar de un lado para el otro. Su hermano era su compañero cotidiano de aventuras, quien la hacía divertir, pero también quien le hacía pasar los más grandes sustos: «Una vez me acuerdo que mi hermano estaba gateando, estábamos los dos no más y había un tanque lleno de agua, cuando yo me di cuenta las piernas de mi hermano estaban hacia arriba y su cabeza dentro del tanque, vi a mi hermano ahí metido, yo no hallaba qué hacer, me preguntaba ¿qué hago?, ¿lo empujo?, ¿lo saco? Y finalmente lo jalé de las piernas y lo hice caer, pues para el piso y mi hermano llore y llore, ya estaba morado. Le decía venga y lo puse a jugar con tierra, pues a jugar con barro a hacer cosas (...) Llegó mi mamá y nos pegó una regañada a los dos, a mí me regañó pues se dio cuenta de que mi hermano estaba mojado y me reclamó porque no lo había cambiado todavía, yo le dije que antes lo había salvado. Me puse a llorar porque dos veces le pasó a mi hermano eso. En un tanque donde mi otra abuela, más abajo que había como una molienda y hacían panela, ahí también se metió y también lo saqué. Él quería coger agua y como era pequeñito se agarraba y tal vez se iba de frente».

Su abuela materna era un gran apoyo para ella y su hermano, no podía decir lo mismo de sus abuelos paternos, a quienes Juliana identificaba como tiranos y groseros: «Yo sentía que mi abuela no me quería, porque con mis primas era muy diferente, tanto que una vez el 24 de Diciembre les llevó muñecas a todas y a mí no. —¡Vieja fea!—, le decía yo, y después me le entré y le robé todas las colombinas, que rabia que me daba. Otra vez mi papá le pegó a mi mamá horrible, le dio con una piedra en la cabeza y ella sangraba, yo le fui a decir a mi abuela lo que había pasado y no le creyeron a mi mamá, le creyeron a mi papá. Yo tenía 5 años y tuve que ver cómo mi papá le pegaba a mi mamá, qué rabia, pobrecito mi hermano, quien también tuvo que ver eso».

Juliana siempre estaba pendiente de estar al lado de su mamá, de estar atenta de lo que pasaba a su alrededor, lo que hizo que desde muy pequeña tuviera actitudes de adulta y fuera «avispada», como ella dice.

Para ir al colegio ella tenía que caminar un buen tiempo, entre veredas, avispas, fincas y monte. Se entretenía tirándoles piedras a las colmenas y jugando con ellas. También saltaba, corría y sentía que el espacio era suyo, se sentía libre: «Por ese camino era la única, era un camino larguísimo. Yo jugaba y tiraba piedras a las avispas. Después mi hermano entró a estudiar y con mi hermano me subía, con él sí peleábamos hartísimo. Ya no iba sola por el camino al colegio. Después, en Llanolargo estudiaba con mis primas, estábamos en el mismo curso, teníamos casi los mismos años y compartíamos mucho tiempo juntas jugando y hablando».

En Llanolargo, los dos hermanos vivían con Federico, quien decía trabajar y estar para su familia pero Juliana no lo sentía así: «Vivíamos con mi papá, me acuerdo que una vez me gastó un pantalón y qué alegría que me dio porque nunca me había comprado nada, o sea mi mamá era quien nos daba todo».

Juliana pasaba sus tardes jugando y viendo novelas, en la casa de su tía, quien tenía televisor y su casa quedaba en la carretera yendo para la escuela. *Amigas y rivales* era la novela que pasaban en esa época: «Una vez me bajé por otro camino porque tenía unos cuyes y bajaba cogiendo hierva y lo miré, a mi papá tirado y borracho, lo mandé a traer con un tío. Recuerdo que por ese tiempo no había trabajo, había mucha pobreza y como había familiares que salieron a trabajar a otros lados nos fuimos para la Hormiga, Putumayo. Nos fuimos todos a donde un primo de mi papá, Moisés lo esperaba allá y le dijo donde trabajar. Allá estudié otra vez. Estaba en cuarto de primaria».

Una nueva vida llegó a la familia, Amalia quedó embarazada de su tercera hija.

La vida en la Hormiga era bien distinta a la vida en Llanolargo, había presencia de grupos armados y el orden público se alteraba constantemente: «Mi papá tenía un trabajo más fijo pero habían muchos paramilitares y guerrilla. De allí nos desplazaron en el 2000. Llegamos a Pasto sin nada. Ellos querían ese pedazo de tierra y nos dieron plazo de 24 horas para irnos. Cuando nos dijeron que nos teníamos que ir, abrazaba muchísimo a mi hermano porque me daba miedo y veía cómo mi papá sudaba. Entonces antes de irnos a Pasto mi papá conoció a otra señora allá en la Hormiga y se quedó allá con ella».

La llegada a Pasto para Juliana y su familia fue difícil y hostil. Amalia no consiguió trabajo en la ciudad, sin embargo, su estancia allí sirvió para que ella declarara en la Unidad de Atención y Orientación (UAO) los hechos de desplazamiento: «Declaramos el desplazamiento y allí nos llevaban hartísimos cosas, nos regalaban ropa, jabón, arroz y atunes».

Días después regresaron a Pitalito, para sorpresa de Amalia y sus hijos allí también había presencia de grupos armados controlando el territorio: «Nos fuimos otra vez para Pitalito y allá también había muchísima guerrilla. Ellos no eran malos, se la llevaban bien con la gente, nos saludaban y estaban pendientes de nosotros. Después llegaron los soldados y ahí se hizo un despelote».

Los enfrentamientos eran constantes y despojaban a muchas personas de sus casas y pertenencias sembrando el miedo y el terror con fusiles, amenazas y violencia.

Entre saqueos e intimidación, Juliana terminó el bachillerato, su sueño era continuar estudiando. Debido a los altos costos de la educación superior y la situación precaria económica de su familia; la universidad no era una opción, así que averiguó en el Sena y se presentó en esta institución para hacer realidad sus anhelos. En ese intento no pasó el examen.

Amelia al ver el gran sueño que tenía su hija y que requerían más dinero para apoyarla en sus estudios, la convenció para irse a trabajar a Llorente, cocinándoles a los trabajadores durante la temporada. Este era un trabajo bien pago en esa época. La oportunidad perfecta, aparentemente, para conseguir dinero: «Nos fuimos a trabajar a Llorente, yo tenía 19 años, mis hermanos se quedaron en Pitalito. Tomamos la decisión de ir allá porque pagaban mejor que en Pitalito, es que en Pitalito no contrataban a nadie para que les cocinara a los trabajadores. El trabajo era por temporadas, llegaban unas personas, trabajaban, se iban y volvían. Se iban a ver a sus familias porque era un hueco, un monte allá en Llorente».

Esperaban con anhelo volver y al fin el día del regreso llegó para Amalia y su hija, quienes estaban contentas por ver a su familia en Pitalito. Jamás se imaginarían que horas después iban a ser blanco de la violencia y la sevicia: «Teníamos que coger un carro para que nos llevara al bus, así que le paramos la mano a un carro montero y nos llevaron. Nosotras estábamos confiadas, allá era normal tomar el transporte así. Después ya íbamos más adelante y nos desviaron, mi mamá le dijo que por qué estaban tomando esa ruta, yo miré al que estaba adelante y estaba armado. Nos bajaron y empezaron a coger a mi mamá y ella gritaba, ¡qué desespero! Me taparon la boca porque gritaba, me amarraron, me golpearon la cabeza y me fracturaron el tabique y a mi mamá la tenían allá...Yo no quería ni ver eso. Miré alrededor y había ropa, como que ya tenían el sitio a donde llevar a las mujeres, nos dijeron que por qué nos subíamos a un carro sin conocerlo, que por qué éramos tan confiadas, pero jamás nos imaginamos que nos fuera a pasar eso».

De los tres hombres que iban en el carro, dos violentaron sexualmente a Juliana ese día. Tenían armas largas y vestidos de camuflado antiguo, verde oscuro.

Después de ese infierno que parecía eterno, Juliana sacó fuerzas y le pidió a Amalia que la desatara. Un abrazo largo y sentido se dio entre madre e hija. Queriendo dejar todo atrás, salieron lo más rápido posible de aquel lugar siniestro: «Con mi mamá tuvimos que caminar harto para llegar a la carretera. Llegamos a la carretera, después fuimos al puesto de salud de Llorente y allí nos dieron calmantes. Yo no dije nada de lo que nos había pasado, no quería hablar ni recordarlo».

Madre e hija regresaron a Pasto y Juliana le contó a su prima lo sucedido. Volvieron a la UAO, donde les prestaron el apoyo psicológico necesario, para que tanto Amalia como Juliana comenzaran a elaborar la experiencia de violencia acontecida, en ese Julio de 2014: «Nos llevaron a charlas con otras muchachas a las que les habían pasado cosas similares, nos decían que gracias a Dios estamos vivas, a nosotras nos maltrataron físicamente pero a otras les habían cortado el pezón, o las dejaban con botellas metidas; entonces pues yo decía: —gracias a Dios estamos vivas—».

La extroversión y la alegría características de Juliana se vieron disminuidas luego de los hechos, el llanto y el silencio la acompañaban constantemente: «Solo lloraba, no podía hablar, después de que yo era tan sociable, yo hablaba con todos, sonreía con todos... Y después cambié totalmente. Ya los hombres no me daban la confianza que me daban antes.

Me quería quedar encerrada en la casa, no pensaba en estudiar otra vez, total todos mis sueños se fueron para el piso».

Pasaron los días y Juliana poco a poco, al compartir con otras mujeres y al estar en espacios de escucha y expresión emocional, comenzó a sentirse mejor y a poder nombrar lo innombrable: «Los psicólogos ayudan harto, yo me dije no me voy a echar al abandono, de todas formas estoy viva ¿no? Qué puedo decir, ya pasó y ya me pasó, y la vida sigue».

Ha sido un camino de recuperación emocional, donde actualmente Juliana se siente con más confianza hacia el mundo, con ganas de continuar caminando sus sueños: «Recién estoy empezando a socializar con los varones y a mirarlos diferente porque no todos hacen daño o son malos, me estoy dando nuevas oportunidades, ahora también tengo más amigas mujeres».

Ahora estudia en el Sena, Diseño de modas, haciendo realidad un gran anhelo que la violencia no pudo arrebatarle; después de dos años de ocurridos los hechos con la valentía en su boca, le pidió a un amigo suyo, Mechas, que la apoyara en el examen. En este segundo intento Juliana tenía puesto toda su fe y a los días le confirmaron a su correo electrónico que se presentara a entrevistas, luego le comunicaron la feliz noticia: ¡Había sido admitida!

«Quiero algún día tener mis máquinas y poder seguir cosiendo en mi taller, tener mis trabajadoras. Quiero generar empleo, diseñar y que ellas cosan mis creaciones. También sueño con una casita en Pasto para mi mamá, mis hermanos y mi sobrina, que es lo más lindo».

Juliana suspira cada vez que ve una revista de modas o una tela que le guste, su mente y manos creativas se mueven construyendo nuevos diseños, nuevas maneras de vivir, donde la paz sea una realidad en los territorios y en los lugares más alejados del país, como en Nariño. Su mirada y su sonrisa curiosa nos hablan de un mundo más fraterno y solidario por venir, un mundo en el que haya justicia y equidad, en donde no haya cabida para la impunidad y, sobre todo, no haya más violencia hacia las mujeres.

CON LAS ALAS ABIERTAS

«Tengo sueños por cumplir y una vida que continuar. Quiero ponerle alas de mariposa a esa cicatriz en mi espalda».

Diana

En diciembre, mes de festejos y encuentros para el pueblo colombiano, nació en Florida- (Nariño) Diana, en un día en que la tradición y la celebración se juntan para dar inicio a la Novena de Aguinaldo, el 16 de diciembre de 1997. Hija de Rubiela y de un hombre que prefiere no nombrar, Diana empieza a recorrer la vida en este lugar, en sus primeros años aprendió de mujeres que la cuidaron, su abuela y su docente que le brindaron enseñanzas que aún hoy recuerda en su edad adulta. El campo le dio la posibilidad de amar lo simple, el encuentro o un saludo; sin embargo, debió moverse a la ciudad buscando otras oportunidades junto a su madre.

En sus primeros años vivió con sus abuelos, pero después de un accidente en el que se quemó, su madre, quien se había ido a vivir a Pasto para poder solventar las necesidades económicas, decidió llevársela y es así como empezó una vida de ciudad junto a ella.

Inició sus estudios en el colegio Antonio Nariño de la ciudad de Pasto y con esto toda una nueva vida urbana y de hermandad, pues para ese entonces su hermano y cómplice Luis empezó a ser parte de su vida, a su vez entre esos nuevos transitares, Miguel el papá de Luis empezó a cumplir el rol de padre, siendo fuente de apoyo y un cuidador más a lo largo de su vida.

A pesar de los miedos y los cambios en la vida de la ciudad, Diana conoció personas que le enseñaron y la trataron bien, sin embargo, su vida en Pasto se veía trastocada de vez en cuando por lo que ocurría en el campo, pues su economía dependía al igual que la de muchos colombianos de los cultivos del café. Fue así como en el momento en que terminó la primaria debió volver por un tiempo a la finca de sus abuelos, pues el sustento que posibilitaba la vida en Pasto se vio afectado por las fuertes lluvias: «Fue horrible, nos destruyó el café,

destruyó lo que habíamos sembrado allá, porque recién era tiempo de siembra entonces la lluvia dañó todo. Sembramos fríjol y la lluvia quitó los frijolitos de ahí, dañó todo y por eso no teníamos de donde salieran los recursos para poder pagar nuestra vida en Pasto, porque hay que pagar el arriendo y esas cosas, no había de dónde».

Su vida ha sido un constante ir y venir entre su pueblo natal y la ciudad de Pasto, entre los cafetales, las rutas que marcan la carretera, la necesidad de ayudarse como familia y los tiempos de vacaciones escolares, Diana creció en estos dos lugares.

La ciudad que marcaba escenarios de encuentro, seguridad y territorios distintos a los que trazaba su tierra natal, desde pequeña el control territorial y el miedo infundado por parte de algunos grupos armados posibilitaba para ella las diferencias entre la vida de ciudad y la ruralidad del territorio colombiano: «En el pueblo siempre escuchaba balacera, siempre era así y por ejemplo, los trabajadores tenían que salir antes de las 6:00 p.m., porque el que saliera después de las seis de la tarde y donde no llevara linterna, o no avisaban que estaba por ahí, los mataban».

»También recuerdo una vez que estábamos en la casa de una vecina y de un rato para otro hubo un enfrentamiento porque estaba el Ejército, porque ellos iban allá a erradicar la coca. En ese tiempo había mucha coca, entonces el Ejército fue para allá y recuerdo esa vez con mi abuelita que nosotras veníamos de traer la leche y pasamos por ahí y de un momento para otro se comenzó a escuchar una balacera y tuvimos que escondernos ahí. Eso lo recuerdo muy bien. Allá en el pueblo siempre me di cuenta que eran las FARC los que operaban allá, era como por un tiempo, era como que estaban ahí y otro como que se desaparecían o se calmaban por decirlo así y todo.

Entre el devenir de los días, Diana iba reconociendo las distinciones cotidianas entre un lugar y otro, pues no solo vivió la guerra por el control territorial, también vivió la «apropiación» a la fuerza de su territorio, su cuerpo, fue víctima de abuso sexual por parte de tres hombres pertenecientes a las FARC: «Pasando por el camino que debía andar para llegar a la casa de mi abuela hay puentes, así de palos volteados para que uno pueda pasar. Entonces ese día salí, estaba pasando, pasé el potrero y seguía el camino y ahí fue donde ya miré que subían varios de las FARC, subían con sus fúsiles. Subían en fila, entonces apenas yo los miré de una quedé con miedo y no me podía devolver porque ellos venían de abajo, la casa estaba abajo y entonces ellos tenían que seguir avanzando».

»Entonces cuando yo los miré, me asusté mucho, no había para dónde coger. Es un monte y obviamente me los iba a encontrar porque subía y ellos tres iban bajando, entonces ahí fue donde se me acercaron y me cogieron de los hombros, me tiraron a un lado del camino y se reían, se reían y me decían que me iban a hacer muchas cosas ricas, yo les suplicaba que me dejaran ir, que no me hicieran nada. Me rasgaron la ropa, me tocaban por todos lados y no les importaba nada. Me cortaron la boca y como quería defenderme, intentaba golpearlos. Me golpearon y me decían que me callara si no quería que me metieran un balazo. Me agredieron los tres y de tanto que me golpearon también perdí la memoria. Al ver que no llegaba, me fueron a buscar y ahí me dice mi mamá y mi abuelita que estando con unos vecinos fue cuando me encontraron, con mi ropa rasgada y golpeada.

A sus diecisiete años, un 31 de octubre de 2015, Diana fue violentada sexualmente por parte de tres miembros de las FARC, nariñenses, de piel trigueña y de aproximadamente treinta años. Fue ultrajada y golpeada a tal punto que su memoria se vio afectada por la violencia de los golpes y tal vez se activó la anomia (el no recordar) como un mecanismo de protección que posibilita el olvidar y la fractura del dolor. Es así como los recuerdos que tiene Diana de lo que ocurrió cuando la encontraron y la llevaron al hospital después de ese hecho son historias que su madre le ha contado. Mujer que al igual que ella había sido abusada sexualmente por parte de las FARC, hecho que marca la imposibilidad y la rabia de nombrar a su padre, pues fue este quien ultrajó a su madre, marcando con ello que nueve meses después Diana empezara su recorrido por la vida.

Después de un tiempo en el hospital regresó a sus estudios: «Volví al colegio (...) pero era como si yo no estuviera. Yo estaba de cuerpo presente más no en mi mente, fue horrible. Era como si me hubieran cogido la memoria y me lo hubieran borrado. No tenía consciencia de lo que estaba pasando, no hablaba ni miraba nadie, yo estaba ahí solo de cuerpo. Mi mamá era la que estaba ahí todo el tiempo conmigo, todo eso me dejó muy mal psicológicamente. Los hechos dejaron consecuencias en mi cuerpo, pues después de los golpes, la escoliosis con la que había nacido y los dolores en la columna empeoraron».

»Entonces eso fue para mí otro peso, no podía dejar de pensar en lo que me había pasado, no podía creerlo, darme cuenta de que por eso mi columna se afectó aún más, fue muy duro. Dios a mí me dio muchas fuerzas, porque además de todo lo que había pasado, me dijeron que eso era de cirugía.

»Yo tenía mucha vergüenza, yo no quería contarle a nadie, no quería

hacer nada, después comenzamos a hacer con mamá los papeles para la cirugía, tuvimos que ir a Cali porque en Pasto no había especialista, no había la instrumentación porque me tenían que mover vertebra por vertebra para poder arreglarme toda la columna porque a mí me daba mucho dolor.

»Mi salud estuvo en juego por mucho tiempo. Tenía que someterme a una cirugía en la que bien podía quedar cuadripléjica o en silla de ruedas o morir, entonces el peso fue muy grande. Tuve que lidiar con esas dos cosas: lo que me pasó y lo que estaba asumiendo, con mi cuerpo por las consecuencias de eso horrible que me pasó.

Diana debía lidiar con el dolor físico y psicológico y luchar con las violencias que ejerce el sistema de salud público al no garantizar un servicio digno y seguro, fue así como en la lucha por buscar soluciones para poder recibir la cirugía que necesitaba, empezó a verse enfrentada a una idea que la atemorizaba, denunciar los hechos. El miedo no era generado solamente por el recuerdo y la vergüenza que sentía, también porque sabía que hacer ese señalamiento podía poner en riesgo la vida de su abuela, quien podría verse bajo la barbarie del asesinato por parte del grupo armado.

Sin embargo, Diana se armó de valor y el deseo de ir tramitando dolores, para este caso el dolor físico, se acercó por primera vez a la Unidad de Víctimas y narró lo ocurrido, abriendo con ello la posibilidad de recibir la cirugía que tanto estaba anhelando y que hacía parte de sus derechos de reparación.

Una vez implementada la primera estrategia de sanación, que le apostaba a curar el dolor físico, el miedo y los recuerdos la atormentaron en el hospital: «Si me tenían que cambiar la sonda y era hombre el enfermero, me daban unas ganas de gritar porque de una llegaba el recuerdo de haber visto a esos tres individuos y de la nada atacarme, entonces me daban ganas de salir corriendo, de evitarlo. Al principio tuve mucho miedo hacia los hombres, por ejemplo ir caminando y mirar a un hombre eso era para mí algo que me afectaba mucho, yo no quería que me miraran. Me volví muy desconfiada de los hombres».

A pesar del miedo hacia los hombres y las personas en general, la resistencia y la fuerza de su espíritu se hicieron cada vez más fuertes; en el colegio aunque no sabían lo ocurrido, la corporeidad habló y las miradas hacían posible el señalamiento frente a los cambios corporales de ella: «Me decían a usted qué le paso, usted era como una estrella y ahorita es una estrella apagada, una estrella muerta y yo por dentro me sentía así. Eso me afectó

mucho la vida, en medio de todo, digo que mi Dios es muy grande, él no permitió que yo saliera mal de la cirugía o que quedara mal sin poder seguir adelante.

»Gracias a Dios ahora estoy bien, mi columna ya está mejor pero la vida no vuelve a ser la misma, uno dice que tiene que salir adelante y todas esas cosas pero a veces para mí es un poquito más difícil porque tengo el recuerdo físico de la agresión, tengo una cicatriz por el platino que me pusieron en mi espalda, entonces todo el tiempo que me toco la espalda o que me miro en un espejo ahí está, vuelve la memoria a veces de dolor, a veces de esperanza.

»Es muy difícil para mí lidiar con todo eso y siempre trato de ser fuerte y de mirar más allá y no solo fijarme en lo malo que pasó, sino en los sueños y todas las cosas que están por venir. Y también digo, por eso malo que me pasó, mi fe se volvió más grande y aunque fue una experiencia muy difícil, que no sé por qué a mí me sucedió, mi Dios es muy grande y me ayudó a salir adelante.

Con su fe puesta en Dios y aferrada al amor de su familia, Diana ha seguido adelante: «Mi mamá, mi heroína, mi reina. Ella es el motor por el que yo digo: tengo que salir adelante, tengo que estudiar y la tengo que ayudar». También me dan fuerza mi hermanito, mi abuelita y seguir haciendo realidad mis sueños.

Esa fuerza que le ha posibilitado reconocer sus luchas y permitirse pensar en el futuro, Diana terminó sus estudios como bachiller, culminó una técnica en mercadeo y finanzas y ahora, después de su experiencia en la cirugía, se apasionó por los huesos y la posibilidad de verlos, gestándose así el sueño de estudiar una carrera técnica en radiología e imágenes diagnósticas.

Diana con su mirada dulce y su voz cálida continúa su camino, amando a su familia, enfrentado sus miedos y recuperándose físicamente, soñando con un mundo distinto, un país en paz en donde las acciones violentas sobre el cuerpo de las mujeres y la barbarie sobre la vida, no se vuelvan a repetir. Si bien no confía en los grupos armados, tampoco confía en que la guerra por enfrentarlos sea la posibilidad de remediar, evitar lo ocurrido o impedir su repetición: «Yo decía que sí, sí a la paz, no porque yo diga, ah no, si ya pasó, usted me agredió y ya lo olvido, no. Eso no, porque todo ha sido muy duro, pero yo quiero que en mi país ya no haya más violencia, porque no quiero que nadie más sufra de esa forma, porque no quiero que otra persona sienta el dolor que yo sentí un día. Por esa razón es que yo digo que no más guerra, ¡sí a la paz!».

Hoy Diana sigue su vida revoloteando con fuerza y asegurando la posibilidad de bienestar que trae hablar con otras mujeres. El amor por su familia y la perseverancia que la llevan a confiar en nuevos caminos, la acompañan y la impulsan. «Ahorita que terminé de hablar es un fresquito lo que siento, es como este suspiro, un aliento vital...».

Diana nos muestra una vez más que el encuentro, la escucha y la palabra compartida es una posibilidad para reconocernos y seguir soñando juntas; que cuando estás destinada a volar nadie te lo puede impedir jamás.

*Esta segunda edición de
La luz que nos queda: Documentación
de casos de violencia sexual contra mujeres
en el marco del conflicto armado en Colombia
hace parte de la serie editorial Tromba de Guijarros
y se terminó de imprimir como testimonios en
Bogotá D.C., en el mes de abril
del año 2019.*



«Elijo no seguir dándole todo el poder de la vida a lo doloroso, al miedo y al silencio, hoy elijo la vida, con gente valiente que como yo seguirá andando con esas historias que nos hacen fuerte a todas, reconociendo los derechos que tenemos y la valentía de poder contar y denunciar lo que nos pasó».

Ana, Mujer de Corozal, Sucre



Embajada Británica
Colombia

